EL PADRE NIETO

Una vida para Cristo

PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
MADRID

PEDIDOS:

UPCM Departamento de Publicaciones
Universidad Pontificia Comillas, 5. 28049 Madrid

PPC Distribuidora
Enrique Jardiel Poncela, 4. Ap. 19049. 28016 Madrid

Editorial «Sal Terrae»
Guevara, 20. Apartado 77. 39001 Santander

II-11-031 // DB 89

Benigno Hernández, S. J.

EL PADRE NIETO

Una vida para Cristo

R. 10548

UPCM — MADRID — 1988

Con las debidas licencias
© Universidad Pontificia Comillas de Madrid
ISBN 84-85281-78-0
Depósito Legal: M. 34662 - 1988

Ediciones Gráficas ORTEGA - Avda. Valdelaparra, 33 - Tel. 653 44 73 - 28100 ALCOBENDAS (Madrid)

El P. Nieto a los 48 años.

PRESENTACION

Tienes delante un libro que me ha dejado bastante insatisfecho. Y es posible que deje también a no pocos lectores. Pienso que algo similar tiene que ocurrir a cualquier hagiógrafo. Y la razón de ello debe de estar en que la santidad humana —como participación de la divina que es— resulta muy difícil de plasmar en un papel, aun cuando los ejemplos de ella sean tan patentes como los que nos dejó el P. Nieto. Tan patentes fueron, que ya en vida del biografiado resultaba connatural hablar del santo P. Nieto. *Como alguien escribiera el mismo año de su muerte, «de la misma manera que quien ha amado no puede dudar ya más del amor, quien ha sentido el influjo bienhechor del P. Nieto no podrá dudar jamás de la santidad».*

Muchos han escrito pequeñas semblanzas del P. Nieto. Eso es relativamente fácil, sobre todo porque su personalidad espiritual estaba fuertemente marcada por unos cuantos rasgos vigorosos e hirientes. Quizá radique ahí el atractivo que el P. Nieto ejerció hasta en los novelistas, como lo demuestran las novelas Sin camino *(Buenos Aires 1956) y* La vida a una carta *(Barcelona 1986). En la primera de ellas se pronosticaba ya: «Escribirán, seguramente, la vida de este hombre.» En realidad, no sabía el autor de la novela que durante la guerra civil española ya alguien había compuesto una pequeña biografía del P. Nieto, como tendrán ocasión de constatar los lectores. Su fama de santidad ya impulsaba entonces a emprender semejante aventura.*

Pero la tarea de intentar la primera biografía amplia de este hombre singular iba a corresponder a quien menos pudiera pensarse: a quien ni siquiera tuvo la suerte de vivir a su lado, aunque sí le conocí. Sin embargo, sí respiré ya desde niño una profunda admiración por su persona, ya que mis padres y familiares fueron cuatro años sus parroquianos en Santa María de Sando y me hablaron muchas veces con emoción de aquel santo párroco. Aquella admiración fue creciendo a lo largo de los años, alentada, sin duda, por la común vocación jesuítica.

Por eso puse manos a la obra con ilusión y —por qué no decirlo— con temor. Y es que la trayectoria externa de la vida del P. Nieto no puede ser más desalentadora para un biógrafo: un muchacho que ingresa en el Seminario de Salamanca, donde se ordena sacerdote y, tras seis años de ministerio parroquial en dos pueblecitos de la diócesis, ingresa en el Noviciado de los jesuitas. Acabado éste, los Superiores le destinan a hacer de P. Espiritual de los seminaristas de Comillas (Santander). Y en ese único destino acabó sus días, después de casi medio siglo de monótona actividad. Nada, pues, de apasionantes empresas o insólitas peripecias personales. Otro rasgo desalentador: el P. Nieto era rematadamente feo, repulsivamente feo, y con no pocas limitaciones humanas. ¿Qué se podía construir con estos materiales?

Pero roto ese hosco caparazón, la vida por dentro resulta increíblemente apasionante y bella. Con la pasión y la belleza que sabe imprimir a la vida del hombre la gracia de Dios. ¡Ojalá haya acertado a mostrarlo!

EL AUTOR

PROLOGO

Me cabe el honor de prologar el libro de la vida y semblanza del P. Manuel García Nieto, S. J., que acaba de escribir el P. Benigno Hernández, de la Compañía de Jesús, como fruto de un trabajo de cuidadosa recolección de testimonios y datos sobre el que fue, más de cuarenta años, padre espiritual del Seminario y Universidad de Comillas.

La lectura de esta biografía causará honda impresión en los lectores, semejante a la admiración de quienes tuvimos la suerte de conocer y de tratar en vida a este humilde religioso, recibiendo de su ministerio tan beneficiosa influencia. Fueron sus dirigidos muchas generaciones de seminaristas, y miles de sacerdotes españoles practicaron con él los Ejercicios espirituales de San Ignacio. A todos nos seguirá influyendo el recuerdo del P. Nieto y la presencia espiritual de su acompañamiento en virtud de la comunión de los santos.

El amor a Cristo crucificado, a la Eucaristía, a la Iglesia y a la Virgen, su constante mortificación manteniendo siempre su espíritu tenso de gozosa esperanza, su asidua piedad y entrega al ministerio sacerdotal, sus largas horas de oración, su amor a los pobres hasta entregarlo todo a los necesitados, son algunas características de su espiritualidad cien por cien sacerdotal y cien por cien jesuítica.

Asomarse a la vida del P. Nieto y atisbar su recia alma puede ser reconfortante para los cristianos y, ante todo, para muchos religiosos, sacerdotes y seminaristas, que hoy necesitan de un modelo y de un punto de referencia que les estimule a entregarse con generosidad a la vida sacerdotal en favor de la Iglesia y al servicio de su acción misionera.

El modelo de vida sacerdotal que encarnó el P. Nieto recuerda a los pioneros de la Compañía de Jesús, San Ignacio y San Francisco Javier, así como al Apóstol de Andalucía y Patrón del Clero español, San Juan de Avila. Es un estilo de sacerdocio eminente-

mente centrado en los valores básicos de la vida cristiana y del ministerio sacerdotal: la entrega personal a la voluntad de Dios y a buscar su gloria, la santidad de vida, el discernimiento espiritual en la oración, y todo ello, para mejor vivir apostólicamente entregado a la Iglesia y a los hombres, como heraldo del Evangelio.

El talante espiritual del P. Nieto puede parecer a primera vista poco acorde con el modelo sacerdotal que parecen exigir las necesidades de nuestro tiempo. Pero semejante juicio pecaría de superficial, tanto para el estilo sacerdotal de este santo jesuita, como para la figura del sacerdote que hoy necesita la Iglesia.

Las circunstancias presentes exigen una pastoral misionera en toda la Iglesia y muy especialmente en los sacerdotes. La crisis de fe, a la que nos introduce inevitablemente el acelerado cambio cultural de nuestro tiempo, conduce a la Iglesia a la necesidad de ahondar en la vivencia de la fe y en la pureza del testimonio evangélico. Los pastores de la Iglesia estamos obligados a situar nuestra vida en la senda evangélica de las Bienaventuranzas sin ambigüedad, si no queremos defraudarla. Y para ello, ningún método apostólico sería eficaz sin la base de una vida de personal conversión, de seguimiento cercano de Jesús en la oración y por la práctica sincera de las virtudes sólidas.

El mundo contemporáneo no es insensible a los valores del Evangelio. Admira la auténtica vida evangélica. Reconoce los valores de la pobreza voluntaria y del sacrificio por los demás. Exalta la solidaridad de saber compartir con los pobres su situación, de mantener la paz y la alegría en la profesión de una vida sinceramente religiosa.

Expreso mi profunda alegría al introducirte con emoción, querido lector o lectora, en la contemplación del milagro sacerdotal de este religioso ejemplar de nuestro tiempo.

Estoy seguro de que te ayudará personalmente y de que te unirás a las oraciones de tantos, que esperamos con impaciencia la hora en que dentro de los caminos providenciales de la Iglesia podamos contemplar la glorificación de este siervo de Dios, que entregó su vida, austera y penitente, pero inundada por los dones del Espíritu Santo, al servicio de la formación de los sacerdotes españoles.

Oviedo, a 13 de marzo de 1988.

GABINO DÍAZ MERCHÁN, Arz. de Oviedo

INDICE

PRESENTACION VII

PROLOGO IX

PRIMERA PARTE: BIOGRAFIA

CAPÍTULO I: LAS RAICES 3

1. Macotera, la patria chica, 3.—2. El hogar de los «juanillos», 4. 3. Atisbos de santidad, 6.—4. Sor Elena y don Francisco, 8.

CAPÍTULO II: HACIA EL ALTAR DE DIOS 11

1. En Macotera con don Ruperto, 11.—2. Un Seminario con solera, 12.—3. Primer contacto con los jesuitas, 13.—4. De nuevo en el hogar por ser «mal comedor», 14.—5. La nueva etapa, 15.—6. «Los peripatos», 17.—7. Las vacaciones, 19.—8. Los josefinos, 21.—9. La ciencia de Dios, 22.—10. «Ya no siento afición a ninguna cosa en la tierra», 24. — 11. Vida eucarística, 26. — 12. Sacerdote para siempre, 28.—13. Volviendo la vista atrás, 31.

CAPÍTULO III: LAS PRIMERAS MIELES SACERDOTALES 33

1. Otra Virgen del Castillo, 33.—2. «Don Manolito» y don Manuel, 34.—3. La Madre Amparo, 36.—4. Coadjutor humilde y celoso, 38.—5. El cura que siempre está en la Iglesia, 39.—6. Los pobres y los enfermos, 40.—7. Amigo de las gentes, 41.—8. Cambio de rumbo, 42.

CAPÍTULO IV: TRAS LAS HUELLAS DEL CURA DE ARS 45

1. De la villa al pueblo por una «carnavalada», 45.—2. La fuerza de la Eucaristía, 48.—3. Desde el Sagrario a las almas, 52.—4. Hacia cumbres más altas, 59.—5. Pobre con los pobres, 63.—6. Lloró el pueblo entero, 68.

CAPÍTULO V: EN LA ESCUELA DE LOYOLA 73

1. La llamada, 73.—2. De Carrión a Salamanca, 78.—3. «Si no os hacéis como niños...», 80.—4. «Seis experiencias principales», 83. 5. La vida por dentro, 86.—6. Compañero de Jesús, 88.—7. De nuevo estudiante de teología, 89.

CAPÍTULO VI: FORMANDO SACERDOTES DE CRISTO 93

1. La villa de los Arzobispos y su Universidad Pontificia, 94.—2. Ascenso fulgurante, 94.—3. «Bienaventurados los perseguidos», 97.—4. Dispersos, 101.—5. Con los más humildes, 102.—6. «Mi casa es el cielo», 104.—7. Profesor de la única Universidad Pontificia de España, 106.—8. Devoción al Corazón de Jesús, 109. 9. Devoción a la Santísima Virgen, 112.—10. Caminando hacia la tragedia, 116.—11. ¿Santa inconsciencia?, 118.—12. Madurez temprana, 120.

CAPÍTULO VII: LA GUERRA 123

1. El palenque de los Ejercicios ignacianos, 124.—2. El asalto, 126. 3. El P. José, carcelero mayor, 130.—4. Padre por partida doble, 131.—5. Desafiando a la muerte, 136.—6. Como en tiempo de san Tarsicio, 139.—7. Hacia tierras más seguras, 142.—8. «Aquí paz octaviana», 144.—9. «No moriré sin ser santo», 145.—10. Consagración definitiva, 147.—11. «¡Cuánta podre, Antonio!», 148.—12. «Este es un santito», 151.—13. Dispersión, 153.—14. «Algún día tocarán a gloria las campanas», 154.—15. Un mes de Ejercicios memorable, 157.

CAPÍTULO VIII: LOS DIFICILES AÑOS DE LA POSTGUERRA. 159

1. El espíritu de la Legión, 159.—2. Sin camino, 163.—3. Hasta el límite, 165.—4. Los trabajos y los días, 167.—5. Vida de Sagrario, 174.—6. El cultivo de lo interior, 178.—7. Hispanoamérica, 179. 8. De nuevo la Congregación mariana, 183.—9. La fama universal, 189.

CAPÍTULO IX: DIRECTOR ESPIRITUAL DE LOS TEOLOGOS ... 191

1. En la vida y en la muerte somos del Señor, 192.—2. Año mariano, 193.—3. «Una vida verdaderamente digna», 195.—4. Su palabra abrasadora, 201.—5. Apogeo y declive de las Congregaciones, 207.—6. Director espiritual, 215.

CAPÍTULO X: SI EL GRANO DE TRIGO NO MUERE... 217

1. Enfoque de la nueva situación, 217.—2. Cuestionado, 220.—3. «Vencer el mal a fuerza del bien», 222.—4. El adiós a sus hijos, 224.—5. Garabandal, 226.—6. En la comunidad jesuítica, 228. 7. Hasta el último aliento, 233.—8. La muerte del justo, 236.

SEGUNDA PARTE: SEMBLANZA

CAPÍTULO I: INTIMA UNION CON DIOS 245

1. ¿Cuánto oraba el P. Nieto?, 245.—2. ¿Cómo oraba el Padre Nieto?, 251.—3. Exigencias concretas, 264.—4. Por los senderos de la mística, 269.

CAPÍTULO II: DESPOJO INTERIOR 279

1. «Salud o enfermedad, vida larga o corta», 280.—2. «Riqueza o pobreza», 280.—3. «Honor o deshonor», 282.—4. «Mi carácter asperísimo y duro», 288.—5. «No se haga lo que yo quiero...», 292. 6. Reconocimiento, 295.

CAPÍTULO III: ABRAZADO CON LA CRUZ DE CRISTO 299

1. Cual otro san Pedro de Alcántara, 299.—2. «Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús», 303.—3. Buscando una interpretación, 305.—4. Novelando la realidad, 311.

CAPÍTULO IV: CUANDO FLAQUEO ENTONCES SOY FUERTE. 315

1. Sus enfermedades, 315.—2. «Como Job en el muladar», 318.—3. A cuestas con el hermano cuerpo, 326.

CAPÍTULO V: APOSTOL DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO. 329

1. Ejercicios de mes, 329.—2. Equilibrios con la peseta, 334.—3. «Cristo se mete en nuestras entrañas», 337.—4. Tandas reducidas, 346.—5. Metía fuego en el alma, 347.—6. Sus hijos espirituales, 348.—7. Los ordenandos, 350.—8. Tandas especiales, 354. 9. Vacaciones para la eternidad, 360.—10. Los medios humanos, 361.

CAPÍTULO VI: MAS ALLA DEL SEMINARIO 363

1. Los curas, 363.—2. Los obispos, 373.—3. Frutos sazonados de santidad, 380.

CAPÍTULO VII: PADRE DE LOS POBRES 389

1. Los primeros, sus hijos, 389.—2. La pedagogía del amor, 397.—3. La sección de caridad, 400.—4. Los pescadores, 410.—5. Los comedores infantiles, 414.—6. Las cartas a su hermano, 418.—7. La campaña navideña de caridad, 422.—8. Los enfermos, 425.—9. El arte de pedir, 435.—10. Las fibras del corazón, 437.

EPILOGO 443

I. BIOGRAFIA

Capítulo I

LAS RAICES

> «Los sentimientos de piedad los infundió el Señor profundamente en mi alma desde mis primeros años» (P. Nieto, *Recuerdos de 1937*).

1. *Macotera, la patria chica*

Manuel García Nieto fue oriundo de Macotera, apacible villa de la diócesis y provincia de Salamanca, ya casi en los confines de la provincia de Avila. Se halla emplazada en la carretera de Peñaranda de Bracamonte a Piedrahita, a unos 10 kilómetros de aquélla, a cuyo partido judicial pertenece.

Hasta que comienza la reciente emigración del campo, Macotera era uno de los núcleos de población más grandes del agro salmantino: contaba unos 3.000 habitantes a finales del siglo pasado, cuando vino al mundo Manuel. Hoy ha perdido casi un tercio de esa población.

Macotera es —dentro de la provincia de Salamanca— un pueblo con talante peculiar. Por una parte está el macoterano labrador, asentado en su pueblo y en su terruño, dedicado a las parsimoniosas y sedentarias labores de la labranza, reacio a innovaciones y defensor a ultranza de las tradiciones ancestrales. Por otra, el macoterano industrial de la lana, tratante de ovejas y cochinos y *chalán* de ganado vacuno. Entre ambos, el asalariado, que muchas veces tiene que emigrar para ganarse el pan.

La villa de Macotera extiende hoy su caserío por la falda de un ribazo, en cuyo cerro más alto preside, sobre altísimo pedestal, una estatua del Sagrado Corazón. Este monumento ya nos habla del apellido García Nieto, pues se alza sobre una tierra de su herencia, cedida generosamente para su emplazamiento.

La profunda religiosidad cristiana de los macoteranos se ha forjado en torno a la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Castillo, si bien

la piedad popular de la villa está más orientada hacia la Virgen de la Encina, honrada en su ermita. Esta religiosidad de Macotera se refleja en una extraordinaria floración vocacional. Se cuentan por cientos las vocaciones religiosas y sacerdotales salidas de la villa durante este siglo.

Esta es la patria chica de Manuel García Nieto, que viene a engrosar la lista de tantos hijos ilustres como Macotera ha dado a la Iglesia y a España: el cardenal Miguel García Cuesta, el obispo Jaime Flores Martín, Sor Manuela del Santísimo Sacramento (familiar de Manuel), Domingo Bueno, etc., etc.

2. *El hogar de los «juanillos»*

Manuel vino al mundo en Macotera a las ocho y media de la mañana del día 5 de abril de 1894. Sus padres, Juan García Blázquez y María Antonia Nieto Sánchez. Vivían entonces en la calle Nueva, número 21 —hoy número 13—, en una noble casa de dos plantas por ellos construida. Casa de labradores, con corral adjunto para el ganado. Al padre de Manuel todos le conocían por el apodo de «Juanillo», y sus hijos serían igualmente apodados los «juanillos». Era y es costumbre muy arraigada en los macoteranos llamar a la gente por el apodo, sin que ello tenga, por lo general, el carácter peyorativo que en otras partes.

Dos días más tarde del alumbramiento recibió el niño las aguas bautismales, recibiendo el mismo nombre de su padrino, Manuel Bueno García. En una de las primeras cartas que conservamos del P. Nieto, datada en 1935, éste escribe a su padrino, dándole buenos consejos. Diríamos que, en una especie de «usurpación de funciones», es el ahijado el que se preocupa de la salud espiritual del padrino.

El pequeño Manuel —«Manolito» desde ahora— fue el último de nueve hermanos, llamados Manuel, Agustina, José Manuel, Elena, Ana María, Manuela, Ramona, Ramón y nuestro Manuel. Cinco de ellos fallecieron de muy niños, sin que Manolito llegara a conocerlos. Los que llegaron a la edad adulta fueron Agustina, Hija de la Caridad, muerta en Burgos en 1914; Ana María, también Hija de la Caridad, muerta en Sevilla en 1952; Ramón, sacerdote diocesano, quien siendo siete años mayor que Manolito, le sobrevivió todavía unos cuantos años, muriendo en Salamanca en 1981.

La señora María Antonia, la madre del recién nacido, era de complexión delicada, por lo que no pudo dar el pecho al niño, que fue confiado a una señora de la localidad, quien lo amamantó. Más tarde un

hijo de esta nodriza, ya casado, tenía frecuentes altercados con su mujer, que le apostrofaba:

—¡Parece mentira que hayas mamado la misma leche que el cura «juanillo»! En poco te pareces a él. El tan santo y tú tan desgraciado...

También la cuna de Manolito tiene su pequeña historia. Fue dada caritativamente por los padres de Manolito a la señora María Gómez Caballo, que aún la conserva:

—La conservo como oro en paño, como una reliquia —comenta—. Para mí que mi Manolo ha sido tan buen cristiano, porque se crió en la misma cuna que el P. Manuel.

Estas pequeñas anécdotas nos hablan, en un lenguaje entrañablemente popular, de la fama de santidad que nuestro biografiado tiene en su pueblo natal.

Los padres de Manolito fueron personas de vida sencilla y profundamente cristiana, como recuerdan en Macotera. El padre, Juan García Blázquez, era uno de aquellos campesinos charros que vestía calzón a la vieja usanza. Un macoterano tenido por sus paisanos por persona excepcionalmente buena y prudente. Fue teniente de Alcalde y concejal de la villa, y después también Alcalde. También sería Interventor número 1 del Ayuntamiento. Estas sucesivas elecciones para puestos de responsabilidad municipal son claras muestras de la estima que «Juanillo» gozaba entre sus paisanos. Se cuenta, aunque no se ha podido confirmar documentalmente, que como munícipe dio muestras de una especial sensibilidad social, logrando del Ayuntamiento que unos terrenos de propiedad municipal se repartieran entre las familias pobres de la villa.

Pero poco o nada pudo captar Manolito de los buenos ejemplos de su padre, que moría cuando el niño no había cumplido aún los tres años de edad. Cuando murió, un familiar exclamó espontáneamente al enterarse del hecho:

—Ha muerto un santo.

Esa sería la exclamación general casi un siglo después, el día de la muerte de su hijo pequeño.

Quedó, pues, viuda la señora María Antonia a los tres años del nacimiento de Manolito, contrayendo segundas nupcias con el señor Juan Losada Sánchez en 1901, cuando Manolito contaba siete años. El señor Losada era criado de la casa. Persona honrada y de confianza. Después del matrimonio seguía tratando «de usted» a su esposa, su antigua señora, mientras los chicos llamaban simplemente Juan a su padrastro, como hicieran con su antiguo criado. Las relaciones de Manolito con su padrastro serían siempre buenas.

3. *Atisbos de santidad*

Conservamos una relación verdaderamente providencial que nos habla de la niñez de Manolito en Macotera. Su redactor material es el P. Antonio Sánchez, S. J. Pero su verdadero autor es el propio protagonista de los hechos. La redacción de estos *Recuerdos* —como en adelante los llamaremos— se hizo en los primeros meses de 1937, en plena guerra civil española. El P. Antonio convivió en Neguri (Bilbao) unos meses con el P. Nieto y fue tomando directamente de labios de su compañero diversos recuerdos de su vida. Oigamos algunos de estos recuerdos:

> «De pequeñito era yo de complexión muy enfermiza; tal vez influyera el mal estado de salud de mi madre. (A mi padre no llegué a conocerle). Era chico mañoso [¿de manías?]: me dio por no querer comer más que pan y agua. Casi siempre estaba en la cama. A todo tenía asco: jamás bebía en un vaso usado por otro, aunque fuese por mi madre. No podía ver la carne, huevos, etc.
>
> Cuando tenía ocho años quedé solo en casa con mi madre, pues entró también religiosa la segunda de mis hermanas, y mi hermano estaba en el Seminario. A pesar del abandono en que estaba mi madre, no se opuso a su ingreso en la Religión; sólo algunas veces le decía:
>
> —¿Quieres irte a hospitales a atender enfermos? Aquí tienes en casa a tu madre enferma a quien atender.
>
> Aún hay muchas calles en mi pueblo que yo no las he recorrido nunca.
>
> Los sentimientos de piedad los infundió el Señor profundamente en mi alma desde mis primeros años. ¡Con qué fervor oía yo entonces la Santa Misa! ¡Qué comuniones aquellas! ¡Cuán diligentemente me preparaba a ellas! Después he ido aflojando. Sentía una devoción especial a la Santa Misa, que jamás omitía. Cuando tenía que trabajar en el campo, yo decía a mi madre que la Misa no la omitía por nada del mundo.
>
> Ya en esta época de mi vida se apoderó de mí la idea de la santidad, que me ha dominado durante toda ella. ¡Cómo se grababan en mi alma las cosas que leíamos en las vidas de los santos! Ya desde entonces sentía afición a la vida religiosa. Deseaba ser como un portero de un convento, meterme en un rincón y darme a vivir sólo para Dios. ¡Cómo se valía el Señor de todo para unirme más consigo! A esto me ayudaba no poco mi complexión enfermiza.
>
> ¡Qué miedo pasé muchas veces, cuando, yendo al oscurecer mis hermanos al Rosario a la iglesia, yo tenía que quedarme a atender a mi madre enferma!
>
> A los cuatro años tuve una enfermedad que me puso a punto de muerte. Si no me hicieron la caja, poco faltó. Debió ser hidro-

pesía. Gracias que a mi madre se le ocurrió ir a por agua a una fuente medicinal, y con aquello me sanó. Nunca pensé llegar a la edad que tengo.»

Ninguna otra noticia nos ha quedado de esta enfermedad aparte de este recuerdo autobiográfico. Pero si nadie ha podido confirmar esa hidropesía infantil, muchos son los que concuerdan sobre su complexión enfermiza. Si Dios se hubiera llevado entonces a aquel niño, le hubiera encontrado adornado no solamente con la gracia bautismal, sino con la del sacramento de la confirmación, recibido de manos de monseñor Tomás de Cámara el 27 de octubre del año 1897.

Apenas superada por Manolito aquella aguda crisis de salud, Ramón marchó al Seminario conciliar de Salamanca. Sólo quedaba en el hogar Ana María. Agustina hacía tiempo que había ingresado en Religión. Pero también Ana María seguiría pronto su camino. A los ocho años quedó solo en casa, con su madre y su padrastro, que acababan de contraer matrimonio.

La marcha de Ana María debió de acentuar en el niño la tendencia a la introversión y al aislamiento. Apenas salía de casa. Como oíamos en los *Recuerdos* de 1937, muchas calles del pueblo le eran desconocidas. Entre las aficiones caseras del niño, dos de signo bien distinto: andar con los animales domésticos o el ganado del corral y «jugar a misa» con ornamentos de papel que él mismo confeccionaba. Sus compañeros confirman su retraimiento en estos años, pero se hacen lenguas de su bondad y de su piedad.

¿Cómo habrá que interpretar su afición a «jugar a Misa»? Sin duda, como reflejo de aquella «devoción especial a la Santa Misa» de que nos hablan los *Recuerdos* de 1937. Lo mismo habrá que decir de su afición a ayudar a Misa, tanto en el Hospital de las monjas como en la Parroquia. Lo hacía además con gran compostura y recogimiento, como recuerda algún compañero de su niñez.

Pero ¿qué pensar de sus inclinaciones a la vida religiosa? Los *Recuerdos* de 1937 encuentran su refrendo en lo que por entonces manifestó a su hermano Ramón: que quería ser «jesuito». Así, acabado en *o*. Sería jesuita con el correr de los años y ¡cosa llamativa! el único jesuita que se conozca de Macotera, a pesar de contarse por cientos, como sabemos, las vocaciones surgidas de la villa. ¿De dónde le vino a aquel niño tal inclinación, sin haber frecuentado el trato con ningún jesuita, cuyo nombre ni siquiera pronunciaba correctamente? ¿No sería de la lectura de la vida de algún santo jesuita? De hecho le hemos oído decir que las cosas que leía entonces en las vidas de los santos dejaban profunda huella en su alma de niño. Notable también la característica específica de su inclinación a la vida religiosa: «ser como portero de un convento, meterse en un rincón y darse a vivir sólo para Dios».

Sea lo que quiera de estas inclinaciones, lo que sí se palpa ya en la niñez de Manolito es una acendrada piedad, centrada sobre todo en la Santa Misa y en la Comunión, a la vez que un impulso muy decidido hacia la meta de la santidad. Al fervorosísimo P. Nieto de 1937, ya en plenitud espiritual, le parecía que su fervor había ido decayendo desde entonces. Hay —claro está— en esta apreciación una expresión de humildad, pero igualmente una nostalgia de una época de piedad sincera y tierna. Una época en que Dios ya actuaba muy intensamente en el alma de aquel niño, preparándola para una eximia santidad.

4. *Sor Elena y don Francisco*

A finales de siglo los párvulos de Macotera estaban totalmente desasistidos, hasta que funcionó una escuelita para ellos en el Hospital, en el humilde barrio de Santa Ana. Fundado este centro por el mencionado obispo salmantino, Fray Tomás de Cámara, OSA, en 1894, cuando Manolito contaba tres meses, la dirección fue confiada a las Religiosas de San Vicente de Paúl.

La elección de la escuela del Hospital para Manolito por parte de su madre no debió ofrecer grandes dudas, siendo como eran para ella las Hijas de la Caridad como algo de familia. No en vano la hija mayor se había consagrado a Dios en aquella Congregación, y la hija menor estaba preparándose para dar el mismo paso. Dos o tres debieron ser los años que Manolito estuvo con las monjas, a juzgar por lo que recuerda algún compañero suyo de aquellos lejanos años.

Desde entonces trabó gran amistad aquel niño con Sor Elena, que pasó en el Hospitalillo de Macotera casi toda su vida religiosa, bien como simple hermana, bien como superiora del centro. Ella encomió muchas veces la ejemplaridad de Manolito, a quien seguía aplicando tal diminutivo incluso de mayor, como signo de confianza y estima. Cuando, muchos años después, pasaba por Macotera alguien que pudiera traer a Sor Elena noticias del entonces ya famoso jesuita, acudía la monja a recabarlas. Por su parte, el P. Nieto solía enviar recuerdos para ella en las cartas a los familiares de Macotera.

El trato con las Hermanas del Hospital pronto haría a Manolito familiar en aquella casa. Allí acudiría frecuentemente a charlar con Sor Elena y a ayudar a Misa en la capillita del centro. Otra de las grandes aficiones del niño. ¡Con qué compostura y devoción lo hacía!

De la escuela de párvulos de las Hermanas pasó Manolito a las escuelas nacionales, donde le cupo en suerte tener como maestro a don Francisco García, recordado todavía en Macotera con admiración y respeto. Como recuerda su condiscípulo Manuel Jiménez Hernández,

Manolito sobresalió por su buena conducta. Era listo y buen compañero. Todo ello hizo que don Francisco le nombrase *instructor* de una sección, para cuidar de ella mientras el maestro visitaba a los otros grupos y tomar la lección a los demás. Su excelente conducta y su conocimiento del catecismo harían que el párroco hiciese otro tanto con el niño en la catequesis. Le nombró encargado de una de las secciones.

Estando en Comillas todavía preguntaba el P. Nieto muy interesado por aquella catequesis de Macotera. Es que hay ciertas vivencias, cuyos benéficos influjos traspasan las barreras del tiempo. El mismo sería un extraordinario catequista en sus años de actividad parroquial en Santa María de Sando.

De esta manera iba transcurriendo la vida de aquel niño, en unas coordenadas externas sumamente vulgares. Nadie podía pensar en nada extraordinario. Un chico piadoso, de buen comportamiento —hasta modélico quizá—, pero sin ningún signo fuera de lo normal. Y, sin embargo, ya había atisbos de una vida interior muy profunda y de una santidad nada corriente. Eran los primeros aleteos del Espíritu de Dios sobre un alma dúctil y generosa.

Capítulo II

HACIA EL ALTAR DE DIOS

> «En el Seminario era muy aficionado a hacer visitas al Santísimo» (P. Nieto, *Recuerdos de 1937*).

Manolito —ya lo hemos visto— era muy aficionado a jugar a cura, diciendo Misa con ornamentos de papel. Incluso llegó a manifestar alguna vez el deseo de ser «jesuito». Pero, ¿cuál era la auténtica orientación vocacional de aquel muchacho, en caso de que tuviera alguna definida por entonces?

Tenía catorce años largos, aunque no los aparentaba. Había que tomar una determinación sobre el futuro. La salud del muchacho, mejorada ciertamente, no dejaba de infundir inquietudes a la madre. Todo había que calibrarlo. Pero forcejeó con ella, y al final logró seguir las huellas de su hermano Ramón. Iría con él al Seminario de Salamanca.

1. *En Macotera con don Ruperto*

El muchacho fue admitido como alumno del primero de latín para el curso 1908-1909, pero no como interno, sino como alumno libre o de enseñanza privada. De este modo podría prepararse de las asignaturas de primero sin abandonar el hogar familiar.

Su tutor o profesor en el pueblo fue, durante aquel curso, don Ruperto Bueno García, catedrático de Instituto, que, habiendo tenido que abandonar la docencia oficial al quedarse ciego, vivía en Macotera con dos hermanas. Era don Ruperto un seglar ejemplar, sumamente inteligente, dedicado por entero a sus prácticas de piedad y caridad y a ayudar en los estudios a quien precisase de sus servicios, pero sobre todo a los que, como Manolito, pretendían ingresar en el Seminario.

Don Ruperto «dio paso» al muchacho durante todo aquel curso de

las asignaturas que se cursaban en el Seminario salmantino, menos de solfeo. El alumno consiguió un *bene* en latín y un *meritissimus* en geografía, que eran las asignaturas que tenían nota, aunque también figuraban entre las materias de ese curso analogía española, ejercicios de aritmética, historia sagrada y catecismo.

Dos razones aducen los *Recuerdos* de 1937 para que su madre no hubiera permitido al chico cursar hasta entonces como interno en el Seminario:

«Por quedar mi madre sola —dice— y, sobre todo, por mi mala salud, no se me permitió en casa ir al Seminario hasta los catorce años. ¡Cuántas lágrimas me costó conseguirlo, pues mi madre, bien informada de la dureza de la vida del Seminario por mi hermano, estaba convencida de que yo no la podría resistir por mi mala salud.»

2. *Un Seminario con solera*

Al segundo curso de latín ya le dejó su madre ir al Seminario de Salamanca. Era finales de setiembre de 1909, cuando aquel enfermizo muchacho dejaba atrás Macotera, camino de la universitaria ciudad del Tormes. Don Eloy Usallán, cura ecónomo de Macotera, certificaba para los Superiores del Seminario que el chico había observado siempre «buena conducta moral y religiosa, frecuentando al menos cada ocho días los Santos Sacramentos de la Penitencia y Comunión». Por su parte, don Rafael Zurdo, licenciado en medicina y cirugía médica de la Beneficencia municipal de Macotera, certificaba que el muchacho «no padece enfermedad, ni tiene defecto físico, por lo cual le conceptúo sano». ¿Informe objetivo o de circunstancias?

El Seminario estaba enclavado en el corazón mismo de la zona monumental salmantina, en pleno barrio universitario. El Seminario en que ingresó el joven seminarista como alumno interno a finales de 1909 —sede actualmente de la Universidad Pontificia de Salamanca— es un imponente edificio barroco, descomunalmente grande, que asombra a cualquier visitante por su gigantesca mole pétrea. Había sido antiguamente el Real Colegio del Espíritu Santo de los PP. Jesuitas.

Después de la expulsión de los jesuitas por el Rey Carlos III, el obispo salmantino don Felipe Bertrán consiguió el ala occidental del edificio para seminario conciliar, que se inauguró el 28 de mayo de 1779. Su advocación sería la de San Carlos Borromeo.

El 12 de enero de 1853 hacía su entrada en Salamanca su nuevo prelado, don Fernando de la Puente y Primo de Rivera. Designado, junto con el cardenal García Cuesta, para representar al episcopado español en la proclamación del dogma de la Inmaculada, aprovechó su estancia en Roma para concertar con el P. General de los jesuitas el que

éstos aceptasen la dirección del Seminario salmantino. Así se hizo a partir de principios de 1885.

La institución llegó a adquirir un extraordinario renombre. De este centro salieron insignes prelados y muchos hombres de gran fama, tales como los PP. Maldonado, Mendive, Urráburu, Butiñá, los hermanos Mir, el General de los jesuitas Luis Martín y tantos otros. De él dice el P. Manuel Revuelta, refiriéndose al siglo XIX: «Era, sin duda, la obra educativa más importante de la Compañía española dirigida a los de fuera.»

3. *Primer contacto con los jesuitas*

Era exactamente el 30 de setiembre de 1909 cuando Manolito atravesaba el umbral del Seminario, regido por los jesuitas. Era Rector desde 1907 el P. Felipe Echeverría, que hacía a la vez de prefecto de estudios. Pasaba el Rector por uno de los Padres de más prestigio de la provincia jesuítica de Castilla, en la que había desempeñado importantes cargos. También el profesorado de las Facultades Superiores contaba con algún Padre de fama, aunque en realidad el pequeño seminarista poco o nada tenía que ver con estos afamados profesores.

Los suyos serían los llamados *magistri* en la terminología jesuítica de entonces. Muy pronto compañeros y profesores empezarían a llamar al nuevo seminarista de segundo de latín con el curioso nombre de «Manúa», que conservaría hasta su misma ordenación sacerdotal.

No podemos pasar por alto la presencia entre ellos de un hombre extraordinario: el P. Olegario Corral, que conviviría siete años con el P. Nieto en el Seminario de Comillas, hasta que fuera martirizado por los rojos en Santander a finales de 1936, en plena guerra civil. El P. Corral explicó a Manúa la asignatura de sintaxis (y ortografía) españolas durante ese curso académico 1909-1910 y le examinó de otras al final. Era también salmantino, natural de Sando de Santa María, un pueblecito a kilómetro y medio de Santa María de Sando, que sería la parroquia donde aquel pequeño seminarista de segundo de latín desplegaría más tarde su celo apostólico antes de ingresar en la Compañía de Jesús.

Este hombre tuvo que influir de una manera o de otra en aquel gramático, ya que los *magistri*, aparte de su función docente, trataban mucho con los latinos y retóricos durante sus horas de inspección. Por otra parte, el *devoto y celoso* P. Corral —como le calificarán más tarde sus alumnos de Comillas— era además el prefecto de la Iglesia de «La Clerecía», frecuentada por los seminaristas, bien para confesarse, bien para ayudar a misa y asistir a otras funciones litúrgicas. Desplegaba además su celo apostólico en las visitas periódicas a hospitales y orfanatrofios. Quién sabe si la inclinación posterior de Manúa por los po-

bres y enfermos no tuvo su inicio en el ejemplo de este preclaro jesuita.

El primer jesuita que pudo penetrar un poco en el alma del gramático recién llegado fue el P. Luis Bravo, que hacía de P. Espiritual.

Pero además del primer contacto con los jesuitas de carne y hueso, este curso supuso para Manúa el primer encuentro con el núcleo de la espiritualidad jesuítica, o sea con los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. En ellos habría de cifrar el P. Nieto toda su espiritualidad. Dirigió ese año los Ejercicios a los seminaristas el P. Joaquín Cepa, profesor de Filosofía.

En el Seminario convivían dos comunidades: la de internos, a la que pertenecía Manúa, y la de externos. Esta dualidad fue frecuentemente fuente de conflictos y de problemas disciplinarios. Como característica de la vida seminarística podríamos resaltar la gran densidad de actos piadosos. Había bastantes fechas del calendario en que la acumulación de devociones tradicionales creaba una auténtica colisión entre unas y otras. Como no podía ser menos, se advertía una cierta insistencia en los elementos o tradiciones jesuíticas. Típico a este respecto era la atención por parte del Seminario a los actos de culto de la Catedral y a los de la Iglesia de «La Clerecía», sita en un ala del edificio del Seminario y regentada igualmente por los jesuitas. En algunas ocasiones más especiales asistía la comunidad entera a los cultos de este templo o iban los de la *schola cantorum* a solemnizarlos con sus cánticos. Todo esto, así como lo dicho anteriormente sobre el contacto personal con los jesuitas y con los Ejercicios ignacianos, nos inducen a pensar que el primer año de internado de Manúa fue para él una especie de «baño jesuítico».

Aunque no se ha podido localizar la lista de los premios de conducta de aquel curso (ni de ningún otro), podemos asegurar su buen comportamiento, pues en el «Cuaderno de explicación de notas» correspondiente a 1909-1910 no se imputa ninguna falta a Manúa, como ocurre a otros varios compañeros de curso. Sus compañeros atestiguan que «siempre tenía *bene* y *optime*» en conducta.

4. *De nuevo en el hogar por ser «mal comedor»*

No pensaba Manúa, al concluir aquel primer curso de internado, que su relación con los jesuitas en el Seminario había concluido definitivamente para él. Los hijos de San Ignacio habrían de continuar otro curso aún al frente del Seminario de San Carlos Borromeo, pero Manúa no cursaría el tercero de latín como interno, sino que lo pasaría nuevamente en Macotera, como ya ocurriera con el primero.

Las razones de este extraño cambio, después del año de internado, se nos ocultan hoy, aunque no sería aventurado apuntar a alguna de las ya barajadas al hablar del primero de latín. Los *Recuerdos* de 1937 mencionan el temor de Manúa de que su hermano Ramón, ya a punto de ordenarse sacerdote, le enviase a casa por su inapetencia. Después de referirse a lo que le costó arrancar a su madre el permiso para ir a Salamanca, añade el P. Nieto:

> «En el Seminario continué siendo tan mal comedor como en casa. Los días de vigilia que no había sardinas, no tomaba más que la sopa, pues los garbanzos no los podía tragar. Recuerdo que el primer día de vigilia que pasé en el Seminario me puse un gran plato de garbanzos, creyendo me gustarían: mas no los pude tomar. Mis compañeros, como ya conocían mis mañas, me proporcionaban pan abundante, tomando ellos en cambio el principio que a mí me correspondía. No podía ver ni pintadas las albóndigas; con todo, los días que mi hermano iba a leer al Refectorio de los pequeños (solía ser con frecuencia por su buena voz), tomaba yo, contra toda mi repugnancia, unas cuantas, para que él no viese que no comía, pues temía me enviase a casa. Tanto llamaba allí la atención el ver lo mal que comía, que el hoy P. Yanguas, entonces inspector en el Seminario, me solía enviar de su mesa algunos platos más escogidos.»

Este testimonio —referido al parecer al primer año de internado— pudiera encerrar la clave de la vuelta de Manúa a Macotera.

El caso es que Manúa volvió a su pueblo para cursar el tercero de latín con su querido don Ruperto. Al final de curso volvió a Salamanca a examinarse. Un acta de exámenes encontrada y firmada por los PP. Bravo, Corral y Serrano, dice simplemente: «Jhs. Manuel García Nieto: tercero de latín, *Meritus*. Historia Universal, *Meritissimus*.» Por estos días de los exámenes de Manúa se ordenaba de diácono su hermano. Es muy probable que aprovechase el viaje para asistir a las órdenes.

5. *La nueva etapa*

Los jesuitas, al frente del Seminario, tuvieron frecuentes problemas con el clero diocesano a lo largo del siglo XIX. Pero los conflictos se acentuaron durante el pontificado del P. Cámara (1885-1904). Dos cuestiones principales enturbiaron las relaciones con él: por una parte, el complejo problema del integrismo, al que eran proclives bastantes jesuitas del Seminario y, por otra, la creación el mismo año del nacimiento de Manúa del Centro de Estudios Eclesiásticos Superiores de

Calatrava, puesto bajo la dirección del clero diocesano. Al potenciar Cámara el nuevo centro, salió desfavorecido el Seminario. Cámara fallecía en 1904, iniciándose un paulatino declive del Centro de Estudios Superiores. Así las cosas, en 1911 el obispo salmantino, previendo la agonía del Centro de Calatrava, decidió su cierre y su integración en el Seminario. Las condiciones exigidas a los jesuitas —que perdían independencia en la dirección del Seminario— provocaron el abandono de éstos, que tan sólo seguirían regentando «La Clerecía» desde una residencia adjunta.

Cuando Manúa, con sus diecisiete años cumplidos, iniciase el nuevo curso —el de humanidades— ya no encontraría a sus antiguos maestros al frente de la Institución.

Su hermano Ramón acababa de recibir las sagradas órdenes del presbiterado, en las llamadas témporas de San Mateo. La vocación sacerdotal de Manúa, cada vez más definida, no pudo menos de recibir con tal acontecimiento familiar un nuevo impulso. El había decidido seguir el camino de su hermano mayor, y lo seguiría hasta el altar. De todos modos, el sacerdocio de Ramón no supuso de momento la separación de los dos hermanos, ya que el nuevo sacerdote continuaría un año más en el Seminario perfeccionando sus estudios.

Al reiniciarse el curso, Manúa debió sentirse doblemente extraño: los formadores habían cambiado y había perdido el contacto con sus antiguos compañeros. El nuevo Rector era don Patricio Pereña, un hombre proveniente de la pastoral parroquial. El P. Espiritual sería don Fernando Peña, hombre piadoso, profesor a la vez de Teología dogmática. De todos modos, en la nueva etapa formativa no se advierte ninguna ruptura espiritual ni pedagógica notable con relación a la tradición jesuítica del Seminario. Se conservan las tradicionales asociaciones de la Compañía: Congregación mariana, Apostolado de la Oración, etc. Vemos incluso asistir a los seminaristas a alguna de las funciones religiosas de «La Clerecía», atendida por los jesuitas. Más aún: después de marchar del Seminario los jesuitas españoles, éste siguió dando cobijo, como lo venía haciendo desde 1910, a un grupo de jesuitas expulsados de Portugal, que habían organizado en una zona del capacísimo inmueble un pequeño colegio apostólico para niños portugueses.

Nada, pues, de antijesuitismo. Todo lo contrario. No podemos olvidar que, pese a las tensiones de última hora en el traspaso de poderes, la mayoría de los nuevos formadores de los seminaristas habían sido formados a su vez por los jesuitas, por lo que su espiritualidad y sus métodos educativos no podían menos de delatar sus orígenes. Así pues, la formación de Manúa siguió, en cierto sentido, dentro del ámbito de influencia jesuítica, sobre todo a través del espíritu de los

Ejercicios de San Ignacio y de otras tradiciones espirituales y apostólicas de la Compañía de Jesús.

Y volvamos a nuestro protagonista. El joven retórico se enfrentó al nuevo curso académico —el de humanidades—, según el «Plan para el estudio de las asignaturas de Latinidad y Humanidades en los Seminarios Pontificios y Conciliares de la Provincia Eclesiástica de Valladolid, aprobados por la Sagrada Congregación Consistorial».

El aprovechamiento escolar de Manúa en este curso sigue la línea ascendente que se observa en el conjunto de su *curriculum* académico completo. De las cuatro asignaturas que merecen nota al final de curso, en dos obtiene *meritissimus* y en las otras dos *benemeritus*. El comportamiento también debió de ser óptimo, pues no se le anota ninguna falta en todo el curso en el cuaderno del Inspector, cosa que no se puede decir de otros de sus compañeros.

6. *«Los peripatos»*

Y después de la retórica, los tres años de filosofía. Ha dejado atrás Manúa las comunidades de los «pequeños», para adentrarse en las de los «mayores»: filósofos, teólogos, canonistas. Efectivamente, Manúa era ya «mayor», un muchacho en torno a los veinte años. No es fuerte, pero ya nunca ha vuelto a estar enfermo desde que superara aquellas inapetencias iniciales que arrastraba desde la niñez. También ha superado la introversión de los primeros años: por el contrario, ahora es un joven alegre y expansivo.

Así como los gramáticos recibían en Salamanca el nombre familiar de «peregrinos», en alusión a su patrono San Pelegrín, a los filósofos los apodaban a veces «peripatos», en clara alusión a la conocida escuela filosófica antigua. Las típicas «concertaciones» de los pequeños daban ya paso a las serias «mensuales» de los sesudos filósofos. El ambiente académico se hacía más serio y denso. El ambiente espiritual adquiría tonalidades más clericales. La cercanía del altar se iba haciendo paulatinamente más presente en la vida de aquellos jóvenes.

El asesinato de Canalejas, acaecido durante aquel curso 1912-1913, produjo honda impresión en el Seminario. Como la produjo, por otros conceptos, la muerte del obispo diocesano. Así lo expresa, con un barroquismo muy del gusto de la época, el Diario de la Comunidad: «Cundió como la chispa eléctrica entre los individuos de las diferentes comunidades la triste, fatal y aterradora nueva de la muerte del inolvidable sucesor del P. Cámara, del P. Francisco Javier Valdés y Noriega...» Dos meses después recae el nombramiento de nuevo prelado salmantino en la persona del obispo de Astorga, Don Julián de Diego y

García de Alcolea, que haría su entrada en Salamanca en diciembre de 1913.

Por el periódico local *El Salmantino*, de fecha 2 de octubre de 1913, nos enteramos que eran nueve los seminaristas macoteranos que cursaban por entonces en el Seminario. Manúa es ya de los mayores del grupo. Va a comenzar su segundo curso de filosofía, marcado por dos acontecimientos: la entrada en la diócesis del obispo Alcolea, preconizado el curso anterior, y la solemne celebración del tercer centenario de la beatificación de Santa Teresa, inaugurado en Salamanca con la presencia del Nuncio Ragonessi. La villa ducal de Alba de Tormes, a pocos kilómetros de Salamanca y de Macotera, sería el centro de estas celebraciones teresianas, por guardar el precioso tesoro del cuerpo de la Santa. Manúa había respirado desde pequeño estos aromas teresianos. Macotera es un pueblo muy vinculado históricamente al señorío de los Duques de Alba. Parece incluso que la Reformadora pasó en distintas ocasiones por Macotera. No sabemos si Manúa peregrinó en esta ocasión a Alba, pero sí lo hizo varias veces por estos años de la niñez y juventud.

El verano de 1914 resultó especialmente denso en acontecimientos. El 14 de julio moría en Burgos su hermana mayor, Agustina, Hija de la Caridad. Tenía tan sólo cuarenta y un años, habiendo entrado religiosa un año antes de nacer Manúa. Se puede decir, pues, que casi no se trataron. Es de suponer que se desplazara a aquella ciudad castellana para participar en los actos del sepelio. Por otra parte, su hermano Ramón, después de dos destinos breves, iba a ser destinado a principios de setiembre a Peñaranda de Bracamonte, villa cercana a Macotera, como coadjutor de la parroquia de San Miguel. Este destino del hermano mayor arrastró consigo a toda la familia, que levantó la casa de Macotera para trasladarse a vivir con el nuevo coadjutor. Esto hizo que Manúa ya no volviera a Macotera después de las vacaciones de 1914, rompiendo casi definitivamente los lazos físicos —que no espirituales ni sentimentales— con su querida villa natal. Desde entonces hasta su ordenación sacerdotal pasaría las vacaciones veraniegas en Peñaranda.

El tercer curso de filosofía se inició, como los otros, con los Ejercicios espirituales, dirigidos en esta ocasión por los PP. Federico González y Román de San Miguel, de la cercana residencia jesuítica de «La Clerecía». Visitó ese curso el Seminario el cardenal Almaraz, arzobispo de Sevilla, antiguo alumno y profesor del centro. Los García Nieto mantendrían siempre una estrecha amistad con don José Almaraz, algo pariente del cardenal. El curso concluyó con la Asamblea Eucarística de Peñaranda, de la que habremos de ocuparnos con posterioridad. Algo que le tocó muy de cerca a Manúa, ya vecino de esta villa.

Este fue el marco de sus estudios filosóficos. ¿Y los estudios propiamente tales?

Durante el primer curso de Filosofía el profesor Dr. José Paniagua Segurado explicó a Manúa *Lógica y Ontología,* por el curso de Mendive. Por su parte, el Lic. Antonio Sánchez Casanueva le enseñó *Aritmética y Algebra* sobre el texto de Cardin. Su aprovechamiento no pudo ser mejor, consiguiendo al final de curso un *meritissimus* en todas las disciplinas.

Similar estructura tenían los cursos siguientes: un bloque de clases con las materias clásicas especulativas de la filosofía escolástica, y otro con las ciencias positivas más en boga desde el siglo XIX. Según este esquema, en el segundo curso estudió *Cosmología, Sicología* y *Teodicea,* también con el Mendive. Fue su profesor en esta cátedra el Dr. Gerardo Sánchez Pascual. El citado Casanueva le explicaría *Geometría y Trigonometría* sobre el texto de Laborda. La aplicación de Manúa siguió siendo excelente, con idénticas máximas calificaciones al final de curso.

También fue Mendive el texto de *Etica y Derecho Natural* del último curso, temas que explicó el Dr. Carlos del Brío Cortés. Las ciencias positivas de *Física y Química* e *Historia Natural* se las explicó el Dr. Ildefonso Polo Segurado sobre los textos respectivamente del P. Rodríguez, OSA, y Faulin. Y, para no desmerecer de su trayectoria anterior, también consigue Manúa en todas las asignaturas el máximo galardón. Tan sólo en solfeo —cátedra de nueva creación— ha de contentarse con un *meritus,* o sea un aprobado. Fue su profesor de música el maestro de capilla don Marcelino Villalba Muñoz.

Se puede, pues, concluir que nuestro «peripato» hizo unos estudios filosóficos extraordinariamente brillantes. Manúa no sólo se distinguía por su acendrada piedad o su intachable conducta; era además un aplicado e inteligente estudiante. Pero él nunca hará alarde de su formación intelectual.

7. *Las vacaciones*

Nada hemos dicho de las vacaciones veraniegas de aquel seminarista. Las pasó, como sabemos, en Macotera hasta 1914. Después en Peñaranda.

En Macotera existía un grupo numeroso de seminaristas. Alguno de ellos le recuerda siempre con porte modesto, vistiendo su traje negro, que era el atuendo usual en verano, ya que en el Seminario llevaban sotana (con esclavina dentro de casa). En ocasiones más solemnes y en las salidas del Seminario vestían sobre la sotana un manto azul oscuro, cerrado por delante y sin mangas, y beca encarnada.

El grupo de seminaristas macoteranos vivía bastante unido, con un cierto distanciamiento del resto de los chicos de la localidad. Asistían diariamente a la Santa Misa en la parroquia, situándose en un banco junto al presbiterio. Llamaba la atención Manúa por su compostura y recogimiento. Después de comulgar pasaba largo rato inmóvil de rodillas. Los domingos y fiestas subía al coro con las cantoras, a las que animaba mucho. A veces les enseñaba algún cántico nuevo. Cantaba muy bien y con voz potente. Colaboraba en la catequesis y frecuentaba el trato con Sor Elena en el Hospital. Esta no se cansaba de alabarle ante todo el mundo como un muchacho y seminarista modélico.

Los seminaristas solían jugar a la pelota y a la baraja. Según afirma un compañero de aquellos tiempos, Manúa se mostraba desprendido y generoso en el juego. Ah, y muy alegre. Unas vecinas que vivían enfrente dicen que cuando llegaba alborotaba a la vecindad. Con los compañeros cantaba y palmoteaba desde el balcón de la sala alta, donde se reunían para pasar el rato. Hasta sabía bromear con otras personas.

Por las tardes salía de paseo con los otros seminaristas y con los sacerdotes, después de hacer una visita al Santísimo con los demás. Pero Manúa no se contentaba con esa visita comunitaria: él por su cuenta visitaba al Santísimo más de una vez.

Cuando su madre y su padrastro se fueron a vivir a Peñaranda con Ramón, Manúa cambió de compañeros de vacaciones. También había un grupo de seminaristas en Peñaranda. Manúa —estudiante ya de teología— pronto pasó a ser el mayor del grupo. *La voz de Peñaranda,* periódico local, cuenta hasta once seminaristas de la localidad en el verano de 1919. Uno de ellos, Luis Villoldo Muñoz, se hace lenguas del «espíritu de santidad» que ya entonces dejaba traslucir aquel joven clérigo. Y junto a este halo de santidad personal, resalta igualmente su «imán espiritual» sobre los demás del grupo. Como el mayor de todos, ejercía sobre ellos una benéfica influencia. El grupo se sentía muy a gusto en su compañía. Era no solamente ameno, sino hasta gracioso. Todos esperaban con verdadera ansia el rato de la tarde, cuando salían de paseo con él por la carretera de Salamanca.

Se distinguía por su piedad. «Parecía un místico», comenta don Luis Villoldo. Sus conversaciones siempre derivaban hacia cosas espirituales. Sumamente modesto: no miraba más que al cielo o al suelo. Siempre estaba dispuesto a echar una mano en la parroquia, ayudando sobre todo a su hermano Ramón.

Y como ya ocurriera en Macotera, el paseo iba precedido de una visita comunitaria. Sin embargo, Manúa, ya cercano al sacerdocio, prolongaba su presencia ante el Santísimo más que los demás: aparte de la meditación de la mañana, solía tener por la tarde otro rato prolongado de visita personal.

Como dice también don Luis Villoldo, no solía discutir, porque, aunque tenía su genio, sabía dominarse. Alguna vez dejaba trasparentar un gesto de enfado cuando algo le molestaba, pero en seguida lo reprimía.

Al narrar estos recuerdos de aquellas vacaciones veraniegas, don Luis se emociona y dice:

—¡Cuántas veces lo he recordado, aunque no le he vuelto a ver desde entonces! Si dicen que después fue un santo, en Peñaranda era ya un semisanto.

En resumen, una vida de piedad, de descanso, de sano compañerismo, de edificación. Su carácter, expansivo y serenamente alegre. Nada de aquellas tendencias hacia el retraimiento de la niñez.

8. *Los josefinos*

Al pasar Manúa de filosofía a teología ocurrieron en el Seminario importantes novedades. El obispo Alcolea confió la dirección del mismo a partir del curso 1915-1916 a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos Reparadores del Sagrado Corazón, *vulgo* «los josefinos». Este cambio de dirección —el segundo durante los estudios de Manúa— no resultó tan traumático para el Seminario como el del año once, cuando la marcha de los jesuitas. La decisión debió de apoyarse en el excesivo costo en personal que suponía para la diócesis el mantener la situación anterior. Por lo demás, la probada competencia de los josefinos al frente de otros Seminarios podía hacer pensar en un tránsito suave y fecundo.

Este cambio institucional vino acompañado de otro académico, también importante: el nuevo plan de estudios introducido por el prelado.

El nuevo Rector era don Inocente Colom. A Manúa le correspondió como P. Espiritual don José María Feraud García. Todavía a su muerte conservaba el P. Nieto entre sus libros uno publicado en 1949 por don José María. Este libro, de título *El poema de los besos y otras glosas selectas,* lleva esta dedicatoria de mano del autor, que demuestra la confianza que reinó entre él y su antiguo dirigido: «*Ave María.* Al M. R. P. Manuel Nieto, S. J., como afectuoso recuerdo de su antiguo superior y actual colega, *ut oremus ad invicem.*»

Ya en el mismo mes de octubre, nada más empezar el curso, giró una visita al Seminario el Superior General de la Hermandad, don Benjamín Miñana, que había sido secretario del fundador, el beato Manuel Domingo y Sol. Se trataba de saludar a los seminaristas y de hacerse cargo de la situación de la nueva casa de él dependiente.

En esta etapa de la formación de Manúa hacen su aparición en la vida del Seminario salmantino una serie de devociones peculiares: Visita de San Alfonso María de Ligorio, Aceptación de la muerte, etc.

Se acentúan también actos de consagración y desagravio al Sagrado Corazón, donde no falta la coronilla de desagravio, una de las devociones más estimadas por el beato Sol. Y por supuesto se da gran relevancia a los actos de devoción josefina. Dos asociaciones provenientes de la época y tradición jesuíticas adquieren, si cabe, más protagonismo que antes en la vida del Seminario, sobre todo entre los filósofos y teólogos: son éstas la Congregación mariana de la Inmaculada y San Luis y el Apostolado de la Oración. Los Ejercicios espirituales, tanto los de principio de curso como los de los ordenandos, siguen siendo confiados también a los PP. Jesuitas en esta etapa josefina.

Parece que la espiritualidad de los Operarios Diocesanos, vivida por Manúa en sus años de teología, dejó en él una profunda huella y simpatía. Su relación futura con los josefinos será siempre cordial.

9. *La ciencia de Dios*

Estrenó, pues, Manúa el nuevo plan de estudios del obispo Alcolea en su primer año de teología, por lo que su implantación no supuso para él especiales trastornos en su trayectoria formativa. Se ha podido rehacer el cuadro académico del joven teólogo, en un ciclo que duraba entonces cinco cursos. El peso del primer año gravitó sobre la *Teología Fundamental* y el *Griego Bíblico*. Más secundarias eran las asignaturas de *Historia Eclesiástica, Arqueología Sagrada, Hebreo* y *Teología Pastoral*. Quizá fuera don Leopoldo Juan García el profesor que más fama adquirió entre los que tuvo ese año: publicó valiosos estudios sobre Pérez Bayer, sobre el Griego Bíblico, siendo el sucesor de Unamuno en la cátedra de griego de la Universidad al ser expulsado don Miguel por el general Primo de Rivera.

La *Teología Fundamental* cedería el paso en los cuatro años restantes a la clase diaria de *Teología Dogmática*, que constituyó siempre el armazón ideológico de los estudios sacerdotales. Tuvo la suerte Manúa de tener buenos profesores de Dogmática: don Francisco Borrego el segundo y tercer años y, sobre todo, don Francisco Ramos los dos cursos restantes. Excelente recuerdo conservan los alumnos de la agudeza intelectual y habilidad didáctica de don Francisco. El Dr. Ramos estimaba a su vez la aplicación y el talento de nuestro joven estudiante de teología, como lo demuestra el que en una ocasión fuera escogido, junto con otro aventajado alumno, para hacer de arguyente en la disputa pública anual de los teólogos. Recuerda el coarguyente que Manúa no era precisamente brillante, pero sí agudo.

El día 7 de marzo de 1920 actuó también Manúa en la solemne velada literario-musical que, presidida por el obispo Alcolea, dedicaron los seminaristas al Doctor Angélico. El trabajo presentado por el en-

tonces ya diácono Manuel García Nieto se titulaba «El dogma de la Eucaristía y Santo Tomás». Nos hubiera gustado poder leerlo, pero no se ha conservado.

En el segundo año teológico cursó Manúa, aparte de la teología dogmática común ya a todos los cursos, casi las mismas disciplinas que en el primero. Tan sólo la *Arqueología* cedió el puesto a las *Instituciones Canónicas.* No llegó a oír las explicaciones del nuevo Código de Derecho Canónico, a punto entonces de ser promulgado.

Más novedades trajo el tercer curso con la *Introducción general a la Sagrada Escritura, Geografía y Arqueología Bíblicas* y *Teología Moral.* Las materias bíblicas de este curso las explicó otro buen profesor, don Balbino Santos, formado en el Instituto Bíblico de Roma y futuro obispo.

La misma estructura académica se observa en el cuarto curso, sólo que la *Introducción general* a la Sagrada Escritura es sustituida por una *Introducción especial* a los distintos libros sagrados. El profesor de Manúa en esta materia fue el famoso canónigo Eloíno Nácar Fúster, autor juntamente con el P. Colunga de la popularísima Biblia en castellano NACAR-COLUNGA. Los alumnos le recuerdan no tanto por la brillantez de sus explicaciones, cuanto por la unción espiritual que imprimía a sus lecturas bíblicas. Manúa concluyó con éxito este cuarto curso. Al final de él el periódico peñarandino *La voz de Peñaranda* le felicitaba por las «brillantes notas en todas las asignaturas de los últimos años de la carrera del Sacerdocio».

El quinto y último curso los estudios bíblicos adquirían la modalidad de *Exégesis,* cuyo profesor fue el canónigo Fernando Peña, P. Espiritual de Manúa hasta la llegada de los josefinos. El canónigo don Nicolás Pereira completó las asignaturas con la *Patrología* y *Oratoria.*

A juzgar por los textos empleados, parece poderse deducir que la formación teológica de Manúa tuvo un fuerte componente neo-escolástico en lo especulativo, a base de los tratados de Billot y Mazzella, ambos de la escuela romana. Pero junto a esto, no se puede menos de resaltar la marcada orientación bíblica y positiva de buena parte de los estudios teológicos del plan Alcolea.

Optimo fue el aprovechamiento de Manúa a lo largo de los cinco cursos de Teología: 16 sobresalientes, cuatro notables y un aprobado (solfeo) son la concreción numérica, fría, de un constante e intenso trabajo. Sin duda, la función más específicamente sacerdotal de los estudios teológicos espoleó la voluntad y el corazón de aquel joven enamorado de su sacerdocio.

Podemos recordar todavía algunos hechos significativos de la vida comunitaria de Manúa en los años de su Teología. El primer sermón de que queda constancia pronunciado por él data del día primero de marzo de 1916, durante el primer curso. Al curso siguiente también se

ejercita nuevamente en la predicación ante sus compañeros el día nueve de diciembre. Sus compañeros de estudios han recordado muchas veces el fuego y la convicción que ponía ya entonces Manúa en sus palabras cada vez que subía al púlpito del refectorio o de la capilla. Su potente voz se proyectaba arrolladora hacia todos los ángulos del recinto. ¡La voz de Manúa! Quienes le conocieran años más tarde, con su horrible vozarrón cascado y ronco, no saldrán de su asombro al saber que, por lo menos en el segundo año de teología, fue tenor de la *Schola cantorum* del Seminario, un conjunto vocal de gran calidad, dirigido por el maestro de capilla señor Villalba.

Manúa gozó de la confianza de sus Superiores, como lo demuestra el hecho de confiarle algún cargo delicado. Un curso fue, junto con Alfredo Carabias, inspector de la comunidad de filósofos. Como tal, ostentaba en la comunidad toda la autoridad del Prefecto de disciplina y era el encargado de vigilar por el orden y comportamiento del grupo.

Manúa fue también durante la Teología miembro de la Junta directiva de la Congregación mariana. Congregante lo era desde mucho antes.

10. «*Ya no siento afición a ninguna cosa en la tierra*»

Ya sabemos que Manúa pasaba las vacaciones de los últimos años de Seminario en Peñaranda. Su madre, su padrastro y su hermano Ramón vivían en esta villa en una casa de planta baja y piso superior, con dos balcones, sita en la entonces llamada calle Arena, y hoy travesía de la Cruz, a corta distancia de la parroquia y menos aún de la casa parroquial.

Como en los dos años anteriores, una vez concluido felizmente el tercer curso de teología, llegó Manúa a Peñaranda dispuesto a pasar alegremente sus merecidas vacaciones de verano. Sin embargo, aquel estío le iba a deparar muchas emociones. «El estío de 1918 —leemos en el Diario del Seminario— comenzó a extenderse por España una epidemia... apodada por los extranjeros *la gripe española* y por los naturales *el soldado de Nápoles, la moda, el señorito, el dengue,* etc., etc.» La famosa peste europea del 18 que tantos estragos causó.

La peste también llamó a la puerta de la calle Arena, arrastrando tras de sí la vida de la madre de Manúa. Por más que su fe supo sublimar maravillosamente el luctuoso acontecimiento, el golpe tuvo que ser humanamente muy duro para aquel joven que no había conocido a su padre, que apenas había tratado a sus hermanas, y que había pasado su niñez en la casi exclusiva intimidad de su madre. El recuerdo de aquella mujer llevó siempre al corazón del hijo una nota de emoción. Todavía en el año 1972 recordaba el P. Nieto en carta a su sobrina Rosa: «Mi madre en las noches de verano, mirando al cielo, me decía:

¡Cómo será Dios!» A las doce de la noche de aquel 23 de agosto se le desvelaba aquel enigma. El semanario local *La voz de Peñaranda* se hacía eco del hecho al día siguiente con estas palabras: «Anoche falleció en esta ciudad, después de brevísima dolencia, la buenísima señora doña María Antonia Nieto... La conducción del cadáver a la última morada ha sido una manifestación del merecido aprecio en que se tiene por todos a tan estimada familia.»

Entre los *Recuerdos* de 1937 se encuentra éste referido a la muerte de su madre. Habla el P. Antonio Sánchez:

> «Hablándonos aquí en casa de la conformidad que da la fe en las adversidades, nos contó (el P. Nieto) cómo al morir su madre le había sido imposible entristecerse, por la seguridad que tenía de que estaría en el cielo. *La única ilusión que tenía en el mundo era mi madre: desde que ella murió, ya no tengo nada que desear sobre la tierra.*»

Y continúa el P. Antonio Sánchez:

> «Es gracia que debo al Señor —le oí en casa del señor Moronati, a quien fuimos a visitar por hallarse enfermo— que, desde que murió mi madre, no siento afición a ninguna cosa en la tierra.»
>
> «Cuando veía algún enfermo —me dijo refiriéndose a esta etapa de su vida— me entraba como cierta envidia, pues pensaba yo que la enfermedad era un camino muy derecho para ganar cielo. El Señor le concedió a mi madre lo que le pedía: *poco mal y buena muerte.* Apenas estuvo enferma. Le vino una fiebre. Estábamos con ella el otro hijo y yo (su hermano, el sacerdote) con otros varios sacerdotes. Le dieron el viático. A las once de la noche le administraron la Extrema Unción, y después de recibirla estuvo aún hablando tranquilamente con nosotros. A las doce estaba muerta.»

Doña María Luisa contaba entonces sesenta y nueve años. Muerta la madre quedaba sólo el padrastro, don Juan Losada, que pronto regresaría a Macotera, contrayendo segundas nupcias. Se había cortado, pues, para Manúa el último hilo que le ataba a la tierra, como él mismo confiesa. Desde entonces no pensaría más que en su sacerdocio que se echaba encima.

Hacía cuatro años había muerto su hermana. Ahora su madre. Estos hechos contribuirían a hacerle vivir con más intensidad la idea de la muerte, que siempre le había acompañado. Referido a los primeros años del Seminario queda este interesante testimonio en los *Recuerdos* de 1937:

> «Hablándome de la muerte —escribe el P. Antonio Sánchez—, le dije: ¡Si siempre tuviésemos presente este recuerdo, que nos hemos de morir...! Por lo que a mí toca —repuso él— es ésta una de las

ideas que me han dominado toda mi vida; desde mis primeros años la traigo siempre presente. De pequeño me impresionaba hondamente pensar que *me he de morir*. En mis primeros años de Seminario, cuando tenía alguna perrilla, todas las noches antes de irme a la cama, hacía testamento: Esto para las almas del purgatorio...»

11. *Vida eucarística*

El rasgo más saliente de la vida interior de Manúa durante estos años de Seminario era, sin duda, la vida eucarística. También lo dicen los *Recuerdos* de 1937, recopilados por el P. Antonio Sánchez:

«Hablando de la buena inclinación de Santa Teresa a la santidad desde la infancia, me decía (el P. Nieto) cómo el Señor le había concedido a él este favor desde sus primeros años, mas que luego, en la vida de Seminario, se había enfriado por las conversaciones frívolas de los compañeros. Que era muy aficionado a hacer visitas al Santísimo, lo que más de una vez le ocasionaba algunas risas burlonas de compañeros menos edificantes.»

Nada sabemos de la profundidad o prolongación en el tiempo de ese enfriamiento espiritual. En realidad, todos sus compañeros de estudios le recuerdan siempre como un seminarista muy piadoso.

Pero más importante resulta el rasgo positivo de su espiritualidad: su gran afición a visitar a Jesús Sacramentado, dando de lado a los respetos humanos. Los seminaristas tenían ya estipuladas por Reglamento algunas visitas comunitarias. Pero Manúa gustaba de hacer otras por su cuenta en los tiempos libres o recreos. Llamaba la atención por su reverencia delante del Santísimo.

Más tarde será la vida de Sagrario el centro de toda su vida espiritual. Le veremos horas interminables hincado de rodillas ante el Tabernáculo, como si no fuera un hombre de carne y hueso, sino más bien una estatua petrificada. Pero en aquella inmovilidad corporal se observaba siempre una tensión dialogal con el amado, como si le viese corporalmente a través de la portezuela del Sagrario. Pues bien, todo eso empezó a fraguarse, por lo visto, en el Seminario.

El ambiente invitaba a ello. Los años del Seminario de Manúa, sobre todo a partir del curso 1911-1912, fueron años de intenso fervor eucarístico. Son los tiempos del Congreso Eucarístico Internacional de Madrid (25 al 30 de junio de 1911), los del apogeo del arcipreste de Huelva, etc. El entusiasmo suscitado por el Congreso de Madrid nos es hoy difícilmente comprensible.

En Salamanca, coincidiendo con el ambiente general, se suscitó un fuerte movimiento eucarístico, del que participaron intensamente los

seminaristas. Lo que sentían aquellos corazones jóvenes queda bien expresado en el Diario de la Comunidad de externos del curso 1912-1913, al dar cuenta del canto del himno del Congreso: «Se cantó con toda la efusión de que es capaz el corazón humano el sublime y nunca bien ponderado himno del Congreso.»

El movimiento eucarístico de Salamanca encontró su cauce principal en las Asambleas Eucarísticas Interparroquiales, que, celebradas de una manera escalonada, iban a mantener vivo el fuego sagrado de la devoción eucarística en la diócesis durante bastantes años. Precisamente los años que mediaron entre el Congreso de Madrid y la ordenación sacerdotal de Manúa; es decir, casi toda su vida de Seminario. La primera Asamblea tuvo lugar en Alba de Tormes en octubre de 1912, la segunda en Vitigudino en agosto de 1913, la tercera en Peñaranda en junio de 1915, la cuarta en Ledesma en mayo de 1917 y la quinta en Salamanca en junio de 1920.

Manúa participó personalmente en dos de ellas: en la interparroquial de Peñaranda de 1915 y en la diocesana de Salamanca de 1920. Al tiempo de celebrarse la primera, iniciaba sus vacaciones veraniegas en esta villa, después de concluir su tercer curso de filosofía. Don Luis Villoldo recuerda el entusiasmo con que colaboró con su hermano Ramón en todo lo relacionado con la Asamblea. Dado su amor por Jesús sacramentado no podía escatimar esfuerzos ni sacrificios.

La ordenación sacerdotal de Manúa se celebró igualmente —el 16 de mayo de 1920— dentro de un ambiente netamente eucarístico, pues estaban entonces ultimándose los preparativos de la inminente Asamblea de Salamanca, que se iniciaría dos semanas más tarde. La víspera misma de la ordenación ultimaba la comisión literaria su propio programa. La prensa local hablaba ese día del entusiasmo que reinaba en la ciudad ante las próximas celebraciones. Asistieron casi todos los sacerdotes de la diócesis y representantes de los Arziprestazgos con sus banderas respectivas. Allí estaba también aquel neosacerdote, acompañando a los peñarandinos.

El arcipreste de Huelva, el famosísimo don Manuel González García, gran apóstol de la devoción eucarística, visitó el Seminario de Salamanca en el verano de 1913. Con ocasión de esta visita se cita en las crónicas aquello tan suyo de «convertir al mundo entero en un manicomio de *chiflados por Cristo sacramentado*». La frase la repetirá frecuentemente el P. Nieto. Para él don Manuel sería siempre el «arcipreste de Huelva», incluso después de ser obispo.

Estas fueron las raíces de las que brotó pujantísimo aquel árbol frondoso de la devoción eucarística del P. Nieto. Raíces que, como hemos podido observar, se hunden en la generosa tierra de la niñez y se robustecen en los años del Seminario. El ambiente era propicio, y Ma-

núa supo aprovecharlo al máximo para iniciarse en un camino que ya no abandonaría nunca.

12. *Sacerdote para siempre*

Volvamos atrás. Ha muerto la madre de Manúa en el verano de 1918. El mismo se sintió afectado por la terrible gripe, como leemos en los *Recuerdos* de 1937:

> «A pesar de lo mal que me alimentaba, desde que entré en el Seminario no he vuelto a estar enfermo, exceptuando el año 18 cuando la gripe. Esta me cogió estudiando tercero de teología, el año que murió mi madre. Salía yo de la capilla, y caí desmayado dos o tres veces.»

No debió de ser muy grave la afección, pues pudo acabar el curso con toda normalidad. Ahora —pasado el trago de la muerte de su madre— volvía al Seminario para iniciar el cuarto año de teología. En él ingresaría en el estado clerical, como paso previo al sacerdocio, meta de todos sus anhelos. A los pocos días de inaugurarse el curso se iniciaron los trámites canónicos de acceso a las Sagradas Ordenes. El día 15 de noviembre pasó Manúa el examen de sínodo, en el que se escrutaba al candidato sobre las obligaciones clericales que iba a contraer. Los ordenandos practicaron sus Ejercicios abreviados entre el 18 y 21 de ese mes como preparación inmediata a la tonsura. ¡Qué concepto tan inseparablemente unido a la figura del P. Nieto ése de «Ejercicios de los ordenandos»! En ellos pondría durante muchos años en Comillas lo mejor de sí mismo en orden a la santificación de los futuros clérigos y sacerdotes. No sabemos lo que en aquella ocasión, de cara ya al estado clerical, pasaría por el alma de Manúa. Pero, dada su tesitura espiritual, no es aventurado pensar que el Señor encontró una inmejorable disposición en aquel alma generosa para convertirse efectivamente para ella en *pars haereditatis meae*, conforme al texto de la liturgia de la tonsura. La recibió el 25 de noviembre de 1918.

En plenas vacaciones de Navidad de aquel mismo curso volvió a examinarse de sínodo para las órdenes menores. El 5 de enero de 1919 recibía las dos primeras: ostiariado y lectorado. Para recibir las dos siguientes (exorcistado y acolitado) el obispo mandó que los ordenandos practicasen otros Ejercicios Espirituales bajo la dirección de un P. Jesuita. Los hicieron, en efecto, bajo la guía del P. Bartolomé Leceta los días previos a dichas órdenes, que se celebraron el sábado antes de la segunda dominica de cuaresma.

Las órdenes mayores tuvieron lugar el curso siguiente, 1919-1920.

Manúa recibió el subdiaconado el día 2 de noviembre de 1919. Días más tarde *La voz de Peñaranda* daba la noticia a los lectores de la villa. El Diario del Seminario nos deja constancia de varias actuaciones del joven subdiácono en diversas misas solemnes o «de asistencia», como entonces se decía. Embutidos en sus pesadas dalmáticas ejercitaban los seminaristas lo mejor que sabían las funciones litúrgicas de sus respectivas órdenes. El subdiácono accedió al diaconado el día 28 de febrero de 1920, témporas de Cuaresma. También asistió al altar varias veces en aquellos meses en ejercicio de esta orden, casi hasta las vísperas mismas de la ordenación sacerdotal.

Todo estaba preparado para el gran día, aquel por el que Manúa tanto había suspirado y en el que tanto había soñado desde su tierna infancia, cuando jugaba a cura en su casita de Macotera, revestido de ornamentos de papel.

Aquel 16 de mayo de 1920 pasó a los anales de la crónica mundana como la trágica fecha de la muerte de *Gallito* en la plaza de toros de Talavera de la Reina. Pero la historia salvífica se escribe de modo bien diferente. Mientras el desafortunado accidente taurino llenó durante días y días las páginas de la prensa salmantina, la ordenación sacerdotal de Manúa y sus compañeros, efectuada también el día 16, apenas mereció un diminuto recuadro de víspera, con el anuncio de la ceremonia. Esta tuvo lugar a las nueve y media de la mañana en el grandioso marco de la Santa Iglesia Basílica Catedral de Salamanca. Un larguísimo ceremonial cargado de emociones indescriptibles.

Allí estaban su hermano Ramón, imponiendo las manos sobre la cabeza de Manúa con los demás presbíteros; su hermana Ana María —que quizá había bordado con indecible cariño aquella cinta para atarle las manos recién ungidas—, su padrastro, otros familiares, amigos y paisanos. Allí estaban don Venancio y doña Celsa a los que en seguida conoceremos. Quien tuvo siempre la obsesión de que los ordenandos confiados a su cuidado espiritual vivieran con hondura ese momento imborrable de la ordenación sacerdotal, tuvo que vivirlo también de la misma manera. ¡Sacerdote de Cristo para siempre, *alter Christus!*, como él gustaba decir. Así escribía años más tarde sobre esta vivencia:

> «Yo sacerdote, Dios mío. ¿Y no he sentido un fuego que abrase todas mis entrañas?... Quisiera tener capacidad de meditar cien años seguidos sin interrupción, sin distracción, sobre este pensamiento: *Soy sacerdote.* En la eternidad, sea feliz, sea —lo que Dios no quiera— desgraciado, éste será mi pensamiento centro. Y no se apartará de mi.»

El miércoles, día 26 de mayo, fue el día escogido para la primera Misa, que tendría lugar en la iglesia parroquial de San Miguel de Peñaranda de Bracamonte. Oigamos cómo anunciaba el acto *La voz de Peñaranda* del día 22:

> «El miércoles próximo celebrará por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa el nuevo sacerdote, don Manuel García Nieto, hermano del coadjutor de la parroquia de esta ciudad, don Ramón García Nieto. El religioso acto tendrá lugar a las 10 de la mañana, siendo orador sagrado el párroco de Macotera, don Angel Tabernero; padrino eclesiástico, don Alejandro Gorjón, párroco-arcipreste de Peñaranda, y padrinos seglares, don Venancio Redondo y su esposa, doña Celsa Gómez. Un coro de Hijas de María cantará la Misa, con acompañamiento de órgano, y terminado el religioso acto se cantará solemne *Te-Deum*, durante el cual tendrá lugar el besamanos del nuevo celebrante. Enviamos al nuevo presbítero, a sus hermanos y familia nuestra enhorabuena, deseando que todo sea para mayor gloria de Dios. Con tal motivo, ayer fue colocada en la torre de la iglesia parroquial, siguiendo la costumbre establecida en esta ciudad y en todos los pueblos, una hermosa bandera blanca, símbolo y anuncio del acto que tendrá lugar.»

El número siguiente del semanario peñarandino ya da cuenta de la celebración del acto:

> «En la iglesia parroquial de esta ciudad —leemos allí— celebró por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa el virtuoso sacerdote don Manuel García Nieto, asistiendo al religioso acto, que se celebró con arreglo al ritual y programa que publicamos en el número anterior, muchos amigos y parientes del misacantano, las autoridades y otras personas que fueron invitadas al acto. El templo estaba casi literalmente lleno, pronunciando un elocuente discurso el ilustrado párroco de Macotera, don Angel Tabernero, que fue muy elogiado. Terminado el religioso acto, los (invitados) fueron obsequiados con un *lunch*, y a mediodía se celebró un espléndido y muy bien servido banquete en el Café y Fonda del señor García Sevilla, a que asistieron los invitados.»

También el periódico de la capital salmantina *El Adelanto* se hacía eco del acto, con una curiosa referencia al «culto presbítero don Manuel García Nieto».

Manúa —al igual que los otros García Nieto— mantuvo siempre una buena amistad con el orador sagrado don Angel Tabernero, celoso párroco de Macotera. Los padrinos seglares don Venancio y doña Celsa llegaron a una estrecha amistad con los García Nieto en Peñaranda. Poseían una tienda de tejidos en la plaza de Alfonso XIII. Posteriormente el P. Nieto solicitará de esta familia ayuda para los pobres a los que él socorría en los años de la postguerra.

13. *Volviendo la vista atrás*

Antes de seguir nuestro camino recojamos, en apretado ramillete, los rasgos principales de la etapa pasada, con una referencia especial al tiempo de la formación sacerdotal de Manúa.

El primero, a no dudarlo, es su piedad. Especialmente su piedad eucarística. «Llamaba la atención por su devoción ante el Sagrario», escribió de aquella época el P. Sánchez Cobalada, que había sido su condiscípulo antes de entrar en la Compañía. «Era frecuente verle en la capilla en recreo», dice don Jesús Diego Sánchez. Y en parecidos términos se expresan otros compañeros. El mismo protagonista dice de sí mismo que «era muy aficionado a hacer visitas al Santísimo».

Desde pequeño, según nos confiesa él, se apoderó ya definitivamente de su alma la idea de la santidad. También traía muy presente siempre la idea de la muerte. Los impulsos hacia la santidad sufrieron, al parecer, una crisis en alguna etapa del Seminario, debido a la convivencia con algunos condiscípulos más frívolos, pero pronto se impuso a aquel ambiente, dando de lado a todo respeto humano. Su comportamiento en el Seminario fue ejemplar. Expresiones como «seminarista modelo», «casi siempre llevaba *bene* y *optime* en conducta» y otras por el estilo nos indican claramente su manera de comportarse. En los cuadernos de los Inspectores que se conservan no se anota falta alguna de Manúa. Ello le ganó la confianza de los Superiores que le encomendaron cometidos delicados. También fue algún tiempo de la Junta de la Congregación y probablemente su presidente.

En este camino ascendente de piedad y de impulso hacia la santidad, la muerte de su madre supuso un hito importante. Desde entonces se sintió más aligerado en el espíritu para tender con total desprendimiento de las cosas de la tierra hacia su viejo ideal de santidad. Este ideal hubo de estar muy marcado por la espiritualidad jesuítica, no sólo por sus tempranas inclinaciones hacia la Compañía, sino por la formación recibida en el Seminario. Muy concretamente el contacto personal con los jesuitas —el P. Corral entre ellos— y la práctica continuada de los Ejercicios de San Ignacio, bajo la dirección de diversos Padres de la Compañía, tuvieron que dejar honda huella en su alma.

Su profunda vida interior no era obstáculo para mostrarse jovial y alegre. Y hasta gracioso. Lo resaltan casi todos sus compañeros. «En el corro donde estuviera Manúa, había alegría, chistes y risas. Siempre estaba de broma. Pero si en recreo era el que animaba la convivencia, llegado el momento del silencio, era totalmente serio», dice don Enrique García Benito. Otro condiscípulo recuerda como notas más sobresalientes de Manúa «su piedad y su alegría». Don Mateo Sánchez Blázquez recordaba que era «jovial y amigo de bromas y chistes». Más aún,

los llevaba escritos. Así escribe el P. Sánchez Cobaleda: «Era bromista y hasta bullanguero en los recreos... Tenía un cuadernito con chistes, acertijos, etc., y en las vacaciones de verano jugaba a las cartas con los otros seminaristas de Macotera.» Cuando iba de vacaciones al pueblo llevaba la alegría a la vecindad. También los seminaristas de Peñaranda lo pasaban muy bien con él —ya próximo al sacerdocio— cuando salían de paseo. Su carácter retraído de los primeros años de la niñez había evolucionado hacia una serena extroversión.

Su expediente académico es de los mejores del Seminario en aquellos años: de las cuarenta y ocho notas que en él figuran, 28 son sobresalientes, 10 notables y tres aprobados, dos de ellos en solfeo. La falta de base que tenía en canto se debió a que, en los dos años que cursó en Macotera, no estudió música. Con todo llegó a ser de la *Schola cantorum.* Su trayectoria académica es claramente ascendente. Durante su teología fue escogido alguna vez para actuar en disputas públicas y otras veladas solemnes. Su formación superior parece haber estado marcada por la neoescolástica, la orientación bíblica, el antimodernismo y el antiliberalismo.

Su salud fue endeble en los primeros cursos de Seminario, pero se fue consolidando poco a poco con el correr de los años. Tuvo que luchar mucho contra la inapetencia, en cierto sentido patológica. Fuera de la leve afección en la gripe del 18, su salud desde la juventud fue buena.

Menos datos hay de su proyección apostólica. Sabemos que impartió catequesis, tanto en el Seminario como en vacaciones. Lo hacía con entusiasmo, pero no nos quedan datos muy concretos de su labor en este terreno. Sus predicaciones en el Seminario se recuerdan ya como llenas de fuego y unción.

En resumen, la trayectoria de un seminarista modelo. Todos esperaban de él un sacerdote ejemplar y celoso. Pero ninguno de los Superiores o compañeros vislumbraban nada extraordinario. Era Dios, único conocedor del secreto, el que lo iba preparando para cosas mayores.

Capítulo III

LAS PRIMERAS MIELES SACERDOTALES

> «Ser sacerdote es una cosa real, objetiva, dinámica, orgánica: como la vida» (P. Nieto, *Ejercicios de mes de 1937*).

Después de la primera Misa, el joven presbítero quedó un mes en Peñaranda junto a su hermano. Podemos imaginar la vida de aquellas semanas, mientras se iba haciendo jirones sobre lo alto de la torre la bandera blanca de su estrenado sacerdocio: diría Misa en la parroquia de San Miguel —o quizá en la capilla de algunas religiosas— permitiendo así un mayor desahogo al párroco y a los coadjutores. El resto del tiempo lo emplearía en sus actos de piedad y en su propio descanso después de tanto ajetreo, esperando con paz el destino que el señor Obispo tuviera a bien designarle.

1. *Otra Virgen del Castillo*

El 22 de junio de 1920, a un mes escaso de la primera Misa, se produjo el nombramiento: coadjutor de la parroquia de Cantalapiedra. Cuenta don Felipe Garrido, natural de la villa, haber oído contar a su hermano Ramón que él mismo había solicitado al Obispo que su hermano pequeño fuera destinado a una población cercana a Peñaranda, desde donde pudiera echarle una mano en esos siempre difíciles comienzos de una nueva vida. Cantalapiedra dista tan sólo 26 kilómetros de Peñaranda. No se equivocó el hermano mayor en la necesidad de ayuda que iba a precisar.

Poco más de una semana después de recibir el destino se ponía en camino, no sin antes ingresar en la Hermandad de sufragios espirituales del Clero. El 2 de julio recogió sus pobres bártulos y enfiló en dirección a su destino. *La voz de Peñaranda* daba cuenta del hecho al día

siguiente: «Ha sido nombrado coadjutor de la parroquia de Cantalapiedra el virtuoso presbítero don Manuel García Nieto, que ayer salió para tomar posesión de su cargo. Sea enhorabuena.»

La villa de Cantalapiedra está situada en el extremo nororiental de la provincia de Salamanca, casi en el límite con las de Zamora y Valladolid, y en su tanto de Avila. Posee estación de ferrocarril de la línea Salamanca-Medina del Campo. El paisaje, no muy distinto del de Macotera y Peñaranda: amplia meseta de tierras de pan llevar, manchada aquí y allá por algún que otro pequeño arbolado... Llegando por la carretera desde Salamanca, situada a unos 50 kilómetros de distancia, se encuentra uno a la izquierda, antes de entrar en el casco urbano, con la ermita de nuestra Señora de la Misericordia.

El corazón de la villa es la plaza, en torno a la cual se apiña el poblado y en cuyo centro se yergue la gran mole de la iglesia parroquial, bajo la advocación de Santa María del Castillo, como pueblo fronterizo que era entre Castilla y León. Quizá el nuevo coadjutor se hiciera por un momento la ilusión de hallarse nuevamente en Macotera, en cuya parroquia del mismo título se fraguara toda su piedad infantil.

Larga historia tenía ya a las espaldas aquella villa cuando a ella llegaba en el verano de 1920 aquel curita. La primera vez que aparece en la historia es en 1136, cuando el rey Alfonso VII, de sobrenombre *El Emperador*, la donó a la mitra salmantina. Pero cuando mayor renombre consiguió Cantalapiedra fué durante la guerra de sucesión entre los Reyes Católicos y Juana «la Beltraneja».

Con el correr de los siglos la villa fue perdiendo en importancia y en población. En 1920 debía de contar con unos 2.000 ó 2.500 habitantes.

2. *«Don Manolito» y don Manuel*

Don Manolito, que suena a personaje castizo de nuestro género chico, es el nombre que los parroquianos de Cantalapiedra darán en seguida al nuevo cura. Cuando hoy preguntas en la villa por don Manuel García Nieto a los ancianos del lugar, casi ninguno se da por aludido. Pero cuando le explicas de quién se trata, te responden al momento:

—¡Ah, sí!, don Manolito... ¡Era un santo!

Varias debieron de ser las razones de este cariñoso diminutivo. La primera —y al parecer determinante—, la necesidad de distinguir al recién llegado de otro don Manuel. Y por aquellos años no había en Cantalapiedra más que un don Manuel: don Manuel Marín y Rojo. Junto a esta razón fundamental, probablemente quería aludirse también con el diminutivo a su juventud —contaba entonces veintiséis años— y a su físico poco relevante.

La vida y obra de aquel hombre extraordinario que era don Manuel Marín y Rojo han merecido en los últimos años una extensa tesina de licenciatura en la Universidad Pontificia de Salamanca. Casi toda su larga vida profesional regentará la escuela elemental de Cantalapiedra, donde realizará una ingente labor con niños y adultos. En las postrimerías del siglo se siente llamado al sacerdocio, obteniendo permiso de la autoridad eclesiástica para prepararse a él sin abandonar su puesto de maestro. Ordenado sacerdote, seguirá hasta su jubilación en su mismo puesto de maestro, a la vez que colaborará pastoralmente en la parroquia. Aparte de su labor docente y sacerdotal, despliega Marín y Rojo una intensa actividad como publicista y conferenciante. En reconocimiento a su meritosísima labor, la villa de Cantalapiedra consiguió de la Santa Sede que, al final de su vida, sus restos mortales fueran inhumados en la parroquia, donde hoy reposan.

Pronto hicieron buenas migas *los dos Manueles*. El joven coadjutor supo valorar la gran labor cultural y moral del experimentado sacerdote y maestro, y éste las buenas cualidades del nuevo curita.

Tenía la costumbre don Manuel Marín de madrugar mucho e ir a la iglesia muy de mañana. A las seis en punto estaba también a la puerta de la iglesia don Manolito, quien, después de unos minutos de visita al Santísimo, se metía en el confesonario para atender a los que quisieran reconciliarse, mientras don Manuel Marín celebraba la Eucaristía.

Una vez que éste marchaba, allí quedaba todavía don Manolito a disposición de los feligreses que iban llegando. Más tarde se celebraba otra Misa, bien la del párroco-arcipreste don Ambrosio Morales, bien la del propio don Manolito. A veces había que llevar la comunión a algún enfermo. A todo estaba dispuesto don Manolito. Y cuando no tenía otra tarea, hacía oración o rezaba el breviario. No volvía a casa hasta que acababan todos los cultos de la mañana, allá hacia las nueve y media o las diez.

Pero no sólo en estos primeros compases mañaneros colaboraba don Manolito con el sacerdote-maestro; lo hacía también en la escuela nocturna. Don Manolito se encargaba de atender una sección de mozos, a los que adoctrinaba y enseñaba las tareas escolares. Varios de aquellos mozos aluden a «los buenos consejos» que de él recibían en aquellas clases nocturnas.

Un anciano del lugar, que tuvo especiales relaciones de amistad con el coadjutor siendo mozo, el señor Victorino López Esculta, narra también algo que pudiera tener relación con la escuela nocturna, aunque pudiera referirse igualmente a alguna actividad parroquial. Dice que el coadjutor consiguió que le dejasen una panera, donde hacia el anochecer se reunía periódicamente con un grupo de mozos. Allí les echaba una charlita y les enseñaba «cantares» religiosos. También se charlaba de

otras cosas en un sano ambiente de camaradería. En tiempo de invierno llevaban un brasero que ponían en el centro. El ambiente atraía a la juventud, que acudía a aquel encuentro con gusto y fruto.

Los dos Manueles se trataban con afabilidad y confianza. Años después, cuando fueron llegando a Cantalapiedra noticias de la extraordinaria labor parroquial de don Manolito en Santa María de Sando, don Manuel Marín se hacía lenguas del joven sacerdote, como honrándose de su antiguo trato y amistad.

Es más que probable que el joven coadjutor aprendiera no poco del experimentado sacerdote y pedagogo. Solía éste organizar conferencias en la escuela para hombres, mujeres, jóvenes, etc. Durante ellas repartía vales a los asistentes, que, en cierto número, servían de entrada para presenciar gratuitamente las representaciones teatrales que se programaban a lo largo del año. Este sería precisamente el sistema empleado por don Manolito en la catequesis de Santa María de Sando, aunque acomodado a la situación de aquel pueblo.

Uno de los rasgos más sobresalientes de la actividad del futuro párroco de Santa María de Sando y del P. Espiritual de Comillas será la preocupación por los pobres y enfermos, dos aspectos muy presentes igualmente en la actividad de don Manuel Marín. Sin querer concluir que su ejemplo fuera determinante, no se puede dejar de aludir a ciertas sorprendentes coincidencias de estilo, que ya se observan en don Manolito desde estos primeros años. Así, por ejemplo, las secretas limosnas dejadas sigilosamente debajo de la almohada del paciente que *ambos Manueles* practicaban. Otras iniciativas benéficas de don Manuel Marín encontrarán igualmente su exacta correspondencia en la actividad comillesa del P. Nieto, como el reparto de comida y ropas a los necesitados, fundando incluso cocinas económicas o comedores gratuitos a tal efecto. Otro tanto habría que decir de la solicitud por las becas de los seminaristas pobres.

3. *La Madre Amparo*

Escribe el P. Gar-Mar en su libro *Sugerencias:*

> «Todavía está por escribirse una *filosofía de la ascética* en que se explique el fenómeno histórico de esas CONSTELACIONES DE SANTOS, que brillan en el cielo de la Iglesia, como brillan en el firmamento la *Lira*, el *Cisne*, la *Cruz del Sur*, y tantas otras constelaciones estelares; si bien éstas no son sino grupos arbitrarios de estrellas, entre las cuales no existe ninguna relación de dependencia. En cambio, con el nombre de CONSTELACIONES DE SANTOS entendemos aquí *las agrupaciones de personas canonizadas*, que en

esta vida mortal se conocieron y se trataron íntimamente, influyendo las unas en la santificación heroica de las otras. Parece ser ley histórica que, cuando un hombre extraordinario asciende a las cumbres de la santidad canonizable, generalmente no asciende solo, sino que arrastra consigo a alguna de las personas con quienes está unido por los vínculos de la amistad sobrenatural y humana.»

Lo que dice Gar-Mar de las agrupaciones de personas canonizadas podría aplicarse igualmente a aquellas otras que, sin estarlo todavía, no sería temerario esperar que puedan llegar allá algún día. A lo largo de la existencia terrena del P. Nieto nos iremos encontrando con no pocas de estas almas. Y en esa cadena es probablemente la Madre Amparo del Sagrado Corazón uno de los primeros eslabones, o el primero de todos.

Nació la Madre Amparo en Cantalapiedra cinco años antes que don Manolito. Se hizo monja clarisa en el convento del *Corpus Christi* de Salamanca, tomando el hábito franciscano en 19 de noviembre de 1913. Se dirigía espiritualmente con el famoso P. Arintero, O. P., gran director de almas y consumado tratadista de teología mística. El la ayudó a gestionar todo lo necesario para una fundación en su villa natal. El 28 de mayo de 1920 —dos días después de la primera Misa de don Manolito— el obispo Alcolea firmaba el decreto fundacional del nuevo monasterio del Sagrado Corazón de monjas clarisas. Un mes y dos días llevaba de vida la nueva fundación cuando llegó don Manolito a la villa.

Daba el monasterio por uno de los costados a la calle Carlos de Onís, donde, enfrente mismo del huertecillo de las monjas, vivía don Manolito. Le atendían dos hermanas solteras pobres, Isabel y Amalia, que ayudaban a su miseria cosiendo y planchando. Aunque el capellán titular de la comunidad religiosa era el párroco-arcipreste, muchas veces le suplía el coadjutor, que acudía al conventito a decirles la santa Misa a las monjitas.

Don Felipe Garrido, que le conoció en Cantalapiedra y antes en el Seminario, comenta:

—Tantas veces les decía él la Misa, que parecía fuera el capellán en lugar del párroco. Prestó todo el servicio que pudo a las clarisas.

Y añade el señor Victorino:

—A veces iba a confesar a las religiosas y a dirigirles alguna plática. También iba mucho a hablar con la Madre Amparo.

¿Qué de extraño tiene que ambas almas sintonizasen espiritualmente? A ambas las tenía el Señor destinadas a una gran santidad. «Dos corazones fusionados —dice también Gar-Mar— se ponen necesariamente a la misma temperatura, lo mismo en el orden natural que en el orden de la gracia.»

Como la labor de don Manolito en el Monasterio era gratuita, las

religiosas, deseosas de corresponder con tan desinteresada actitud, le regalaron las obras del P. Arintero, seguramente por insinuación de don Ambrosio. Al parecer se trataba de los cuatro tomos de *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*. Cuenta don Felipe Garrido que, cuando iba a visitarle a su domicilio de la calle Carlos de Onís, no era infrecuente encontrarle enfrascado en la lectura de los escritos del ilustre dominico.

Las relaciones de la Madre Amparo con el párroco don Ambrosio no fueron nada fáciles, sobre todo en los comienzos. Según se nos cuenta, el sacerdote era de carácter voluble y nervioso, con lo que ejercitaba, y no poco, la paciencia de la Madre. Se respetaban y veneraban mutuamente, pero la disparidad de criterios en la manera de enfocar los asuntos les hizo sufrir mucho a los dos. A veces tendrá que ser el propio don Manolito el que, para cubrir las espaldas al párroco, haya de dar la cara, por mandato de éste, en ciertos asuntos desagradables. Probablemente más por obediencia que por convicción se ve obligado incluso a corregir a la buenísima fundadora: ella misma lo recuerda en alguna de sus cartas.

No tenemos noticias de que el P. Nieto volviera a relacionarse con la Madre una vez que marchó de Cantalapiedra en 1922.

4. *Coadjutor humilde y celoso*

Como queda dicho, el párroco-arcipreste don Ambrosio Morales era de carácter voluble y nervioso. Le recuerdan como buen sacerdote, pero con una personalidad recia y dominante. También don Manolito llevaba dentro un genio vivo. A pesar de ello, los testimonios son unánimes en cuanto al buen entendimiento entre ambos. La clave estaba en la actitud del coadjutor que, según cuentan, se plegaba a las órdenes del párroco con total sumisión.

La diferencia que en aquel entonces había entre un párroco y un coadjutor era abismal. El margen de autonomía e iniciativa que a éste correspondía en la parroquia era poco menos que nulo. El coadjutor se hallaba en todo a disposición del párroco, que le mandaba como a un subordinado. Toda su acción era por delegación.

Don Manolito siempre estaba dispuesto al trabajo. Nunca rehusaba nada que se le mandase, si podía llevarlo a cabo. Se entendía muy bien con don Ambrosio, a pesar de la personalidad de éste. Nunca se recuerda que trascendieran hacia afuera discusiones, críticas, malos humores. Muchas veces se les veía pasear juntos por la plaza pacífica y alegremente.

En los libros parroquiales resalta la frecuente administración del sacramento del bautismo por parte de don Manolito. Se puede decir

que casi todos los bautizos habidos en la parroquia durante los dos años de su estancia en Cantalapiedra corrieron a su cargo. Nada menos que 126 fueron los que administró. En cambio son escasas sus asistencias a matrimonios. No queda constancia expresa de su asistencia a ningún sepelio, cosa difícilmente creíble.

Algunos ancianos del lugar resaltan que don Manolito predicaba muy bien y que a los jóvenes les agradaba que subiera él al púlpito, hasta el punto de que se disgustaban las veces que no le tocaba. Con frecuencia su predicación se comentaba favorablemente en los corros a la salida de la iglesia. Se extrañaba la gente de que, siendo tan pequeño y delgado, tuviese una voz tan potente.

Colaboraba con asiduidad en las actividades de algunas asociaciones piadosas de la parroquia. En concreto en la Cofradía de la Misericordia —en cuya ermita predicó más de una vez—, en la del Santísimo Sacramento y, sobre todo, en las Hijas de María. Con ellas organizó alguna representación teatral en colaboración con los maestros. Y también les enseñaba cánticos religiosos, que después cantaban en la iglesia.

Refiriéndose a las celebraciones marianas de las Hijas de María organizadas por el coadjutor, dice un anciano de la villa:

—Hacía buenas fiestas en el mes de mayo y en la novena de la Virgen.

En resumen, un coadjutor humilde y celoso. Su labor fue reconocida por el obispo Alcolea en la visita que giró a la parroquia en noviembre de 1921. Al concluirla anotó en el *Libro de visitas* que quedaba «altamente satisfecho del buen orden y limpieza que en todo aparecía y del celo desplegado por el señor arcipreste y sus sacerdotes», que no eran otros que el coadjutor don Manolito y el maestro don Manuel Marín.

5. *El cura que siempre está en la iglesia*

Gran parte de los tiempos libres de otras ocupaciones los dedicaba a acompañar al Señor sacramentado, hasta el punto de que, como recuerda el señor Enrique García Cabrera, los muchachos de su edad comentaban:

—Este señor cura se pasa todo el día en la iglesia.

Y así acabaron llamándolo: «El cura que siempre está en la iglesia.» Don Manolito se pasaba largos ratos de rodillas ante el Tabernáculo, sobre todo por la tarde. Se le veía siempre en actitud recogida. Solía arrodillarse en unos bancos que llamaban «de las autoridades», por usarlos éstas en algunas ocasiones especiales, situados a ambos lados junto a las gradas de subida al presbiterio. Son varios los feligreses de aquel tiempo los que coinciden:

—Rara era la vez que entrabas a *rezar una estación* que no lo encontrases ante el Santísimo.

El señor Enrique era entonces jovencito: tenía dieciséis o dieciocho años. Tenía mucha confianza con don Manolito.

Esto le llevaba a veces a espiarle en la iglesia. Y he aquí lo que cuenta, digno de considerarse:

—Yo le vi —dice— en éxtasis por lo menos cinco o seis veces ante el Cristo yacente —que nosotros llamábamos el Sepulcro— que había antes junto al altar mayor. Estaba mucho rato con los brazos en cruz y sudaba. Yo lo espié a veces, porque me gustaba entrar de cuando en cuando por la iglesia, y le vi así en éxtasis. Una vez hasta me acerqué y le dije: ¿Qué hace usted así? Y, un poco aturdido, me respondió: Soñaba que estaba en otro mundo.

Y añade el señor Enrique:

—En esto le pasaba igual que a la Madre Amparo, que también sudaba cuando estaba en éxtasis y también decía que estaba como en otro mundo.

No es fácil concretar la significación de este hecho aparentemente extraordinario. Sea una u otra la interpretación, el acontecimiento nos deja vislumbrar una intensa vida de oración en aquel joven sacerdote. Aquellas visitas al Santísimo del Seminario se han convertido en largos y repetidos ratos de oración ardiente en la soledad de la parroquia.

Pero también oyó don Manolito aquella palabra del Señor: «Tú, cuando ores, entra en tu cuarto.» Cuenta el señor Victorino que solía decirle al ama que le cuidaba:

—Tu déjame *encerrao*, que tengo que rezar.

Esta era su vida de oración. Poco a poco se va afianzando aquella continua comunicación con Dios que será uno de los rasgos más llamativos de la espiritualidad del P. Nieto.

6. *Los pobres y los enfermos*

Todos coinciden en su caridad con los pobres y enfermos. Las expresiones populares se multiplican en este punto:

—Por donde pasaba iba dejando algo... Lo que tuviera lo daba... Como tuviera dos duros, le paraban poco en el bolsillo... A uno le procuraba una gorra, a otro unos pantalones, a otro un pañuelo...

A propósito de esto comenta el señor Victorino:

—Su hermano cura —refiriéndose a Ramón— venía a verle con alguna frecuencia desde Peñaranda para echarle un poco de aceite, porque el farol se apagaba.

Este lenguaje castizo alude naturalmente a la ayuda económica que

Ramón tenía que prestar a su manirroto hermano menor. Todo lo daba, hasta el punto de quedarse él sin nada.

El señor Victorino entabló una buena amistad con el coadjutor, que hasta le invitaba a comer de cuando en cuando. Y como el joven *Vítor* conocía bien a las familias del pueblo, se valía de él para enterarse de las necesidades de cada uno:

—Me decía muchas veces: *Vítor*, ¿a quién podríamos dar hoy alguna limosnilla? ¿Quién te parece que tiene más necesidad en el pueblo? Y yo le acompañaba por las casas. A todos los socorría como podía.

Igual socorría a los pobres de la mendicidad, que eran abundantes, que a los demás necesitados de la población.

El mismo vivía muy pobremente. Don Felipe, que, siendo seminarista, le visitaba en su casa, recuerda que su habitación rezumaba una gran austeridad: unos libros sobre la mesa y unos cuantos muebles sencillos.

También la comida era vulgar, como recuerda un comensal invitado:

—Comía muy pobremente —dice—. Cosas muy sencillas: garbanzos, patatas, alguna tajada... La señora que le atendía le puso una noche dos huevos para cenar, pero don Manolito sólo comió uno. Y allí anduvieron porfiando, porque la cocinera se empeñaba en que comiera el otro. No lo consiguió. Cuando yo comía con él, no me faltaba lo suficiente, pero bien me daba cuenta de que en aquella casa se comía poco bien. El ama nunca comía con él.

También visitaba a los enfermos con mucha asiduidad. En realidad, pobres y enfermos eran muchas veces una misma realidad. Y ya se sabía: al marchar, metía discretamente la mano debajo de la almohada y depositaba una limosnita. Quizá aprendió esta práctica de don Manuel Marín.

Cuando en 1921 se abrió una suscripción para los aeroplanos y socorro de los soldados de Africa, don Manolito contribuyó con 10 pesetas. La cantidad nos hace hoy reír: entonces era el sueldo de dos días de un obrero.

Esta generosidad con los humildes, que le llevaba a endeudarse y quedarse «sin aceite», según la castiza expresión de *Vítor*, fue sin duda lo que más simpatía y cariño suscitó a don Manolito entre los feligreses.

7. *Amigo de las gentes*

Sobre el trato del coadjutor con los feligreses afirma don Felipe Garrido:

—Era afable con todos. Tenía un trato muy universal, sin que se le vieran preferencias odiosas. Se dirigía a todos los que encontraba en la calle con toda naturalidad, sin hacer distinciones.

Y el señor Wenceslao Sánchez Sánchez:

—Era muy tratable. Tenía amistad con todo el mundo. Se entendía especialmente bien con los mozos: si había un corro y pasaba, en seguida entablaba charla con ellos. También le gustaba bromear.

Otro añade:

—Yo bien le notaba que lo que quería era atraer a la juventud, porque después de la broma venía el buen consejo.

Toda esta afabilidad no era signo de ninguna debilidad de carácter. Al contrario: todos recalcan que tenía un genio vivo. Incluso uno afirma:

—Si hacía falta, también daba algún *capón* y algún pellizco.

Este trato abierto con todo el mundo le llevaba a interesarse también por aspectos sencillos de la vida ordinaria, siempre en la línea de la generosidad. A su amigo *Vítor* le suscribió a una revista popular, pagándole de su bolsillo los primeros números.

Este desprendimiento originaba evidentemente simpatía y afecto, pero a la vez le proporcionaba autoridad ante los parroquianos, que le correspondían:

—Don Manolito —cuentan— conseguía de la gente lo que quería. Al ver lo bueno que era, no le negaban nada. Tenía una especial maña para saber llevar a todo el mundo.

Los seminaristas de la villa, sobre todo los mayores, que le conocieron en los últimos años del Seminario, tenían un especial trato con él durante las vacaciones. Esto, que tenía un componente generacional, encontraba también su explicación, como afirma uno de aquellos seminaristas, en su carácter afable y acogedor.

8. *Cambio de rumbo*

Es probable que don Manolito no pensase tan pronto en un cambio de rumbo en su ministerio. Se encontraba a gusto con sus feligreses y ellos —incluido el párroco— se encontraban a gusto con él. Incluso hay indicios de que, previendo una mayor continuidad, se hizo algunos planes de futuro. Cuenta don Felipe, alumno de teología entonces en el Seminario salmantino, que en cierta ocasión les pidió un favor a los seminaristas en uno de los veranos. Se trataba de que fueran a Salamanca a entregar una solicitud para una beca, porque quería estudiar, al parecer Derecho Canónico. Don Manolito se comprometía a pagarles el viaje y demás gastos. Y, efectivamente, varios seminaristas llevaron la solicitud a Salamanca. Pero aquello, por las razones que fueran, no siguió adelante.

El hecho es que la Providencia no quería hacer de don Manolito un *letrado*. Tenía otros planes sobre él. Por el *Libro de nombramientos* de

ecónomos del obispado de Salamanca nos enteramos del cambio de destino. Allí leemos:

> «En 14 de julio de 1922 fue nombrado don Manuel García Nieto, coadjutor que era de Cantalapiedra, con obligación de aplicar *pro populo*, T(eniente) P(árroco) de Santa María de Sando.»

El mismo día se extendía también el nombramiento de coadjutor de Cantalapiedra a favor de don Isidro Barriga Barbero, a la sazón teniente párroco de Santa María de Sando. Se efectuaba, pues, una permuta entre ambos. No es improbable que fuera durante los Ejercicios espirituales, practicados en Salamanca una semana antes, tanto por don Manolito como por don Isidro en una masiva tanda de 89 ejercitantes, cuando el obispo hablara con los dos y perfilara sus respectivos destinos.

El ministerio en Cantalapiedra había durado tan sólo dos años. Suficiente, sin embargo, para hacer mella en el corazón de aquellos feligreses. Nos lo atestiguan diversos testimonios:

— Muchas personas sintieron su marcha, porque su labor callada y eficaz se empezaba a notar. Así opina don Felipe.

Y el señor Victorino amplía:

—Se le quería mucho, y por eso se le echó mucho de menos cuando se marchó. El que remedia necesidades —y entonces había muchas— siempre deja buen recuerdo. Estuvo poco tiempo en Cantalapiedra, pero en tan poco tiempo se conquistó al pueblo. Se despidió de todos con un sermón. No recuerdo lo que dijo, pero de lo que sí me acuerdo muy bien es de que a más de uno le costó llorar. Y me cuento entre ellos.

Había sido feliz en aquella parroquia del mismo título que la de su villa natal, gustando las primeras mieles de su sacerdocio. Pero no había tiempo para el recuerdo. Las despedidas obligadas, y ¡en marcha! No había mucho que empaquetar en aquella casa. Unos cuantos libros, una poca de ropa y cuatro muebles. «No llevéis túnica de repuesto, ni alforjas, ni dinero en la faja...»

Capítulo IV

TRAS LAS HUELLAS DEL CURA DE ARS

> «Les insistía a mis feligreses que no quería otra cosa, sino su santificación» (P. Nieto, *Recuerdos de 1937*).

El futuro P. Espiritual de Comillas inculcará siempre a los seminaristas y sacerdotes una absoluta disponibilidad en manos de sus prelados. Sin duda la misma que él practicó como sacerdote diocesano antes de ser jesuita. Y encarecía esa disponibilidad total, porque conocía bien las grandes dificultades con que tropezaban los obispos para cubrir los puestos difíciles. Santa María de Sando era uno de esos.

El nuevo destino suponía, si se quiere, un ascenso jerárquico, pero entrañaba un notable descenso real en las condiciones materiales de vida y un considerable incremento de las dificultades pastorales. Nuestro don Manolito —don Manuel desde ahora, como le llamarán los nuevos feligreses— se enfrentará animoso desde el primer momento con la nueva situación.

1. *De la villa al pueblo por una «carnavalada»*

La vida de don Manuel había transcurrido hasta entonces entre la ciudad de Salamanca y las villas de Macotera, Peñaranda y Cantalapiedra. No vamos a encarecer demasiado el desarrollo de estas poblaciones en una época de depresión, pero su nivel cultural, económico, etc., era bastante más elevado que el que reinaba en Santa María de Sando, un pueblacho pequeño y atrasado.

Pertenece este pueblo al partido judicial de Ledesma, y se halla situado a unos cien kilómetros de Cantalapiedra en dirección oeste, quedando Salamanca a mitad de camino entre ambas poblaciones. Sus comunicaciones con la ciudad eran malas, teniendo que desplazarse los

vecinos a lomo de caballería bastantes kilómetros para tomar el tren o el auto. Durante la estancia de don Manuel se inauguró una línea de autobús que pasaba por el pueblo. Su terreno es ligeramente más ondulado que el de la zona este de la provincia, cubierto en parte de mata y algún que otro encinal y robledal. Sus tierras son de escasa productividad. Muchos de los hogares se veían obligados a enviar a algunos de sus miembros a «servir» en las dehesas cercanas o a ganarse el pan en otras tierras más lejanas. Había bastante pobreza y proliferaba la mendicidad callejera. Tampoco era muy halagüeña la situación espiritual de las gentes: escasa asistencia a los cultos religiosos, descrédito del clero, inmoralidad.

La noticia más antigua que ha podido recogerse de Santa María de Sando se remonta al día 22 de setiembre de 1339, cuando el caballero don Lope de Estúñiga, que estaba casado con doña Violante de Lanuceda, hizo donación al convento de los Agustinos Calzados de Salamanca de grandes propiedades en Santa María de Sando, entre ellas de la valiosa dehesa de Fuentes, desmembrada hoy del término del pueblo. Por lo demás, ningún hecho histórico digno de notarse ha quedado ligado al nombre de Santa María de Sando. A mediados del siglo XIX contaba Santa María con unos cuarenta vecinos y algo más de 200 almas. Hacia los años veinte de este siglo la población se había casi duplicado.

La iglesia parroquial es de granito, presumiblemente del siglo XVII, aunque parece haber sufrido añadidos posteriores. Es amplia, con hermosa espadaña y soberbia cúpula. Puede considerarse una de las mejores fábricas de todos los templos del entorno, pero sin cosa de especial valor en el interior. Situada al poniente del caserío, se halla dedicada a la Asunción de la Virgen, aunque el patrono del pueblo es el Santísimo Cristo de las Batallas.

Además de esta parroquia, estaría también a cargo del nuevo párroco un pequeño anejo distante tres o cuatro kilómetros, llamado *El Valejo*. Cinco o seis casas con una iglesita dedicada a San Marcos.

No nos hemos preguntado por la causa del traslado de don Manuel a Santa María. Dada la aceptación de su ministerio en Cantalapiedra, no podemos pensar que la causa estuviera en él. Todos los datos apuntan a que la permuta obedecía a razones personales de don Isidro.

Ya nos hemos referido en varias ocasiones a los *Recuerdos* del P. Nieto de 1937. Pues bien, al referirse en ellos a esta etapa de su vida, cuenta lo siguiente:

> «Cuando llegué a este pueblo por primera vez, una estación antes de llegar, al enterarse (los viajeros) que iba a dicho pueblo, me dijeron algunos que era un pueblo donde trataban muy mal a los sacerdotes, como en efecto lo habían demostrado con otro sacerdo-

> te anterior a mí, a quien salieron a recibir con cuchillos, por diversos caminos, de (¿noche?).»

¡Bonita manera de infundir ánimos al recién llegado!

Otro testimonio, oído de boca del P. Nieto por un antiguo alumno de Comillas, es más explícito al respecto:

> «También nos contó (el P. Nieto) de su experiencia parroquial. Había en la parroquia a donde le destinaron una fiesta tradicional, impropia de un pueblo cristiano. El párroco se vio en la obligación de censurar aquel espectáculo bochornoso. Se produjo el enfrentamiento con la parroquia. Total, que tuvo que marcharse. El obispado dio la razón al párroco, pero comprendió que ya no lo volverían a aceptar después de lo sucedido, y determinaron enviar a otro. Enviaron a don Manuel García Nieto. Creyeron los feligreses que enviaban nuevamente al anterior, y lo esperaron con garrotes para impedirle la entrada. Pero desistieron de su actitud hostil al ver el error.
>
> Pero en el momento oportuno presentaron al nuevo párroco la misma papeleta: nada menos que le pidieron que contribuyese a sufragar los gastos de aquella bacanal. Don Manuel contestó: Si es cosa buena, yo contribuiré como el que más. Si la cosa es mala, os ruego que no me pidáis, porque yo vengo aquí para ayudaros a salvar vuestras almas, no para contribuir a hundirlas... La bacanal no volvió a celebrarse.»

Esta es la historia, con algunas matizaciones. A don Manuel no llegaron a salir a recibirle con garrotes. A quien amenazaron fue a su predecesor, aunque no con ocasión de su llegada al pueblo, sino a raíz de su enfrentamiento con los mozos por razón de aquella fiesta. Era ésta una de las celebraciones de carnaval llamada «del carnero», porque en el curso de la misma se mataba y comía uno de estos animales. En torno a esta carnavalada surgieron irreverencias y otras inmoralidades. Un enfrentamiento, quizá poco medido por parte de don Isidro, soliviantó los ánimos de una facción, lo que le hizo prácticamente imposible su continuación al cargo de la parroquia. Al parecer no fue tan fácil tampoco a don Manuel acabar con aquel enojoso asunto «del carnero». Todavía en 1947 se acordará el P. Nieto de las «carnavaladas» de Santa María, que tanto le hicieron sufrir, atribuyendo el éxito en la empresa a la labor pastoral con las mozas del pueblo a través de la Congregación de Hijas de María.

Incidentes con los párrocos anteriores a él se cuentan varios. De este modo, a su llegada se encontró con un ambiente poco favorable al clero y a su labor pastoral. Sólo su santidad y entrega fue capaz de cambiar poco a poco esta situación.

Era finales de julio o principios de agosto de 1922, cuando arribó a aquellas pobres tierras don Manuel, dispuesto a entregarse en cuerpo y alma a su rebaño. Los muchachos le ayudaron a descargar sus pobres enseres en las eras del «camino-Sando» y a llevarlos a casa del señor Juan Agustín y de la señora Brígida, donde viviría *a pupilo* durante una buena temporada. Moraba este matrimonio en la última vivienda de todas las del pueblo, exactamente al extremo opuesto de la iglesia, por lo que el párroco habría de atravesar todo el caserío cada vez que tuviera que ir de la casa al templo o viceversa. El que no viviera en la casa parroquial parece que obedeció a dos causas: el no tener por el momento quien hiciese de ama del cura y el estado en que se encontraba la rectoral.

2. *La fuerza de la Eucaristía*

Estaba don Manuel profundamente persuadido de que un sacerdote no podría hacer fruto alguno en las almas sin la ayuda de la gracia. Y mucho menos en un pueblo con tantos problemas religiosos y morales. Por eso se propuso desde el principio apoyar toda su labor pastoral en una intensa vida de unión con Jesucristo. El lugar privilegiado de ese encuentro diario con el Señor habría de ser el Sagrario. Es lo que predicará siempre a sus futuros dirigidos. Así aconsejaba en una carta de 1941 a un párroco rural, precisamente del campo salmantino:

> «El Sagrario ha de ser el centro de tu vida de piedad y de la piedad de tus feligreses. Hacerles sentir con el ejemplo y con la palabra caldeada junto al Sagrario la presencia de Jesús vivo y único remediador de todos nuestros males y miserias en el Sagrario, para que en todas sus penas y tribulaciones se acerquen a El; y cuando sientan aligerarse sus penas, se acercarán más para amarle más.»

Ideas y exhortaciones éstas que brotaban de su propia vivencia a lo largo de toda su vida sacerdotal y religiosa. Oigamos sus propios testimonios referidos a este tiempo, tomados de los *Recuerdos* de 1937:

> «Por nada del mundo dejaba yo de celebrar la Santa Misa. Muchos días quería ir de mañana a tomar el tren distante 14 kilómetros del pueblo: me levantaba de mañanita a celebrar, tocaba la campana, y aquella buena gente se levantaba para oír Misa, aunque luego se acostasen otra vez. Una vez me pasó un pequeño percance: me levanté a celebrar como solía estos días que tenía que ir de viaje. Eran las tres de la mañana. Había una luna espléndida. Una pobre vieja, acostumbrada a levantarse al primer toque de las

campanas, lo hizo también aquel día para ir al monte a por leña. Allí estuvo esperando, creyendo que sería la hora ordinaria y vendría pronto el día. Allí se quedó helada la pobrecita.»

«Un recuerdo hay en mi vida que siempre me deja dudoso. Es el de haber dejado una vez de celebrar la Santa Misa. Iba camino de Sevilla a visitar a mi hermana religiosa. En la posada donde me hospedé me insistieron en que a la hora en que me tenía que levantar para tomar el tren, no podía celebrar. Me acosté con esa idea. No desayuné hasta la una, esperando a ver si llegaba a algún pueblo donde pudiese celebrar. No lo hice. Siempre me ha dejado esto dudoso.»

«La Misa —dejaría él escrito— es el centro de nuestra vida sacerdotal. Me atrevería a decir que es toda nuestra vida.» De ahí que no ahorrara esfuerzo para celebrarla.

Pero la Santa Misa tenía una prolongación en su vida de Sagrario. Al narrar la jornada dominical en Santa María, después de referirse a las misas, confesiones, catequesis, rosario, añade:

«Luego me ponía ante el Sagrario, y allí permanecía hasta la noche. Si habían tocado al *Angelus*, cerraba la iglesia; si no, la dejaba abierta. ¡Cuánto edifica esto al pueblo! Al principio la gente, que notó que después del Rosario yo no salía de la iglesia, empezó a observar con curiosidad, entreabriendo la puerta, lo que hacía. Yo firme ante el Sagrario. Poco a poco empezaron a entrar, hasta que se hizo ya ordinario entrar a hacer visitas al Señor los domingos por las tardes. Cuando salía para irme a casa, al pasar por el medio del lugar donde tenían el baile, muy próximo a la iglesia, me miraban con una veneración, que a mí, recién salido del Seminario, me confundía.»

Se cumplía nuevamente lo que él dejó escrito en sus apuntes: «Si queremos que los fieles se acerquen al Sagrario, vayamos por delante los sacerdotes con el ejemplo.» Y aquello otro: «Un pueblo amante de la Eucaristía tendrá necesariamente respeto y veneración por el sacerdote.»

Los días de diario era otra la distribución del tiempo, pero igualmente centrada en el Sagrario. La jornada empezaba al amanecer o antes. Así lo cuenta un antiguo monaguillo suyo, que iba muy frecuentemente a dormir en casa del cura:

«Nos levantábamos al amanecer, íbamos a la iglesia, y yo pasaba a estudiar en la sacristía mis lecciones bajo la luz de una vela. En realidad la mayoría de las veces lo que hacía era dormir sobre el libro, porque estaba muerto de sueño. El mientras tanto, a la luz de otra velita, se ponía de rodillas sobre las gradas del altar,

> que son de piedra de granito, metía las manos en las mangas de la sotana y, con el libro de meditación del P. Garzón en el suelo delante de sí, pasaba más de una hora en oración. Yo algunas veces me asomaba por la puerta a ver qué hacía, y le veía inmóvil, de rodillas, sin apoyo alguno, mirando fijamente hacia el Sagrario.»

La mayoría del año meditaba el tomo del P. Garzón dedicado a la Pasión de Cristo.

Estos madrugones de don Manuel para ir a postrarse ante el Sagrario de la parroquia tienen una anécdota muy significativa de su ímpetu espiritual. Se la oyó un seminarista en Comillas: «Nos dijo el P. Nieto —escribe— que se levantaba muy temprano para ir a la Iglesia. Que un día encontró una taberna abierta, y se dijo: Tengo que madrugar más. Este lo hace por una ventaja material; yo por un motivo muy superior. Tengo que esforzarme más que él.» Y adelantó la hora de ir al templo. Tanto que comentaban los lugareños más madrugadores, viendo luz por las ventanas del templo:

—A don Manuel no hay quien le gane a madrugar.

Empezaba a cumplirse aquello que él también dejó escrito: «El párroco haciendo oración por la mañana ante el Sagrario ya ha predicado el primer sermón.»

Así permanecía sumido en profunda oración, hasta que llegaba la hora de tocar para confesar y dar la comunión. Poco a poco iban llegando los fieles. Así lo cuenta una religiosa, Hija de Jesús, muchacha entonces:

> «Cuando llegó al pueblo, la gente apenas iba a la iglesia. Pero con su oración intensa y su ejemplo fue atrayendo poco a poco a todos. Su actitud en la iglesia impresionaba. Delante del Sagrario siempre estaba de rodillas con los brazos cruzados. Su amor a la Eucaristía era algo nada común.
>
> Daba todas las facilidades para confesar y comulgar. Solía repetir: Que nadie se quede sin hacerlo por temor a molestarme. Me dan la mayor alegría cuando veo que lo hacen. También repetía mucho: Aunque vean que acabo de cerrar el Sagrario o de salir del confesonario, díganme lo que desean, que de nuevo lo abro o me meto en el confesonario. Entre su oración, confesiones, comuniones, y después la santa Misa, se llegaban casi las once de la mañana. Hasta esa hora no abandonaba la Iglesia a la que había llegado al romper el día.»

Pero no acaba aquí su labor eucarística. Había que conseguir que Jesucristo estuviese acompañado también durante el resto del día. Para eso tenía la Iglesia abierta casi todo el día. Repetía muy frecuentemente a los fieles que visitasen al Señor sacramentado. Con las jóvenes organizó turnos de dos para acompañar todos los días al Señor durante

un rato. A fin de comprobar el cumplimiento de esta práctica, les puso junto al altar un cuaderno y un lápiz para que se apuntasen cada día las componentes de los diversos turnos. Unas cincuenta o sesenta jóvenes se comprometieron, es decir, la práctica totalidad.

Otro punto de atención eran los niños. Por lo que respecta a la piedad eucarística hay que mencionar el interés que puso el párroco en la visita diaria al Santísimo de los niños de las escuelas. Para ello encontró una colaboración total en los maestros, don Onofre Hernández y doña Teresa Cuadrado, auténticos apóstoles seglares de primera fila. Apoyado en ellos, introdujo don Manuel la visita diaria al Santísimo para los niños. Antes de la clase de la tarde se daban cita chiquillos y chiquillas a la puerta de la Iglesia. Llegaba don Manuel y, dando unas palmadas, congregaba a la chiquillería y la introducía ordenadamente en la Iglesia. Después de una brevísima motivación del acto, rezaba con ellos la tradicional *estación,* que procuraba actualizar con alguna intención, concluyendo con la «coronilla de desagravios al Sagrado Corazón». Era ésta una devoción que él había aprendido de los josefinos en el Seminario.

A algunos niños mayores los introdujo en la práctica de la oración mental ante el Sagrario, sobre todo a aquellos en los que atisbaba algún indicio de vocación sacerdotal o religiosa. Eso mismo lo recomendaría él posteriormente a otros párrocos rurales. Así escribía a uno:

> «Te será relativamente fácil ir formando en sólida piedad algunos niños a quienes puedes hablar todas las mañanas a manera de meditación acomodada a ellos, y cuando las madres vean que esos niños obedecen y antes no obedecían, etc., ellas mismas se convencerán lo que vale la comunión...»

Impulsó mucho la confesión y comunión de los primeros viernes, para los que preparaba a los fieles con un retiro y otras veces con una hora santa de adoración y reparación. El primer viernes tenía exposición.

Todo lo relacionado con la Eucaristía le llegaba muy adentro a don Manuel. Recuerdan los feligreses de entonces la unción con que celebraba la Santa Misa y lo prolongada que era su acción de gracias, nuevamente de rodillas en las gradas del presbiterio. Sus sermones incidían con frecuencia en el tema eucarístico, del que hablaba con tonos encendidos.

Relacionado con el respeto exigido por don Manuel al Santísimo, se recuerda una significativa anécdota. Era costumbre antigua en el pueblo que durante la noche del 1 al 2 de noviembre permaneciesen los mozos en el templo para tocar las campanas de cuando en cuando como invitación al rezo por los difuntos. A nadie se le oculta que esto se pres-

taba a abusos, ya que los mozos, para matar el tiempo, se entregaban a juegos que desdecían del recinto sagrado. Don Manuel consiguió mantener una costumbre muy arraigada, evitando los abusos. Hizo atar una soga al badajo de las campanas que, colgando hacia la calle por la fachada de la espadaña, permitía tocar desde fuera de la Iglesia. Para defender a los mozos de los rigores de la noche se haría una gran fogata al abrigo del templo. El les proporcionaría castañas para asarlas al fuego. Así se evitaron las irreverencias al Santísimo.

Pero la jornada de oración de don Manuel no concluía en el templo, sino que se prolongaba en la casa parroquial (o pensión, mientras vivió en ella). Cuenta don Ernesto, su antiguo monaguillo, que él iba a dormir largas temporadas a casa de don Manuel, una vez que se trasladó a la rectoral desde casa del señor Juan Agustín. Por la noche, lo primero que hacían era rezar el rosario, a no ser que se hubiera rezado ya en la parroquia. Lo dirigía el muchacho paseando por el pasillo, para que pudiera seguir también el rezo el ama de llaves desde la cocina. Después, lectura espiritual y, luego, mientras Ernesto preparaba sus deberes, el cura rezaba el breviario de rodillas en el santo suelo ante la mesa-camilla.

Después de una cena frugal, se acostaban. Oigamos la narración de lo que ocurría después, contada por el mismo Ernesto:

> «Yo dormía en su casa, en su misma habitación, pero en otra alcoba. Yo rápidamente me dormía, y recuerdo que algunas veces, cuando despertaba por la noche, veía su sombra de rodillas en su alcoba, teniendo la luz encendida. Entonces no había luz eléctrica en el pueblo, y usaba un quinqué de petróleo. A mí entonces —niño como era— lo único que se me ocurría era decir a mi madre, cuando regresaba a casa por la mañana, si el cura no tendría tiempo de rezar por el día, ya que lo hacía por la noche en su alcoba.»

También don Onofre, el maestro, durmió con cierta frecuencia con don Manuel y pudo observar lo mismo que el monaguillo.

De este modo la vida de aquel párroco estaba transida de una oración continua, desde la madrugada hasta altas horas de la noche. Una oración que giraba, sobre todo, en torno al misterio eucarístico. Oración eucarística que se transformaba a la vez en apostolado eucarístico. Este es el núcleo para entender el resto de su actividad parroquial.

3. *Desde el Sagrario a las almas*

Cientos de veces repetirá el P. Nieto: «Antes de hablar a las almas de Dios hay que hablar mucho a Dios de las almas.» Con esta frase tan

gráfica sintetizaba él la doctrina tradicional de que la unión con Dios es el alma de todo apostolado. El, que tanto hablaba a Dios de las almas, estaba preparado como nadie para hablar a las almas de Dios y para llevarlas a Dios. Por eso su apostolado no podía menos de ser fecundo sobrenaturalmente.

Algunos de sus trabajos pastorales los recordará él de esta manera en la pluma del P. Antonio Sánchez:

> «Tenía que decir dos misas los domingos en dos pueblos distintos. Sobre todo los domingos de San José tenía mucho trabajo. El sábado confesar desde las dos de la tarde hasta las ocho, poco más o menos. El domingo antes de amanecer estaba en el confesonario. Confesaba varias horas, daba la comunión y, a caballo, al otro pueblo, muchas veces lloviendo, nevando. Ya me esperaban en el portal los hombres, quienes, al verme llegar, se quedaban admirados. Pero, señor cura, ¿cómo viene usted así, lloviendo? Yo gozaba inmensamente. Me porfiaban que me cambiase de ropa, si llegaba mojado; mas yo me iba al confesonario. Oía las confesiones, celebraba, y en seguida vuelta al primer pueblo a celebrar la Misa. Después de la Misa, catecismo con (los jóvenes). Comer, y a las dos catecismo con las jóvenes, niños, adultos. Rosario. Luego me ponía ante el Sagrario, y allí permanecía hasta la noche.»

Considerada esta jornada dominical de don Manuel, no es extraño que él mismo confesase al P. Antonio Sánchez en 1937: «Hablándome de su vida parroquial con intimidad, me dijo: En esta época de mi vida es cuando más he trabajado.»

Los dos pueblos de que hablan los *Recuerdos* de 1937 son, naturalmente, Santa María y El Valejo. Para desplazarse a este último montaba una jaca blanca que le cedía el señor Anselmo García, sacristán de la parroquia. Acabadas las confesiones y comuniones del domingo, montaba y, a galope tendido, cabalgaba hacia el anejo. Se quejaba a veces el dueño de la jaca que el cura la cansaba en exceso, pero él respondía:

—No se preocupe usted, que no la obligo. Además, como ve, yo peso poquito.

Cuando llegaba, ya estaban casi todas las familias —no más de cinco o seis— en la pequeña iglesia de San Marcos. Después de dejar la jaca en lo que llamaban la *cilla*, cedida por los señoritos de uno de los «cuartos», se metía en el confesonario. Nunca dejaba de hacerlo, a pesar de contar con un tiempo muy escaso. Después celebraba la misa:

—Como éramos pocos —comenta una mujer— en la homilía adoptaba un tono sencillo, como de conversación. Pero, como tocase algunos temas como el amor a Cristo o la Pasión, en seguida se encendía.

Después de celebrar, montaba otra vez en la jaca y regresaba al ga-

lope a Santa María, a no ser que hubiera algún enfermo en el lugar, pues entonces nunca dejaba de visitarlo, aunque fuese brevemente.

> «Caladito hasta los huesos llegaba a veces —comenta la señora Teresa Hernández—. Más de una vez le vi llegar completamente blanco, cubierto de nieve. Se la sacudía con las manos de encima de la sotana, y al confesonario. No había fuerza humana que le hiciera pasar por casa a calentarse o cambiarse. Y para colmo venía —como decimos por allí— a cuerpo gentil, con sola la sotana. Mi marido, que era montaraz, quiso darle el gorro del ponche, pero no hubo modo. Respondía que lo usase él, que tenía más falta, que a él lo protegía Dios. No nos explicábamos cómo no cogía una pulmonía.»

Cuando el señor Anselmo le reconvenía porque hacía pasar un mal rato a la cabalgadura, le argumentaba:

—¿Por qué va a tener que ir al anejo todos los domingos para veinte personas? Que vengan ellas a Santa María...

A lo que respondía don Manuel:

—Yo soy el que, como párroco, tengo la obligación de ir a ellos, y no ellos de venir a mí. Es el pastor el que, como Cristo, tiene que ir en busca de las ovejas.

En una ocasión hubo un fortísimo aguacero: la puente del regato que había que atravesar venía totalmente cubierta por la crecida. Quisieron disuadirle de cruzar, por el peligro que corría. Pero ningún razonamiento le hizo desistir, respondiendo con total resolución:

—Por nada del mundo dejaría sin misa a aquellas pobrecitas almas.

Metió espuelas, para vencer la resistencia del animal, y a duras penas logró vadear el torrente, continuando el camino totalmente empapado. Con estos ejemplos de sacrificado celo no es extraño que no faltase un alma a misa.

Tampoco se cambiaba de ropa al llegar a Santa María, aunque a veces venía «pingando». La misa de Santa María era más reposada y solemne. Muchas veces cantada. Unas veces cantaba el sacristán y otras las Hijas de María, que él había fundado. Mucho tuvo que bregar para formar el coro, a veces venciendo resistencias familiares.

Procuraba por todos los medios hacer atractivo el culto. Por medio de un buen amigo de los García Nieto, don José Almaraz, rector del colegio de los niños de coro de Salamanca, consiguió que estos niños fueran alguna vez a cantar. Gran admiración suscitaban entre los lugareños, tanto el melodioso cántico de los niños salmantinos como el armonium portátil con que se hacían acompañar.

No es de extrañar que, al poco de llegar don Manuel, empezara a hablarse por los pueblos del contorno de las fiestas religiosas de Santa María, hasta el punto de que más de una vez se desplazaban algunos para asistir. Huéspedes relativamente frecuentes eran los señoritos de

El Alcornocal, muy amigos de su hermano Ramón y suyos también. La llegada de los de El Alcornocal suponía siempre un acontecimiento para Santa María: impresionaba a aquellos pobres aldeanos el flamante coche de caballos, la elegante dama, el joven y apuesto señorito Mariano —muy amigo después de Gil Robles— y, sobre todo, aquel señorito Salvador de barba venerable y finísimo monóculo. Todo un cuadro de la pequeña burguesía del primer cuarto del siglo XX.

Comentan los feligreses que cualquier pretexto era bueno para organizar una fiesta en la iglesia y realzar el culto. Para crear entre la gente un ambiente festivo el mismo don Manuel disparaba cohetes en la cercanía del templo. Gustaba de encargar «bombas reales». El, tan sobrio en gastos personales, se volvía un poco manirroto cuando de solemnizar las fiestas religiosas se trataba.

Especial empeño ponía en dar esplendor a la novena y fiesta de la Inmaculada. Lo mismo hacía, en su tanto, con otras fiestas marianas. Como se ha dicho, a don Manuel se debe la fundación de las Hijas de María en el pueblo. Compró la imagen de la Inmaculada, en cuya bendición y entronización desplegó una gran pompa. Todavía recuerdan los ancianos que aquel día amenizó la fiesta con unas hermosas ruedas luminosas, con bengalas de colores, que encandilaron a grandes y a chicos.

En este afán de dar solemnidad y alegría a las fiestas religiosas se cuenta un hecho humanamente incomprensible en don Manuel. Al llegar la fiesta de Todos los Santos les decía que tenían que estar muy contentos ese día. Más aún, él mismo organizaba ese día el baile en las eras que hay junto a la iglesia, llamando personalmente al tamborilero para que tocase. Sólo quien sepa lo que sufrió don Manuel en Santa María a causa del baile y lo que lo combatió, sobre todo en el salón cerrado, podrá valorar el hecho.

Especial impresión causaban en los fieles las predicaciones del párroco. Quizá las siguientes anécdotas lo aclaren mejor que cualquier otra consideración. Años después del paso de don Manuel por Santa María, fue al pueblo don Desiderio Martín, ejemplar maestro de Lumbrales, invitado por don Onofre. Con esta ocasión habló en la escuela al pueblo. Este fue el comentario del señor Nicolás, que gozaba de gran autoridad por su ponderación:

—Desde los sermones de don Manuel nunca había vuelto a oír cosas tan estupendas.

No menos significativa la siguiente anécdota. La señora Generosa, madre de aquel monaguillo que iba a dormir con el cura, aconsejaba a su hijo, ya sacerdote:

—Tú predica como don Manuel, que siempre nos decía en sus sermones que amáramos mucho a Dios y a Cristo en el Sagrario.

El amor a Cristo en el Sagrario y la Pasión del Señor eran sus temas

favoritos. Su predicación cobraba entonces una emoción especial y sus tonalidades eran arrebatadas y vibrantes. Muchos recuerdan especialmente sus sermones durante la Semana Santa. Dicen que durante esos días se le notaba algo especial en todo su porte. El Viernes Santo era la única vez que don Manuel usaba manteo, para acompañar a los cofrades de la Vera Cruz al canto de la Pasión después de cenar. El P. José Herrero, S. J., natural del pueblo y muerto también en olor de santidad, se refiere así a la primera Semana Santa celebrada por don Manuel en Santa María:

> «Entonces en el pueblo había una cofradía muy numerosa (la ya mencionada de la Vera Cruz) y esos días (Jueves y Viernes Santo) tenían que asistir todos los cofrades. Aquel año era alcalde de los cofrades el hermano de un servidor. Era el que iba siempre a avisar al señor cura cuando estaba la gente reunida en la casa del Ayuntamiento o en la Iglesia, según que el acto fuera sólo para los cofrades o para todo el pueblo. Mi hermano nos decía que don Manuel se hallaba muy fuertemente quebrantado. Por eso lo solía encontrar casi siempre acostado. Pero lo maravilloso era que, subido al púlpito, con su ardiente elocuencia parecía convertirse en la figura bíblica de la zarza que vio Moisés, que ardía y no se consumía. Solía estar predicando unos tres cuartos de hora, cuando no pasaba de una hora. Recuerdo que, admirados, comentábamos en casa de dónde podía sacar aquel aguante y aquella fuerza con que predicaba...»

Otro parroquiano escribe de su predicación:

> «¡Cuánta espiritualidad sembró don Manuel desde el púlpito del templo, a cuántas almas enderezó por el mejor camino, cuántas verdades brillaron en sus homilías, en las que ponía todo el ardor de su corazón! ¡Cómo prendían en el alma de sus feligreses! Sus sermones eran como truenos para los pecadores, a la vez que las almas justas se afianzaban más y más en su perfección.»

Más concisa una sencilla mujercita: «Predicaba muy bien. Decía cosas que entendía muy bien la gente. Y las decía con todo el corazón.» Ahí estaba la clave: ponía el corazón en lo que salía de sus labios. Era la propia vivencia la que se transparentaba a través de sus palabras.

La predicación tenía su prolongación en la catequesis.

Aparte de la catequesis del domingo, de la que se hablará en seguida, introdujo otra adicional mucho más continuada, aprovechando el rezo del rosario en mayo, octubre y durante la Cuaresma. Así lo cuenta Ernesto y lo recuerdan otras personas:

> «Tenía catequesis todos los días de fiesta; y en Cuaresma, mayo y octubre, mientras los toques para el Rosario, también tenía ca-

tequesis con nosotros —los niños—, aunque a ella se unían también muchas personas mayores que iban al Rosario, pues les gustaba mucho. Yo creo que esta catequesis iba dirigida también indirectamente a las personas mayores.»

Ya mencionamos antes lo que decían los *Recuerdos* de 1937 sobre la catequesis. Después de la misa dominical se quedaba en la iglesia con los jóvenes, quizá el grupo más difícil. A los que mejor respondían solía obsequiarles con tabaco. Por la tarde, después del rosario, les tocaba el turno a las jóvenes, niños y niñas. A los pequeños los repartía por la parte de atrás del templo, según las secciones de la escuela, quedándose él con las jóvenes junto al altar de la Inmaculada. Tanto unos como otras debían responder primero sobre el evangelio dominical. Las explicaciones evangélicas más que de carácter exegético lo eran de carácter moral y práctico. Se lo oímos contar a él mismo en los *Recuerdos* de 1937: «A las jóvenes les solía decir: antes de salir a divertiros, como os miráis al espejo, miraos también en el Crucifijo. Tomadle en las manos y preguntaos si el sitio a donde vais, la diversión... está conforme a Cristo.» Les inculcaba también mucho el amor a la Virgen.

Cuando don Manuel despedía a las jóvenes iba pasando brevemente por las secciones de los pequeños. También aquí lo primero que preguntaba era el evangelio del día. Varias niñas de entonces confiesan que en estas catequesis aprendieron ellas la mayoría de las narraciones evangélicas. Después del evangelio preguntaba el catecismo de Astete, «que había que repetir con puntos y comas», según dicen.

A todos estimulaba don Manuel con premios y rifas. Aparte del pequeño premio —un caramelo, una estampa, una medalla— por la respuesta acertada o la redacción bien hecha, procuraba organizar de cuando en cuando una rifa con galardones más apetecidos. Reunido cierto número de vales, que repartía a la salida de la catequesis para justificar la asistencia, el poseedor podía optar a un premio, mejor o peor, según la cantidad de vales reunidos. Para estas rifas o tómbolas debió inspirarse en lo que vio hacer a don Manuel Marín en Cantalapiedra. La tarde de la rifa o tómbola se quedaban a presenciarla muchas personas mayores, en especial las madres y abuelas de los pequeños, que aconsejaban a los niños a la hora de escoger los premios. Siempre sorprendía don Manuel a la chiquillería con algo desconocido en el pueblo, como la primera vez que llevó cajas de mazapanes. Aquella tarde no se hablaba en las tertulias de las comadres de otra cosa. Los pequeños recorrían las casas de tías, abuelas y primos enseñando los premios conseguidos: a uno le había correspondido una caja de jalea real, a otro una pelota, a un tercero un cuento, a un cuarto un juego de ingenio. No es extraño que los niños estuvieran locos de contentos con su párroco.

Pero también el párroco estaba loco de contento con ellos. Lo cuenta él mismo:

> «Me pasaba —dice— unos ratos deliciosos con los niños. Les compré un balón e iba con ellos de paseo a jugar. Llevaba un libro, y un rato estudiaba y otro me divertía con ellos. Los niños estaban locos de contentos conmigo. La gente decía al vernos: así jugaría Jesús con los niños. De este modo empezaron a nacer en el pueblo tantas vocaciones. Y ganada una vocación, se gana toda la familia.»

De vez en cuando se daba el párroco una vuelta por las escuelas, donde charlaba con los críos y se ganaba su confianza. Raras veces faltaban caramelos en los amplios bolsos de su sotana. Y con el caramelo, el consejo. En cuanto a las clases podía estar tranquilo, porque tanto los niños como las niñas estaban en buenas manos. El entendimiento entre el párroco y los maestros era total y la colaboración entre parroquia y escuelas produjo excelentes frutos.

Durante los veranos cesaba gran parte de la actividad parroquial en un pueblo volcado totalmente en las tareas de la recolección. Los mismos niños tenían que colaborar en ellas. Pero aun entonces no se olvidaba don Manuel de sus queridos niños, especialmente de los monaguillos y apostólicos de Carrión de los Condes. Por las mañanas reunía a los apostólicos y tenía con ellos la meditación. Hacia el atardecer, cuando cedía el peso del calor, daba un pequeño toque de campana, avisando a los que pudieran acudir. A algunos les permitían abandonar el trillo, con no poca envidia de los demás. Don Manuel los esperaba en la Iglesia. Allí visitaban todos el Santísimo y después salían al campo en su compañía. Solían ir frecuentemente a una huerta de la parroquia o a algún otro paraje sombreado. Paseo, juego de balón, charla amena y espiritual. Un auténtico descanso y tonificación del alma.

Era admirable don Manuel en saber conjugar una atención preferente a lo específicamente religioso y espiritual con una preocupación por los aspectos sanamente lúdicos y relajantes. Ya hemos visto algunos de estos rasgos a lo largo de estas páginas. Todavía conserva don Ernesto, su antiguo monaguillo, un curiosísimo libro que le tocara en una rifa, con ocasión de una comedia que echaron los niños. Es un interesantísimo juguete de ingenio del famoso Pero Nuño lleno a la vez de enseñanzas morales. Al mismo Ernesto le suscribió a «Titirimundi», una especie de hojilla o *tebeo* divertido y moralizante que entonces se editaba. Muchos eran los libros piadosos que prestaba el párroco. La mayoría. Pero tampoco faltaban entre sus préstamos libros amenos, como el «Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno» u otros similares.

Con los monaguillos era generoso, dándoles las «perrillas» que tanto

escaseaban en aquellos años difíciles. También los estimulaba con premios a aprender su función. Suculenta era la merienda de huevos fritos y embutido que les preparaba el día de las «cédulas». La historia era la siguiente: cuando llegaba el tiempo del cumplimiento pascual, se daban a los fieles que confesaban y comulgaban unas cédulas de cumplimiento. Por Pascua pasaban los monaguillos por las casas a recogerlas, recibiendo, según costumbre antigua, diversos regalos para el sacerdote. Al regresar los muchachos a casa del cura con las cestas llenas, era cuando se preparaban aquellas pequeñas bodas de Camacho.

Gozaba don Manuel viendo gozar a los suyos. En cierta ocasión pidió prestado a los señoritos de El Alcornocal un gramófono para enseñárselo a los niños. Se lo llevó a la escuela, gozando inmensamente la chiquillería con un artilugio tan maravilloso y nunca visto en el pueblo. Incluso muchas personas mayores pasaron a verlo por casa del cura.

Don Manuel colaboraba con los maestros en la preparación de diversas representaciones escénicas, tanto de los niños como de los jóvenes. Apoyaba estas expansiones, siempre que evitasen ciertos peligros morales. A este respecto se recuerda un caso curioso. Pretendió don Manuel representar con las jóvenes la pieza teatral «Fabiola». Pero no quería mezclarlas con los mozos, por no dar ocasión a peligros, tanto más cuanto que los ensayos habrían de realizarse de noche. Por más que el maestro don Onofre quiso disuadirle, por lo irrealizable de la obra sólo con artistas femeninas, don Manuel no cedió. Como intuía el maestro, no logró realizar el reparto, porque nadie quería representar los papeles antipáticos. Pero don Manuel prefirió el fracaso antes que la representación mixta.

Estos y otros muchos detalles nos presentan a un don Manuel centrado, sí, en los problemas trascendentes —«les insistía a mis feligreses, confiesa él, que no quería otra cosa, sino su salvación»—, pero en modo alguno alejado de las cosas sencillas y lisonjeras de la vida.

4. *Hacia cumbres más altas*

La extraordinaria labor del párroco entre los niños y los jóvenes no podía menos de suscitar respuestas más generosas en muchas almas. Nos lo decía él mismo: «De este modo empezaron a nacer en el pueblo tantas vocaciones. Y, ganada una vocación, se gana toda la familia.»

Oigamos nuevamente a don Ernesto:

> «A los niños nos enseñaba a cantar, a ayudar a Misa, nos leía la Biblia, nos enseñaba juegos; en fin, lo pasábamos muy bien con él. Este trato íntimo con los niños le sirvió para fomentar las vocaciones, llevando muchos niños a Carrión de los Condes, escuela

> apostólica de los jesuitas, a otros a los Capuchinos de El Pardo, y a mí (providencia especial) me orientó hacia el Seminario. Mi vocación, pues, se la debo a él, a mi maestro don Onofre, con quien tuvo una gran amistad, y también a mi buena madre.»

¡Cuántos chicos y chicas de Santa María podrían decir lo mismo! Aunque no ha podido hacerse una estadística completa de las vocaciones que surgieron en el pueblo durante los cuatro años que allí permaneció don Manuel, hay que hablar de varias docenas. Entre ellas, el número mayor fueron para la Compañía de Jesús y para las Hijas de Jesús. No pocas de aquellas vocaciones han evangelizado luego en las lejanas regiones de China, Filipinas, varias naciones de América, etc. Otras siguen hoy diseminadas por diversas zonas de España.

Así escribe una de aquellas muchachas que entonces encauzó vocacionalmente don Manuel:

> «Cultivó mucho las vocaciones. Durante el tiempo que pasó en Santa María —que fueron cuatro años— ingresaron unas 30 en diferentes congregaciones. Ya religiosos, se preocupaba por ellos y se interesaba por saber cómo iban: si eran buenos religiosos, etc. Les escribía animándolos en su vida de consagración y dirigía espiritualmente a aquellos que se lo solicitaban.»

En el pueblo llegó a decirse, ante la riada de jóvenes de ambos sexos que marchaban al Seminario o a las casas religiosas:

—Este señor cura va a meter en el convento a todo el pueblo como se quede mucho tiempo aquí.

No lo decían con acritud. Se trataba simplemente de un comentario lógico ante lo que estaban viendo.

Al despedirse para entrar en la Compañía, como él mismo contó al P. Antonio Sánchez, algunas madres le decían:

—Don Manuel, ¡qué lástima que se vaya usted! Si durara algo más en la parroquia, mi hijo también se haría fraile y mi hija monja.

Con todo, no había en esta promoción vocacional nada de inmoderado proselitismo. Se puede decir que el extraordinario florecimiento vocacional era sencillamente el fruto espontáneo de un intenso cultivo espiritual. Es de justicia anotar la excelente colaboración que en este tema, como en otros, encontró el párroco en los dos maestros, que ya conocemos.

Intenso cultivo espiritual: ésa era la clave del éxito. Incluso, visto a la distancia de tantos años, se nos antoja excesivamente intenso y subido para unos adolescentes faltos de toda preparación. Quizá sean criterios demasiado rastreros para medir los caminos de la gracia. Don Manuel exigía oración mental a quienes veía con atisbos de vocación religiosa o sacerdotal. El mismo les proporcionaba libros y les introducía

en la práctica de la misma. También dirigía días de retiro y hasta Ejercicios espirituales, bien personalmente, bien en pequeños grupos. Naturalmente que había quien no resistía tales exigencias y abandonaba; pero otros se entregaban totalmente.

Todas estas prácticas iban acompañadas de la dirección espiritual y de una confesión sacramental muy exigente. Así escriben dos religiosas, jovencitas entonces en Santa María:

> «Daba Ejercicios espirituales a las jóvenes y a cuantas personas se los pedían. Estas le daban cuenta de cómo hacían su meditación, de los propósitos y su cumplimiento, etc. En este punto era muy exigente.»

Una de estas religiosas, hoy Sierva de San José, conserva aún y usa con frecuencia el *Examen de conciencia* que entonces le diera don Manuel (que ha acomodado levemente a su estado actual). Cuando iba a confesarse le pedía cuenta minuciosa de todo. Sólo de la lectura de este amplísimo examen —que don Manuel le dio a la muchacha de su puño y letra— se pueden calibrar los altos quilates espirituales de esta dirección de almas: se examinaba con suma exigencia la meditación de la mañana, la Santa Misa, la Sagrada Comunión, la presencia de Dios durante el día, el examen particular, el rezo del Santo Rosario, las visitas al Santísimo, las devociones particulares, los deberes para con el prójimo y consigo mismo, etc., etc.

Pero no está dicho todo. Lo cuenta la misma religiosa a que nos acabamos de referir. Ella y otra amiga hicieron, por indicación de don Manuel, voto de castidad. Tenían doce o trece años. Iban renovándolo en las fiestas de la Santísima Virgen. El sacerdote les explicó someramente el contenido del voto y así lo renovaron varios años.

A ambas amigas les proporcionó por separado, con el encargo de no comunicárselo una a la otra, un cilicio de cintura. Naturalmente no guardaron el secreto. Les aconsejaba el uso frecuente de este instrumento de penitencia. Los viernes lo llevaban todo el día.

Junto a esto les mandaba otras penitencias, como rezar el rosario o *Vía-Crucis* con los brazos en cruz —en lo que él iba delante con el ejemplo—, privarse de gustos en el comer, etc. Ya próxima al ingreso en el Noviciado recibía del párroco consejos de más alta perfección, como la búsqueda de las humillaciones por amor al Señor y cosas similares. Fue tal la vida de aquellos años previos al Noviciado, que no duda en afirmar:

—Para mí la vida del convento no trajo prácticamente ninguna novedad. Casi fue más intensa la vida espiritual del pueblo que la del Noviciado.

En la misma apreciación coinciden otras dos religiosas, Hijas de Jesús y hermanas carnales, niñas entonces:

—Nunca hemos hecho más penitencias que entonces.

A otra joven se le murió su novio. Don Manuel supo llevar a su alma la conformidad y le enseñó la frase de San Francisco de Borja, ante el cadáver de la Emperatriz: «En adelante no quiero servir más a señor que se me pueda morir.» También ella se consagró al Señor que no muere.

Como hemos dicho, don Manuel no practicaba ningún proselitismo inmoderado como promotor de vocaciones. El situaba a las almas en el camino de la exigencia evangélica y dejaba actuar a la gracia. Nunca forzaba la decisión. Al contrario, procuraba que fuese bien sopesada. Así cuenta el P. Herrero, S. J., ya mencionado:

> «Yo había ingresado en la Escuela Normal de Salamanca con el fin de hacer la carrera de maestro, pero ya durante los primeros meses me persuadí de que no podía aguantar ni aquellos compañeros de posada ni de estudios. El P. Cruz, Superior entonces de "La Clerecía", era mi confesor, a quien acudía todos los sábados. Traté con él mi deseo de ser religioso... Escribimos a Carrión de los Condes y, cuando vino el permiso para ir, dejé todo lo de Salamanca y me fui al pueblo a despedirme de mis familiares. Yo nunca le había hablado de vocación a don Manuel. El me preguntó si lo había pensado bien, advirtiéndome que iba a dar un paso serio y definitivo. Le dije que al P. Cruz le había parecido mejor que marchase cuanto antes. Y añadí: Si a usted le parece que me quede aquí algún tiempo, a ver si la vocación madura un poco más, estoy dispuesto a hacerlo. El me dijo entonces: Siga usted. Desde que vine al pueblo y le traté, siempre me venía la idea: Si a este muchacho lo hubieran dirigido, estaría en el Seminario.»

Naturalmente que don Manuel no se limitaba a estimular espiritualmente a las almas «vocacionables». Lo hacía igualmente con otras personas que su fino instinto espiritual veía especialmente dispuestas. Tres hermanas comentan que su madre fue una auténtica convertida del párroco: convertida desde una vida cristiana normal a otra de mucha oración y mortificación. Don Manuel le proporcionó las obras ascéticas del P. Nieremberg, que ella leía con verdadera dedicación. Libros similares se leían también en muchas familias, proporcionados igualmente por el párroco.

La pastoral de don Manuel tenía, pues, dos planos: uno general, otro más especializado. Así se consiguió una transformación general del pueblo en su conjunto a la vez que el surgimiento de numerosas vocaciones y almas llamadas a una más alta vida cristiana.

5. *Pobre con los pobres*

Pero sus preferidos eran los humildes, los sufrientes, los abandonados. Si años más tarde llamarán en Comillas al P. Nieto «padre de los pobres», ya en Santa María mereció tal apelativo. Es éste quizá el rasgo más unánimemente resaltado por los feligreses de don Manuel. Basta referirse a él, para que brote la exclamación:

—¿Don Manuel? ¡Cuánto se le quería! Todo lo daba a los pobres.

Cuenta nuevamente Ernesto, testigo muy directo de esta caridad:

> «Todos los años, por Navidad, repartía una gran cantidad de limosnas en metálico entre los pobres de la parroquia. A mí me encargaba de avisar a los interesados que, individualmente, pasaban por su despacho, ocasión que él aprovechaba para hablar personalmente un buen rato con cada uno. Y esto lo hacía —yo lo notaba— aun con gente que no iba a la Iglesia. Recuerdo que había una mujer enferma de cáncer en un ojo, que era muy pobre, a quien visitó durante mucho tiempo. También su marido era muy pobre, anciano y borracho. Yo acompañé muchas veces a don Manuel en las visitas a esta familia, aunque me daba mucha repugnancia de aquella especie de cuerno que le salía a la pobre mujer del ojo. Antes de ir a visitar a este matrimonio, don Manuel me mandaba que dijese a la sirvienta que matase una gallina para llevársela a la enferma. A mí me encargaba esconderla debajo de la chaqueta para que, al atravesar por las calles, no viera la gente lo que llevaba. A pesar de las protestas de la sirvienta, terminó con todas las gallinas que poseía, que serían una docena. Ni siquiera valía la razón de que alguna gallina estaba en tiempo de puestas. La razón suprema era la necesidad de aquel pobre matrimonio. Pasaba mucho tiempo con estos ancianitos.»

En la relación anterior se refiere Ernesto a la sirvienta de don Manuel. Era ésta la señora Vicenta, natural de Santiago de la Puebla, viuda, con un hijo seminarista, que atendió a don Manuel cuando se trasladó de la casa del señor Juan Agustín a la parroquial. Nos imaginamos el enfado y la sorpresa de la buena señora al recibir la orden tajante del cura de sacrificar una tras otra las gallinas que ella con tanto esmero cuidaba. No valieron razones.

Aunque fueron muchas las familias que recibieron su ayuda, unas conocidas con nombres y apellidos, otras anónimas, todos recuerdan en Santa María las atenciones que don Manuel dispensaba al que todos llamaban Isidro «el bobo», un pobre subnormal, que muchas veces era el hazmerreir de chicos y grandes, poco respetuosos con su situación.

Isidro vivía prácticamente a expensas de don Manuel. Lo llevaba a la tienda y allí le compraba lo que necesitaba para comer. Otras veces

le invitaba a su propia mesa. Como el pobre Isidro no sabía cuidar convenientemente sus cosas, pronto ensuciaba y rompía el vestido y el calzado. Por eso don Manuel hubo de vestirlo y calzarlo más de una vez de punta en blanco. La paciencia que tenía con él era infinita, llevándole a la casa parroquial largos ratos. A veces, para entretenerle, le mandaba algún trabajillo, como partir leña o cosas similares. Todo se lo aguantaba don Manuel, menos que blasfemase. En una ocasión que lo hizo, el cura no se controló y le dio un «cachete». Escapó Isidro refunfuñando y don Manuel, arrepentido, se arrodilló en el peldaño del brocal del pozo a pedir perdón a Dios por lo que había hecho.

Junto al cementerio vivía un matrimonio muy pobre. Por si fuera poco, la mujer era ciega. Don Manuel, no contento con ayudarlos económicamente, echaba una mano en los quehaceres domésticos a aquella invidente.

Era proverbial el desprendimiento de aquel curita. Ya hemos visto el ejemplo de las gallinas. Veamos otro, verdaderamente evangélico. Regresaba de Salamanca, donde había ido a hacer unos encargos y compras, entre ellas de calzado para sí mismo, pues el que usaba lo tenía ya destrozado. En el trayecto desde el coche a la casa parroquial ya lo había dado a un menesteroso con el que se topó. No llegó ni a estrenar el objeto de su compra. Así era don Manuel.

Total también el desprendimiento del dinero. Parecía que le quemaba en el bolsillo. Un anciano matrimonio recuerda un dicho del pueblo a este respecto:

Don Manuel nunca tiene un duro. Según cobra las misas, así las reparte.

A propósito de misas cuenta la señora Teresa Hernández, mujer del montaraz de El Valejo, que una vez la señorita de su *cuarto* encargó una misa al párroco. Teresa se la abonó con un duro de plata, quedando a la espera de la vuelta.

—¿Cómo la vuelta? —le replica don Manuel—: La misa tiene un valor infinito y no se paga con todos los duros de plata del mundo. Además, la señorita no tiene necesidad, mientras muchos pobres lo están necesitando.

El mismo don Manuel decía que no quería más de 100 pesetas de ahorros, y eso por si necesitaba alguna medicina. A veces ni eso tenía. Todo el mundo sabía que hubo de recurrir con frecuencia a su hermano Ramón, que seguía «echándole aceite», como ya hiciera en Cantalapiedra. Para él ahorrar era caer en una auténtica tentación del demonio. Contaba el señor José Montes, miembro de la Junta de la Hermandad del Santo Cristo, que en una Junta les dijo el cura haber tenido una tentación del demonio. Se trataba de que, teniendo ahorradas 200 pesetas, se dijo a sí mismo: «A ver si ahorro pronto otras doscientas». Pero en se-

guida se dio cuenta de la tentación y prometió repartir las 200 que tenía entre los pobres. Santo remedio contra la tentación.

A veces se jugaba a las cartas en casa del cura, según la costumbre de entonces, sobre todo cuando llegaban su hermano Ramón, don José Almaraz y los señoritos de El Alcornocal. Cuenta Ernesto que don Manuel se las arreglaba para marchar, dejándolos a ellos solos en el juego. Pero si alguna vez se veía en el compromiso de tener que jugar, nunca quería que se jugase dinero.

A veces los feligreses le decían que tenía que mirar más por su casa. A lo que respondía:

—Así estoy más libre de preocupaciones. Vosotros siempre andáis con cuidado de que os roben. ¿Véis cómo a mí nunca me roban, a pesar de que nunca dejo candada la puerta?

¿Qué le iban a robar, si no tenía nada de valor? Al contrario. Muchos recuerdan que estaba empeñado con todos: debía al panadero, al lechero, al tendero... A todo el mundo. Si no hubiera sido por las ayudas de su hermano... Pero como la gente le quería, correspondía con generosidad a su desprendimiento. Lo cuenta él mismo en sus *Recuerdos:*

> «Les insistía a mis feligreses que no quería otra cosa, sino su salvación. Al ver este desprendimiento es cuando precisamente más dan. Uno me traía la mejor berza del huerto; otro, si mataba el cerdo, empeñado en que había de tomarle el lomo; otro: ¡Que usted necesita para los catecismos...! Es una satisfacción grande ver cómo la gente responde. Claro, que todo es obra de la gracia.»

Ya entonces empezó a usar de aquella libertad de espíritu, que tanto llamó la atención en Comillas, para pedir abiertamente en favor de los pobres. Lo hacía sin miramiento en las homilías. En el caserío de El Valejo no había pobres, propiamente hablando: gente sencilla, sí, algún jornalero, pero ninguna familia que necesitara ser socorrida. Por eso allí les hablaba con frecuencia de los menesterosos de Santa María, hasta con nombres concretos. Incluso aceptaba pequeños donativos de los niños, a los que estimulaba al sacrificio y generosidad, si bien a éstos daba él mucho más de lo que de ellos recibía.

Reflejo de la generosidad que él inculcaba era la aportación a las colectas diocesanas: la de 1923 para los niños rusos (40 pesetas) y las de 1925 como aguinaldo al soldado y óbolo al Sumo Pontífice (35,50 y 15 pesetas, respectivamente). Aunque hoy nos parecen cantidades ridículas, fueron de las más altas de las parroquias rurales.

Capítulo aparte merece su atención a los enfermos: junto con los pobres eran la niña de sus ojos. Junto a su cabecera desplegaba don Manuel toda su ternura humana y su caridad sobrenatural. Así escribe una persona que le trató mucho en aquellos años:

> «Hasta cerca de las once de la mañana no salía de la iglesia. Cuando ya se había marchado toda la gente, tomaba el Santísimo y comenzaba sus visitas a los enfermos. Los saludaba cariñosamente, interesándose por sus dolencias. Si le pedían la comunión, los preparaba para recibirla. También les ayudaba a dar gracias. Así pasaba toda la mañana, hasta la comida, sin haber ido a desayunar.»

Esta visita matinal con el Santísimo solía ir acompañada de otra vespertina, en la que predominaba el aspecto humano de la compañía y cercanía afectiva y familiar.

Si algún enfermo estaba grave, nunca abandonaba el pueblo, aunque tuviese urgencia de hacer algún viaje. Entonces sus visitas se hacían más frecuentes. No faltaban naturalmente los consuelos espirituales de los últimos sacramentos. Especial empeño ponía en ayudar a bien morir a los agonizantes.

En cierta ocasión una joven embarazada se puso muy mala repentinamente. Otra joven, Purificación Morales, salió corriendo a buscar al cura. Le dijeron que estaba en El Valejo. Allá se fue y lo encontró en una casa. En cuanto le dijo lo de la enferma, salió corriendo sin esperar siquiera a la muchacha. Cuando ésta llegó a Santa María, ya hacía rato que don Manuel estaba a la cabecera de la enferma.

Después de recibir él los últimos sacramentos en Comillas, comentó el P. Nieto, refiriéndose a sus tiempos de Santa María: «Es un paso al que no hay que tener miedo. La gente se acostumbra a no sentir recelo a llamar al sacerdote y recibir los sacramentos.»

Don Manuel aprovechaba la ocasión de alguna muerte especial para catequizar al pueblo, contando algún detalle que pudiera impresionarle. A él mismo le impresionó mucho alguna de ellas, como aquélla a la que se refiere en los *Recuerdos* del año 37:

> «Una tarde de Miércoles Santo —dice— después de maitines me llamaron a las afueras del pueblo, donde un hombre se había destrozado la cabeza con un tiro de escopeta. Estaba todo deshecho. Me acordé entonces de cómo quedaría el cuerpo de Judas.»

Este desgraciado accidente le sobrevino a Pedro Sánchez Pastor el día 28 de marzo de 1923, cuando practicaba la caza al ojeo subido a un árbol. Los sermones del párroco de aquella Semana Santa encontraron en esta muerte repentina abundante materia para remover las conciencias de sus oyentes.

La enfermedad no es ciertamente monopolio de los pobres, pero ésta se cebaba con más saña y frecuencia en las familias menos pudientes. La subalimentación y la falta de higiene originaba frecuentemente en estas gentes anemias, tuberculosis, infecciones, etc. Entonces don Manuel sabía acompañar la visita domiciliaria con la ayuda material.

El método que seguía era el que ya nos es conocido de Cantalapiedra: al marchar deslizaba la mano por debajo de la almohada del paciente y depositaba allí su donativo: cinco, diez, quince pesetas. Otras veces llevaba comida expresamente preparada para ellos por la señora Vicenta, sin que en alguna ocasión faltara un buen guiso de conejo. El señor Serafín, montaraz de El Valejo, le regalaba alguna vez una o dos piezas. Trabajo le costó que aceptase. Al final lo hizo, porque —así decía— no eran robados, ya que los producía el monte, y porque con ello podría socorrer a los pobres y enfermos. Al mismo montaraz le suplicaba que fuera comprensivo con los pobres a quienes sorprendiera en su «cuarto» con alguna pieza de caza o recogiendo leña.

Las visitas a los enfermos no eran de cumplido, como suele decirse. Eran reposadas, aunque procurando no cansar al enfermo. Cuentan las hijas de la señora Venancia —y lo confirman otras familias en similares circunstancias— que, cuando ésta cayó enferma, don Manuel estuvo velándola casi toda una noche. Así permitía el descanso a los familiares, pero a costa del suyo propio.

Este era don Manuel: viviendo los problemas ajenos desde dentro. Participando cordialmente en ellos. Verdaderamente *pobre con los pobres*. Todos recuerdan su sotana parda y raída, sus botas remendadas, su pobre ajuar doméstico, sus arcas exhaustas. Y los que se sentaron a su mesa, su sencillísima pitanza. Escribe Ernesto:

> «Recuerdo que a mí me llamaba mucho la atención su frugalidad en la comida. Puedo atestiguarlo, porque cené muchas temporadas a su mesa. No bebía licores, no tomaba dulces, no fumaba. El primer plato de la cena era común, ordinariamente un potaje. Después él tomaba casi siempre un huevo y un cachito de queso. Sin embargo a mí me decía que podía pedir de segundo plato a la señora Vicenta lo que quisiese. Y así lo hacía: unas veces era chorizo, otras otra cosa.»

Cuando por alguna causa faltaba la señora Vicenta, don Manuel iba a comer a casa de los padres de don Onofre, el maestro. La madre de éste, Angela Corredera, se extrañaba de lo poco que comía, a pesar de que siempre procuraba encontrar algún pretexto para hacerle comer algo más.

A veces, entre semana, se daba una vuelta por El Valejo, quedándose a comer en casa del montaraz. Pero les había encargado con mucha seriedad que no aceptaría, si en la comida aparecía algún extraordinario. Cuenta la señora Teresa que durante la refección casi siempre les hablaba de la caridad.

Vestía y calzaba pobremente, comía pobremente, vivía pobremente. Se privaba él de lo superfluo y hasta de lo conveniente, para socorrer

a los demás. Daba de sus cosas, pero sobre todo se donaba a sí mismo, sin escatimar sacrificio personal alguno. Era verdaderamente *pobre con los pobres*. No es extraño que todo el mundo lo respetara y lo quisiera.

6. *Lloró el pueblo entero*

Salvo alguna rarísima excepción, al cabo de un tiempo todo el pueblo en bloque participaba en los actos de culto. A gente tradicionalmente alejada de los sacramentos se la veía frecuentarlos. Como aún dicen allí, «tenía metido al pueblo en un bolsillo». La consecuencia era una profunda transformación religiosa y moral de la parroquia. La sotana, desacreditada a su llegada, era ahora respetada y querida.

No tendrá reparo el P. Nieto de los años de Comillas en referirse a sus éxitos pastorales en Santa María, si ello contribuía a aleccionar a los seminaristas. Un celoso sacerdote, seminarista en los años de la postguerra en Comillas, dice a este propósito:

> «Lo que más le ayudaba para influir en la formación de los seminaristas eran sus experiencias personales como párroco en su diócesis de Salamanca. ¡Carísimos —nos decía—, allí logré que se rezase el Rosario en todas las familias, que las jóvenes y muchos jóvenes llevasen examen particular, y no me fallaban en la visita al Santísimo Sacramento! Como la falta del velo era un pretexto para dejarla, les puse velos a las mujeres a la entrada del templo, y cuando iban a trillar a la era cercana, entraban y lo cogían. Pero yo procuraba ir delante con el ejemplo: allí me veían ante el Señor de día y de noche. Con la oración y el ejemplo logré que se reconciliaran muchos que estaban peleados.»

Si no conociéramos la humildad de este hombre, diríamos que se está echando faroles. Pues se quedaba corto.

No es extraño que el párroco se sintiera inmensamente feliz. A veces decía que sólo tenía una pena: que los fieles no adelantasen más en el camino de la virtud. Sufrió especialmente por razón del baile. Batalló a brazo partido por conseguir un doble objetivo: que el baile no se desarrollase en un local cerrado y que la hora de su finalización no se prolongase más allá del toque vespertino de la oración. Esto le concitó la ojeriza de los dueños del local, instalado además a pocos metros de la cabecera de la Iglesia, en lo que llamaban «el corral de los burros». El solía decir que cuando oía el tamboril desde el interior del templo era como si le clavasen una espada en el alma. Trabajó lo indecible hasta suprimir aquel local de baile.

Aparte de la labor espiritual, pálidamente reflejada en las páginas precedentes, don Manuel ejecutó también algunas obras materiales en

la parroquia. En primer lugar, en la casa parroquial. Aunque no se nos especifica en qué consistieron las obras, los testimonios coinciden en que lo principal de todo fue la construcción del despacho parroquial y sala de estar, y alguna otra cosa de menor monta.

Menos información es la que ha podido recabarse de las obras que realizó también en la Iglesia. Sólo sabemos que el día 24 de mayo de 1923 se le abonaron en el Obispado 360 pesetas con 50 céntimos para el pago de las mismas. Al marchar dejó un saldo contra la fábrica de más de 300 pesetas.

A pesar de esta pobreza, tanto personal como institucional, el templo de Santa María estaba siempre limpio, ordenado, y frecuentemente adornado con flores. Los forasteros lo comentaban. Y se sentían atraídos por el culto de aquella parroquia, pero sobre todo por la santidad de aquel curita cuya fama había trascendido ya más allá de los límites parroquiales. Todavía se recuerda la recua de burros, atados a la puerta de la casa del cura, de la gente que llegaba de otros pueblos a consultar sus cosas con don Manuel. Otros venían a confesarse con él. En esto ocurría, a escala reducida, lo que se cuenta del cura de Ars.

Nada de extrañar que el sorpresivo anuncio de la marcha del pueblo de un cura tan querido causase una gran conmoción. Así narra la despedida el hermano Isidro Hernández, otra de las vocaciones religiosas de aquellos años:

> «En las vacaciones de 1926, creo que en julio, cuando ya Anselmo (que murió en la misión de Anking) y yo estábamos admitidos al Noviciado para comenzarlo en octubre en Salamanca, un día de fiesta nos invitó para que fuéramos con él a El Valejo, que dependía de Santa María. Fuimos, le ayudamos a Misa y en la homilía se despidió de la gente sin decirles dónde iba. En el camino de vuelta nos preguntó si nos había extrañado la despedida, y nos dijo que aquella misma tarde se iba al Noviciado de Carrión de los Condes (Palencia). A nosotros nos sorprendió y a la vez nos agradó el saber que íbamos a ser comovicios. Después, en la Misa de Santa María se despidió también del pueblo, diciendo ya más claramente que se iba al Noviciado de los jesuitas. Recuerdo que hubo mucha gente que lloró en la iglesia.»

Aquel día muchos feligreses le abordaban intentando disuadirle. ¿Cómo les iba a abandonar? Al parecer hubo incluso intentos por parte de algún miembro del Ayuntamiento de hacer alguna gestión directa con el señor Obispo, para que no permitiese a don Manuel la marcha de Santa María. La cordura se impuso al fin, porque la decisión era algo definitivamente zanjado, después de un análisis muy serio y después de muchas consultas. El prelado era el primer informado de todo.

Don Manuel había ido prodigándose con toda generosidad y des-

prendimiento a lo largo de cuatro años. Pero en los últimos meses había ido donando también sus cosas, sobre todo su biblioteca, que era relativamente rica, para lo que acostumbraban los curas de pueblo de aquella época. Aparte de unos cuantos libros académicos de teología dogmática y moral, había hecho acopio preferentemente de libros de espiritualidad. Muchos de ellos le habían prestado un excelente servicio pastoral, corriendo de mano en mano, de hogar en hogar. Pero todavía quedaban abundantes libros y revistas, que, en los últimos meses, había ido regalando con más profusión.

Muchas son las familias que, a pesar de los años transcurridos, más aún, que a pesar de haber perdido desde entonces todo contacto con don Manuel, guardan en el baúl o en la vieja cómoda aquel entrañable regalo de su antiguo párroco. Lo conservan —y es testimonio directo de bastantes— como una auténtica reliquia. Basten unos ejemplos, entre muchos: *Meditaciones para todos los días del año,* del P. Garzón; *Verdades eternas,* del P. Rosignoli; *Consideraciones y meditaciones sobre la Sagrada Pasión...,* de San Alfonso María de Ligorio; *Ejercicios espirituales,* del P. Belecio; *Visitas al Santísimo Sacramento,* de don Andrés Manjón; *La Imitación de Cristo,* en versión del P. Esprit Chaubel, etcétera.

De manera similar muchas familias conservan otros objetos piadosos regalados por don Manuel: medallas, crucifijos, estampas... Una señora comenta, mientras extrae dos pequeños crucifijos de una caja, donde conserva sus más caros recuerdos familiares:

—Son de don Manuel. No sé si habrá alguna familia de las de entonces que no conserve recuerdos parecidos.

Comentan además no pocos feligreses de Santa María de Sando que el párroco sabía escoger con tino y acierto. Una mujer muestra una medalla con el busto de Pío XI, regalo del cura como recuerdo del bautizo de su hijo Pío Agustín. Y así otras.

La realidad es que, a la hora de la marcha, todo el mundo quería un recuerdo. Camino ya del lugar de la despedida le aborda en plena calle el señor Ceferino, que insistía en el deseo de tener un recuerdo. Don Manuel le responde con cierto embarazo que ya no le quedaba nada; pero, mirándose y palpándose, topa con el reloj. Se lo quita y se lo entrega:

—Tenga. Es lo único que puedo darle. Y, cuando mire la hora, rece por mí.

Era media tarde de la fiesta de Santiago de 1926. Después del rezo del santo rosario, el pueblo entero se congregó en las eras del camino de Sando. Todos lloraban desconsoladamente. Es una escena que muchos tienen todavía presente con todo lujo de detalles. Invariablemente dicen:

—Allí lloraba todo el mundo, chicos y grandes, hombres y mujeres. Lloró el pueblo entero.

El mismo don Manuel recordará emocionadamente su despedida de Santa María en sus *Recuerdos* del año 37:

> «¡Cuánto lloraban cuando me fui al Noviciado! En la Misa les dije cómo me tenía que marchar. No pude contenerme sin llorar. Terminada la Misa, iban a casa aquellos hombres:
>
> —Pero ¿cómo se nos va? Usted va —dice— a santificarse más. Pero ¿y nosotros?
>
> Aquello me desgarraba el corazón. Es verdad que Dios nuestro Señor no necesita de nadie, y se puede servir de cualquiera para salvar las almas; pero, de hecho... Yo pensaba: si no les viene un sacerdote celoso y santo, estos pobres —tal vez muchos— no llegarán a donde pudieran haber llegado.
>
> Antes de marcharme, les dije:
>
> —Ahora olvídense de mí por completo; recuérdenme únicamente en sus oraciones, y entréguense por completo al otro párroco.»

Antes de montar al coche de los señoritos de El Alcornocal que le alejaría para siempre de Santa María, quiso el cura dirigir al pueblo unas palabras. La voz se le enturbió por la emoción, y no pudo hablar. En su lugar y en su nombre habló brevemente el maestro, interpretando los sentimientos del párroco: agradeció a todos lo bien que se habían portado con él, pidiendo que fueran buenos cristianos y le encomendasen en sus oraciones.

Mientras el coche se alejaba por la carretera polvorienta, en dirección a Salamanca, los congregados volvieron sobre sus pasos cabizbajos. Quizá se agolparan en sus mentes las cosas que don Manuel les decía del cura de Ars. ¡Tantas veces les había hablado de él...! Sobre todo desde el año anterior —el de su canonización— no se le caía de la boca su nombre. Y quizá pensasen entonces: También nosotros tuvimos la dicha de tratar a otro cura de Ars.

Capítulo V

EN LA ESCUELA DE LOYOLA

> «Bendita Compañía y bendito Vos, Jesús mío, que me llamasteis y me conserváis en ella. ¡Oh, bendita Compañía de Jesús!: Tú mereces toda la estima de mi entendimiento, todos los amores de mi corazón» (P. Nieto, *Ejercicios de mes de 1937*).

Hemos dejado a don Manuel, enjugándose las lágrimas de la despedida, de viaje en dirección a Salamanca para marchar al Noviciado de los jesuitas. Aquella misma tarde va a Macotera a despedirse de los suyos. Una visita relámpago. En la plaza de Santo Domingo de Salamanca se dispone a tomar el coche de línea para ir a su pueblo. Allí se encuentra con su prima Gertrudis, y se establece este diálogo:

—Y ¿cómo te vas ahora, con lo que te quiere la gente del pueblo?

—Mira, prima: ahora es cuando voy a ser feliz, plenamente feliz.

Así pensaba y sentía don Manuel en vísperas de ingresar en el Noviciado. Pero, ¿cómo se había decidido a seguir aquel camino, que creía le haría plenamente feliz? ¿Y no lo era en Santa María?

1. *La llamada*

Imposible penetrar en las profundidades de aquel alma. Con todo, no podemos menos de cuestionarnos sobre el proceso vocacional religioso de don Manuel.

Al parecer la cosa venía de atrás. Sor Teresa García, otra vocación de Santa María, dice recordar que en la despedida de don Manuel le oyó decir que hacía catorce o dieciocho años que estaba ansiando ser jesuita. Según esto, nos situaríamos al comienzo mismo del Seminario,

o en los primeros años del mismo. Se empalmaría cronológicamente con aquellos deseos infantiles de ser «jesuito».

Lo que sí sabemos es que quiso entrar en la Compañía antes de lo que en realidad lo hizo. Incluso parece deducirse que quiso ingresar al principio de su sacerdocio.

Frente a estas inclinaciones jesuíticas ya relativamente tempranas, quedan algunos testimonios ajenos que ponen una cierta vacilación en el camino a seguir, dentro de la inclinación por la vida religiosa. Sea de ello lo que quiera, el caso es que, si hubo vacilaciones, las dudas se fueron disipando en favor de la Compañía de Jesús.

No podemos olvidar que toda la formación seminarística de don Manuel fue eminentemente jesuítica. Más aún: ya de sacerdote había hecho también Ejercicios espirituales en los veranos de 1922, 1924 y 1926, estos últimos con seguridad bajo la dirección de un P. Jesuita. También durante la estancia en Santa María siguió en contacto con el espíritu de la Compañía. Ernesto relata un hecho muy sintomático:

> «Yo hacía, por mandato de don Manuel, su lectura espiritual. Leía un rato el Evangelio y luego otro libro, como la vida de un santo, etc. Y todavía no se me ha olvidado que le leí un libro —cuyo título no recuerdo— que afirmaba que ningún jesuita se condenaba. Yo comentaba con mi madre y le preguntaba: ¿Pues por qué no se mete toda la gente jesuita, y así todos se salvan? Don Manuel escuchaba atentísimo la lectura de este libro y al final me preguntaba para que le explicara lo que había leído.»

También se relacionó con quien habría de ser posteriormente su maestro de novicios, el P. Rafael Garrido, S. J. Al parecer esta relación se estableció por mediación de la maestra de Santa María, doña Teresa Cuadrado, de la que se ha hecho mención ya repetidas veces.

Doña Teresa era muy amiga de los jesuitas. Junto con su hermana Rosa iba todos los años a Loyola a hacer Ejercicios. Se escribía periódicamente con el P. Garrido, destinado entonces en la casa de Carrión de los Condes. Ella y don Onofre, el maestro, organizaron una gran fiesta para entronizar el Sagrado Corazón en las escuelas. Para solemnizar la fiesta doña Teresa invitó al P. Garrido, para que predicara un triduo. Parece que esto ocurrió a principios de diciembre de 1923. Entonces habló don Manuel con el Padre, marchando a continuación con él a Carrión a practicar un reposado retiro espiritual para clarificar el tema vocacional. Parece que todo quedó ya decidido, en espera de poderse realizar la ida al Noviciado.

Romana, la sobrina de la maestra, cuenta haber oído decir a don Manuel que su vocación a la Compañía se la debía en buena medida a doña Teresa.

Como se puede suponer, al hablar del proceso vocacional de un alma, nos vemos obligados a arañar en la superficie. El fondo es un secreto entre el alma y Dios. De todos modos, podemos preguntarnos si hay algún elemento que nos permita penetrar un poco en los móviles íntimos de la decisión de don Manuel. Creemos que sí.

En páginas anteriores quedó consignado el testimonio de don Manuel que afirmaba rotundamente que ya desde pequeño se había apoderado de él la idea de la santidad, que le había dominado durante toda la vida. Esa idea madre parece estar en el fondo de la decisión de don Manuel de entrar en la Compañía. Después de que anunciara a los feligreses su determinación, nos cuenta él —como hemos visto— que fueron a la casa parroquial algunos del pueblo argumentando:

—«Pero, ¿cómo se nos va? *Usted va —dice— a santificarse más.* Pero, ¿y nosotros?»

De esto se desprende que el párroco les había dicho que su entrada en la Compañía obedecía al *deseo de santificarse más.* Nos lo vuelve efectivamente a confirmar el P. Nieto en un texto clave de su vida religiosa que se nos ha conservado: la *Reforma de vida* del mes de Ejercicios espirituales de Tercera Probación (1937). En ella leemos:

> «*Quiero ser santo (este deseo, que fue el único que me movió a entrar en la Compañía de Jesús,* se había resfriado en mí, por lo menos prácticamente) y he visto con gran claridad que no puedo serlo, si no observo fielmente las reglas, así como el exacto y fiel cumplimiento de ellas me dará la santidad que Jesús me pide y yo deseo con deseo verdadero ofrecerle.»

La teología espiritual de esta época estaba dominada por la concepción jurídica de los *estados* de vida en la Iglesia. Nunca se cuestionó que la santidad personal es independiente del estado de vida de cada uno, porque la santidad es fruto de la gracia y de la respuesta personal a ella. Pero desde Santo Tomás es el estado religioso el que únicamente se había entendido como *status perfectionis acquirendae,* o sea el estado de vida en el que el cristiano hace profesión de tender a la perfección. Don Manuel se sintió llamado personalmente a esta profesión pública en la Compañía de Jesús, entendiendo este camino como el medio más apto para *su mayor santificación personal.*

Don Manuel nunca entró en las discusiones teóricas de Mercier, en que calificaba como verdaderos religiosos a los sacerdotes diocesanos y obligados a la misma perfección de vida que ellos; para él entrar en la vida religiosa era entrar en un estado de más perfección, y por eso escogía ese camino en la Compañía de Jesús.

De todos modos un tema tan candente no podía menos de aflorar en las conversaciones del Noviciado; se lo plantearon directamente algunos

connovicios: ¿cómo había cambiado de estado, si el que tenía como párroco era de tanta perfección? La respuesta nos la refiere así uno de sus connovicios:

> «Para él lo contrario era lo más cierto, y lo probaba con el siguiente raciocinio, más testimonial que analítico: los sacerdotes que quieren santificarse más y asegurar más su salvación y hacer, por lo mismo, más bien a las almas, dejan la cura de almas y se van a la vida religiosa. Por el contrario, los religiosos más superficiales dejan la vida religiosa y vuelven al mundo. Por algo será. Yo hubiera obrado neciamente si, estando en el mejor camino, lo hubiera abandonado para seguir el peor.»

Cuando años más tarde, sea profesor de Astética y Mística en la Universidad Pontificia de Comillas, los seminaristas le apremiarán con los argumentos de Mercier. Desbordado quizá por los términos teóricos de la discusión, responderá nuevamente con el testimonio personal, que tanto impresionaba, por otra parte, a sus alumnos:

—Pues entonces, ¿qué he hecho yo entrando jesuita? ¿No me he abrazado con un compromiso de mayor perfección? ¿No me lo asegura así la misma Iglesia?

Era, pues, la santidad, la mayor santidad el móvil fundamental de su entrada en la Compañía.

Entonces la entrada en la vida religiosa se veía también como un apartamiento del mundo para más entregarse a Dios. También este componente estuvo presente en la decisión del P. Nieto. Recordemos que, al describirnos él sus inclinaciones infantiles a este estado de vida, alude a este aspecto: «Deseaba ser como portero de un convento, meterme en un rincón y darme a vivir sólo para Dios.» Cuando el P. Nieto, en vísperas de su muerte, reciba la Unción de los Enfermos, deja explayar los sentimientos más íntimos de su corazón, expresando su inmensa satisfacción por morir en la Compañía de Jesús. Y añade:

«Yo, siendo sacerdote, entré en la Compañía para apartarme más del mundo, no para dejar de trabajar más por el mundo, sino para vivir más unido a Cristo y trabajar más por El.»

Con todo, este deseo de apartamiento del mundo no significaba renunciar al apostolado. Al contrario. Las ansias apostólicas, y hasta misioneras, estarán muy presentes desde el comienzo de su vida jesuítica. Quizá hasta fueron determinantes en la elección de una Orden eminentemente misionera, aunque él se sometía plenamente a la obediencia. Volveremos sobre el tema al hablar del Noviciado.

El tema de la penitencia no debió de ser algo intrascendente en la decisión. No podía ser de otra manera en quien siempre se distinguió por su gran amor a la cruz de Cristo. Contaba el maestro don Onofre

que la espiritualidad austera del P. Garrido, así como el saber que en la Compañía de Jesús se podía hacer y de hecho se hacía bastante penitencia, fue decisivo para que el platillo se inclinase de aquella parte en sus dudas sobre qué Orden religiosa elegir.

Quizá más importancia tuvo la valoración de la obediencia, tan típica de la Compañía, como medio de conocer la voluntad de Dios, en cuyo cumplimiento se cifra la santidad cristiana. Recuerda el obispo de David, en Panamá, dirigido espiritual del P. Nieto en Comillas, haberle oído decir en repetidas ocasiones:

—Me hice religioso, porque de esta forma estaba más seguro de hacer la voluntad de Dios obedeciendo.

Lo confirman otros testimonios. Así escribe, por ejemplo, otro comillés:

> «Su vocación a la Compañía de Jesús se inspiró en el aprecio de la obediencia. En efecto, me contó que, estando de párroco, trabajaba mucho, pero por la noche al examinarse se preguntaba todo lo que el Señor le pedía. Este pensamiento le causaba desasosiego. Pensó que ingresando en *religión* —él usaba este arcaísmo— se le disiparía tal preocupación, ya que, sometiéndose a los Superiores, estaba seguro de cumplir la voluntad de Dios. Por otra parte —pensaba—, bueno es darle a Dios *los frutos* de nuestro esfuerzo, pero es más perfecto hacerle donación también *del árbol*.»

Un dirigido espiritual de los primeros años de Comillas del P. Nieto cuenta haberle oído decir que en el examen previo al ingreso, al consignar los pros y los contras de la vocación a la Compañía, consignó entre los contras el no poder hacer limosnas a los pobres, en razón del voto de pobreza. Nadie hubiera pensado entonces que Dios le destinaba para ser —y precisamente como un pobre religioso— uno de los grandes limosneros de los tiempos modernos.

El P. Nieto dejó el sacerdocio diocesano para hacerse jesuita. Pocas vidas como la suya para desdramatizar el tema planteado por el cardenal Mercier. Como escribe alguien, «su persona, su vida era como el amor cristiano hecho cura. Como si San Juan de Avila hubiera sido novicio de San Ignacio de Loyola». Dios le tenía destinado para, desde su vocación jesuítica, contribuir como pocos a la santificación y perfección de los sacerdotes diocesanos: «Encontró su hueco —escribe un sacerdote comillés—, aquel para el que la Divina Providencia le destinaba cuando dejó la parroquia. No ser párroco, sino formador de párrocos.»

El P. Nieto amó profundamente a la Compañía de Jesús, viviendo plenamente su espíritu, sobre todo desde el núcleo de los Ejercicios de San Ignacio. Pero nunca minusvaloró su estado primero de sacerdote diocesano. Y su decisión de ser jesuita no tuvo que ver lo más mínimo

con ningun sentimiento de frustración en su vida parroquial. Todo lo contrario. Oigamos lo que nos dicen los *Recuerdos* de 1937:

> «Hablándome de su vida parroquial con intimidad —narra el P. Antonio Sánchez—, me dijo:
> —Naturalmente miradas las cosas, es la vida que más me encanta.»

Nada, pues, de insatisfacción. Por lo demás, era querido entrañablemente por el pueblo y estimado por el prelado, quien, en las Letras Testimoniales expedidas para el ingreso en el Noviciado, testifica que don Manuel desempeñaba el cargo a toda su satisfacción. Todas sus motivaciones vocacionales son, pues, plenamente positivas, de valoración de su nueva vocación.

Pero dentro de ese inmenso amor a su vocación jesuítica resaltará frecuentemente el P. Nieto la subordinación de todo al objetivo final de la santidad. Ante una hipotética colisión entre su vocación religiosa y esa santidad, él respondía:

—Si yo supiera que para ser santo era necesario dejar de ser jesuita o que el serlo dificultaba la consecución de esa meta, ahora mismo me salía de la Compañía.

La santidad era su idea fija y por conseguirla más plenamente había optado por la Compañía, como un medio privilegiado.

2. *De Carrión a Salamanca*

Cuentan que el P. Provincial de entonces, P. Gutiérrez del Olmo, recibió una desagradable impresión al ver ante sí a aquel candidato chaparro y feo; pero que, al oírle hablar, quedó tan prendado de su espíritu sobrenatural, que no dudó un momento en admitirle en la Compañía. Es posible que la anécdota proyecte sobre esta época algo que es característica de bastantes años después, pues una fotografía de 1928 no confirma la fealdad del candidato, supuesta causa del inicial rechazo por parte del Superior mayor.

La provincia jesuítica de León tenía su Noviciado en Carrión de los Condes (Palencia). El antiguo cenobio benedictino de San Zoil, sito a orillas del río Carrión, albergaba, además del Noviciado, otras dos comunidades: la del Juniorado y la de seminaristas de la Compañía, denominados «apostólicos». A este Seminario menor o «Apostólica» de la Compañía había enviado don Manuel bastantes muchachos de Santa María. En Carrión estaba, recién concluido ya su noviciado, el H. Marcelino Hernández, hijo del sacristán de la parroquia de Santa María. El H. Marcelino moriría en Comillas en mayo de 1933 en los brazos

del P. Nieto, que le asistiría espiritualmente en los últimos momentos. En Carrión estaba también, recién emitidos los votos, otro parroquiano de don Manuel, el H. José Herrero, ya conocido nuestro.

A este Carrión, ya en parte familiar para él, pues allí se retiró para reflexionar sobre su vocación, llegaba don Manuel el día 26 de julio de 1926. Así lo narra él en los *Recuerdos* del año 37:

> «Llegué al Noviciado (Carrión) el día de Santa Ana, 26 de julio de 1926. Cuando llegué habían salido aquel día de campo los novicios. El P. Maestro (R. P. Morán) se hallaba ausente. Hacía de maestro el P. Marcelino González. También estaba en casa aquel día el P. Yerónides Crespo (que era entonces novicio). A los pocos días fue nombrado maestro el P. Rafael Garrido. Fue mi ángel el Padre Cuende.»

El 30 de julio fue apuntado Manuel García Nieto en el libro del Noviciado, que, según la expresión familiar en los noviciados de la Compañía, solía denominarse «el libro de la vida». Manuel García Nieto hizo el número 304 de los ingresados desde que se constituyó la provincia jesuítica de León en 1918. Al nuevo novicio empezarían a llamarle sus compañeros desde entonces P. García. En realidad, ni en Cantalapiedra ni en Santa María había usado él el apellido *Nieto*, firmando en todos los documentos parroquiales solamente con el *García*. El P. García había llegado ya al Noviciado con fama de santo y muy penitente, y pronto se notó entre los novicios una cierta curiosidad por conocerle y tratarle.

El día 7 de agosto se producía el relevo en el cargo de maestro de novicios, sustituyendo al P. Isacio María Morán el P. Rafael Garrido. Como sabemos, el P. Garrido había seguido el proceso vocacional del P. García. Simplificando las cosas, podría decirse que el P. Morán era de tendencias más místicas, mientras que el P. Garrido acentuaba más las notas austeras y ascéticas. De este modo, el que durante dos años iba a dirigir el espíritu del P. García y le iba a iniciar en la vida jesuítica, sintonizaba perfectamente con el estilo de vida del novicio recién llegado.

Los comienzos del Noviciado del P. García estuvieron marcados por la provisionalidad: al cambio de maestro de novicios sigue el traslado del Noviciado desde Carrión de los Condes a Salamanca, donde acababa de construirse una nueva casa de formación para los jóvenes jesuitas. El 20 de setiembre parte ya hacia la ciudad del Tormes la Comunidad de Juniores. Enorme ajetreo el de las semanas siguientes para los novicios: había que recoger y embalar los mil y un enseres de una casa grande y los reducidos efectos personales. El trabajo resultaba duro. Pero allí estaba el P. García arrimando el hombro. Lo recuerda perfectamente un connovicio, que escribe:

> «Fueron días de mucho ajetreo. El no sólo cargaba con todo lo que le echaban encima, sino que se prestaba para todo. Primero en Carrión, para dejarlo todo en orden; luego en Salamanca, para ponerlo en marcha otra vez. Siempre estaba dispuesto para todo.»

El día 7 de octubre fue el día del viaje, al estilo del transporte del ganado: en camión, todos hacinados en la caja de carga. Por el camino, largo y penoso, se hizo meditación, se rezó el rosario, se recitó el Oficio parvo y se cantaron cánticos religiosos.

Y ya tenemos a nuestro P. García nuevamente en Salamanca, ciudad que le viera nacer un día no muy lejano al sacerdocio de Cristo. Pronto le verá nacer, a través de los votos, a la vida religiosa en la Compañía de Jesús.

La nueva sede del Noviciado —que lo sería también del Juniorado y Tercera Probación— era un espléndido edificio recién construido en el Paseo de San Antonio, a las afueras de la ciudad, al otro lado de la vía del tren de la línea portuguesa. El Noviciado ocuparía el ala de poniente, exactamente junto al borde de la vía férrea.

Se eligió el 10 de octubre, fiesta de San Francisco de Borja, para la inauguración de la nueva casa, aunque ésta tendría como patrono titular a San Estanislao de Kostka, el santo novicio jesuita.

3. *«Si no os hacéis como niños...»*

Antes de observar la vida de los novicios, conviene fijarse en la fisonomía que ofrecen los miembros del Noviciado. La mayoría de los novicios son adolescentes o poco menos: quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho años. Pocos de edad madura. Finalmente, unos cuantos que, como el P. García, iniciaban su noviciado después de haber accedido al presbiterado en el clero secular, incluso después de haberlo ejercido durante algún tiempo. En el primer año de noviciado del P. García fueron cuatro los novicios sacerdotes. En el segundo, seis.

Se puede comprender la dificultad de trato que esta situación creaba, sobre todo a los sacerdotes, obligados continuamente a acomodarse a mentalidades mucho más infantiles. Fue esta circunstancia —más que las prácticas propias del Noviciado— la que más hubo de costar al P. García. La distribución normal del Noviciado, con sus actos de piedad, sus trabajos, sus pruebas, etc., se le asemejaría a pequeños juegos de niño, acostumbrado a los trabajos y vida dura de la parroquia. Pero también en aquella vida encontraría un camino privilegiado para la asimilación de la sentencia evangélica: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» Quizá aquí inició aquella atracción que siempre mostrará el P. Nieto por el camino de la infancia

espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús. Así nos dejó escrito en unos apuntes íntimos de Ejercicios:

> «Me dais, Señor, un afecto de muy fina devoción a Santa Teresa del Niño Jesús. Esta santa, en cuyos escritos es donde más he notado la nota de delicadeza espiritual, de observación fina, de los matices de la virtud. Es lo que me falta a mí, Dios mío, que todo lo quiero hacer por lo grande; y lo muy grande tarde o nunca viene; y en tanto dejo escapar ese polvillo de oro y de diamantes de las virtudes pequeñas.»

El, que había ejercitado ya las grandes virtudes, a veces hasta el grado heroico, recogía ahora además ese polvillo de oro y diamantes.

La mayoría de los recuerdos de sus compañeros de Noviciado resaltan la sencillez y naturalidad con que llevaba la convivencia con los novicios más jóvenes. Espiguemos algunos:

> «Recuerdo —dice uno— que, a pesar de su rostro no muy agraciado y de su voz un tanto áspera, su trato era muy agradable. Los más pequeños procurábamos juntarnos con él en el recreo y le hicimos *Capellán* de la que llamábamos nuestra *mínima Compañía*, es decir, de la de los pequeños. Todavía recuerdo cómo jugaba con nosotros a la pelota, como uno más, en el desnivel que había entre la carpintería y la tapia de la huerta.»

En términos similares se expresa otro:

> «Había cinco o seis novicios sacerdotes. Pero la mayor parte de los novicios éramos muy jovencitos. Nos impresionaba la figura austera del P. Nieto, unida a una sencillez, amabilidad y naturalidad de trato con nosotros admirables. Es importante notar la unión de esas dos cualidades: por una parte, su austeridad y, al mismo tiempo, su llaneza y amabilidad con todos.»

El siguiente testimonio relaciona este mismo aspecto con su observancia:

> «Debe ser valorada *en todo* su fiel observancia, no sólo religiosa, sino también disciplinar. Se acomodaba a todo, aun a lo más sencillo, como cualquier otro: al estudio de las Reglas, a tomarlas de memoria, a los ejercicios de modestia, a los tonos, etc. Todo lo hacía con gran naturalidad y sencillez, sin que se advirtiera si le costaba o no. Y hay que pensar que ya era sacerdote con varios años de actividad parroquial y que tuvo que estar tratando y conviviendo durante dos años con unos jovencitos. Su talante externo era de una persona muy entera, valiente, decidida, con una voz de

> trueno, que parecía imposible saliera de persona tan pequeña. Y sin embargo era alegre, muy buen compañero en los recreos, paseos y días de campo. Se mostraba sencillo, afable, alegre, hasta con humor. Contaba chistes, retruécanos y acertijos.»

En la primera distribución de los cargos comunitarios, efectuada a mediados de octubre, al P. García le tocó uno de los oficios más bajos y humildes: la limpieza de los retretes, que los novicios llamaban «lugares». A este respecto escribe uno de sus connovicios: «Recuerdo que cuando le tocaba limpiar los servicios, siempre elegía las tazas, donde metía los brazos para limpiar sin escobillas. Los novicios decíamos que era para mortificarse.» El que así escribe es el H. Isidro Hernández, también de Santa María, que ingresó en el Noviciado al día siguiente de la inauguración de la casa, juntamente con otro muchacho del pueblo, Anselmo García, que moriría en China de misionero. Ambos acompañaron a don Manuel en la despedida de El Valejo. Todavía al año siguiente ingresarían otros tres muchachos del pueblo: Benigno, hermano de Isidro; Benjamín y José. Con todos ellos coincidió en el Noviciado. Había sido su párroco; ahora era sencillamente su connovicio: «Si no os hacéis como niños...»

Uno de los actos comunitarios típicos del Noviciado eran los llamados «tonos». Se trataba de iniciarse en el arte de hablar en público y en predicar. Le tocó romper el fuego en el amplio refectorio de la casa al P. García, que improvisó sobre la dominica. Un connovicio recuerda todavía una de estas predicaciones caseras del Padre:

> «Tocó al P. Nieto improvisar sobre el Evangelio de San Mateo, capítulo XX, versos 20 y siguientes, que es la escena con la madre de los Zebedeos. Inmediatamente vinieron los juicios de los asistentes. El primero fue el de otro sacerdote, también novicio, que resaltó su vozarrón. Era verdad: a nosotros, chavales todavía, nos había metido el resuello en el cuerpo y nos había puesto la carne de gallina, no sólo por las voces que daba, sino también por lo que decía. Porque no se contentó con decir lo que dice el Evangelio: esos dos puestos están ya destinados por el Padre, sino que nos dijo que naturalmente serían para María y para San José. Todos admiramos aquella clarividencia con que repartía los puestos, como cosa que tenía muy bien pensada y meditada.»

Otro acto típico de los noviciados de la Compañía era el llamado «ejercicio de modestia» o capítulo de faltas:

> «Recuerdo que un día —escribe uno— en el ejercicio de modestia varios connovicios comenzaron a decirle uno tras otro que comía poco. Ya se repetía demasiado la misma canción, por lo que

el maestro, P. Garrido, enfadado, les cortó diciendo: ¡Déjenle en paz, que él ya sabe lo que tiene que hacer!»

Otro resalta «las pocas faltas que le indicaban, y éstas casi siempre tenían algo que ver con su modo de hablar, reír, etc., un tanto descompensados por su tono grueso y su potencia de voz, que no correspondía con su físico». Finalmente, un tercer compañero anota que en alguno de aquellos capítulos de faltas se le hizo notar que en dichos actos no colaboraba, por no señalar faltas a los demás; desde entonces «se enmendó» con una fórmula muy socorrida: cuando le tocaba la vez para hablar, se limitaba a decir: lo que ha indicado el anterior.

4. *«Seis experiencias principales» (Const. n.º 64)*

Aparte de los ejercicios de cada día, propios de la vida de cualquier Noviciado, por los que se va calibrando la aptitud de cada candidato para la vida religiosa, San Ignacio propone en las Constituciones de la Compañía «seis experiencias principales» para los novicios jesuitas:

a) *Mes de Ejercicios (Const. n.º 65):* Suele constituir esta experiencia para el hijo de San Ignacio un profundo y definitivo encuentro con Jesucristo, centro de la espiritualidad de los Ejercicios ignacianos, y en consecuencia de la misma Compañía de Jesús. La realizó el P. García desde el 4 de noviembre hasta el 7 de diciembre de 1926. Nos quedaremos con las ganas de saber lo que ocurrió dentro del alma del ejercitante, aunque nos lo podemos imaginar, dado lo que los Ejercicios supondrían en el resto de su vida. Con todo, conservamos un interesante testimonio, que nos desvela un poquitín aquella intimidad. Así escribe un connovicio:

> «De lo que más me acuerdo del Noviciado del P. Nieto es que un día, paseando, le preguntamos qué le gustaba a él más de los Ejercicios. Y, sin dudar un momento, nos dijo que la Pasión de Cristo. En eso, a mi juicio, se retrató.»

b) *Servicio en hospitales (Const. n.º 66):* Esta experiencia se prolongó para el P. García desde el 10 de enero hasta el 11 de febrero de 1927. La practicó en el Hospital Provincial. Sabemos que le impresionaron los gritos de un pobre trastornado. Posteriormente aprovechará el caso para ilustrar a sus ejercitantes aquel paso de los Ejercicios de San Ignacio de la meditación del infierno: «Oír con las orejas llantos, alaridos, voces...» (n.º 67).

c) *Peregrinación (Const. n.º 67):* A esta experiencia se refirió él en los *Recuerdos* de 1937:

«Salí a peregrinación —dice— en compañía de los Hermanos [Mariano Sánchez y Enrique Pérez]. Según me parece fue la primera terna que la hizo en Salamanca. Se nos dio libertad para ir donde quisiéramos. A los seis días tuvimos que regresar, por la lluvia. No poca repugnancia me infundía el sombrero que me dieron. Al principio teníamos reparo en pedir. Después andábamos a porfía.»

Peregrinaron del 22 al 28 de abril de 1928, aunque no es exacto que se les diera libertad de itinerario. En esto falla la memoria del protagonista. Su destino era el santuario de la Peña de Francia, en la zona montañosa del sur de Salamanca, pasando a la ida por Alba de Tormes y Béjar y regresando por Ciudad Rodrigo.

Socorro Flores, hermana del también ilustre macoterano monseñor Jaime Flores, se hallaba entonces en Terradillos, con su tío sacerdote, don Pedro Caballo, y recuerda cómo los peregrinos llegaron al pueblo, pidieron limosna y después repartieron entre los pobres el fruto de la colecta. Gran parte del día que allí estuvieron lo dedicaron a la oración. El mismo P. García tuvo que cerrar la iglesia ya entrada la noche.

Como el tiempo se puso imposible a medida que se iban adentrando en la zona montañosa, hubieron de volver sobre sus pasos.

d) *Oficios bajos y humildes (Const. n.º 68):* Ya hemos visto que el P. García los buscaba deliberadamente. La experiencia prescrita por San Ignacio se concretaba para los novicios escolares en lo que llamaban «prueba de cocina». Se trataba de ayudar a los cocineros en todas las tareas necesarias. Este trabajo, en una casa de 160 comensales, resultaba especialmente duro. A los que cumplían el mes de cocina se les confiaban tareas arduas, como fregar grandes cacerolas, pelar grandes calderadas de patatas, subir carbón para los fogones, etc. El P. García se puso a las órdenes de los cocineros durante todo un mes, a partir del 21 de abril de 1927.

e) *Enseñar la doctrina cristiana a los rudos (Const. n.º 69):* También colaboró el P. García en esta labor catequética, aunque esta experiencia solía reservarse especialmente para los novicios no sacerdotes, mientras que los sacerdotes se ejercitaban más en la sexta experiencia ordenada por las Constituciones, que era «predicando y confessando» (Const. n.º 70).

De todos modos, estas experiencias de carácter apostólico solían ser muy restringidas en los Noviciados. Los novicios se dedicaban casi en exclusiva al fomento de la vida interior.

En cuanto a las salidas del P. García para ministerios apostólicos, se recuerdan una a Ledesma y algunas más a Terradillos. Ya vimos que este último pueblo fue visitado también durante la peregrinación por el P. García. El párroco, macoterano también, solicitó repetidas veces

sus servicios pastorales al P. Maestro de Novicios. Así recuerda Socorro Flores las idas del P. García:

> «Mi tío, el cura, se hacía lenguas de él. Estaba encantado con su labor. Y el pueblo exactamente igual. Todos querían confesarse con él y formaban grandes colas ante su confesonario. Sus predicaciones entusiasmaban y enfervorizaban al pueblo. Viéndole tan *consumidín* y feúcho, la gente se maravillaba de la fortaleza y convicción con que decía las cosas. Incluso la gente preguntaba de vez en cuando a mi tío, durante su ausencia: ¿Va a volver pronto el jesuita de Macotera?»

El ejemplo de austeridad del P. García en la casa parroquial llamaba extraordinariamente la atención. Sigue Socorro:

> «Yo arreglaba la habitación al Padre y noté que la cama no se había deshecho. Y, con toda confianza, le dije:
> —P. Manuel, usted no ha dormido en la cama esta noche.
> —¿De qué lo sabes tú?
> Le respondí que al día siguiente se lo diría. Entonces hice una cruz con dos flecos de la colcha y los coloqué de forma que fuera obligado deshacerlos al acostarse. Al día siguiente fui al Padre y le enseñé la trampa, que estaba tal cual la había dejado yo el día anterior. Entonces el Padre me salió con esta evasiva:
> —¡Qué malas sois las mujeres, qué malas sois!»

La misma austeridad mostraba el P. García en la comida, hasta el punto de que el cura le reñía porque apenas comía.

Cuenta don Agustín Flores, operario diocesano y hermano de Socorro:

> «Mi tío el cura fue uno de los grandes admiradores del P. Manuel. Más de una vez me decía:
> —Entre los muchos sacerdotes que he conocido y tratado, a ninguno he visto con tanto espíritu como al P. Manuel y a Jaime (este último era el ya mencionado Monseñor Jaime Flores, hermano de Agustín).»

También se recuerda otra actividad apostólica del P. García durante el Noviciado, aunque ésta sin abandonar la casa religiosa. Entre él y el P. Federico Brusi, otro de los novicios sacerdotes, dirigieron durante la semana de Pasión de 1928 una tanda de Ejercicios o pequeña Misión a obreros del barrio del Rollo y Prosperidad. La cita tenía lugar en el salón de actos de la casa.

5. *La vida por dentro*

Por desgracia tenemos pocas noticias de la vida espiritual de aquel novicio. Solamente nos quedan pequeños detalles, que dejan traslucir algo de la realidad.

Los *Recuerdos* de 1937 dicen tan sólo a este propósito:

> «En el Noviciado me proponía cada mes como lema una de las máximas de San Pablo: *Absit a me gloriari...!* (Jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: Gal. 6, 14); *Mihi vivere Christus est!* (Para mí la vida es Cristo: Fil. 1, 21).»

Esta atracción por el apóstol de las gentes perdurará y se acentuará aún más durante el resto de su vida. Era sobre todo el cristocentrismo paulino lo que más cautivaba al P. Nieto.

También nos revela un poco el interior de aquel novicio la consagración que hiciera al Sagrado Corazón de Jesús después de la comunión del día de su fiesta de 1927, que coincidió ese año con la de San Juan Bautista. Estaba próximo a cumplir ya su primer año de Noviciado. Aquel papelito de la consagración, en el cual plasmó él sus sentimientos más íntimos, lo llevó siempre consigo el P. Nieto y se encontró en su breviario después de su muerte. Dice así:

> «¡Oh Corazón de mi amantísimo Jesús! ¡Oh Esposo de mi alma y Amor de mis amores! Yo, Manuel García Nieto, avergonzado de mis ingratitudes pasadas, pero inflamado en vivísimos y ardentísimos deseos de amaros, hoy y en estos momentos en que real y verdaderamente os halláis dentro de mi pecho, quiero consagrarme entera y perpetuamente a Vos. Quiero, divino Corazón, que Vos seáis el único dueño de todo mi ser y poseer, sin que haya en mí nada que no sea de Vos y para Vos. En adelante nada mío: todo vuestro. Todos los movimientos del cuerpo, todos los latidos del corazón y los afectos de mi alma. Esta oferta os hago, Señor, con el único deseo de poder reparar en algún modo las ingratitudes que habéis recibido de todos los hombres en retorno de vuestras ternezas infinitas para con ellos. Enseñadme, Jesús mío, la ciencia del amor reparador, para que, olvidado por completo de mí mismo y anegado en ese piélago de infinito amor, sólo piense en Vos. Yo me abraso, Corazón divino, en vehementísimos deseos de agradaros, pero bien sé que no conseguiré lo que deseo sin vuestra ayuda especialísima. Perfeccionad Vos lo mucho imperfecto que en ello encontraréis, para que así pueda ser grato a Vos este acto, en el que pretendo solamente vuestra mayor glorificación y la realización de vuestras intenciones. Amén.
>
> Teniendo en mi pecho al Divino Corazón, día 24 de junio, fiesta del Sagrado Corazón y de su Precursor San Juan Bautista.

Su amante, Manuel García Nieto, Novicio de la Compañía de Jesús.»

Cumplido el año de Noviciado, emitió el P. García el día de San Ignacio de 1927 los llamados «votos de devoción». Es éste un compromiso privado del novicio con La Compañía, permitido por San Ignacio en las Constituciones, que no comporta ningún lazo jurídico entre el novicio y la Orden.

Si quisiéramos caracterizar la espiritualidad de aquel novicio, tendríamos que ratificar las notas que caracterizarán toda la vida futura del P. Nieto: oración y penitencia.

Sus connovicios repiten machaconamente epítetos como piedad, espiritualidad, recogimiento, devoción, etc., que apuntan todos a una pujante vida interior de unión con Dios. Su figura de rodillas en la capilla, tanto en los ratos de oración común, como en los ratos que quedaba libre de otras ocupaciones comunitarias, la tienen todavía grabada muchos en su interior, a pesar de los años transcurridos.

Y junto a la oración, la penitencia. Que comía poco ya lo sabemos: se lo reiteraron más de una vez en los «ejercicios de modestia». Leamos lo que escribe uno de sus compañeros:

«Varias veces me tocó comer frente a él. Una vez advertí —y ya desde entonces me puse a observarlo deliberadamente— que era muy parco en la cantidad que se servía de lo que llamábamos *principio*. Y, porque al ser poco lo que se servía, podía acabar en seguida, antes que los demás, andaba largo rato desmenuzando y dividiendo el trocito servido, a fin de hacer tiempo y acabar más o menos cuando la mayoría, y así no ser notado.»

Pero no sólo comía poco, sino que buscaba siempre lo peor que hubiera en la fuente: «Así como el goloso y glotón se tiran a lo mejor, así —comenta otro— se tiraba él a lo peor de la fuente: a lo que tuviera más espinas, nervios, etc.»

También en el sueño ejercitaba la penitencia. Con sigilo, para no molestar, se levantaba antes que los demás. Diversos compañeros de dormitorio se refieren también a sus disciplinas. Oigamos a uno:

«Era costumbre tomar disciplina varios días a la semana al acostarse. El Padre roncaba mucho y fuerte. Un día el P. Maestro me preguntó si sus ronquidos me molestarían para dormir. Le respondí que creía que no. Entonces nos pusieron a los dos en un cuarto. Pues bien, los días de disciplina, empezábamos al mismo tiempo. Yo terminaba pronto, me acostaba y me dormía sin dificultad. Pero —sin atreverme a decir que siempre— sí fueron bastantes los días en que yo despertaba y advertía que él seguía todavía disciplinán-

dose. Claro que nunca pude saber cuánto tiempo había dormido... ¿Se disciplinaba varias veces durante la noche?»

La vida del Noviciado tenía un fuerte acento misionero: imposición del crucifijo a los que partían a Misiones, academias misionales y otros actos por el estilo, jalonaron aquellos dos años salmantinos del P. García.

Tenemos constancia de las ansias misioneras de aquel novicio. Si éstas alentaban ya a su ingreso en el Noviciado, el ambiente que en él respiró las avivó aún más. Un antiguo alumno de Comillas recuerda haber oído decir personalmente al P. Nieto que «se determinó a entrar en la Compañía de Jesús para, como misionero, recorrer los pueblos predicando a Cristo». Esto se nos confirma, por lo menos para el tiempo del Noviciado, en los *Recuerdos* de 1937, donde, después de hablar de «sus ansias de ser misionero, pero misionero a lo Javier, a lo San Pablo», añade: «Estas ansias ya se las expuse al P. Maestro en el Noviciado.»

6. *Compañero de Jesús*

El P. Provincial le concedió los votos el día del *Corpus* de 1928. Pocas semanas después inició ocho días de Ejercicios de preparación. Unos Ejercicios sin duda de reafirmación en la vocación, de ofrendas generosas, de ansias de que llegase el gran día de la consagración definitiva al Señor.

El día de los votos fue el de la fiesta de San Ignacio de 1928. El día tanto tiempo anhelado, comienzo de una nueva vida. La hermosa capilla doméstica, con sus espléndidas vidrieras multicolores y sus graciosos estucos, está repleta de jesuitas de todas las comunidades. Suena la música del armonium. Sin embargo, la ceremonia litúrgica no puede ser más sencilla: el P. García, que se ciñe por primera vez con el ancho fajín, llegada la hora de la comunión, pronuncia la fórmula de los votos religiosos ante el sacerdote vuelto hacia él con la sagrada forma entre las manos. Eso es todo. Después le da la comunión y recoge de sus manos el papel de la fórmula que deposita sobre el altar. Ya es jesuita. En su interior exclamaría, como años más tarde: «¡Oh bendita Compañía de Jesús! Tú mereces toda la estima de mi entendimiento, todos los amores de mi corazón.» No defraudaría aquel hijo a su madre.

Al día siguiente se despide de la comunidad de los novicios. Desde entonces pasará al pabellón del centro a vivir con la comunidad de los juniores, aunque tan sólo por un mes. El día primero de agosto de mañanita celebra ya la misa a su nueva comunidad y desde ese momento queda integrado en ella.

Con ocasión de los votos le regalaron una pluma estilográfica, muy raras entonces. Dio a entender que no la necesitaba y la regaló a un compañero. Los nuevos compañeros de aposento coinciden con los testimonios de los novicios:

> «El P. Nieto se levantaba antes de que despertaran los juniores, que era a las seis de la mañana. Lo hacía con sumo cuidado, para no interrumpir el sueño de sus compañeros de habitación, y sigilosamente se iba a la capilla. Allí lo encontrábamos recogido cuando llegábamos al ofrecimiento de obras.»

Aquel mes de agosto fue un tiempo de relativo descanso para el P. García. Los juniores salen repetidas veces de campo a «La Flecha», el famoso huerto de Fray Luis de León, y de paseo por los alrededores de la ciudad. En uno de estos paseos por las inmediaciones de La Aldehuela ocurrió un percance a la terna del P. García, que fue después tema de comentarios festivos entre los demás: los tres juniores hubieron de poner pies en polvorosa al paso de una manada de toros que pudieron causarles un disgusto. El P. García supo, como de costumbre, encajar bien las bromas derivadas del incidente. El era serio cuando había que serlo, pero jovial y bromista como el que más cuando la situación lo requería.

A finales de agosto los juniores despiden con una academia a los que van a marchar a Oña a estudiar filosofía, a quienes acompañará el P. García, destinado a repasar en dicha casa los estudios teológicos. El viaje lo hizo de noche y en tren, en compañía de los hermanos Florentino del Valle, Santiago Serrano y Serapio Sánchez. Los tres jóvenes pronto se rindieron vencidos por el sueño, mientras él, como si velase por ellos, paseaba por el pasillo.

7. *De nuevo estudiante de Teología*

El curso académico 1928-29 supondría para el P. García el fin de su corta e intensa formación jesuítica, antes de lanzarse a la vida activa de apostolado. La etapa formativa normal de un jesuita duraba muchos años más, pero no debemos olvidar que el P. García había cursado ya todos sus estudios eclesiásticos y era sacerdote desde hacía ocho años. El P. Provincial le envió a repasar Teología a Oña, como queda dicho, pequeña población burgalesa al norte de la capital, cerca de Briviesca. En este solitario lugar, sito en un hermoso valle rodeado de montañas, habían instalado los jesuitas de la provincia de Castilla su teologado y filosofado en 1880, a su regreso del destierro francés de Poyanne. Oña había sido durante aquel medio siglo uno de los centros

más fecundos de las ciencias sagradas en España. Filósofos como Urráburu, moralistas como Villada, fundador de «Razón y Fe», o Arregui, teólogos como Mendive, Beraza o Zapelena, historiadores como Leturia, etc., avalan suficientemente su fama.

Inmensa la comunidad jesuítica de Oña a la llegada del nuevo estudiante de Teología. Más aún que la de Salamanca de donde procedía. Quizá por el anonimato que proporciona la vida en una comunidad de tales características, no han podido recogerse muchos datos del fugaz paso del P. García Nieto por este escolasticado durante el curso 1928-29. Pero bastó un curso de convivencia para que los compañeros se dieran cuenta de sus cualidades y sobre todo de su virtud.

> «Convivió con nosotros en Oña —escribe el P. Joaquín Marturet— un curso, siendo yo teólogo. Era el P. García Nieto hombre pequeño, con voz bien timbrada, feo, pero santo. Salí con él de paseo bastantes veces. La conversación iba siempre a lo espiritual: lo terreno —y aun lo científico— le interesaba menos. Su conversación era sencilla, pero su fe era la de un hombre santo, plenamente convencido de su camino, sin pizca de vanidad. Mi recuerdo es el de un hombre austero y penitente (cosa que coincide con lo que después he oído a muchos de él, ya que, desde aquel curso de Oña, no volví a encontrarme con él). Siempre sin dulleta, con su faja de jesuita a la vista: creo que aguantaba demasiado el frío de Oña.
>
> Una anécdota se me quedó muy grabada y la he contado a compañeros míos varias veces: salimos una mañana de paseo con él, el P. Gregorio Sánchez-Céspedes y yo. Fuimos a Ventretea, donde casualmente celebraban las fiestas del pueblo. Nosotros fuimos a hacer una visita a la Iglesia, donde en aquel momento comenzaba su Misa el párroco, solo con su monaguillo. La iglesia vacía. El P. García Nieto debió quedar impresionado al ver al sacerdote solo en el altar, mientras el pueblo se divertía con una charanguita por las calles. Nos invitó a oír la Santa Misa, a lo que accedimos gustosos nosotros dos. Huelga decir que la conversación de nuestra vuelta versó sobre el tema.»

Hay constancia de que algunas veces explicaba el catecismo a los Hermanos Coadjutores de la comunidad y les proponía por las noches los puntos para la meditación de la mañana. ¿Qué tendrían aquellas palabras del Padre, cuando algún Hermano, que sólo coincidió un trimestre en Oña con él, las recuerda todavía?

Como hemos dicho, la vida del Padre durante aquel curso estuvo dedicada íntegramente, conforme al deseo de los Superiores, al repaso de la Teología. El P. García Nieto figura en los Catálogos como *auditor theologiae in cursu minore*, que tenía un régimen académico menos exigente que el *cursus maior*. El día 6 de julio sufrió un examen, siendo sus examinadores los PP. Manuel Arín, José Palacios y Joaquín Pérez

Platero, que calificaron al alumno con un *superavit*, un *attingit* y un *attingit bene*. Calificaciones buenas, pero más discretas que las obtenidas durante los estudios teológicos en el Seminario.

Solían los estudiantes de Oña ofrecer a la Virgen las tesis de que iban a examinarse en la iglesia de un pueblo cercano. Así lo haría también el P. García Nieto. El mismo acompañó a otros en esta devota ofrenda:

> «El popularísimo P. Gonzalo García de los Ríos —cuenta el Padre Hornedo— no había hecho aún el ofrecimiento de las tesis y pidió que le acompañásemos el P. Nieto y yo. Accedió a ello gustoso. La iglesia del pueblo estaba vacía a media tarde. Rezamos y pidió el P. Gonzalo que cantásemos una *Salve* a la Santísima Virgen. También a ello accedió gustoso el P. Nieto, como era obvio. Así de condescendiente era con los demás.»

Cuentan los familiares del P. Nieto que éste fue a Sevilla el año 1929, acompañando a su hermano Ramón y a su amigo don José Almaraz. Tal viaje no pudo realizarse más que durante el verano, al acabar el curso de Oña. Esta ida a Sevilla la organizó su hermano con una doble finalidad: para visitar a su hermana Ana María, Hija de la Caridad residente en Sevilla, y para visitar de paso la Exposición Iberoamericana de aquella ciudad andaluza. Aunque no solían entonces conceder permisos de esta índole, el hecho es que en esta ocasión los Superiores del P. García Nieto accedieron. Parece que no había visto a su hermana desde su entrada en la vida religiosa, allá en 1902. Y esta visita de 1929 sería la de despedida hasta el cielo. Los *Recuerdos* de 1937 hablan de una visita a su hermana cuando estaba en Santa María. Nadie del pueblo recuerda esta ausencia del párroco por tal motivo. Lo más probable es que no existiera otro viaje a Sevilla que este del verano de 1929, con ocasión de la Exposición Iberoamericana. Recordamos los escrúpulos que ocasionó a su alma sacerdotal el no poder celebrar Misa durante el trayecto, a pesar de los esfuerzos que hizo por conseguirlo.

Todos los datos apuntan a que el Padre no se preocupó mucho de la Exposición y sí de su hermana.

Jhs.

Omnipotens sempiterne Deus, Ego Emmanuel García Nieto licet undecumque divino tuo conspectu indignissimus, fretus tamen pietate ac misericordia tua infinita, et impulsu tibi serviendi desiderio, volvo coram Sanctissima Virgine Maria, et curia tua celesti universa, Divinae Maiestati tuae, Paupertatem, Castitatem et Obedientiam perpetuam, in Societate Jesu et promitto eandem Societatem me ingressurum, ut vitam in ea perfecte degam; omnia intelligendo iuxta ipius Societatis Constitutiones.

A tua erga immensa benitate et clementia per Jesu Christi sanguinem peto suppliciter, ut hoc holocaustum in odorem suavitatis admittere digneris, et ut largitus es ad hoc desiderandum et offerendum, sic etiam ad explendum gratiam uberem largiaris.

In sacello domestico huius domus Probationis Salmanticensis, die trigessima prima Iulii anno millesimo nongentesimo vigesimo octavo

Emmanuel García S.J.

A. M. D. G.

Fórmula autógrafa de los votos religiosos.

Capítulo VI

FORMANDO SACERDOTES DE CRISTO

> «La norma suprema de todo seminarista debe ser dar gusto en todo a Cristo» (P. Nieto, del escrito *Vida de Sagrario*, de julio de 1941).

Los Superiores pensaron que había llegado el momento de que aquel árbol lleno de vida empezase a producir frutos. De ahí que, después del curso 1928-29, fuera destinado a Comillas, en la cornisa cantábrica, donde los jesuitas de la provincia de León regentaban un Seminario y Universidad Pontificia.

Desde el primer momento de su llegada a Comillas se le conocería con la denominación de *P. Nieto*, con que pasaría definitivamente a la historia.

No sabemos si, cuando el P. Tomás Fernández, su Provincial, le destinó a Comillas, se le ocurriría al P. Nieto que aquél iba a ser el único destino de toda su vida religiosa. Seguramente no. Nada menos que cuarenta años dedicados por entero a formar espiritualmente a los futuros sacerdotes.

Otras biografías suelen tener el aliciente del trasiego, de lo imprevisto, de la aventura quizá. La del P. Nieto en esta etapa final de su vida, sin duda la más plena, va a tener una única dirección y —en cierto sentido— un único interés: no lo nuevo, lo llamativo, lo otro, sino la profundidad, la entrega, el más. *Non multa, sed multum.* Pero en esta tensión continua hacia la perfección se descubren a veces paisajes más inesperados y bellos que los que ofrecen los cambios meramente externos.

1. *La villa de los Arzobispos y su Universidad Pontificia*

La hermosa población cántabra de Comillas ha sido llamada frecuentemente «la villa de los Arzobispos», por ser cuna de varios de estos dignatarios eclesiásticos, como don Juan Domingo González de la Reguera, arzobispo de Lima, don Rafael de la Vara, arzobispo de Guatemala, y don Saturnino Fernández de Castro, arzobispo de Burgos.

El primero de ellos proyectaba fundar en Comillas, allá a finales del siglo XVIII, una Universidad de Cantabria en el amplio edificio de las escuelas levantado a sus expensas. Este sueño universitario de un hijo de la villa se haría realidad un siglo después, no gracias a ningún comillano, pero sí a un cántabro, el P. Tomás Gómez, S.J.

Puesto en contacto con don Antonio López del Piélago, primer marqués de Comillas, éste le prometió ayuda, con tal de que la fundación se ubicara en su villa natal. A Comillas llegó, pues, el P. Gómez en el verano de 1882, después de prolongadísimas gestiones, con todos los permisos necesarios, a dar comienzo a la construcción del Seminario. Dios no concedió al primer marqués la satisfacción de verlo terminado. Fue el segundo, don Claudio López Bru, el que vio culminar la obra diez años más tarde, después de prestarle su generoso apoyo. El puede considerarse, junto con el P. Gómez, el verdadero fundador del Seminario.

Con ocasión de las bodas de oro del Seminario, en 1942, el P. González-Caminero escribió una historia de tan gloriosa institución. La etapa que se inicia con la llegada del P. Nieto la califica el historiador como la de constitución de una «Universidad moderna y centro de investigación eclesiástica».

Era entonces Comillas, sin lugar a dudas, el centro eclesiástico de formación sacerdotal más acreditado de España. Algo verían los Superiores en el P. Nieto cuando, con tan poco tiempo de vida jesuítica, le destinan a él.

2. *Ascenso fulgurante*

Era el 15 de setiembre de 1929. Un grupo de jesuitas, procedentes de Salamanca, arriban a Comillas por la carretera de Torrelavega: son el P. Nieto, los estudiantes de Teología Manuel Garrido, Rafael Hornedo, José María Poggio, Jesús Villameriel y el «maestrillo» Marcelino Gil. La carretera discurre por la costa entre agrestes acantilados. A la izquierda, coronando el cabezo, en cuya falda se reclina el caserío de Comillas, el palacio de los marqueses de Movellán, al que todos llaman *La Coteruca*. El poblado es una extraña mezcla de chalets, palacetes,

casas rústicas y humildes tugurios, cuyos tejadillos se pierden en pendiente hasta el puerto.

Los viajeros bajan del autobús en la plaza y, dejando atrás el poblado, inician la penosísima subida a La Cardosa: el caprichoso *Portalón,* especie de arco de triunfo, los encarrila por la tortuosa vereda que desemboca allá en lo alto en la fachada del Seminario. Según van ascendiendo, contemplan en el suave declive de Sobrellano la capilla-panteón de los marqueses de Comillas y el magnífico palacio en medio de un verdísimo y cuidado parque. Enfrente, la imponente silueta de los picos de Europa.

Al llegar a lo alto, la espléndida fachada del edificio antiguo del Seminario, de estilo gótico-mudéjar en amalgama con elementos arquitectónicos y decorativos de finales del siglo XIX: por entre los entrepaños de piedra resaltan los salientes de ladrillo rojo. El conjunto se remata en multitud de torreones, cresterías, buhardillas, etc. El edificio es un abigarrado rectángulo de 100 metros de fachada y 50 de fondo, partido por la iglesia, a cuyos flancos se forman dos grandes patios interiores, en torno a los cuales se articulan todas las dependencias. Más allá, en línea con la fachada de este edificio viejo, otro de factura más moderna.

Este es el espléndido marco en el que va a desarrollarse desde ahora la vida del P. Nieto. El llega a Comillas para ser P. Espiritual de los seminaristas pequeños. Si sus preferencias apostólicas iban por una actividad misionera más directa, la obediencia pensaba de otro modo:

> «Objetó que él no se consideraba lo suficientemente preparado para ser P. Espiritual de un centro tan prestigiado como Comillas. A pesar de ello lo destinaron y obedeció, porque consideraba que esa era la voluntad de Dios y que Dios supliría.»

Empezaron a llegar los seminaristas, y el 24 por la noche el P. Nieto se estrenaba en su labor con la dirección de los Ejercicios a los alumnos del Seminario menor. Sobre ellos escribe desde Bolivia uno de aquellos muchachos, hoy misionero:

> «A todos nos hizo un impacto enorme, sobre todo las meditaciones de las verdades eternas y sobre Jesucristo. Yo creo que muchos debemos a esos Ejercicios nuestra perseverancia en la vocación.»

El mismo P. Nieto contaba todavía al final de su vida algo que le ocurrió durante estos primeros Ejercicios, precisamente en esas meditaciones sobre Jesucristo que tanto impresionaron. Les contó que el beato Suso se había grabado en el pecho el nombre de Jesús con un punzón. A la salida de la meditación un pequeño va a su habitación a

solicitar permiso para hacer otro tanto él con unas tijeras. Con estos arrestos empezaba.

El cambio de estilo con relación al anterior Espiritual, el P. Gar-Mar, era notorio. Oigamos la impresión de los protagonistas:

> «El P. Nieto arribó a Comillas cuando yo cursaba 5.º de latín. Habíamos tenido en nuestros primeros años de P. Espiritual a aquel P. Gar-Mar que parecía un espíritu, que tanta aceptación tenía, aun entre los de otros cursos superiores. Al P. Gar-Mar le sucedió el P. Nieto, encargándose de los tres primeros cursos de latín. Los de 4.º y 5.º teníamos de P. Espiritual al canonista P. Rodríguez Sotillo. Pero como todos los latinos teníamos juntos los actos de piedad en aquella capilla de San José, allí fue la ocasión en que yo pude conocer por vez primera al P. Nieto. Venía todas las noches a dar los puntos de meditación a sus pequeños pupilos. Pero, como allí estábamos también los retóricos, resulta que nos los daba a todos. Con sinceridad he de decir que aquellos puntos —a nosotros, mozalbetes de 15 y 16 años— nos venían grandes, muy grandes. ¿Qué diremos de los *pipiolitos* gramáticos, casi mamoncillos?
>
> —¡Amadísimos, hay que ser santos!
>
> Y verdades eternas para arriba y verdades eternas para abajo. ¡Menudo cambio del artista y adaptado P. Gar-Mar a él! Pero él trabajaba y bregaba a diario y se entregaba. A pesar de su aspecto deforme y hasta hosco por fuera, interiormente no era así, sino sencillo, afable y bondadoso. En su predicación, como he dicho, se amoldaba poco a los niños. Era demasiado bocado aquello para ellos.»

Alguien añade un cierto encogimiento en su trato individual con sus dirigidos:

> «La impresión que me queda es que no era aquel su puesto... En vez de leche, como hacía San Pablo, nos alimentaba con manjar demasiado sólido. En sus pláticas y meditaciones colocaba el listón demasiado alto y nos hablaba como si nuestra vocación estuviese más madura de lo que estaba.
>
> Por el contrario, en el sacramento de la penitencia nos recibía con la máxima comprensión hacia nuestros fallos, como si no fuera el mismo de los altos ideales expuestos en público.
>
> En cuanto a la dirección personal es posible que tampoco atinara, al menos con algunos. Recuerdo que los un poco más conflictivos se veían obligados a buscar algún otro Padre. También parece que pecaba de excesiva modestia, lo que le llevaba a colocar la silla de sus dirigidos detrás de la suya, con el fin —suponíamos— de no ver el rostro de los niños.
>
> Con todo y con eso, todos, aun los más pequeñitos, le teníamos por santo, y ya empezaba a hablarse de su vida de oración y penitencia.»

A veces le vemos también dirigiendo alguna plática a los seminaristas mayores. Así se expresa uno de los teólogos:

> «Era P. Espiritual de los pequeños, pero un domingo que hacíamos retiro los Teólogos nos dio una plática, si mal no recuerdo en la clase de Moral. Tenía él entonces todos los bríos de sus treinta y cinco años poco más o menos. El impacto que nos causó fue impresionante. Jamás habíamos oído a nadie hablar con esa convicción, unción y fuego santo.»

No conocemos de ese año otra clase de ministerios fuera del Seminario más que una tanda de Ejercicios a sacerdotes en Celorio y el sermón de la Pasión el Viernes Santo en la parroquia de Comillas. Lo predicaría más veces en aquellos años anteriores a la guerra. Oigamos la impresión producida por uno de aquellos sermones:

> «Se celebraba la Semana Santa en el pueblo y el Jueves Santo predicó el P. Augurio Salgado. La iglesia abarrotada. Termina el sermón y comienzan los comentarios: Este Padre es una maravilla; sólo por oírle se puede venir a la Iglesia.
>
> Al día siguiente, Viernes Santo, predicaba el P. Nieto. Nada de oratoria, ni filigranas retóricas; que había que amar mucho a Cristo, porque El había muerto por nosotros, que había que sacrificarse por El, que había que *reventarse* por Cristo (frase que usaba con frecuencia el P. Nieto) y otras cosas por el estilo. Y ¿cuál fue el efecto? Pues que, al terminar, allí no se oía ni una palabra. Un silencio sepulcral lo invadía todo. Salieron todos cabizbajos y lo primero que hablaron fue en la intimidad de sus hogares, arrepentidos y dispuestos a ser cada día mejores. Les había llegado al alma.»

Aquel primer curso tocaba a su fin. La talla del P. Espiritual de los pequeñitos se había ido agigantando ante los mayores, mientras que los gramáticos se sentían desbordados por una espiritualidad demasiado elevada. Los mayores lo pidieron para sí y los Superiores lo cambiaron:

> «Le trasladaron —escribe R. Aguilar— al Seminario mayor y Universidad con el mismo cargo: P. Espiritual de filósofos, teólogos y canonistas. Y ahí sí que encontró su hueco, aquel para el que la Divina Providencia le destinaba.»

3. *«Bienaventurados los perseguidos»*

Al pasar a la Universidad, el P. Nieto sustituyó al P. Nazario Pérez, conocidísimo publicista mariano, muerto también en olor de santidad.

Le sustituyó al frente de la dirección espiritual de los filósofos, teólogos y canonistas, pero también al frente de la Congregación mariana del Teologado y del Apostolado de la Oración. Sin embargo, no abandonó del todo el Seminario menor, ya que se encargó de la clase de apologética a los alumnos de segundo curso.

El primero de octubre partía para la residencia de Valladolid el P. Nazario, e inmediatamente entra en acción el nuevo P. Espiritual. En seguida empieza a multiplicarse en pláticas, retiros, puntos de meditación, etc. Las *Litterae annuae* de la Universidad del curso 30-31 dicen que el P. Nieto impartió durante ese año 100 pláticas.

Refirámonos a un tema resaltado en el Diario de la Prefectura. Entre las novedades introducidas en ese curso se menciona que el P. Espiritual propondría los puntos a la comunidad los sábados y domingos. Y añade: «Veremos si persevera.» Poco conocía entonces el Prefecto de Teólogos, P. Ramón Calvo, la madera de que estaba hecho el nuevo P. Espiritual. No sólo perseveraría en aquellas charlas nocturnas de sábados y domingos, sino que pronto se ampliarían a todos los días, siendo este acto uno de los que más honda huella dejaría en los seminaristas... Muchos años perseveraría el P. Nieto en esta cita diaria de última hora de la noche.

> «Aquellos puntos de la noche, sin faltar ni dispensarse un solo día —escribe un seminarista de aquella primera época— nos hicieron mucho bien. Era un machaqueo diario de fe y de sobrenaturalismo, que nos hizo mucha mella y llegó a crear y profundizar en nosotros las grandes convicciones y actitudes sobrenaturales.»

Todo auguraba normalidad, paz, trabajo sin sobresaltos, en aquel rincón de la Montaña. Pero en España las aguas políticas y sociales venían muy revueltas en aquellas postrimerías de la monarquía de Alfonso XIII.

Todos sabemos lo que supuso para la Iglesia española, y muy especialmente para los jesuitas, el advenimiento de la II República. No es el momento de repetirlo, sino de referirnos en concreto a las repercusiones sobre la vida de Comillas y del P. Nieto. Al advenimiento de la República el P. Provincial envió a sus súbditos unas directrices de comportamiento ante la nueva situación política. Mientras las cosas no llegasen a mayores había que seguir trabajando con entrega generosa.

Llegan expulsiones de obispos, asaltos y quemas de conventos, etc. En Comillas se decide adelantar los exámenes finales de curso. La consulta del P. Rector del 14 de mayo habla de inquietud y desaliento en los seminaristas y en algunos profesores. Se decide enviar una carta a las familias dejando en libertad de llevarse a sus hijos antes de concluir el curso y se toman otras medidas cautelares.

El P. Nieto seguía su labor espiritual como si nada ocurriera: insistía más en la oración e infundía ánimos a todos. En Navidades dirigió sus primeros Ejercicios a los ordenandos, en colaboración con el P. Corral. Sería el comienzo de una interminable serie, que imprimirían carácter en el alma de cientos de ordenandos a lo largo de muchos lustros.

La reacción del P. Nieto, cuando el 11 de mayo llegó a Comillas la noticia de la quema de conventos, fue memorable. Oigamos una narración:

> «Llegó la noticia al Seminario a última hora de la tarde. La comunicó muy impresionado el Prefecto de Teólogos, P. Ramón Calvo. Fuimos como siempre a la iglesia de la Universidad al examen y despedida del Señor, y apareció el P. Nieto todo eufórico en el presbiterio, como si nos convidara a bodas, arengándonos a prepararnos a lo que pudiera sobrevenir, casi casi al martirio. Nos dijo algo parecido a lo que después le oímos varias veces:
>
> —¿Qué nos puede hacer el ruso? (sic!) ¿Cortarnos la cabeza? Que se queden con ella, yo me voy al cielo.»

Idéntica será su reacción cuando sea asaltada la Universidad por los rojos en agosto de 1936.

Con preocupación, pero sin especiales sobresaltos, concluyó aquel curso. El P. Nieto puso gran énfasis en el comportamiento durante las vacaciones. En los momentos difíciles se mostraba quién era cada uno. Enorme era su insistencia en no abandonar la vida espiritual y la práctica del retiro mensual. El mismo lo dirigiría en Comillas a un buen grupo de la Montaña. Gran ayuda supuso a los seminaristas la publicación de la hoja veraniega *Desde Cardosa*, que empezó a tirarse aquel verano. El P. Nieto insistía, sobre todo a la Junta de la Congregación y a los celadores del Apostolado, que escribieran en la hoja, para edificarse y animarse en el espíritu. El mismo publicaría algún que otro artículo en esta hoja durante estos años, tocando siempre los puntos centrales de la vida espiritual.

El P. Tomás Fernández sustituiría durante el verano al P. Valbuena como Rector de la Universidad. El P. Tomás valoraba enormemente al P. Nieto. Pronto diría al P. Provincial:

—Quíteme cualquier Padre que le sea necesario para otra obra de la provincia; pero, ¡por amor de Dios!, no se lleve de aquí al P. Nieto.

Comenzaba un nuevo curso lleno de interrogantes. La situación política hacía presagiar lo peor para la Compañía de Jesús. La campaña antijesuítica estaba en su punto culminante. La suerte estaba echada: por eso vino el párrafo 4.º del artículo 26 de la nueva Constitución, que culminaría en el inicuo decreto de disolución de la Compañía en España de 23 de enero de 1932. Por él quedaba disuelta la Orden en te-

rritorio español, suprimida toda vida común de sus miembros e incautados todos sus bienes.

Afortunadamente los efectos de estas increíbles disposiciones no fueron en Comillas tan desastrosos como en otras partes, debido a la favorable situación jurídica que los fundadores supieron asegurar para el Seminario. Pensando precisamente en situaciones como la planteada en 1932, la propiedad de la Institución se reservó a la Santa Sede. De ese modo se garantizaría la continuidad, aun en caso de medidas de incautación como las del Decreto del 23 de enero. Amparado en este derecho fundacional, en seguida se hizo cargo de la Institución el Nuncio de Su Santidad en España, quien, con toda celeridad, dio plenos poderes al obispo de Santander. Se nombró Rector a don Aniceto de Castro Albarrán, Magistral de Salamanca, y Vicerrector a don Baltasar Mayorga, Canónigo Pontificio de Tarazona. Algunos Padres tuvieron que expatriarse y el resto disolvió la vida de comunidad. Agrupados en pequeños grupos de dos o tres, vivirían en casas particulares en el pueblo de Comillas, que muchas familias amigas pusieron al punto a su disposición.

El P. Nieto iba haciendo vivir con criterio sobrenatural todas las situaciones que se iban creando. A principios de octubre había reunido a los celadores, para exponerles su deseo de repartir entre los socios del Apostolado todas las horas del día, a fin de unirse íntimamente al Sagrado Corazón para la favorable resolución por el Gobierno de la cuestión religiosa. A todos exhorta a trabajar durante el curso con todo fervor, «sobre todo para desagraviar al Sagrado Corazón por los ultrajes que oficialmente se le infieren en España». También en la Congregación fomenta actos piadosos de reparación.

La emoción de aquellos generosos alumnos crece cuando van llegando noticias de la campaña antijesuítica, pero sobre todo ante el anuncio de la disolución de la Compañía. Los bedeles de las comunidades dejan desbordar su corazón en sus respectivos Diarios con los más sinceros sentimientos de dolor, gratitud, adhesión y amor a la Compañía de Jesús y a sus educadores jesuitas.

El mismo día en que el prelado santanderino recibía plenos poderes del Nuncio (26 de enero), Mons. Eguino se trasladaba a Comillas para ver la situación *in situ* y tomar decisiones rápidamente. Tres días más tarde el presbítero Manuel García Nieto (sin S.J.) era nombrado por el prelado Director Espiritual del Seminario. El mismo día los filósofos y teólogos celebran una hora santa de despedida. Lacónica, pero emocionante, la anotación del bedel de filósofos: «Nos habló fervorosísimamente nuestro querido y santo P. Espiritual, R. P. Manuel García Nieto.» Poco tiempo llevaba entre ellos, y ya le consideraban y llamaban *santo*.

Por ahí anda el texto impreso de la emocionante «Velada íntima de adhesión, de gratitud, de despedida, a Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús» tenida en el salón de actos de la Universidad. En ella los seminaristas mostraron todo el cariño que llevaban dentro hacia la Compañía. Cuentan que mientras otros Padres lloraban furtivamente durante el solemne acto, el P. Nieto se mantenía externamente sereno y recogido.

En los días siguientes los jesuitas fueron abandonando poco a poco La Cardosa en dirección a sus nuevos domicilios, vestidos de seglares. Conservamos una foto-carnet hecha entonces al P. Nieto que hoy nos resulta simpática y pintoresca a la vez: sombrero de bombín, americana parda y bufanda a cuadros.

4. *Dispersos*

Mucho tiene que agradecer la Compañía y el Seminario a los bienhechores que cedieron sus casas a los jesuitas *dispersos*. Doña Luisa San Juan fue quien cedió parte de la suya durante algún tiempo al P. Nieto, que tendría de compañero al H. Iturri. Poco o nada sabemos de la vida de ambos allí. En realidad el P. Nieto se detendría en ella lo imprescindible, dedicando todo su tiempo a la atención espiritual de los seminaristas, conforme al nombramiento episcopal.

Los jesuitas de Comillas en un principio bajaban al pueblo a comer y a dormir, pudiendo pasar el resto del día cumpliendo sus deberes en el Seminario. Pero poco a poco fueron adquiriendo más confianza, dado que las autoridades se mostraban transigentes, de modo que en julio de 1936 eran ya raros los que pernoctaban en la villa. La vida del Seminario no sufrió especiales alteraciones con la nueva situación. Sólo al principio de la dispersión reflejan los diarios de las distintas comunidades las anomalías causadas por las bajadas de los jesuitas al pueblo.

El P. Nieto sigue insistiendo en la misma línea del curso anterior. Propone iniciar los llamados nueve primeros viernes para pedir al Sagrado Corazón la salvación de España y el regreso de los jesuitas. También el ejercicio de las flores de ese curso implora de la Virgen la salvación de la patria. El primer día les dice: «Si la Virgen del Pilar trajo la fe a España, ella la mantendrá incólume y obtendrá el triunfo de la Iglesia.»

El P. Espiritual atendía sin descanso a todos. Cada quince días, y a veces cada ocho, los recibía individualmente para la cuenta de conciencia. Dirigía frecuentes pláticas a las distintas comunidades e impulsaba con celo las actividades de la Congregación y del Apostolado. Al principio de la dispersión hubo de interrumpir los puntos de la noche, para poder regresar al pueblo a cenar. Pero pronto retrasó la hora de su ba-

SEMINARIO DIOCESANO BIBLIOTECA

jada, probablemente a costa de la cena, para no perder la oportunidad de dirigirse a sus hijos en aquellos momentos importantes del final de la jornada. Eso y su amor a la oración hicieron que más de una vez no bajase siquiera a dormir. Un teólogo de entonces cuenta:

> «Durante los años de disolución, en que los Padres tenían que bajar al pueblo para alojarse allí, constaté que algunas noches el P. Nieto había prolongado la oración y, cuando se daba cuenta, ya no le merecía la pena bajar al pueblo, por lo que enlazaba con la oración de la mañana.»

Comillas tiene un clima muy húmedo. A pesar de ello, el P. Nieto rechazó un impermeable que quisieron regalarle. Tampoco se abrigaba, ni aun en invierno, más que con la pobre sotana. En mayo de 1933 le proporcionaron una más nueva, que tiene su historia. Atendido espiritualmente por el P. Nieto moría en Comillas el H. Marcelino Hernández, natural de Santa María de Sando, que ingresó en la Compañía estando él allí de párroco. Se nos narra a este propósito:

> «La víspera por la noche, antes de comenzar a darnos los puntos, nos comunicó la gravedad del Hermano, para que le encomendásemos a Dios. A la mañana siguiente, cuando nadie lo esperaba, nos dice muy convencido:
>
> —Gracias a Dios que se ha muerto el Hermano.
>
> La impresión general fue morrocotuda. Ya nos figurábamos que quería decir que había muerto en gracia de Dios y que, por tanto, no había que llorar. Como él vivía intensamente la presencia divina, se olvidaba a veces de que pisaba la tierra de los hombres vulgares.
>
> A los pocos días amaneció con una sotana nueva y nosotros empezamos a tomarle el pelo.
>
> El se limitó a contestar:
>
> —Yo me pongo lo que me dan, y el H. Ropero me trajo ayer ésta, que por lo visto es la que dejó el que murió el otro día.»

5. *Con los más humildes*

Sobre aquellas sotanas del P. Nieto cayeron no pocos aguaceros, tanto en estas subidas y bajadas ordinarias como en sus correrías por las callejuelas de Comillas y pueblos cercanos para las visitas a pobres y enfermos, que inició inmediatamente de su llegada a Comillas. Aunque nos ocuparemos expresamente en un capítulo de esta meritosísima labor caritativa del P. Nieto, no podemos menos de presentarle ya desde estos primeros compases de su vida comillesa como el «padre de los pobres».

Eran tiempos de mucha hambre en Comillas, como en otras partes. Todavía recuerda algún seminarista de entonces al P. Nieto reponiendo las fuerzas de aquellos obreros depauperados que pasaban por la carretera en busca de trabajo, y se acercaban a la caseta que había junto al portalón de la finca de la Universidad. Allí acudía también, acompañado de algunos seminaristas, a repartir comida a los pobres de Comillas con la famosa perola y los fardeles llenos de mendrugos de pan. Y, por supuesto, las visitas a domicilio a familias necesitadas, en especial del barrio de pescadores, y la atención a los enfermos y ancianos del Hospital que regentaban las Hijas de San José. Incluso hacía incursiones caritativas por otros poblados cercanos a Comillas.

Durante estos años le vemos por Udías, por Ruiseñada, por Ruiloba, donde también predica la Semana Santa de 1934, etc.

No había persona necesitada a la que tuviera acceso, que no encontrara en él consuelo y ayuda. Por complacer a los demás se mostraba incluso dispuesto a representar un papel que no le iba en absoluto: el de guía turístico. Así lo hacía con la gente humilde que aparecía por los alrededores de la Universidad, pero sin atreverse del todo a acercarse.

También se acercaba a los «criaditos», como llamaban a los empleados de la Universidad, aunque no era él el encargado de ellos. Cualquier ocasión era buena para alternar con ellos y preocuparse por sus cosas.

Su entrega caritativa a los humildes conquistó la admiración y el cariño de los pobres de la villa. También ellos le tenían por santo y le proclamaban por tal. Su opinión del Padre quedará muy clara, como veremos, el día que los rojos asalten la Universidad.

Ni que decir tiene que los primeros destinatarios de la caridad —no sólo la del P. Espiritual, sino la del buen samaritano— eran los propios seminaristas. Ya entonces se preocupaba por buscar ayuda económica para los necesitados de ella. Por entonces surgió la broma de «la pluma de oro». Oigamos a González Vallejo:

> «A los nuevos que llegaban y habían oído hablar de la fama de santidad, pobreza y austeridad del P. Nieto, les daban la broma de que tenía una pluma de oro. Ante el escándalo padecido, venía la explicación de que se trataba de algo metafórico: lo que pedía el P. Nieto a través de una carta, lo conseguía, y por eso decían que tenía una pluma de oro. Y pedía mucho. No tenía vergüenza ninguna en este punto. Cuando de pedir ayuda para pobres o seminaristas se trataba, gozaba de la santa libertad de los hijos de Dios. A algunos los socorría de vez en cuando, pero sobre todo a final de curso, cuando ya muchas economías andaban muy alcanzadas. A otros les procuraba becas y medias becas.»

6. *«Mi casa es el cielo»*

El P. Nieto salía poco de viaje durante el curso, dedicado como estaba en cuerpo y alma a los seminaristas. Sin embargo, también le vemos alguna vez fuera de Comillas: así, por ejemplo, a principios del curso 1931-32 se halla en Valladolid, seguramente dando Ejercicios, y a finales del curso 1933-34 en su villa natal, Macotera. De este último viaje vamos a ocuparnos ahora.

Macotera celebraba con mucha solemnidad las fiestas del *Corpus* y «Domingo Sacramento» (como llamaban al Domingo inmediatamente posterior, en que honraban también a Jesús sacramentado). Aquel año 34 eran mayordomos su padrastro Juan Losada y otro pariente. El señor Losada invitó a su hijastro a predicar en las fiestas, y éste aceptó a pesar de hallarse todavía en curso en Comillas.

Ya habían llegado a Macotera los ecos de la santidad de aquel hijo del pueblo y había verdadera curiosidad por verle y oírle. La mayoría no le habían visto desde su ordenación sacerdotal.

Llegó el P. Nieto pobremente vestido. Con una sotana muy parda, recuerda un vecino. Predicó el día del *Corpus* y el «Domingo Sacramento». Nunca se habían oído en Macotera sermones tan estupendos, tan llenos de unción y entusiasmo por Jesús sacramentado.

El predicador se alojó en casa del padrastro. Sor Encarnación, profesa hoy en las Isabeles de Alba de Tormes, se encargó de preparar la alcoba y la cama del P. Nieto. Cuando, después de marchar el Padre, fue a recoger las cosas, pudo comprobar asombrada que la cama estaba exactamente como ella la había dejado. Se veía claramente que no la había usado ni una sola noche. Al comentarlo se enteró de que también otras personas le habían sorprendido sin acostarse. Teresa Bueno cuenta, en efecto, que su madre y otros familiares tuvieron que ir muy de noche a visitar un enfermo y, al pasar por la calle de la vivienda del señor Losada, se asomaron por el *cuarterón* de la habitación ocupada por el jesuita, que dormía plácidamente en la silla.

Aquellos días los dedicó el P. Nieto a orar y a visitar a sus familiares. Por todos se interesaba cariñosamente. Una vez pasó con unos familiares por delante de la casa en que nació y vivió en su infancia. Uno de ellos le dijo:

—Manuel, mira tu casa.

Pero él, sin levantar siquiera la vista, contestó con toda naturalidad:

—Mi casa es el cielo.

Hacía algún tiempo que una sobrina suya, Manuela Cuesta, deseaba ingresar carmelita descalza en Alcalá de Henares. Mucho había bregado con sus padres, pero todo había sido en vano. Recientemente un primo dominico fracasó también en el intento de convencer al padre de la

muchacha para que la dejara ingresar. Manuela cumpliría al fin sus deseos, llegando a ser priora de las Carmelitas de la Imagen de Alcalá, muriendo, finalmente, en olor de santidad. La biografía de esta santa religiosa, escrita por el macoterano don Clemente Sánchez, estaba entre los libros que dejó a su muerte el P. Nieto, junto con una estampa para encomendarse al Señor a través de ella. Oigamos lo que cuenta don Clemente, referido a esta visita del P. Nieto a Macotera en 1934:

> «Pasaba el tiempo (para Manuela), sin esperanza de que las perspectivas cambiasen...
>
> Pero mira tú por dónde el P. Nieto, director espiritual de la Universidad Pontificia de Comillas, tío de Manuela, que no había vuelto a Macotera desde que entró en la Compañía, se presentó inesperadamente en el pueblo. Como era natural, fueron a verle los familiares y él fue devolviendo la visita a cada uno en su propia casa. En la de Manuela salió a relucir lo del monjío. A él le agradó sobremanera, tanto que llegó a decirle:
>
> —Si quieres ser jesuitina, en seguida te soluciono el ingreso.
>
> Al toque de oración Manuela, en vez de ir a la parroquia, marchó a ver a su tío, le contó de pe a pa todas sus cosas, la fracasada intervención del primo dominico y el disgusto tan grande que llevaba dentro por la inexplicable actitud de su padre. El jesuita le hizo mil preguntas, hasta persuadirse de que Dios la quería en el Carmelo. ¿Qué pasó después? El P. Nieto buscó a su pariente y habló detenidamente con él. ¿Qué le dijo? Nadie lo sabe. Lo cierto es que su madre comenzó a preparar el ajuar de la futura novicia.»

Una hermana de Manuela, Buenaventura Cuesta, narra de esta manera aquel hecho de 1934:

> «Después de ir nosotras a saludar a tío Manuel, vino aquí a mi casa. Todos tan contentos, porque había venido el tío jesuita a hacernos una visita. Se metieron en una habitación mi padre y él, y estuvieron hablando mucho rato. Desde aquel momento mi padre no volvió a decir a mi hermana que no se fuese a Alcalá, como antes se lo decía. Dios, que todo lo arregla, se valió de mi tío Manuel para que mi padre quedase conforme.»

Lo que no habían conseguido las lágrimas y ruegos de la hija o los razonamientos del dominico, se obtuvo gracias al P. Nieto. ¡Qué hermosa vocación la ganada para Cristo por la palabra de fuego de este hombre!

Tío y sobrina se escribieron esporádicamente, cuando Manuela era priora de Alcalá, aunque nunca consiguió ésta la visita del tío Manuel. Daría Ejercicios a aquella Comunidad carmelitana después de la muerte de la Madre Manuela. Así la aconsejaba pocos meses antes de entregar su alma a Dios, minada ya por la última enfermedad:

> «La cruz es el mayor regalo de Jesús a los que de veras desean ser suyos. Por eso, no vea otra cosa en su enfermedad que ese cariño singular de Jesús para su alma: la quiere santa, y como no hay otro camino para la santidad evangélica que el de la cruz, por eso la pone en él.»

No volvió el P. Nieto a su patria chica, Macotera. Su patria grande, la del cielo, era la que ocupaba continuamente su mente y su corazón. Los lazos de la tierra o los de la carne y sangre habían sido rotos hacía mucho tiempo y sublimados por otros amores superiores. Y no faltaron ocasiones para volver.

Pero sería falso interpretar este hecho como desafecto o excesivo despego. Nada más alejado de la realidad. Lo demuestran las cartas que conservamos a la familia: más de 100 a Ramón y casi otro medio centenar a otros miembros de la familia. Incluso se escribió esporádicamente con vecinos de Macotera no familiares. Pues bien, nada de desafecto: a través de todo este montón de cartas queda patente, por el contrario, un profundo amor a los suyos y a su tierra. Pero, eso sí, un amor sublimado, sobrenaturalizado, como el de San Pablo a los cristianos, a los que amaba tiernamente *in visceribus Jesu Christi* (Fil. 1, 8). Sin esta visión trascendente de las relaciones humanas no podemos entender ni ésta ni otras actitudes del P. Nieto con relación a los demás. Nada de lo suyo se puede juzgar con criterios meramente humanos, sicológicos o sociológicos:

—Manuel, mira tu casa.

—Mi casa es el cielo.

7. *Profesor de la única Universidad Pontificia de España*

Pero volvamos a Comillas, en concreto al curso 1932-33. La vida del Seminario transcurría llena de incertidumbres. El miedo ante la situación político-religiosa hizo disminuir bastante el alumnado. Las matrículas nuevas fueron la mitad de lo acostumbrado. Incluso algunos alumnos antiguos faltaron a la cita aquel curso. El alumnado iría recuperándose casi íntegramente en los cursos siguientes, pero sin alcanzar nunca las cotas de los años anteriores a la República.

Pero no todo fue negativo en aquellos años para Comillas. En mayo de 1931 promulgaba Pío XI la *Deus scientiarum Dominus* regulando los estudios eclesiásticos y la consecución de grados académicos en las Facultades y Universidades de la Iglesia. A muchos centros eclesiásticos se les planteó un dilema de vida o muerte: o plegarse a las duras exigencias académicas de la Constitución Apostólica o renunciar a los grados. Esto último es lo que hicieron los nueve seminarios metropolitanos

españoles, que perdieron entonces la facultad de conferir grados. En Comillas prevaleció la idea de que se contaba con fuerzas suficientes para afrontar la nueva situación. Se elaboraron, pues, los nuevos Estatutos preceptivos con la reforma de los estudios, que ese mismo año serían sancionados de forma provisional por la Sagrada Congregación y el 3 de diciembre de 1935 de forma definitiva.

Como la Constitución Apostólica exigía un elevado número de profesores y de disciplinas, hete aquí al P. Nieto convertido en flamante profesor universitario de las disciplinas de *Teología Pastoral* y *Teología ascética y mística*. Sumiso a la obediencia acepta el nombramiento, aunque es probable que fuera consciente de su insuficiente preparación.

Durante el segundo semestre del curso 1933-34 vemos ya al nuevo profesor impartiendo tres clases semanales a los alumnos de tercero y cuarto de Teología. Conservamos los programas de ambas disciplinas. Como libros de texto usaba los del P. Francisco Naval y Ayerve, C. M. F.

La pregunta que obviamente surge en seguida es cómo era el P. Nieto en cuanto profesor. Desgraciadamente son pocos los que, al referirse a él, han hecho alusión a este aspecto, absorbidos sin duda con facetas más importantes, como las relativas a su santidad. Aun así, algo podemos decir.

> «Sus clases —comenta uno— daban la impresión de enmarcarse más en el género de plática espiritual, que en el de clase universitaria. A veces teníamos la impresión de estar oyendo una más de las varias que nos dirigía como director espiritual. Los alumnos en ocasiones le pusieron en aprietos, por ejemplo en la discusión, muy viva entonces por causa del cardenal Mercier, sobre los estados de perfección. Uno sacó a relucir si los sacerdotes seculares estaban en estado de perfección. Entre unos y otros pronto le enredaron, y la única salida que encontró fue la de su testimonio personal, más convincente sin duda que otros argumentos. ¿No se había él metido jesuita, siendo sacerdote, para buscar una mayor perfección? A pesar de todo, se aprendía más con él que con el libro. Su experiencia pastoral y espiritual daban a sus palabras una gran autoridad. El, más que sus ideas y explicaciones, era la auténtica *Pastoral* y la auténtica *Ascética y Mística*.»

Ya se ha hecho alusión a las discusiones sobre las tesis del cardenal Mercier al hablar de la vocación jesuítica del P. Nieto. Que las ideas de Mercier merecieron la atención del P. Nieto parece deducirse del hecho de que el famoso libro del cardenal belga, *La vida interior*, era uno de los que componían su biblioteca personal. Tanto sus clases como su función de consejero espiritual debieron influir para que lo leyera.

Aquel escogido hijo espiritual del P. Nieto que fue Joaquín Teixeira pedía consejo a su director, influenciado sin duda por las discusiones

en curso: «¿Me recomienda V. R. la lectura del libro del cardenal Mercier *(La) Vida interior?*» Desgraciadamente no conocemos la respuesta dada por el P. Nieto. Podemos intuir la simpatía que le inspiraban las fuertes exigencias de santidad que el cardenal deducía de la condición sacerdotal, comulgase o no con sus confusos fundamentos teológicos y canónicos.

El P. Nieto siguió hasta la guerra impartiendo sus clases, cambiando de cursos en los años siguientes, según el plan cíclico de las asignaturas durante la Teología. Desde la postguerra ya sólo vemos al P. Nieto con la clase de *Teología Pastoral,* mientras que la *Teología ascética y mística* pasará ya a otras manos. Poco a poco la *Pastoral,* de la que el P. Nieto sería profesor casi sin interrupción hasta el traslado de la Facultad de Teología a Madrid en el curso 1967-68, fue perdiendo importancia académica.

Monseñor Díaz Merchán, arzobispo de Oviedo, que concluyó sus estudios teológicos en Comillas en 1952, dice de aquella etapa:

> «La orientación que daba el P. Nieto a su acción pastoral era sumamente sencilla: actuar, tratando de imitar a Jesucristo, el Buen Pastor... Recuerdo que nos dio algunas clases de Pastoral. Los seminaristas apreciábamos su experiencia de párroco en Salamanca, antes de su ingreso en la Compañía de Jesús. Pero en clase nos gustaba ponerle dificultades y pegas con las últimas noticias de la Pastoral que conocíamos por los visitantes o por las lecturas. El Padre Nieto sabía reducirlo todo a los principios fundamentales de la vida sacerdotal: oración, amor a Dios, amor a los hombres...»

Otro alumno de aquellos años, después de referirse a que nunca oyó al P. Nieto formular una proposición doctrinal o moral sospechosa en cuanto a su ortodoxia ni tomar partido por ninguna de las opiniones en discusión entre los profesores de la Universidad, añade:

> «Le tuve de profesor de Pastoral, fijándose especialmente en la pastoral de niños, pobres, enfermos y penitencial. En cuanto a este último apartado, recuerdo perfectamente un consejo suyo en relación con la dirección espiritual y confesión de mujeres:
>
> —No digáis nunca ¡hija mía!... ¡Hija de su padre y de su madre!
>
> Ya se entiende perfectamente que quería prevenirnos contra ciertas familiaridades no recomendables en el trato con las almas.»

Vemos, pues, que la formación pastoral que procuraba dar a sus alumnos estaba orientada a la práctica. Más que teorías se preocupaba de inculcar actitudes, mirando siempre a la formación del pastor, del sacerdote entregado a las almas, y muy especialmente a las débiles.

Entre los papeles personales del P. Nieto han quedado algunos de

sus apuntes, tanto de las clases de *Pastoral* como de las de *Ascética y Mística*, que confirman la temática preferida por él, ya apuntada en el testimonio de los alumnos: pastoral de enfermos, pastoral del sacramento de la penitencia, etc. Salvo alguna referencia a Micheletti, Noldin, y a algún otro autor, prescinde casi por completo de aspectos de erudición o especulativos. Le interesa sobre todo la orientación práctica-espiritual.

8. *Devoción al Corazón de Jesús*

Difícilmente comprendemos hoy la intensidad —y tonalidad— con que por aquellos años se vivía la devoción al Corazón de Jesús. El instrumento de que se valían los jesuitas para promoverla era sobre todo el *Apostolado de la Oración*. El director local del centro canónico del *Apostolado*, establecido en el Seminario y Universidad, fue desde el comienzo el P. Nieto. El primero de octubre de 1930 abrió un Registro con los nombres de los socios de la Asociación. Al final de su vida conservaba todavía este cuaderno-registro confeccionado a lo largo de los años, hasta el declive de la Asociación, allá a finales de los años cincuenta.

Enorme fue el fervor con que se celebró entonces el centenario de la llamada «gran promesa» del Sagrado Corazón al P. Hoyos de reinar especialmente en España. Son los años de la construcción del Santuario de la Gran Promesa en Valladolid, para lo que los seminaristas de Comillas aportaron también su óbolo a través del *Apostolado*. La persecución religiosa en curso hacía redoblar la oración por el cumplimiento de la famosa promesa. El alma de las celebraciones centenarias en Comillas fue el P. Nieto. Por medio de los celadores repartió muchas *hojas del centenario*, así como novenas de la confianza. Trató también de que el P. Remigio Vilariño viajara a Comillas para celebrar un día de reparación al Sagrado Corazón, con ocasión de conmemorar también el centenario de la Pasión de Nuestro Señor. Era el año 33. No debió de lograrse su ida.

Numerosos fueron los actos en el Seminario para celebrar el centenario de la gran promesa, promovidos por el *Apostolado*. Recordemos sólo los finales. La víspera de la gran fiesta, que sería el 14 de mayo de 1933, el P. Nieto predicó sobre el tema objeto de las celebraciones en la Iglesia de la Universidad, en el curso de una función eucarística. Y el día de la fiesta lo hizo nuevamente en la parroquia de la villa para clausurar un solemne triduo. Las comuniones fueron alrededor del millar.

Intensísimo fue el empeño del P. Nieto en inculcar a los seminaristas la devoción al Corazón de Jesús. Muchas fueron las prácticas piadosas

que promovió orientadas a este fin: comunión reparadora, primeros viernes, novena de la confianza, intenciones mensuales del *Apostolado*, entronización del Sagrado Corazón de Jesús en las clases, visitas al Corazón eucarístico de Jesús, horas santas, consagraciones personales y comunitarias, etc., etc. También promovió mucho las lecturas sobre el Sagrado Corazón. El mismo conseguía libros, folletos, cuadros, estampas, hojitas, etc., para hacer propaganda. Las mismas clases de Pastoral fueron una tribuna excelente, desde donde el P. Nieto promovió la devoción al Corazón de Jesús y la estima del *Apostolado*. El capítulo dedicado a las asociaciones parroquiales reservaba la mejor y mayor parte al *Apostolado de la Oración*.

Su esfuerzo por dar a conocer esta Asociación pronto empezaría a producir sus frutos. Ya en septiembre de 1931 le escribía un antiguo alumno, solicitándole propaganda con las normas para fundar en su parroquia de Teis (Vigo) un centro del *Apostolado*. Durante toda su vida seguiría aconsejando la implantación de esta Asociación. Así escribía años más tarde a un párroco rural:

> «Fomenta la devoción al Sagrado Corazón muchísimo y a la Santísima Virgen, y verás crecer la piedad... ¿Tienes imagen del Sagrado Corazón de Jesús en la iglesia? Si no la tienes, adquiere un cuadro y empieza a fomentar de veras dicha devoción. Empieza los primeros viernes con algunos niños o almas buenas que pidan al Sagrado Corazón mueva esos corazones y les atraiga. Este es el gran medio para acercar los pueblos a Cristo. Intensifica tu trabajo y amor con los niños: ellos atraerán a los mayores. Puedes ir preparando el terreno para establecer el *Apostolado de la Oración*.»

De las iniciativas con los seminaristas merecen resaltarse varias, en las que el P. Nieto puso todo su corazón. En primer lugar, las ya mencionadas visitas al Corazón eucarístico de Jesús. Cualquier aspecto que pudiera potenciar la devoción a la Eucaristía era bienvenido para él, que no se metía a discutir ciertos problemas doctrinales que se habían suscitado años atrás sobre el culto al Corazón eucarístico de Jesús. *La liga de víctimas* fue otra de las iniciativas en que puso especial empeño: ya a final de 1931 comunicó su intención de establecerla en las distintas comunidades. Y así lo hizo en los meses siguientes. Esta práctica era especialmente cara al P. Nieto por su especial relación con la Pasión del Señor. También promovió muy intensamente los llamados «oficios del Sagrado Corazón».

Punto importante eran las vacaciones de verano. Recuerdan los alumnos de entonces que, al marchar de vacaciones, el P. Nieto les cargaba las maletas de propaganda religiosa, y muy especialmente de la devoción al Corazón de Jesús:

> «Después de su gran devoción a la Eucaristía —escribe uno—, debo mencionar otra de sus grandes devociones a Jesús: la del Sagrado Corazón. Durante la Novena y la Fiesta del Corazón de Jesús sus palabras respiraban fuego. Y para que este fuego se expandiese, al irnos de vacaciones, ya desde pequeños, nos llenaba las maletas de folletos y estampas del Sagrado Corazón, para que trabajásemos en la consagración de las familias.»

Uno de los objetivos que proponía, en efecto, a los socios del *Apostolado* en el verano era la entronización del Corazón de Jesús en los hogares y la consagración de las familias. Se inculcaba mucho valerse de la hoja veraniega *Desde Cardosa.*

Las noticias publicadas en la hoja sobre el Sagrado Corazón demuestran que la campaña —apoyada también desde el Rectorado— era eficaz.

El P. Espiritual insistía sobre todo en lo interior. Según el estilo de la época, abundaban entonces los símbolos y las imágenes, pero él procuraba que se fuera al fondo de las prácticas. Ante la propuesta de entronizar al Sagrado Corazón en las clases, dijo «que había que preparar antes a la gente». Al volverse después sobre lo mismo, de nuevo insiste «en la idea de procurar primero prender la llama en los corazones, antes de querer hacer lo externo; de lo contrario la consagración sería ficticia». Igual ocurre otra vez, al tratar de la fiesta de Cristo Rey. Las actas anotan: «El P. Director nos avisa que no ha de ser sólo exterior boato lo que hemos de ofrendar a Cristo Rey, sino también y principalmente vida interior de amor y reparación. Nos dijo también que fomentáramos la devoción al Sagrado Corazón comenzando por nosotros mismos; leyendo en tiempos libres algo de esta devoción, haciendo frecuentes visitas y hora santa, que se podía tener en privado, por ejemplo, en la habitación.»

La vida íntima de unión con Jesucristo era el fin a conseguir en todas las prácticas. Les recuerda que el ofrecimiento de obras y de sí mismo al Sagrado Corazón no es un acto para hacerlo una vez por la mañana, sino algo para vivirlo durante el día. Igualmente debía ocurrir con la consagración personal: lo importante no era haberla hecho una vez, sino vivirla en cada momento en íntima unión con el Señor.

Junto a la vida interior, otra de sus preocupaciones era el cumplimiento del deber. El *Apostolado* debía de ser una punta de lanza para conseguir seminaristas modélicos en el cumplimiento del Reglamento. Les repite con frecuencia que los socios han de ir delante del resto con su edificación. Varias actas de esos años van en un sentido similar a ésta:

> «El P. Director va haciendo aplicaciones prácticas a nuestra vida de Seminario, fijándose sobre todo en el apostolado que hemos de ejercer, que es el de la conducta, único que en la actualidad nos es

> permitido... Nos habla de la *sección del ejemplo*. Nos anima a que, si no entramos en ella, al menos merezcamos entrar, pues tenemos razones más que suficientes para portarnos bien. Una de las principales es hacer notar con nuestra vida lo mucho que vale la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.»

9. *Devoción a la Santísima Virgen*

Y junto al *Apostolado*, la Congregación Mariana. Ambas instituciones tuvieron en él su lazo de unión. A veces incluso se creó cierta confusión entre las dos. El 2 de mayo de 1935 se habla de esas mutuas relaciones. La idea del Padre se nos transmite con estas palabras:

> «Dejándonos de lo que podía ser mejor en abstracto, en nuestro caso las juntas de la *Congregación* y del *Apostolado de la Oración* conviene que sean distintas, porque, además de otros inconvenientes, como el amontonamiento de juntas (o sea, de reuniones) y pérdida consiguiente de recreos, hay quienes se muestran entusiastas por una obra y no tanto por la otra.»

Ignoramos el posterior desarrollo de la discusión. El caso es que, años más tarde, el *Apostolado* queda definitivamente integrado en la Congregación.

El P. Nieto dirigía la Congregación de teólogos, fundada en 1923 por el P. Lucio Rodrigo. Desde el primer curso, por decisión de la Congregación *prima primaria* de Roma, la del teologado de Comillas se titulaba «de la Purificación de Nuestra Señora y del Patrocinio de San José». Aunque los primeros años no tenía a su cargo la de los filósofos —dirigida por el P. Lozano—, no desaprovechaba ninguna ocasión de inculcar a esta comunidad —de la que sí era P. Espiritual— la devoción mariana.

El P. Nazario había ido formando un «museo mariano», con la adquisición de diversos cuadros de las Vírgenes de España. El P. Nieto, su sucesor, tomó también muy a pecho la ampliación del Museo. Como para otras campañas, también para ésta fue buena aliada la hoja *Desde Cardosa*. Así leemos, por ejemplo, en un número del verano de 1931:

> «*Nuestra galería mariana:* Una prueba muy práctica de vuestra devoción a la Santísima Virgen será el procurar este verano con todo empeño proveeros de buenas fotografías y cuadros de alguna Virgen de vuestro pueblo o región, que por su antigüedad, historia, valor artístico, devoción especial, etc., merezca figurar en nuestro museo mariano... ¡Que no se quede hueco alguno sin llenar y tengamos el curso próximo *inauguración* casi semanal de vuestras Vír-

genes! Hacen falta las Vírgenes de la Peña de Francia, de la Victoria, de la Almudena, etc.».

A lo largo de los cursos siguientes vuelve el P. Nieto una y otra vez sobre el tema del Museo mariano, inculcando siempre activar todo lo posible la adquisición de nuevos cuadros. El tránsito o galería de las Vírgenes, en el Teologado, fue ampliándose paulatinamente con nuevas advocaciones. La tarea continuó después de la guerra. Este tránsito llegó a ser una de las piezas de la Universidad más visitadas por seminaristas y antiguos alumnos y uno de los focos más potentes de irradiación mariana. Incluso ilustres antiguos alumnos se preocuparon por enriquecer la valiosa colección, como Mons. Moreno, Obispo de Coria, que dejó «en testamento» varios cuadros al Museo.

Las distintas efemérides marianas y los diversos actos ordinarios de la Congregación brindaban al P. Nieto la ocasión de inculcar la devoción a María. El año 1931 celebró la Congregación el XV Centenario del Concilio de Efeso (año 431), por ser este Concilio el que proclamó contra Nestorio la maternidad divina de María. El P. Nieto (cosa rara) apoyó la idea de ir en peregrinación a Covadonga en la primavera de 1933 para celebrar el X Aniversario de la fundación de la Congregación, pero el P. Rector —debido, sin duda, a la situación política— no lo permitió. Especial solemnidad adquiría la fiesta titular de la Congregación, la Purificación. El P. Nieto solía escoger personalmente el tema de la velada mariana y repartir los trabajos a los participantes. También resaltaban por su solemnidad y devoción la Novena y Fiesta de la Inmaculada y el mes de mayo. En estas fechas se desvivían los congregantes, estimulados por su P. Director, en honrar a la Santísima Virgen.

Conservamos una serie de «exámenes prácticos» que el P. Nieto proponía cada día del mes de mayo a los seminaristas. Hay tres series distintas, aunque no completas. La estructura de cada uno es siempre la misma: 1.º, examen; 2.º, obsequio; 3.º, jaculatoria. Los temas —muchos de ellos repetidos en las tres series— introducidos siempre por la frase *examina hoy tu...*, son: humildad, fe, confianza en Dios, devoción y amor a Jesús sacramentado, porte exterior en el templo, devoción al Sagrado Corazón de Jesús, meditación, caridad con los compañeros (o con el prójimo), pasión dominante, confesiones, devoción y amor a la Santísima Virgen, amor al recogimiento, presencia de Dios en las obras, estudios, modestia, mes de María, defectos, espíritu de mortificación, conversaciones, conducta con los Superiores, celo por la salvación de las almas, obediencia, clases, preparación a la Venida del Espíritu Santo, castidad.

Esto demuestra que el P. Nieto no se andaba por las ramas. De este modo la devoción a María se orientaba a que el seminarista madurase cada vez más cristiana y sacerdotalmente.

A lo largo de mayo los seminaristas iban depositando en una urna papeletas donde se consignaban los obsequios, «las flores», en honor de la Virgen. Estos obsequios eran quemados ante la imagen de María en el solemne acto de despedida del mes, en el que cada comunidad sacaba en procesión a su propia imagen. La «Reina y Madre del Teologado» era la Virgen del Carmen. Los filósofos tenían por patrona a la Milagrosa.

Como queda dicho al hablar del *Apostolado*, el cumplimiento del Reglamento fue una de las obsesiones del P. Nieto. Pronto instituye en la Congregación la *sección del Reglamento*, con un compromiso especial de cumplirlo lo más perfectamente posible. Insistirá una y otra vez que el mejor congregante es el mejor seminarista, el más fiel cumplidor de su deber. También insiste en que la vida y vigor de la Congregación no ha de medirse por la solemnidad de las celebraciones marianas ni por la frecuencia de las mismas, sino por el comportamiento de los congregantes en la vida ordinaria de la comunidad. Anima a todos a comportarse de tal manera que merezcan ser miembros de la sección del Reglamento o buen ejemplo.

Como punto central de la piedad mariana les inculcaba la consagración a María. Pero a los de la Junta les proponía el camino de la esclavitud mariana de San Luis María Grignion de Montfort, como más profundo y exigente. Oigamos alguna de las actas de la primavera de 1934:

> «Nos exhorta el P. Director a que hablemos más de la Virgen para el bien de nuestra alma y de nuestra formación en orden al apostolado. La consagración de esclavitud a Nuestra Madre Inmaculada, continúa diciendo, la debemos tener hecha todos los miembros de la junta, los cuales deben además encomendarse mutuamente a la Virgen de un modo especial todos los sábados... El P. Director nos exhortó a renovar la consagración personal a nuestra Madre, a fomentar esta consagración entre los demás compañeros y a hablar más de la Virgen como medio de fomentar la castidad.»

Hablar de la Virgen era un consejo que repetía mucho. Los seminaristas tenían que ser celosos propagadores de la devoción a María entre los demás compañeros, para serlo después en su ministerio sacerdotal. Un entrenamiento de ese futuro apostolado lo constituían las vacaciones de verano. Si a los socios del *Apostolado* los animaba el P. Nieto a trabajar por la entronización del Sagrado Corazón, a los congregantes les inculcaba la propagación de la devoción mariana.

> «El P. Director —leemos, por ejemplo, el 21 de junio de 1933— nos dirigió unas sentidas frases de aliento y de fervor para seguir trabajando durante las vacaciones por la gloria de nuestra amantísima madre la Virgen Santísima, inculcando especialmente en los niños del catecismo sentimientos de amor a la Virgen y de pureza.»

El 4 de julio de 1936 —a dos semanas del Alzamiento Nacional— el P. Nieto se despide de los congregantes con idénticos consejos. Como si no pasase nada. Como si a aquellos muchachos les esperase un verano normal.

Ya queda dicho cómo la hoja *Desde Cardosa* se convirtió en estupenda aliada de la Congregación en la campaña en pro del Museo mariano. Lo mismo ocurriría con otros aspectos de la devoción mariana. También aquí se encomendaba a varios congregantes propagar desde la hoja la devoción a la Virgen. Leamos lo que se dice el 26 de abril de 1934:

> «El P. Director nos dice que comencemos a pensar en las vacaciones, durante las cuales debemos dejar encargados a varios congregantes para que escriban en *Desde Cardosa* sobre la Virgen y avisen el día de la comunión general con la intención correspondiente.»

El interés del P. Nieto por la formación de los congregantes era muy grande. De ahí el inmenso trabajo que se imponía por la Congregación: si le era posible, no faltaba a las reuniones de la Junta e incluso a las de las distintas secciones. El número de estos encuentros se multiplicaba de una manera increíble. Lejos de echarse para atrás, cosa comprensible por el cúmulo de otras obligaciones, él mismo urgía para no omitir reuniones e intervenía continuamente en ellas. Incluso se ocupaba personalmente de la instrucción de los aspirantes.

Se preocupaba además de la confección de las medallas y otros detalles de ese tipo. El año 36 pensó adquirir una medalla especial para los miembros de la Junta y de la sección del buen ejemplo. No sabemos dónde conseguía por esta época el material para confeccionar las medallas. Después de la guerra pidió muchos años a su hermano Ramón cordón y cinta azul.

El amor a la Virgen, que el P. Nieto se esforzaba por infundir en los seminaristas, no era más que un reflejo del amor a María que bullía en su interior. Recuerdan bien sus antiguos dirigidos de Comillas el fuego con que hablaba de la Virgen, sólo superado por sus palabras sobre Jesucristo. Eran sus dos amores.

Al tratar de la vida de oración del P. Nieto se dará noticia de un diario íntimo de sus ejercicios de mes, practicados por el Padre en octubre de 1937. En ese diario hay un bellísimo pasaje sobre la soledad de María, que ocupa —dato en sí mismo altamente significativo— más de una cuarta parte de la totalidad del texto. No dudamos en situarlo al lado de las páginas más bellas de la literatura espiritual sobre la Santísima Virgen. En él la pluma del P. Nieto, torpe y parca en otras ocasiones, adquiere un potente impulso lírico y unos vuelos literarios que nadie de los que le conocieron sería capaz de imaginar.

10. *Caminando hacia la tragedia*

Volvamos hacia atrás. La República caminaba inexorablemente hacia la desintegración. El P. Nieto se multiplicaba cuanto podía, como si quisiera apurar un tiempo que se preveía breve. En una época en que se gustaba de contabilizar los ministerios apostólicos, se ofrece esta estadística de los del Padre durante el curso 1932-33: tres sermones, 200 pláticas, siete tandas de ejercicios, veinticuatro días de retiro, seis horas santas y 200 confesiones (aparte, naturalmente, de las confesiones en el Seminario). En el primer curso de su atención a los mayores se nos hablaba de 100 pláticas, lo que demuestra que ha duplicado en dos años el cupo. La mayoría de esas tandas de ejercicios, de las que ninguna otra información tenemos, debieron tener lugar en verano. Vemos, pues, al P. Nieto embarcado ya por estos años en el apostolado de los Ejercicios, que va a ser una de sus actividades preferidas y más fructíferas.

Sin embargo, su actividad fundamental se centraba, como era lógico, en la atención a los seminaristas. Esas 200 pláticas, veinticuatro días de retiro, etc., nos hablan bien a las claras de su dedicación a las comunidades de filósofos y teólogos, principales destinatarios de sus desvelos pastorales. No había prácticamente día que no dirigiera la palabra a una u otra Comunidad. Y casi todas las noches a ambas Juntas. Inolvidables aquellos minutos nocturnos con la iglesia de la Universidad a media luz. Desde el mismo plano de los bancos, moviéndose por el pasillo central, se dirigía a los seminaristas:

> «Nos decía —escribe un teólogo de entonces—: ¿Dejáis de comer algún día, porque no podéis hacerlo a la hora acostumbrada? No. Adelantáis la comida, si urge algo, o la retrasáis, pero coméis. Pues lo mismo con la meditación: que no se puede a primeras horas..., pues a media mañana, aunque tenga que retrasarse la comida. Que habéis llegado a la noche sin hacerlo..., pues sin cenar a la cama, pero con meditación. Que os tienta el demonio y vais a acostaros sin haberlo hecho... (y entonces, en un arranque de aquellos que tenía con frecuencia), cogéis una cerilla, quemáis el colchón y lo tiráis por la ventana; pero acostarse sin haber hecho la meditación, eso NUNCA.»

La oración era el tema preferido de muchas de sus charlas. Lo sería durante toda la vida. Sigue hablando el mismo seminarista teólogo de antes:

> «Algunos buenos estudiantes, demasiado empollones, se levantaban antes de la hora acostumbrada para estudiar un buen rato antes de bajar a la capilla. Al P. Nieto no le cabía en la cabeza que

pudiesen hacer bien la meditación después de una hora o más de estudio. Y en otro arranque, una noche en los puntos nos dice:

—Sí, los veo muy estudiosos; pero me parece que los estoy viendo entrar en el infierno con la tesis doctoral bajo el brazo.»

Sus exabruptos llenos de santo celo siempre hacían mella en el alma de sus atentos oyentes.

La misma fuerza de convicción tenía ante la gente del pueblo de Comillas. Referido a estos años de la República se nos cuenta lo siguiente:

«Oraba y se sacrificaba mucho por los obreros y gente humilde del pueblo. Muchos se mostraban reacios a cumplir con Pascua, a pesar de que en años anteriores habían tenido buenos y celosos predicadores. Empezó a encargarse el P. Nieto de este ministerio y el efecto fue fulminante. Todos o casi todos lo hicieron aquel año.»

Poco a poco fue ampliando el P. Nieto el campo de su apostolado, sin faltar nunca en lo más mínimo a su principal obligación de atender a los seminaristas, a los que llamaba a su habitación cada ocho o quince días para la cuenta de conciencia. Como la disolución de la Compañía provocó la salida de España de los estudiantes jesuitas, esto obligó al P. Provincial a retirar de Comillas a varios profesores para enviarlos a los distintos escolasticados del extranjero, donde cursaban sus estudios los jóvenes. El P. Sola marchó por esta causa a Entre-os-Rios (Portugal) y el P. Nieto hubo de encargarse durante el curso 1934-35 de dirigir espiritualmente a la Pía Unión de la *Alianza en Jesús por María* establecida en Comillas, de la que el P. Sola era consiliario. El P. Nieto les dirigió también los Ejercicios espirituales alguna vez. En el verano de 1934 dirigió igualmente en Arcas Reales (Valladolid) la primera tanda de Ejercicios larga de que hay constancia: veinte días a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Era como un anticipo de tantos meses de Ejercicios. También le vemos durante estos años dirigir el retiro mensual a las religiosas del Hospital de Comillas, a cuyos enfermos y ancianos visitaba con frecuencia. Sería otro de sus apostolados preferidos.

Para este tiempo ya se había afianzado otro de los ministerios más característicos del P. Nieto: los Ejercicios espirituales a los ordenandos. Se puede decir que, desde los primeros años de su estancia en Comillas, se convirtió en el director nato de estos Ejercicios.

Así, entre los sobresaltos de la política y la generosa y altruista dedicación a la propia tarea iban pasando los meses y los años. Cuando algún acontecimiento extraordinario hacía pegar a muchos Padres el oído a la radio, él decía:

—No tanta radio, que la mejor radio la tenemos aquí... —señalando

al Sagrario—. Ese Cristo es el único que puede oírnos y hablarnos y arreglar los asuntos.

Cada desmán de los poderes públicos o de las turbas filocomunistas encontraba siempre en Comillas la réplica reparadora: una hora santa, una exposición reparadora del Santísimo, un acto de desagravio. El Padre exhortaba continuamente a entregarse cada vez con más fervor para compensar tantos ultrajes inferidos al Divino Corazón.

También los actos de la Congregación tenían muy presentes los acontecimientos nacionales; se viven y encomiendan al Señor con toda intensidad: así, por ejemplo, la campaña antijesuítica. El mismo día en que se consumó la dispersión de la comunidad de Comillas, el P. Nieto celebró la Misa a la comunidad e impuso las medallas a los nuevos congregantes filósofos. Se ora por los compañeros que cumplen el servicio militar, por la situación de la Iglesia en España, por las Congregaciones religiosas amenazadas, por la reparación de los ultrajes recibidos por Jesús sacramentado, etc., etc. El Padre les advierte que si las circunstancias impiden los actos públicos y solemnes, no por eso carece de sentido la vida de la Congregación; al contrario, el fervor que se ponga en los actos ordinarios será más positivo y eficaz.

El asesinato —o mejor, verdadero martirio— de dos jesuitas de la provincia de León durante la revolución marxista de Asturias conmocionó hondamente a todos. El P. Provincial lo comunicaba a sus súbditos desde Hendaya, donde había establecido su curia de emergencia. También a Comillas llegaron los ramalazos de esta revolución. Así lo refleja una crónica del Seminario:

> «Se levanta el día de la Pilarica, 12 de octubre. Están levantados los marxistas. También nosotros nos levantamos y salimos, sin miedo, a disfrutar un día de campo. Pero, por prudencia, la comida en el eucaliptal cercano. Poco horizonte. Olor a sombra. Algunos preocupados, con caras largas como las de los eucaliptus.»

Entre tanta contrariedad, una noticia esperanzadora: a finales del curso 1934-35 llegó la aprobación definitiva del nuevo Estatuto de la Universidad. En otra situación la noticia hubiera provocado grandes regocijos. Pero las circunstancias no eran muy propicias al optimismo.

11. *¿Santa inconsciencia?*

Algunos opinaron entonces que, dado el cariz de los acontecimientos de los primeros meses de 1936, lo prudente hubiera sido enviar a los seminaristas a sus casas.

Así justificaba el P. Dionisio Domínguez la permanencia en Comillas hasta el mismo Alzamiento:

«Ya por Semana Santa de 1936, aprovechándonos de aquellas vacaciones para disimularlo un poco, pensamos en interrumpir el curso. Pero, al tomar y pedir consejo a personas cuyo parecer casi era para nosotros criterio y norma de conducta, nos lo persuadieron como una campanada innecesaria y alarmante. Por otra parte, la Junta Nacional de Acción Católica, que, sita en Madrid, pudo seguir la trayectoria del ciclón en su mismo vórtice y apreciar mejor que nosotros el peligro inminente, ni vaciló en traer a la Universidad Católica de verano, abierta el 1 de julio, centenares de jóvenes de ambos sexos, ni antes o después del alevoso asesinato de Calvo Sotelo, interrumpió los cursillos. Señal que se creían seguros en Santander. Y lo mismo nos estaban diciendo... los jóvenes católicos madrileños que vinieron a establecerse en nuestro Seminario el 7 de julio.»

Después de aludir a la opinión de un militar de alta graduación sobre la seguridad de Santander en vísperas del Alzamiento, añade:

«Con todo, poniéndonos en lo peor, adelantamos unos días los exámenes finales: sólo se permitió quedarse a vacaciones a los estrictamente obligados (americanos y algún que otro gramático), es decir, menos de la mitad que otros años; y los 40 ordenandos, a quienes sorprendió aquí el Movimiento, fueron muy dueños de irse con los demás a sus casas. Pero ni les pasó tal cosa por el pensamiento.»

Evidentemente, a estas razones podían contraponerse otras de signo contrario.

Aunque son conocidos los acontecimientos de aquellos meses, conviene dar unas breves pinceladas. El 15 de enero se constituye el Frente Popular. A esta inquietante coalición marxista se responde del otro bando con el Bloque Nacional. Las subsiguientes elecciones parten a España en dos mitades irreconciliables. Las leyes constitucionales otorgan al Frente Popular una mayoría aplastante en el Parlamento, no acorde con los votos reales. El Frente Popular no supo administrar la victoria y, desde el día siguiente al escrutinio, empezaron a desbordarse los desórdenes sociales por toda la geografía patria. La Iglesia fue en seguida blanco de los extremismos. Pronto empezaron los pillajes e incendios en templos y conventos.

Todas estas noticias llegaban naturalmente a Comillas. No sabe uno si achacar a santa inconsciencia o a ilimitada confianza en Dios la actitud del P. Nieto, quien, ante una casi segura conflagración bélica, se lanzaba todavía a planes apostólicos, como los que relata Urbicio Ortún:

«Soñaba el P. Nieto —dice— en reunir a varios ordenandos aquel año y trabajar con ellos en equipo a partir de octubre de 1936. Para

lo cual se alquilaría una casa en el mismo Comillas y viviríamos independientemente una vida intensa de piedad sin perder el contacto con el Seminario...

Al mismo tiempo nos encargaríamos, con el P. Nieto como Director, de ayudar al párroco de la parroquia de Comillas y pueblos circunvecinos (Ruiloba, Ruiseñada, Trasvía, El Tejo, etc.) y acudiríamos a servirles en lo relacionado con visitas a enfermos, catecismos, Acción Católica, etc. El P. Nieto tenía los permisos de los PP. Provincial y Rector y del señor Obispo de Santander y párroco de Comillas, don Lorenzo Iriondo. Los que íbamos a formar el equipo, seis u ocho, esperábamos obtener el permiso de nuestros respectivos Prelados.»

Con posterioridad se hablará de los planes de organizar con los sacerdotes el llamado *Cenáculo Sacerdotal*. ¿No nos encontramos aquí con la idea germinal del mismo?

Insistía, sí, el P. Nieto en volverse a Dios confiadamente. Pero este repliegue sobre la vida interior no significaba apartarse del mundo circundante. El siguió hasta el final entregándose a los demás, incluso a los políticamente lejanos. Su intervención en los meses previos al Alzamiento en el bautismo de la hija de unos empedernidos socialistas del pueblo de Udías y posterior arreglo del matrimonio de sus padres es una buena prueba de ello.

Continuó imperturbable visitando y socorriendo a los pobres, sin miedos de ningún tipo. El día del patrono del Seminario, San Antonio de Padua (13 de junio), se celebraba tradicionalmente una fiesta con los pobres. La organizaba el P. Nieto con los teólogos, y tampoco faltó el año 36. Se obsequió a los pobres de las cercanías con un desayuno y una buena comida: al primero acudieron 112 y a la segunda 190. En la misa comulgaron 94. Se repartió abundante calzado y ropa usada y se dio una limosnita en metálico. Tendremos ocasión de ver cómo pagarían estos menesterosos tanta generosidad.

12. *Madurez temprana*

Antes de concluir esta primera etapa comillesa del P. Nieto, conviene hacer hincapié en algo importante. Llama la atención que los testimonios de esta época coinciden plenamente con los de muchos años después. Da la impresión que el P. Nieto había cristalizado ya definitivamente: los mismos heroicos ejemplos de siempre (muchas horas de Sagrario, gran penitencia, donación total al pobre, etc.), los mismos temas claves en la formación de los seminaristas (importancia suma de la vida interior, amor a Cristo, sumisión a los Superiores), los mismos

rasgos de su acción (fogosidad y contagio de su palabra, dureza en público y suavidad en privado, etc.).

Por otra parte, el P. Nieto del tiempo de la II República ha calado ya plenamente en el ánimo de los seminaristas: su palabra, y sobre todo su ejemplo, les cautiva de tal modo, que no dudan en proclamar que se hallan ante un santo de cuerpo entero. Así lo consigna con plena naturalidad el Diario del Filosofado (29 de enero de 1932). Cuando, al final del curso 1934-35, el libanés Cueik se despide de Comillas, el P. Nieto va ya grabado indeleblemente en su alma como el mejor símbolo de la Institución comillesa.

Algo similar confiesa otro de aquellos muchachos, tocado para siempre por este hombre extraordinario:

> «Recibía yo por aquellos años anteriores al Movimiento Nacional las sapientísimas instrucciones del P. Nieto: aquellos años fueron para mí de emoción espiritual nunca superada.»

Uno recuerda el impacto que produjo desde el primer momento su «convicción, unción y fuego santo»; a otro se le quedó grabado aquel su vivir «con los pies en la tierra y la mente y el corazón en el otro mundo»; un tercero conserva presente su figura «pegado a los pies del Sagrario» hasta altas horas de la noche o siente aún en sus oídos «los inmisericordes golpes de disciplina» que salían de su habitación.

Su amor al Sagrario quedó para siempre reflejado en aquella respuesta a quien, después de una excursión con los canonistas en 1934, le pregunta cómo lo ha pasado:

—Mal, porque yo, donde no hay Santísimo, me aburro.

OBISPADO DE SANTANDER

En virtud de los plenos poderes que se Nos ha conferido pore el Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico en España, por Letras de 26 de enero actual, para encargarnos del regimen del Seminario y Universidad Pontificia de Comillas, sito en esta Diócesis de Santander, nombramos por el tiempo de nuestra voluntad Director Espiritual de dicho Seminario, al Pbro. D. Manuel García Nieto

Dado en Santander, a veintinueve de enero de mil novecientos treinta y dos

+ José, Obisp de Santander

El obispo de Santander nombra al P. Nieto Director Espiritual, a raíz de la disolución de la Compañía durante la II República.

Capítulo VII

LA GUERRA

> «Continúa pidiendo con instancia a Jesús para que me conceda la gracia de la santidad; y ya que ahora no me ha concedido la gracia extraordinaria del martirio, no deje de concedérmela algún día» (P. Nieto, *a su sobrino, el 16 de julio de 1937).*

Superfluo repetir aquí lo que todos sabemos sobre el enfrentamiento bélico de las llamadas «dos Españas» desde 1936 a 1939. La fecha del 18 de julio de 1936 es un hito histórico en la historia de España y de la Iglesia católica española. Fecha gloriosa para unos. Fatídica para otros. En cualquier caso, trágica para todos.

El Seminario y Universidad de Comillas quedaron, al estallar el conflicto, en zona roja. ¿Qué suerte correrían, en estas circunstancias, los edificios y, sobre todo, sus moradores?

Dice el P. Caminero que el Movimiento «sorprendió al Seminario de Comillas completamente desprevenido. Si se produce dos días antes, hubiera cogido dentro de la Universidad a los 400 seminaristas de aquel curso. Providencialmente, el 18 (de julio) estaban ya casi todos en vacaciones».

Aun así, el 12 de agosto, al ser asaltada la Universidad por los rojos, el personal allí reunido sobrepasaba todavía las 200 personas: 40 Padres, 35 Hermanos coadjutores, 65 alumnos, 14 jóvenes de Acción Católica de Madrid y 16 antiguos alumnos.

1. *El palenque de los Ejercicios ignacianos*

El P. Nieto nunca tuvo vacaciones de verano. Solía decir que ya las tendría en el cielo. Ni siquiera aquel azaroso verano del 36 pensó en quedar inactivo.

Antes de despedir a los seminaristas había practicado sus propios Ejercicios del 24 de junio al 3 de julio. Estos Ejercicios eran de preparación a los «últimos votos» o incorporación definitiva en la Compañía de Jesús, prevista para el día de la Asunción. Los acontecimientos obligaron a aplazar el acto, según se verá.

¿Qué bullía entonces en el corazón del P. Nieto? Algo se nos deja traslucir por los planes que barajaba sobre la renuncia de sus bienes, que había de preceder a la emisión de los últimos votos. Así escribe a su hermano con fecha 27 de mayo de 1936:

> «Amadísimo hermano: He pensado dejar lo que me corresponde para la formación de una beca en ésta (en Comillas) o para Misiones; pero quisiera que, mientras vivas tú, puedas usar de ello para limosnas, etc., en tu parroquia... Creo que el mejor modo será renunciarlo todo a tu favor, pero con ese fin que sabes...»

Amor al sacerdocio, concretado en la beca para Comillas, amor a las Misiones y amor a los pobres, a quienes habrían de distribuirse las limosnas durante la vida de su hermano, son los móviles que aquí aparecen. Quizá el más novedoso para el lector sea el relativo a las Misiones. El espíritu misional de la espiritualidad del P. Nieto no ha sido resaltado suficientemente.

Se dice que al principio su P. Provincial pensó unirlo al equipo de misiones rurales. Cuando cierta vez intentó predicar alguna, la garganta no le obedeció. Sin embargo, son las misiones de infieles las que están más presentes en su espíritu. Ya en el Noviciado expresó al P. Maestro esta inclinación. En Comillas más de un seminarista recuerda haberlo oído también expresar este deseo. Esas ansias misionales se acentuarán durante la guerra. Entonces renunciará efectivamente a sus bienes en favor del Seminario de Anking (China) y solicitará al P. Provincial ser enviado a misiones o a una leprosería. En 1941, con ocasión del IV Centenario de las Misiones de la Compañía, el P. Nieto apadrinó el distrito de Kweichih, donde radicaba el Seminario de la Misión de Anking.

De aquí salía su celo misional, inculcando ese mismo espíritu a los seminaristas con todos los medios a su alcance, sobre todo en las campañas del DOMUND.

Pero volvamos a nuestra historia. Aunque el P. Nieto dirigía casi siempre los Ejercicios de Ordenes, aquel verano del 36 no sucedió así, aunque atendió personalmente a cada ejercitante. Uno de éstos cuenta

que fue el P. Nieto el que dio al grupo la noticia del estallido de la guerra, aunque ya se había filtrado. Oigamos:

> «Todavía recuerdo lo que nos dijo al comienzo de la meditación del 20 de julio en la Capilla doméstica:
>
> —Para que no andéis comentando en corrillos, os diré yo ahora lo que pasa. Se han levantado las guarniciones de Melilla, de todo el territorio del Protectorado y demás plazas de soberanía, y marchan hacia Madrid. Carísimos, vosotros con más empeño que nunca a hacer bien los Ejercicios, pues vale más un grado de gracia en un alma que todos los ejércitos del mundo.»

El P. Nieto no dirigió esos Ejercicios, porque el mismo día del comienzo de la tanda empezaba él a dirigir un mes completo a siete antiguos alumnos. Eran estos valientes Aguirreurreta, Santamaría, Díez Moral, Rodríguez Borregán, Gago Martínez, Carnero y Alija, quienes, desafiando todos los peligros, habían acudido a la llamada hecha desde las páginas de *Unión Fraternal*, revista de los antiguos alumnos. Varios de estos sacerdotes irían a templar sus almas en el palenque de los Ejercicios de San Ignacio para dar su sangre como mártires de Cristo. Tres de los siete —José Rodríguez Borregán, Felipe Gago Martínez y Lorenzo Díez Moral— fueron asesinados por los rojos en Santander en los meses siguientes. El P. Nieto los había preparado para el martirio...

De los tres había sido el P. Nieto director espiritual. Sin duda, la estima de su espiritualidad fue el imán que atrajo a estas almas a Comillas en circunstancias tan difíciles.

No olvidó nunca el P. Nieto estos memorables Ejercicios de mes y la suerte de aquellos tres valientes. Viendo cómo empeoraba la situación en torno a La Cardosa, él mismo fue al P. Rector a proponer la interrupción del mes, por ver si los ejercitantes podían salir de Comillas. Pero, al enterarse ellos, fueron los primeros en oponerse.

La valentía de que dieron prueba los tres mártires la atribuyó siempre el P. Nieto al mes de Ejercicios. Comentaba:

—Después de un mes de Ejercicios, después de meditar una semana entera la Pasión de Cristo, no hay fuerza humana que se resista.

Pero, ¿qué ocurría en los alrededores de la Universidad mientras el P. Nieto y sus ejercitantes vivían inmersos en su ambiente de recogimiento? El Frente Popular dominaba la situación en la Montaña. Al principio no se preocuparon de la Universidad más que los del Frente Popular de la villa de Comillas. El mismo 20 de julio se constituyó allí una especie de Guardia Roja, cuyo pase era necesario para salir y entrar en el pueblo. Los inquilinos de La Cardosa sólo se aventuraban a salir hacia Peñarredonda o el Langostero, porque los caminos y carreteras estaban copados por los agentes del Frente Popular. Había ham-

bre de noticias sobre la situación general. Para satisfacerla se organizaron dentro de casa varios turnos de radioescuchas, utilizando dos o tres radios viejas que había. Con las noticias recogidas se hacía un pequeño boletín ciclostilado de título *Sublevación militar*, que se distribuía cada mañana entre las comunidades.

Se suprimieron las ordenaciones previstas para el día de Santiago. ¡Con qué buen acuerdo! Ese mismo día subieron por primera vez a la portería de la Universidad tres o cuatro milicianos armados pidiendo ayuda económica para el Frente Popular. Aprendieron el camino. He aquí la relación más inmediata a los hechos de aquellas semanas que ha podido conseguirse. La redactó el 25 de agosto en Bayona (Francia) la colonia americana de la Universidad:

> «Lo primero que nos requisan (roban) es la camioneta. Suben otro día al Seminario y, en la misma camioneta, nos roban cuatro sacos de harina, dos latas de aceite, un saco de azúcar, un saco de garbanzos y otros víveres. Y además todos los días subían a buscar lo que les daba la *popular* gana. Al día siguiente, nada menos que de Asturias, vinieron a por cuatro terneras, y sólo teníamos dos. A los dos días vino C... con todos sus ladrones y nos llevó 25 camas completas y equipadas con todo (se dijo que para instalar un hospital de sangre en la villa). Luego vino el remate final de 25.000 de multa. Y ahí vieran ustedes al P. Cabeza incapaz de comer y dormir. Se canceló *la multa* del Frente Popular, que tuvo la audacia de poner en el recibo: *Donativo voluntario de la Universidad al Frente Popular.*»

Con este ambiente se comprende mejor el temple de unos ejercitantes centrados únicamente en las meditaciones de San Ignacio. Todo gracias al espíritu que les inyectaba el P. Nieto.

2. *El asalto*

Si al principio no molestaron a los moradores de La Cardosa más que los del Frente Popular de la villa, pronto tomaron cartas en el asunto las autoridades del Comité Superior de Santander. No se puede olvidar que la Universidad de Comillas era «la Institución ideológicamente más significativa de toda la provincia de Santander». No es extraño que se quisiera demostrar que existía un nuevo orden de cosas, incompatible con los fines de la Universidad. Era preciso tomar alguna medida ejemplificadora.

Así las cosas, el 11 de agosto, hacia el atardecer, comenzó el altavoz del pueblo a difundir consignas, previniendo contra un cañoneo del *Cervera* desde la mar, con alusiones a una supuesta emisora clandestina

localizada en la Universidad. A las doce de la noche se transmitió telefónicamente la orden de apagar todas las luces del edificio. Se cortó la corriente general, aunque con unos acumuladores pudo confeccionarse el boletín interno de noticias. El equipo de radioescuchas solía trabajar en ello hasta las dos o las tres de la madrugada, y así lo hizo también esa noche. La luz de una linterna de este equipo se interpretó como señales al supuesto *Cervera*, por quienes ya cercaban la Universidad.

Para entonces ya avanzaba hacia la Universidad una columna motorizada desde las alturas del Tramalón. Según se supo después, sus componentes traían el designio de asaltarla a media noche, pero a ruegos del Frente Popular de Comillas lo retrasaron hasta las siete y media de la mañana. A esa hora empezó a subir La Cardosa la columna, integrada por 23 viejos autobuses y camiones, amén de algún que otro auto. Venían unos cien hombres armados hasta los dientes a las órdenes de Jesús G. Malo. La mayoría eran milicianos. Bloqueadas todas las salidas del edificio, se intima la orden de prepararse para partir hacia Santander.

Impreso está y descrito con todo lujo de detalles este atropellado e injusto desalojo de la Universidad. No vamos a repetir lo sabido, sino concentrar nuestra mirada en el P. Nieto y en su actitud verdaderamente ejemplar.

Desde el primer momento se dedicó a correr de un lado para otro, levantando los ánimos de todos y enfocando los acontecimientos desde una óptica totalmente sobrenatural. Uno cuenta que a su grupo les dijo, con absoluta serenidad:

—Estamos en las mejores manos. No nos faltará nunca la ayuda de Jesús y de María.

Otro seminarista, hoy jesuita, escribe:

> «Cuando iban a llevarnos presos a Santander, temiendo nos liquidaran por el camino, el P. Nieto exhortaba a todos a que se confesaran lo antes posible.»

Y al punto empezó a repartir absoluciones, como narra un tercero:

> «Recuerdo cómo en aquella trágica mañana en que nos llevaron detenidos a Santander, él nos estuvo confesando por los tránsitos, alrededor del jardín, casi, casi, preparándonos para la muerte que esperábamos como resultado final de aquella aventura y atropello.»

En el martirio pensaba efectivamente el P. Nieto, y no se recataba de recordárselo a los seminaristas:

> «El P. Nieto —escribe otro—, mientras los milicianos nos custodiaban con sus pistolones (como el mismo P. Nieto decía), andaba

por los grupos animándonos. A mí concretamente me dijo estas palabras, que nunca se me olvidarán:
—¡Hala! Ahora a la gloria.»

Es la misma actitud que ya adoptara en 1931, cuando llegó la noticia de la quema general de conventos.

Y en esos momentos en que sólo se piensa en salvar el propio pellejo, ¿cómo se iba a olvidar el P. Nieto de lo que él amaba más que a sí mismo? ¡El Santísimo...!

«Nos comunicaron —dice otro protagonista de los hechos— que todos quedábamos detenidos, y nos dieron una hora para presentarnos en la portería con nuestros enseres personales. En aquellos momentos de nerviosismo y prisas, el P. Nieto pensó en Jesucristo sacramentado. Llevó en seguida a la capilla doméstica los copones de la iglesia y de la capilla de San José, llamando a cinco o seis seminaristas para que consumiésemos todas las formas consagradas. El P. Nieto iba dando de comulgar, hasta que las consumimos todas.»

Otro de aquellos comulgantes añade:

«Después de confesarnos, como si nos estuviese administrando el Viático, nos llevó a la capilla a consumir todas las sagradas hostias que había en los copones: ese fue el último alimento espiritual que recibimos en Comillas y el único alimento material que tomamos aquel día.»

Después de muchos registros, los 200 moradores de la Universidad fueron amontonándose en los autobuses y camiones, fuertemente escoltados. Hasta las doce y pico de mediodía no pudo ponerse en marcha la triste comitiva. La llegada a la capital de la Montaña iba a ser un auténtico calvario para aquellos prisioneros.

En Comillas aguardaba a la caravana un grupo de 200 ó 300 personas, en su mayoría mujeres, que, con los puños en alto, lanzaban insultos e imprecaciones. Lo más doloroso es que entre esta chusma se hallaban no pocos de los que diariamente recibían la comida del Seminario. Pero aun entonces se vio lo que el P. Nieto —quien, por cierto no iba en la comitiva, como veremos en seguida—, significaba para las gentes de Comillas. Un seminarista teólogo, que iba en uno de los camiones, narra lo siguiente:

«Los pobres de Comillas y alrededores —incluso rebeldes y agnósticos— tenían por santo al P. Nieto... Tanto que el día en que nos llevaron presos en los camiones, al pasar por el pueblo e insultarnos, pude conocer a varios de los socorridos. Y cuando les in-

> crepé desde el camión: Pero tú, ¿cómo insultas, si te di de comer durante mi carrera, y últimamente con el P. Nieto...? Al oír el nombre del P. Nieto, todos enmudecieron avergonzados, como tocados por un talismán.»

La comitiva fue conducida por Torrelavega, donde los insultos y rechiflas de la multitud superaron a los de Comillas. Pero donde el populacho desfogó toda su furia contra los indefensos prisioneros fue en Barreda: puños encrespados, gritos de U.H.P., insultos, blasfemias, amenazas...

La entrada en Santander fue un poco más pacífica. Después de recorrer el muelle, paseo de Pereda, y trepar por unas callejuelas, la comitiva se paró frente al Colegio de los PP. Salesianos de la calle Viñas, que iba a convertirse en improvisada cárcel por unos días.

Pero volvamos al P. Nieto, quien, como queda dicho, no iba en esta caravana. Junto con los PP. Rector, Ministro, Regatillo, Domínguez y los HH. Martínez y Labaca había quedado a las órdenes del subjefe de la columna asaltante. Estos rezagados fueron escogidos para hacer de testigos de algo que los marxistas llamaron «precinto de las principales dependencias de la casa» y entrega del edificio a las Milicias. Una auténtica pamema, pues ante los ojos del precintador empezó el saqueo y latrocinio del Seminario.

Hacia las seis de la tarde todo el grupo, menos el H. Labaca, fue conducido también hacia Santander. Durante el trayecto no tuvieron los incidentes de la primera comitiva, pero al llegar a Santander pagaron con creces los sufrimientos ahorrados en el camino. Por primera vez podemos ceder la palabra al P. Nieto. Conservamos de su puño y letra una escueta relación de algunos hechos vividos por él durante la guerra. Dice así:

> «Al llegar al Ayuntamiento (de Santander), nos esperaba una multitud, compuesta en su mayoría de mujeres y chiquillos, que empezó a insultarnos. A nuestra partida se echaron sobre el coche. Mandaron bajar al P. Rector, y la multitud se aglomeró sobre él gritando: ¡Muera!»

El escrito del P. Nieto, debido a su sobriedad, no permite darse cuenta de la gravedad de la situación. Conocemos por otras relaciones el peligro en que estuvieron los jesuitas de ser linchados por la embravecida multitud, que profirió contra ellos los más nefandos improperios y desvergüenzas.

Según contó posteriormente el P. Nieto, en esos momentos él pensaba en las palabras de Cristo: «Os quitarán la vida, y todavía pensarán que dan culto a Dios.»

El P. Rector quedó preso. Los demás fueron conducidos también al Colegio de los PP. Salesianos. Serían las nueve de la noche del 12 de agosto.

3. *El P. José, carcelero mayor*

Los presos del colegio —unos 200— disponían de un reducidísimo espacio: aparte de la capillita, un pequeño teatrillo del «Oratorio festivo», cuatro pequeñas habitaciones, un pequeño comedor, dos lavabos y un patiecillo. Este apenas se lo dejaron usar, con la excusa de que excitaban a los vecinos que curioseaban desde las ventanas.

La vida de aquellos 200 presos ha sido descrita también con detalle en diversas relaciones impresas y manuscritas. No nos vamos a entretener en repetir lo dicho. Resaltemos tan sólo que el Frente Popular, contra todas las promesas, no se hizo cargo del rancho, que los Padres hubieron de costear con el poco dinero que lograron sacar de Comillas, escamoteando los controles. Pesaba más sobre el ánimo de la gente la incertidumbre del futuro que las penosas condiciones materiales en que vivían. Quizá el momento más tenso fue una de las noches —la del 14 ó 15— en que, a la madrugada, pararon varios coches a la puerta y se oyeron voces poco tranquilizadoras. Se hablaba de llevarlos al barco-prisión. Entraron unos milicianos pasando pistola en mano por encima de los cuerpos tumbados en el suelo. Todo quedó en el susto.

La relación del P. Nieto se contenta con decir lo siguiente:

> «En el colegio de los PP. Salesianos dormí en el suelo en el comedor. Entramos el 12 por la noche, y salí con Alcorta, Goenaga y el P. Regatillo el 19 por la noche.»

No debió ser lo más penoso para él dormir en el suelo, acostumbrado a hacerlo de cualquier manera. Cuenta un testigo que el P. Nieto dormía mezclado entre los seminaristas, y no en el grupo de los Padres. Así podía atenderles prontamente en cualquier emergencia, como aquella noche en que hubo que pedir asistencia médica para el pequeño Coca, que después se llevaría el P. Nieto a su propia casa, una vez salidos del colegio-cárcel. Y así podía también levantar el ánimo de sus hijos, cuando cundía el desánimo y la depresión.

El Padre pasaba largos ratos ante el Sagrario, pues los milicianos —¡cosa inaudita!— les dejaron la capilla del colegio con Santísimo. Allí acudían también los presos a comulgar en la misa que celebraba el P. José, el Superior del Colegio. El P. Nieto se ponía en el presbiterio y, sin miedo alguno, confesaba a los seminaristas. Era de los pocos que

seguía vestido con sotana, que no quitó hasta que salió del colegio-cárcel.

El Frente Popular, que primeramente pareció inclinado a juzgar a los reclusos, cambió de parecer y publicó en la prensa local una nota, otorgando a todos la libertad, con tal de que alguna persona solvente saliera fiadora por ellos. La nota tuvo efecto instantáneo. Aquí se vio la simpatía que los comilleses suscitaban en Santander: antiguos alumnos, señoras y señoritas de Acción Católica, las Aliadas, familias cristianas, etc., se presentaron ante el Frente Popular, arriesgando su propia seguridad. Y poco a poco fueron saliendo.

En estos días de nerviosismo volvió a ponerse de manifiesto la grandeza de alma del P. Nieto. Leemos que «algunos Superiores —PP. Cabeza, Regatillo, Nieto, Páramo— quisieron salir los últimos, aun cuando se fue a sacarlos los primeros días». El P. Nieto, más que preocuparse de su propia libertad, trabajaba por conseguir la de los demás:

> «El fue —cuenta uno de los presos— quien se interesó en buscar una familia que me avalorara, para dejarme salir libre, y en encontrar una pensión donde alojarme, pues para mí Santander era completamente desconocida.»

Esta fue una historia repetida. Hubo casos engorrosos y se pasó más de un susto. Hasta que todo se solucionó, el Padre no quiso salir. Sabemos, por su propia confesión, que esto sucedió el día 19. El día 20, que era jueves, se dijo que ya no quedaba nadie en la cárcel.

4. *Padre por partida doble*

Los vascos del grupo pronto fueron evacuados a su tierra. Lo mismo ocurrió con los americanos, que pudieron salir hacia Francia. Pero alrededor de un centenar quedaban presos en una cárcel mayor. La nueva cárcel era la ciudad de Santander. En ella eran vigilados por el Frente Popular.

Dejemos la palabra al P. Nieto en su escueta relación. A la salida del colegio, dice:

> «Fuimos a casa de don Albino Pajares, y con el H. Goenaga cené esa noche en la casa del bajo o sochantre de la catedral. Celebré en la iglesia de la Consolación y desayuné en la misma casa, tomando por última vez pan blanco hasta el día 20 de junio (de 1937).»

Esto sucedía, según veremos, no en Santander, sino en Bilbao.

> «De allí fuimos a (la calle de) Méndez Núñez con P. Regatillo y Alcorta, y a la noche vinieron P. Cabeza y Coca, donde vivimos has-

ta el (21) de octubre. Fui todos los días a celebrar a la iglesia de la Consolación. Celebraba la primera Misa, atravesando aquellas colas imponentes... El día 13 (sic!) de setiembre, hallándome dentro de la iglesia dando gracias, entraron los rojos y nos mandaron salir a todos. Se hallaban celebrando aún algunos sacerdotes. Al salir estaban en la puerta algunas personas, insultando a todos los que salíamos de la iglesia. Se distinguió entre los insultantes una mujer, ya de bastante edad. Ese mismo día fui, por la noche, al Rosario a Santa Lucía. Al terminar tiraron unas piedras, rompiendo los cristales de una ventana. Muy tempranito volví a ella en la mañana siguiente a celebrar: llegué al abrir las puertas. Aldasoro me dijo que podía celebrar en seguida, mas que sería el último día, porque habían dicho que cerrarían ese día la iglesia. Y así fue. Fui a Misa de once y, a continuación, quedé unos momentos: llegaron dos hombres, subieron al altar, abrieron el Sagrario y mandaron salir a todos, quedando así cerradas con ésta todas las iglesias de Santander. Desde entonces celebré en casa muy tempranito.

Nos visitaron por la noche algunas veces (dos fueron las más importantes) los milicianos: dos con su pistola en mano se presentaron a pedir (¿500 pesetas?) para el criado de la cocina, o de lo contrario la cabeza del P. Regatillo. La señora de la casa se alborotó con ellos en gran manera... Otra fue a las diez de la noche. Creo eran tres, también armados. Estaba haciendo examen de la noche. Los otros ya se habían echado... Al preguntarme, les contesté cómo era de Comillas, que ya había sido registrado el maletín, pero podían, si querían, volver a mirarlo. No lo hicieron. Al P. del Río le preguntaron quién había estado allí aquella tarde. Nadie que yo sepa, les contestó; y también (a) la señora, a quien reprendieron por esto... Llegó el aviso de avisar al P. Ireneo. Registraron. Tomaron nota. Aquí hay gato encerrado.

Nos trasladamos el día 21 de octubre a casa de doña Pilar Haro, (calle) Padilla, 4, 2.º derecha. Aquí continuamos esta vida hasta el 5 de enero, que fui a Bilbao. Confesiones. Extremaunción. Viático. Bautismo. Bombardeo. Salida de casa. Peligro. Hallamos al P. Corral. Año nuevo por la noche. Don Albino Pajares. 1 por la noche hasta 5 por la mañana.»

Detrás de esta escueta narración se esconde toda una vida de heroica caridad.

Al salir del colegio de Viñas tuvo que dejar la sotana, porque estaba organizada en Santander una auténtica caza de curas: ¡qué facha la suya! Merece la pena transcribir algunas expresiones de los que le vieron de paisano:

«Imagínense al P. Nieto, tan feo, con una especie de gabardina sebosa, unos pantalones arrugados y una boina mal puesta. Parecía un facineroso.»

«Iba vestido pobremente, con un guardapolvo raído y desajustado.»

«Vestía pobremente una blusa de esas de trabilla.»

«Iba vestido de paisano, hecho un adefesio. Le sobraba tela por los cuatro costados. Parecía que no acertaba a andar sin sotana, pero él no se inmutaba.»

«Por el Paseo de Pereda, vestido humildemente, parecía un militante de la F.A.I.»

De esta guisa anduvo desde su salida de la cárcel hasta principios de enero del año 37.

Sin embargo, su amor a la sotana lo demostraba en la intimidad de su refugio, extendiéndola sobre la cama a modo de colcha. Eso las raras veces que dormía en ella; oigamos a un compañero de pensión de la calle Méndez Núñez:

«Como yo estaba en su mismo cuarto, pude observar (estando yo acostado) que, después de estar mucho tiempo de rodillas, se levantaba, se echaba una manta por los hombros y se sentaba en una silla; y así dormía, dando cabezadas y roncando. Y ya a las cuatro de la mañana me llamaba, para que le ayudara a Misa. Después se quedaba de rodillas dando gracias hasta las ocho y media, que desayunábamos.»

Allí, en la intimidad de su trato con Dios, se fortificaba para la entrega diaria a los comilleses dispersos por la ciudad. Recorría sin tregua las calles en su búsqueda y en la atención espiritual a muchas familias cristianas. Sus pies llegaron a resentirse de tanto callejear con un calzado viejo.

«Un día —sigue contando el compañero— me dijo que le mirara el talón de un pie, pues tenía el calcetín pegado a una herida que le había hecho una bota que le quedaba pequeña. Entonces vi que tenía una gran hinchazón de media pantorrilla para arriba; y, al decírselo, me dijo que eso estaba así desde hacía más de doce años, de derrame sinovial. Y que la otra pierna estaba igual desde hacía más de quince. Le curé como pude, y no se volvió a quejar más.»

¡Cómo no iba a padecer de derrame sinovial, si se pasaba media vida de rodillas sin apoyo! El mal venía desde Santa María, donde aguantaba horas arrodillado en las gradas de granito del presbiterio. Sobre la herida producida por la bota comenta otro que llegó a producirle una cojera escandalosa, pero que él no cejaba en su callejeo para llevar ayuda a unos y a otros.

Una carta de Angel G. Vallejo, fechada en Osorno el 30 de mayo de 1937, dirigida al P. Delgado, dice:

«Todos los encomios y alabanzas son pocos para el P. Nieto, nuestra segunda Providencia. El se encargaba de buscar dinero para pagar los hospedajes, alimentos para los que pasaban estrechez, ropa y calzado para todo el que lo necesitaba; y, en fin, todos los días tenía unas horas señaladas, durante las cuales, en un paseo determinado de la ciudad, podíamos hablarle todos para consultarle nuestras dudas, exponerle nuestras dificultades y planes, pedirle apoyo en nuestros peligros, sobre todo del alma, darle cuenta de conciencia, confesarnos... Y todo con desinterés, con un desprendimiento verdaderamente santo. Todo lo peor para él y para él todo sacrificio.

¿Qué más? Hasta se preocupaba —cosa incomprensible en Comillas— de saber todas las noticias posibles, para poder alentarnos a nosotros. Y como de esta suerte podía haberse disipado, aunque no he visto dar noticias con tanta presencia de Dios, por la noche poco sueño y mucho correazo. De su mortificación dos datos nada más. Tuvo que hacerse una operación dolorosísima en la nariz. Pues no tuvo más anestesia que el crucifijo, y aquella noche costó un triunfo hacerle acostar en la cama. En otra ocasión tenía unas botas tan rotas y unas alpargatas tan desastradas, que, en cuanto lloviznaba, con unas o con otras, se empapaba los pies de agua. Después de muchos ruegos consiguió una señora, hospedada en la misma pensión, que se pusiera unas botas que ella le había tenido que comprar. (Hubo semanas en que él repartió entre los alumnos más de 700 pesetas, y sin embargo no tenía para calzarse.) Pues bien, esas botas le rozaban y le hicieron una llaga en uno de los pies. Y él no dijo nada, hasta que tan escandalosa se hizo su cojera, que, después de muchas instancias, consiguieron que se curara. Verdaderamente Dios nos lo guardó, y el día que volvamos a la Casona (de Comillas), hay que hacerle un homenaje y, si posible fuera, un monumento.»

La operación a que se alude fue de tabique nasal. Marcilla, que vivió con él en aquel tiempo, dice que ni siquiera llegó a acostarse. Debió de ocurrir la operación después del 21 de octubre, estando en la pensión de la calle Padilla. Cuenta Marcilla:

«Después nos mudamos a otra pensión, y le operaron el tabique nasal sin anestesia. A pesar de los dolores que sentía, no se acostó; tan sólo consintió pasar la noche sentado en una silla pequeña y apoyar la cabeza a los pies de la cama.»

Todos los comilleses dispersos por Santander resaltan la doble vertiente —espiritual y material— de la actividad del P. Nieto, que ya constataba la carta de Angel G. Vallejo. También quedó consignada en la revista *Unión Fraternal:*

«Aconsejábamos y consolábamos a muchos —escribe el P. Domínguez—, y de un modo especial a los seminaristas su P. Espiri-

tual, que los atendió con gran solicitud en el alma y también en el cuerpo.»

El mismo Padre, en un informe que envía al P. Provincial después de haber escapado al extranjero, dice:

«El P. Manuel García Nieto cultivó sobre todo a los seminaristas espiritual y materialmente, sacando para ellos algunas limosnas, ropas..., en lo cual le ayudamos también algunos otros.»

Estos testimonios, un tanto escuetos, adquieren todo su calor humano cuando aparecen en la pluma de los beneficiarios:

«Al salir de la cárcel fue cuando valoramos en profundidad al P. Nieto. Con maternal entrega logró que no nos faltase, en medio de una gran escasez de víveres, lo indispensable, no sólo en lo moral y religioso, sino en lo físico y material. Por su mediación no pocas familias se privaban de la reducida ración de pan, para que *sus seminaristas* —como él decía— pudieran merendar. El mismo mataba el hambre, que por nosotros se imponía, comiendo cacahuetes. Fue para nosotros el auténtico pobre de Yahvé.»

«Todo el día estaba en la calle, a fin de solucionar problemas a toda la gente, de cualquier orden que fueran: confesar, decir misa, llevar comuniones, colocar gente por las casas, dar dinero, ropas, etcétera, consolar.»

«El P. Nieto fue el verdadero Padre espiritual y material, que cuidó de mí y de otros cuatro compañeros durante esos cinco meses en Santander y seis en Bilbao. El nos atendió espiritual y materialmente, cuidándose de nuestro alojamiento y gastos personales. En Santander eran frecuentes las entrevistas que teníamos con él, simulando pasear por el muelle y Paseo de Pereda: en realidad lo que hacía era confesarnos y recibir nuestra cuenta de conciencia. Aprovechaba la ocasión para infundirnos ánimos, a la vez que nos daba noticias de la marcha de la guerra. También se preocupaba de nuestras necesidades materiales. Yo, en concreto, recuerdo que salí del Seminario con la ropa puesta y sin una peseta en el bolsillo. El P. Nieto me proporcionó todo el dinero que necesité para los gastos personales. Como era verano cuando salí del Seminario, no tenía ropa de abrigo; cuando llegó el invierno, él me la proporcionó. Hasta un flamante abrigo llegó a darme, del que aún conservo su recuerdo en la imaginación después de cincuenta años... Viéndonos solos, abandonados, en tantos peligros y sin medio alguno, él se cuidó de todo lo nuestro, haciendo a la vez de Padre espiritual y material. Sin duda alguna que el Señor se sirvió de él para que pudiéramos salir libres. En mi estimación, a él debo la vida y no haber perecido en Santander, como les sucedió a otros cinco condiscípulos.»

5. *Desafiando a la muerte*

En Santander empezó la persecución religiosa casi inmediatamente después del Alzamiento. Las iglesias fueron cerrándose paulatinamente. Nos lo recordaba la narración autobiográfica del P. Nieto. Detrás del cierre de los templos vinieron los saqueos sacrílegos. Los religiosos y religiosas tuvieron que abandonar sus casas. Comenzaron las requisas y registros en muchas familias de acendrada religiosidad y se organizó la caza de sacerdotes, religiosos y católicos destacados. El barco-prisión «Alfonso Pérez», la ermita de Jesús del Monte o el acantilado del faro de Cabo Mayor fueron testigos de horripilantes escenas martiriales. A los incontables destrozos en templos y conventos hubo que añadir los irreparables en vidas humanas. El martirologio comillés de estos meses santanderinos se eleva a 22 entre jesuitas, sacerdotes y seminaristas. No vamos a repetir aquí esta heroica historia de todos conocida.

Baste resaltar algunas relaciones de varios mártires con el P. Nieto: los PP. Nicolás Serrano y Gregorio Ruiz fueron sus connovicios; el P. Olegario Corral fue profesor suyo en el Seminario y convivía con él en la misma casa hasta el día del martirio; otros tres antiguos alumnos fueron preparados por él al martirio con el mes de Ejercicios, como ya sabemos, y siguió tratándoles en Santander hasta su sacrificio; también visitó semanalmente, hasta su martirio, para confesarlos, a los hermanos García Parrado.

La muerte rondaba, por tanto, al P. Nieto. Pero él la desafiaba a cada paso. El P. Delgado, después de su liberación, contaba así la situación de los que aún permanecían en aquel infierno:

> «En Santander todos los templos están cerrados y se persigue con saña la celebración de Misas, y en general el culto católico. Y aquí son las santas y admirables industrias de que se valen nuestros Padres para no quedarse sin esas fuentes de energía sobrenatural. Sobre todo estoy admirado del P. García Nieto. No me explico cómo no le han detenido aún.»

Tanto el P. Casado como otros consideraban su arrojo como humanamente temerario. Pero cuando le aconsejaban más circunspección, respondía con gracejo:

—Ya le tengo dicho al Angel de la Guarda que se cuide de mí, porque si no se queda sin empleo.

A él mismo le oyó Urbicio Ortún, otro de los comilleses dispersos en Santander:

—Yo, si me detienen y van a matarme, les diría. No crean que me ocasionan ningún mal. Al contrario, me adelantan la entrada en el cielo. El mal se lo causan a sí mismos, mereciendo con ello el infierno.

Esta tesitura espiritual, dispuesta al mismo martirio, es la que le hacía actuar de aquella manera humanamente temeraria y como ajena al peligro que corría. Cuenta un compañero suyo jesuita:

> «Se le veía absorto en lo suyo, como si no pasara nada a su alrededor y estuviera en la retirada mansión de Comillas. Su vida estuvo por completo dedicada a la oración, a la Eucaristía y a los demás, con un total olvido de sí mismo.»

Aunque su facha externa no era precisamente la de un cura, su comportamiento no podía menos de delatarlo, a poco que se le observase. Si los milicianos no lo hicieron, ello se debió probablemente a una especial providencia de Dios. En una ocasión le preguntaron por la calle por su identidad:

—Y tú, ¿quién eres? —le pregunta un miliciano.

—Yo, cura.

—Tú, feo, qué vas a ser cura...

Y, al referirse a la anécdota, comentaba él con sentimiento de dolor:

—Amadísimos, ¡y no me creyó! Por lo visto es que yo no era lo santo que tenía que ser, y todavía no estaba maduro para el martirio.

Es posible que su fealdad física le librase efectivamente del martirio. Aunque alguno no considera verídica la historia, otros la narran como tal. Paseaba el P. Nieto con su compañero de pensión, el P. Corral. Junto a éste parecía el P. Nieto un facineroso. Tanto que unos milicianos, al cruzarse con ellos, comentan:

—Ese —refiriéndose al P. Corral— ya va bien servido.

Creían que lo llevaba detenido el P. Nieto, suponiéndole un miembro de la F. A. I.

Vivía, sí, el P. Nieto durante aquellos meses mirando de frente al martirio. Y para esa eventualidad preparaba a sus hijos espirituales. Así escribe uno de ellos:

> «En el tremendo segundo semestre de 1936, en que Comillas dio a la Iglesia de Jesucristo tantos mártires, el P. Nieto desarrolló toda su actividad apostólica en Santander con toda normalidad y con mucho mayor celo —si cabe— para prepararnos al martirio, pues en realidad nuestros profesores y condiscípulos eran inmolados por ser testigos de Cristo, exactamente igual que en cualquiera otra persecución de la Iglesia de época anterior.»

Algunos de aquellos muchachos probaron fortuna con la huida, aunque con impar suerte. Cinco vivían en una pensión de la calle Méndez Núñez, muy cerquita de la del P. Nieto. En una de sus visitas le comunicaron sus planes de evasión a la zona nacional, ayudados por un

guía, conocedor del terreno. Uno de ellos le ofreció su puesto, confiando poder evadirse en una tentativa posterior. El P. Nieto, de primeras, aceptó escapar de «aquel infierno», como él decía. Pero al poco tiempo volvió a la pensión a declinar la invitación:

—Carísimo, lo he pensado mejor. Mientras quede aquí algún seminarista, creo que mi puesto es éste.

Como vemos, se repitió la reacción que ya conocemos de la cárcel de Viñas.

Un día los inquilinos de la pensión le preguntaron si no tenía miedo a dejarse ver tanto en la calle y a hacer tantas visitas a domicilio:

—¿Yo miedo? —contestó al momento—. Más bien pienso que me tienen miedo ellos a mí.

¿Dónde radicaba el secreto de esta fortaleza de alma? En Cristo crucificado. El era de carne y hueso, como los demás mortales, y tuvo también algún momento de debilidad. Fue quizá al principio, en una de aquellas visitas de los milicianos. Sintió un escalofrío y se quedó callado. Al momento sintió vergüenza de su cobardía y corrió a postrarse ante el crucifijo de sus votos:

—Señor, tú diste una vida por mí que tiene un valor infinito, ¿y yo no voy a dar la mía por ti, que no vale dos reales?

Entonces volvió a la puerta, dispuesto a entregarse, pero los milicianos ya se habían marchado. Desde entonces —lo contaba él después— su oración era siempre la misma. Al referirse a aquella vacilación, casi espontánea, decía:

—Fue una cobardía indigna de un seguidor de Cristo. Pero, carísimos, con el crucifijo en la mano no hay dificultad que se resista.

Honda tristeza causó al P. Nieto que alguno de sus hijos cayera en el mismo escondrijo que él le había proporcionado:

> «Un día me llamó —escribe Luis Ortún— y me dice: ¿Cómo os defendéis? Sé de un chalet precioso en la calle Pérez Galdós, número 55, de un coronel buenísimo, don Rafael López Dóriga, que se ofrece a tener como hijo a un seminarista, con tal de que atienda a sus hijos en casa. Como era en El Sardinero, sitio peligroso donde la F.A.I. hacía sus racias y "sacas", nadie aceptó. Pero un día a mí se me acabó el dinero..., y le dije que yo iría. Allá me presenté... Me dijeron: Si algún día usted no come, es que nadie, ni mis hijos ni nosotros, hemos comido. Le manda el P. Nieto, y eso basta. Tanta era la estima que de él tenían. Pasé varios meses en tan grata compañía.
>
> Pero, al ver que se prolongaba tanto la guerra, me decidí a presentarme a filas.»

Al marchar al frente fue a ocupar su puesto en el chalet otro seminarista, Jesús Serrano. Pero, nada más llegar, unos policías le echan mano. Pereció en el tristemente célebre barco-prisión «Alfonso Pérez».

6. *Como en tiempo de San Tarsicio*

El P. Nieto se destacó en el apostolado del sacramento de la penitencia, primero entre los seminaristas, pero también entre otras personas, religiosas y seglares. Su estrafalario atuendo iba ordenado a facilitar el ministerio sacerdotal, y muy especialmente la administración de los sacramentos.

> «Paseaba —escribe un testigo presencial— a determinadas horas por el muelle de la bahía, aparentemente para leer el periódico, pero en realidad con el fin de esperar a los que quisieran ir a confesarse con él, pues era difícil abordar a otros sacerdotes, muchos de los cuales habían perecido, otros estaban encarcelados y otros vivían en la clandestinidad. Muchas veces confesaba también a domicilio a personas o familias que conocía. Por todo ello, podemos considerar al P. Nieto como un gran apóstol del sacramento de la reconciliación.»
>
> «¡Cuántas veces lo vi —escribe el P. Losantos— paseando delante de casa con algún seminarista, al que, cuando terminaba, sucedía otro y otro.»
>
> «Yo he paseado muchas veces con el P. Nieto —cuenta el señor Fernández Ahuja—. Solíamos ir por el muelle, por el Puerto Chico y por donde estaba el Club Marítimo, clausurado entonces. El seguía ejerciendo su ministerio sacerdotal. En una ocasión me encontré con un compañero de bachiller, que era cubano. Una vez que nos reconocimos y hablamos, le llevé al P. Nieto y confesó varias veces con él en la pensión; porque, además de confesar en la calle, recibía también en la pensión.»

Y junto a la penitencia, la eucaristía. Al cerrarse las iglesias no quedaba otra alternativa que la celebración clandestina en las casas o pensiones. Como no podían frecuentar estas Eucaristías más que los inquilinos de la casa o pensión, había que buscar la manera de poder distribuir la comunión a las personas piadosas. Para esto se organizó por el P. Nieto y por otros Padres y sacerdotes una especie de red de ministros extraordinarios para esta distribución: seminaristas mayores y menores, unos con órdenes sagradas, otros sin ellas.

Las diversas narraciones que nos quedan nos transportan a tiempos heroicos de la historia de la Iglesia. Oigamos alguna. Así escribe Urbicio Ortún en *Unión Fraternal:*

> «El P. Nieto, ayudado por otros sacerdotes, como Lamamié de Clairac, Lorenzo Díez, etc., algunos diáconos... y algunos pequeños seminaristas, se desvivía y multiplicaba porque a nadie le faltase la Sagrada Comunión. Yo me puse a colaborar, por indicación de José María Lamamié de Clairac, porque él, que residía en El Sardinero

y daba 70 comuniones diarias, no podía desplazarse después a la capital, ya que se hacía tarde y a no pocas personas se les hacía costoso guardar tantas horas el ayuno eucarístico. Me puse en comunicación con el P. Nieto, encargándome de siete casas poco más o menos, en las que repartía, haciendo de *panadero divino*, unas 35 comuniones en días alternos. También me encargaba de la primera Alameda..., pero allí llevaba la cajita con siete formas un niño de ocho años y daba la comunión el entonces escolar jesuita P. José Losantos, S.J.

Yo le decía al niño: vete como jugando, para que no sospechen; y si te detienen, que no profanen al Santísimo, que te maten antes como a San Tarsicio. Lo cumplió a maravilla y no le ocurrió nada, como tampoco al P. Nieto ni a mí, aunque la operación era un poco complicada. De víspera yo entregaba al P. Nieto una polvera de plata en la que cabían 30 ó 40 formas y señalábamos hora y lugar para la entrega del día siguiente. A la mañana siguiente él me entregaba el depósito sagrado y yo —tras de entregar al niño la cajita pequeña— me iba, como digo, haciendo de *panadero divino*.

Y nunca nos ocurrió nada desagradable, ni siquiera aquella mañana en la que llovía tanto y, tal vez medio ocultos por los paraguas, el P. Nieto se cobijó bajo un árbol y yo en el primer portal del paseo: salí dos o tres veces y, en vista de que no nos atisbábamos el uno al otro, me fui a casita con el bolsillo vacío y él con el sagrado depósito.»

Lo siguiente lo leemos en *Desde Cardosa*, escrito por Angel G. Vallejo:

«Los sacerdotes decían la Santa Misa sobre un paño limpio colocado sobre una mesa o ¡lavabo!, sin vestiduras sagradas, sin luces, en un ambiente saturado de sobresalto y penitencia, con la única asistencia de hermanos en la persecución... Los que tenían la dicha de asistir al Santo Sacrificio, comulgaban en él; y luego sacerdotes y diáconos llevaban a los que vivían en otras casas el pan de los fuertes, encerrado a veces en una caja de polvos o envuelto en un papel. A veces nuevos Tarsicios, como Marcilla y sobre todo Coca, se encargaban de llevar el Santísimo de un sitio a otro para que pudiéramos comulgar... Coca iba todos los días a dos casas de monjas, laicizadas exteriormente, a llevarlas la Comunión, que después repartía la Superiora. Todo esto se hacía dentro de la más exquisita prudencia.»

Estas dos hermosas narraciones pueden servir de modelo para el resto de los casos. Todos, en realidad, fueron similares. El pequeño Coca, del que se nos habla, vivía con el P. Nieto. A su labor de intrépido Tarsicio se refiere una carta del P. Nieto a su sobrino Ramón, de fecha 16 de julio de 1937, a raíz de su liberación:

«Vuestro condiscípulo Coca Gonzalo —le escribe— estuvo conmigo hasta enero y, al pasar yo a Bilbao, quedó en Santander en un pueblecito... Muchas veces llevó en una cajita a Jesús sacramentado, para que pudiesen comulgar algunas personas y religiosas.»

También menciona la relación de Ortún a Lamamié de Clairac, uno de los más eximios colaboradores del P. Nieto. Más tarde escribirá él a una hermana, contándole, con expresiones muy similares a las de Ortún, esta labor de *panaderos espirituales* a las órdenes del P. Nieto. No vamos a narrar la historia de este heroico sacerdote, muerto como capellán el 8 de febrero de 1937. Su biografía está publicada. Una de las primeras preocupaciones del P. Nieto, recién liberado, fue recoger datos de su valiente ministerio en Santander.

Hablando de este ministerio eucarístico, dice José Marcilla:

«Los diáconos que iban un tanto preocupados por el peligro que corrían, después de estar un rato con el P. Nieto, salían dispuestos a todo.»

El mismo Marcilla, que vivió con el Padre la mayoría de estos meses, cuenta un hecho extraordinario que después se ha difundido mucho. No son pocos los que se lo oyeron contar al hoy fallecido sacerdote:

«Las vísperas de los primeros viernes por la tarde —escribe Marcilla en *Unión Fraternal*— el P. Nieto iba al Sardinero a confesar a varias familias que se comunicaban por los patios. Una vez se enfadó una señora con la criada, la cual tenía un novio miliciano; y en venganza le dijo al novio que un Padre iría al día siguiente a las ocho de la mañana a dar la comunión. Allí le esperaron los milicianos y, al llegar, le preguntaron:

—¿Qué lleva en los bolsillos?

—Un pañuelo —les contestó.

—Y ¿qué más?

—Una cajita —dijo.

—Abrala.

La abrió, y le dijeron:

—Guárdesela.

Y volvieron a preguntar:

—¿A qué viene usted aquí?

Dijo:

—Me han llamado, y voy a ver para qué.

Le dejaron pasar, y dio la comunión como de costumbre. Cuando llegó a casa, nos lo contó y dijo que no sabía cómo Dios había hecho eso.»

¿Quiso Dios premiar a aquel amante de la Eucaristía e intrépido apóstol de la comunión con esta intervención extraordinaria, haciendo desaparecer de la vista de aquellos descreídos las sagradas especies?

Muchos años después de los acontecimientos de aquellos meses, todavía aprovecha el P. Nieto el recuerdo de lo acaecido para excitar a sus antiguos seminaristas a la santificación sacerdotal. Así escribe a uno de ellos el 5 de octubre de 1960:

> «Tienes que ser santo, como Jesús y tu Madre te quieren y tú deseas. Recuerda aquellas cuentas de conciencia por las calles de Santander y Bilbao en aquellos meses de persecución religiosa del año 36 y 37; aquellas comuniones que, siendo aún diáconos, llevabais a Religiosas y casas particulares de personas piadosas que tanto anhelaban el recibir al Señor, con peligro de vuestras mismas vidas, como la dieran muchos de vuestros compañeros, quienes desde el cielo pedirán sin cesar a Jesús para que pronto nos juntemos con ellos.»

También administró el P. Nieto otros sacramentos. Quizá aquellas palabras sueltas de su relación autobiográfica «Extremaunción. Viático. Bautismo» encierren otros tantos ejemplos de heroísmo como los mencionados.

Tal fue la plenitud espiritual y apostólica con que el P. Nieto vivió estos meses aciagos. No es extraño que Dios le colmase de consolaciones interiores en medio de tantas dificultades y peligros exteriores. Un sacerdote santanderino, de mucho trato con el Padre, cuenta haberle oído muchas veces:

—La época más feliz de mi vida fue la que pasé en Santander durante la persecución roja.

7. *Hacia tierras más seguras*

Para el 20 de diciembre habían sido ya sacrificados o se consideraban trágicamente desaparecidos 14 comilleses. Al día siguiente asesinaron a otros cuatro. El día 27 las tropas de Franco bombardearon intensamente Santander. Como represalia, los comunistas desencadenaron una persecución más implacable contra la Iglesia.

La relación autobiográfica del P. Nieto se refiere a los trágicos acontecimientos de finales de año con estas esquemáticas palabras que ya transcribimos: «Bombardeo. Salida de casa. Peligro. Hallamos al P. Corral.» El P. Olegario Corral, que vivía en la pensión del P. Nieto, en Padilla, 4, fue detenido la misma tarde de la incursión aérea. El día 29 ó 30 fue hecho desaparecer. Había que evadirse lo más pronto posible de aquel infierno, antes de que acabasen con todos.

Pero también en esta ocasión el P. Nieto fue consecuente con su línea de acción. Su puesto era aquel, hasta ver libres a sus hijos espirituales. Entre el primero de enero del 37 y el día 5 se logró que salieran casi todos, la mayor parte hacia Bilbao. Parece que el mismo Presidente del Gobierno vasco, informado de la situación de los comilleses que quedaban en Santander, se ocupó personalmente de facilitarles la evasión hacia Vizcaya. El procedimiento normal era la consecución de un salvoconducto, aunque algunos de Comillas llegaron excepcionalmente a la capital del Nervión en coche oficial vasco. Para conseguir estos salvoconductos se usaban no pocas veces razones especiosas y caminos muy tortuosos.

El P. Nieto viajó a Vizcaya en compañía de Fernández Ahuja, quien afirma:

—Yo considero un honor muy grande el que me mandaran acompañarle.

Para quienes venían del «infierno santanderino» —según expresión del P. Nieto—, la situación religiosa de Vizcaya era —usando otra expresión literal del Padre— de «paz octaviana». Así la describe uno de aquellos seminaristas evadidos:

> «Aquí el panorama era muy distinto. Las iglesias estaban abiertas al culto. Por la calle se veían sacerdotes con sotana. El Gobierno, en gran mayoría, pertenecía al Partido Nacionalista Vasco. El Ministro de Instrucción Pública, Leizaola, nos facilitó unos certificados en que hacía constar que la guerra nos había sorprendido allí por razones de estudios, sin poder regresar a nuestras provincias de origen. El Presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra, don José Antonio Aguirre, nos ofreció, a través de don Fortunato Unzueta, que había recogido en su casa-curato de la parroquia de Begoña nada menos que a cuatro seminaristas comilleses, puestos especiales en ambos departamentos.»

La nueva situación religiosa obedecía naturalmente a la ideología democristiana del Partido Nacionalista. No vamos a ocuparnos aquí de la contradictoria situación a que se vio abocado el Gobierno del señor Aguirre de tener que coaligarse con los enemigos de la Iglesia, los marxistas, para poder mantenerse y llevar adelante su oposición a Franco. Aquella alianza antinatural entre católicos y comunistas no podía menos de producir también amargos frutos antirreligiosos. El nombre de Cabo Quilates basta para demostrarlo.

8. *«Aquí paz octaviana»*

La breve relación autobiográfica del P. Nieto se convierte, al llegar a los acontecimientos de Bilbao, en una mera minuta conceptual. En tres líneas despacha seis intensos meses. Esto es todo lo que dice:

> «Bilbao, 5 (de enero). Maruri, 6 por la tarde. Aquí paz octaviana. Comida. Oración y estudio (de) moral. Ejercicios para votos. Ultimos votos. Algorta. Comisaría. Retiro. Bilbao. Llegada a ésta.»

Esta última frase («llegada a ésta») alude a Valladolid, a donde llegó después de la liberación de Bilbao y donde fue escrita la relación para informar al P. Provincial que allí se encontraba.

Llegó, pues, el P. Nieto a Bilbao el día 5 de enero de 1937. Al día siguiente por la tarde se trasladó a Maruri, a unos 20 kilómetros de Bilbao, entre Munguía y Plencia, en las estribaciones del monte Jata. Era el destino que le asignaban los Superiores. El párroco de Maruri, don Juan Aguirre, enterado de la situación en que se hallaban los jesuitas llegados de Santander, había ofrecido generosamente su casa para dos de ellos. Con el P. Nieto fue a Maruri el H. Alcorta.

Al punto se puso a las órdenes de don Juan para colaborar pastoralmente en lo que hiciese falta. Un testimonio muy directo nos habla de «las correrías apostólicas que hacía durante varios días por aldeas y caseríos».

Junto a aquella tranquilidad tan gratificante, su estancia en Maruri tenía para él un contrapunto costoso: la lejanía de sus hijos espirituales residentes en Bilbao. Sobre todo al principio, se le vio frecuentemente por la ciudad. ¿Cómo iba a desentenderse de aquellos seminaristas llegados durante las últimas semanas? Aunque todos estaban acomodados en casas de amigos o pensiones de confianza, no faltaban problemas económicos, personales, etc. El P. Nieto seguiría con ellos la misma línea de actuación que en Santander.

He aquí lo que narra uno:

> «En Bilbao, de nuevo juntos los cuatro de Santander, nos proporcionó hospedaje en la Casa Rectoral de la parroquia de Begoña, en el piso que había dejado libre el párroco: allí, junto a la Virgen, pasamos los seis meses, hasta el 18 de junio, toma de la ciudad por las tropas nacionales. En estos seis meses continuó el P. Nieto proporcionándonos cuanto necesitábamos: dinero, comida, ropa, etc.»

La relativa tranquilidad de la vida en Maruri permitía al P. Nieto dedicarse más intensamente a la oración y al estudio. Su narración autobiográfica anotaba, como hemos visto, «oración y estudio de mo-

ral». Unos apuntes autógrafos conservados, con resúmenes de Arregui y Ferreres, parecen de esta etapa bilbaína. Don Nemesio Aguirre, hermano del párroco, que convivía también en la casa parroquial, narraba que el P. Nieto hacía grandes ratos de oración, permaneciendo —según decía— «quieto, quieto». Y añadía: «Era un santo.»

Buen recuerdo conservó el P. Nieto de don Juan Aguirre. Recordó muchas veces aquella visita a Jesús sacramentado con todos los de la familia, después de cenar, para despedirse del Señor.

El día 15 de marzo escribía desde Mundaca a José Luis Garro —del que nos ocuparemos pronto—, el hoy monseñor Cirarda, y le decía:

> «Entre los que se encuentran por estas tierras está nuestro inolvidable P. Nieto, que por ahora reside en Las Arenas. Digo *por ahora*, pues antes los Superiores le enviaron a Maruri; pero como allí, lejos de *sus* seminaristas, se encontraba descentrado, no hubo más remedio que cambiar su residencia, acercándole más a sus seminaristas.»

Sin comentarios. El texto se comenta por sí solo: lejos de *sus* seminaristas se encontraba descentrado. Por eso se le acercó más a la ciudad. Lo veremos en seguida.

9. «*No moriré sin ser santo*»

Recordamos que el asalto a la Universidad de Comillas impidió al P. Nieto la emisión de los últimos votos en la Compañía. Al acercarse el 2 de febrero, otra fecha tradicional entre los jesuitas para este acto, se pensó en hacerlo ahora. Para prepararse a esta consagración definitiva solicitó el Padre al P. Nicolás Fernández, que actuaba *ad modum Superioris*, poder trasladarse a Bilbao para practicar los Ejercicios espirituales. Le fue asignado el chalet de don José María Basterra en Neguri (Algorta), donde ya residían otros jesuitas. Merece un recuerdo especial, por sus desvelos en favor de los comilleses, el P. Basterra, que hacía de Superior de esta pequeña comunidad. El mismo había conseguido de don Juan Aguirre los dos puestos para el P. Nieto y el H. Alcorta en Maruri.

El chalet de Neguri (Algorta), sito en la calle Aiboa n.º 13, junto a la ría de Bilbao, era un excelente edificio de dos pisos, conocido como *Villa San Ignacio*. Disponía incluso de oratorio. Al verse obligado su dueño a huir a Francia, su hermano el P. Basterra consiguió el edificio para los jesuitas refugiados, trasladándose él entonces también a vivir allí. Incluso logró que permaneciese allí la servidumbre de don José María para atender a los nuevos inquilinos.

A Aiboa n.º 13 llegó el P. Nieto para iniciar sus santos Ejercicios, a pesar de haberlos practicado ya en Comillas al final del curso anterior. Hará incluso diez días completos, desde el 21 de enero por la noche hasta el 1 de febrero por la mañana.

Antes de referirnos a ellos, volvamos la vista a otro de los moradores de *Villa San Ignacio,* el novicio jesuita Antonio Sánchez. El es el autor material de los famosos *Recuerdos* de 1937, citados repetidas veces a lo largo de estas páginas. Aquí en Neguri convivió con el P. Nieto, e intimando con él, le fue arrancando aquellos preciosos *Recuerdos* autobiográficos. El origen de los mismos queda explicado en una nota, firmada en Bilbao el 17 de mayo de 1937. *Nota* y *Recuerdos* fueron remitidos entonces al Archivo de la provincia jesuítica de León. En ello anduvo la mano de la Providencia. He aquí la nota del P. Antonio Sánchez, hoy celoso misionero en Santo Domingo:

> «*Por qué escribo estas notas:* Por haber convivido con el P. Nieto durante este crítico año de persecución religiosa, desde el mes de febrero hasta el de mayo, tuve ocasión de observar por mí mismo lo que tantas veces había oído acerca de sus virtudes no vulgares.
>
> Durante todo este tiempo observé atentamente su conducta, cosa para mí bien fácil, pues estábamos juntos todo el día.
>
> Aprovechándome de la franqueza con que el Padre me trataba, sobre todo en los momentos en que se mostraba más efusivo, le fui haciendo preguntas acerca de su vida pasada, con el fin de ir tomando algunos datos acerca de ella, para que no pasasen desapercibidos el día que muera y puedan servirnos a todos de edificación y de estímulo.
>
> Todo lo que de él dejo escrito, lo tomé directamente de sus labios. Después de cada conversación, en que podía consignar algo digno de notarse, me retiraba a mi habitación, donde lo copiaba diligentemente. Sea todo *ad majorem Dei gloriam.* Bilbao, 17-V-37.»

El móvil de esta providencial iniciativa lo explica así el hoy celoso misionero:

> «En el Noviciado oí que el P. General de la Compañía había dicho que, de los religiosos de vida nada común, es decir, de virtud extraordinaria, se fuesen tomando datos discretamente, aun en vida de los mismos. Eso es lo que a mí me movió a escribir las notas que escribí.»

Sobre los Ejercicios de preparación para los últimos votos, dicen los *Recuerdos* de Antonio:

«Estos días vivía aquí con nosotros. Tuve ocasión de observarle de cerca. Se acostaba a las diez y se levantaba a las tres y media, permaneciendo en la capilla hasta las ocho y media.

—No he hecho otro propósito que el de ser santo —me decía al salir de los Ejercicios.»

Esa decisión de llegar a la santidad es efectivamente la nota más saliente de estos importantes Ejercicios. Afortunadamente se nos han conservado de su puño y letra unos Apuntes de ellos y la Reforma de vida: «No moriré sin ser santo», leemos en la Reforma. «No quiero ni querré otra cosa durante mi permanencia en esta vida sino ser santo.» Comenta el P. Antonio: «En estos días se pasaba la mayor parte del tiempo en la capilla de la casa.»

10. *Consagración definitiva*

Para los que han seguido hasta aquí la peripecia vital del P. Nieto, puede sonar a ironía hablar ahora de «consagración definitiva». El ya vivía esa consagración desde hacía mucho, pero faltaba aún el último eslabón jurídico: la profesión definitiva, lo que llaman en la Compañía «últimos votos». Acabados los Ejercicios, se traslada a Bilbao. El primero de febrero hace la renuncia plena e irrevocable de todos sus bienes y derechos, disponiendo de ellos en favor de su hermano; y, muerto éste, del Seminario de Anking. Su siempre vivo espíritu misionero alentaba con más fuerza, si cabe, durante estos meses. Oigamos nuevamente lo que dicen los *Recuerdos:*

«El Jueves Santo (25-III-1937) fuimos juntos a Misa a la parroquia. Estaba muy emocionado, muy efusivo. Me habló con entusiasmo de sus ansias de ser misionero, pero misionero a lo Javier, a lo San Pablo, correr de un lado a otro a fundar la Iglesia, no sujetarse a un pueblecito.

—Estas ansias ya se las expuse al P. Maestro en el Noviciado. Más aún me llaman la atención y me atraen las leproserías —me decía—. Estos deseos los manifesté aún antes que los de ser misionero... Quisiera poder comunicarme con el P. Provincial para poder insistir en la idea de las misiones y leproserías...

Este mismo día de Jueves Santo salimos a visitar monumentos, por la tarde, los dos solos. Durante largo rato me habló con el mismo entusiasmo que por la mañana de las misiones. ¡Que Jesús haya hecho tanto por los hombres, y se estén condenando tantos!»

Y llegó el día de la Purificación de María. A las ocho de la mañana emitía sus últimos votos en la Iglesia del Sagrado Corazón de la Casa

Profesa de Bilbao. Se los recibió el P. José María Otegui, Prepósito de la Casa, quien hacía las veces de Vice-Provincial de los jesuitas bilbaínos.

Tampoco *sus* seminaristas podían quedar alejados de esta celebración. Nos lo narra José Arribas Sanz, uno de los acogidos en la casa de don Fortunato Unzueta, el párroco de Begoña:

> «Recuerdo una anécdota que prueba la gran delicadeza y humanidad del P. Nieto. El día 2 de febrero, fiesta de la Presentación, el P. Nieto hizo o renovó los votos perpetuos. Pues bien, el buen Padre quiso que celebráramos ese día obsequiándonos con unas tabletas de chocolate y un bote de leche condensada. Así, con una chocolatada hecha por nosotros mismos y un flan de leche condensada celebramos los votos del P. Nieto.»

Aunque quizá de algunas semanas después —pero siempre en la misma línea de humanidad— es lo que cuenta Urbicio Ortún:

> «El P. Nieto era muy comprensivo. Preparé yo en cierta ocasión en mi pensión de Bilbao —Campo de Volantín, 6, 2.° izquierda— una *suculenta merienda,* consistente en una buena ensalada de lechuga con anchoas a la vinagreta, porque el aceite brillaba por su ausencia, más una buena ración de pan...; la reunión nos servía para cambiar impresiones los cinco o seis que estábamos... Esta merienda la hicimos dos veces. En la primera nos pescó el P. Domínguez y no le agradó del todo, pues le parecía un despilfarro, sobre todo lo de fumar, que por aquellas kalendas era prohibitivo en el Seminario de Comillas.
>
> La segunda vez cayó por allá el P. Nieto y le agradó la reunión y camaradería que reinaba en el grupo; nos preguntó por nuestras vidas y milagros, y la recomendación final fue que todo le parecía muy bien, con tal de que todos los días hiciésemos la media hora de meditación.»

La misma tarde del día de los votos regresó a Maruri, que todavía seguía siendo su destino.

11. «*¡Cuánta podre, Antonio!*»

Los *Recuerdos* del P. Antonio no nos dicen hasta cuándo permaneció en Maruri. Al parecer hasta finales de febrero o principios de marzo. El hecho es que en la cuaresma lo encontramos ya destinado en Neguri, en *Villa San Ignacio.* Cedamos la palabra al P. Antonio, que nos narra algunos de los incidentes de la vida del P. Nieto en estas semanas:

«Al empezar la Cuaresma comenzaron a salirle granos por todas partes, de la cintura para abajo. El no hizo caso de ellos y —debido tal vez a este abandono— se fueron infeccionando, criando gran cantidad de pus. Cuando vino aquí (desde Maruri) no dijo nada. Llegó a este chalet de Algorta (calle Aiboa, 13) el jueves (quizá el 25 de febrero o el 4 de marzo), destinado a permanecer aquí. Esa misma tarde fue trasladado a Las Arenas, chalet número 10, con miras a ayudar en las tandas de Ejercicios que se iban a comenzar el lunes siguiente. Sólo pudo hablar una (vez), y esto con dificultad, por la ronquera que le vino. Los granos empezaron aquí a salirle en las manos, y ya le fue imposible ocultar por más tiempo (lo que le pasaba). Se le obligó a ir al médico, quien le examinó y vio el estado en que se hallaba. Le sajó varias de aquellas fuentes de pus. Para poder atenderle mejor, volvió a vivir entre nosotros en la casa de Basterra, Aiboa, 13.

Aquí empezó el que esto escribe a hacer el oficio de enfermero, sin experiencia, sin instrumentos aptos. Los primeros días le tardaba casi dos horas en hacer las curas. Con un torpe estilete pinchaba cada uno de aquellos tumores, a fin de extraer la basura que contenían. El mismo los apretaba fuertemente con las dos manos, sin proferir queja alguna. Parecía que no iba con él nada de lo que allí pasaba. Al decirle cuánta podre echaba por las heridas, me contestaba:

—La del alma quisiera yo que saliese.

Visto por otro médico, dijo que la causa de los granos estaba en la sangre, para la cual le dio unas inyecciones.

En estos días se le quedaban los pies helados, según me dijo. Para aliviarle un poquito, le solía poner durante las comidas dos ladrillos calientes (refractarios). Alguna noche se los llevé a la cama. Cada vez que los veía le costaba un disgusto, por la molestia que creía ocasionar.

Como estaba imposibilitado por los granos, por las noches iba yo mismo a acostarlo. No se le dejó echarse en el suelo, mas no consintió dormir con sábanas. Sólo se quitaba la chaqueta y corbata, hacía muy despacio la señal de la cruz, besaba las cinco llagas del crucifijo, que colocaba debajo de la almohada y, vestido, se tendía en la cama, donde le envolvía con dos mantas. Sólo me decía alguna frase suelta referente al cielo, como ésta:

—¡Cuándo este cuerpo dejará libre a la pobrecita alma, para que pueda volar a Dios...!

Con una sonrisa y un ¡Dios se lo pague! me despedía.

Estas ansias del cielo conocí muchas veces que las llevaba muy en el alma, ya en conversaciones particulares, ya en las pláticas que todas las noches nos echaba. Consistían éstas en una exhortación sencilla, llena de convicción, de santo celo. Durante la Cuaresma nos habló de la Pasión. Después de Pascua empezó a exponer llanamente el Catecismo. Hablaba durante unos veinte minutos cuando más.

Se dirigía sobre todo a la servidumbre de la casa que, rezando con nosotros el Rosario, oía con atención las palabras del Padre.

Solía levantarse, durante esta enfermedad de los granos, a las cinco menos cuarto. A las cinco y media celebraba. Terminada la Misa, se arrodillaba en la capilla, y así permanecía inmóvil hasta las ocho y media, que bajaba a desayunar...

Le entusiasmaba esa vida de escondimiento, llena de abnegación.

—Esta idea de vivir escondido —me decía— me la metió el Señor en el alma ya desde pequeñito. Todos los días se lo pido al Señor en el *memento* de la Misa: *Nesciri et pro nihilo reputari; vati et contemni...* (El Jueves Santo, después de la visita a los monumentos), parecía estar completamente abstraído. Esto se lo noté muchas veces en los largos paseos que dábamos. Una vez se lo dije a él:

—Parece, Padre, que está preocupado con algo. ¿Qué le tiene tan abstraído?

—Sólo tengo una cosa que me preocupe, y es la que he tenido toda mi vida y la única que tendré durante toda ella: el paso a la eternidad, el tener que dar cuenta a Dios de todas mis acciones.

Dándonos puntos (para la meditación) nos decía cómo tenemos poca confianza en llegar a ser santos, y por eso no lo somos. Y añadió:

—Yo estoy íntimamente convencido que moriré santo, si quiero.

Lo repitió dos veces: que él moriría santo.

El día 5 de abril cumplió cuarenta y tres años. Me dijo que era la primera vez que decía cuándo era su cumpleaños.»

Hasta aquí la hermosa relación de Antonio Sánchez, que, aunque diáfana por sí misma, merece algún comentario. Y nadie mejor para hacerlo que su mismo redactor, que escribe desde Santo Domingo:

«El buen P. Nieto cogió una tremenda infección. Tenía el vientre lleno de granos, con abundante pus. Por delicadeza y sacrificio no quería ir al médico. Me dijo que yo había de ser su enfermero. Nada extraño que tuviese esta confianza conmigo, puesto que le tuve de director espiritual desde Retórica a primero de Teología. Es más, mi vocación jesuítica tiene mucho que agradecer al P. Nieto. Yo siempre digo que entré en la Compañía por una ventana que la Santísima Virgen me abrió, y que fue el P. Nieto el que me aupó para poder subir...

El grandísimo respeto y cariño que le tenía me obligaban a obedecerle, tomando parte en aquella carnicería. El consiguió una especie de estilete o punzón, un pedazo de varilla, como lo que usan los dentistas para quitar la caries. Me lo puso en la mano y, encerrados en el baño que tenía la casa, me obligó a punzar los granos, mientras él apretaba con las dos manos para que saliera el pus. Lo único que recuerdo ahora es lo que decía:

—¡Cuánta pobre, Antonio, cuánta pobre! Así quisiera yo que saliera la ponzoña de mi alma.

En estas curas, que ahora llamaría inhumanas, estuvimos no pocos días, hasta que fueron secando y cerrando los tremendos granos.»

No fue ésta la única enfermedad que sufrió en estos meses. Cuenta Amadeo Fernández Ahuja, el seminarista que le acompañó desde Santander a Bilbao:

«Siendo niño había recibido una coz de una mula, rompiéndole el tabique nasal. Ello le impedía respirar normalmente por la nariz; tuvo que operarse de esta dolencia en Santander. Pero en Bilbao continuó siendo atendido por un otorrino. Yo mismo le acompañaba a la consulta.»

12. «*Este es un santito*»

En *Villa San Ignacio* hubo en estos meses algún cambio de personal. Pronto vemos por allí también al P. Sola y al mismo Fernández Ahuja, el seminarista que le acompañó desde Santander, que se preparaba para ingresar en la Compañía. También frecuentaba el chalet Néstor Basterra, uno de los hijos del dueño. Todavía recuerda éste los comentarios del P. Basterra, referidos al P. Nieto:

—Este es un santito: ya verás cómo con el tiempo será —le repetía con ese inconfundible hipérbaton vasco.

La seriedad con que el P. Nieto tomaba las cosas espirituales queda reflejada en esta anécdota:

«Era el día de retiro en *Villa San Ignacio*. Lo dirigía el P. Nieto. Como llamaban varias veces a la puerta, y el P. Basterra tenía que atender las llamadas, el P. Nieto dijo que así no se podía hacer retiro y que era mejor dejarlo. No lo dijo de malos modos, pero sí con firmeza. Y se suprimió el retiro.»

Resalta Fernández Ahuja otras virtudes del Padre, como la conjunción de su austeridad con su humanismo, su confianza en Dios, etc.:

«Tenía —dice— un espíritu de austeridad tremenda: dormía sin colchón. Ni por santa obediencia —es un decir— se lo pudo imponer el P. Basterra. El andaba a lo suyo: a su vida de oración. Por lo demás era muy humano, como podrá observarse en el siguiente hecho. Cuando marchó el P. Sola, con los HH. Iturri y Uranga, a embarcar en Santurce a principios de mayo, llevaba un hatillo, y me dijo el P. Basterra que los acompañara hasta la estación. Pero yo pasé el transbordador, pues no había tren. Cuando regresé era

muy tarde: cerca de la una de la noche. El P. Basterra me riñó, por haberles acompañado más allá de lo indicado. El P. Nieto, sin embargo, me dio la razón. Me dijo que había hecho muy bien en acompañarles. Era muy humano y comprensivo.

Lo que yo más resaltaría del P. Nieto en aquellos momentos difíciles es la serenidad. No se alteraba por nada. Era muy providencialista, y se dejaba guiar por el Espíritu. Junto a esto me llamó también la atención su trato tan familiar. En Comillas le veía como un Superior: aquí no. No sé qué tenía, que se hacía querer, y más en unas circunstancias tan poco normales como aquellas.»

Fuera de casa usaba un atuendo similar al que ya conocemos de Santander. Así lo describe el P. Antonio Sánchez:

«Parecía un facineroso: vestía lo que se llamaba entonces una *pluma*, especie de gabardina sencilla, color claro, con forro de goma; más bien propia para defenderse del agua. El la usaba siempre, lloviese o hiciese calor. Se tocaba la cabeza con una enorme boina vasca toda vieja, con el pico hacia adelante, que casi le cubría los ojazos con sus gordísimas gafas. Cuando metía las manos en el bolsillo y se ponía un poco de medio lado, como apoyándose sólo en una pierna, cualquiera le podía tomar por un comunista rabioso, un auténtico tragacuras.»

En realidad al principio de su estancia en Bilbao, ni siquiera tenía sotana. Tuvo que dejarla en Santander, al igual que su crucifijo de los votos, su breviario, etc. Hubiera sido demasiado expuesto viajar con tales objetos en el hatillo. Allá hacia la primavera pidió a Fernández Ahuja, que tenía facilidades para viajar entre Santander y Bilbao, que mirase a ver la posibilidad de traerle todo aquello tan querido para él:

«Me encargó —dice— que, si buenamente podía, sin exponerme lo más mínimo, se lo recogiese de la pensión y se lo trajese. Una y otra vez me repetía que no me arriesgase. Se veía que lo sentía cuando me hacía el encargo, como si temiese que me fuera a pasar algo. También el P. Escudero me dijo si podía traerle una gabardina y un mono de miliciano que había dejado en Santander. Conseguí cumplir estos encargos de la manera siguiente. Me puse el mono del P. Escudero, que me quedaba muy grande, y amarré en la parte interna de las pantorrillas con unas cuerdas dos tomos del breviario del P. Nieto. El crucifijo lo amarré entre el cinto. La sotana quedó disimulada entre el resto de las cosas del hato. También compré, con dinero que me proporcionó el P. Nieto, tabaco —que no había en Bilbao—, leche en polvo SAM y Nestlé condensada.

Ya en el tren, camino de Bilbao, entran unos milicianos y hacen un registro a la gente, por si llevaban joyas, etc. En aquel momento un miliciano, que iba al frente o venía de él, puso encima de mi

asiento su macuto y su fusil. Los otros creyeron que aquello era mío, hasta el punto de que me confiaron revisar una agenda de un viajero, por si había algo comprometido. O sea, que me tomaron por un miliciano... De esta manera pude traer aquellos objetos tan queridos para el P. Nieto.»

Podemos imaginar los besos que éste estamparía en aquel su entrañable crucifijo de los votos.

13. *Dispersión*

Debió de ser a principios de mayo. Un día se presenta en *Villa San Ignacio* la Policía Gubernativa del PNV, ordenando desalojar el chalet. Sus moradores fueron detenidos y conducidos a los sótanos de la Bolsa, que servían de calabozos.

Fernández Ahuja refleja así la actitud espiritual del Padre en este trance:

«Yo le decía, mientras esperábamos las diligencias, que les iba a decir a los vascos que yo había huido de los fascistas y encontrado en Bilbao calor familiar; pero que ahora ellos me fastidiaban. Entonces el P. Nieto me contestó que había que acordarse de Cristo en la Pasión, cuando sufrió procesos tan injustos y humillantes:

—Esto es nuestra Pasión —decía—, por lo que hay que dejar a un lado las razones humanas.»

La prisión bilbaína duró sólo unas horas. Pero se mantuvo la orden del desalojo del chalet. ¿A dónde ir ahora?

Al parecer fue en un piso de la Alameda de Mazarredo. Ciertamente quedó en la ciudad, donde siguió viéndose con los seminaristas y confesándolos.

Hacia estas fechas parece se presentó al P. Nieto una oportunidad de evadirse al extranjero, que él rechazó con las mismas motivaciones de otras veces. Los de Comillas intentaron una evasión colectiva, con una solicitud al Ministerio de la Gobernación, que no prosperó. También las evasiones individuales tropezaron con muchas trabas.

Cuentan que el P. Nieto renunció al privilegio que le daba su aspecto de sesentón. Lo narra uno de aquellos seminaristas refugiados en Bilbao:

«La Cruz Roja organizó una expedición, para llevar a Francia, sacándolos de la zona peligrosa de guerra, a niños y ancianos. El P. Nieto, por la austeridad de su vida, representaba más edad de la que tenía. Las autoridades le ofrecieron un pasaporte para salir, pero él respondió:

—No puedo irme hasta que todos los seminaristas estén a salvo o muertos.»

La toma de Bilbao por las tropas de Franco culminó el 19 de junio de 1937. Después de la toma de la ciudad, pronto cayó también todo el occidente vizcaíno. Para el P. Nieto y otros muchos jesuitas era el fin de una pesadilla. El acceso a Castilla quedaba expedito.

14. *«Algún día tocarán a gloria las campanas»*

El primer pensamiento de aquellos jesuitas leoneses dispersos en Vizcaya, profundamente penetrados del sentido de la obediencia religiosa, fue el de ponerse a las órdenes del P. Provincial, para que dispusiese nuevamente de ellos. Durante el cautiverio bilbaíno el P. Nieto había dicho a Antonio Sánchez en más de una ocasión:

—Si salimos con vida de Bilbao, pediré al P. Provincial que me envíe a una leprosería; y, si no, a misiones.

El P. Provincial de León, el P. Antonio Encinas, residía entonces en el Colegio de San José de Valladolid. Pero, ¿cómo llegar hasta allí? Dejemos la palabra a Antonio Sánchez:

> «A los pocos días de entrar las tropas de Franco en Bilbao, en cuanto se supo que el tren llegaba hasta Orduña, el P. Nieto me avisó y arregló las cosas para que me fuera con él hacia Valladolid, a ponernos a las órdenes del P. Provincial.»

Pero ¿por qué tanto interés en coger el tren en Orduña? Para hacerlo sería necesario caminar unos 40 kilómetros con las maletas al hombro, pues era impensable disponer entonces de otro medio de transporte. El misterio de todo residía en la villa de Amurrio, situada a unos 10 kilómetros antes de Orduña. Allí tenía el P. Nieto uno de sus hijos espirituales más queridos y Antonio Sánchez un amigo entrañable. Nos referimos a José Luis Garro Abaroa, alma verdaderamente extraordinaria. No podían menos de visitarlo, aunque ello entrañase tantos sacrificios.

Entre los papeles del P. Nieto ha aparecido —¡cosa rara!— el salvoconducto extendido a su favor el día 24 de junio por la Comandancia Militar de Bilbao. Lleva el número 000287, lo que quiere decir que fue uno de los más primitivos entonces concedidos. Se facultaba al P. Nieto a trasladarse desde Bilbao a Valladolid, vía Amurrio. Así narra Antonio Sánchez este memorable viaje en una relación escrita no mucho tiempo después de los acontecimientos:

> «El año 37, pocos días después de la liberación de Bilbao, hacia el 24 ó 25 de junio, libres ya de la garra marxista, el P. Nieto y

yo, de viaje hacia Valladolid, determinamos ir por Amurrio, a fin de poder visitar a José Luis (Garro). Como aún no podían funcionar los trenes por la voladura de los puentes por los rojos, teníamos que andar a pie hasta Orduña, si nos decidíamos a ir por Amurrio. Bajo un sol de fuego, con sendas maletas de peso más que mediano, emprendimos la marcha hacia el mediodía. Fuera de unos kilómetros que logramos montar en un camión militar, recorrimos a pie los 40 kilómetros. (El P. Nieto caminaba con soltura y alegría.)

Al llegar a Amurrio, después de la gran caminata, el Señor nos tenía preparada, hablando humanamente, una gran desilusión. Las casas vecinas a las de Garro estaban incendiadas. Los rojos habían marchado del pueblo hacía poco tiempo aún. Llamé a la pequeña casita de José Luis (situada hacia las afueras del pueblo, hacia el monte), y estaba desierta. Las puertas abiertas de par en par. Subí arriba, entré en la habitación en que había dejado a Garro tres años antes. ¡Qué desolación! Una bomba había caído en la sala, atravesando la casa de arriba abajo. Después he sabido que en aquel momento trágico estaba en casa el enfermo (José Luis), solo con su madre. Aunque no estaban solos, pues la Providencia los estaba protegiendo de un modo maravilloso. Tres puertas tenía la habitación en que estaba Garro. Las tres arrancó de cuajo la bomba, con la buena suerte, digámoslo así, de que salieron disparadas hacia afuera. De lo contrario hubiesen aplastado al enfermo.

Supimos por el párroco del pueblo que habían tenido que marchar a Oquendo, pueblecito que ya habíamos dejado muy atrás en nuestro camino.»

Desde que, a mediados de marzo, Cirarda había comunicado a Garro la presencia del P. Nieto por los alrededores de Bilbao, el corazón de José Luis se había llenado de alegría, pues desde el asalto de la Universidad de Comillas por los rojos había perdido todo contacto con él. De nuevo le sería posible reanudar la comunicación con su querido P. Espiritual. Por medio de su hermano Antón, que se desplazaba varias veces por semana a Bilbao, pudo José Luis enviarle la correspondencia. El día 30 de mayo fue la última vez que Antón llevó al P. Nieto algo de su hermano: en esta ocasión no sólo fue una carta, como otras veces, sino también los cuadernos del Diario Espiritual. Durante el último mes el P. Nieto los había tenido consigo y los había leído y meditado profundamente. Aquellos cuadernos eran un tesoro que no se podía perder. En el encuentro con José Luis pensaba decirle que continuase escribiendo, sin desanimarse, consignando todos los movimientos de su espíritu. Mas he aquí que a José Luis lo habían llevado a Oquendo.

Pero Oquendo quedaba ya muy atrás en el camino. Imposible volver sobre los pasos. Había que seguir hacia Orduña. Allí, según lo pla-

neado, pudieron tomar el tren. Durante el viaje insistió el P. Nieto a su compañero que pediría al P. Provincial ser enviado a una leprosería, y, si no, a misiones.

Llegado el P. Nieto a Valladolid, escribió la sucinta relación autobiográfica de los meses pasados que ya conocemos, como una especie de minuta para la charla con el P. Provincial. Lo más seguro es que el P. Encinas, con su típica sonrisa socarrona, le indicase que su leprosería y su misión estaban en Comillas, tan pronto como pudiese reabrirse el Seminario. De momento descansaría unos días de la tremenda tensión pasada e iría después a dirigir dos tandas de Ejercicios espirituales al clero diocesano de Salamanca.

La noticia de la liberación del P. Nieto llegó a muchos seminaristas a través de la primera hoja veraniega del Seminario, titulada esta vez *Desde Cardosa en Mondariz*. Para entonces ya se había extendido incluso la fama de su acción apostólica en Santander durante el segundo semestre de 1936.

El 22 de agosto esperaban al P. Nieto en Salamanca para dirigir los Ejercicios al clero.

Dirigió el Padre dos tandas de Ejercicios en el Seminario salmantino. Las fechas debieron ser las siguientes: la primera, en la semana del 23 al 28 de agosto, y la segunda, en la del 30 de agosto al 4 de setiembre. En aquel Seminario se había preparado el P. Nieto para el sacerdocio, lo que no podía menos de hacer revivir en su alma hondas emociones. El obispo Pla y Deniel residía entonces en él, ya que su palacio episcopal había sido cedido para cuartel general al Generalísimo Franco.

Precisamente aquellos días se había trasladado Franco a Aguilar de Campóo para dirigir desde allí la conquista de Santander. La ciudad cántabra cayó en poder de los nacionales el día 26, a mitad de la primera tanda de Ejercicios, mientras que Comillas seguía la misma suerte al comenzar la segunda. Aunque entregado totalmente a su ministerio, el P. Nieto no pudo menos de entonar en su corazón un jubiloso *Te Deum* de agradecimiento.

Pero volvamos a los Ejercicios en el Seminario salmantino.

> «El P. Nieto —escribe un sacerdote— observaba una modestia, tanto en el comedor como en el resto de los actos, que llamaba la atención. Baste decir que en estas tandas participaban personas muy conocidas suyas, sin que observara siquiera su presencia, hasta que se lo dijeron.
>
> Durante las comidas se leyó, sin duda escogida por él, la famosa pastoral de Pla y Deniel, titulada *Las dos ciudades* y publicada el año anterior, que tanta fama adquirió por el enjuiciamiento moral que en ella hacía de la guerra civil española en curso.

> Los comentarios de los participantes en estos Ejercicios eran unánimes: unos Ejercicios extraordinarios. Sus pláticas y meditaciones produjeron en todos una profundísima impresión. El comentario era siempre el mismo: este hombre vive intensamente todo lo que dice. Los que habían sido compañeros suyos en el Seminario, que no eran pocos, se hacían lenguas de su antiguo condiscípulo.»

Pero quizá el comentario más elogioso fuera el del propio obispo. Al final de los Ejercicios —en los que también participó— se reunió con los sacerdotes para comentar algo de aquellos días. En el grupo estaba don Angel Tabernero, el párroco de Macotera, quien al domingo siguiente contó en la homilía a sus paisanos lo que había dicho Pla al enterarse de que el P. Nieto era oriundo de Macotera:

—¡Dichoso ese pueblo —dijo—, porque algún día tocarán a gloria sus campanas anunciando a un nuevo santo!

Durante la estancia en Salamanca pudo contar el P. Nieto a su hermano Ramón, párroco en la ciudad, las peripecias de aquel año terrible. Sus sobrinas Rosa y Gertrudis también fueron a visitarle:

—A pesar de haber ido muy temprano —dicen—, ya había dicho misa. Le hallamos ante el Sagrario de «La Clerecía». Estaba muy pobremente vestido y le llevamos algo de ropa.

Antes de marchar de Salamanca, tenía que visitar también a una familia. El apellido lo dice todo: Lamamié de Clairac. José María, que había colaborado intrépidamente con él en Santander el año anterior, había caído heroicamente en el frente el día 8 de febrero. No podía menos de testimoniar a la familia sus sentimientos.

15. *Un mes de Ejercicios memorable*

El P. Nieto regresó de Salamanca a Valladolid. Tenía que volver a hablar con el P. Provincial, dada la nueva situación creada con la liberación de Comillas. La intención era reabrir el Seminario tan pronto como fuera posible. Mientras tanto iría a La Guardia (Pontevedra) a practicar el mes de Ejercicios con los Padres de la *tercera probación*, etapa en la que los jesuitas, después de los estudios, dedican un tiempo prolongado a un cultivo más intenso de la vida interior y al estudio del Instituto de la Compañía.

De la intensidad y hondura con que los practicó dan fe sobre todo sus apuntes. Se nos han conservado la *Reforma de vida* y un *Diario Espiritual* de la tercera y cuarta semanas, entendido el término en el sentido ignaciano de la palabra. En conjunto nos hallamos aquí ante los textos íntimos más amplios, emotivos y elevados de todos los que

conservamos de la pluma del Padre. En ellos quizá, más que en ningún otro documento, se nos da respuesta a esa tan repetida pregunta por parte de muchos: ¿cómo era la oración del P. Nieto? Un análisis más pormenorizado de estos escritos se deja para el capítulo dedicado a la vida interior del P. Nieto. Baste decir aquí que, a través de la contemplación de la Pasión de Cristo, su alma se ve inmersa en experiencias tan inefables, que no dudamos en calificar de auténticamente místicas. Todo ello se concreta después en una Reforma llena de exigencias espirituales que nos causan asombro.

Estos Ejercicios supusieron el espaldarazo definitivo con que el P. Nieto enfrentó la nueva etapa que se abría ante sus ojos llena de prometedoras esperanzas.

Recojamos finalmente una anécdota que de la estancia del Padre en La Guardia ha conservado un jesuita, compañero entonces del P. Nieto. Una parte del edificio albergaba presos de guerra, mientras el resto lo ocupaban los jesuitas. Alguien, con total apasionamiento poco cristiano, se expresó en el sentido de que había que fusilar a los presos. El P. Nieto se le encaró y le dijo:

—Así no debe hablar un sacerdote.

—Y ¿qué hizo usted cuando le amenazaron durante la guerra en Santander? —replicó el otro.

—Rezar por ellos —contestó.

Capítulo VIII

LOS DIFICILES AÑOS DE LA POSTGUERRA

> «Cuidad más que nunca vuestra vocación, porque más que nunca es necesaria para la Iglesia y para España. La sangre de tantos mártires os lo pide» (P. Nieto, del escrito *Conservad vuestra vocación*, de julio de 1938).

Se sabía que serían pocos los seminaristas que podrían responder a la convocatoria que se hizo aquel octubre de 1937: unos a causa de la guerra, que continuaba su devastadora marcha en diversas regiones de España; otros, por miedo a la situación, aún no consolidada del todo.

Pero eso mismo posibilitaría la reapertura del Seminario más fácilmente, ya que los efectivos personales de que disponía el P. Provincial en aquellos momentos eran escasos. Con todo, era importante poner en marcha la maquinaria, aunque fuera en circunstancias muy precarias. De ese modo el curso siguiente podría ser ya totalmente normal, si la guerra seguía por los derroteros que se preveían.

Así, pues, se decidió iniciar la actividad docente de nuevo en Comillas, después de que el curso anterior se hubiera buscado una solución de emergencia en Mondariz y en Carrión. El P. Nieto recibió la orden de regresar a su querida Comillas, nada más concluir el mes de Ejercicios en La Guardia.

1. *El espíritu de la Legión*

La vuelta al Seminario, abandonado violentamente hacía casi quince meses, hubo de provocar en el P. Nieto sentimientos muy encontrados.

Por una parte, una gran alegría por la recuperación de lo injustamente arrebatado y por la posibilidad de reanudar la formación de los futuros sacerdotes. Pero también una gran tristeza al contemplar los numerosos estragos —algunos irreparables— causados en aquellas queridas instalaciones durante la ocupación de las mismas por los rojos.

A pesar de las anómalas circunstancias, se reunieron unos 60 seminaristas, a los que, al parecer, dirigió el P. Nieto unos cortos Ejercicios al comienzo del curso; los alumnos seguirían goteando hasta las Navidades. De todos modos el número total no subió mucho.

En esta nueva etapa comillesa el P. Nieto figura como el único P. Espiritual de todos los seminaristas, mayores y pequeños. Incluso tendrá que explicar Religión a los de primero de latín. Regenta igualmente las clases de *Ascética y Mística* y *Pastoral* en la Facultad de Teología. En otro orden de cosas, es el Prefecto de los catecismos de los teólogos y Director de todas las Congregaciones marianas establecidas en el Seminario.

Tuvo que ser muy duro aquel curso, en unas condiciones materiales sumamente precarias.

Como algunos seminaristas que llegaron tarde no habían practicado los Ejercicios, pensó el P. Nieto recuperar de alguna manera esa deficiencia, por lo que el 8 de enero organizó un retiro intensivo, apretando las clavijas de lo lindo. También hizo participar a los rezagados en los Ejercicios de los ordenandos que él mismo dirigió durante ese mes. También dirigió los Ejercicios de órdenes a finales de julio. Sobre la actividad del Padre a lo largo de aquel curso nos ofrece estos sintomáticos testimonios Joaquín Teixeira en sendas cartas a su amigo José Luis Garro:

> «Estos días estuvimos haciendo Ejercicios para órdenes... Nos dio Ejercicios, o parte de ellos por lo menos, el P. Nieto; este Padre Nieto que Dios, en su misericordia, no nos quiere quitar de aquí, porque sabe lo que hace. ¡Qué Padre éste! Es algo sublime.»
>
> «El P. Nieto, nuestro santísimo P. Nieto, nos está metiendo fuego; está terrible este año, sobre todo para los que vamos a salir sacerdotes y no volvemos ya más: parece que somos como la niña de sus ojos y el afán de sus desvelos.»

El P. Nieto, en efecto, inyectaba fuego en el alma de aquellos candidatos al sacerdocio. En unos años marcados por el estigma de la guerra, con sus concomitancias de actitudes heroicas, el Padre recurría con frecuencia al espíritu del legionario. Fueron los legionarios de las «Flechas negras» los que combatieron con bravura en la zona de Maruri, en que él estuvo refugiado en Vizcaya. Quizá esta circunstancia le hizo vibrar más con aquel espíritu, que pronto adquirió connotacio-

nes míticas. Cuenta incluso Amando Araújo en la biografía de Joaquín Teixeira que, durante todo este curso 37-38, su biografiado «había escuchado en pláticas y meditaciones del P. Nieto el comentario del Reglamento de la Legión, aplicado al sacerdote».

Era éste un estilo muy acomodado al espíritu vibrante del Padre. Como el jefe enardecía a sus soldados legionarios antes del combate, así la palabra del P. Nieto encendía el corazón juvenil de sus seminaristas. No variaba mucho su estilo al hablar a los sacerdotes más maduros. He aquí lo que dijo en 1960 a un grupo en unos Ejercicios:

> «Jesús invita a ir con El. Tienes que luchar hasta reventar. No hay más santidad que la que nos enseña Cristo en el Evangelio. El va con la cruz y, si nosotros no cargamos con ella, vamos al infierno. Tenemos que ir con la cruz al obrero y al patrono, al rico y al pobre, a todos... Hacen falta sacerdotes legionarios, que no se quejen de nada, que digan ¡viva la muerte! (Credo Legionario); clero legionario, que no quiera otra cosa que trabajar y reventar por Cristo.».

Durante aquellos cursos, hasta la conclusión de la guerra, preocupó hondamente al P. Nieto la situación espiritual de los seminaristas no incorporados aún al Seminario. La posible pérdida de su vocación o de su fervor religioso le torturaba el espíritu. En julio del 38, recién concluido aquel primer curso postbélico, se dirige a ellos a través de la hoja veraniega *Desde Cardosa* con un escrito que titula *Conservad vuestra vocación:*

> «Son muchos los peligros, es cierto; mas también lo es, que no por capricho propio, sino por divina disposición os veis metidos en medio de ellos. Fijad más vuestra atención en esta disposición divina que, precisamente porque las circunstancias son extraordinarias, os tiene reservadas para ahora gracias extraordinarias. Si siempre, de un modo especialísimo ahora, está continuamente a vuestro lado Aquel por cuya disposición estáis ahí donde os halláis.
>
> Para obtener estas gracias extraordinarias para vuestra perseverancia, el medio más fácil y eficaz a la vez, y que está al alcance de todos, es la oración: *Pedid y se os dará,* y nada se os dará con más gusto que la perseverancia en la vocación; nada tan conforme a los deseos de su Corazón Divino como esta súplica, pues *la mies es mucha y los obreros pocos*
>
> Cuidad más que nunca vuestra vocación, porque más que nunca es necesaria para la Iglesia y para España. La sangre de tantos mártires os lo pide: ¡Cuidad vuestra vocación! P. García Nieto.»

La guerra hacía efectivamente estragos en la vocación sacerdotal de bastantes seminaristas. El Padre interesaba en el tema a los que se-

guían los cursos en Comillas. La solidaridad con los compañeros de vocación incorporados a filas habría de concretarse sobre todo en la oración y en el sacrificio. Así, leemos en las Actas de la Congregación mariana del Teologado, a la que en aquellos cursos de poca afluencia se sumaban también los filósofos, con fecha 17 de marzo de 1938:

> «Nos dice (el P. Nieto) unas palabras como preliminar... Hace hincapié en las actuales circunstancias por que atraviesa España y lanza la idea de cómo podemos nosotros ayudar a nuestros compañeros que luchan en el frente, dejando a nuestra sugerencia los medios diversos que podemos pensar poner en práctica, para vivir más el ambiente de sacrificio por que atraviesa España y poder de este modo ayudar a nuestros compañeros.»

Las mismas preocupaciones el curso siguiente. Tanto en la Congregación como en el *Apostolado* se ora para que los del frente conserven la vocación. Más aún, a principios de noviembre del año 1938 expresa el P. Nieto el deseo de fundar una sección en la Congregación para sacrificarse por la guerra. La mayoría de los actos de ambas asociaciones adquieren esa tonalidad de oración y sacrificio por estas intenciones.

En contrapartida de esta solicitud paternal, sus hijos espirituales se acordaban incesantemente del P. Nieto en medio de sus peligros y a él acudían buscando apoyo. Unos le escribían, otros hasta le visitaban cuando les era posible.

Uno cuenta así su trato con el Padre en estos meses de guerra:

> «Cuando venía del frente de Villasante, lo primero que hacía era ir a ver al P. Nieto, que me preguntaba a bocajarro:
> —¿Estás en gracia de Dios para morir?
> —Sí, Padre. Pero como me vuelvo a ir dentro de cuatro días, me confesaré para estar mejor preparado.
> —Eso. Así jamás tendrás miedo alguno.
> Me dio la absolución, y hasta ahora.»

Especialmente significativas fueron las relaciones de Teixeira con el P. Nieto, durante los meses que aquel permaneció como capellán de tropa. Fue destinado a María de Huerva como capellán de los artilleros de la 22 Batería. Su correspondencia con su antiguo P. Espiritual del Seminario es continua. Las cartas del P. Nieto le infunden continuamente la fortaleza necesaria para mantenerse fiel a sus promesas de los últimos Ejercicios. Le envía estampas de la Virgen y varios paquetes de propaganda religiosa, que Teixeira reparte a sus artilleros. Otro tanto hace con diversos folletos y hojas sobre el Sagrado Corazón.

También le envía la vida de un joven jesuita soldado, Juan Paganelli, que dio muchos ánimos al joven capellán.

Durante este heroico curso 37-38 inició el P. Nieto una relación muy fecunda, continuada durante años, con Manolo Aparici, Presidente de la Juventud Española de Acción Católica. Le dirigió los Ejercicios y le invitó a hablar a los seminaristas de sus experiencias en el frente con los famosos *centros de vanguardia*. Sus palabras enardecían a los seminaristas por su patriotismo y coraje apostólico.

Otro de los acontecimientos vividos con emoción en Comillas durante aquel curso fue la restauración de la Compañía de Jesús, decretada por Franco el 3 de mayo de 1938. La Orden volvía a adquirir todos sus derechos arrebatados por el decreto de disolución de la República. En el Seminario se repiten ahora los mismos sentimientos de adhesión y cariño a la Compañía que en 1932.

2. *Sin camino*

Pero los problemas no acababan con la reintegración al Seminario de los que habían hecho la guerra. Aunque la vocación se hubiese salvado, el estilo de vida de la milicia, tan ajeno al estado clerical y al régimen de un Seminario, no podía menos de dejar secuelas muy negativas.

Para hacer frente a estos problemas la Santa Sede decidió intervenir. Con fecha 3 de mayo de 1938, el Delegado Apostólico en España, monseñor Antoniutti, envió una circular a los prelados españoles exigiendo duras condiciones para regularizar los estudios de los seminaristas que por causa de la guerra no hubieran podido seguir regularmente los cursos. Para los que se reintegraban al Seminario desde el frente se remitía al decreto *Redeuntibus* de la Sagrada Congregación Consistorial. Este famoso decreto de finales de la guerra europea determinaba, entre otras cosas, que los seminaristas debían proseguir los estudios interrumpidos «empezando exactamente en donde los interrumpieron», pero haciendo el curso íntegro. Además no deberían ser promovidos a las órdenes, principalmente a las mayores, «antes de ser probados adecuadamente por algunos meses». La circular del Delegado Apostólico endurecía esta última condición del *Redeuntibus*, exigiendo dos años bajo la disciplina del Seminario antes de la ordenación *in sacris*, aunque posteriormente se suavizó para los que no habían prestado verdadero servicio de armas.

Tales disposiciones produjeron no pequeño malestar en los afectados, cosa que repercutió en el ambiente de los Seminarios. En éste, como en otros asuntos, la labor del P. Nieto contribuyó poderosamente para el mantenimiento de la vida espiritual de la comunidad y la quie-

tud de los afectados. Oigamos dos testimonios, uno de un Superior y otro de un seminarista:

> «Desde 1939 a 1942, en que fui Prefecto y Profesor en Comillas, el Seminario mayor pasó un período de crisis, debido a los varios Seminarios diocesanos que se integraron en Comillas —como el de Monte Corbán, etc.— y a la incorporación de los seminaristas que venían de la guerra, con sus hábitos y costumbres secularizantes. Fue un período de adaptación y de cambio. Los que éramos responsables de la formación de los seminaristas tuvimos que aguantar y reparar desórdenes contra el espíritu que siempre había reinado en Comillas. El P. Nieto ejercía en su cuarto, y de una manera silenciosa, de parachoques de las diversas tendencias, sin salirse nunca de su esfera espiritual, dando un ejemplo de equilibrio y trabajando sin descanso por elevar el nivel espiritual del Seminario, con lo que se solucionaron bastantes conflictos.»

Así se expresa, por su parte, un seminarista procedente de otro Seminario:

> «Mi primer curso en Comillas lo pasé haciendo el llamado *prebostado* en el Seminario menor, con los de quinto y sexto. Las colas de seminaristas de estos dos cursos ante la puerta del P. Nieto eran permanentes.
>
> Al pasar al Seminario mayor, comprendí que el P. Nieto tenía la misma indiscutible autoridad moral ante los alumnos del Seminario menor, que ante los canonistas y alumnos del Teologado. Y por cierto, que no era cosa fácil ganarse uno a uno la admiración y el afecto de aquel dificilísimo Teologado comillés de la postguerra, nutrido en gran parte por unos teólogos que tenían que estar en un Seminario cierto tiempo, antes de recibir el presbiterado, porque así lo exigía el decreto aquel *Redeuntibus*.
>
> El único jesuita no discutido, universalmente aceptado y enormemente admirado era el P. Nieto. Lo seguirían o no. Pero nadie lo discutía jamás. A mi modo de ver —y estoy interpretando buena parte de la opinión sensata de entonces— el orden, la observancia, la disciplina de aquel difícil Teologado las sacó a flote la simplicidad de vida transparente y evangélica que vivía e irradiaba aquel bendito P. Espiritual.»

Precisamente en esta coyuntura de la vida comillesa se sitúa la acción de la novela *Sin camino*, del renombrado escritor José Luis Castillo-Puche, seminarista entonces en Comillas. En sus páginas se describen las torturas vocacionales de un seminarista teólogo, de nombre Enrique, que se enamoró durante la guerra de una jovencita.

Por las páginas de la novela van desfilando —en una habilidosa sim-

biosis de historia y ficción— gran parte de los jesuitas comilleses de entonces.

Como no podía ser menos, tampoco está ausente la figura del P. Nieto. Es quizá el jesuita más profusamente nombrado y más inconfundiblemente identificable: su figura se asoma a cerca de 50 páginas de la novela, unas veces fugazmente, otras llenando páginas enteras. Aunque la presentación literaria desemboca a veces en lo caricaturesco, los rasgos físicos y espirituales del P. Nieto están trazados con extraordinaria fuerza. Casi ya de entrada, se le presenta así:

> «Conocido hasta en Roma... un santazo de cuerpo entero. Todo lo que tiene de feo, tiene de santo... Ni come ni duerme... El es quien lleva el Seminario adelante...»

3. *Hasta el límite*

Los años de la postguerra fueron probablemente los de más intenso trabajo del P. Nieto. Era, como queda dicho, P. Espiritual de todos, mayores y pequeños. Y, aunque es verdad que los dos primeros cursos después de la liberación el número de alumnos no fue alto, poco a poco se fue elevando considerablemente. El boletín de información *Comillas*, de octubre de 1943, ofrece esta estadística de alumnos desde 1937 hasta dicho año: 61, 150, 228, 387, 490, 474, 471.

Del 37 al 40 el P. Nieto cargó con todas las comunidades, y en los años siguientes fue poco a poco dejando los cursos de los latinos.

Alguien pudiera pensar que este paulatino desprendimiento de los pequeños aligeraba la situación de sobrecarga que gravitaba sobre el P. Nieto. Nada más lejos de la realidad. La carga era cada vez mayor, debido al mayor aumento en los cursos universitarios. Así, por ejemplo, el curso 47-48 eran 460 los alumnos de las Facultades superiores y el siguiente eran ya 474. Al disponerse el P. Nieto a dirigir el primer retiro espiritual del curso 49-50 a los seminaristas mayores, el amplio y hermoso paraninfo de la Universidad es incapaz de dar acogida a todos, lo que obliga desde entonces a dividir a las comunidades.

No es de maravillar que por estos años se resintiese su salud, hasta el punto de hacerse necesarias varias consultas médicas y un mes de reposo. Más aún: en el curso 43-44 se plantea si no conviene dar un descanso al P. Nieto de medio año.

La correspondencia que conservamos de entonces deja transparentar efectivamente esta sobrecarga. En agosto del 39 —verano, no lo olvidemos— escribe a su hermano:

> «Tengo que estar todo el día escribiendo cartas; aun así tengo más de 180 por contestar.»

Al curso siguiente le vuelve a decir:

> «Son cerca de 400 los que tienen que pasar por mi habitación cada quince días, y muchos todas las semanas.»

En el verano del 40 se repite el mismo agobio:

> «Llegó tu carta —escribe a uno— cuando estábamos haciendo los Santos Ejercicios y, al salir de ellos, me entregaron 115 cartas. Hoy tengo aún por contestar más de 200. Ahí tienes el motivo de no haberte contestado antes.»

A finales de mes la situación se había agravado; el 30 de agosto, en un resquicio que le dejan los ejercitantes a los que dirige el mes completo, felicita a su hermano y le dice:

> «Tengo más de 500 cartas que, en este mes que llevan de vacaciones, me han escrito los seminaristas, sin contestar la mayor parte de ellas.»

Medio mes más tarde había llegado ya otro centenar de cartas. Eran regalitos de vacaciones.

Así resume su vida un teólogo de la postguerra:

> «El P. Nieto rezó mucho. Trabajó a diario, sin intermisiones, constante e incansablemente. Se entregó a su cargo de la mañana (muy de mañana) a la noche (muy de noche). Nos dio un testimonio personal de fe, oración, de austeridad y de entrega.»

Más concreto este otro:

> «A nosotros, los de la guerra —empezamos en plena guerra civil el año 1938—, nos cogió en ínfima, y ya no nos abandonó hasta terminar el cuarto de Teología. Y nos daba puntos de meditación todos los días, y charlas dos veces por semana, y confesión semanal, y cuenta de conciencia por lo menos cada quince días, y Ejercicios espirituales varias veces (sin faltar naturalmente los de las órdenes de presbiterado), y retiros todos los meses, más tres días en Semana Santa. El trato se multiplicaba también en las visitas a los pobres y a los enfermos de Comillas, a las cuales nos llevaba por turno, y en las juntas de la Congregación mariana y del Apostolado de la Oración.»

Enorme el dispendio de tiempo que exigían las reuniones de las dos asociaciones nombradas. Un botón de muestra: en marzo del 39 acuerda

la Junta de celadores del *Apostolado* que cada uno de los siete coros se encuentre periódicamente con el Padre.

4. *Los trabajos y los días*

Aunque la labor del P. Nieto, por su limitación al foro interno, apenas queda reflejada en los acontecimientos normales del Seminario, éstos no podían dejar de afectarle. Hagamos un somero y selectivo recorrido por alguno de esos eventos de estos años.

Por iniciativa del P. Nieto, prefecto de los catecismos que los teólogos impartían en los pueblos cercanos, se concentraron en el Seminario a mediados de mayo del 39 todos los niños de estas catequesis para despedir el curso. Reunidos primero en la parroquia de la villa, subieron luego al Seminario en procesión rezando el Rosario. Concluido el acto eucarístico, se les obsequió con una suculenta merienda. El acto se repetiría los años siguientes. Cuentan que el P. Nieto rebosaba felicidad entre los niños. Acompañaba también con frecuencia a los teólogos a los distintos pueblos y ya conocía a no pocos muchachos y familias.

Al final de aquel curso se representó en la Iglesia de la Universidad el auto patriótico-sacramental del P. Salgado, *España bien maridada.* Según la novela de Castillo-Puche —en correspondencia, al parecer, con la realidad— el P. Nieto no quiso hacer acto de presencia. Durante la larga representación se recluyó en la capilla a orar, en reparación por lo que él consideraba una profanación del templo.

Empezaba a dejarse sentir la escasez de alimentos en aquellos tiempos duros y difíciles. En su lugar se hablará de los esfuerzos del P. Nieto para socorrer entonces a los pobres de fuera. Pero ¿y el Seminario? ¿Sería capaz de soportar la situación? Por si fuera poco, la noche del 15 al 16 de febrero de 1941 se abatió sobre los moradores de La Cardosa una desgracia de proporciones insospechadas: el famoso ciclón que azotó la cornisa cantábrica —complicado en la capital de la Montaña con un debastador incendio— produjo en el inmueble del Seminario considerables destrozos materiales.

Cuando más arreciaba el temporal, amenazando con arrancar de cuajo cuanto encontrara a su paso, el P. Nieto no dejaba de infundir ánimos a los amedrentados seminaristas, cobijados en las piezas más seguras del edificio. Había que confiar plenamente en Dios, señor de los desencadenados elementos.

Se planteó la alternativa de enviar a los alumnos a sus casas o continuar el curso entre escombros. El P. Nieto, dando muestras de una gran humanidad, abogó por lo primero, alegando el estado de ánimo

de los seminaristas y las incomodidades que habrían de soportar. No se le hizo caso, y el curso continuó con grandes dificultades.

Nada más empezar el curso siguiente se hizo angustiosa la situación de avituallamiento del Seminario. Imposible hacerse con víveres para alimentar a 600 bocas. Ya desde el primer mes empezaron las restricciones. Conocemos las normas que los Superiores promulgaron en octubre de 1941 para la Comunidad de los jesuitas. Más duras aún debieron de ser las restricciones impuestas a los seminaristas. El Padre mostró entonces gran elevación de miras y a la vez todo el humanismo que llevaba dentro. Supo imbuir a los suyos los criterios sobrenaturales para hacer frente al sacrificio, pero se mostró comprensivo con la pequeña picaresca que tal situación generaba. Esta fue su actitud:

> «Fue el año del hambre después de la guerra, exactamente el curso 41-42. A pesar de los esfuerzos de los Superiores, no era fácil encontrar alimentos para los seminaristas. Y la verdad es que pasábamos hambre. Nos íbamos a la cama con unos chicharros en conserva, y el estómago de gente joven protestaba. En esta situación íbamos a escuchar los puntos del P. Nieto. El, que sabía nuestra necesidad, solía hacer casi siempre una aplicación práctica al hecho. Lo cierto es que salíamos animados a seguir adelante... Recuerdo haber oído a algunos compañeros que, gracias a las palabras del P. Nieto, logramos sostenernos aquel año en el Seminario...»

Pero también sabía comprender a sus hijos, forzados a veces a buscar peligrosas compensaciones. Lo cuenta con gracejo Javier Esquivel:

> «Durante aquellos días de hambre lo pasé fatal en lo que a estómago se refiere... Un día fui al P. Rector en representación de mis compañeros. Le expuse con la mayor seriedad posible el grave problema económico de Comillas: estábamos manteniendo mil y pico aves, entre gallinas y patas, sin que viéramos en el comedor un solo huevo. En un caso así proponía yo: busquemos la senda de los huevos o comamos las aves, ya que son antieconómicas.
>
> Conté al P. Nieto el paternal recibimiento del P. Rector... Le expuse también al Hechicero —como yo llamaba al P. Nieto— nuestro plan de emergencia: confeccionamos un plano de los alrededores del gallinero, los dividimos en parcelas y señalamos los lugares de puesta clandestina previamente localizados por los oteadores... Periódicamente realizábamos la *recolección* y periódicamente le exponía al P. Nieto la marcha de los acontecimientos. Y ¡qué feliz se sentía oyéndome, dentro de la gran pena que le producía aquella situación! Jamás hubo un reproche. Siempre me decía con gesto de complicidad:
>
> —Carísimo, ya verás si te cogen.»

Se preocupaba de que los seminaristas comiesen y durmiesen lo suficiente. Casos como éste, que cuenta el obispo de Vic, se dieron no pocos:

> «Debido a los nervios de los exámenes y al trabajo me sentí muy debilitado. El P. Nieto —sin haber comentado nunca ese asunto conmigo— un buen día me dijo:
>
> —A partir de mañana tomarás un complemento de alimentación. Ya está pagado. No te preocupes.
>
> Durante varias semanas tomé sobrealimentación... Lo pagó todo el P. Nieto.
>
> Igualmente en una crisis de insomnio que me afectó largamente, me orientó y me ayudó ante el P. Prefecto para que me concediera acostarme a cualquier hora del día en que me sobreviniera el sueño.»

Solemnísimas fueron las fiestas del cincuentenario del Seminario en 1942, a pesar de la apurada situación económica. Dar cuenta de ellas llevaría demasiado lejos.

Las preocupaciones de los más se centraban aquel año en el esplendor de los actos externos del cincuentenario. Las del P. Nieto iban por otros derroteros. Muerto a mediados de 1940 en olor de santidad José Luis Garro, el P. Nieto tenía sumo interés en que alguien escribiese su vida. Buscó un biógrafo en Comillas, pero precisamente por andar todos absorbidos por la preparación de las bodas de oro, no lo halló. Esto le obligó a llamar a las puertas de Joaquín Teixeira, amigo íntimo de Garro y, como él, adictísimo a la dirección espiritual del P. Nieto. Joaquín culminaría la empresa, después de muchos desvelos, aunque nunca viera la luz pública su trabajo.

En uno de los números del boletín *Comillas*, dedicado a estas bodas de oro, se nos ha dejado una visión de *la formación espiritual en el Seminario de Comillas* que, dentro de la idealización propia de tales evocaciones, responde bien a la realidad. A través de ella vemos las líneas maestras de la labor espiritual del P. Nieto. El punto de partida, vivificador del resto de las tareas, es *la vida espiritual*. El rasgo más fundamental de ésta es el ambiente de anhelos de perfección en que vive envuelto el seminarista. Y los elementos que contribuyen a hacérselos sentir y a fomentarlos son la oración, la dirección espiritual, la vida mariana, la vida eucarística, el espíritu de abnegación, la caridad y el celo apostólico. En el desarrollo de cada uno de estos elementos se van retratando muchos rasgos típicos de la actividad del P. Nieto: insistencia en la vida interior, proposición de los puntos de meditación, trato filial y frecuente con los PP. Espirituales, vitalidad y celo de las Congregaciones marianas, visitas a los pobres y enfermos, etc. Resaltemos

tan sólo lo relativo a la vida eucarística, tan tenazmente promovida por el P. Nieto; allí leemos:

> «*El amor a Jesucristo sacramentado* y la vida íntima de Sagrario que se inculcan de continuo en exhortaciones y retiros espirituales, tienen su manifestación más significativa en las visitas voluntarias y particulares que suelen hacer al Santísimo durante las horas de recreo. En los días de vacación, siempre hay varios, tanto en la iglesia de la Universidad como en la capilla del Seminario menor, acompañando a Jesucristo.»

Se resalta igualmente algo que, según testimonio muy reiterado, fue un fruto de los criterios sobrenaturales inculcados día a día por el P. Espiritual: la suavidad con que se procede en la marcha externa y disciplinar del Seminario, en la que apenas se precisa vigilancia alguna.

Al final de aquel curso 41-42 el P. Nieto hacía con los seminaristas una evaluación de la devoción eucarística entre los alumnos, y muy en concreto de las visitas al Santísimo. Para ello se realizó una encuesta previa, cuyos resultados leyó y comentó el Padre en sucesivos paseos con las distintas comunidades. Era ésta una práctica que él fomentaba mucho, acompañando unas veces a un curso o grupo, otras a otro. Solía ir al parque del palacio del Marqués de Comillas, al Monasterio carmelitano de Ruiloba, etc. Para él suponían estas salidas la única expansión que se permitía, mientras que para los seminaristas se convertían en ocasiones privilegiadas de trato franco y distendido con el P. Espiritual. Al curso siguiente la evaluación sería de la devoción al Corazón de Jesús.

Reiniciaba entonces el P. Nieto —después de la guerra— el fructuosísimo ministerio de los Ejercicios espirituales con los sacerdotes. Se harían famosos los de mes que dirigía durante los veranos, porque para él no había vacaciones. A ello dedicaremos mayor atención posteriormente. A la conclusión de la tanda de 1943 tuvo el consuelo de impartir la última absolución a otro gran formador de sacerdotes, P. José María Sarabia.

Confortado con esta absolución final, a las pocas horas entregaba su alma a Dios. Estimaba él mucho al P. Nieto.

> «Una de las primeras cosas que oí al llegar a Comillas en 1942 —escribe un seminarista— fueron unas palabras del llorado P. Sarabia. Decía:
>
> —Lo mejor que tiene Comillas es el P. Nieto.
>
> Cuantos nos formamos allí podemos atestiguar la verdad de esta afirmación.»
>
> «Una frase feliz del malogrado P. Sarabia —añade otro— lo definía como un ser totalmente sobrenaturalizado. En el P. Nieto —decía— lo sobrenatural es natural.»

Los estudiantes de teología de la Compañía inauguraron su comunidad en Comillas en 1940, ocupando una zona del Seminario menor. El 7 de marzo de 1942 se bendijo la primera piedra de su futuro Colegio Máximo junto al Seminario. La inauguración oficial de la nueva casa tuvo lugar a primeros de 1944, a donde se trasladaron primero los estudiantes teólogos, y al curso siguiente los filósofos. Pronto murió de cáncer su P. Espiritual, el P. Ginés Recio. Ante la situación, el 2 de enero de 1945 se trató en la consulta de la Universidad el siguiente punto: «buscar un Padre Espiritual urgentemente para el (Colegio) Máximo». Entre los nombres barajados, los del P. Nieto y P. Ignacio Díaz. La propuesta no prosperó, y el P. Nieto siguió en su puesto.

Poco fue el trato de éste con los jesuitas del Colegio Máximo, porque no quería desviarse de la tarea que le habían encomendado. Sin embargo, a veces acepta alguna invitación. Así, por ejemplo, en junio del 44 les dirige un triduo de renovación de votos. Todos quedan admirados, según se anota en el Diario, «de su sobrenatural elocuencia y de la santidad que rezumaban sus palabras». Las contadas veces que, con posterioridad, les dirija la palabra se repetirá esta primera impresión. Con todo, no pocos jesuitas acudían a hablar en privado con él, atraídos por su santidad.

La misma fama de santidad se difunde mucho entonces fuera de Comillas, gracias, sobre todo, al mes de Ejercicios que había empezado a dirigir en verano desde el año 42. Ese año tendría lugar en Carrión de los Condes y los dos siguientes en Comillas. Pero a partir de 1945 se haría ininterrumpidamente en Pedreña, junto a Santander. Todos los sacerdotes que acudían salían haciéndose lenguas de la oración, penitencia y apasionado amor a Cristo de aquel hombre lleno de contagio espiritual. Esta fama haría que pronto se viera desbordado por múltiples peticiones de Ejercicios. Siempre dio preferencia a los de Pedreña, lo que, a la larga, se demostró ser un acierto. Tendremos ocasión de profundizar en el tema.

Es el final de los años cuarenta una época de grandes inquietudes sociales entre los seminaristas de Comillas. Empezaban por entonces a coger fuerza diversos movimientos de apostolado obrero, que impactaron mucho, sobre todo a los teólogos. Así empezaron a formarse diversos grupos en el Seminario que fomentaban esta tendencia apostólica. Entonces solía emplearse una palabra que hoy está en desuso: teología o apostolado *obrerista*, se decía. Temas como el de la J.O.C. o los sacerdotes obreros apasionaban a muchos. Dos concreciones tuvo el Movimiento en Comillas: los equipos jocistas y distintas secciones de orientación social en el seno de la Congregación mariana. En ambas cosas estuvo muy presente el P. Nieto, aunque aquí nos referimos en exclusiva a la J.O.C.

El punto de despegue tuvo lugar al final del curso 48-49, aunque el ambiente estaba ya caldeado de atrás. A lo largo del curso tuvieron los seminaristas diversas conferencias de carácter social, una de ellas a cargo de un peón de Altos Hornos y propagandista de la HOAC. Pero fue, sobre todo, el curso de cuestiones económico-sociales de finales de curso, con la presencia de Mons. Cardijn, lo que más interés suscitó. El fundador de la J.O.C. impartió cuatro conferencias que entusiasmaron a los seminaristas. No consta el encuentro del P. Nieto con Cardijn, aunque se puede suponer, dado que el Padre era el director e impulsor del movimiento social entre los alumnos. Después de marchar de Comillas, Cardijn envió una carta manifestando «que no había encontrado en el mundo otro Seminario de tan elevado espíritu». En el mismo sentido se expresaba en otra misiva al P. General de la Compañía. No es extraño que éste se deshiciese en alabanzas del Seminario comillés *de quo quotidie tanta audio*, como dijo textualmente en 1950.

La impresión dejada en Comillas por Cardijn queda reflejada así en el boletín *Comillas:*

> «Cardijn ha pasado entre nosotros como una antorcha crepitante de entusiasmos que se desprenden de una siembra de luz.»

Adquirieron gran auge entonces los equipos jocistas, algunos de los cuales ya venían funcionando con anterioridad a la llegada del fundador de la J.O.C. Su visita avivó el fuego.

Uno de aquellos seminaristas perteneciente a los equipos jocistas no duda en afirmar:

> «Los equipos se debieron, además de a Cardijn, al P. Nieto. El los alentó siempre con entusiasmo, y hasta aprobó el trabajo durante el verano de seminaristas *camuflados* entre los obreros para conocer en su propia carne sus penalidades y dar testimonio, si no de seminaristas, al menos de cristianos.»

Sin embargo, años más tarde no se mostró entusiasta de tales experiencias obreristas de seminaristas y sacerdotes.

Los equipos jocistas, cargados de una fuerte dosis de exigencia espiritual, no podían menos de satisfacer al P. Nieto. En ellos se despertaba un ansia de entregarse —entonces y después— a la conversión del mundo obrero, pero partiendo de una intensa vida interior y de una exigente ascesis sacerdotal. Muchos de estos equipos tuvieron su continuidad más allá del Seminario, siguiendo en contacto con su antiguo P. Espiritual, considerado aún, según expresión de Mons. Oliver, «alma de nuestros equipos».

También se potenciaron entonces otros *Grupos sacerdotales* entre los seminaristas mayores, en estrecha relación con el P. Nieto, más orientados a la propia perfección sacerdotal. He aquí algunos de los compromisos del verano de 1948 de uno de estos *Grupos:* diez minutos de ofrecimiento de obras, al menos media hora de meditación, media hora de Santa Misa, un cuarto de hora de acción de gracias de la Comunión, diez minutos de examen de mediodía, otra media hora de visita al Santísimo por la tarde, Santo Rosario, media hora entre lectura espiritual y puntos de meditación, y diez minutos de examen de la noche. No olvidemos que es tiempo de vacaciones. El *Boletín de actos* había de llevarse «con todo rigor y remitirse quincenalmente al P. Espiritual», quien devolvería el *Boletín* con las observaciones pertinentes. ¡Otro buen paquete de cartas veraniegas sobre las espaldas del P. Nieto!

El verano de 1949 fue muy singular en la vida apostólica del P. Nieto. Solicitado por Mons. Pildain pasó todo el verano dirigiendo Ejercicios espirituales a los sacerdotes y seminaristas canarios. Que sepamos, fue la única vez que el P. Nieto viajó en avión. Según las *Noticias de la Provincia de León* dirigió tres tandas a sacerdotes y otras tres a seminaristas: de éstas, una de mes a 50 teólogos. Una cascada de testimonios se hacen lenguas de la santidad de aquel hombre y de la profunda impresión que hizo en todos su palabra y su ejemplo. He aquí dos —resumidos—, escogidos al azar entre docenas:

> «Me admiró su mortificación. Creo que en todo el mes no usó la cama. Me admiró asimismo la presencia de Dios en que vivía. Decía que teníamos que ser santos y reventar por Cristo. ¡Cómo me admiraba su identificación con Dios! Estaba centrado en la vida contemplativa. ¡Cómo la sentía y la vivía!»
>
> «Ejercicios imborrables —dice otro—. Me han dejado una huella profunda en mi vida sacerdotal. Ciertamente me di cuenta de que estaba en presencia de un hombre extraordinario. Me llamó la atención su gran vida interior. Su vida de oración era continua. Su espíritu de sacrificio, admirable. Los compañeros que hicimos los Ejercicios con él lo recordamos siempre con afecto. Nunca hemos tenido algo igual en nuestra vida.»

Alguien hasta se ha atrevido a escribir que el P. Nieto durante su verano canario inició un auténtico movimiento de renovación espiritual entre el clero de aquellas islas afortunadas.

En la Navidad de aquel año 1949 se procedió en Roma a la apertura del Año Santo, a celebrar en 1950. Comillas, al igual que sucediera en el año 25, pensó en organizar una peregrinación a la Ciudad Eterna. Antiguos y actuales alumnos se darían cita a los pies del Papa, tan amante del Seminario, como había demostrado en repetidas ocasiones. Los

actos en la Ciudad Eterna estuvieron cargados de emoción, sobre todo las audiencias con el embajador ante la Santa Sede, con el P. General de la Compañía y —naturalmente— con el Papa Pío XII, que tuvo con los comilleses signos de especial deferencia y aprecio. Les resaltó su «formación tan completa..., sobre todo espiritual». En aquellas palabras había un reconocimiento implícito a la labor del P. Nieto.

Pero éste no había ido a Roma a oír al Papa. La razón de su ausencia es merecedora de especial recuerdo. Así la cuenta Urbicio Ortún en la revista *Unión Fraternal:*

> «El P. Rector tenía interés en que el P. Nieto fuese uno de los Superiores de la peregrinación; éste se resistía, porque iba a marearse —decía.
>
> —No se apure, Padre, porque hay pastillas contra el mareo, y usted será el preferido en cuanto a la Misa. Además, va a tener ocasión de ver al Papa, al Vicario de Cristo.
>
> —¿Y para qué quiero ver yo al Vicario de Cristo —le contestó—, si tengo al mismo Cristo en el Sagrario?»

El argumento era contundente. Y se quedó con Cristo ante el Sagrario. Lo contó también él más de una vez, con plena naturalidad, sin alarde ninguno, para excitar la devoción eucarística en sus oyentes.

5. *Vida de Sagrario*

La expresión que más gustaba al P. Nieto para referirse a la oración era la de «vida de Sagrario». Esa oración eucarística fue el centro de su vida espiritual. Sólo Dios sabe los miles de horas que consumió a la vera del Tabernáculo.

> «Estimo que Dios —escribe un antiguo comillés—, al regalarle el don de la fe, no le dio un cachito, sino se la dio TODA Y COMPLETA. Vivía de tal modo esta fe cada instante, que no podía ni disimularla, tanto en su cuarto como al pasear por el tránsito o jardín (ni acá se distraía). Pero sobre todo la vivía en aquellas horas sin fin, cuando cerca del Sagrario, de rodillas sin moverse un ápice, le veíamos muchas veces, unas para edificarnos, otras para ver si todavía seguía clavado en el mismo sitio. Comentábamos entre los seminaristas todas estas cosas, y llegábamos a decir que era como el cura de Ars. A mí me parece que veía a Dios cara a cara y no sólo por la fe, a juzgar por la forma de hablar, de rezar, de estar ante el Sagrario.»

Nadie comprendía cómo el P. Nieto —tan sobrecargado de ocupaciones— sacaba tanto tiempo para estar con Jesús sacramentado. Allí se

pasaba las horas muertas, de rodillas en el santo suelo, cuando disponía de más tiempo. Y allí se le encontraba, aunque sólo fuera un minuto, si tenía algún momento libre de trabajo. Tenía hambre insaciable de Sagrario. Caldeado su corazón ante Cristo, su palabra arrebataba después a sus oyentes:

—Carísimos, un día sin oración es un día de perdición. El sacerdote que no ora, está tocando el violón. Si al ir a dormir te das cuenta que no has hecho la oración aquel día, prende una cerilla al colchón, antes de meterte en la cama sin haber orado.

De este tiempo de la postguerra conservamos uno de sus pocos escritos publicados sobre tema tan querido para él. Es de julio de 1941 y se publica en *Desde Cardosa*. El título —naturalmente— *Vida de Sagrario:*

> «Amadísimos seminaristas: Durante estas vacaciones de verano vuestra consigna deben ser las palabras del apóstol San Pablo: *Mihi vivere Christus est:* Mi vida es Cristo. Vivid intensamente a Cristo y en Cristo. Y a Cristo se le vive en el Evangelio y, sobre todo, en el Sagrario...
>
> Mucha vida de Sagrario. Desde por la mañana en la Santa Misa y Comunión, donde Cristo se comunica con generosidad a las almas. Visitadle luego siempre que podáis, para pedirle vuestra perseverancia en la vocación, la pureza angelical y una vida espiritual intensa. Cuanto más almas de Sagrario, más santos y más apóstoles. El Sagrario da calor y vida. Los que tratan mucho con Cristo se les pega mucho de Cristo...
>
> Sed fieles a vuestros ejercicios espirituales, para que conservéis cada vez más acendrado el espíritu sacerdotal. Es lo que pido continuamente para vosotros al pie de nuestro Sagrario. Vuestro Padre Espiritual, P. García Nieto.»

Estas eran las ideas que él vivía intensamente e inculcaba a los suyos día tras día. ¿Cómo no iba a producir fruto tanta hondura y sinceridad?

> «Su influjo en los seminaristas —escribe un neopresbítero de 1942— se vio palpable al poco tiempo, y cada vez más, gradualmente, en la vida externa de piedad y comportamiento general le los seminaristas. Con un tal Padre Espiritual yo creo que sobraba el P. Prefecto de disciplina...
>
> Un botón de muestra concreto de lo que hizo subir la vida personal de piedad de los seminaristas lo constituye la oración mental voluntaria de los jueves. Ya todos hacíamos por la mañana en comunidad la oración mental reglamentaria... Pues bien, los jueves por la mañana teníamos un recreo largo de dos horas de duración. Y en ese recreo el P. Nieto introdujo su famoso *cuarto de hora de*

> *oración* voluntario. Al principio eran sólo los dos primeros bancos de la capilla los ocupados...; al fin en casi todos los bancos había seminaristas en oración voluntaria y reposada... Se comenzó por el cuarto de hora, pero los más hacían su media hora, y no pocos la hora entera... El P. Nieto nos lo aconsejaba con su ejemplo y sus palabras...»

La *Relatio triennalis*, enviada a Roma en noviembre de 1942, resalta mucho esta práctica de oración en recreo introducida por el P. Nieto. Otro tanto ocurre con las Relaciones de las visitas canónicas del P. Provincial a Comillas de estos años enviadas al P. General de la Compañía.

Ya antes de la guerra funcionaba en la Congregación del Teologado dirigida por el P. Nieto la *Sección eucarística*, cuyo objeto era la intensificación del trato íntimo con Jesús sacramentado. Pero no sólo la *Sección eucarística*. El P. Nieto había logrado impregnar del mismo espíritu a otras Secciones de la Congregación: la de *Caridad*, la del *Fomento de vocaciones sacerdotales*, la del *Corazón de Jesús*, etc., tenían todas prescritos para sus miembros diversos actos eucarísticos especiales. De este modo toda la Congregación mariana estaba teñida de este tinte de Sagrario.

Uno de los Sagrarios frecuentados por el Padre con los seminaristas de la sección eucarística (o con otros) era el del convento carmelitano de Ruiloba. Así veían las carmelitas, desde su clausura, aquellos actos en su iglesia:

> «Al P. Nieto lo hemos oído hablar en nuestra Iglesia, pero no se le podía entender, porque, aunque nos dejaba estar a nosotras en el coro, no quería que oyéramos lo que les decía a los seminaristas ya mayores, que pertenecían a una Asociación muy exigente, y hacían sus votos o promesas delante del Santísimo expuesto. Vino repetidas veces... Tenemos muy presente la fama de santidad de que gozaba el Padre. A todos oíamos decir lo mismo: que era un santo, que nunca se acostaba en la cama, sino que dormía muy poco en una silla.»

No variaba mucho el espíritu eucarístico que el P. Nieto infundía en los socios del Apostolado de la Oración, con un acento especial en el aspecto reparador. Baste un ejemplo del curso 38-39. Reunido con los celadores, les exhorta a fomentar entre los compañeros las visitas al Sagrario, yendo ellos por delante con su ejemplo. También les exhorta a mantener frecuentes conversaciones espirituales y a visitar los jueves los Sagrarios de los pueblos próximos. Si el mal tiempo impidiese estas visitas, deberían reunirse para tratar de algún punto que les animase a avanzar en la vida de piedad.

La oración era algo fundamental en la formación que el P. Nieto daba a los seminaristas y sacerdotes. Repetía:

—No hagáis voto de pobreza, castidad u obediencia. Hacedlo de no faltar ni un solo día al Señor en vuestra oración personal.

> «Era condescendiente —se nos dice— en otras cosas, pero en esto de la meditación diaria era intransigente, porque estaba persuadido de que si se hacía oración, había virtud y santidad suficientes para afrontar todas las dificultades que se presentasen en la vida; y si se faltaba en esto, caían por tierra todos los planes de santidad y todos los sistemas de apostolado.»

Decía que quien dejase la oración pronto caería en pecado mortal, sobre todo contra la castidad. A este respecto es ilustrativo lo que cuenta Mons. Cirarda, arzobispo de Pamplona:

> «En vísperas de la ordenación, tras unos Ejercicios Espirituales fervorosos, nos acercamos un pequeño grupo de seminaristas diáconos al P. Nieto a pedirle un consejo que no olvidáramos nunca. Y nos contestó, tras un poco de reflexión:
>
> —Procurad no cometer nunca un pecado mortal.
>
> Nos defraudó, y se lo dijimos. Esperábamos algo más profundo y elevado en nuestro fervor. Pero él nos comentó:
>
> —Lo he pensado bien. Mirad: no cometer ningún pecado mortal parece poca cosa, casi algo negativo; pero supone mucha oración y mucha vigilancia. Sólo teniendo el alma a presión se puede evitar en la vida un pecado mortal. Por eso os lo repito: Mi consejo en estas vísperas de vuestra ordenación sacerdotal es que le pidáis a Jesús no cometer nunca un pecado mortal.»

Tan hondo llevaba esto, que su espíritu recio se enternecía hasta las lágrimas ante la posible defección:

> «En un retiro de aquellos años de la postguerra —escribe uno—, hablándonos de la vocación, se nos echó a llorar, pensando en que íbamos a abandonar la oración, lo que nos acarrearía nuestra ruina espiritual propia y la de nuestro ministerio...»

La oración y la castidad eran cosas que había que tener solucionadas al acercarse a las órdenes.

6. *El cultivo de lo interior*

No es de extrañar que surgieran diversas iniciativas de un cultivo más intenso de la vida interior. Hablaremos en su lugar de un ambicioso proyecto denominado *Cenáculo sacerdotal*, que iba en esta misma dirección, del que formaban parte los Ejercicios de mes. Dejando ambas cosas ahora, mencionemos otras iniciativas nacidas al calor de aquel ambiente, caldeado por el P. Nieto.

Al menos durante cuatro años —del 45 al 48— se llevó a cabo una interesante experiencia con los alumnos que comenzaban filosofía y teología. El objetivo era que iniciasen esa nueva etapa formativa con un mayor bagaje espiritual. Para ello dedicarían en el Seminario todo el mes de setiembre a un cultivo más intenso del espíritu, antes de que llegasen el resto de los seminaristas. Parece que la idea partió del P. Nieto. Al menos él sería el encargado de atenderlos a lo largo de todo el mes: el plato fuerte eran unos intensos Ejercicios, completados el resto del tiempo con otra serie de instrucciones espirituales y actos de piedad. Una especie de mes de Ejercicios mitigado.

No fue ésta la única iniciativa de un más intenso cultivo espiritual surgida por aquellos años en el Seminario de Comillas entre los dirigidos espirituales del P. Nieto. Precisamente durante el curso 46-47 los alumnos de tercero de Filosofía someterían a la consideración de los Superiores un plan más ambicioso todavía. La noticia nos la proporciona el *Libro de Consultas* de la casa el día 25 de abril de 1947, cuando se discute el plan:

> «Los filósofos de tercero, al menos un grupo grande —se dice—, desean tener un año de interrupción para dedicarse más de lleno a la vida espiritual, como ya se hace en algún Seminario.»

Los Padres Consultores, en general, rechazan la idea, por las grandes dificultades de todo tipo que conllevaría su realización, aunque algunos presentan planes alternativos, que en sustancia reinciden en la vieja idea del *Cenáculo Sacerdotal*. Es casi seguro que la idea no fue original del P. Nieto, pues se alude a otros Seminarios. Sabemos que se trataba de «algún Seminario de América». Pero sí vemos la mano (y el espíritu) del P. Nieto en la elaboración del proyecto que se presentó a la consideración de los Consultores de la casa, titulado *Exposición razonada de los alumnos de tercer curso de Filosofía sobre el año de vida espiritual*. Se insiste en «gran espíritu de oración, que arrastre hacia el Sagrario en la oración diaria y en todos los ratos libres», se incluye en el año la práctica del mes de Ejercicios, se exige «gran espíritu de sacrificio, fruto de la intimidad con Dios», etc., etc. ¿Quién no ve en estas y otras propuestas la mano del P. Espiritual?

7. *Hispanoamérica*

El breve *Sempiternam dominici gregis*, de León XIII, por el que se fundaba el Seminario Pontificio de Comillas, se refería ya a la formación de seminaristas de la América española. Esta proyección americana estuvo siempre muy viva en Comillas, aunque hasta 1917 no llegaron a 20 los alumnos de aquellas tierras que estudiaron en el Seminario comillés. Las solemnes fiestas del cincuentenario ya encontraron más ambiente. Desde 1918 hasta entonces los americanos habían alcanzado la cifra de 45. Poca cosa todavía.

Muchas personalidades resaltaron en aquellas fiestas del 42 la irradiación hispanoamericana de Comillas. Se trataba más de un aspecto apologético que de otra cosa. Incluso Franco en su mensaje, decía:

> «Bien sé que en ella (en la Universidad de Comillas) tiene la patria un gran centro de Ciencia Sagrada, que sirve no sólo para irradiar la cultura dentro de España, sino para esparcirla también por las veinte naciones hermanas de América. El que acudan a la Universidad alumnos de la América española, facilita esta obra de Hispanidad que tan felizmente vienen ustedes realizando.»

En realidad, por aquellos años no había todavía más de tres o cuatro alumnos hispanoamericanos en Comillas. Así y todo, las fiestas de la Hispanidad, unidas a la Virgen de Guadalupe (12 de diciembre), se celebraban con gran entusiasmo y solemnidad. Sobre todo las de 1945 superaron con creces a las demás, al hacerse coincidir con el 50 aniversario de la proclamación de la Virgen de Guadalupe como patrona de las naciones hispanoamericanas.

El salto verdaderamente gigante en la conciencia y promoción americana de Comillas se dio durante el rectorado del P. Baeza, del año 43 al 49. Su amplio periplo por el continente americano, que duró casi todo el curso 1945-46, supuso el despegue real de la representación de ultramar en Comillas. En el curso 1946-47, o sea el siguiente al viaje del P. Baeza, eran cerca de 90 los hispanoamericanos que cursaban en las aulas comillesas y pasaban de 100 al curso siguiente. Más alumnos en un solo curso que en los cincuenta años anteriores juntos.

Como se esperaba que la afluencia siguiese aumentando, se pensó en la edificación de un gran Colegio Mayor Hispanoamericano agregado a la Universidad. El día de la Virgen de Guadalupe de 1946 se bendijo y colocó la primera piedra del grandioso edificio. Entre las personalidades asistentes resaltaba la de don Joaquín Ruiz Jiménez, Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, en representación del Ministro de Asuntos Exteriores.

El P. Nieto no ocupó estrados de presidencia, no salió en las fotos; pero el movimiento americano de Comillas le debe mucho por diversos conceptos. Pronto empezaron a sumarse a sus Ejercicios espirituales del verano bastantes de los sacerdotes y seminaristas de ultramar. Vinieron incluso seminaristas del Colegio Pío Latinoamericano de Roma. Con razón resalta Mons. Díaz Merchán, arzobispo de Oviedo, esta vertiente de los Ejercicios del P. Nieto:

> «Consideraba el P. Nieto —escribe— a los Ejercicios espirituales como la mejor escuela para la oración y para experimentar la vida interior. Por ello, consagró gran parte de su tiempo (de verano) a dar tandas de Ejercicios al clero de toda España y de Hispanoamérica.»

Alguien ha llegado incluso a afirmar que, aunque no tuviera otros títulos que invocar, ya sólo por los Ejercicios debiéramos considerar al P. Nieto un gran apóstol del clero español e hispanoamericano.

El mismo Padre resalta con fruición en bastantes de sus cartas la presencia de estos ejercitantes en sus tandas.

A los que trataron al Padre no se les pasó por alto la proyección americana de su actividad. Así escribe el P. Reino, colega suyo tantos años en Comillas:

> «El P. Nieto influyó en toda España y en otras partes, sobre todo en América. Allí están trabajando incansablemente obispos y sacerdotes que vivieron durante muchos años recibiendo la formación espiritual del P. Nieto.»

Ya que el testimonio anterior alude al tema de los obispos, digamos que hasta el final de su vida se relacionó el P. Nieto con los españoles y americanos que llegaron a esa dignidad después de sus estudios en Comillas. Nunca omitía la felicitación navideña a estos prelados. Ya al final de su vida, retirado de sus anteriores responsabilidades, confiesa con toda naturalidad en una charla, que acababa de enviar su felicitación navideña a 13 ó 14 obispos españoles y a seis o siete hispanoamericanos antiguos dirigidos suyos. Entre los obispos americanos tiene el P. Nieto algunos de sus más fervientes admiradores. Baste recordar a Mons. Juan Antonio Flores, obispo de La Vega (República Dominicana), a Mons. Daniel E. Núñez, obispo de David (República de Panamá) y a otros.

Pero esta proyección americana de la labor del Padre no es lo que pudiéramos llamar una visión *a posteriori.* Recién llegado el P. Baeza de su periplo americano, ya alguien dejó escrito en la revista *Unión Fraternal:*

> «Yo, que he estudiado mucho ese concepto de Hispanidad y sus elementos influyentes, dudo que haya otra persona que más intensamente esté influyendo en el sacerdocio español e hispánico que el P. Espiritual de Comillas. Por lo menos en mí y en cuantos conmigo tratan, siguen oyéndose sus voces de ánimo y aliento, que nos lanzan a las locuras parroquiales emprendidas por Jesucristo.»

Pero el P. Nieto no sólo trabajó por Hispanoamérica transmitiendo su espiritualidad a los cientos de seminaristas y sacerdotes de ultramar que venían a formarse a Comillas o a practicar sus Ejercicios con él, sino que promovió incansablemente las vocaciones apostólicas para América de los seminaristas y sacerdotes españoles. Oigamos lo que narra el Diario del Teologado con fecha 9 de diciembre de 1958, en vísperas de la fiesta de la Hispanidad:

> «Nos da los puntos a Telólogos y Filósofos el P. Nieto sobre el problema de América, cuyo triduo empieza hoy. Lo hace lleno de fuego, invitándonos a reflexionar sobre nuestra postura con relación a la escasez de clero en América. Indica que la vocación para ir a América no es una inclinación natural ni una vocación especial, sino que todo sacerdote que sea como debe, ha de estar dispuesto a ir donde Cristo le llame a trabajar. El sacerdote ha de estar dispuesto a todo y para todos.»

Alguno de los que allí trabajaba escribía a los que aún quedaban en Comillas:

> «¿Que por qué me vine a América? Sería muy largo de contar. Algo sabe de esto el P. Nieto. Yo os puedo decir que es otra cosa de las muchas que debo a Comillas.»

Otro, en carta también a los seminaristas de Comillas, invocaba sobre América el espíritu del P. Nieto:

> «Vosotros, que todavía militáis en los libros... soñad alguna vez en montaros en cualquier gabarra, para traer a América lo más puro de la espiritualidad del P. Nieto.»

El proceso de estas vocaciones americanas de tantos comilleses es un secreto que se llevó a la tumba el P. Nieto: «algo sabe de esto el P. Nieto», nos decía uno. Ciertamente se puede afirmar que no pocas se fraguaron o culminaron durante los Ejercicios de mes de Pedreña, ambiente privilegiado para la comunicación con el Espíritu y la respuesta generosa a la gracia. Así escribe uno desde Costa Rica:

«El mes de Ejercicios, dirigidos por el P. Nieto, ocasión de arrancar para Costa Rica con otros dos sacerdotes astorganos, también asistentes al mes.»

El P. Nieto era increíblemente directo al proponer empresas de este tipo. ¿Qué pensaría aquel joven sacerdote al recibir esta carta del Padre?:

«Mi amadísimo en Cristo: Acaba de hacer el mes de Ejercicios en Pedreña el sacerdote mejicano, portador de estas letras, don Enrique Amezcua, quien ha recibido carta de su prelado y le ruega haga cuanto sea posible para llevar un sacerdote español que sea de mucho espíritu, para que trabaje en el Seminario... Creo que tú darías allí mucha gloria a Dios... Espero tu decisión favorable... Jesús te ofrece un puesto... para que formes muchos sacerdotes *santos* en México. No rehuses.»

La estima hacia el Padre de los hispanoamericanos que regresaban a su tierra y la de los españoles que iban a trabajar apostólicamente allá se demostraba en la correspondencia que la mayoría seguía manteniendo con él. Otra señal del aprecio en que la Comunidad hispanoamericana le tenía es el haber sido escogido para dirigir los Ejercicios en el Seminario Hispanoamericano de Madrid. También tenía excelentes relaciones con el Hispanoamericano de Salamanca.

Obispos y Vicarios diocesanos de aquellas diócesis ultramarinas acuden con frecuencia a él exponiéndole sus necesidades pastorales para que les busque colaboradores en España. Las peticiones eran muy varias: ya vimos quien pedía un formador para el Seminario. Desde Santiago de los Caballeros le solicitan en otra ocasión uno que se encargue de la J.O.C., y cosas similares de otros sitios. El buscaba, animaba, aunque a veces se encontraba con dificultades, bien por parte de los sacerdotes, bien de sus obispos.

Es claro que la estancia de los americanos en Comillas no estuvo exenta de problemas. Era de esperar en una convivencia entre gentes de procedencias tan distintas. Las incomprensiones se dieron por parte de unos y de otros. Grande fue la labor del P. Nieto, desde su responsabilidad de director espiritual, para limar aristas y buscar puntos de coincidencia. Su autoridad moral estaba por encima de los pequeños o grandes conflictos de la convivencia diaria. Sintomático es a este respecto un durísimo *Memorial* —por no decir claramente injusto— de 1950 de un hispanoamericano a su obispo, en el que enjuicia muy negativamente la situación de la colonia americana en Comillas. Entre tanta negrura como se agolpa a los ojos de su autor, brilla esplendoroso este rayo de luz: «El P. Espiritual es un gran santo», aun cuando a su labor también le encuentre deficiencias tan exigente censor.

8. *De nuevo la Congregación mariana*

En estos años de la postguerra las tres Congregaciones marianas —la del Seminario Menor, la del Filosofado y la del Teologado— dependían del P. Nieto y en todas imprimía el mismo espíritu.

Había, con todo, problemas específicos para cada una de ellas. Vamos a referirnos a uno casi exclusivo de la Congregación del Seminario Menor: la selección de congregantes. Esa selección se daba por supuesta en el Seminario Mayor, donde prácticamente todos los seminaristas podían incorporarse a la Congregación de sus respectivas comunidades sin trabas especiales. Entre los pequeños solamente eran admitidos los que más se destacaban por su piedad o comportamiento ejemplar. Esto, que hoy suena a discriminación comunitaria, no se valoraba así en la sensibilidad de entonces. Se trataba simplemente de un estímulo para la propia superación.

Dirigió el Padre esta Congregación desde 1937 hasta 1949. El tema de la selección de congregantes fue para el P. Nieto un punto de mira casi obsesivo durante los tres últimos cursos indicados.

Ya en la segunda de las reuniones habidas con la Junta en el curso 46-47 vapulea el P. Nieto duramente a sus miembros. Les dice «que la Junta estaba dormida, que no llevaba tras sí por caminos rectos hacia la santidad a los demás congregantes». Dos días más tarde toma una drástica decisión:

> «El P. García Nieto —leemos—, director de esta Congregación, ha determinado que salgan de la Congregación todos los congregrantes, con el fin de que se vayan estimulando para entrar y aumente el nivel y estima de la Congregación.»

Es de suponer que la medida no afectase a los miembros de la Junta, pues de otro modo hubiera supuesto una especie de disolución. A lo largo del curso el P. Nieto sigue exigente. Para que los muchachos no marcharan a vacaciones un poco traumatizados, a principios de junio se readmiten los expulsados a principios de noviembre, pero con la advertencia de la obligación estricta de comprometerse durante el verano con algún trabajo congregacional.

La misma táctica de exigencia continúa el curso siguiente, ya desde la primera reunión con la Junta, donde se discute esto:

> «Ya que se viene de vacaciones con un nivel de vida de piedad un poco bajo, ¿conviene sacar a todos de la Congregación e irles admitiendo según lo merezcan a lo largo del curso?»

Con anuencia del P. Nieto se determinó efectivamente «que quedaran todos fuera, excepto los de la Junta». La sección de San Estanislao

queda integrada exclusivamente por los antiguos aspirantes y los de la Junta. Todo el curso está dominado por el tema de las admisiones, readmisiones y expulsiones.

También al curso siguiente —el último que dirige esta Congregación— domina la preocupación por la selección y comportamiento de los congregantes, conforme a las orientaciones de la recentísima Constitución pontificia *Bis saeculari die* sobre las Congregaciones.

Alguien pudiera interpretar estos hechos —muy resumidos en estas líneas— como una especie de caza de brujas. Nada más lejano al enfoque dado al tema en aquellos tiempos. Se trataba pura y simplemente de un estímulo al mejor comportamiento, junto a una conciencia muy seria de lo que suponía ser congregante de la Virgen y estar consagrado a ella de una manera especial. Con ello colaboró mucho el P. Nieto al comportamiento disciplinar de los seminaristas retóricos.

Pero volvamos a las Congregaciones de los mayores, que es donde más trabajó el P. Nieto. Ya queda dicho que las diferencias de fondo entre unas y otras eran escasas. Refirámonos ahora a un tema interesante: la corrección fraterna. Aunque los datos que siguen pertenecen a la Congregación del Filosofado, algo similar podría valer para la del Teologado, para el Apostolado de la Oración, e incluso para la Congregación de los pequeños, pues también en esas otras entidades introdujo el P. Nieto esta práctica.

La sección de San Juan Berchmans trataba de inculcar entre sus miembros la aspiración a una mayor perfección. Pues bien, la corrección fraterna era uno de los medios privilegiados para la lucha contra las faltas. Sobre la táctica empleada cuenta uno de aquellos filósofos de la postguerra:

> «Siendo yo de tercero de filosofía tuve el gran honor inmerecido de ser prefecto de la Congregación. Me lo propuso el P. Nieto y no tuve el valor de negarme. La sección de San Juan Berchmans teníamos un sistema de corrección fraterna en orden a una mayor perfección que nos daba buen resultado. Los miembros de la misma poseíamos un cuadernillo, en cuya primera página constaban los nombres de todos los de la sección, que el año 1945 éramos nueve, todos los cuales hemos llegado al sacerdocio. Allí se iban anotando las faltas y defectos de que se quería avisar a cada compañero.»

¡Qué hermoso ver a estos muchachos empeñados en la lucha por su perfección, ayudados por la corrección fraterna de sus compañeros! Unas veces se hace caer en la cuenta de un defecto, otras se estimula a la práctica de la virtud: dominio del carácter en los contratiempos, evitar particularismos en el trato, fomento de conversaciones espiritua-

les, guarda del silencio, sobriedad y recato exterior, y otras mil cosas por el estilo van quedando consignadas en las observaciones de los compañeros. En las recomendaciones queda muchas veces traicionado el espíritu que les infundía el P. Espiritual: vivir internamente el espíritu propio de la Semana Santa «sintiendo hondamente el acontecimiento de la Pasión de Cristo», fomentar la vida de Sagrario buscando el tesoro escondido de Cristo sacramentado, imbuir toda la actividad de vida interior para no caer en la herejía de la acción, etc., etc. Y, por supuesto, muchos aspectos marianos y congregacionales, como correspondía a los miembros de una sección de la Congregación: lecturas y conversaciones sobre la Virgen, obsequios generosos durante el mes de mayo, fomentando hacia ella una devoción filial, etc., etc.

El destinatario de estas recomendaciones era, como queda apuntado, Prefecto de la Congregación del Filosofado. Lo había escogido personalmente el P. Nieto en el verano de 1944. Así le escribía a finales de julio:

> «Prepárate para Prefecto de la Congregación. Tiene que ser éste alma de mucho trato con Jesús y María, de suma modestia, afable y ejemplar en todo. Difícil a los veinte años. Fácil siempre cuando de veras se ama a Jesús y María y cuando uno desea hacer mucho por ellos y por el prójimo. Cuenta para ello con mis pobres oraciones y cuenta sobre todo con la ayuda de Jesús y María. Con tal ayuda se puede todo. A ser desde hoy el más santo de la comunidad.»

La aceptación del cargo por parte del destinatario sugiere al P. Nieto esta nueva misiva:

> «Tu interés porque la Congregación sea un medio eficaz para mantener a una gran altura el nivel espiritual de la comunidad debe hacerte pensar y buscar medios y personas que cooperen. Puedes indicarme nombres que te parezcan aptos para colaborar en la Junta. Ha de ser algo real para nuestra vida de santificación desde el primer día.»

Aquí aparecen con toda nitidez tanto el concepto que el P. Nieto se formaba del congregante mariano por antonomasia (el Prefecto), como de la misma Congregación dentro del Seminario: el congregante era el seminarista «ejemplar en todo» y la Congregación «un medio eficaz» para elevar el nivel espiritual de la Comunidad.

La Congregación mariana cumplía efectivamente ese objetivo y gozaba entre los seminaristas de un gran predicamento. Ser congregante, sobre todo de la Junta o de la sección de San Juan Berchmans, entrañaba a los ojos de todos una exigencia de ejemplaridad.

Sobre las exigencias de perfección que el P. Nieto infundía en los de la sección de San Juan Berchmans, escribe uno de aquellos seminaristas de la postguerra:

> «Aunque yo pertenecía a la sección de la Virgen de Guadalupe de la Congregación, un día accedí a probar en la de San Juan Berchmans, la que se consideraba más perfecta. Aunque en aquella época me tenía por bueno, fueron tantas las correcciones que me hicieron sus componentes, que no me quedaron ganas de volver. Ello puede dar idea de la perfección que infundía el P. Nieto en sus miembros.»

No pocos antiguos alumnos de Comillas recuerdan hoy el espíritu y actividades de aquellas Congregaciones dirigidas por el P. Nieto:

> «Recordar al P. Nieto —escribe uno— no es recordar la humana poesía de Comillas, ni nuestra tarea cotidiana de estudios y clases... El fue el constante y diario alimentador de nuestra vida espiritual y también el modelador de nuestro apostolado con aquellas inolvidables secciones de la Congregación y aquellas visitas a pobres y enfermos.»

Añadamos todavía dos testimonios de seminaristas de la postguerra:

> «La Congregación mariana era una de las palancas más usadas por el P. Nieto. La Virgen llenaba su corazón, y el *Ad Jesum per Mariam* era una consigna permanente... La vida mariana del Seminario era la razón de ser de la Congregación... Teníamos nuestras reuniones, según las diversas secciones, y en alguna ocasión había una cierta puesta en común. A lo largo de los años la Congregación había impulsado el espíritu que se concretó en el claustro o galería de las Vírgenes, con cuadros de muchas de España e Hispanoamérica... La devoción a la Virgen se intensificaba durante el mes de mayo en todas las comunidades. Cada sábado hacía su consagración un curso distinto ante la imagen de la Virgen que presidía el tránsito. Durante ese mes había una verdadera competencia para ver quién adornaba más y mejor la imagen. Como el Padre Nieto, por ser también P. Espiritual, nos hablaba a lo largo de todo el año, en la fecha de las consagraciones solía ceder el puesto a otro invitado. El último día del mes de mayo se hacía una procesión muy solemne alrededor del edificio viejo. A la mitad posaban en la escalinata de la portería las tres imágenes de las tres comunidades, donde se quemaban en unos pebeteros las papeletas depositadas a lo largo del mes ante la Virgen con los sacrificios ofrecidos a María por los alumnos. Al atardecer de los últimos días de curso solíamos cantar el *Estrella de los mares* ante la estatua de la Virgen que preside en lo alto de la fachada norte, frente al

mar. Este era el estilo e inquietud de la Congregación mariana, que ya venía teniendo solera en Comillas desde antes de llegar el Padre Nieto y que él mantuvo y acrecentó con gran entusiasmo.»

Oigamos a otro:

«Ser congregante de María era, a la vez que un premio a la buena conducta, sobre todo en el Seminario menor, un estímulo para conseguirla y perseverar en ella. Recordamos las fiestas marianas, el acto semanal de la Congregación, con Rosario, plática del Padre Nieto, exposición y cánticos marianos, las visitas marianas en la capilla, las pequeñas y cortas visitas a las imágenes de la Inmaculada junto a la bolera del Seminario menor y del Pilar en el Claustro..., el mes de las flores con las distintas consagraciones por cursos. Todo era suave y dulce como la miel. Era un honor llevar la medalla de la Inmaculada sobre la sotana o con cinta al cuello en los actos especiales.

Las secciones eran formas especiales de interesar por distintos aspectos de la formación espiritual y apostólica de los seminaristas. Cada uno se afiliaba a la sección que más le interesaba.»

La estima que los seminaristas en general tenían a la Congregación queda reflejada, tanto en la hoja *Desde Cardosa* (o *Cardosa*) como en el boletín *Comillas*. Raro es el número de estos años de la postguerra que no dedica un espacio a las Congregaciones marianas. Espiguemos alguna cosa, dejando para otro momento lo relativo a las secciones de caridad y del apostolado del mar y, en general, todo lo relacionado con la Congregación del Teologado:

«Esto es la Congregación mariana en Comillas —leemos en abril de 1944—: proyección de la piedad hacia la Virgen. Y a su sombra y al riego de sus aguas, las plantas de toda la ascesis: violetas de oraciones y rosas de caridad. *Oración eucarística* que ruega por las vocaciones los jueves primeros de todos los meses ante Jesús del Sagrario abierto, y en el sacrificio de las siestas trocadas en visitas. *Oración* continua por la *paz*, que pone en las manos del congregante el arma de Santo Domingo rezado íntegramente. Y *caridad*. Alma el P. Nieto, que hace el milagro de la fe y la constancia y la eficacia.»

En julio del mismo año se vuelve sobre el tema:

«Mes de María y de sus congregantes; flores, pureza, juventud: tríptico del vivir comillés entre tesis y amor a la Virgen. Un curso cada semana hace la guardia de honor a la Señora y al relevo todos los sábados rinden sus corazones en consagración sincera...: lo que hacen los teólogos en el tránsito de las Vírgenes, ante la

> del Carmen, tiene su eco unísono en el tránsito del filosofado ante su Milagrosa y en el retoricado delante de su Pilarica. A estas veladas sabatinas se eslabonan el ejercicio diario de las flores, el día de las Congregaciones marianas, el *Estrella de los mares* los jueves y domingos al volver del Langostero o Peña Redonda... Y, como broche de flores y oro de obsequios, la procesión de la despedida de mayo... corona de un curso de intensa vida mariana, activada por el dinamismo de los directivos de la Congregación.»

En diciembre del 44 se recuerda cómo el día de la Inmaculada se cumplía el XXV Aniversario de la Fundación de la Congregación del Filosofado. Siempre había sido fundamental preocupación de sus directores orientar a los filósofos congregantes hacia la Virgen y la Eucaristía. El P. Nieto modificó en los años de la postguerra la sección eucarística, sustituyendo las pacomias espirituales sobre temas eucarísticos por ratos de oración ante el Santísimo y encuestas sobre la vida eucarística de los seminaristas.

A principios de 1945 se nos da cuenta del «Belén» organizado por las Congregaciones durante las vacaciones navideñas. Consistió, sobre todo, en un concurso de villancicos entre las diversas comunidades. La idea, que partió de la Congregación del Teologado, tuvo una excelente acogida, de modo que siguió celebrándose durante muchos años. El P. Nieto apoyó su celebración, aportando a la vez algún dinero como premio a los ganadores. Del concurso de 1956 se nos narra una cosa simpática: el Padre ya había aportado 200 pesetas para los premios, al lado de las 500 del P. Provincial y las 300 del P. Rector. Pero se añade en la crónica del acto:

> «Pero el P. Nieto añadió allí mismo 200 más, para los que no habían obtenido premio. Este gesto arrancó los más espléndidos aplausos del acto. Además... ¡era el P. Nieto!»

El Padre aprovechaba cualquier ocasión para caldear el corazón de sus hijos en el amor a *la Madre*, empezando por la dirección privada. Así escribe un capellán de prisión, antiguo alumno comillés:

> «Recuerdo una anécdota del P. Nieto. Muchos Padres como éste hacían falta hoy en nuestros seminarios. En nuestra visita periódica a su aposento nos solía hacer esta pregunta:
>
> —¿Qué tal *la Madre*?
>
> Naturalmente nos preguntaba por nuestra madre del cielo. Hubo quien algo maliciosamente contestó:
>
> —Hace tiempo que no me escribe —refiriéndose a la madre de la tierra—.»

Al hablar sobre la Virgen, sobre todo en público, la palabra del P. Nieto respiraba fuego. Lo anotan frecuentemente las Actas de las Congregaciones.

Pero no era el Padre un acaparador. Su táctica era la de abrir cauces, comprometer a otros en la acción. Y lo conseguía. Prácticamente todos los congregantes —que era como decir casi todo el Seminario— actuaban en una u otra cosa: actos litúrgicos, veladas, adorno de las imágenes, etc. Las abundantes secciones brindaban muchas oportunidades, según las preferencias de cada uno.

La sana emulación entre las distintas comunidades y cursos hacía que las iniciativas para honrar a la Virgen surgieran como por arte de magia, sobre todo en el mes de las flores. Ni siquiera los pequeños se dejaban comer el terreno por los mayores.

Después de lo dicho —y de otras cosas que se han omitido— no podemos extrañarnos de que uno de los rasgos más salientes de la espiritualidad de los comilleses fuera la devoción a la Virgen. Y en gran medida ello se debe al P. Nieto. Una devoción totalmente orientada a Jesucristo, según el lema de las Congregaciones marianas, tan repetido por el Padre: «A Jesús por María.»

9. *La fama universal*

Quien repase los números de *Unión Fraternal* de la época de la postguerra quedará sorprendido al momento por un fenómeno singular, que no debe haberse dado frecuentemente. Me atrevería a calificarlo como una especie de «canonización en vida». Los antiguos alumnos de Comillas empiezan a escribir con toda naturalidad en las páginas de su revista —y fijado queda para la posteridad en letras de molde— de la santidad del Padre; hablar del *santo P. Nieto* o cosas similares resulta muy ordinario. La fama de su santidad se ha extendido ya de tal modo, que se puede hablar de unanimidad.

No es extraño que los mismos Superiores escriban a Roma resaltando esta universal fama de santidad de que ya gozaba ante todos. Desde Roma se responde con términos similares.

Tal fama no podía menos de llegar a sus oídos; por eso, en su humildad, escribe: «Me parece que ven los hombres en mí lo que no hay. Ante Dios me veo muy vacío.»

Pero no sólo ha de resaltarse este aspecto personal. El elevado ambiente espiritual que se respiraba entonces entre los seminaristas —y hasta la observancia y orden externos— se atribuye en su mayor parte a la labor del P. Nieto. No es raro que se hable incluso que es él la pieza fundamental de la Institución comillesa.

Capítulo IX

DIRECTOR ESPIRITUAL DE LOS TEOLOGOS

> «Soñad en un sacerdocio santo, que la gracia de Dios cuidará de convertir en realidad... Sed unos enamorados de vuestra vocación. Guardadla, que es tesoro infinito. Y cumplid la obligación que ella os impone: la santidad» (P. Nieto, del escrito *Seminaristas sacerdotes siempre*, del 1 de agosto de 1950).

Ya sabemos que el ritmo de crecimiento del alumnado de Comillas en los últimos años cuarenta fue vertiginoso. En el curso 1948-1949 los alumnos matriculados fueron 755. Pero proporcionalmente la comunidad que más creció en esos años fue la de Teología. El citado curso eran 231 teólogos. De ahí que el P. Nieto no daba abasto, sobre todo si quería atender a cada alumno como merecía su madurez y cercanía al sacerdocio.

De ello se dieron cuenta los Superiores y, a partir del curso 1950-51, vino a Comillas a encargarse de los filósofos el P. Francisco Reino. Pero, como ya ocurriera antes con los pequeños, el P. Nieto no abandonaría del todo a los filósofos, ya que seguiría al frente de su Congregación mariana.

Se inicia, pues, una nueva etapa en la actividad del P. Nieto. Probablemente la más característica: su imagen estereotípica es, sin duda, la de P. Espiritual de los teólogos. Desde ahora, fuera de la atención del reducido grupo de canonistas, todas sus energías se volcarán en los que tienen a la vista el próximo sacerdocio.

Podemos decir que el P. Nieto se halla en su madurez humana, espiritual y apostólica.

1. *En la vida y en la muerte somos del Señor*

Quizá lo más noticiable externamente de aquel curso 1950-51, aparte de las fiestas por el dogma de la Asunción, fue la fuerte gripe que se cebó en los moradores de La Cardosa. En el mes de enero la comunidad de Teólogos llegó a tener algunos días más de 100 alumnos en cama. Prácticamente hubo de cesar la actividad académica. Ante la situación, el P. Nieto acude a la oración, comenzando una novena a San José. Esta novena se acostumbraba a rezar en Comillas al principio de curso desde la famosa gripe europea de 1918. Pero en los últimos años se había perdido la costumbre. El P. Nieto logró restaurarla a principios del curso 1953-54, aunque los seminaristas no acababan de asimilar dicha restauración.

La muerte llamaría pronto a las puertas de la familia del P. Nieto. En varias cartas de 1950 a su hermano le dice que ha escrito a su hermana Ana María, ya muy achacosa, animándola a santificarse en la enfermedad. Ana María murió en junio de 1952. La muerte de su hermana le sugiere estos pensamientos en carta a Ramón:

> «Preparémonos para ir a unirnos con todos los nuestros que allá nos esperan. No tardará en llamarnos el Señor, y no debemos temer, sino desear llegue esa hora.»

Desde febrero o marzo de ese mismo año estaba él mismo enfermo, soportando una tumoración intestinal que obstruía el colon. Pero seguía trabajando a tope, sin hacer caso a su dolencia. El doctor García Barón, que le atendería posteriormente, narró que padecía violentos retortijones de vientre y un acentuadísimo estreñimiento con una sola deposición semanal muy dolorosa. Así llegó hasta fin de curso. Más aún, en el verano de 1952 marchó a Pedreña a dirigir el mes de Ejercicios a los sacerdotes, aunque a los dos o tres días de comenzar hubo de ser internado en la Casa de Salud de Valdecilla en estado grave.

En otro capítulo se da cuenta más pormenorizada de los avatares de esta hospitalización, que duró casi dos meses, y de los maravillosos ejemplos de conformidad, paciencia y fortaleza que en todo momento dio. Para él, como para San Pablo, la muerte no era una desgracia, sino una ganancia. Suspiró con todas sus ansias por volar a los brazos del Amado. Pero Dios dispuso su recuperación, y él aceptó los designios divinos. Pocas semanas después de comenzado el curso pudo volver a atender a sus queridos seminaristas, que le recibieron con una estruendosa salva de aplausos.

En la misma Casa de Salud moría, a principios del curso 1953-54, un retórico. Y moría, como leemos en *Unión Fraternal*, confortado por el Padre:

> «Soportó su enfermedad —se dice— con verdadera alegría, hablando de la muerte con la mayor naturalidad; no es de extrañar, ¡moría en manos del P. Nieto!»

Otras dos preciosas muertes de los años 1953 y 1954 fueron las de Antonio Garde y Fructuoso Laita, de cuya virtud y relación con el P. Nieto habrá de hablarse también.

La enfermedad y la muerte eran siempre ocasiones aprovechadas por el P. Nieto para elevar el espíritu de sus dirigidos a la contemplación de las verdades eternas. Se nos recuerdan algunos ejemplos. Cuando en 1958 llegan casi simultáneas las noticias de las muertes repentinas del conde de Ruiseñada y del párroco de Ruiloba, el P. Nieto habla a los teólogos:

> «La gente está asustada —se consigna en el Diario de la comunidad—. El P. Nieto aprovecha estas circunstancias para hacernos una llamada más a la santidad. No debemos temer a la muerte. Esta debe ser para nosotros el llegar a abrazarnos con nuestro Padre Dios y nuestra Madre María. ¡Qué poco pensamos en ello!»

Al año siguiente moría también de repente el P. Salvador Cuesta. De nuevo el P. Nieto aprovecha la ocasión:

> «Con motivo de la muerte del P. Cuesta —dice el Diario particular de un teólogo—, (nos dice el P. Nieto): *Mors justi praetiosa in conspectu Dei, etc. Mors peccatoris pessima.* Esto a los ojos de Dios, que ve las cosas como en realidad son. La muerte es el fin de las miserias de esta vida, el término de nuestras ofensas a Cristo, el paso, la llave de oro que nos abre la felicidad eterna, ver a Dios, a la Virgen, a los Santos, poseerlos con toda plenitud... Ante ese cielo eterno, costoso quizá de alcanzar, ¿por qué no dejar todos nuestros caprichos... y vivir junto al Sagrario, que es nuestro cielo en la tierra?»

Así vivía él la existencia terrena. De cara a la eternidad. Relativizando totalmente las realidades de aquí y poniéndolas al servicio de lo trascendente.

2. *Año mariano*

1954 fue año mariano. Centenario del dogma de la Inmaculada. La Congregación mariana canalizó y organizó todas las celebraciones del Seminario, que fueron muchas. Sorprende la iniciativa del P. Nieto de animar a los directivos de la Congregación del Teologado a emprender

una peregrinación a Roma. Baste recordar lo que ocurrió en 1950. No pudo esta vez llevarse a cabo la iniciativa del P. Nieto, pero en su lugar se realizaría una peregrinación a Lourdes en Pascua. De todos modos, él animaba, pero nunca participaba en estos actos.

Le gustaban más las pequeñas peregrinaciones a lugares cercanos, en las que lo festivo quedaba reducido al mínimo, acentuándose lo religioso-penitencial. Este es el caso, por ejemplo, de la peregrinación aquel año a la ermita de Los Remedios cercana a Comillas, en que tomaron parte los filósofos y teólogos, portando las Vírgenes de sus respectivas comunidades. Durante la misa arengó a todos. Una relación del tiempo dice que sus palabras eran «chasquido de pedernal» sobre los corazones de aquellos jóvenes candidatos al sacerdocio. El tema de su homilía fue «María y el sacerdote». Lo desarrolló más de una vez durante aquel año mariano. Ya en la misma apertura de las actividades de la Congregación del Teologado les habló —según leemos en las actas— «de la importancia de asignar un puesto preeminente y clave en la espiritualidad sacerdotal a la devoción íntima y filial a Nuestra Señora».

Los que accedían al presbiterado aquel año fueron saludados en Comillas como «sacerdotes de la Inmaculada», organizándose para la conclusión del año mariano una ordenación extraordinaria. Conservamos multicopiados parte de los Ejercicios dirigidos por el P. Nieto a los ordenandos del 11 de julio, en los que se propone una solidísima ascética sacerdotal, llena de vigor y de unción. No podía faltar la insistencia en el amor a la Virgen, como estímulo de vida sacerdotal. ¿Textos? Muchos. Basten estos dos:

> «Pedidle a la Virgen que os haga comprender la grandeza de vuestra vocación sacerdotal. Ella amaba su maternidad más que todas las cosas. No la habría cambiado por nada. Que nos enseñe a amar nuestra vocación, a vivirla.»
>
> «*He ahí a tu Madre, he ahí a tu hijo:* desde el momento en que eres sacerdote, eres otro Cristo, la Virgen tu Madre... Que Ella nos transforme plenamente en otro Cristo. ¡Año mariano: amor grande a la Virgen! ¡Los sacerdotes del año de la Inmaculada!»

El P. Nieto trató de extender el rezo del triple Rosario entre los seminaristas, como homenaje especial a la Virgen en el año mariano. Sus exhortaciones eran continuas. Les decía:

—Daos a la devoción a María, sin la cual no iréis a Jesús. Este dedicó treinta años de su vida sólo para su Madre. Haced lo que El: entregaos a Ella y Ella os llevará a Jesús.

El 30 de mayo se celebró la reapertura del llamado *tránsito de las Vírgenes*, después de una concienzuda reparación efectuada en él. Como

sabemos, allí se habían ido colocando cuadros de Vírgenes famosas de España e Hispanoamérica. Inaugurado esta especie de Museo en 1928, antes de llegar el P. Nieto, con el cuadro de la Madre de Dios de Begoña, patrona de Vizcaya, él fue un entusiasta impulsor de su ampliación. Su pleno desarrollo coincidió con los años en que él dirigió las Congregaciones marianas del Seminario. En las actas de éstas se hallan continuas exhortaciones suyas a seguir ampliando el número de cuadros. En julio de 1944 ya eran 62 las advocaciones marianas representadas. Allí estaban las Vírgenes del Pilar, Guadalupe, Fátima, Montserrat, Covadonga, Estíbaliz, Guía, Socorro, La Cuevita, Africa, Sagrario, Remedios, San Lorenzo, Victoria, Fuencisla, Soterraña, Luján, Coromoto, etc., etc. Cada nueva entronización de un cuadro era un acto más de entusiasmo mariano.

Muchos otros hechos podrían resaltarse de aquel año mariano comillés. Concluyamos con el recuerdo de la visita a Comillas del que sería después el Papa Juan XXIII. Nadie pudo sospechar entonces el destino de aquel minúsculo y regordete monseñor.

3. *«Una vida verdaderamente digna»*

El P. Nieto es buscado ávidamente en estos años por propios y extraños: obispos, sacerdotes, religiosos, enfermeras, cursillistas, etc. Todos buscan sus Ejercicios, sus retiros, su dirección. Pero él no puede multiplicarse. Y, además, los primeros son sus seminaristas y sus tandas de Ejercicios de Pedreña. Muchos sacerdotes acuden durante el curso a practicar privadamente sus Ejercicios con él. Todos ven en él al hombre de Dios, y por eso le buscan con avidez.

Comillas recibe a lo largo del año a no pocas personalidades, tanto eclesiásticas como civiles. Raro es el Prelado que no hace un hueco en su programa para deslizarse sigilosamente hasta la habitación del Padre para consultar, caldearse espiritualmente o entregarle una limosna para los pobres.

La Universidad comillesa es un foco de irradiación cultural en el ámbito eclesial, pero lo es probablemente más de irradiación espiritual, ascética y apostólica. Y ello, en buena medida, se debe a la fama del P. Nieto. Sus antiguos seminaristas van dejando por doquier un reguero de ponderaciones y anécdotas ejemplares. Sin embargo, él hace poco ruido. Anda a lo suyo. No le gusta el boato de las fiestas ni salir en los papeles. Tampoco en las fotos.

A últimas horas del 17 de mayo de 1955 llegaba a Comillas el Obispo de Sigüenza, Mons. Pablo Gúrpide, como Visitador Apostólico del Seminario y Universidad. Había sido antiguo alumno de Comillas antes de la llegada del P. Nieto. Había oído muchas cosas del Comillas pos-

terior y de su famoso P. Espiritual, pero no había tenido la oportunidad de comprobarlo personalmente hasta ahora. Su informe a la Santa Sede lo reflejaría puntualmente. De él resaltaría la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, en carta al P. General de la Compañía de Jesús, diversos puntos relacionados con la actividad del P. Nieto:

> «Procediendo por simples apuntes —dice la carta—, expresamos nuestra admiración y nuestro aplauso por la ejemplar actividad de los Padres Espirituales del Seminario, que aseguran un admirable clima de fervor, de piedad, de espiritualidad, especialmente por medio del ejemplo personal de una vida verdaderamente digna; por la sólida formación específica de los seminaristas en las distintas ramas del apostolado: catecismo, acción social, apostolado del mar, apostolado en América Latina, etc.»

Sin restar mérito a la labor y ejemplo de los otros Padres Espirituales, a nadie se le oculta una especial referencia al P. Nieto en estas palabras del Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación. Más podía haberse dicho.

La labor de los Padres Espirituales, y muy singularmente la del P. Nieto, producía también observancia disciplinar. Inculcaba tanto a los suyos el proceder por motivos sobrenaturales, que facilitaba y hasta hacía superflua en gran parte la labor de los Prefectos de disciplina. No era la vigilancia o el miedo lo que de ordinario impulsaba a actuar a los seminaristas mayores, sino la convicción, la motivación inculcada por el P. Espiritual.

Su ascendiente entre los seminaristas era enorme. Oigamos al P. Desiderio Sánchez:

> «Cuando en el Seminario se producía alguna indisciplina, los Superiores se valían del P. Nieto para que con sus exhortaciones la restableciera. El hablaba a los seminaristas y solía ser su intervención desde su fuero más eficaz que la de los Padres Prefectos desde el suyo.»

Cualquier conflicto con los Superiores o Profesores solía encontrar el bálsamo de la acción del P. Espiritual. Precisamente por estos años —curso 1955-56— se originó una fuerte tensión entre los teólogos y los Superiores. El primero de diciembre de 1955 un profesor, en los puntos de la noche, se extralimitó en el ataque a ciertas tendencias ideológicas (católico-progresistas) que tenían algunos decididos partidarios entre los seminaristas. Entonces un teólogo, el responsable de la sección universitaria de la Congregación mariana, abandonó la Iglesia, acompañado de otros dos, en protesta por las palabras del Padre. Aquello causó un notable revuelo en todo el Seminario. Se convocaron varias con-

sultas extraordinarias, donde se discutió con calor la decisión a tomar. Varios consultores querían expulsar al principal encausado, mientras que otros patrocinaban medidas más benignas. Finalmente, se tomó la decisión extrema. Aludiendo a este penoso incidente, escribe el entonces Prefecto de Teólogos:

> «Del P. Nieto comparto la idea que todos teníamos de su extraordinaria vida de oración, penitencia y atención a los pobres. De ahí le venía su enorme ascendiente sobre los alumnos, que yo pude comprobar, tal vez más que otros, con ocasión de un triste suceso que revolucionó a los teólogos, hasta el punto de querer manifestarse en protesta colectiva, que sólo el P. Nieto pudo contener, reuniéndolos y pidiéndoles que se aplacasen, como así lo hicieron.»

Estaba siempre muy atento el Padre a limar asperezas entre los seminaristas y los Superiores. Su autoridad moral era una valiosísima ayuda en situaciones de tirantez. Precisamente en las Navidades anteriores a las del referido conflicto hizo también otra llamada a la serenidad de los ánimos, aunque no se nos informa del motivo: «El P. Nieto —leemos en las Actas de la Congregación— dio como consigna a la Junta para estas vacaciones el acabar con el espíritu de malestar entre nosotros y con los Padres.»

Aunque por razones obvias no se inmiscuía en lo académico, su influencia en el rendimiento intelectual de los alumnos fue importante por su continuo machaqueo en el cumplimiento del deber. Lo que no consentía era que estas obligaciones académicas se sobrepusieran a la piedad. El mayor peligro estaba al final de curso. El nerviosismo ante los inminentes exámenes pesaba demasiado en muchos espíritus ansiosos. Alguien escribe: el P. Nieto «consiguió de los Profesores que, de alguna forma, supiésemos a quién le iba a tocar la tesis (en tiempos de repetición), con lo que la tensión de aquellos meses disminuyó en beneficio de la vida espiritual de la comunidad».

Monseñor Díaz Merchán añade:

> «Si había algún tropezón con los Profesores o con los Prefectos, el P. Nieto era el paño de lágrimas. A veces también el abogado defensor.»

Así se expresa un teólogo de los años cuarenta:

> «Era exquisita la prudencia del P. Nieto en distinguir el fuero interno y el externo. Un hecho sintomático: el que suscribe se vio envuelto con otros compañeros en una prueba por parte de los Superiores. Le digo al P. Nieto:
>
> —Ya sabe lo que nos pasa, Padre.

—Ya lo sé, pero comprenderás que nada debo decir. Ya lo arreglará el Señor.

Y así fue.»

Uno de los Prefectos de filósofos afirma que el P. Nieto tenía un gran influjo también en el fuero externo y que incluso su criterio prevalecía sobre el de los Prefectos, que cedían «por la veneración que le tenían». No es fácil calibrar la objetividad de este testimonio, ya que procede de juez y parte a la vez. Lo que sí sabemos es que, ante alguna diferencia entre ambos, el Prefecto consultó el caso con el santo P. Morán, que respondió, aludiendo al P. Nieto:

—El asunto está en buenas manos. No se meta.

Es posible que el P. Nieto tomase inconscientemente alguna actitud en la marcha de las comunidades que no correspondiese a su función. De todos modos, no hay constancia de que el P. Rector, último árbitro en los conflictos de competencias, quitase la razón al P. Nieto en ninguna de estas situaciones.

El año 1956 fue año ignaciano, por celebrarse el cuarto centenario de la muerte del fundador de la Compañía de Jesús. También a Comillas llegó la reliquia del Santo que recorrió toda España. Fue recibida con la máxima solemnidad. Procesiones, cultos especiales en la Iglesia de la Universidad, etc. También fue trasladada al Colegio Máximo. Aquella noche el P. Nieto dirigió una hora santa para toda la casa, a la que asistieron prácticamente los jesuitas de ambas comunidades. Sin duda pensaron los Superiores que él era el más indicado para comunicar a sus hermanos jesuitas el espíritu del santo fundador.

Nada más concluir el año ignaciano se celebró en Madrid el *Congreso Nacional de Perfección y Apostolado,* uno de los esfuerzos mayores de reflexión realizado en aquellos años por la Iglesia española. Asistieron doce Padres de Comillas, entre ellos el P. Nieto. El recuerdo que le quedó de este Congreso fue un tanto amargo. Contaba él cómo los actos generales de la mañana se desarrollaban en la Universidad madrileña y las reuniones de grupo de la tarde en otros locales. El asistía a las de la Casa Profesa de la Compañía. Después de las reuniones se exponía el Santísimo en la Iglesia de San Francisco de Borja, siendo poquísimos los que acudían a la bendición:

—Estábamos tratando de perfección, de apostolado —comentaba después—. Unas conferencias magníficas, expuestas por hombres muy bien preparados. Pero, ¿quién es el que nos hace santos? ¿Esa conferencia, esa reunión, o el que está en la Hostia? Entonces, ¿por qué en la bendición con el Santísimo había cuatro sacerdotes, mientras arriba quedaban todos charlando por los pasillos? Es que no entendemos que es la palabra de Dios la que tiene eficacia, y no la del hombre, aunque sea un eminente teólogo. A mí aquello me hirió mucho.

Era la santificación y no la erudición lo que le interesaba. Por eso tampoco desaprovechó los ratos libres del Congreso: en algún intermedio le vemos enardeciendo a las Hijas de Jesús de la calle Ayala en en amor a Cristo eucarístico. Una de ellas comenta de aquel encuentro:

—Mi impresión fue de encontrarme con un santo, una persona que vivía más en el cielo que en la tierra, si bien en plenitud de celo apostólico por la dilatación del Reino de Cristo.

A mediados de los cincuenta bullía en Comillas una «potente fermentación ideológica». La Congregación mariana, con sus múltiples secciones y actividades, supo ser cauce de muchas inquietudes intelectuales y apostólicas. Esta exuberancia asociativa en torno a la Congregación creó incluso algunas inquietudes en diversos sectores de la Universidad. El 15 de enero de 1957 se reunió una consulta extraordinaria, presidida por el P. Provincial, para examinar este asunto: «¿Hay demasiadas asociaciones entre los alumnos? Apostolado del mar, Apostolado obrero, Vocaciones, Misiones, Corazón de Jesús, Santísima Virgen, etc.» Todas las citadas, menos una, eran otras tantas secciones de las Congregaciones marianas dirigidas por el P. Nieto.

Los máximos responsables de los seminaristas (Rector y Prefectos) hacen una defensa a ultranza de los distintos grupos. Oigamos:

> «*P. Rector:* Hay que distinguir: hay algunas (asociaciones) de gran fondo, como la del Apostolado Obrero y los que aspiran a ir a América. Son los que vibran. La espiritualidad de Comillas se forja a través de estos grupos...
>
> *P. Prefecto de Teólogos:* No les perturba. Les enfervoriza. Van a la cabeza de la observancia.
>
> *P. Prefecto de Filósofos:* Son secciones de la Congregación mariana... Todo lo que sale de empuje apostólico es a través de estas secciones...»

La Congregación mariana quedó plenamente confirmada como eje central de la vida comunitaria y apostólica del Seminario: en sus secciones se forjaba la espiritualidad comillesa, sus miembros iban a la cabeza de la observancia, de ellas partía el empuje apostólico de los seminaristas. Y el alma de todos esos movimientos era el P. Nieto, que los alentaba y encauzaba desde la cúspide de la Congregación.

De estas secciones de la Congregación salía efectivamente gran parte del empuje apostólico del Seminario. Citemos solamente un ejemplo, relacionado con uno de los temas mencionados por el P. Rector. Manuel Gayoso, en vísperas de partir para América, escribe:

> «Quisiera despedirme de mis condiscípulos... y más especialmente recordar a los miembros de los diversos *equipos* a que he pertenecido... No solamente sacamos de Comillas esa formación fun-

damental de las clases y las largas horas de estudio, sino además estos complementos preciosos, representados en buena parte por los *equipos* de la Congregación mariana. Para mí sin duda han sido el instrumento de que el Señor ha querido valerse por medio de compañeros muy fervorosos para prender en mi espíritu esta llama del ideal y seguir luego atizándola.»

Buen comentario estas líneas a las opiniones vertidas en la consulta sobre las asociaciones del Seminario. Pero el comentario quedaría aún más completo si añadiésemos que el último impulso para la ida a América se lo dieron unos Ejercicios de mes, practicados bajo la dirección del P. Nieto.

El año 1958 también tuvo Comillas un especial ambiente mariano, debido al centenario de las apariciones de Lourdes. Se concedió el adelanto de las órdenes presbiterales al 11 de febrero, conferidas por Mons. Antoniutti, Nuncio de Su Santidad.

«El ambiente de preparación al gran día —leemos en *Unión Fraternal*— corrió a cargo del P. Nieto. Con sus incesantes llamadas de atención, pláticas, puntos...»

El diario de un teólogo empieza a consignar alusiones del P. Nieto a las futuras órdenes ya a principios de diciembre de 1957, hablándoles de la castidad como necesaria para el sacerdocio. A mediados de enero del 58 anota el mismo diario que el P. Nieto les decía por entonces que los ordenandos no debían cometer ni una sola falta. También les insistía en empaparse en la última cena de Cristo.

Por supuesto que también dirigió los Ejercicios a los ordenandos, a pesar de estar afectado por una fuerte gripe. Y además, a mitad de los Ejercicios, propuso el retiro espiritual correspondiente al resto de la comunidad de Teólogos.

El día de las órdenes anota el diario particular de un teólogo:

«En estos momentos están emocionados en la Iglesia, pero la emoción no tiene importancia. Todos —dice el P. Nieto— han estado emocionados el día de su ordenación: sin embargo, para muchos ese día ha sido el de su condenación; es fácil emocionarse hoy, y dentro de un año dejar la oración y decir la Misa a medias.»

Alude este texto a las ideas que solía desarrollar el P. Nieto en aquella memorable hora santa de la víspera de las órdenes: a muchos les quedaba una honda impresión, porque el Padre hablaba entonces con una hondura y emoción especiales.

Lo que significaba el P. Nieto para el sacerdocio de aquellos jóvenes seminaristas queda bien patente en el recuerdo que solían ofrendarle

entonces. Conservamos el del año 1959. Cada uno de los 49 neosacerdotes le escribe unas palabras llenas de emoción, gratitud y cariño.

Los canonistas gozarían ya por poco tiempo de su P. Espiritual, pues tocaba a su fin una etapa histórica de la Universidad de Comillas. Aquella fermentación ideológica de que se ha hablado seguía su curso incontenible en aquellos años previos al Concilio Vaticano II. El resultado de todo el proceso sería el traslado de la Universidad a Madrid. La Facultad de Derecho Canónico sería la primera en dar el salto en 1960. Esta fecha es el símbolo de una nueva etapa para Comillas, coincidiendo con una nueva etapa en la misma Iglesia Católica. Exactamente dos años antes moría en Roma el gran Papa Pío XII, sucediéndole en el Pontificado aquel rechoncho monseñor que pasó por Comillas cuatro años antes, siendo patriarca de Venecia. Estamos en tiempos del Concilio Vaticano II.

4. *Su palabra abrasadora*

Como sabemos, el P. Nieto hablaba casi todas las noches a los seminaristas mayores en la Iglesia. El P. Reino, director espiritual de los filósofos desde 1950, será un oyente asiduo de aquellas pláticas. Y nos dice:

> «El P. Nieto estaba arrodillado en el último banco. Después de unos momentos, se levantaba y se dirigía al altar mayor. Siempre nos decía unas palabras que eran una vibrante catequesis que nos hacía mucho bien a todos. He oído muchas veces decir que el Padre Nieto decía siempre lo mismo. Yo, que le oí diecisiete años seguidos, confieso que siempre me decía cosas nuevas. Es verdad que repetía cosas fundamentales, pero les daba novedad, una novedad profunda y, sobre todo, convincente y nutritiva.»

Muchos han recordado, como el P. Reino, aquellas palabras del P. Nieto al final del día en la Iglesia de la Universidad. Era un momento privilegiado que él sabía aprovechar admirablemente:

—¿Buscaste a Cristo en este día? ¿Llevaste a Cristo a las almas? ¿Has agradado siempre a Jesús y a María?

Unas veces insinuante, las más fogoso y vibrante, siempre tenía el carisma de llegar a lo íntimo de la persona:

> «Empezaba a darnos puntos a nuestro nivel —dice uno—, no desde el presbiterio. Empezaba a la altura del primer banco y, llevado de su entusiasmo y casi sin darse cuenta, terminaba en el cuarto o en el quinto o más atrás aún. Sí que se preparaba con algunos libros. Pero al fin salía siempre por su boca lo que lleva-

ba dentro, muy dentro, hecho carne y sangre de su espíritu. Y eso era lo que nos convencía. Decía lo que sentía. Decía lo que vivía. Y ello con aquella su voz ronca de torrentera que se despeñaba, avasallando todo a su paso... Gran oratoria la del P. Nieto, aun en lo natural y humano. Fecundidad, facilidad, fogosidad. En los retiros y Ejercicios espirituales su tono solía ser más suave e insinuante, reposado, meditativo, hasta que en ocasiones llegaban aquellos sus arranques de corcel desbocado.»

A algunos esta oratoria les resultaba a veces excesivamente agresiva. Pero «su agresividad en público se transformaba en ternura en la intimidad de su despacho».

Lo que más impresionaba era la espontaneidad:

«Lo que más me impresionó durante mi estancia en Comillas —escribe otro— fueron los puntos de meditación que nos daba después de cenar. Cuando se preparaba, era más bien frío... Lo bueno era cuando no venía preparado y hablaba de corazón a corazón. Iniciaba un recorrido desde el presbiterio hasta casi el fondo de la iglesia, hablando con una fogosidad extraordinaria y una unción que llegaba hasta lo más íntimo.»

Coincide con este juicio el siguiente:

«Preparaba sus pláticas tomando notas. Pero a la hora de la verdad nos predicaba con fuego y pasión ardiente lo de siempre: *el amor a Dios, el valor de la cruz de Cristo, la fidelidad a Dios como base de toda vida cristiana y de todo apostolado.*»

Hermoso también el siguiente testimonio:

«El P. Nieto, hablando en público a los seminaristas, era un profeta. Empezaba leyendo un libro y no daba pie con bola. Al ver que hacía el ridículo, cerraba el libro y entraba directamente en el tema de Jesucristo crucificado. Al entrar aquí todo el mundo quedaba pasmado. Era concreto, creativo, unas veces duro, otras tierno, paternal, exhortativo, desalentador por predicar a principiantes en un lenguaje de perfectos. Para él en público el Evangelio no admite glosa, cualquier interpretación que lo agüe, que intente facilitarlo a la carne, le resta eficacia liberadora. Aquello parecía una locura que sólo cabe en la cabeza de un santo. Desde su vida en Cristo todo lo dominaba por igual.»

Como culmen de ese contagio muchos recuerdan la charla del Viernes Santo, precedida por toda una larga preparación cuaresmal:

«El Viernes Santo solía darnos una meditación a ambas comunidades en el *Aula Magna*. Sobrevive en mi recuerdo —escribe uno—

la del año 40 aproximadamente. En un tono suave, que contrastaba con el vozarrón de otras veces, iba dejando desgranar las palabras, como quien medita para sí en alta voz, exteriorizando sus sentimientos íntimos. No eran propiamente ideas, eran vivencias. Tuvo un momento de hondísima ternura, a punto de sollozar. Creo que se le escaparon las lágrimas. Como si se sintiera delatado por un abismo de arrobamiento, reaccionó súbitamente con uno de aquellos arranques suyos, y dijo:

—Pero no es hora de sentir, sino de trabajar por Cristo.

A mí me conmovió y me ha hecho pensar posteriormente que recibió de Dios el carisma de una devoción tiernísima a la Sacratísima Humanidad del Señor en una línea muy semejante a la de Santa Teresa de Jesús.»

Durante decenios repiten los seminaristas idénticas expresiones. Todos recuerdan aquel momento con estremecimiento y emoción: uno habla de «momento culminante», otro de «algo irrepetible», un tercero de «máximo de enconamiento»...

Pero ese momento había sido precedido de una larga preparación: la Cuaresma. Nos quedan diversos apuntes de las cuaresmas de los años 1958 y 1959, que queremos espigar para tener un contacto directo con la palabra del P. Nieto, por más que el tono, la convicción, el sentimiento no puedan fijarse en el papel:

«22 febrero 1958: El P. Nieto nos ha dicho que meditemos sólo la Pasión y hagamos lectura espiritual sólo sobre la Pasión. Que no muchos sermones..., sino llorar ante el Sagrario por los pecados de nuestros feligreses.

3 marzo 1958: El P. Nieto nos ha hecho unas cuantas observaciones: que ahora en tiempo de pasión o cuaresma asistamos a Misa como a la renovación del sacrificio de la cruz.

11 febrero 1959, miércoles de ceniza: La fecundidad del sacerdote está en el sacrificio. *Sine sanguinis effusione nulla fit redemptio.* Si Cristo escogió para redimirnos el camino de la cruz, ¿nos vamos a atrever nosotros a inventar otro camino? Si leéis algún libro que os quiera enseñar a caminar por otra santidad, y no hable del sacrificio, prendedle fuego.

14 febrero 1959: El horror al sufrimiento es algo natural; pero ¿no vamos a querer tomar parte en la cruz de Cristo por espíritu sobrenatural? Este es el mayor obstáculo para nuestra santificación: que rehuimos todo lo que sea sacrificio. Y ahí está la redención. La vida moderna se está alejando cada vez más del sufrir, que es ley divina: los pecados se han de pagar con el sufrimiento.

15 febrero 1959: Lo que más me duele es que los seminaristas salgáis sin el amor a la cruz. La mayor deficiencia en los Seminarios es la falta de amor a la cruz con la cual salen los nuevos sacerdotes. Hay un número muy grande de sacerdotes que nunca

están contentos, que murmuran... No hay virtud sin dolor. Cuando llega la hora de la cruz le volvemos la espalda a Jesús. La voluntad del Padre es que Cristo vaya a la cruz y el Padre quiere que en cada parroquia haya otro Cristo que tome sobre sus hombros los pecados de todos y dé satisfacción al Padre con sus sufrimientos. Si nosotros buscamos los placeres lícitos, ¿quién buscará la cruz de Cristo?

¡Cuántas veces, cuando se acerca la cruz de Cristo, rehuimos la oración! Pero mirad a Cristo que, precisamente cuando se acerca la hora del dolor, se pone a orar en Getsemaní. Aprendamos de Cristo en los momentos de aridez. Sin la oración nos es imposible comprender y amar la cruz.

Amadísimos teólogos, haced todo lo que está mandado por amor de Dios, como Jesús en la cruz: ¡Todo está consumado! Todo, hasta los más mínimos detalles.

Hay muchos, incluso sacerdotes, que hablan contra las mortificaciones corporales; y para guardar la castidad es necesario mortificar nuestro cuerpo.

21 febrero 1959: El amor al sufrimiento entra de lleno en el ser del sacerdote. Ahora en esta vida es el tiempo de padecer con Cristo. En la otra será el tiempo de alegrarse.

22 febrero 1959: Pensamos muy poco en el cielo. Cuando te cueste una cosa, pon tu mente en el fin, el cielo. No pensáis más que en lo costoso, y no en el premio. *Non sunt condignae passiones huius saeculi...*

Qui non renuntiat omnibus... Voy a la cruz no para estar en la cruz, sino para parecerme a Cristo y gozar con El. ¡Qué poco pensamos en el cielo, en el amor divino, en la vida eterna!

¿Cómo se puede buscar y tener la caridad sin el sacrificio? Es imposible amar a Dios y no mortificarse. ¿Por dónde empezar entonces? El amor de Dios y la mortificación van a la par. Sin mortificación no te llenarás de amor de Dios. Los que más aman a Dios son los que más se mortifican. Cuando seas santo —dices—, te darás disciplina. ¡Qué disparate! Si para ser santo lo primero es la mortificación. Unidas las vías purgativa, iluminativa y unitiva.

15 marzo 1959: Toda la vida de Cristo estaba ordenada al sacrificio: Aquí me tienes para hacer tu voluntad. Este es el mejor ofrecimiento sacerdotal. Tenemos que inmolar la voluntad, el juicio. Por la desobediencia de un hombre se perdió el mundo y por la obediencia de Cristo se salvó. El sacerdote se santifica con la obediencia y sumisión perfecta.

28 marzo 1959: La idea de Cristo en la cruz nos debe ganar el corazón. El lo dijo: que desde la cruz atraería a todos. Pero no a todos de igual manera: a unos para amarle y a otros para odiarle. Y a mí ¿para qué? ¿Para cumplir la voluntad de Dios a medias? A Cristo crucificado le quieren muy pocos. Que lo haga así el mundo... Pero nosotros... No amar la cruz es no amar a Cristo. El amor a Cristo se muestra en el dolor y el que más sufre más ama

a Cristo. Si Cristo no estuviera en la cruz, desgraciados todos nosotros. ¿Por qué no amamos como Cristo?

¿Por qué el Teologado no es mejor? ¿Por qué yo no soy mejor? Pensadlo ante el Crucifijo. Es tontería decir que se ama a Cristo sin amar la cruz de Cristo. Además: al que más ama la cruz de Cristo, le es menos costoso llevarla. ¿No le costó más llevarla al mal ladrón que al bueno? ¿Y no le costó mucho menos a Cristo que al buen ladrón?»

Merecía la pena este contacto directo con la palabra del P. Nieto, que, aunque escrita y mutilada, nos hace vislumbrar mejor que cualquier consideración la hondura de la misma. Y bien. No era muy distinta la tonalidad y la temática de las charlas extracuaresmales. Así como su espiritualidad podía calificarse de «fundamentalista», también lo era la formación que inculcaba a los demás. Nada de andarse por las ramas. Lo central, lo fundamental hondamente asimilado y vivido todos los días de la vida.

La imagen de un P. Nieto encendido en el fuego del amor a Cristo es la que se llevaban prendida en la retina quienes abandonaban Comillas al final de los estudios para iniciar la vida activa. Estas son las últimas palabras del diario de un neosacerdote a punto de dejar el Seminario:

«Después de la cena ha comenzado nuestra dispersión. Medio llorando nos fuimos todos a la Iglesia, y ya estaba el P. Nieto en erupción. ¡Cuántas gracias tengo que dar a Dios Padre y a la Virgen por el P. Nieto!»

En las páginas precedentes ha aflorado la idea de la inspiración y preparación de las charlas del P. Nieto. Se nos decía que el Padre preparaba generalmente sus intervenciones, pero que dicha preparación era de poca eficacia. Más aún: que lo bueno era cuando prescindía de lo ajeno, dando rienda suelta a lo personal y espontáneo. Uno llega a decir: ¡Bendita improvisación la del P. Nieto!

¿Dónde se inspiraba? ¿Qué libros usaba? Sea lo primero la confirmación de que sí, que preparaba sus intervenciones. Ahí están sus innumerables apuntes que lo demuestran. Unos proceden de la propia reflexión y vivencia; otros inspirados en diversos autores. Contra lo que algunos pudieran pensar, el P. Nieto leyó mucho, como consta por su biblioteca.

He aquí sus influencias, tal como las han visto sus dirigidos:

«Recuerdo sus interpretaciones de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, con las que no siempre estábamos de acuerdo; él estaba

más cerca del Beato Avila, de San Pedro de Alcántara y del Cura de Ars.»

«Manejaba los textos sagrados —escribe otro— y los libros que podríamos denominar *clásicos*: San Ignacio y otros de la Compañía, Santos Padres, sobre todo San Agustín y, en general, la bibliografía espiritual de entonces: San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Santa Teresita, La Puente, La Palma, Nieremberg, Alonso Rodríguez y lo específico de la devoción al Corazón de Jesús y de la Santísima Virgen.»

«Sus pláticas —dice un tercero— eran siempre de contenido bíblico, aunque le gustaba también manejar los Santos Padres, sobre todo a San Agustín, cuyas máximas conocía de memoria, y a San Juan Crisóstomo. San Juan de Avila le entusiasmaba. Nos hacía leer y meditar los documentos de los Papas que trataban del sacerdocio; semblanzas sacerdotales publicadas por *La Unión Apostólica* las ponía al alcance de nuestra mano o recomendaba. *El sacerdote santo* de Dubois, los escritos de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de San Francisco de Sales, etc., eran otras tantas fuentes de inspiración para sus pláticas. También manejaba continuamente al P. Rodríguez y al P. La Puente. Pero lo que más le ayudaba eran sus experiencias personales como párroco.»

Estos testimonios, fundamentalmente exactos, resultan incompletos. Sí conviene resaltar el interés patrístico del P. Nieto. Y no sólo por San Agustín, sino por otros Padres, que él extracta, muchas veces de ediciones latinas. Entre sus papeles han podido encontrarse extractos autógrafos de San Agustín, San León Magno, San Juan Crisóstomo, etc., elaborados sobre los correspondientes tomos del Migne. También encontramos extractos de Santo Tomás de Villanueva, San Ildefonso de Toledo, San Anselmo Cantuariense, Tertuliano, San Efrén, etc. Del *De consideratione*, de San Bernardo, extractó todo el libro primero y catorce capítulos del segundo. También conservamos extractos o apuntes de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Fray Luis de Granada, Ligorio y otros autores. De teólogos y exegetas famosos hallamos escritos de Santo Tomás, Belarmino, A Lapide, etc. De la abundancia de extractos de algunos autores cabe deducir una preferencia por ellos: es el caso de Royo Marín, Tissot, C. Marmion, Dubois (en temas sacerdotales), C. Dillenschneider *(idem)*, Garrigou-Lagrange y otros. Sobre la devoción al Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen usaba los libros tradicionales: Quintana, Sáenz de Tejada, Ramière, Bainvel, Bertrand, Aldama, Nazario Pérez, Grignion de Montfort, amén de otros más modernos.

Pero no concluyen aquí los autores extractados por el P. Nieto. Podría añadirse una larga lista, como Lohner, Gubianas, Sauve, Fáber, Coloma, Nicolau, Morin, Plus, Neubert, Chevrier, Enrique y Tarancón,

Marcelino González, Regnier, Sylvain, Andrés Manjón, Chautard, Healy, Hoffmans, Urrutia, E. Mura, F. Resprepo, Dagnino, Chaignon... Otros extractos son difíciles de identificar.

Sobre todo, en los últimos tiempos —cuando ya no tenía dirección espiritual de seminaristas— leyó y extractó bastantes artículos de revistas.

Tampoco podemos olvidar el uso de documentos oficiales, sobre todo los relativos a la formación de los candidatos al sacerdocio o al espíritu sacerdotal: Papas, Sagradas Congregaciones, etc. Igualmente están presentes, como no podía ser menos, autores sobre la espiritualidad jesuítica.

Durante muchos años compró libros en Salamanca a través de su hermano Ramón. Le pide alguno de la Editorial «Fides», los temas de predicación y algunos libros de los Dominicos de San Esteban y, sobre todo en los años sesenta, bastantes de las Ediciones «Sígueme» de los Operarios Diocesanos.

5. *Apogeo y declive de las Congregaciones*

No pretendemos fijar temporalmente la época de máximo apogeo en la vida de las Congregaciones marianas del Seminario. Posiblemente desde mediados de los años cuarenta hasta avanzados los cincuenta.

Situémonos convencionalmente a finales de 1947, que fue un año de exaltación congregacional, debido al Congreso Internacional de Barcelona. Las Congregaciones de Comillas enviaron su informe al Congreso. El de la Congregación del Teologado nos ofrece una buena visión de conjunto. Entre los actos reglamentarios se resalta el semanal, en el que participaba muy activamente el P. Nieto y en el que puso siempre mucho interés. La somera relación de las distintas secciones existentes se abre con una anotación que dice que el esquema era similar en las otras Congregaciones, la del Seminario menor y la del Filosofado. He aquí las secciones de la del Teologado:

1. *Sección eucarística:* Pretende intensificar el trato íntimo con Jesús Sacramentado.
2. *Sección de caridad:* Pretende el ejercicio de la virtud de la caridad, tanto dentro del Seminario, como sobre todo con los pobres del pueblo. De ella se hablará en el capítulo dedicado a los pobres.
3. *Sección de fomento de vocaciones sacerdotales.*
4. *Sección del Corazón de Jesús,* que intenta centrar la vida espiritual del seminarista en el Corazón de Cristo.

5. *Sección de formación y acción social,* que se preocupa por el apostolado entre la clase obrera.
6. *Sección cordimariana,* que busca promover la devoción al Corazón Inmaculado de María.

Estas eran las que había en 1947; pero variaron con el correr de los tiempos: por estos años, por ejemplo, surgen otras, como *la del apostolado del mar, la del apostolado rural;* y, algunos años después, *la de misiones, la universitaria,* etc.

Esta proliferación de secciones era el reflejo de una gran vitalidad en la Congregación. Insistía el P. Director en que todos debían dar su nombre a una sección, conforme a las preferencias personales.

Algunas de estas secciones eran un reflejo casi perfecto del espíritu del P. Director. ¿Quién no lo ve, por ejemplo, en el caso de la sección eucarística, en el caso de la sección de caridad, etc.?

El Padre participaba, en la medida de lo posible, en algunas de las reuniones de estas secciones, aunque la multitud de juntas y actos hacía prácticamente imposible una asistencia a todas. Por el contrario, no faltaba, salvo razones de fuerza mayor, al acto semanal de la Congregación, a las reuniones de la Junta superior y a los actos generales organizados por la Congregación. Las reuniones de la Junta superior solían celebrarse en el propio despacho del P. Nieto. Allí se revisaban todas las actividades, tanto generales como de los distintos grupos, ya que de ella formaban parte los jefes de las distintas secciones. El intervenía con opiniones y sugerencias, pero sin coartar a los seminaristas. Más bien suscitaba iniciativas y alentaba al trabajo. Su palabra, reflejada en las Actas, era siempre ardiente e inflamaba el corazón de aquellos muchachos en el amor a la Virgen. Frases como éstas salpican las páginas del Libro de Actas: «El P. Director aprovecha para inyectar en todos más amor y devoción a la Santísima Virgen... El P. Director aprovecha la ocasión para hablarnos de la grandeza de ser congregante... Sentida plática del R. P. Director sobre la devoción del sacerdote a la Santísima Virgen, destacando sobre todo que el buen sacerdote se distingue por la delicada y tierna devoción a la Madre del Cielo... Habla el P. Director, inyectando fuego de amor hacia la Santísima Virgen... El Rvdo. P. Nieto nos anima a seguir trabajando en pro de la causa mariana: *De Maria numquam satis!*»

La orientación fundamental de sus charlas era la de resaltar a la Congregación como instrumento de santidad personal y de dinamización comunitaria.

Echemos una mirada a las diversas secciones y actividades. Ello nos ilustrará la gran labor realizada por el P. Nieto por medio de la Congregación. De nuevo centramos nuestra atención en la del Teologado. Con pequeñas variantes esto también vale para las otras.

La sección eucarística se fundió por entonces con la del Corazón de Jesús. Un miembro de la sección se quedaba durante la siesta acompañando a Jesús sacramentado y encomendando una intención propuesta por el P. Nieto. Conocemos algunas de estas intenciones: por el Papa, por la paz, por la conversión de Rusia, etc. Otra de las prácticas era acompañar al Padre los días de paseo a visitar los Sagrarios de los pueblos próximos. La sección promovió mucho las horas santas, tanto de cada miembro de la misma como de la sección y de toda la Comunidad. Pero quizá lo más característico era la oración prolongada ante el Santísimo en días de vacación o recreos largos, de cuyo espíritu participó pronto toda la comunidad. Ya hemos visto que fue el P. Nieto el gran promotor de esta práctica en Comillas. Al integrarse el *Apostolado de la Oración* dentro de la Congregación mariana, es la sección eucarística, que adopta el nombre de «sección eucarística del Sagrado Corazón», la que promueve en el Seminario esta devoción. Del P. Nieto dependía directamente la selecta biblioteca sobre la devoción al Corazón de Jesús que poseía la sección.

Cuando en 1952 la sección del Sagrado Corazón reorganiza el *Apostolado de la Oración*, el P. Nieto habla con fuego de la importancia de vivir el espíritu reparador. La puesta en marcha de la nueva organización encuentra apoyo en dos pláticas del Padre, que, según se nos dice, caldearon el ambiente. Al parecer, los años siguientes la sección está en alza, con muchos miembros y abundantes actividades y proyectos, alguno tan ambicioso como el mencionado a final del curso 1954-55. Oigamos:

> «Deseando que todos nuestros entusiasmos no se reduzcan a vivir más o menos unidos aquí en el Seminario al calor de este ideal, sino que perduren el día de mañana cuando cada uno de nosotros trabaje en el campo que Dios le encomiende, ya hacia final de este curso llevamos a cabo la idea que desde hace mucho tiempo veníamos madurando de fundar u organizar algo con carácter de movimiento permanente para nuestra vida de apostolado, en cuyas filas nos encontremos no sólo nosotros, sino todos los sacerdotes de cualquier diócesis u orden religiosa, con tal que sientan el llamamiento de Dios hacia este apostolado de implantar en todo el mundo el Reinado del Corazón de Jesús.»

¿Qué se anuncia con tan solemne introducción? El nacimiento del SURCOX, o sea, Sacerdotes *U*nidos por el *R*einado del *CO*razón de *X*to.

Las obligaciones de los socios serían de gran exigencia, y parece claro que algunas llevan el sello del P. Nieto: consagración bajo voto a este apostolado, una hora de oración diaria, también bajo voto, envío mensual del boletín de control de vida al P. Espiritual, etc.

Al año siguiente se vuelve a hablar del SURCOX, pero seguramente la magnitud de la empresa hizo que la iniciativa no cuajase.

Con antelación a esta iniciativa surgió también en el Teologado la llamada «Sección de Apóstoles del Corazón de Jesús», bajo la advocación del Beato Avila. Se consigna expresamente que surgió «siguiendo los deseos del P. Espiritual» y que operaba bajo su «alta dirección».

Fue una preocupación constante del Padre la formación de grupos de seminaristas que perdurasen más allá del Seminario.

Alguien se preguntará si secciones como la del Sagrado Corazón u otras por el estilo tienen algo que ver con una Congregación mariana. Para no perder esta referencia mariana, ciertamente en peligro, insistía mucho el P. Nieto en el mantenimiento del acto semanal de la Congregación y del resto de los actos marianos. Pero no olvidemos que la espiritualidad de las Congregaciones marianas fue siempre cristocéntrica, como repetía continuamente el P. Nieto: *Ad Jesum per Mariam.* Por eso, todo lo que ayudase a los seminaristas a vivir con más plenitud su vida cristiana encontraba fácil acomodo en la Congregación.

La llamada sección sacerdotal o para el fomento de vocaciones sacerdotales tomó por patrono al entonces Beato Avila. Dos preocupaciones de fondo se advierten en la actividad de esta sección: la santidad sacerdotal y el estudio de la espiritualidad del sacerdote diocesano. Aparte de la oración por las vocaciones, los jueves sacerdotales y otras prácticas de piedad, de orientación eminentemente eucarística, los miembros de la sección practicaban entre ellos la corrección fraterna.

En esta sección participaban sobre todo los teólogos de los últimos cursos, más interesados por los temas sacerdotales dada su cercanía a las órdenes sagradas. Colaboraban muy activamente en la ambientación de los días de ordenaciones.

Los círculos quincenales de estudio eran la caja de resonancia de los temas más candentes sobre el sacerdocio. Las ideas de Mercier, ya recordadas, volvían una y otra vez a estas reuniones. Se enumeran, entre otros, temas como los medios comunes de santificación y los consejos evangélicos ante las exigencias de santidad sacerdotal, espiritualidad específica del clero diocesano, pobreza sacerdotal, etc. A final de los años cincuenta la sección refleja un creciente interés por el movimiento litúrgico.

El P. Nieto seguía con mucho interés y simpatía la vida de la sección y en ocasiones era el portavoz ante toda la Comunidad de Teólogos de sus inquietudes e iniciativas.

La sección específicamente mariana era la que fundara aquel carismático dirigido del P. Nieto que fue Antonio Garde: la del Inmaculado Corazón de María. Todos la denominaban, sin embargo, «sección cordimariana». El alumbramiento de la sección se gestó en largas char-

las espirituales entre Garde y el P. Nieto. Por eso, al determinarse en la Junta Directiva de la Congregación dar al curso 1948-49 «un matiz cordimariano», no se halla otro medio mejor que las reuniones periódicas con el P. Nieto, perfecto conocedor del espíritu de la sección. Sin duda, por esto no decreció el interés por el movimiento cordimariano una vez que Garde abandonó el Seminario. Baste considerar este dato: en el curso 1954-55, ausente ya Garde, la sección empezó con 33 miembros.

Como todos los grupos de la Congregación, el cordimariano tenía una vida *ad intra* y una proyección externa. Los socios se comprometían a rezar diariamente los 15 misterios del Rosario y a tener semanalmente media hora de lectura mariana. Tampoco faltaban, naturalmente, los círculos de estudio sobre algún tema mariano: en ellos se trató mucho de la esclavitud mariana de San Luis María Grignion de Montfort y del mensaje de Fátima. En la espiritualidad del grupo se resaltaba la unión afectiva durante el día con la Santísima Virgen, *marianizando* así toda la vida, según expresión muy usada entonces. La sección tomó muy activamente parte en las fiestas marianas del Seminario.

La sección misional de la Congregación procuraba imbuir a sus socios del espíritu misional por medio de círculos de estudio y lecturas. Estos se escribían con los misioneros. Algunos de ellos marcharon al Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos.

De vida más bien efímera fue la sección universitaria, que, surgida a mitad de los años cincuenta, sucumbió en el cruce de las ideologías que dieron como resultado la expulsión del Seminario del prefecto de la sección. La intención de esta sección era prepararse para el apostolado en la Universidad civil. Como otros grupos, expresaba más una inquietud o preocupación ideal, que un compromiso concreto.

Quizá convenga resaltar el talante del P. Nieto en el incidente que provocó la expulsión del Seminario del prefecto. El Padre, alejado, sin duda, ideológicamente de las inquietudes del grupo, supo deslindar perfectamente los aspectos ideológicos de los humanos y cristianos, para situarse afectivamente más cerca del sancionado que de los sancionadores. Aquel muchacho, hoy senador socialista, dice: «Si fuese el P. Nieto quien ostentase entonces la responsabilidad disciplinaria, habría sido más clemente que otros superiores... El habría intercedido en favor nuestro si en conciencia creyese que la causa por la que luchábamos era mejor que aquella por la que se nos expulsaba.»

Quizá fue la sección de formación y acción social o sección obrera la que más vuelos tomó por los años cincuenta. Baste el dato del número de miembros que la componían: curso 1952-53, 74 teólogos; curso 1954-55, 56 teólogos; y así otros. Se trataba de una corriente bastante generalizada entonces en el clero y en los Seminarios, que el P. Nieto

apoyó y contribuyó a imbuir de fuerte exigencia sacerdotal. En otra parte de habla de los equipos sacerdotales jocistas. Basten aquí algunas referencias a las actividades de la sección obrera. Veamos un apretado resumen del curso 1947-48:

> «Reuniones: Se han tratado los temas siguientes: Actuación del sacerdote en la HOAC, ejercicios y misiones a los obreros, cómo debe hablar de Dios el sacerdote a las gentes sin pan y con jornales insuficientes, etc. Se han celebrado 12 reuniones ordinarias. Nuestra agrupación, juntamente con el Círculo de Acción Católica, invitó al párroco de La Felguera y consiliario diocesano de la HOAC de Asturias y al director del Círculo Católico Obrero de Burgos para varias conferencias sociales. El 9 de mayo tuvo un discurso sobre materias sociales el Ministro de Trabajo.»

En la reunión de clausura del curso acuerdan comunicar al P. Rector el interés de algunos socios por cursar sus estudios en el nuevo Centro de Estudios Sociales de Madrid. Tal era la afición que reinaba en Comillas por estos temas. La misma Junta de la Congregación, presidida por el P. Nieto, tuvo que determinar en octubre de 1949 que la sección obrera espaciara un poco sus reuniones, que eran demasiado frecuentes. Pero siguió el furor...

Veamos el curso 1952-53. Sabemos que componían la sección 74 teólogos. Se reúnen cada semana (un día cada grupo de los cinco que componen la sección). Las reuniones alternaban charlas sobre diversos temas sociales con encuestas. Con todo se anota que «el enfoque general de la sección no es de tipo económico-social, sino de tipo sacerdotal-apostólico». Las charlas solían versar sobre experiencias realizadas por miembros de la sección durante el verano. He aquí algunas: trabajo de algunos en un pantano, asistencia a cursillos con otros seminaristas, semanas nacionales de JOC y HOAC, etc. Las encuestas se enfocaron en tres sentidos: virtudes sacerdotales, método de apostolado jocista, revisión de vida. Una parte de las reuniones se dedicó al apostolado rural.

Todas las noches hubo hora santa con cinco seminaristas, uno de cada grupo. Los cinco grupos se reunieron con el P. Nieto en el parque del palacio del Marqués para la clausura de las actividades del curso.

Las experiencias veraniegas de los seminaristas en el ambiente obrero encontraron inicialmente el apoyo del P. Nieto, que poco a poco fue desengañándose de ellas por los peligros espirituales que entrañaban y porque no veía especial fruto en ellas. Con todo, nunca renunció a que sus hijos se pusieran en contacto con los problemas de la clase trabajadora.

En el curso 1954-55 se pretendió que Cardijn repitiese la visita gira-

da a Comillas en 1949. Lamentó mucho no poder acudir, reiterando al P. Rector los encomios que por doquier iba haciendo de aquellos seminaristas comilleses. Por el contrario, sí pudo contarse entonces con la presencia del Consiliario Internacional Adjunto de la JOC, que habló a los filósofos y teólogos sobre el espíritu de dicho movimiento apostólico.

Como ya se ha apuntado, el interés por el tema obrero estaba entonces bastante generalizado. No podemos afirmar si Comillas llevaba ventaja a otros Seminarios o viceversa. Quizá lo típico de Comillas era el enmarque del movimiento en la Congregación mariana. El empalme de ambas espiritualidades —la mariana y la obrera— se realizaba a través del P. Nieto, que logró una original fórmula integradora entre ambas.

En 1959 las *Noticias de la Provincia de León, S. J.*, hicieron una valoración global de la sección obrera. Extractamos algunos puntos:

> «La sección más numerosa e importante —se dice—: unos 50 han pertenecido a ella este curso. La sección —dice uno de sus miembros— ha tenido como fin más bien una formación intelectual en estos problemas. A la llegada de monseñor Cardijn, se propuso dar al grupo una orientación más bien práctica, es decir, procurar que todos los miembros de la sección sientan de veras el problema y se identifiquen lo más posible con él... De hecho unos 35 sacerdotes salidos de Comillas los últimos años se mantienen en este espíritu y una buena parte de ellos trabaja directamente en campo obrero. Ellos suponen para nosotros, los seminaristas, además de nuestra gloria, nuestra principal fuente de experiencia.»

Se da cuenta, a continuación, cómo por estos años un grupo de seminaristas de la sección va a Bélgica todos los veranos a ensanchar sus conocimientos y a vivir el espíritu jocista en su cuna. Y se añade:

> «Pero aún no hemos llegado al fondo, a lo que podríamos llamar el corazón de la sección del apostolado obrero: su espíritu. Para asomarnos a él, hojearemos al azar los programas de vida de dos equipos: del del *cura de Ars* y del de *María Inmaculada y San Juan Bosco.* Extractamos algo de lo más característico: *Vida espiritual*: Nos comprometemos diariamente a hacer algún sacrificio externo (cilicio, disciplina, ayuno...); *Práctica de los consejos evangélicos*: No hablar nunca mal de otros sacerdotes... La voluntad de nuestros superiores será para nosotros la voluntad de Dios... No abriremos ninguna tarjeta de ahorro... El capital máximo para imprevistos son 500 pesetas. Lo que pase de ahí, hay que darle un destino concreto (pobres, obras de apostolado...). Licores, espectáculos, viajes, sólo se justifican por una necesidad actual de apostolado o caridad...»

> «No pedir nada, no rehusar nada, no criticar nada. Tener al corriente de nuestros trabajos y proyectos al señor Obispo... Que nuestro presupuesto de gastos no sea superior al de una familia humilde de nuestros feligreses... Las necesidades imprevistas quedan a la solución de la Providencia y del Equipo... Para gastos superiores a 1.000 pesetas consultar al equipo y atenerse a su determinación. Para los demás gastos atenerse a las indicaciones del P. Espiritual.»

En 1955 se constituyó una sección de apostolado rural. El P. Nieto había prevenido contra una excesiva polarización de la sección obrera hacia el trabajador industrial. He aquí lo que dijo el mismo día en que se anunció la nueva sección como independiente de la obrera:

> «El P. Nieto se dirigió a Fueyo (que era el prefecto de la sección), insinuándole que la sección obrera no se debía ceñir exclusivamente al obrero industrial, sino estudiar también el problema de los diversos tipos de obreros y gente necesitada que se nos pueden presentar el día de mañana en una parroquia cualquiera.»

Extractamos aquí de las *Noticias de la Provincia de León, S. J.*, de 1959 una hermosa comunicación del responsable de la sección rural:

> «De la consideración de los problemas del agro español y del deseo de responder a las preocupaciones de los Papas ha nacido la sección rural de Comillas, que se une al movimiento rural español. Nuestra sección tiene como fin crear una postura de apertura a la realidad del mundo rural, y así vitalizar nuestra vida. Además, iniciar un movimiento de amistad sacerdotal. No queremos capillitas; tampoco la especialización, para no comprometer a nuestros obispos... Nuestra sección actualmente está dividida en grupos pequeños que se reúnen una vez a la semana en particular, y una vez al mes en conjunto. Actividades externas ni las tenemos ni nos interesan, ya que lo que pretendemos es mejorar en nuestra vida y prepararnos para el día de mañana. Durante el verano, los componentes estudian los problemas y los anotan en el cuaderno de hechos, para que durante el curso haya abundante materia en las reuniones particulares. Así vamos practicando la revisión de vida.»

Pero no está dicho lo principal de la orientación social de la Congregación mariana, pues falta todo lo relativo a las secciones de caridad y del apostolado del mar. Pero esto se deja para el capítulo que trata del amor a los pobres del P. Nieto. Aun así, esta visión panorámica de las secciones de la Congregación nos permite calibrar la honda y extensa labor realizada por el P. Nieto como coordinador e impulsor de la vida de todos estos grupos congregacionales. Porque él era la clave de todo. Lo que dicen las *Noticias de la Provincia de León, S. J.*, re-

firiéndose a lo social, podría aplicarse a todas las secciones de la Congregación. Se dice allí:

> «Entrando de lleno en lo social, una palabra lo sintetiza: el P. Nieto. Es lo social, si se quiere, no en un sentido técnico, pero sí en el sentido fundamental de la práctica auténtica del Evangelio. Todo el pueblo de Comillas sabe que quien resuelve sus *cuestiones sociales* es el P. Nieto con su infatigable preocupación por todos los necesitados.»

Pero toda esta pujante vida congregacional entró en crisis de alguna manera hacia los años sesenta. Todo ello fue fuente de profundo sufrimiento para el P. Nieto, que estimaba sincerísimamente la Congregación mariana.

6. *Director espiritual*

Algunos seminaristas encontraban alguna deficiencia en su Director Espiritual. Formulemos con palabras del P. José Alonso, profesor muchos años en Comillas, la que más se repitió:

> «En general el aprecio de su santidad era grande, pero no faltaba en algunos cierta reticencia en cuanto a su modo de dirección espiritual. Empleaban éstos la frase *espiritualidad-aspirina*, queriendo indicar con ella que arreglaba los problemas (de vocación o de lo que fuera) con el recurso al Sagrario, pero no analizándolos en sus componentes sicológicos.»

Parece que, en efecto, algunos espíritus más inquietos encontraron en él cierta falta de comprensión en sus dudas o luchas interiores. Con todo, conviene aclarar que esta deficiencia aparece circunscrita a casos aislados, aunque algo más extendida en los años sesenta, en correspondencia con la crisis generalizada que se observó en muchos ambientes eclesiales por esas fechas. Nadie, sin embargo, cuestionó por ello la santidad del P. Nieto y la sinceridad de su dirección.

Evidentemente su labor en la dirección de las almas es mucho más profunda que la que pueda imaginarse desde perspectivas meramente analíticas. El carisma que Dios le había concedido para arrastrar a las almas hacia el camino de la santidad se escapa a consideraciones tan simplistas.

Si quisiéramos mencionar algunas características más insistentemente resaltadas en el trato del P. Nieto con sus dirigidos, tendríamos que referirnos, cuando menos, a las siguientes:

1. *Delicadeza:* La aparente rudeza de su porte exterior —agrandada por su deformidad física— y la dureza de sus actuaciones públicas ante la comunidad se trocaban al punto en cercanía, calor y comprensión, cuando se pasaba al plano individual de la dirección privada.

2. *Disponibilidad:* Los seminaristas sabían que su P. Espiritual estaba disponible a cualquier hora del día o de la noche, como si no hubiese otra cosa que hacer en el mundo. Cualquier otra cosa cedía ante ésta.

3. *Orientación positiva:* Aunque sabía reconvenir, si era preciso, el tono general de su dirección era positivo; es decir, orientado a la superación de las deficiencias. Más que corregir o reñir, exhortaba. Su empeño era, sobre todo, el de excitar la generosidad. Sabía consolar, alentar...

4. *Preocupación integral:* Dentro de la preeminencia dada a los valores sobrenaturales, el P. Nieto se preocupaba de cuantos problemas afectasen a los seminaristas: salud, estudios, economía, etc. Se alegraba con sus éxitos humanos y sufría con sus penas, sabiendo convertir todas las incidencias terrenas en acontecimientos salvíficos. Era Padre Espiritual, pero era más que Padre Espiritual.

5. *Cariño:* El P. Nieto quería entrañablemente a los seminaristas y sacerdotes, sus dirigidos. Primero con amor sobrenatural, que le llevaba a orar, sacrificarse, entregarse por ellos; pero también de una manera cálida y afectiva. Su cariño se traslucía a flor de piel, hecho desolladura viva en su palabra, en su vida entera.

No vamos a hablar de «director perfecto», como le califica Amando Araújo en la biografía de Joaquín Teixeira, pero sí gozaba de lo más importante en el director del espíritu: por una parte, la unión con Dios, fuente de toda fecundidad apostólica, y, por otra, la cercanía humana a los problemas del dirigido.

Estas cualidades fundamentales suplieron en gran medida alguna deficiencia humana o técnica que pudo tener.

Capítulo X

SI EL GRANO DE TRIGO NO MUERE...

> «Quiero morir en Cristo, morir con Cristo, morir en el nombre de Cristo, morir revestido de Cristo, morir como Cristo, crucificado» (P. Nieto, *retiro del 14 de marzo de 1965*).

De todos es conocida la crisis que en los años sesenta y setenta sacudió a amplios sectores de la Iglesia, con una especial repercusión en los centros de formación de sacerdotes y religiosos. Comillas no fue una excepción.

El mismo Concilio Vaticano II, aunque no lo pretendiese, sirvió de banderín de enganche a muchos disconformes para forzar un incontrolado revisionismo.

Hasta el P. Nieto —quizá lo único indiscutido en Comillas desde hacía más de treinta años— se vio envuelto en el ojo del huracán. Continuó ciertamente intocada su fama de santidad por encima de las ideologías en pugna, pero no en la misma medida sus ideas, sus métodos ascéticos.

Pero entonces más que nunca se alzó sobre todas las contingencias el hombre de vivísima fe y profunda humildad. De este modo daría el último paso por el fuego purificador, para presentarse así más resplandeciente ante el Señor.

1. *Enfoque de la nueva situación*

Que la formación ideológica del P. Nieto no era la más apropiada para comprender los nuevos vientos que soplaban por la Iglesia y por la sociedad es evidente. Aunque sería falso calificarle de integrista, sí

se puede afirmar que era profundamente tradicional. De ahí que el choque interior causado en él inicialmente por el Concilio Vaticano II fuera violento. Pero su profunda vivencia de las virtudes teologales y su fidelidad a la Iglesia hicieron posible su evolución, hasta integrar positivamente en su espiritualidad la nueva situación. Oigamos a este respecto a Mons. Díaz Merchán:

> «El P. Nieto tenía confianza en el Concilio Vaticano II y en lo oportuno de sus decisiones y orientaciones. El insistía en la fidelidad a la Iglesia y en la necesidad de vivir la vida espiritual con autenticidad. En su profunda vida interior encajaba el concilio perfectamente. Lamentaba sin acritud las desviaciones. Le dolía que no se tratase con más respeto al Papa y a los obispos, porque para él en los superiores jerárquicos actuaba el mismo Jesucristo, Cabeza y Salvador de la Iglesia.»

Para asimilar más profundamente el espíritu del Concilio Vaticano II, lo leyó y estudió cuanto pudo. Recuerda un jesuita de Comillas:

> «Terminado el Vaticano II, me admiró verle un día por la fachada de la Universidad leyendo los documentos del Concilio. Le paré y estuve hablando unos momentos con él. No recuerdo las palabras que hablamos, pero quedé con la idea de que leía aquello por *sentir* mejor con nuestra madre la Iglesia.»

Fruto de estas lecturas y estudio son muchos de los apuntes de los últimos años, donde se citan con relativa frecuencia diversos pasajes de los documentos conciliares, en que él encontró nuevos impulsos para su entrega al Señor y hasta gozosas confirmaciones de convencimientos muy profundos en él: piénsese, por ejemplo, en la doctrina conciliar sobre la universal vocación a la santidad y en otras. Igualmente encontraría en la llamada conciliar a la renovación de la Iglesia un fuerte punto de apoyo para la predicación de los últimos años a los sacerdotes. Así se expresa en un texto de los tiempos del Concilio:

> «Todos esperamos con gozo la renovación espiritual de la humanidad como fruto del Concilio. Quizá no anhelamos con tanto interés la nuestra, el trabajo y el esfuerzo que nos ha de exigir.»

El P. Nieto no temía los cambios, sino los cambios poco fundamentados en una profunda vida interior. Lo expresa también certeramente Monseñor Díaz Merchán:

> «En mi última entrevista con el P. Nieto, pasamos unas tres horas comentando la situación de la Iglesia en general y algunos aspectos en concreto. El P. Nieto no temía las novedades, si lleva-

> ban en su interior la autenticidad de una vida cristiana. Sabía examinar los hechos con serenidad. Respetaba a las personas. Tenía firme esperanza en la acción de Dios en la Iglesia de hoy.»

Sólo quien vive profundamente arraigado en la roca firme, como él, es capaz de encarar con total seguridad los cambios accidentales. De ahí también su autoridad moral por encima de las diversas ideologías. Lo resaltó en la homilía de su funeral el Obispo de Santander:

> «El P. Nieto, desde su vida de Dios, trascendía todas las ideologías, todas las distintas vivencias de las diversas generaciones de personas, todos los enfrentamientos... Todos los que le trataban, pensasen lo que pensasen, viniesen de los espacios pastorales más diversos, eran interpelados por la palabra y el gesto del P. Nieto, como de un testimonio original y casi único.»

En los años sesenta se le vio dedicar más tiempo a la lectura y al estudio. En un retiro del 30 de octubre de 1965 hace el propósito de estudiar Dogma, Moral, Ascética y Mística.

Hay que referirse también a otra preocupación muy presente en el ánimo del P. Nieto en estos últimos años de su vida: la de asimilar las nuevas normas litúrgicas de la Iglesia. Resulta difícil hoy comprender el enorme esfuerzo interior que supuso para los sacerdotes mayores adaptarse a unos cambios que venían a trastocar hábitos espirituales muy arraigados. Pues bien, el P. Nieto se dedicó con inusitado empeño al estudio de las nuevas normas. Nos quedan amplísimos apuntes autógrafos sobre este tema. No exageraríamos si apuntásemos una excesiva escrupulosidad.

Y así como procuraba con ahínco ajustarse él a las nuevas normas, le dolía que algunos se las saltasen a la torera. Se lo hizo notar a los Superiores cuando lo observó. Esta nimiedad en el tema litúrgico tenía en él dos vertientes: obediencia a la Iglesia y veneración por la Eucaristía. Oigamos lo que cuenta una religiosa de Pedreña:

> «Era delicadísimo en la liturgia y en todo lo que se relacionaba con lo que se usaba para la celebración. A pesar de todo el trabajo que tenía durante los Ejercicios a los sacerdotes, revisaba los misales de todos los altares, que eran varios; y no sólo eso, sino que mientras los sacerdotes celebraban estaba allí. Como yo era sacristana, me enteré que en dos ocasiones enseñó a decir Misa a algunos sacerdotes. Durante el día se encerraba con ellos en la capilla de los altares, y allí solos los dos los corregía.»

2. *Cuestionado*

En el capítulo precedente nos detuvimos en 1960, cuando se trasladó a Madrid la Facultad de Derecho Canónico. Detrás irían el resto de las Facultades comillesas. Hasta ese momento, para el que faltaban aún unos años, el Padre tendría una etapa de duro sufrimiento.

Por entonces empezará a notarse lo que pudiéramos calificar de cierto «regateo» sobre determinados actos piadosos. En concreto las pláticas del P. Nieto empiezan a cansar a algunos. Se buscan razones para suprimirlas, cosa que sucede también con otros actos de piedad. Esto suscita a veces enfados del P. Nieto, que observa cómo se van aligerando las prácticas religiosas en la vida del Seminario. Las sesiones del cine-forum y algunos programas de televisión hicieron mella en los actos piadosos de la noche después de la cena. Tanto el P. Reino como él llamaron la atención sobre ello.

Sintomático parece en todo este proceso que en el curso 1964-65 empiece a figurar el P. Reino de cuando en cuando como platiquero de la Comunidad de Teólogos. Se ve que se buscaban ocasiones para prescindir del P. Nieto. Más llamativo es lo que se anota el 6 de diciembre de 1965:

> «Por la tarde a las 7,15 el P. Nieto nos habló en el Paraninfo; fue un *a modo de examen práctico*, y con esto ya está hecho el retiro del mes. (¡Vaya cabreo que cogió el P. Nieto por esto! Nosotros tampoco estamos contentos, pero las razones son distintas.)»

Cuatro días más tarde se convalida la plática del P. Espiritual por la homilía de la Misa, con la justificación de que "no hay que multiplicar excesivamente las cosas".

Toda esta táctica de ir recortando los actos piadosos dolía profundamente al P. Nieto, como se deja suponer.

Pero quizá el rechazo más significativo sea el relacionado con los Ejercicios de órdenes del curso 1965-66. Se le orilla expresamente, buscando sustitutos fuera de Comillas. También se le orilla durante la Semana Santa para las pláticas y examen práctico tradicional.

Mucho tuvo que doler también al P. Nieto el derrumbe por estos años de la Congregación mariana. Quien fuera elegido por el Padre para prefecto de la Congregación del filosofado, en los años de su pleno esplendor, escribe:

> «La Congregación mariana era una de las palancas más usada a lo largo de nuestra vida de seminaristas por el P. Nieto. La Virgen llenaba su corazón... Me imagino lo que habrá sufrido los últimos años de Comillas, cuando la Congregación fue a menos, a menos...»

A principios de los años sesenta empezó a surgir la oposición al acto semanal de la Congregación. «En tiempos tendría su porqué, hoy no responde a nada», anota brutalmente el bedel de teólogos en su diario. Batalló el P. Nieto por su mantenimiento, pero todo fue inútil. El Señor le iba exigiendo paulatinamente el desprendimiento total de lo que más amaba.

Es más que probable que éstos y otros acontecimientos similares ocurridos en estos años en Comillas contribuyeran a minarle la salud. Cuando en 1964 fue a Santurde (La Rioja) a dar Ejercicios, uno le describe como «un cadáver de pie», sumamente mermado de fuerzas.

Pero no creamos por lo dicho que no hacía labor entre los seminaristas. La contestación, aunque de efectos demoledores sobre el conjunto, era minoritaria. Así ve un sacerdote la situación de estos años:

> «Aun en los últimos tiempos comilleses conservó su ascendiente entre los seminaristas, y la mayoría se veían obligados a reconocer su gran testimonio de vida cristiana. No faltaron, sin embargo, quienes le criticaban. Era demasiado fuerte su ejemplo para no ponerles en evidencia.»

En otra parte escribe el mismo:

> «La admiración y adhesión al P. Nieto fue unánime durante las primeras tres décadas. Fueron las últimas generaciones de los años sesenta, con aquellos vientos de hipercrítica que corrían, las que comenzaron a cuestionarle. Le tildaron de *crucifixionista* y otras cosas. No obstante, un sacerdote de esas hornadas me dijo confidencialmente que, si bien no le seguían, le admiraban, pues su testimonio era digno de todo respeto.»

El P. Reino, que compartió con él los sinsabores de esta etapa, escribe:

> «Le desconcertó, hacia el final de su vida, el cambio que se operó en los centros de formación, y su vida de oración se acrecentaba pidiendo al Señor que nos ayudase.»

La reacción era, pues, la de un hombre centrado en Dios. En sus apuntes de estos años aparecen con frecuencia conceptos como contrariedades, humillaciones, adversidades, sufrimientos, etc. Pero ¡qué altura de miras ante eso que tanto afecta a la naturaleza humana!

3. «*Vencer el mal a fuerza de bien*» (Rom. 12,21)

La avalancha de secularizaciones de aquellos años le llegó al alma. Quizá fue el mayor sufrimiento moral que soportó. ¡Estimaba tanto el sacerdocio! También le afectaron los problemas internos a la Compañía de Jesús, como tendremos ocasión de ver.

En una situación así, tan propensa al desahogo, el P. Nieto se esforzaba por no herir a nadie con su palabra ni con sus actitudes. Callaba resignado y se refugiaba en la oración. Pero tuvo que luchar mucho para dominarse. Baste el ejemplo de un retiro de octubre de 1965, donde deja escrito:

> «Defectos a corregir: la lengua. No hablar mal de nadie, ni en disfavor. He faltado mucho en esto... Caridad, mucha caridad, siempre caridad: en mis pensamientos, juicios, conversaciones, obras, contrariedades y sufrimientos. Ver siempre a Dios en todos y todos en Dios.»

Aunque su humildad y estima de la caridad le hacen decir que ha faltado mucho, sus hermanos jesuitas y otros que le trataron resaltan su extrema delicadeza, aun en estos años conflictivos.

Las líneas maestras del enfoque que dio a la problemática suscitada por la situación eclesial de estos años quedan perfectamente diseñadas en su correspondencia epistolar y en algún otro escrito suyo. He aquí uno de éstos:

> «Estamos en unos momentos muy delicados y de suma trascendencia; expuestos a cierto confusionismo. Por exceso o por defecto. En todos quizá por demasiado apegados a nuestro juicio y modo de ver...
>
> La Iglesia quiere y desea renovación en muchas cosas accidentales, que quizá no dicen tanto en nuestra época. Ella misma quiere renovarse, y así nos lo ha dicho el Vicario de Cristo. Todos queremos esta renovación, pero nadie quiere empezar por sí mismo. Nos parece a todos que son los otros los que necesitan dicha renovación para que vean las cosas como yo las veo. No olvidemos que no hay dos hombres enteramente iguales en lo externo, y menos interiormente.»

En otro escrito, que titula *Programa síntesis de mi concepción para la formación de seminaristas*, dice:

> «Lo primero y más esencial de todo es aconsejarles que pidan a Dios todos los días en su oración una fe viva informada por la caridad. Hoy hay poca fe, aun en muchos sacerdotes, religiosos y seminaristas. Se habla mucho, se discurre y disputa mucho, muchas

reuniones pastorales, pero en ellas apenas se habla de Dios, y no se preparan con la oración; es decir, no se ha hablado con Dios antes ni después de las reuniones. No se hizo oración.

Sin la fe es imposible agradar a Dios, y sin ella —esa luz divina— no se ven ni se estiman los valores sobrenaturales, y especialmente el don del sacerdocio.»

Pero es quizá en su correspondencia epistolar donde más al vivo se percibe, tanto su diagnóstico de la situación como sus actitudes íntimas ante ella. No menos de cien cartas de las conservadas de los últimos diez años de su vida aluden a la crisis de la Iglesia, con una referencia especial a la crisis del clero secular y regular. Unas cuantas palabras se repiten machaconamente a lo largo de tan nutrido conjunto de cartas: naturalismo, materialismo, racionalismo, desorientación y, sobre todo, confusionismo.

Para él la crisis es doble: de fe y de amor. Se lo expresaba así en 1971 a un obispo:

«Fe aún queda algo, pero amor de Dios... Hoy la razón de todas las crisis es la crisis de amor de Dios y de ahí al prójimo, que hay que amarle por Dios; y la crisis de fe y caridad es por falta de oración, de trato íntimo con Dios.»

Estas ideas las repite por activa y por pasiva a toda clase de personas: obispos, sacerdotes, religiosas, familiares, etc.

Con todo, el P. Nieto no tenía cerrados los ojos para ver también la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. A una religiosa, que no lograba acomodarse a los nuevos tiempos, la aconseja así:

«Tampoco debe ver mal todo lo moderno; puede haber cosas buenas y dignas de ser admitidas... Lo bueno, antiguo o moderno, aceptémoslo; lo malo, antiguo o moderno, dejémoslo.»

Y a un sacerdote:

«El Señor permite todos estos males para purificar a su Iglesia, en la cual hay, como siempre, mucho bueno, quizá más que nunca.»

Su fe vivísima y su confianza sin límites en Dios le hacían bucear en el aspecto salvífico de las deficiencias:

«Dios permite este confusionismo —escribe— para un bien mayor. Nosotros no vemos cómo puede ser esto, pero El tiene poder, sabiduría y amor para hacerlo... Un rato más prolongado de Sagrario avivando la fe, esperanza y caridad; así sacaremos de mayores males, mayores bienes». «Oremos y confiemos, que el Señor vela so-

> bre su Iglesia» —escribe—. «Cuanto más oscuro y cerrado aparezca todo y sin solución, confiar más en el Señor, que tiene soluciones divinas cerradas a nuestro espíritu.»

La misma situación, aparentemente desfavorable a la santidad, debe convertirse en una ayuda; así escribía a una religiosa que sentía dificultades en el camino de la perfección:

> «Dice en la suya que es difícil la vida religiosa en estos momentos. Es cierto esto para un alma que se sienta atraída por el mundo y fría en el amor de Dios. Mas para un alma que se siente atraída constantemente por el Señor —y por eso no halla contento, sino cada día más repugnancia en las cosas del mundo—, no es difícil, sino más amada y querida la vida religiosa, esa vida de amor tierno y encendido a Jesús.»

En una situación de tanto sufrimiento moral, el P. Nieto supo mantener siempre el optimismo; pero un optimismo, como él repetía, santo, cristiano, es decir, fundamentado en la fuerza de la gracia de Dios, que vela amorosamente sobre su Iglesia. Con el Papa Pablo VI confiaba en que las almas santas habían de ayudar decisivamente a la superación de la crisis.

Como nos decía Mons. Díaz Merchán, el P. Nieto tenía gran confianza en el Concilio Vaticano II e insistía en la fidelidad a la Iglesia. Estas actitudes quedan reflejadas también en sus cartas.

Como sabemos, la raíz de todos los males estaba para él en el abandono de la oración. Repitámoslo con sus mismas palabras: «La crisis de fe y caridad es por falta de oración, de trato íntimo con Dios.» Toda la renovación eclesial debía partir, pues, de la vuelta al trato con Dios.

4. *El adiós a sus hijos*

La cadena de renuncias que el Señor iba exigiendo al P. Nieto llegaba al eslabón más fuertemente adherido a sus carnes: los seminaristas, sus hijos espirituales. Poco a poco fue comprendiendo su desplazamiento. Y ofreció su renuncia. Oigamos cómo lo cuenta el P. Alfredo Rueda, a quien se lo confió el P. Nieto en 1964:

> «Hablando de las nuevas generaciones de Teólogos, me dijo:
> —Yo no entiendo a éstos de la *nueva ola*. Ya le he dicho al Padre Provincial que me retire de Espiritual. Y me quedaré en Comillas; o donde quieran mandarme, añadió en seguida.»

Edificante resulta este desprendimiento y disponibilidad, en quien había dedicado su vida a ser Director Espiritual en el Seminario. Y ya

sabemos lo que quería el P. Nieto a los seminaristas. Pero cuando se percata de que su labor no es comprendida por algunos y que él tampoco comprende a la *nueva ola,* en vez de aferrarse a su cargo, lo pone a disposición de la obedencia, como su propia persona también. Expone, sin insistir. Y la obediencia le mantendrá todavía en su puesto algunos cursos. Hasta que llegue el traslado de las Facultades de Filosofía y Teología a Madrid en el curso 1967-68.

Aquel año 1967 celebraba el Seminario de Comillas sus bodas de diamante. Hacía veinticinco años se habían celebrado las de oro. Eran otros tiempos. ¡Habían cambiado tanto las cosas desde aquel año 1942! Las bodas de diamante serían menos solemnes, más nostálgicas. Los protagonistas principales fueron los antiguos alumnos. Se trató más bien de una evocación del pasado. El futuro era una incógnita.

En uno de los actos del Jubileo, una conferencia del Obispo de Málaga, cuyo tema era *Comillas, manantial de santidad,* el Prelado se refirió al P. Nieto:

> «En Comillas —dijo— nos enseñaron a estimar la oración para vivir cristianamente, a practicar la mortificación para alcanzar la libertad, a adorar la Eucaristía para amar como Cristo y a querer al pueblo como garantía de que son auténticos los dones del Espíritu de Dios.»

¿Qué otro era el armazón central de la espiritualidad del P. Nieto? En el desarrollo de cada uno de esos temas vuelve a aparecer una y otra vez su figura: a veces implícitamente, pero otras expresamente, presentándose al Padre como maestro de oración y de caridad con el necesitado. De esta manera se enmarcaba exactamente al P. Nieto en la larga historia de aquella veneranda institución en un momento de balance y de abrir una página al futuro.

Por lo demás, no veremos al Padre en ningún acto público de las celebraciones jubilares. Era su estilo. Sin embargo, sí estuvo muy presente en la atención espiritual a los antiguos alumnos, reunidos en gran número para practicar los Ejercicios Espirituales. Aquel verano, por lo demás, fue de una frenética actividad: dirigió dos meses completos de Ejercicios, otras dos tandas de ocho días, etc.

Cuando a principios de octubre regresa a Comillas, todo es distinto. Por primera vez en setenta y cinco años no había allí seminaristas mayores. Nacía la Universidad «Comillas-Madrid» y moría la Universidad «Comillas-Comillas». Todo era distinto para la institución y todo era distinto para el P. Nieto. Los Superiores creyeron llegado el momento del relevo, aceptando el ofrecimiento hecho unos años antes. El P. Nieto acata en silencio los designios de Dios, aunque su corazón sangra. Por lo que escribe a su hermano el sacerdote, en el momento de jubilarse, podemos colegir lo que sentiría él en estos momentos:

> «Ya sé que dejas tu parroquia —le escribe—. Creo te costará, habituado a tu vida apostólica, pero ya debemos con alegría pensar más en el cielo que en la tierra.»

Y meses más tarde:

> «¿Qué tal después de tu cese en la parroquia? Siempre se notará como un gran vacío. Date de lleno a Dios, más oración de trato sencillo e íntimo con El.»

Sentimiento de vacío, desde el punto de vista humano, ¿qué duda cabe? Pero él sabría llenarlo con más oración. Más aún: mientras las fuerzas se lo permitieran —y más allá todavía— se dedicaría a dirigir Ejercicios, a la atención a los pobres, a la dirección espiritual personal o por correspondencia, etc. Y, como le dice a su hermano, a pensar más en el cielo que en la tierra.

Pero su corazón no se apartará nunca de los seminaristas. Ayudará en lo que pueda a los del Seminario Menor, que aún siguen en Comillas, y a los de Madrid los acompañará desde lejos con su oración.

5. *Garabandal*

Se da aquí por conocida la historia de las supuestas apariciones de la Virgen a unas niñas en el pueblecito cántabro de San Sebastián de Garabandal. El tema suscitó grandes apasionamientos durante años, con defensores a ultranza de los hechos, entre los que merece destacarse al P. Lucio Rodrigo, compañero de comunidad del P. Nieto, pero también con escépticos y críticos decididos. La jerarquía de la Iglesia declaró que no constaba nada sobrenatural en los fenómenos de San Sebastián de Garabandal.

En esta historia se vio envuelto el P. Nieto, probablemente muy a su pesar, al llegar a ser durante algún tiempo confesor y director espiritual de Conchita, la supuesta vidente más conocida. Y aunque el tema puede considerarse como marginal en la vida del P. Nieto, no se puede menos de abordar, aunque sea escuetamente.

Durante su estancia en el colegio de Burgos, regentado por las Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, se confesó la muchacha con el capellán de las religiosas, hombre equilibrado y de mediana edad. Pero, por supuestas órdenes del P. Pío, que le insistía en elegir un confesor de edad, deja de confesarse con el capellán y, finalmente, abandona el colegio en las Navidades de 1967.

El 12 de enero de 1968 visitan Conchita y su madre al P. Rodrigo en Comillas. Enterado éste de la situación, se preocupa por buscar a la

chica «una dirección paterna, pero fuerte, suavemente fuerte», como él dice. Así llegó el P. Nieto a ser confesor de la supuesta vidente de Garabandal. He aquí las diversas versiones sobre el proceso, empezando por la de la propia protagonista, que escribe:

> «Yo pedí al P. Nieto si podía ser mi director espiritual, porque sentí necesitaba alguien más estricto conmigo que el P. Rodrigo. Este me ayudó mucho, pero necesitaba alguien como me habían dicho era el P. Nieto. Gracias a Dios el P. Nieto me aceptó, con tal de que le hiciera caso, me dijo.»

Difieren algo otras versiones. La Superiora del colegio de Burgos y el entonces P. Rector de Comillas aluden a que fue el P. Rodrigo quien tomó la iniciativa, aconsejando a la chica confesarse con el P. Nieto o incluso pidiendo a éste la aceptase. Fue probablemente por complacerle por lo que aceptó. Varios compañeros de comunidad del P. Nieto creen que éste se comprometió por pura caridad y en contra de sus sentimientos.

¿Qué pensaba el P. Nieto de las apariciones de Garabandal? No lo sabemos. Pero su trayectoria espiritual induce a pensar que no debía de ser muy favorable. Recordemos aquel dicho suyo:

> «Si me dijesen que el mismo Cristo se había aparecido ahí fuera, no iría a ver. La fe me dice que está en el Sagrario y verle con la fe en la hostia es mucho más meritorio.»

Preguntada hace poco Conchita cuál era la opinión del Padre al respecto, se limita a contestar:

> «Sé que le conté mi vida, pero no me acuerdo cuál era su opinión acerca de Garabandal. Su preocupación conmigo era llevarme hacia Dios, enseñándome el camino que yo creí con seguridad era el camino que Dios quería. El era muy estricto conmigo, pero me perdonó como creo Dios lo hubiera hecho.»

Por su parte, Mons. Cirarda, responsable del tema mientras administró la diócesis santanderina, a la muerte de Mons. Puchol, escribe:

> «*El P. Nieto y Garabandal:* Para mí es la única cosa que nunca he entendido en el P. Nieto. Siendo Obispo de Santander tuve una larga conversación con el Padre, porque era por entonces confesor de Conchita. Reafirmando disposiciones de mi predecesor, y después de consultar con la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe y aun personalmente con el Papa Pablo VI, di una nota declarando que no constaba nada sobrenatural en dichas apariciones... Y como yo le dijera un día al P. Nieto si no creía que Conchita

había mentido y engañado a muchos, me contestó que sí; y como yo le añadiera que, dada la gravedad del caso, no comprendía cómo seguía haciendo algunas veces el juego de vidente, aunque otras confesaba la verdad, me contestó: Es que es buena y ve que a muchos les hace bien el creer en las apariciones... Repito que es la única cosa que nunca he entendido en la conducta de aquel verdadero hombre de Dios que era el P. Nieto.»

De cualquier modo, el P. Nieto limitó siempre su labor al fuero interno, y nunca se le oyó hablar de las apariciones. Era confesor y director de la conciencia, y de ese campo nunca salió. Atado por ese lazo del secreto en un tema polémico, quedará expuesto siempre a las incomprensiones y aun a las críticas, sin posibilidad de autodefensa. La misma respuesta a Mons. Cirarda, ¿no habrá de interpretarse como una defensa de su penitente, de la que todo confesor debe mostrarse siempre celoso?

Pero si de puertas afuera defendía a Conchita, en el fuero interno era muy estricto con ella, según testimonio de la interesada. Especialmente duro se mostró con algunas manifestaciones externas de vanidad e incluso de frivolidad de la muchacha, como sabemos por algunas cartas del P. Rodrigo. Que las cartas del P. Nieto a su dirigida contenían frecuentes reprensiones lo confirma ella misma al decir que en ellas se habla de sus «pecados y defectos».

Lo que al P. Nieto le interesaba era la santificación de aquel alma. «Dirigirla bien es mi único deseo», escribía en una ocasión a la Superiora del colegio de Burgos. Y la misma Conchita escribe: «Su preocupación conmigo era llevarme hacia Dios.» Tarea ciertamente difícil, dadas las circunstancias del caso, en que no faltaron presiones de diverso tipo.

6. *En la comunidad jesuítica*

Desde el momento en que el P. Nieto dejó la dirección de los seminaristas, se acentuó su relación con la comunidad jesuítica. No porque anteriormente esa relación hubiera adolecido de algún defecto, no. Pero su trabajo le exigía volcarse más hacia el clero secular que hacia los propios hermanos de vocación. Ahora los Superiores le confían la dirección espiritual de los jesuitas de su comunidad.

Pero esta dirección de gente ya formada le ocupaba relativamente poco tiempo. De este modo podía también salir fuera a diversos ministerios. Ese primer invierno libre de obligaciones con los seminaristas le vemos por Santander dando un triduo a las Mercedarias, un retiro a los cursillistas de Cristiandad, unos Ejercicios Espirituales a sacerdo-

tes en Vitoria, etc. Nada, pues, de un P. Nieto en jubilación. Desgraciadamente, pronto tendrá que dejar de viajar por falta de salud. Entonces vendrán las almas a buscarle a Comillas, atraídas por su fama de santidad como las moscas por el panal de miel.

La Compañía de Jesús sufría por estos años grandes convulsiones. Al P. Nieto le dolía especialmente la crisis de oración de los jesuitas. A sus oídos llegaban noticias de situaciones en algunas comunidades que no podía comprender.

De ahí que expresase siempre a los Superiores con total lealtad y libertad de espíritu su preocupación por este tema. Así escribe al P. Provincial:

> «Haga cuanto pueda porque no se abandone la oración personal en nuestras casas, si queremos, como vivamente desea San Ignacio, ser contemplativos en la acción.»

Pero no se contentó con exponer su preocupación al P. Provincial. Tuvo sumo interés en hablar también de esto con el P. General, P. Arrupe, durante la visita que giró ese año a las casas de la Compañía de España. Y lo consiguió. Durante la visita a Gijón logró hablar unos minutos con él. El momento quedó impresionado en el celuloide para la posteridad. Los ojos del P. Nieto despiden fuego, y todo su físico —más feo que nunca— se concentra con una increíble fuerza expresiva sobre la tenue figura del P. Arrupe. ¿Qué le está diciendo? El mismo P. Nieto lo contó: en resumen, que muy hermosos los documentos de la Compañía y del mismo P. Arrupe sobre la oración; pero que si los Superiores no vigilaban y urgían el cumplimiento, todo era papel mojado.

En mayo de 1970, poco después de la entrevista con el P. Arrupe, celebró el P. Nieto sus bodas de oro sacerdotales, como veremos en seguida. En esta ocasión recibió una carta del P. General en que éste le recordaba la breve entrevista de Gijón, prometiendo tener muy en cuenta lo que le había comunicado. Debió de impresionar al P. Arrupe aquel convencimiento tan hondo que expresaba el P. Nieto.

Podía tener el P. Nieto preocupación por algunos aspectos de los nuevos rumbos de la Compañía. La tenía también el Papa. Pero su confianza en el gobierno ordinario de la Orden no sufrió quebranto alguno. Por eso rechazó su participación en los propósitos de algunos jesuitas españoles de conseguir de la Santa Sede una provincia especial, con un gobierno de excepción. Sin embargo, según cuenta el P. Hornedo, «no dudó en poner su firma en un documento dirigido al Sumo Pontífice, en el que se pedía a Su Santidad que interviniese como Supremo Superior que es de la Orden».

El P. Rector de entonces nos ofrece preciosos detalles de su modo de proceder en situaciones como las que se vivieron por aquellos años

en centros clericales o religiosos. Detestaba todo manejo sucio al margen de la autoridad eclesial o religiosa. Cuando en cierta ocasión alguien mezcló su nombre en la revista *¿Qué pasa?*, donde se denunciaban algunos abusos litúrgicos cometidos por los sacerdotes durante los cursos de verano de Teología en Comillas, el P. Nieto acudió al P. Rector a decirle que lo lamentaba y a comunicarle que él nada había tenido que ver con esa publicación. Y le añadió:

—Mire, yo creo que cuando hay alguna cosa que no está bien, es una obligación el acudir al Superior e insistir; pero estas cosas, estas publicaciones, y toda especie de manejos, eso no es conforme al espíritu; una vez que uno ha puesto los medios legítimos, hay que dejarlo en manos de Dios, pero nunca emplear medios como éstos; eso no es del buen espíritu.

Por lo demás, su actitud orante y de prudente discreción era lo que le caracterizaba en este punto. Cuando en cierta ocasión un Padre de la comunidad le advirtió que se había retirado el Santísimo de la llamada «capilla doméstica», a donde acudía asiduamente el P. Nieto, éste le explicó:

—Es que vengo a pedir a San Ignacio que ponga remedio en su Compañía.

Se veneraba en esta capilla una estatua del Santo Fundador a la que el P. Nieto tuvo siempre mucha devoción.

Y añade el mismo jesuita de la actitud del P. Nieto ante los problemas de la Compañía: «Raras veces hablaba de materia tan delicada: oraba y exhortaba a orar a los demás.» En ello veía el remedio para todos los males.

Su autoridad moral en la comunidad de Comillas era indiscutida. Un Hermano Coadjutor dice apodícticamente: «Nieto para mí era la verdad.» Otro confiesa que experimentaba mucha paz interior cuando en algún acto comunitario le tocaba situarse a su lado. Un tercero escribe de esta última etapa de su vida:

> «Conviví con él en Comillas en los últimos años de su ejemplar vida. *El P. Nieto era un santo.*
>
> Siempre que ibas a consultarle, a pedirle reconciliación o a saludarle y preguntarle por sus achaques, te recibía con la misma afabilidad, cariño y devoción. Siempre salías mejorado de su visita y más deseoso de ser bueno y de imitarle en cuanto tenía de imitable, que era mucho y muy al alcance de la mano de cualquier *compañero de Jesús.*
>
> Y esta era también la impresión que se recogía sin esfuerzo cuando salía la conversación sobre el P. Espiritual: es humildísimo, lleva vida de pobre, su caridad y celo de las almas inefable. Vayas a verle a las siete de la mañana, a las once de la noche o durante el día, siempre te atiende bien.»

Del mismo tiempo cuenta otro miembro de la comunidad:

> «Conviví íntimamente con él al final de su vida: su amabilidad, su afabilidad, su humilde deferencia eran perfectas. Se le veía avanzar en la santidad a ojos vistas. En estos últimos años su amabilidad y dulzura contrastaban con la impetuosidad casi estridente de antaño.»

Más completa esta hermosa relación del P. Hornedo:

> «Dormía en la enfermería —escribe—, porque se le hinchaban las piernas y necesitaba por esto descanso en cama articulada. ¡Bien lo merecían aquellas piernas, que durante tantos años no conocieron por la noche otra postura que la incómoda de una silla! Pero, ni por el cansancio de los años, ni por la falta de salud, se permitió la menor concesión a prolongar un poco el descanso. Seguía madrugando como antes. En la capilla de la enfermería permanecía en prolongada oración; celebraba la santa Misa con el fervor y el sosiego que le caracterizaban. En dicha capilla asistía devotamente a la Misa del P. Rodrigo...
>
> Antes de las ocho bajaba ya al comedor de la comunidad a desayunar y en seguida marchaba a la capilla de la comunidad para asistir a la Misa de los Hermanos Coadjutores. A continuación iba a la capilla de San José a la Misa de los seminaristas (del Seminario Menor), por si alguno quería confesarse. De este modo, con aquel reducido grupo de seminaristas de los primeros cursos, siguió hasta el fin su asidua asistencia al confesonario en la Iglesia de la Universidad. Además, durante el día se le veía acudir solícito al confesonario de la Iglesia, a cualquier hora, para atender a los que venían a la portería pidiendo un confesor. Siguió recibiendo en su habitación, como P. Espiritual de la comunidad, nuestras confesiones y también las de los antiguos alumnos y de tantos otros sacerdotes y algunos laicos, que acudían a él buscando dirección espiritual.
>
> Mucho fue lo que hizo todavía en estos años en tan eficaz apostolado, aconsejando, consolando, alentando, con su particular don del Espíritu para el trato con las almas. Pero no se limitó a esta labor de dirección. Aparte del retiro mensual a los sacerdotes del contorno y de las pláticas a la comunidad, no pocos de los sacerdotes y religiosos que venían a Comillas para hacer Ejercicios o retiro espiritual le pedían les diese los puntos de meditación. El accedía gustoso.
>
> Otro apostolado que siguió ejerciendo con asiduidad, a pesar de ir perdiendo vista, fue el epistolar. ¡Cuántas cartas pidiendo ayuda para otros! Más otras tantas mostrando su gratitud por los favores recibidos. Añádanse las contestaciones a las muchas que recibía de antiguos dirigidos, deseosos de continuar por este medio su dirección.

Tampoco abandonó a sus pobres. Seguía bajando, de vez en cuando, al pueblo a visitar a los enfermos y ancianos más necesitados, aunque a la vuelta, por obedecer a los Superiores, tuviese que tomar un taxi para subir la pindia pendiente de La Cardosa. También continuaba acudiendo a la portería para atender a los pobres que subían a visitarle, pese al esfuerzo que le suponía subir las escaleras. Y cuando ya las salidas de casa fueron raras, se le veía con frecuencia hablando en los tránsitos con Orosia, la encargada de la limpieza, interesándose por los enfermos y necesitados, a los cuales seguía atendiendo por medio de ella con copiosas limosnas.

Cuando se buscaba al P. Nieto para bajar a confesar a la Iglesia, o a la portería para alguna de estas obras de caridad, y no se le encontraba en su cuarto, ya se sabía dónde hallarle: en la capilla. Allí, hincadas las rodillas, se pasaba horas y horas en amoroso diálogo con Cristo Sacramentado, muchas veces luchando con el sueño, sin que desfalleciese su pasmosa constancia, con aquella fe y amor vivísimos, para admiración y reproche de nuestra frialdad e inconstancia.

Siguió durante toda su vida sin ponerse el balandrán, con sólo la sotana, aun en los días más rigurosos del invierno. No siento el frío, decía. Con todo, sus manos muchas veces se le quedaban blancas por falta de circulación y, a veces, se las frotaba para activarlas. Salía poco de casa a tomar el aire: algunas veces por el paseo de la fachada leyendo algún libro espiritual; habitualmente, en tiempo de *quiete* después de comer, con los pocos Padres que seguíamos paseando a esa hora. El último año, quizá por temor a molestar, porque tenía que caminar despacio, dejó de acudir a *quiete*. Para andar un poco, visitaba en ese tiempo los sagrarios: el de la iglesia y los de las capillas.

En el recreo, después de cenar, se retiraba a su cuarto. Más tarde marchaba a la enfermería, llevando en sus manos el crucifijo de los votos, su inseparable compañero, testigo de tantísimos actos de virtud, de mortificación y de ocultos sufrimientos en sus horas de soledad fecunda.»

Hasta aquí el P. Hornedo.

Esta era la vida del P. Nieto en la comunidad jesuítica los últimos años de vida. Su vocación religiosa en la Compañía sigue siendo para él, ahora como antes, lo más estimable. Baste este texto suyo, posterior a diciembre de 1971:

«No hay cosa más grande en la tierra que ser hijo de Dios y heredero de su gloria y tu llamamiento a la vida religiosa. (Este) supone que, entre todos los hijos de Dios, tú has sido llamado para vivir más íntima, cálida y amorosamente esta realidad.»

Para la Compañía de Jesús, en la que declaró morir contento al tiempo de recibir la Unción de los Enfermos, pidió en esos momentos trascendentales una sola cosa: que los jesuitas vivieran más unidos a Cristo, amándole siempre.

7. *Hasta el último aliento*

Aunque la hermosa relación del P. Hornedo nos dejaba vislumbrar que los últimos años de vida del P. Nieto no fueron, ni mucho menos, años de inactividad, es preciso insistir en este aspecto.

A pesar de que por entonces los viajes le sentaban muy mal, le vemos todavía viajando a dar Ejercicios, triduos, retiros, etc., no sólo a Santander y Pedreña, sino a otros lugares mucho más alejados. Todavía en 1968 llevó él el peso del mes de Ejercicios a sacerdotes, aunque ayudado por otro Padre. En 1969 ni siquiera tuvo ayuda. Pero sus fuerzas estaban muy disminuidas, de modo que ya no dirigió el mes del año siguiente. Pero durante el trienio 1968-1970 le vemos dirigiendo no pocas tandas de ocho días. Por lo menos ocho han podido documentarse en Alcalá de Henares, Burlada, Celorio, Pedreña, Pozuelo de Alarcón...

Particularmente edificante resulta su renuncia a la dirección del mes de Ejercicios a sacerdotes, en cuyo ministerio había puesto toda su alma desde hacía muchos años. Después del mes de 1969, ya muy maltrecho, hubo de reposar todo el mes de setiembre. Pero hacia el final del mes, ya escribe a su hermano:

> «Mi salud sigue mejorando, de modo que el día cinco de octubre podré ir (D. v.) a dar una tanda a Celorio a treinta y seis sacerdotes asturianos.»

Fue, efectivamente, a Celorio a dirigir esa tanda, dejando contentos a los sacerdotes. Pero por aquellos meses hubo de prescindir de no menos de cuatro tandas, aunque todavía dirigió tres después del mes. Pero aquel ritmo no podría prolongarse por mucho tiempo. En abril de 1970 se dirigía el P. Rector de Comillas al P. Provincial indicándole que no era prudente que el P. Nieto dirigiese el mes de Ejercicios del verano, porque era demasiado para sus fuerzas. El P. Rector había hablado previamente con el P. Nieto sobre el tema. Oigamos lo que éste le respondió:

> «El P. Nieto me ha dicho —escribe el P. Rector— que ya hace varios años ha indicado que a ver si van preparando otro, porque sería una pena que se perdiese este ministerio, pero que no parece que se hayan dado muchos pasos para ello. Que él lo deja tranquilamente.»

Y lo dejó. Así acababa un esfuerzo de gigante por llevar adelante una hermosa labor apostólica. Bien podemos decir que la llevó adelante hasta que no pudo más. Y cuando no pudo más, se retiró humildemente. Con absoluta disponibilidad y paz interior.

Pero quedaban aún cuatro años de callada actividad apostólica desde el rinconcito de Comillas. Si él no podía ir a las almas, las almas vendrían a él. Desde entonces sólo salió de viaje por necesidad o por obediencia. Por obediencia le vemos en Salamanca en marzo de 1968 y en marzo de 1970. En la primera ocasión para asistir a las bodas de oro de dos religiosas jesuitinas de Santa María de Sando, donde él fuera párroco. Así se lo mandó el P. Provincial: y él, que ni siquiera había asistido a las bodas de oro sacerdotales de su hermano, obedece prontamente. En la segunda ocasión sería reclamado también por el P. Provincial para participar en la Congregación Provincial de León. Al mes siguiente se entrevistaría en Gijón con el P. Arrupe.

Un mes después de esta ida a Gijón celebró sus propias bodas de oro sacerdotales. El hubiera querido pasar desapercibido también en esta ocasión, pero no lo consiguió. Le desagradaba que la efemérides se orientara como un homenaje a su persona; su deseo era más bien que revistiera el aspecto de una verdadera celebración espiritual. El empezó preparándose con doce días completos de Ejercicios Espirituales. De ellos dijo: «He sacado el propósito de serle fiel al Señor, de no negarle ya nada en los días que el mismo Señor quiera darme de vida.» A pesar de haberse anunciado tarde la celebración, todavía le acompañaron varios obispos y un buen grupo de jesuitas y antiguos alumnos. ¡Y cuántos cientos de cartas! Entonces se vio, una vez más, lo mucho que se le quería. En la concelebración, que presidió él por expreso deseo de los obispos concelebrantes, Mons. Díaz Merchán, Mons. Cirarda y Monseñor Torija, habló el Padre con su fuego característico del sacerdocio y de la santidad que éste exige.

Si naciera cien veces, otras tantas volvería a ser sacerdote, dijo el P. Nieto al final de una sencilla academia que se le ofreció en el comedor.

Entre las felicitaciones que recibiera en esta efemérides, se cuentan, entre otras, la del señor Nuncio de Su Santidad en España y la del P. General de la Compañía, P. Arrupe.

Quizá fue este paréntesis festivo el único destello en la vida escondida del P. Nieto durante este atardecer de su existencia. Después, volvió a sus interminables horas de oración y a su callado trabajo diario. Aparte de atender espiritualmente a la comunidad jesuítica, su trabajo seguía orientado, como siempre, a los sacerdotes. A él acudían para consultas individuales, para retiros y Ejercicios, o simplemente para enfervorizarse con su palabra y con su ejemplo. Algunas de estas consultas supusieron para él un hondo sufrimiento, pues se trataba de

sacerdotes con problemas vocacionales. «Conocía a miles de sacerdotes de toda España —escribe monseñor Díaz Merchán— y muchos casos difíciles llegaron a él para pedirle consejo.» El P. Nieto se agarraba a su crucifijo y exclamaba:

—¿Por qué te dejan, Señor, tus sacerdotes? ¿Qué encontrarán en otro sitio que no se lo des Tú?

Los sacerdotes del Arciprestazgo le pidieron les dirigiera el retiro mensual, y así lo hizo el Padre durante varios años.

Pero su gran instrumento apostólico siguió siendo hasta el final el de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Así escribe su P. Rector de estos años:

> «Hacía varios años que no daba tandas de Ejercicios a grupos, pero era frecuente ver por su habitación a sacerdotes y religiosos que estaban haciendo los Ejercicios con el P. Nieto, personalmente. El último verano y comienzo del otoño, estuvo dando Ejercicios casi sin interrupción; y a veces, antes de acabar uno, ya había otro u otros. Todos sacaban la impresión de que no eran unos Ejercicios más, y daban muchas gracias a Dios porque se habían encontrado con un santo.»

Uno de los que hizo Ejercicios con el Padre en ese último verano a que se refiere el P. Rector fue don Fernando Muñoz, de la Curia Arzobispal de Barcelona, quien, al enterarse de la muerte del P. Nieto pocos meses después, escribe:

> «Le conocí este verano último (1973), en diez días que tuve el privilegio de hacer Ejercicios con él, y siento no poder verle de nuevo hasta la vida eterna. Confío ahora en su intercesión. En esos días con él recuerdo innumerables detalles que me hacen sentir su desaparición. Cuando de regreso a Barcelona, transmití los saludos que me encargó el P. Nieto para el cardenal Jubany, éste por todo comentario me dijo: *Aquest home es un sant* (este hombre es un santo).»

A veces acuden tantos, que no le dejan tiempo ni para mantener al día su correspondencia. Un año antes de su muerte se disculpa con una dirigida de no haberla escrito por Navidad. ¿La causa?: «Me ocuparon el tiempo en hablar con algunos que pasaban por aquí y venían para que les dijera algo de estos misterios (navideños) de tanto amor de Dios.» Meses después, en el verano de 1973, lo repite a unos sacerdotes que le visitan una tarde para enfervorizarse: «Aquí vienen seglares y curas a que les hable de Dios, y se están una semana o quince días.»

Y hasta más tiempo. En el verano de 1972 llegó a dirigir un mes completo de Ejercicios a un sacerdote. Fue una delicia, dice, «disfru-

tar de su fervor llameante». Desde el extranjero incluso llegan sacerdotes y seminaristas a hacer Ejercicios bajo su dirección. Varios en los últimos años de Francia y Portugal.

8. *La muerte del justo*

A los achaques de los últimos tiempos se añadieron diversas disminuciones en algunos de sus sentidos corporales: la sordera, en primer lugar, se fue acentuando; igual ocurrió con su progresiva falta de visión. A pesar de todo, no se dispensó nunca del rezo del breviario, que rezaba normalmente de rodillas en la Capilla.

El 23 de mayo de 1973 dice él en una carta: «Con un ojo no veo y en el otro se está empezando a formar catarata. El oculista me ha puesto un tratamiento, para ver si puede detener su formación.» Le había visto el día 5 de ese mes el doctor Angel José García Acha. Cuando su hermano padecía de cataratas, el P. Nieto le decía que esa progresiva ceguera debía suscitar las ansias de ver a Dios cara a cara. Al recuperar la vista con la operación, le dice: «Estarás contento viéndote de nuevo con vista, para poder ver las cosas de acá abajo y por ellas pensar y amar a Dios.» Total, que todo es gracia: la ceguera y la visión.

Aparte de estas disminuciones físicas hicieron su aparición fenómenos más preocupantes. Al regresar del entierro del P. Rodrigo a mediados de 1973, dijo de sí:

—Ahora quedamos en puertas.

¿Presentía el fin? Al dar cuenta de esta muerte a Mons. Flores, le decía de sí mismo: «Estuve hospitalizado unos días en Valdecilla: el corazón no funcionaba bien.» Ocho días estuvo internado por prescripción del doctor Lamelas. En diversas cartas quita importancia al percance; pero la tenía: «Fue un pequeño aviso del Señor —contesta a un sacerdote que se interesó por su dolencia— para estar bien preparados a su llegada y partir para aquella eternidad que nos tiene prometida, a pesar de nuestras múltiples infidelidades. Su misericordia es infinita.»

A la vuelta de Valdecilla reanudó el P. Nieto su vida ordinaria, aunque hubo de trasladarse definitivamente a la enfermería. Pero, a pesar de su estado, no se dispensó de los Ejercicios Espirituales, practicados con total entrega a principios de julio de 1973. Los últimos que haría en su vida.

Y, no contento con atender a su propia alma, seguía preocupándose de las de los demás. Recordamos que, según el P. Rector, ese verano y otoño de 1973 «estuvo dando Ejercicios casi sin interrupción». Los robles mueren de pie.

Cuando, a finales de agosto, le visitan unos sacerdotes, deseosos de aprovecharse espiritualmente, le describen así: «Parecía una momia. Con muchos achaques, pero entero de espíritu y más cerca de Dios. La santidad le brillaba en toda su persona de pies a cabeza.»

Desde hacía tiempo se ofrecía en manos de Dios, implorando misericordia para sus últimos momentos:

> «En vuestras manos pongo mi vida, mi muerte, mi eternidad; quiero vivir amándoos con toda mi alma... Quiero morir santamente en vuestras manos... Señor, P(adre) m(ío): si me llamas hoy, no me dejes... La idea de que voy a mi Padre, a mi Dios, ha de encender en mí las ansias de San Pablo: *cupio dissolvi et esse tecum*. Sí, Dios mío, Padre mío, quiero veros cara a cara para conocer a mi Padre tan bueno... Si hoy (esta mañana, tarde, noche) me llamáis, os pido tengáis infinita misericordia y no me dejéis en ese momento de salir mi alma del cuerpo. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Estos textos íntimos de los meses finales de su vida y otros por el estilo nos hacen vislumbrar un poco los sentimientos que embargaban la oración de aquel santo anciano. Una oración simplificada, concentrada sobre la paternidad amorosa de Dios Nuestro Señor.

En un retiro de 1965 medita sobre la muerte, y dice que quiere morir como Cristo, crucificado. Por eso pedía, como confesó, una muerte dolorosa, confiando en que la gracia divina le daría fortaleza para soportarla. Por su parte él ofreció su vida al Señor como víctima propiciatoria por el mundo. Lo hizo el 11 de enero de 1973 ó de 1974. Así lo expresa:

> «11 enero: Me ofrecí al Señor como víctima por el bien del mundo y de la Iglesia, para que el Señor remedie tantos males físicos y especialmente morales, perdone tantos pecados. Le presenté la sangre y muerte de su Hijo. Por El, con El y en El me ofrecí como víctima para remedio de tantos y males tan graves.»

El pensamiento del cielo le llena totalmente, como se ve por las cartas que conservamos de sus últimos meses. Refirámonos tan sólo a una de ellas. La última que su hermano conservaba de él. Es una auténtica despedida hasta la eternidad. Sus últimas palabras son: «Como hermanos terminemos ayudándonos a terminar nuestra estancia en la tierra, aumentando este amor divino, para entrar en el cielo, donde no hay otro valor ni ejercicio.»

En el invierno 1973-74 contraería una fuerte bronquitis, que, unida a su afección cardíaca, resultaría fatal. Entre el corazón y los bronquios vivía en un continuo ahogo. Se añadió una sed penosísima, ya que tenía limitados los líquidos, porque se le hinchaban las piernas. Para aliviarle le prescribieron baños de pies. Para colmo, apareció una gran inapetencia.

Lo que ocurrió después —hasta su muerte— nos lo cuenta su P. Rector de aquel tiempo, a quien cedemos la palabra casi en exclusiva en las páginas siguientes.

El día 8 de marzo de 1974, el P. Nieto cogió un catarro muy fuerte. A pesar de la medicación, tardó en reaccionar y no logró recuperarse plenamente.

Habían anunciado su llegada a Comillas, para mediados de mes, dos seminaristas teólogos de Valladolid para hacer los Ejercicios espirituales antes de las Ordenes, y el P. Nieto se había comprometido a orientárselos. Estuvo a punto de decirles que no vinieran, pero como ya se había comprometido... Uno de los seminaristas, hoy monje cisterciense, cuenta:

> «En seguida nos dio la primera meditación. Nosotros veíamos que no podía: se ahogaba el pobre, la boca se le llenaba de una especie de pasta blanca; daba grima verlo. Pero, cuando le decíamos que lo dejara, si no podía, nos contestaba que ya se le pasaría. Nos dimos cuenta en seguida de que el P. Nieto era un santo y que no tardaría en partir para la casa del Padre. Fueron unos Ejercicios de fuego; los vivía él más que nosotros.»

Los días siguientes mejoró bastante. El día 27 se le llevó a Santander para que le viese el médico que le había tratado otras veces, el doctor Lamelas.

El médico le encontró bien, sin observar nada alarmante. A la vuelta el Padre estaba animado, con ganas de hablar. Habló con fuego del gozo de sacrificarse por el Señor y de otros temas de la vida espiritual. Naturalmente salió el tema de la oración, y decía que orar era sencillo:

—Yo llego a la capilla y empiezo a hablar con Jesucristo, con el Espíritu Santo, con el Padre.

Al preguntarle cuánto tiempo empleaba en ese coloquio inicial con la Santísima Trinidad, contestó instantáneamente:

—Todo el tiempo de la oración, carísimo.

Los días siguientes continuó la mejoría, aunque la inapetencia no desaparecía. El sábado, día 30, decayó bastante. El Hermano Enfermero, que pensaba ir a Santander, prefirió quedarse. Al darse cuenta de ello el P. Nieto, le dijo:

—Carísimo, si no estoy bien, dígamelo, porque yo quiero recibir a tiempo los sacramentos.

El día 31 mejoró un poco, pero el primero de abril volvió a decaer, por lo que se pensó en la conveniencia de que recibiese la Unción de los Enfermos y el Viático. Mientras llegaba el médico, le acompañaba el P. Rector. Estaba sentado en un sillón, al parecer sin fuerzas y sin pensar en nada. Pero al momento parecía otro. Se incorporó un poco, cogió el crucifijo, lo besó y le decía:

—Señor, ¿por qué te dejan tantos sacerdotes? ¿Qué pueden encontrar en otro sitio mejor que en Ti?

El médico no halló nada alarmante, aunque dados sus antecedentes y en concreto el estado de su corazón, siempre había peligro.

El P. Rector le indicó que podía recibir la Unción de los Enfermos. Aceptó el Padre con mucho gusto, expresando el deseo de que fuera en la capilla. Por la tarde, dijo al P. Rector que todo estaba en regla, que el dinero de los pobres estaba bien anotado. También estaban dichas todas las misas, menos dos que diría los días siguientes.

No ha podido encontrarse la libreta con las anotaciones del dinero de los pobres. Por lo que respecta a las misas conservamos la *Epacta* de 1974, en que las fue anotando escrupulosamente hasta el último momento. La última misa anotada es la del viernes, 5 de abril.

Por la tarde del primero de abril se confesó con el P. Páramo, como preparación para los últimos sacramentos. Para que nadie se molestase en subir a la enfermería, estaba dispuesto a recibirlos en la capilla de la comunidad. No se le concedió, como tampoco se le concedió su petición de quedarse después toda la noche con el Señor en la capilla.

A las nueve menos cuarto de la noche acudía la comunidad a la capilla de la enfermería. El P. Nieto estaba sentado junto al altar. Reunida la comunidad, empezó a hablar. He aquí sus palabras, reflejadas con la mayor exactitud posible por el P. Rector:

> «Voy a recibir los Sacramentos. No se trata de que haya un peligro inmediato de muerte; el médico dice que no hay peligro inmediato y que puedo curarme, pero ya saben cómo tengo el corazón, y por el peligro que hay voy a recibir los Sacramentos de la Unción de los Enfermos y el Viático.
>
> Y lo que les puedo decir es que, en estos momentos, tengo gran paz y alegría; la muerte no es una desgracia, sino una gracia de Dios para unirnos más a Cristo. Yo, siendo sacerdote, entré en la Compañía para apartarme más del mundo, no para dejar de trabajar por el mundo, sino para vivir más unido a Cristo y trabajar más por El. Sólo tengo una pena: no haberme entregado más a Cristo y haber puesto obstáculos a que Dios realizase el plan que tenía trazado sobre mí. Y lo que le estoy pidiendo al Señor estos días es que, ya que El lo puede hacer, que lo que yo no he hecho, que lo haga El y que llene mi vida; y que el tiempo que me quede de vida, los días o los años, lo que el Señor quiera, que viva más unido a Cristo.
>
> En estos momentos se ve muy claro que lo único que vale la pena es el entregarse a Cristo y que los sufrimientos y sacrificios de esta vida no son nada en comparación con lo que nos da Cristo. Y si nos diésemos cuenta de esto, nos entregaríamos más a El. A un obrero a quien le ofreciesen, de una parte diez mil pesetas y, de otra, diez millones, ¿qué escogería? Pues Cristo nos da mucho más de todo

lo que puede ofrecer el mundo. Lo que pasa es que nos fijamos mucho en lo que dejamos y no nos fijamos tanto en lo que nos espera. Cuando uno ha vivido y tratado con Cristo, no comprende cómo le pueden abandonar tantos sacerdotes, y qué pueden encontrar fuera de El.

Muero muy contento en la Compañía de Jesús. Pidamos mucho por la Iglesia y por la Compañía, ahora que se prepara para la Congregación General. Que vivamos más unidos a Cristo. Es necesario trabajar, son necesarias las reuniones y los estudios, eso está bien; pero si no nos unimos más a Cristo por la oración, todo eso no vale nada. Amemos a Cristo y vivamos más unidos a El.»

Recibió sentado la Unción, pero en el momento de recibir al Señor se puso de rodillas. Después se volvió a sentar y permaneció largo rato al lado del altar. Después se retiró a descansar, resignado ante la negativa de quedarse toda la noche con Jesús sacramentado.

Ya hacía algunas noches que, al despedirse de Jesucristo, se acercaba al altar y, de rodillas, tocando con la mano el Sagrario, le decía:

—Hasta mañana, Señor; si quieres puedes llevarme esta noche; como Tú quieras, Señor.

A partir de entonces, fuera del tiempo de descanso, que seguía siendo breve, pasaba casi el día entero en la capilla y era más frecuente verle así pegado al Sagrario.

El Hermano Enfermero decía que era un enfermo extraordinario y que guardó el buen humor hasta el final. El campo de batalla entre ambos era la inapetencia del Padre.

Al Hermano Enfermero, que no le había conocido hasta ese curso, le llamaba extraordinariamente la atención el humanismo del P. Nieto. Junto a esto, lo que más le maravillaba era la naturalidad con que hablaba de Dios:

—Es imposible —decía— hablar con él sin hablar de Dios.

Gracias a los cuidados mejoró bastante los días siguientes. Tanto que empezó de nuevo a bajar a la oración comunitaria. La Semana Santa estaba a la vista y el P. Nieto se preparaba para ella con plenitud.

El Domingo de Ramos celebró la Eucaristía sin acortar nada la lectura de la Pasión. Aunque se le dijo que era mejor celebrase sentado, no lo hizo así, porque decía quería estar de pie acompañando al Señor.

El Martes Santo llegaron los sacerdotes de la zona a hacer su retiro mensual, que tantas veces les había dirigido el Padre, y preguntaron muy interesados por su salud. Cuál no sería su sorpresa cuando, al final de la comida, se abre la puerta del comedor y aparece el P. Nieto. Le invitaron a que dijese algo. Les habló del sacrificio y de que en el sacrificio hay más alegría que en las satisfacciones humanas.

Y al final se despidió de ellos con estas palabras, que parecían un último mensaje:

—Decid a los pecadores que Dios les quiere mucho; odia el pecado, pero ama inmensamente al pecador.

El Jueves Santo celebró la cena del Señor en la enfermería. También para él sería ésta su *última cena* eucarística. Lo ocurrido en esta ocasión muestra, una vez más, su escrupulosidad en la observancia de las normas litúrgicas. Al no permitirle el Hermano Enfermero asistir a los oficios con la comunidad, removió Roma con Santiago hasta cerciorarse de personas graves sobre la posibilidad de celebrar privadamente, cosa que hizo conjuntamente con el P. Mayor.

El Viernes Santo acompañó durante todo el día al Señor en la Pasión: puede decirse que no salió en todo el día de la capilla. A las 17,30 recibió la comunión, a la que siguió una prolongada acción de gracias. Para ella se había vuelto a reconciliar por la mañana.

Cenó normal y, al irse a acostar, de rodillas, con la mano tocando el Sagrario, se despidió del Señor como todas las noches. A las 11,15 el Hermano Enfermero fue a su habitación para ayudarle a acostarse. Como todas las noches, ya en la cama, besó la imagen de la Virgen y dió los tres besos al crucifijo. Al ir a retirarse el Hermano, notó que el P. Nieto comenzaba a tiritar como si tuviese frío. Le arropó, pero la tiritona no remitía; más aún, en seguida empezó a sentir dolor y tener dificultad en la respiración. Cayó en la cuenta de su gravedad e inició un coloquio con el Señor, uniéndose a su Pasión:

—Padre, si es posible pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya... Lo que Tú quieras, Señor; si quieres hoy, hoy; si quieres mañana, mañana; cuando Tú quieras, Señor... Señor, perdóname mis pecados... Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad... Os ofrezco mi vida, os ofrezco mi muerte, os ofrezco mi eternidad. Os lo ofrezco todo por la Iglesia, por la Compañía, por los sacerdotes, por todo el mundo...

Quería que se le incorporase para encontrar algún alivio y poder respirar mejor. Seguía sintiendo frío.

—Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Al indicarle que no se fatigase, contestaba:

—Si eso no me fatiga; es lo único que me alivia: decirle al Señor que le quiero, que sufro con El, que le ofrezco mi vida y que estoy a su disposición para que El haga como quiera.

La embolia pulmonar le producía un dolor intensísimo. El sufría con entereza, con total resignación.

Avanzando el tiempo y estando aún en plena vitalidad, aunque ya con un ritmo más lento, dijo:

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Es la última frase que recuerdan los circunstantes. Muy poco después quedó un momento tenso, su rostro empezó a cambiar de color, inclinó la cabeza hacia la derecha y arrojó un poco de sangre.

Eran las dos de la madrugada del día 13 de abril de 1974, cuando terminó aquella vida entregada a Cristo sin reservas hasta el último aliento. Alboreaba el Sábado de Gloria... Atrás quedaba el Viernes Santo...

II. SEMBLANZA

Capítulo I

INTIMA UNION CON DIOS

> «Pediré todos los días de mi vida lo más frecuentemente posible el don de oración» (P. Nieto, *Ejercicios de mes de 1937*).
>
> «Ninguna cosa de acá abajo me atrae, sino sólo el Sagrario» (P. Nieto, *Carta del 30 de agosto de 1940*).

La oración, o sea el diálogo íntimo y familiar con Dios, era una auténtica obsesión en el P. Nieto: obsesión por vivirla él, y después por hacerla vivir a los demás. Miles de seminaristas y sacerdotes le oyeron durante lustros machacar incansablemente en el mismo clavo:

—Carísimos, ¡oración, oración! Sin la gracia no podemos nada, y sin la oración no se nos comunica la gracia. Un día de oración es un día de cielo, y un día sin oración es un día de perdición. Quien deja la oración, pronto deja el sacerdocio y traiciona a Cristo. La oración es el alma de todo apostolado...

La autoridad y fuerza de arrastre de su palabra residía en su ejemplo. El vivía intensísimamente la continua unión con Dios, y por eso hacía sentir en los demás las mismas ansias.

1. *¿Cuánto oraba el P. Nieto?*

Quizá la pregunta esté fuera de lugar. ¿No habla el Evangelio de *semper orare et non deficere?* El don de oración, que promete pedir a Dios insistentemente toda la vida en la Reforma del mes de Ejercicios de 1937, lo concibe como la oración habitual: «Don de oración, *id est*, íntima unión con Dios Nuestro Señor en todo y siempre.»

Pero si llegó a esa oración habitual, no fue sin una enorme insistencia en la prolongada práctica de la oración formal.

La oración del P. Nieto tiene sobre todo un nombre: *vida de Sagrario*. Oró en el reclinatorio de su humilde celda, oró en otras partes, pero sobre todo oró ante Jesús Sacramentado.

Sobre la oración en su celda, unos brevísimos apuntes. Quien fuera muchos años conserje en la portería de la Universidad dice que, por razón de su cargo, debía acudir con mucha frecuencia a la habitación del Padre. Dos eran las situaciones con que solía encontrarse: o estaba atendiendo a alguien o se hallaba en oración en el reclinatorio.

> «Su fortaleza estaba en la oración —escribe un antiguo seminarista—. Para mí, oración habitual. Cuantísimas veces —por no decir siempre— al entrar en su habitación, le encontré, por su porte y recogimiento, en oración.»

Oración que se prolongaba incluso durante la charla con sus dirigidos:

> «Balbuceaba yo ante él mis dificultades en la oración —narra otro—, y él me animaba; pero mientras yo estaba hablando, él oraba, que era lo único que podía aliviarme.»
>
> «El crucifijo grande de misionero siempre estaba en su mesa al alcance de su mano —escribe monseñor Díaz Merchán—. Sus manos grandes, velludas y de gruesos dedos solían tenerlo agarrado mientras conversaba. Sus ojos entornados se volvían frecuentemente hacia la figura de Jesús en la cruz.»

Más de una vez se le sorprendió orando por la noche en su habitación:

> «Todos sabían que dormía poco. Por eso, cuando surgía entre nosotros algún problema de conciencia, nos levantábamos sigilosamente (para no despertar a los compañeros) dos horas antes y acudíamos a su habitación; llamábamos suavemente, y en seguida se oía su «¡Adelante!», mientras, al abrir la puerta, le veíamos levantarse del reclinatorio para atendernos.»

Su oración en la celda —ya lo notaba Mons. Díaz Merchán en la misma charla— debía de ser con el crucifijo en las manos, a juzgar por la insistencia que ponía en que los demás hicieran otro tanto.

Con los años se hizo más intensa su hambre de crucifijo. Por eso lo llevaba a todas partes consigo. ¡Sufrió tanto los meses que pasó en Bilbao sin el que era su confidente y que le trajo después de Santander Amadeo Fernández Ahuja! Desde entonces ya no se separó de él.

El crucifijo, eterno compañero del P. Nieto: aquel crucifijo recibido de su Madre la Compañía el día de los votos religiosos, el que le acompañó en los momentos difíciles de su vida, el que supo de tantos coloquios de amor, el que selló sus labios a la hora de la muerte. A él se agarraba buscando fortaleza durante la persecución marxista. Agarrado a él soportó sin anestesia una operación de nariz y estaba dispuesto a repetir la experiencia en su tremenda operación intestinal. Frase suya era que con un crucifijo en la mano no hay dificultad que se resista.

¡Sí, muchas horas de oración con el crucifijo entre las manos y muchas horas contemplando la Pasión de Cristo...! En los Ejercicios, de los que ya en el Noviciado dijo preferir la Pasión, en los innumerables *Vía-crucis* alrededor de aquella capilla doméstica. Meditando la Pasión, como tendremos ocasión de ver, recibió el P. Nieto sus ilustraciones más sublimes, verdaderas gracias místicas. Recogía así el premio de su amor a la cruz del Señor.

Oró en su celda con el crucifijo, pero, ante todo, como decíamos, oró ante Jesús sacramentado. Horas interminables, de rodillas, pegadito al Tabernáculo. Casi tocándolo con la mano... Exactamente lo que él nos dejó escrito de San Alfonso:

> «Cuéntase de San Alfonso —escribe— que tenía sus delicias en estar cerca del Tabernáculo; y cuando sus plegarias tardaban en ser escuchadas, no vacilaba en llamar a la puerta del Sagrario.»

Al igual que con el Crucifijo, en los últimos tiempos se hizo más intensa su ansia de cercanía física de Sagrario. De sus últimos días cuenta el P. Quijano, entonces su Rector:

> «Al despedirse del Señor, se acercaba al altar y, de rodillas, tocando con la mano el Sagrario, le decía:
> —Hasta mañana, Señor; si quieres, puedes llevarme esta noche.»

Cuando se buscaba al P. Nieto, de no estar en la habitación o en la portería atendiendo a un menesteroso, ya se sabía dónde encontrarle: en la capilla. Era la llamada *doméstica*, situada junto al paraninfo y cercana a su habitación, la que más frecuentaba. Aquella atinada expresión de los feligreses de Cantalapiedra «el cura que siempre está en la Iglesia», siguió siendo su retrato hasta la muerte. Así nos describe un jesuita su primer encuentro con el P. Nieto:

> «Había oído hablar de él con tonos de admiración, pero nunca le había visto. En julio de 1946 tuve mi primer encuentro con su figura recogida. A media tarde entraba yo en la capilla de las Congregaciones de la casa de Carrión de los Condes. En el primer banco, a los pies del Sagrario, oraba un hombre, recogido, inmóvil. Cuando,

tras unas horas de descanso veraniego, volví por la capilla, de nuevo descubrí en la penumbra al mismo hombre, en el mismo banco, en la misma postura. Tras la cena, volví a pasar por la capilla. El mismo hombre seguía en el mismo sitio de cinco horas antes. Antes de retirarme a descansar, regresé al diminuto coro de la capilla. Entonces adiviné, al descubrir nuevamente la misma figura orante en el mismo puesto y en idéntica postura, que me encontraba ante un hombre de Dios. Era el P. Nieto.»

En la misma línea los recuerdos de Abelardo de Armas, Mayor General de la Cruzada de Santa María, diez años más tarde:

«Del año 1956 recuerdo la profunda impresión que nos causaba, cuando venía a darnos alguna plática a Rovacías. Solía decir:

—Carísimos, ¡la fe, la fe! Si a mí me dijeran: P. Nieto, corra a la playa, que está Cristo, no voy. Pierdo mérito. ¡Al Sagrario, al Sagrario, que ahí sí que está!

Y, volviéndose hacia el Tabernáculo, añadía:

—¿Verdad que estás ahí?

Y lo decía con tal fuerza y convicción, que parecía que íbamos a oír la voz del mismo Cristo respondiendo afirmativamente.»

Desde Rovacías iban los chicos de La Cruzada a practicar servicios humildes a la Universidad de Comillas. Y sigue contando Abelardo:

«Pasábamos primero por la capilla doméstica. Y allí estaba el P. Nieto arrodillado ante el Sagrario. Dos horas más tarde, al salir hacia Rovacías, pasábamos de nuevo a despedirnos del Señor, y allí seguía el P. Nieto. Volvíamos a la tarde, después de comer y, al entrar en la capilla, encontrábamos otra vez al P. Nieto, cosa que volvía a ocurrir dos horas más tarde a la salida.»

Testimonios como los anteriores los hay a montones. Según esto, ¿alguien se atrevería a decir cuántos miles de horas —sí miles— consumió el P. Nieto de hinojos ante Jesús sacramentado?

Si es imposible responder a la pregunta que nos hacemos, podemos intentar, con todo, una aproximación. Oigamos a Mons. Flores, obispo de La Vega en Santo Domingo:

«Por su espíritu de fe se pasaba todo el día unido a Dios, pero además sacaba largas horas de oración... Yo no podía comprender cómo pudiera aguantar tantas horas de rodillas ante el Sagrario; muchas veces sin ningún apoyo. Los muchachos siempre son curiosos. En mi tiempo de Comillas oí decir que un seminarista le preguntó cuántas horas pasaba en oración. El evadió la respuesta y le contestó:

—Amadísimo, ¿para qué te interesa saber eso?

Pero el muchacho, hábil, le fue por el punto débil, y le arguyó:
—Es que Dios puede llevar a uno por el camino de la oración y debe saber cómo son las cosas.
Entonces le dijo que hacía seis horas de oración al día. No sé si incluía el tiempo de la Misa y el Breviario. El hecho es que a los que vivíamos cerca de él no nos parecía exagerada esa cantidad.»

¿Que de dónde sacaba el tiempo con tantas ocupaciones? Pues del cuerpo, como suelen decir. Mucho del descanso nocturno. Lo siguiente lo contó Mons. del Val, obispo de Santander, en la homilía del funeral del Padre:

«Hubo alguien que quiso saber las horas que el P. Nieto pasaba ante la Eucaristía en oración; y escogió para comprobarlo el tiempo de los Ejercicios de mes que el Padre daba en Pedreña a sacerdotes de toda España. Le acechó hasta las dos de la madrugada, pero hubo de dejar al P. Nieto ante el Sagrario, si quería dormir algo. Se levantó a las cinco de la madrugada, dispuesto a cogerle la delantera, pero el P. Nieto ya estaba allí haciendo oración.»

El P. Reino, colega suyo tantos años en la dirección espiritual de los seminaristas, escribe de este modo:

«Una de las cosas que más me admiraban era ver al P. Nieto en la capilla orando. Por la noche, cuando yo me retiraba, iba él a tener un *Viacrucis* y despedirse del Señor para ir a acostarse. Y a las dos de la mañana, ya otra vez sentía sus pasos hacia la capilla, para dedicarse a la oración hasta las seis, cuando celebraba Misa.»

Para no alargar indefinidamente los testimonios en este sentido, concluyamos con el de Mons. Daniel E. Núñez, obispo de David en Panamá:

«El P. Nieto era el primero en llegar a la capilla por la mañana y el último en retirarse por la noche. Todas las noches se sentaba en el confesonario. Casi siempre nos hablaba por las noches, para prepararnos a la meditación del día siguiente. Después de retirarnos nosotros, pasaba largas horas de la noche en oración al Santísimo.»

Especial devoción sentía en orar ante el Santísimo expuesto, en las numerosas ocasiones en que esto ocurría en aquellos años.

Y junto a la *oración formal*, tan intensa y prolongada, el *espíritu de oración*, la presencia de Dios en cada momento del día. También aquí abundan los testimonios. Su porte recogido, su conversación siempre sobrenaturalizada, sus criterios y miras siempre inspirados por la fe, irradiaban su profunda vida interior, contagiando a cuantos a él se acer-

caban. Con el P. Nieto era imposible no hablar de Dios, decían todos. Es que lo que no fuera Dios no tenía atractivo para él. No quería —ni sabía— salirse de esa atmósfera sobrenatural. Para no ser reiterativos, limitémonos a tres o cuatro testimonios.

El obispo de Vic, Mons. José María Guix, hace esta extraordinaria valoración de su oración y santidad:

> «De todas las personas que he tratado en mi vida, es la que ha dejado en mí más firme impresión y persuasión de santidad por su vida de unión con Dios (en la que parecía vivir constantemente sumergido), por su ascetismo, por su amor a Jesucristo... Parecía vivir por encima de las cosas de la tierra y, sin embargo, ayudaba y sabía estar al lado de los que andábamos muy a ras del suelo.»

Y Mons. Díaz Merchán:

> «La vida del P. Nieto estaba centrada en la presencia de Dios. Se ejercitaba en ella con frecuencia, continuamente. Era su actitud interior normal, que se manifestaba en sus reacciones y en sus palabras.»

Alguien, que expresa el convencimiento de que poseía el don de la *oración habitual*, escribe:

> «Al andar por las galerías parecía que iba en oración; lo mismo cuando salíamos de paseo con él: en sus silencios parecía abstraerse en oración. Su presencia de Dios era continua.»

El P. Nieto era un auténtico contemplativo, que veía a Dios en todas las cosas. Tenemos esta confesión propia, en una charla a las clarisas de Gijón en las Navidades de 1970:

> «Cuando voy por ahí, todo me habla de Dios: el árbol, el niño, el animalito... Todo me habla de Dios, porque todo es de mi Padre Dios.»

Diez años antes contaba a unos ejercitantes que cuando iba por una ciudad, al ver a la gente, solía preguntarse: ¿Cuántos irán preocupados por su alma? Si un ángel los parase: ¡Alto, a ver cómo tenéis el alma...!, ¿qué ocurriría? En otros Ejercicios a unos seminaristas ordenandos, que iban a recibir el subdiaconado a Madrid, les dice: Ahora que llegáis a Madrid, con tanta gente, ¡qué ocasión para ver multiplicada la presencia de Dios!

La fe sobrenatural actuaba como connaturalmente en él, viendo todos los acontecimientos a la luz de lo alto. Los criterios habituales con que

los enfocaba eran radicalmente evangélicos, desconcertando a sus interlocutores, que se movían mucho más al ras del suelo. No hacían falta muchos minutos de trato con él para sentirse transportados a un mundo superior. Su persona, su porte, su palabra eran contagiosas.

2. *¿Cómo oraba el P. Nieto?*

Esta pregunta ya encuentra alguna satisfacción en lo que precede, por más que sea todavía más difícil de responder que la que nos hacíamos en el epígrafe anterior. Mal que bien se puede saber *cuánto* ora una persona. Pero ¿quién sino Dios puede decirnos *cómo* ora?

Muchos han expresado el convencimiento de que la oración del P. Nieto era extraordinaria, hasta verdaderamente mística. Quien esto escribe tiene el mismo convencimiento —y de ello nos ocuparemos con posterioridad—. Pero antes conviene fijarse en algunas características más concretas, insinuadas ya.

a) «*Sin Santísimo me aburro*»

Que su oración giraba casi siempre en torno al misterio eucarístico ya ha quedado patente. Pero es difícilmente comprensible para el común de los mortales el realismo que adquiría para el P. Nieto la presencia de Cristo en la Eucaristía. Nosotros creemos, sí, en esa presencia, pero con una fe tan mortecina... En el P. Nieto parecía darse una perfecta adecuación entre el misterio creído y el misterio vivido. Frases y anécdotas conocidas por los comilleses lo patentizan:

—Si a mí me dijeran que Cristo se había aparecido en tal sitio, no iría. Aunque me dijeran que estaba ahí fuera. Viéndole perdería mérito. En la Eucaristía le veo con los ojos de la fe...

Ya conocemos la respuesta que dio cuando le invitaron a ir a Roma donde vería al Vicario de Cristo. Para qué quería él ver al Vicario, si tenía al mismo Cristo a dos pasos...

Naturalmente los seminaristas se alegraban mucho con una vacación o excursión. Pero él les decía entonces en qué debían encontrar su mayor contento. El 6 de noviembre de 1957, víspera de vacación, anota el diario de un teólogo comillés:

> «Nos ha dicho el P. Nieto que no debe cifrarse nuestra ilusión de que mañana sea jueves en descansar principalmente, sino en que podemos estar con Jesús en el Sagrario más tiempo.»

Eso era lo que él hacía, al quedar más libre los días de vacación de los alumnos: prolongar sus horas de Sagrario.

Ante el deseo de ver cosas nuevas en excursiones, comentaba:

—Total, para ver piedras y ladrillos... Prefiero quedarme con Cristo.

Junto al Sagrario era feliz: «No cambio media hora de Sagrario por nada del mundo», decía. «La presencia de Cristo en la Eucaristía —dice Mons. Díaz Merchán— era su cielo en la tierra.» En efecto. Oigamos lo que les dijo a los seminaristas en la Pascua de 1959, según lo consignó un teólogo en su Diario:

> «El Sagrario es el cielo aquí en la tierra... El sacerdote tiene necesidad de permanecer largo tiempo delante de la Hostia consagrada. Si la Virgen estuviera en la tierra, no se apartaría del Sagrario. Si viéramos la realidad del Sagrario, tendríamos el cielo aquí en la tierra. ¿Cómo se concibe en mí la tristeza? Fuera del dolor de los pecados no hay motivos para estar tristes. El estado de tristeza es un estado enfermizo. ¿Cómo estar triste, si tengo el cielo en la tierra, en el Sagrario? Tengo que avivar la fe, esperanza y caridad, pero ese cielo es real: el cielo es poseer a Dios, y lo tengo conmigo en el Sagrario...»

Habiendo llegado a esta vivencia tan realista del misterio eucarístico, no es extraño que no pudiese vivir apartado del Sagrario. La siguiente anécdota dice más que mil ponderaciones: Lunes de Pentecostés de 1934. Excursión. Así lo cuenta la revista *Unión Fraternal:*

> «Los canonistas y doctorandos tienen con el P. Espiritual una escapada a las montañas asturianas y, ante la *Santina* de Covadonga, presentan el homenaje de sus oraciones por España. No faltaron los percances y la caravana hubo de llegar muy entrada la noche por culpa de un eje partido.»

El P. Nieto venía cariacontecido, no precisamente por los percances materiales. La causa era otra. Justo Yeregui, que era teólogo, le pregunta si no lo ha pasado bien.

—¿Cómo iba a pasarlo bien —responde el Padre—, si donde estuvimos casi todo el día no había Santísimo? «Yo, donde no hay Santísimo me aburro.»

Se diría que para el P. Nieto el Sagrario había llegado a ser una necesidad vital. Algo sin lo que no podía vivir. Su cielo en la tierra, según propia expresión. Muchas veces se le escapaban expresiones que dejaban transparentar ese gusto sobrenatural —sin duda distinto del sensible, pero profundísimo— por el trato con Jesús sacramentado. Ya en Santa María de Sando les decía a sus feligreses:

—¿Es que creéis que sois más felices vosotros en el baile que yo en la oración? Pues no os cambio mi gozo por el vuestro.

¡Cuántas veces habló el P. Nieto del «gusto divino» de la oración y

del «gusto divino» de la cruz! Y, con profunda humildad, pero sin rubor ninguno, se refería a su experiencia.

Cuando en la Reforma de vida del mes de Ejercicios de 1937 promete hacer media hora vespertina de oración, añade:

> «Y si me permitieran más los superiores o confesor, cuanto me permitan. Esto no me cuesta, antes me agrada y atrae muchísimo.»

En otra Reforma (no fechada), el único coto que pone a la oración es el deber: «Toda la oración que pueda hacer, sin faltar a mis deberes...

Cuentan que el rostro del P. Nieto aparecía radiante, encendido, cuando regresaba de orar ante el Sagrario. Como otro Moisés, con la *cornuta facies, ex consortio sermonis Domini* (Ex 34,29). Por eso, su palabra después de su trato con Dios tenía una virtud especial de contagio. Escribe Mons. del Val:

> «Una palabra oída al P. Nieto, al interrumpirle en la oración, era una palabra diferente a las demás que solemos oír en este mundo, pues era una palabra derivada de la unción de un Santo, reflejada incluso en la expresión de su rostro.»

También al P. Nieto cuadraría la denominación de «el loco del Sacramento», aplicada a otras almas enamoradas de la Eucaristía. Para él cualquier problema tenía su solución allí y al Sagrario remitía a todo el que le planteaba un problema difícil.

b) *Dios es mi Padre amantísimo*

Para el P. Nieto el resumen del Principio y Fundamento de los Ejercicios ignacianos era ése: la paternidad divina. En unos apuntes íntimos consigna el gusto que sentía en meditar el Principio y Fundamento:

> «*El hombre es criado para alabar*... Hoy he meditado esta verdad que tanto me gusta y que he venido meditando hace bastante tiempo. ¡Cuánto me regocija haber sido creado por Dios! ¡Qué grande soy por razón de mi origen!»

Merece la pena extractar unos párrafos de otro texto autógrafo del Padre donde se habla del Principio y Fundamento como «piedra fundamental de mi vida». Parece escrito la noche previa al comienzo de unos Ejercicios:

> «Las palabras *Principio* y *Fundamento*, con sola su lectura, ya dan la impresión de algo serio y trascendental. Crecerá la impresión

> a medida que el ejercitante penetre más hondamente su significado... Brotará más luz cuanto más meditare y contemplare. Se puede decir que mañana pondré la primera piedra de mis Ejercicios... Por tanto, al poner la primera piedra de mis Ejercicios, pondré también la *piedra fundamental de mi vida...*»

Quienes hicieron Ejercicios con el P. Nieto (y en general todos sus hijos espirituales) saben con qué profundidad vivía este punto de los Ejercicios de San Ignacio. En verdad era «piedra fundamental» de su vida espiritual. El encontraba siempre en esta página ignaciana, coloreada sin duda por tonalidades muy personales, nuevos horizontes cada vez más dilatados. Por eso no se cansaba nunca de meditar sobre ella. Tenemos testimonios que abarcan toda la vida comillesa del P. Nieto. Mencionemos algunos de años muy dispares:

> «Le oí en cierta ocasión que en sus meditaciones siempre aterrizaba en el Principio y Fundamento.»
>
> «Una vez le oí decir: Hace años que hago oración sobre el *Padre nuestro*, y aún no he pasado de la primera palabra: ¡Padre! Ahí está todo.»
>
> «El P. Nieto nos ha dicho —anota un teólogo en su diario—: Yo todos los días pienso por la mañana: He sido creado para Dios y para gozar de Dios.»
>
> «Desde hace tiempo —dijo él a sus setenta años a un grupo de sacerdotes— tengo bastante con el Principio y Fundamento. Con la contemplación de la paternidad de Dios se me pasa la hora entera de oración.»

En una ocasión, como él mismo contó, tuvo que dar Ejercicios de órdenes fuera de tiempo a unos seminaristas que pertenecían a la *Schola cantorum*, para que pudieran actuar en Semana Santa. Pues bien: los tuvo los siete días de los Ejercicios meditando el Principio y Fundamento. «¿Para qué pasar a otra cosa? —añadía—. Si vamos a hablar con Dios, ¿qué mejor que abismarnos en que Dios es nuestro Padre, nuestro todo?»

Sí, toda la vida dando vueltas a lo mismo, pero siempre descubriendo cosas nuevas. ¡Oh verdad, siempre antigua y siempre nueva!

c) *Las Tres Divinas Personas*

El misterio de la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma fue otro de los grandes hitos en la espiritualidad del P. Nieto.

Anota muy bien Mons. Díaz Merchán:

> «La fe que vivía el P. Nieto era trinitaria. Dios Padre le enternecía. Jesucristo era su vida toda. Solía repetir el dicho paulino: *Mihi vivere Christus est*. Tenía gran devoción al Espíritu Santo.»

Al principio de cada meditación de los Ejercicios actuaba la presencia de Dios, adorando a Cristo en el Sagrario y a las tres Divinas Personas dentro del alma. No era algo rutinario, para cumplir uno de los preámbulos señalados por San Ignacio. Lo actuaba continuamente durante el día:

> «Le preguntamos —cuenta un seminarista de los años 50— qué meditaba. Y nos contestó:
> —Siempre lo mismo: el Padre me crió para que sea santo; el Hijo me redimió para que sea santo; el Espíritu Santo mora en mí para que sea santo. Sólo en eso medito.»

Así hasta el final. De los últimos días de su vida escribe el que entonces era su Rector:

> «Nos decía que orar es sencillo:
> —Yo llego a la capilla y empiezo a hablar con Jesucristo, con el Espíritu Santo, con el Padre.
> Le preguntamos que cuánto tiempo empleaba él en ese coloquio con la Santísima Trinidad.
> —Todo el tiempo de la oración —contestó—.»

Afortunadamente conservamos algunos de sus apuntes espirituales que nos descubren esta orientación trinitaria de su oración. Así concluye su Reforma de vida, hecha en los Ejercicios de preparación para los últimos votos:

> «No moriré sin ser santo. Para esto me crió mi Padre celestial, me redimió Jesús..., y el Espíritu Santo mora en mi alma para este fin... Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad santísima: hacedme santo.»

Medio año después —13 de agosto de 1937—, como si fuera un eco de esos ardientes deseos de que las tres Divinas Personas le hicieran santo, escribió este hermosísimo texto:

> «Hace mucho tiempo que no escribo diario espiritual. Esta tarde en la meditación me sentí movido a ello. *En la primera parte, que dediqué a hablar con el Padre,* me sentí muy movido a unir en todo y siempre mi voluntad a la suya, no queriendo sino lo que El quiere: ante todo y sobre todo su gloria, y como medio mi santidad. Pensaba cómo El me ha criado para que sea santo, ya que así será como más le glorifique acá y allá en la eternidad. Tengo que ser santo, puesto que sólo para esto me ha criado mi Padre celestial y ésta es su voluntad.
> *La segunda parte la dediqué a hablar con Jesús en un Viacrucis* y pensaba cómo todo lo que padeció Jesús fue para que yo fuera

santo. Me hizo sentir cómo pierdo —o mejor: he perdido— todo el tiempo de mi vida pensando en necedades, en mí mismo, en las cosas que los hombres pudieran pensar de mí. ¡Qué vacío tan grande sentí de todo esto!

La tercera parte de la oración pensé cómo el Espíritu Santo obra sin cesar en mí esta gran obra de mi santificación; pero, ¡qué ruín soy!, pues destruyo sin cesar su obra, no habiendo realizado aún en mi espíritu dicha santidad el Divino Espíritu.

El Padre me crió para que fuera santo. *El Hijo* me redimió para lo mismo. *El Espíritu Santo* obra sin cesar esta santificación en mí. Y no obstante, no soy santo. ¡Qué ceguera la mía y qué ingratitud! Ya no quiero otra cosa.»

La santidad, unida nuevamente al misterio trinitario, vuelve a aflorar en la Reforma de los Ejercicios de 1938:

«Ante todo renuevo mi antiguo y único deseo, no morir sin ser santo, apoyado solamente en Dios Nuestro Señor, que así me lo dice clarísimamente. Para eso me ha criado (el Padre), me ha redimido (el Hijo) y eso obra sin cesar en mi alma el Espíritu Santo. Seré sumamente ingrato a Dios, si no me hago santo. Lo seré, Señor, puesto que Vos así lo queréis.»

En otra Reforma, posterior a 1952, sigue obsesionante la idea de la santidad, unida a la acción de las Tres Divinas Personas en el alma:

«Propósito y decisión firmísima: *ser santo.* Para eso Dios (Padre) me ha creado, (Dios Hijo) redimido, (Dios Espíritu Santo) me santifica, viniendo a morar en mi alma las Tres Divinas Personas.»

Nada varía a medida que corren los años.

Sólo nos queda una página de un diario espiritual comenzado el 4 de noviembre de 1968 y escrito, según se consigna expresamente, «para intimar más con la Santísima Trinidad»:

«En la oración de esta tarde el Señor me ha movido a empezar este diario para intimar más con la Santísima Trinidad.

En la meditación —o mejor, contemplación— de esta tar(de) empecé pidiendo a Jesús con fe viva limpiara mi alma de todos mis pecados como El los ve, que son más de los que yo veo y creo, y que, una vez limpia por sus méritos, viniera El a morar en ella...

Pedí a Jesús que me llevara a su Padre y mi Padre, y le decía: *Padre, en tus manos pongo mi espíritu.* Os pido —y este es mi único anhelo— vivir como verdadero hijo vuestro, en una gran intimidad con Vos, amándoos con todo el corazón, con todas mis fuerzas, con toda mi alma, haciendo siempre y en todo vuestra divina voluntad y buscando vuestra gloria siempre y en todo.»

Esa mirada a las Tres Divinas Personas que moran en el alma se va acentuando, si cabe, en los últimos años. El siguiente texto es, más o menos, del último año de su vida:

> «*Examen particular*: Cada hora, o por lo menos con frecuencia, una mirada espiritual a las Tres Divinas Personas que moran en mi alma, pidiendo gracias para pasar la hora en íntima unión y familiaridad con Ellas...»

Concluyamos con otros dos textos de los últimos años, donde se expansiona el corazón del P. Nieto, lleno de amor a Dios uno y trino:

> «Jesús, llévame a tu Padre y mi Padre y enviadme vuestro Espíritu. ¡Oh Dios!, uno en esencia y trino en personas, tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y un solo Dios verdadero: creo en Vos, espero en Vos y os amo a Vos. Aumentad mi fe, mi esperanza, mi amor. Os reconozco por mi Creador, Redentor y Santificador. Quiero que todo mi ser interior, pensamientos, afectos y deseos, y mi ser exterior, palabras y obras, sean para cumplir mi deber esencial de latría, eucarístico, propiciatorio e impetratorio. En vuestras manos pongo mi vida, mi muerte, mi eternidad. Quiero vivir amándoos con toda mi alma, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas y con toda mi mente. Quiero morir santamente contemplándoos cara a cara con aquel *lumen gloriae*.»

Y finalmente otro texto, con mayor insistencia en la muerte presentida como cercana:

> «Deseo ardentísimamente y quiero con todas mis fuerzas, ayudado de la divina gracia, vivir hoy en íntima unión con Dios, como sagrario vivo donde moran las Tres Divinas Personas, que han de ocupar como centro mi pensamiento y mi corazón, acabando así con mi egoísmo, que desgraciadamente fue el centro de mi vida pasada.
>
> La idea de que voy a mi Padre, a mi Dios, ha de encender en mí las ansias de San Pablo: *Cupio dissolvi et esse tecum*. Sí, Dios mío, Padre mío: quiero veros cara a cara para conocer a mi Padre tan bueno, tan... Si hoy (esta mañana, tarde, noche) me llamáis, os pido tengáis infinita misericordia y no me dejéis en ese momento de salir mi alma del cuerpo. Os lo pido, a Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo... Si me llamáis hoy a la eternidad, no me dejéis en el momento de salir mi alma del cuerpo, recibidla en vuestros brazos. Madre, San José, Santo Angel: presentádsela a mi Padre, Hijo y Espíritu Santo.»

Merecía la pena este recorrido. Estos textos íntimos nos adentran en la relación del alma con el Dios que habita en nosotros, mejor que cualquier consideración. Esa era la oración del P. Nieto.

De este modo, el P. Nieto ampliaba en cierto sentido el misterio eucarístico a toda la vida. Es lo que recomendaba él a un alma:

> «Consulte todas sus cosas y preocupaciones con Jesús ante el Sagrario y (en) esa intimidad con las Divinas Personas en el Sagrario vivo de su alma... Pida al Espíritu Santo que la enseñe a vivir en el interior de su alma esa vida de trato íntimo y familiar con la Santísima Trinidad... Jamás perdamos la paz que debe producir en nuestra alma la presencia de la Santísima Trinidad.»

Más aún: la morada de Dios en el alma debe convertir la vida en una especie de anticipo del cielo:

> «No olvide que su corazón es un cielo, porque en él mora Jesús, que es el cielo, porque con El moran también su Padre y su Espíritu.»

d) *Cristo, y éste crucificado*

Que su oración, además de trinitaria, era cristocéntrica, ha quedado ya patente, sobre todo en su vida orante ante el Sagrario y el Crucifijo. Una espiritualidad tan ahormada en los Ejercicios ignacianos no podía expresarse de otra manera que en una relación muy íntima con el Verbo encarnado.

Conocer a Cristo era para el P. Nieto, como para San Pablo, la suprema ciencia; todo en su comparación era basura. Repetía mucho la sentencia de San Agustín: *Si Christum nescis, nihil est si caetera noscis. Si Christum noscis, nihil est si caetera nescis.* Fuera de Cristo, nada tenía interés para él. Por eso repetía también con el dulcísimo San Bernardo: *Aridus est omnis animae cibus, si non oleo isto infunditur; insipidus est, si non hoc sale conditur. Si scribas, non sapit mihi, nisi legero ibi Jesum; si disputes aut conferas, non sapit mihi, nisi sonuerit ibi Jesus.*

Conocer a Cristo con un conocimiento interno —que calase en la intimidad de Cristo y en el propio corazón— era su máxima ilusión. De ahí surgía incontenible el amor. Un amor apasionado, generoso. Un amor que le llevaba —según su socorrida expresión— «hasta reventar por Cristo». «Cristo, la idea obsesionante de mi vida —escribe en un texto íntimo—, fe viva, confianza plena y un amor tan grande (a Cristo), que se convierta en el único motivo y motor de mis obras todas.» «Conocer a Cristo —deja escrito en otro sitio— lo es todo... Conocerle es la única y verdadera ciencia. Amarle es la más perfecta dicha. Seguirle, imitarle es la verdadera perfección. Renuncia a todo por poseer a Cristo. El amor a Cristo separa al alma de todo lo que no va con El. El conocimiento de Cristo produce necesariamente el amor. Que el mundo piense lo que quiera, poco me importa. Que me considere un loco,

me da lo mismo. Pertenezco a Cristo, sigo sus huellas, y esto me basta...»

En 1949 se dirigía así a unos ejercitantes:

> «¿Quiéres hacer lo más grande que puedes hacer? Mira a Jesús, la obra más grande de Dios. Imítale. Vive con Jesús en santa comunión, en dulce intimidad. Harás lo más grande que puede hacer el hombre: ser otro Cristo.»

Así pensaba y, sobre todo, así sentía el P. Nieto. Por eso era el diálogo de amor con Cristo la característica más saliente de su oración. En algunos actos —horas santas, Ejercicios, grupos de oración, etc.— se ponía a orar en alto: inmediatamente se encendía en él la llama del amor, que prendía también en el corazón de los presentes. Hablaba con Jesús con un estilo tan directo e íntimo, que parecía hacerle presente a los que le escuchaban.

Dos adjetivos que él prodigaba al hablar de la oración eran: íntima y familiar. No se trataba de discurrir, sino de amar. Por eso decía que orar era fácil.

Quien conociese sólo externamente al P. Nieto, por su porte rudo y su carácter fuerte, no podría imaginar las cotas de ternura y sencillez de su comunicación con Dios. «Vivía una piedad basada en la confianza: como un niño en brazos de su Padre», escribe Mons. Díaz Merchán. Escogió, en efecto, el camino de la infancia espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús. Una infancia espiritual llena de sentimiento, pero alejada de todo pietismo o sentimentalismo.

> «Me dais, Señor —escribe durante los Ejercicios de mes de 1937— un afecto de muy fina devoción a Santa Teresa del Niño Jesús. Esta Santa, en cuyos escritos es donde más he notado la nota de delicadeza espiritual, de observación fina de los matices de la virtud. Es lo que me falta a mí, Dios mío, que todo lo quiero hacer por lo grande: y lo muy grande, tarde o nunca viene; y, en tanto, dejo escapar ese polvillo de oro y de diamantes de las virtudes pequeñas.»

El amor a Cristo, tierno y fuerte, constituía sin duda la clave de su espiritualidad. Así lo entendieron cuantos le conocieron. Valga por muchos el siguiente testimonio, de Mons. Marcelo González Martín, cardenal-arzobispo de Toledo:

> «Amor a Jesucristo: creo que esta es la clave espiritual de la vida del P. Nieto. Cuantas veces hablé con él, en unas sesenta ocasiones de charla personal, la conversación giraba ineludiblemente en torno a Jesucristo. En las pláticas y meditaciones que le oí, en Ejercicios espirituales o fuera de ellos, el tema al que volvía una y mil veces era Jesucristo, centrado sobre el Evangelio y las cartas de San Pablo.
>
> ¡Cuánto le amaba y con qué convicción! Era un amor hondo, vivísimo, que irradiaba el gozo de la amistad divina a la que el alma se

sentía llamada por lo que el Hijo de Dios nos ha revelado. Ideas fundamentales y siempre repetidas al hablar de Jesucristo eran la obediencia al Padre, la cruz, la redención de nuestros pecados con su sacrificio, la llamada a la santidad sin limitaciones de estado o de circunstancias, la prolongación de todo este misterio de Cristo en la Eucaristía.»

Esta era efectivamente la clave. Sabemos que ya desde el Noviciado se proponía cada mes como lema una de las famosas máximas cristológicas de San Pablo, a las que permaneció fiel hasta la muerte. Sabemos también que entonces se consagró al Corazón de Jesús, entregando al Señor «todos los latidos del corazón y los afectos del alma», para que Jesucristo fuese el único dueño de todo su ser y poseer. Esa línea de intimidad con Jesús seguiría en continua ascensión.

La unión del P. Nieto con la persona de Cristo trascendía los tiempos de oración. Era como el cañamazo que entretejía toda su actividad. Por sus apuntes consta que se planteaba con frecuencia la pregunta: ¿Qué haría en este caso Jesús, qué diría, cómo obraría, qué le agradaría? Su objetivo era la identificación total con El, su imitación. Su ilusión suprema, el dar gusto a Jesús. En 1937 se propone llegar a la santidad «procurando en todo dar gusto a Dios Nuestro Señor y edificar siempre y en todo a los hombres». Y añade:

> «Quiero ser santo... Desde hoy viviré como si tuviera hecho voto de guardar las Reglas (de la Compañía), de hacer lo más perfecto, de agradar en todo y siempre a Jesús y María, haciendo lo que sea más grato a ellos.»

Al parecer esos deseos de la mayor perfección para agradar a Jesús no llegaron a concretarse en un voto formal. Quizá quedaron plasmados en la siguiente oración —que parece de 1938— encontrada a su muerte en el Breviario, donde el P. Nieto vuelca su ardiente deseo de buscar siempre el mayor agrado de Jesús. Debió de rezarla siempre al comenzar las Horas canónicas:

> «*Age quod agis.* Jamás os disgustaré sabiendo, dándome de ello cuenta. Jesús mío, que mi cuerpo sea millones y millones de veces desgarrado y destrozado y mi alma precipitada en los infiernos, antes que yo os disguste en lo más mínimo. Jesús mío, apagad en mí estos vivos deseos de agradar a los hombres y encended, como ascua ardentísima en mi corazón que constantemente le inflame, el único deseo de daros gusto siempre y en todo. Jesús mío, inflamad mi corazón en deseos de padecer y morir cada momento de este día por Vos, y que todos los latidos de mi corazón sean ardentísimos actos de amor a Vos. Siempre sea conmigo viva esta idea: *pati et contemni pro Te.* Esto sin Vos es nada. Esto con Vos todo y muy posible.»

Fue el ansia de identificación con Cristo, hasta cumplir los más mínimos deseos del Señor, la verdadera obsesión del P. Nieto. Ya se lo hemos oído: «Cristo, la idea obsesionante de mi vida.» De su vida y de su muerte. En un retiro de marzo de 1965 deja escrito:

> «Quiero morir en Cristo, morir con Cristo, morir en el nombre de Cristo, morir como Cristo, crucificado, morir por caridad, morir mártir, morir como Dios quiera.»

Al final de su vida sufría mucho por los pecados del mundo; y sobre todo por la defección de tantos religiosos y sacerdotes. Por eso ofreció su vida en unión con Cristo como víctima. Debió de ser el 11 de enero de 1973, o quizá incluso de 1974, pocos meses antes de su muerte.

Conscientemente hemos dejado para el final el tema de la Pasión de Cristo. En ese anhelo de identificación con el Señor ocupaba su puesto central la cruz. Ya en Santa María de Sando meditaba casi exclusivamente el tomo de la Pasión del P. Garzón. Recordamos también que en el Noviciado dijo que era la Pasión lo que prefería de los Ejercicios ignacianos.

Fue precisamente el amor a Cristo crucificado —y no ningún masoquismo crucifixionista— lo que le impulsó a practicar aquella penitencia tan tremenda. Volveremos sobre ello.

Cuenta Santa Teresa en el capítulo XXIII de su *Vida* cómo su confesor le aconsejó la contemplación de la Sagrada Pasión. Ese fue el camino para salir de la tibieza primero, y después para elevarse a una oración más alta. Como enseña la Santa en el capítulo anterior, es la Humanidad de Cristo la que conduce a la unión con la Divinidad: «Por esta puerta hemos de entrar —escribe—, si queremos nos muestre la Soberana Majestad grandes secretos.» La sacratísima Humanidad de Cristo, en el misterio de su Sagrada Pasión, fue la puerta que dio acceso al P. Nieto a la Divinidad augusta, como tendremos ocasión de ver.

e) *Unido al sacerdocio de Cristo*

La vida de unión con Cristo tenía en el P. Nieto un centro: la Santa Misa. El amor a la Misa corría parejo con el que tenía al sacerdocio. Para él lo más íntimo del sacerdote era su relación con el sacrificio eucarístico de Cristo. Nos lo dejó escrito.

Como dice muy bien el cardenal-arzobispo de Toledo, el alma del P. Nieto «vivió como traspasada por la conciencia viva de que el don supremo que ha hecho el Señor a su Iglesia es su sacerdocio». Meditando la institución de la Eucaristía, deja desbordar su alma de este modo:

> «*Tu es sacerdos in aeternum!* Yo sacerdote, Dios mío. ¿Y no he sentido un fuego que abrase todas mis entrañas?.. *Este es mi cuerpo,*

y el cuerpo de Jesucristo, concebido en el seno virginal por obra y virtud del Espíritu Santo, se pone sobre el altar. Los hombres adoran, los ángeles tiemblan, Dios obra milagros. Y yo, sacerdote, ¿me he conmovido, he temblado, he adorado, he creído?.. Quisiera tener capacidad de meditar cien años seguidos sin interrupción, sin distracción, sobre este pensamiento: *Soy sacerdote.* En la eternidad, sea feliz, sea —lo que Dios no quiera— desgraciado, este será mi pensamiento centro. Y no se apartará de mí.

Ser sacerdote es una cosa real, objetiva, dinámica, orgánica: como la vida. El sacerdote debe ser cada día más sacerdote, hasta que llegue un día en que no sea más que sacerdote. Hay algunos que atrofian al sacerdote, porque viva el hombre, el literato, el sabio... Unos leen la Misa, otros dicen la Misa, otros viven la Misa.»

El P. Nieto era de los últimos: vivía la Misa. Ya desde pequeñito —cuenta él— no la dejaba por nada del mundo. En Santa María se levantaba a las tres de la mañana para celebrarla los días que tenía que salir de viaje. Recordamos los sacrificios que se impuso durante el viaje a Sevilla en 1929 a fin de poder celebrar. El no haberlo podido realizar le dejó una espina clavada en el alma para el resto de sus días. En otra ocasión, al regreso de un largo viaje, celebró Misa en Comillas al caer de la tarde. Para poder hacerlo se pasó todo el día en ayunas.

Los mismos sacrificios estaba dispuesto a arrostrar porque los demás no se quedaran sin oírla. Ninguna inclemencia del tiempo fue capaz de echarle para atrás a la hora de ir los domingos a El Valejo. ¿Y en Comillas? Estaba dispuesto a celebrar a cualquier hora de la noche, para que los seminaristas que tenían que salir de viaje no se quedasen sin oírla. Les insistía para que no dejasen de avisarle en esas ocasiones.

El P. Nieto celebraba la Santa Misa con profundo recogimiento, despacio; con una prolongada preparación y acción de gracias. Así escribe en la Reforma del mes de Ejercicios de 1937:

«*Santa Misa:* Ha de ser el centro de mi vida diaria. Emplearé en ella por lo menos media hora... Acción de gracias (otra) media hora. Fines y Mementos, *vide aliud folium.*»

No ha podido hallarse esa otra hoja de 1937, pero sí una similar de 1948, en que da estos consejos a un sobrino neosacerdote:

«Por si quieres hacer en tus *Mementos.* Recorriendo mentalmente las llagas... *En la llaga de la mano derecha* encomendar a Dios al Papa, cardenales, prelados, sacerdotes, pidiendo aumente en ellos ansias de santidad... *Mano izquierda:* el estado seglar, principalmente los que más pueden influir en bien de la Iglesia y los que han de morir ese día. *Pie derecho:* todos los religiosos, y especialmente (la) Compañía. *Pie izquierdo:* parientes, amigos y todos los que se han

encomendado a tus oraciones y a los que tú has dicho los encomendarías. Para todos lo mismo: que aumente en ellos los deseos de santidad. *Llaga (del) Costado:* Para ti, pidiendo lo que tú quieras... Yo pido: *pati et contemni pro te; nesciri et pro nihilo reputari; humilitatem veram hominibus ignotam, mihi imperviam, tibi soli notam, fundatam firmissima fide et ardentissima caritate Cordi tuo.*

En el de difuntos lo mismo, reservando el Costado para el alma de tu padre y más allegados, por quien dices la Misa, etc.»

Los padecimientos y desprecios por Cristo los venía pidiendo en los *Mementos* de la misa ya desde antes de 1937, como dicen los *Recuerdos* del P. Antonio Sánchez. Y los siguió pidiendo hasta el final de su vida, como nos confirma este escrito de sus últimos años:

«*Mementos:* Acción de gracias por creación, elevación al o(rden) s(obrenatural), redención, santificación, glorificación; perdón del mal empleo; súplica: gracia para vivir santamente hoy, y así poder gozar del cielo eterno que Jesús me ha ganado; Seminaristas: vocación, pureza, vida interior. Súplica: por los que han de morir hoy, por todos los hombres, sacerdotes, religiosos, especialmente la Compañía, por todos los que se han encomendado a mis oraciones, a los que he prometido encomendarles, por los que me pidieron les encomendara, por mi hermano. Y para mí *pati et contemni pro te; nesciri et pro nihilo reputari; humilitatem veram, mihi imperviam, tibi soli notam, fundatam firmissima fide (et) ardentissima caritate Cordi tuo.* Súplica: pecadores, enfermos, agonizantes, pobres, niños.

Fines: Latreútico, eucarístico, propiciatorio, impetratorio; gracia para en todo glorificaros y cumplir vuestra divina voluntad.

(Memento de difuntos): Sacerdotes, seminaristas, seglares, todos, especialmente los muertos en las últimas veinticuatro horas; religiosos, especialmente S.J.; por los que se encomendaron o me encomendaron en sus oraciones, especialmente parientes y amigos; por los que esté yo más obligado, especialmente los más necesitados, próximos a salir (del Purgatorio), olvidados; por los que (más interés?) tiene Jesús, la Santísima Virgen, San José; por mis padres y hermanos; por los que ofrezco la Misa y mi (... ?) más próximo.»

Huelga todo comentario a este apretado haz de intenciones de los *Mementos*. Pero insistamos, una vez más, en las peticiones reservadas para sí: cruces, humildad, humillaciones.

No es de extrañar que, con unos *Mementos* tan densos, su misa durase largo tiempo. A algunos pudo darles la impresión que se quedaba dormido por su quietud, cosa que evidentemente hay que descartar. He aquí lo que escribe el famoso novelista Castillo-Puche, ya conocido anteriormente como autor de la novela *Sin camino...:*

> «De puro milagro no se dormía en la Misa, aunque creo que durante la Misa sus transposiciones eran de tipo beatífico, pues se quedaba como traspuesto, con una sonrisa en el rostro, y a veces hasta salía de esta situación con alguna lágrima en los ojos.»

¿Sería extraño pensar en dones especiales de Dios durante la celebración?

> «Insisto —escribe otro seminarista— en *cómo celebraba* la santa Misa. Aquello era una *gozada;* atención intensa, reverencia suma, tiempo amplio. Lo mismo ocurría cuando nos daba la bendición con el Santísimo.»

Cuando sus ocupaciones se lo permitían —sobre todo en los últimos años—, no se contentaba con celebrar su propia misa, sino que asistía a las de otros Padres.

3. *Exigencias concretas*

A falta de hablar de la oración del P. Nieto en relación con la Pasión y de los aspectos extraordinarios de la misma, hemos mencionado ya sus coordenadas fundamentales.

Pero hemos de referirnos también a las *prácticas concretas* que sustentaban esa oración, sin cuyo conocimiento no la comprenderíamos plenamente. Para los gustos actuales su espiritualidad resulta excesivamente sobrecargada de actos o prácticas concretas, sin que esta apreciación tenga sentido peyorativo. Al contrario. Quizá se da hoy la tendencia a criticar aquello de que se carece por incapacidad o cobardía en comprometerse.

Los compromisos concretos del P. Nieto en punto a oración quedan reflejados sobre todo en algunas Reformas de vida de sus Ejercicios y en los propósitos de algunos Retiros que se nos han conservado. Quizá la causa de esta providencial conservación radique en la inadvertencia del Padre, en el que se nota una clara intención de destruir todo tipo de apuntes íntimos.

Hoy podemos alegrarnos de conservar, entre otros de menor monta, los siguientes escritos íntimos:

1. *(Recuerdos* del P. Antonio Sánchez. Tienen, como sabemos, un valor cuasiautobiográfico.)
2. *Reforma* de los Ejercicios de los últimos votos (Neguri, 28 de enero de 1937).
3. *Diario espiritual* breve de esos mismos Ejercicios (21 de enero al 1 de febrero de 1937).

4. *Reforma* del mes de Ejercicios de Tercera Probación (La Guardia, octubre de 1937).
5. *Diario espiritual* de parte de esos mismos Ejercicios. Es el texto más importante de los que poseemos.
6. *Reforma* de los Ejercicios de 1938 (18 al 27 de setiembre).
7. *Reforma* de los Ejercicios de año indeterminado (parece de la postguerra).
8. *Reforma* de los Ejercicios de 1946 (Carrión de los Condes, 18 al 27 de julio).
9. *Reforma* de los Ejercicios de 1948 (18 al 27 de agosto).
10. *Reforma* de los Ejercicios en torno a 1950.
11. *Reforma* de los Ejercicios (después del 18 de noviembre de 1952).
12. *Dos retiros* de 1965 (14 de marzo y 30 de octubre).
13. *Oraciones y otros apuntes* sueltos de diversas épocas.

En los apuntes de Ejercicios de preparación para los últimos votos predomina una idea obsesiva: la santidad. En el *Diario espiritual* escribe ya el primer día:

> «He entrado decidido a echar en estos Ejercicios una base firme o cimiento sólido de santidad. Desde ahora hay que ser santo, todo y sólo de Jesús.»

El día 26, al contemplar el nacimiento de Cristo, escribe:

> «Vi qué programa traía Jesús al aparecer en el pesebre con tanta pobreza, abandono..., sacrificio. Ya veo claro el programa para ser santo. Por aquí hay que empezar y desarrollarlo en los días de mi vida...»

En la contemplación de la adoración de los Magos, en una clara referencia a su inminente profesión, escribe:

> «Veo que Jesús me llama a la Compañía a ser santo, y hasta el presente no he respondido: hay que serlo, lo quiere Jesús, y por eso lo quiero muy de veras. No moriré sin que Jesús me haga santo.»

También en la contemplación de la Pasión domina la idea de la santidad.

La *Reforma de vida* refleja lo que le dijo a Antonio Sánchez al salir de los Ejercicios: que sólo había hecho un propósito, el de ser santo. Damos a conocer este documento de la vida espiritual del P. Nieto, dejando para su lugar lo referente a la caridad y penitencia:

«*Para con Dios:*
— (Meditación): Tomar bien los puntos. Observar mejor las adiciones de la noche y mañana. Hacerla antes de Misa, a ser posible. Cinco minutos de examen de ella.
— Examen de mediodía y noche: Hacerlo siempre de rodillas y bien practicados los cinco puntos que señala Nuestro Santo Padre.
— Breviario: Más despacio. Treinta y cinco minutos para Maitines y Laudes.
— Confesión: Si puede ser, todos los días. A lo menos cada dos días. Más esmero en su preparación.
— Dirección (espiritual): Bien llevada cada quince días; y, si es posible, mejor todas las semanas.
— Examen particular bien practicado.»

Todos estos propósitos concretos estaban enmarcados en el motivo central de la santidad, y a ella iban orientados. Por eso añade:

«Máxima que repetiré con suma frecuencia: *Haec est voluntas Dei, sanctificatio mea.* No moriré sin ser santo. Para esto me crió mi Padre celestial, me redimió Jesús muriendo en la cruz, y para esto está en el Sagrario, y el Espíritu Santo mora en mi alma para este fin, para hacerme santo. Es una labor diaria. Quiero ser santo. Quiero ser santo. Quiero ser santo. Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad Santísima: hacedme santo... No quiero ni querré otra cosa durante mi permanencia en esta vida, sino ser santo.»

Más importantes son todavía los apuntes íntimos del mes de Ejercicios practicados en La Guardia (Pontevedra) desde el 30 de setiembre por la noche hasta el 1.º de noviembre por la mañana de ese mismo año 1937. Aludamos ahora a la Reforma, en lo que a la vida espiritual se refiere. Así introduce el P. Nieto los propósitos concretos:

«Hasta el presente he sido un ingrato para con Dios Nuestro Señor y un hipócrita ante los hombres. Desde hoy con la divina gracia (que pediré sin cesar y no me negará el Señor) seré otro completamente distinto, procurando en todo dar gusto a Dios Nuestro Señor y edificar siempre y en todo a los hombres, en verdad. Quiero ser santo (este deseo, que fue el único que me movió a entrar en la Compañía de Jesús, se había resfriado en mí, por lo menos prácticamente) y he visto con gran claridad que no puedo serlo, si no observo fielmente las Reglas (de la Compañía), así como el exacto y fiel cumplimiento de ellas me dará la santidad que Jesús me pide y yo deseo con *deseo verdadero ofrecerle.* Por eso desde hoy viviré como si tuviera hecho voto de guardar las Reglas, de hacer lo más perfecto, de agradar en todo y siem-

pre a Jesús y María, haciendo lo que sea más grato a ellos. Como medio pediré todos los días de mi vida lo más frecuente(mente) posible —y de modo especial en la meditación, santa Misa, acción de gracias, examen, visitas y santo rosario— el *don de oración*, id est, de íntima unión con Dios Nuestro Señor en todo y siempre.»

El importante punto del don de oración reaparece otras tres veces a lo largo de la Reforma, con lo que se convierte en el tema estelar de la misma.

Los actos de piedad propuestos equivalían, en un cálculo aproximado, a unas seis horas diarias, si no más:

«*Deberes directos con Dios:* Fidelidad, exactitud y digilencia suma en los ejercicios o actos de piedad de cada día. Meditación antes de la Misa, y no hacerla después de ésta sin consultarlo antes o decirlo después al confesor o superior *toties quoties*. Por la tarde media hora de oración y, si me permitieran más los superiores o confesor, cuanto me permitan; esto no me cuesta, antes me agrada y atrae muchísimo. En esta meditación de la tarde tomaré como materia de ella con frecuencia nuestras Reglas...

Santa Misa: Ha de ser el centro de mi vida diaria. Emplearé en ella por lo menos media hora desde el *In nomine Patris*... hasta el final del Evangelio de San Juan. Acción de gracias media hora. *Id est*, desde *In nomine Patris*... hasta el fin de acción de gracias, una hora, a no ser que otra cosa me diga el confesor o superior. Fines y Mementos *vide aliud folium*.

Breviario: *Digne, atente ac devote semper*. Lo rezaré siempre, como hasta ahora, en la iglesia, a no ser en los viajes. Emplearé en Maitines y Laudes ordinarios treinta y cinco minutos por lo menos; veinte en las Horas y quince en Vísperas y Completas...

Exámenes: Fidelidad y diligencia, como si fueran para confesarse por última vez de mi vida. Siempre hechos a su hora y, si no pudiera, dar cuenta *toties quoties* al superior o confesor. La materia del examen particular la tomaré con consejo del confesor y daré cuenta de él en mis confesiones.

Visitas: Hallándome en alguna de nuestras casas o en casa donde hubiere capilla, haré por lo menos doce diarias, contando las de Comunidad. En ellas haré siempre una comunión espiritual y pediré a Jesús el *don de oración*, procurando vivir íntimamente unido a El hasta la visita siguiente. Con la mayor frecuencia posible haré otras visitas espirituales. Y cuando estuviere fuera de casa donde (no) hubiere capilla, aquellas doce diarias las haré en espíritu, sin dejar de ir con frecuencia a la iglesia, si la hubiere donde me halle.

Rezaré, como hasta el presente lo he hecho, todos los días los quince misterios del Santo Rosario, y haré el *Viacrucis*.

> Confesión: La haré siempre como si fuera la última de mi vida. Me confesaré lo más frecuente(mente) que me permita el confesor. Lo mismo la cuenta de conciencia. Retiro mensual. Examen práctico semanal.»

Cualquier lector puede valorar la exigencia de estos propósitos. Aparte de las prácticas concretas, resaltan algunas actitudes dignas de notarse: hambre de Dios, nimia dependencia del confesor y superior, etc.

La breve Reforma del año siguiente retoma alguno de estos grandes temas. He aquí algunos párrafos:

> «Ante todo renuevo mi antiguo y único deseo: no morir sin ser santo, apoyado solamente en Dios Nuestro Señor que así me lo dice clarísimamente... Seré sumamente ingrato a Dios, si no me hago santo. Lo seré, Señor, puesto que Vos así lo queréis... Más fidelidad en los exámenes, general y particular, renovando siempre en él mi deseo de ser santo, pidiendo a Jesús me quite la vida, antes que cometer una falta y manifestándole mi deseo de crecer en su divino amor... Tengo que ser más humilde: pediré sin cesar desprecios, sufrimientos, humillaciones. ¡Qué alegría me proporcionará todo esto a la hora de la muerte y el día del juicio! No dar valor a la estima de los hombres: despreciarla.»

Quizá de la postguerra es una breve, pero interesante Reforma, donde leemos:

> «Abrazar con gozo las humillaciones que tanto me unen con Jesús. Vivir en todo momento la idea (de) que no estoy en el infierno por gran misericordia de Dios, y pedir luz y dolor de mis pecados. Desprendimiento total de lo temporal. Estima suma de lo eterno. Toda la oración que pueda hacer, sin faltar a mis deberes. Siempre que pueda, una comunión espiritual cada hora ante el Sagrario; cuando no, espiritualmente. Examen bien hecho y llevado. Confesión cada dos días. Examen práctico escrito semanal. Retiro primer domingo. Caridad suma. No molestar a nadie. Humildad, humildad, humildad, en pensamientos, palabras y obras. No mirar a los hombres, sino a Dios. Suma pureza de intención.»

Las Reformas de 1946 y 1948 resultan muy escuetas en cuanto a las prácticas de piedad. Otra, datable en torno a 1950, se extiende más en ello. Resaltemos sólo dos puntos: «Visita a las 10, 11, 12, 1, 1,45, 2,30, 3,30, 4,30, 6,30, 8,30... Examen particular: identificación con Cristo.» La siguiente Reforma que conocemos, posterior a 1952, también refleja algunos aspectos interesantes del mundo interior del P. Nieto:

> «Propósito y decisión firmísima: *Ser santo*... Es un deseo que Dios siempre ha despertado en mi alma. Para ello: un trato fre-

cuentísimo, íntimo y familiar con Dios. Hora y media de oración como mínimo; y procurando que la mente esté siempre en Dios, cortando inmediatamente todo pensamiento que a El no vaya dirigido. Exámenes bien hechos: el particular de cortar inmediatamente de advertirlo todo pensamiento que no sea de o vaya a Dios. Confesión cada dos días bien hecha. Pedir a Dios constantemente verdadero dolor de mis pecados. Retiro: Primer viernes...»

Junto a estas Reformas —las únicas conservadas— quedan algunos apuntes dispersos de los últimos años, con algunos elementos nuevos. Veamos:

«Pureza de intención bien actuada mañana, mediodía y noche. Petición: humildad verdadera, fe viva, esperanza, confianza firme, caridad ardiente, austeridad, amabilidad.»

«Señor, yo quiero en todas mis visitas y con mucha frecuencia durante el día dirigir una mirada a Vos en mi alma, Sagrario y cielo, y pediros perdón de lo mucho que os he ofendido en toda mi vida, a pesar de haberme dado Vos tantas y tan singulares gracias, que quiero agradeceros siempre *et ubique*, y pediros gracias para amaros, haciendo todo lo que haga —hasta la menor visita real o espiritual— por y con amor de Vos; recordar también que llevo en mí unas tendencias malas con concupiscencia que dejó en nosotros el pecado original y que hemos aumentado con nuestros pecados, y por eso pediros gracia en cada visita real o espiritual para vencer esas tendencias y seguir las buenas, que Vos depositáis con la gracia santificante y las gracias actuales en mi alma.

Preguntarme: ¿Cómo he servido y amado a mi Padre? Y pedir gracias para servirle y amarle con más intensidad... Pedir a Dios perdón cada hora —o cuando recuerde— en lo que le hubiere ofendido o disgustado, y pedirle luz, y proponer no disgustarle nada en la (hora) siguiente.»

4. *Por los senderos de la mística*

¿Qué clase de oración tenía el P. Nieto? Detrás de aquellos increíbles comportamientos externos —sobre todo ante el Sagrario— tenía que encerrarse un gran misterio.

Uno nos ha hablado de «oración habitual». Otro nos decía: «Recibió de Dios el carisma de una devoción tiernísima a la sacratísima Humanidad del Señor en una línea semejante a la de Santa Teresa de Jesús.» Y añade:

«De seminarista me impresionaba su figura, que yo consideraba de asceta riguroso. He cambiado de opinión: el P. Nieto vivía una vida de elevada mística. Sólo así puede explicarse, entre otras

cosas, su clásica postura: arrodillado horas y horas sin apoyatura alguna ante el Sagrario, él que sufrió derrame sinovial en ambas rodillas.»

La misma opinión sostiene otro sacerdote y profesional de la medicina, que escribe:

«Yo ignoro si el P. Nieto era un místico, aunque lo supongo. De otra suerte se me hacía difícil entender su continuada penitencia corporal y su —por así decirlo— desinterés por todo lo humano.»

«Tanto como hemos escrito sobre el P. Nieto sus dirigidos —reflexiona uno de ellos—, y yo creo que nos hemos quedado en la periferia de lo exterior, sin llegar a desvelar algo siquiera de aquella su vida íntima de trato amoroso con Dios, de lo que pasaba entre Dios y su alma durante aquellas sus tan largas e intensas horas de oración. Tengo para mí que el P. Nieto fue un gran místico, en el sentido pleno de la palabra. En premio, sin duda, a su esfuerzo ascético, de todos conocido, y a aquella su total entrega a Dios, Dios le favoreció con el don de la oración *infusa*, de la que salía ungida toda su predicación, que, de otro modo, no se puede explicar.»

Siempre se interesó mucho el P. Nieto por todo lo relacionado con la mística. Ya en Cantalapiedra se abismaba en la lectura de las obras del P. Arintero, gran maestro de teología mística. Pero fueron sobre todo las obras de los grandes místicos las que con más detenimiento leyó: muy especialmente Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Sin olvidar tampoco a Sor Isabel de la Santísima Trinidad y a otros.

«Aquel *pati et non mori* —ha publicado alguien— había calado hondamente al P. Nieto. Cuando le visitaba en su cuarto, siempre me decía: ¿Verdad que no se encuentra nada tan entrañablemente consolador y humano como aquellos versos?:

¡Oh cristalina fuente, / si en esos tus semblantes plateados / formases de repente / los ojos deseados / que llevo en mis entrañas retratados!

Tengo para mí que él llegó a alcanzar esta visión del Señor y ya fue incapaz de abandonarla.»

En alguna de sus cartas cita frases y hasta versos de San Juan de la Cruz, como en aquella que concluye: «Haga suyas aquellas palabras de San Juan de la Cruz: Olvido de lo criado, / memoria del Criador, / atención a lo interior, / y estarse amando al Amado.» Del año anterior a su muerte nos ha dejado un extracto sumamente sintomático del prólogo de la *Subida del Monte Carmelo* del gran místico carmelitano,

sobre «la noche oscura por la que pasa el alma para llegar a la divina luz de la unión perfecta de amor de Dios». Llegar a esa unión era toda su ilusión. También nos ha dejado un extracto autógrafo del capítulo II de los *Conceptos del amor de Dios*, de Santa Teresa.

El P. Nieto fue, como sabemos, profesor de *Teología ascética y mística*, por lo que hubo de ocuparse de estos temas por responsabilidad profesional. Pero su interés no era tanto científico, como vital.

Muchos expresan el convencimiento de que Dios le regaló con luces y mociones extraordinarias. También son varios los que resaltan una cierta evolución interior: una progresiva intensificación de los motivos de amor y una simplificación cada vez mayor en la relación con Dios. Un ejemplo elocuente. Un sacerdote, al invitar a otros a practicar los Ejercicios con el P. Nieto, escribe así a mitad de los años sesenta:

> «Pero os advierto, para que no os llaméis a engaño, que el P. Nieto está ya en un plano de simplificación tal, que difícilmente encajen los que están en plano opuesto, es decir, el de la complicación. Da la sensación de que se cae una obra de arte, con aplomo, lentamente, y que cada piedra, cada polvo es por sí mismo algo de gran valor. Ya no importa nada, sino mirar lo que Dios ha sido capaz de hacer en un hombre; algo así como un ascua que ha terminado —o está terminando— las posibilidades de combustión.»

Cuenta después la admiración con que otros ejercitantes contemplaban al P. Nieto «delante del Sagrario con ese ronquido suyo tan característico». Muchos se han preguntado sobre esa especie de sueño o dormición del Padre ante el Sagrario, en el confesonario, en la cuenta de conciencia, hablando incluso en público. La explicación más obvia podría ser la falta de descanso: como apenas dormía por la noche, después se iba durmiendo por todas partes. Esta explicación, aparentemente lógica, no parece ser la verdadera. Nadie se atrevería a imputar al P. Nieto una tal falta de discreción espiritual. Mucho menos podemos suponer en el P. Nieto una oración lánguida, soñolienta, a horcajadas entre la consciencia y el sueño natural. Todos los datos hablan, por el contrario, de una oración intensísima, imposible de compaginarse con un estado de modorra en permanente lucha contra el sueño.

¿No se cumpliría más bien aquello: *Ego dormio, et cor meum vigilat?* (Cant 5,2). De hinojos ante el Sagrario sin apoyo alguno, la cabeza inclinada hacia un lado, a veces cabeceando, roncando incluso, en una especie de balanceo o equilibrio inestable, que parecía iba a desplomarse de un momento a otro sobre el pavimento. Pero así seguía, y seguía, ante el asombro general, desafiando al parecer las mismas leyes de la gravedad. De repente quedaba inmóvil, como petrificado, mientras el reloj corría otro montón de minutos. Y de nuevo el balanceo, y el

ronquido... Los demás, cansados, iban rindiéndose. El seguía, y seguía, y seguía...

Así ve la situación un antiguo alumno de la Universidad de Comillas:

> «A veces pensábamos que, como no dormía de noche, luego le daba el sueño en la capilla. Más tarde entendimos que se trataba de un grado especial de oración. Sus directores espirituales pueden determinar más el grado de oración mística a que había llegado. Yo, por los signos exteriores, pienso que por lo menos sería un sueño de los sentidos y tal vez de las potencias. Este era el hontanar de donde brotaba todo en él.»

Nadie podía comprobar el interior. Sólo quedaba el asombro ante lo humanamente inexplicable y el efecto de sus palabras de fuego al levantarse de aquel misterioso sueño o lo que fuera. Pero es que, dirigiendo la palabra en público, seguía cabeceando, mientras el espíritu se le escapaba por cada palabra. Y otro tanto ocurría a veces en la cuenta de conciencia y en el confesonario. Más de un penitente —los testimonios abundan en este sentido— sintió escrúpulos por la validez del sacramento de la penitencia en estas situaciones. Incluso se lo advirtieron. Y entonces comprobaron que al Padre no se le había pasado ni un solo detalle de la acusación:

—Padre, que no me oye...

—Carísimo, echa uno gordo, y verás si te oigo...

O bien repetía con toda exactitud lo que había acusado el penitente.

¿Qué era «uno gordo» para el P. Nieto? Sobre todo algo que cuestionase la oración. La siguiente anécdota habla por sí sola:

> «Estaba yo una mañana —narra un dirigido espiritual del Padre— en la llamada *cuenta de conciencia.* Yo había comentado en plan de humor con algunos que iba a hacer la prueba de si realmente se enteraba de lo que se le decía... En un momento en el que parecía dormido le dije:
>
> —Padre, yo creo que perdemos mucho tiempo con la oración y podríamos aprovecharlo para estudiar más.
>
> Inmediatamente "despertó" y comenzó a decirme con voz de trueno:
>
> —Amadísimo, si piensas así, ya puedes abandonar el Seminario, pero mejor hoy que mañana, etc.
>
> Le corté diciendo que era una broma para ver si me oía. El cambió de tono de forma inmediata, siguiendo la cuenta de conciencia con la mayor amabilidad.»

Sobre unos Ejercicios en Santurde en 1964 escribió Raimundo Aguilar:

«Un día se nos durmió cuando era la hora de la meditación de la tarde. Se durmió beatíficamente en la silla, con una toalla por delante. Se le veía por el cristal de la puerta de su despacho. No le quisimos despertar. Al fin lo hizo, e inmediatamente comenzó la meditación. ¡Menuda meditación! Y eso sin otra preparación próxima que la del sueño. El P. Nieto, hasta mientras dormía, estaba en ambiente espiritual y en unión con Dios.»

Por confesiones propias sabemos que el P. Nieto soñaba efectivamente con cosas espirituales: con frecuencia soñaba con el cielo, o que estaba hablando a seminaristas o curas diciéndoles que tenían que unirse bien a Dios. La traición del subconsciente.

Cuando en 1969 dirigió Ejercicios a las Carmelitas de Alcalá de Henares, éstas fueron testigos de algo similar a lo referido por Aguilar, que dudan en interpretar como fenómeno místico:

«La Comunidad —cuenta la priora— cree que le ocurrió algún fenómeno sobrenatural. Le esperábamos para una charla. Pasó mucho tiempo y no llegaba. Como alguna le había visto entrar en la sacristía, atisbamos por una ventana desde lo alto de una escalera. Estaba sentado, como muerto, como desmayado. Le dejamos así. Al cabo de una hora llegó y nos dio una hermosa meditación sin disculparse siquiera. ¿Habría tenido algún fenómeno místico?»

Un paisano de Cantalapiedra ya hablaba de lo que él llamaba «éxtasis» de don Manolito, con fenómenos de sudor, etc.

Al P. Nieto, sin embargo, no le gustaba hablar de cosas extraordinarias. Así lo expresa Mons. Díaz Merchán:

«Su pedagogía para enseñar a orar estaba basada sobre todo en la práctica. No se entretenía demasiado en métodos. Nunca hablaba de fenómenos extraordinarios. Lo importante era comunicarse en paz y sosiego con el Señor.»

Un grupo de sacerdotes le visitan en agosto de 1973. El les habla largo y tendido de la oración.

«Nos describió —cuenta uno de ellos— cómo hacía su oración, contándole al Señor todas sus cosas y pidiendo por todas las necesidades. Yo le interrumpí para preguntarle si su oración era discursiva o si se notaban las gracias místicas. El me atajó en seguida que había que orar sin preocupaciones de mística ni de historias; que aprendiese en los libros todo lo referente a esas materias, pero que dejase en manos de Dios todo lo demás, que se lo da a quien quiere y como quiere.»

Este convencimiento tan extendido sobre lo extraordinario o auténticamente místico de la oración del P. Nieto encuentra su confirmación en el *Diario espiritual* del mes de Ejercicios de 1937. Espiguemos, antes de nada unos cuantos textos que, *salvo meliori judicio*, se refieren a fenómenos místicos.

En la contemplación de la mirada de Jesucristo a San Pedro después de las negaciones, escribe:

> «He sentido tu mirada sobre mí, mirada de fuego que me ha abrasado un rato largo; mirada que me unía a Ti y que me hacía amarte con un acto de amor intenso, profundo, continuo. Era mirada que me parecía que me hacía pasar por vuestra sacratísima Humanidad, como por un puente de luz, para allegarme a la Divinidad. Me parecía, Jesús mío, hallarme muy cerca de vuestra Divinidad y que Vos, Dios mío, estabais muy cerca de mí. Que me queríais meter en la esfera pequeña, inmoble, donde Vos moráis en vuestro ser, según yo os concibo...»

Así se expresa en la contemplación de la flagelación y desprecio de Herodes:

> «Empecé contemplando los dolores y afrentas de vuestra Humanidad sacratísima, pero al poco rato, Jesús mío, aun a pesar mío, que quería veros humillado y dolorido para adentraros en mi corazón, os acercasteis mucho a mí con vuestra Divinidad y os sentía junto a mí y me encendía en actos de amor, y me disteis un deseo vehemente de aprovechar la ocasión de estar tan cerca de Vos para negociar con Vos mis deseos de perfección.»

En el *tolle, tolle!:*

> «Os contemplo con devoción en vuestra Humanidad adorable, y cuando se va llenando mi alma de unción viéndoos, como si se rompiera una pared de cristal finísimo o se rasgara un velo de luz creada, desaparece de mi imaginación vuestra imagen y me llena el alma una luz difusa, que está dentro y está fuera de mí...»

Junto a estos fenómenos inefables aparece también, como en tantos místicos, el miedo al engaño. Es en la aplicación de sentidos sobre la flagelación, coronación de espinas y *Ecce homo:*

> «¡Cuántas cosas me has enseñado en esta hora, Dios mío, y sin ruido de palabras! No quisiera errar. Bien sabéis que en el fondo de mi alma sólo hay un deseo, que es el de amaros; pero estas cosas que siento, en medio de un gozo grandísimo, me ponen cierto temor de que me engañe o pierda el tiempo. Quise empezar a apli-

car los sentidos y, como otras veces, Dios mío, no quisisteis que obedeciera mi imaginación; y además me disteis una luz muy clara que me hacía ver cómo era más delicado veros con los ojos del entendimiento, y hablaros con silencio solamente, con dejar el alma abierta a vuestros ojos. Y me disteis una luz grandísima, pero suavísima, que me recordaba una casa que vi, en donde me dijeron que había, en espacio reducido, 6.000 luces y ninguna se veía, pero era un ambiente todo de luz, como si todas las cosas fueran luminosas, a modo de cuerpos gloriosos: una luz así sentía yo en mi alma, más grande y más suave que otras veces, que impulsaba a una quietud sumamente obradora, porque me parecía que todas las partículas de mi ser os veían y os hablaban y os amaban, y todo esto sin violencia. Y sentía cómo crecían en mí la fe y la esperanza y la caridad, y hacía un acto intensísimo, pero suavísimo, de confianza, vaciándome de todo mi ser por arrojarme en Vos.

Ahora he sentido un poco lo que decía San Agustín, que *intrabas pro eis*, porque sentía que entrabais Vos a llenar el lugar de las cosas y el alma se reconcentraba gozosa en Vos. Algunas cosas y personas que ya tengo muy en el corazón y que, siempre que tengo alguna consolación, imagino que se la cuento, ahora me parecía que habían salido a la periferia del alma, y no sentía ganas de comunicarles este secreto, aunque crecía en el amor y estima hacia ellos. Así Vos, entrando en mi alma, la habéis equilibrado y hecho más prudente y, al mismo tiempo, me siento más fuerte y más templado. ¡Oh Dios mío! ¡Cuántas cosas me has enseñado! Me parece un sueño que Vos os dignéis acercaros tanto a mí, y, cuando me acuerdo de mi vida pasada, no me acabo de convencer.»

He aquí ahora cómo, contemplando la décima estación del *Viacrucis*, ve a sus hermanos en Dios:

«Me ha venido un deseo de amar a todos entrañablemente y he querido verlos a todos en vuestro Sagrado Corazón; pero no me obedecía la imaginación para representármelo; y me he sentido movido a mirarlos a todos en vuestra Divinidad. Y los he ido viendo cómo se iban encendiendo como luces que arden en un mar de luz, y cada uno acompañado de un cortejo de espíritus por ellos salvados. Y veía cómo Vos, Señor, los señalabais con vuestra sangre. Y así a todos los de esta casa los he representado como embebidos en vuestra Divinidad.»

Añadamos todavía otro texto, relativo éste a la meditación sobre el misterio de la resurrección de Cristo:

«Vos, Jesús mío, derramando luz suave en mi espíritu. Por medio de un enjambre de pensamientos voy pasando, siguiendo el rayo de luz que me enviáis hasta lo más hondo de mi ser, hasta el fondo

> de mi corazón. Me dais una luz sobre mi conciencia tan clara y tan suave, como nunca otra vez la he tenido. ¡Cómo se levanta de mi corazón una nube de pensamientos avivados por un deseo muy metido en el alma!... También me habéis dado esta mañana en la santa Misa varias luces muy grandes. Una sobre la caridad con todos los hombres, pero muy señaladamente con los de la Compañía. ¡Están éstos tan cerca de Vos! He visto también con mucha alegría cómo cuanto más lucho por salir de mí e ir a Vos, más dentro de mí me encuentro; y es que Vos estáis más dentro de mí que yo, o que yo no estoy en mí, sino cuando estoy en Vos. Que cuanto más me decido a hacerme la guerra, más en paz me encuentro; que cuanto más me renuncio, más me poseo.»

¿Quién podría negar que estas vivencias del P. Nieto son auténticos dones místicos? Diríamos que en ellas alientan todos los símbolos, todos los sutiles mecanismos de las experiencias y revelaciones místicas, tal como los grandes maestros de la espiritualidad y los propios místicos las presentan: junto al rayo de luz suavísima (y a la vez intensísima), el fuego abrasador y aniquilador del hombre; junto a la pasividad humana («a pesar mío», «no quisisteis que obedeciera mi imaginación», etcétera), la incontenible actividad del Espíritu divino («impulsaba a una quietud sumamente obradora»); junto a la anulación o enagenación de los sentidos exteriores e interiores, el acceso a la visión intelectual («más delicado veros con los ojos del entendimiento»); junto al vaciamiento de la criatura, la llenumbre total de Dios («entrabais Vos a llenar el lugar de las cosas»); junto al temor al engaño («estas cosas me ponen cierto temor de que me engañe»), la quietud y confianza imperturbables en brazos del Amado («vaciándome de todo mi ser por arrojarme en Vos»); junto a la visión de las criaturas en Dios («embebidos en vuestra Divinidad»), la percepción de la absoluta trascendencia de su Ser («la esfera pequeña, inmoble, donde Vos moráis en vuestro Ser»); y, muy especialmente, la unión inmediata con la Divinidad misma, a través del puente de la Humanidad sacratísima de Jesús («me hacía pasar por vuestra sacratísima Humanidad, como por un puente de luz, para allegarme a la Divinidad... os acercasteis mucho a mí con vuestra Divinidad», etc.), con un aumento grande de las virtudes teologales («sentía cómo crecían en mí la fe y la esperanza y la caridad») y demás cortejo de virtudes («Así Vos, entrando en mi alma, la habéis equilibrado y hecho más prudente y, al mismo tiempo, me siento más fuerte y más templado»).

Tampoco podemos dejar de mencionar, junto a la inefabilidad de las experiencias, una maravillosa potenciación de las facultades de expresión, totalmente inusuales en el P. Nieto. Diríamos que su pluma, tanto en estos textos como en los restantes de este *Diario*, se vuelve otra, llena de belleza y poesía, como guiada por una mano ajena.

Pero hay una cosa que no conviene perder de vista: el marco de la experiencia. Es, casi exclusivamente, la contemplación de la Pasión de Cristo. ¿En qué otro momento podía el Señor regalar a aquel alma, tan enamorada de este misterio? ¡Qué bien comprendemos ahora aquello que tanto repetía el P. Nieto!: *en la cruz de Cristo hay dolor humano, pero gozo divino, muy superior a todos los gozos humanos.* Muy a pesar suyo, su alma no logra en ocasiones contemplar a Cristo humillado y dolorido, sino que el Espíritu le transporta a las regiones luminosas de la Divinidad, donde queda inundado de un gozo grandísimo. Quizá en esta especie de fusión entre cruz y gozo celeste encuentre explicación algo que, a primera vista, resulta enigmático en el texto del *Diario.* Se habla varias veces de una misteriosa «vivencia de Resurrección» en plena contemplación de la pasión: una en la aplicación de sentidos sobre el misterio de Getsemaní y otra al final de la bofetada a Cristo. Parece nos hallamos ante el fenómeno extraordinario de una vivencia pascual en plena contemplación de la Pasión.

Y ¡qué hondura y sentimiento a lo largo de todas estas páginas! No es posible transcribirlas aquí. Muchos aspectos, aparte de los indicados, podrían resaltarse en ellas. Pero, por encima de los temas concretos, adquiere tonalidades intensísimas la vivencia de los mismos, el sentimiento, la unción, el encendido amor a Cristo y a su Madre, que brota del corazón a borbotones en cada momento.

A los apuntes de la Pasión, correspondientes a lo que llama San Ignacio *tercera semana* en sus Ejercicios, que es donde más se extiende el P. Nieto, siguen unos breves párrafos sobre la *cuarta semana,* o sea sobre el misterio de la Resurrección. En ellos se sigue la misma tónica de intensidad vivencial que en la Pasión. Las últimas palabras del *Diario* pueden servir también para concluir estas páginas sobre tan bello escrito. En ellas expresa el P. Nieto su amor a Cristo y su deseo de contagiarlo a los demás: «¡¡Si yo, Jesús mío —escribe— pudiera hacer que los hombres todos te conocieran, te amaran, te vivieran!!»

Ese fue el resumen de la vida interior del P. Nieto: conocer, amar, vivir a Cristo.

Capítulo II

DESPOJO INTERIOR

> «Con el don de oración pediré siempre el espíritu de abnegación y sacrificio» (P. Nieto, *Ejercicios de mes de 1937*).

En la Reforma de vida del mes de Ejercicios de 1937 había propuesto el P. Nieto pedir con frecuencia cada día el *don de oración.* Para añadir a continuación: «Con el don de oración pediré siempre el espíritu de abnegación y sacrificio.» De esta manera unía ambos aspectos de la vida espiritual, como aprendiera de su Padre San Ignacio, que decía que la verdadera abnegación era la piedra de toque de una fructuosa oración.

Sin ningún prurito de precisiones conceptuales, debemos adelantar que, quienes se refieren a la penitencia del P. Nieto, se fijan de ordinario casi en exclusiva en su gran penitencia corporal: privación del sueño, posturas mortificativas, disciplinas y cilicios, etc. Menos son los que reparan, usando términos ignacianos, en «la mortificación de honra..., mortificación de afectos..., mortificación de pasiones» o similares, practicadas en el ejercicio de virtudes como la humildad, obediencia, caridad y otras. Y es esta interna mortificación la más costosa y la de más quilates.

La «indiferencia» ignaciana del Principio y Fundamento de los Ejercicios supone la mortificación más radical que pueda concebirse. El P. Nieto, que pasó su vida entera ahondando en él, llegó muy cerca de ese ideal de renuncia total, que es capaz de supeditar todas las realidades terrenales al fin superior de la gloria de Dios.

Recorramos los casos de indiferencia señalados por San Ignacio en el Principio y Fundamento.

1. *«Salud o enfermedad, vida larga o corta»*

Cuando en 1952 su vida corrió serio peligro, su cirujano decía sorprendido que había visto llorar a muchos ante la amenaza de la muerte, pero a ninguno, como al P. Nieto, porque se había librado de ella. En tan poco estimaba la vida corporal. Su conformidad con la voluntad de Dios en sus enfermedades fue modélica. Mucho edificó a todos durante su internamiento en Valdecilla.

Tan desprendido estaba de la vida, que no duda en escribir durante la convalecencia de esa enfermedad:

> «Pide —le escribe a un dirigido— no la salud, sino que se cumpla en mí la voluntad del Señor.»

Otro tanto escribe a su hermano:

> «No estábamos maduro para el cielo; y Dios, en su bondad y misericordia infinita, se ha complacido dándonos tiempo para llorar nuestros pecados y hacer algo bueno. Dios quiera que sea así. De otro modo y para otra cosa no quiero más vida.»

Dicen que en toda su vida sólo tembló una vez ante la muerte: cuando, en tiempo de la guerra, llamaron a la puerta de su cobijo unos milicianos. Pero al punto reaccionó, dispuesto a entregarse por Cristo. Libre ya del peligro bélico, decía que no había sido digno del martirio, gracia por la que siguió suspirando hasta el final de sus días. Aunque, por encima de todo, decía:

—Quiero morir como Dios quiera.

En varias ocasiones confesó que él pedía al Señor una muerte dolorosa, para parecerse más a Cristo crucificado, confiando en que no le habría de faltar la gracia de Dios para soportarla.

Estas actitudes encuentran amplísima confirmación en el capítulo dedicado a las enfermedades del P. Nieto. Baste, pues, este pequeño apunte en este momento.

2. *«Riqueza o pobreza»*

Al P. Nieto no le deslumbraba el brillo del dinero. Supo llevar hasta las últimas consecuencias su voto de pobreza. Era esta virtud una de sus preferidas. La vivió él y se empeñó en que la vivieran también muchos sacerdotes, sobre todo los integrantes de los Equipos Jocistas.

Había aprendido a *amar* la pobreza contemplando la vida de Cristo en la segunda semana de los Ejercicios. Al contemplar el nacimiento del Señor, escribe:

«Vi qué programa traía Jesús al aparecer en el pesebre con tanta pobreza, abandono, desprecios, mortificación, sacrificio. Ya veo claro el programa para ser santo... Humildad, pobreza, desprecios, abandono, sacrificio. Y todo con mucho amor y por amor.»

Por amor a ese Cristo pobre vivió el P. Nieto pobremente. Una sotana raída, al límite de la decencia, por cuyas bocamangas se veía parte del antebrazo, quizá porque no usaba siquiera camisa. La dulleta solía usarla sólo para los viajes, más en verano que en invierno. Precisamente cuando sobraba. El frío de los húmedos inviernos de Comillas lo soportaba sin otra defensa que una corriente ropa interior y la sotana. Quizá por eso sufría frecuentes resfriados, con los que seguía trabajando. Alguna vez le regalaron un paraguas, un impermeable, unas mudas. Nadie se lo vio usar. Todo iba a parar a los pobres. Esta línea de Comillas la venía siguiendo ya desde Santa María de Sando: sólo le vieron usar el manteo el día de Viernes Santo. En el anejo parroquial quisieron regalarle algo para que se defendiese del frío, de la lluvia y de la nieve; no lo aceptó.

Todo su ajuar respiraba pobreza. Quien entrase en su celda no vería nada delicado: una mesa, un sillón corriente, un armario viejo, un reclinatorio, unos estantes de libros y un biombo que ocultaba «algo parecido a una cama». Y muchas disciplinas y cilicios. ¿Sólo? Y montones de paquetes, cajas, talegos, envoltorios... para los pobres. La habitación del Padre era a la vez despacho para recibir, cuarto de trabajo, oratorio y almacén para los pobres. Lo que no era, aunque también a ello estuviera destinada, era dormitorio, como tendremos ocasión de comentar.

Hasta qué punto aprovechaba las cosas de su uso se demuestra con esta carta a su hermano de 1949:

«Si hubiera en ésa —le dice— buena marca de navajas de afeitar, me avisas para comprar una, pues la primera ya dio todo lo que tenía que dar treinta y tantos años.»

Basta un somero cálculo para remontarnos a los tiempos de su Seminario. El mismo dice que era su *primera* navaja de afeitar.

El, que se pasó la vida pidiendo para otros, nunca pidió para sí. Por deferencia aceptaba algún regalo de sacerdotes, que de esa manera querían mostrarle su gratitud por tanta ayuda espiritual: solían regalarle libros de espiritualidad. Pero era muy escrupuloso con los permisos. Renovaba las necesarias licencias para recibir estos regalitos, así como para pedir limosnas. En la Reforma de los Ejercicios de 1946 deja plasmado con estas palabras su deseo de pobreza y dependencia:

«La pobreza se ama. No puedo prestar, tomar ni disponer de nada de la casa sin que el Superior lo sepa y sea contento.»

Con los únicos regalos que gozaba auténticamente era con los destinados a los pobres. Veamos el contraste: su hermano le envía uno con este fin. El Padre se apresura a agradecérselo «por ser para los pobres», como le dice expresamente. Una religiosa le envía uno para él por su santo. Así le contesta: «Mucho agradezco su *obsequio*, pero hubiera agradecido más el *no obsequio*. No se le ocurra mandar cosa alguna, y cumplirá mejor con su pobreza.»

A esta misma religiosa, Superiora en su comunidad, le escribe hermosísimas cartas, donde expresa bien a las claras su amor a la pobreza y sus profundas motivaciones. Así, por ejemplo, en agosto de 1963:

> «No olvidemos que hemos hecho el voto de pobreza para más imitar a Jesús, que nació, vivió y murió en pobreza. ¡Cuántas veces, si nos vieran comer, viajar, etc., no quedarían edificados!... A las mismas educandas deben enseñarles a privarse de ciertos gustos o cositas y dar para los pobres lo que sus padres les dan para gustos... Nadie quiere ser pobre y menos vivir pobre; y así vivieron Jesús, José y María... Se goza más privándose de cosas por amor de Dios, que gozando de las cosas por gusto de los sentidos. En lo primero goza el alma, en lo segundo los sentidos...»
>
> «Muchas veces escandalizamos sin faltar al voto, pero faltando al espíritu... Hemos de amar la pobreza y querer privarnos de muchos gustos que tiene que privarse el pobre y se privó Jesús y su Madre por mí.»

El P. Nieto trató —más por carta que personalmente— con gente muy adinerada. Pero nada de su lujo se le pegó. Lo único que de estas personas pretendía era su provecho espiritual y su generosidad en favor de los menesterosos. Solía decirles que, si eran generosas, Dios les devolvería bienes espirituales a cambio de los materiales. Y tan desprendido le veían, que no dudaban en secundar sus deseos.

Para él la pobreza no era simplemente un acto de ascesis, sino una manera de asemejarse amorosamente a Cristo pobre, de acercarse al hermano sufriente, de dar primacía a los valores definitivos del Reino sobre los pasajeros.

3. «*Honor o deshonor*»

Enorme fue el despojo interior a que llegó el P. Nieto. Nos hemos tropezado una y otra vez en sus escritos íntimos con el tema de la humildad. Continuamente pidiendo humillaciones y desprecios como ca-

mino para llegar a ella. Por otra parte, un continuo pedir perdón a Dios por los pecados. Esta doble vertiente de la humildad la tenía muy asimilada: *humillaciones* por amor a Jesucristo y *desprecio de sí mismo* para alcanzar el perdón divino.

«Más humilde que la tierra», nos dice quien le trató íntimamente. «La única persona que he conocido en mi vida —escribe otro— que se gozara en las humillaciones y demostrara tanta mortificación del amor propio.» «El P. Nieto —escribe un tercero— tenía el mundo bajo sus pies. Por supuesto, el mundo de la vanidad y de la sensualidad, pues en lo demás, pocos habrá como él que sienta y viva los problemas de la Iglesia y del mundo».

Si no conociéramos su humildad, nos sorprendería su reiterada confesión de tener el mundo bajo la suela del zapato. Pero ¡lo decía con tanta naturalidad! Oigamos algunos testimonios:

> «Ni un afán de notoriedad o lucimiento, ni el más leve resquicio por donde pudiera colársele una vibración de amor propio o absurda intransigencia... ¡Cuántas veces repetía: Amadísimos, si yo no tuviera el amor propio debajo de los zapatos, no sé que sería de mí.»
>
> «Nada que no fuera la santidad le importaba. "¿Tú sabes que tengo el amor propio en la suela de los zapatos?". Es frase textual suya en una visita al puertecillo de Comillas. La dijo a Cervera, ingeniero del ICAI, en el invierno de 1940.»
>
> «Vivía con los pies en la tierra y la mente en otro mundo. Despreciaba las cosas de éste... He aquí el siguiente hecho vivido por mí: Le acompañaba un día de invierno a visitar a los pobres del pueblo. Los seminaristas llevábamos comida en algunas cajas. A veces, cuando no cabía todo en ellas, se metía él parte en los enormes bolsillos de la sotana. Aquel día le iba asomando un largo chorizo por el borde del bolsillo. Se lo advertí, y me contestó:
>
> —Eso no me importa: tengo el mundo debajo de la suela del zapato.
>
> Algo de esto se nos pegaba a sus discípulos. Ya sacerdote, fui a hacer Ejercicios de mes a Pedreña con él. Tratando de emularle en su desprecio del que dirán, cogí a hombros la maleta para llevarla hasta la barcaza en que debíamos de atravesar la bahía santanderina. Pero él no me dejó, porque, ¡qué santa ironía!, no estaba bien visto un sacerdote con la maleta al hombro. Y allá se fue con mi carga, como un servicial mozo de estación. Verdaderamente tenía el mundo debajo de la suela del zapato.»

El qué dirán no contaba para él. Vivía por encima de todos los juicios humanos. De ahí aquella su desconcertante lógica sobrenatural, su escaso o nulo interés por todo lo que no fuera Dios o santidad, su total libertad de espíritu para hablar y actuar mirando sólo a la mayor gloria de Dios.

Otros hubieran sufrido complejos por su deformidad corporal. El nunca pretendió ocultar tal aspecto o disimularlo con cuidados especiales. A su físico deforme unía su vestido y calzado pobres, y así se presentaba en todas partes, sin importarle nada de los comentarios ajenos. Huía de todos los acontecimientos festivos, académicos, sociales que se celebraban en la Universidad, en cuanto olieran algo a boato. Nunca se le veía en los cortejos de los prelados o autoridades y huía de la máquina fotográfica —según expresión afortunada de un sacerdote— «como el diablo de la cruz». Con todo, muchos lograron sorprenderlo con su objetivo, para conservar de él un recuerdo. Nunca se preciaba de la amistad de «gente gorda». Buscaba más bien el trato con los humildes.

> «No se estimaba en nada —escribe el cardenal-arzobispo de Toledo— y se consideraba el más pobre de todos y más necesitado de ayudas. Cuando sus ocupaciones se lo permitían, ya se sabía: buscaba el trato y el apostolado entre los pobres.»

Sus peticiones más caras eran, como ya sabemos, padecer y ser despreciado por Cristo, ser ignorado y tenido por nada... Lo pedía en los *mementos* de la misa, al comienzo de las horas canónicas... Desde 1937 venía meditando en la oración vespertina, según se propuso en la Reforma, en una Regla de la Compañía que dice: «Como los mundanos que siguen al mundo aman y buscan con tanta diligencia honores, fama... así los que... siguen de veras a Cristo Nuestro Señor aman y desean intensamente todo lo contrario.»

El P. Nieto sabía aceptar correcciones —e incluso intemperancias— de sus inferiores. He aquí lo que anota un seminarista teólogo en su diario:

> «*Marzo, 1959. Día 21, sábado.* Anteanoche comenzamos los Ejercicios del subdiaconado... Ayer me propuse mandar una nota al P. Nieto sobre la puntualidad... Decía así: *P. Nieto, le agradeceríamos más puntualidad, sobre todo al acabar las distribuciones. La voluntad de Dios es que se termine a tal hora, y no seis minutos más tarde, ¿no le parece?* Después he sufrido todo el día y he pensado en lo absurdo de tratar yo de corregir a un santo en un pequeño defecto. He sido cruel... Durante todo el día me he figurado al P. Nieto arrastrándose como un santo hacia el comedor después de las pláticas... Sin duda que le habré hecho sufrir... Cuando esta noche entró en el paraninfo a darnos los puntos y vi que terminó puntual como nunca, le amé con locura... ¡Gracias, Dios mío, por el P. Nieto!»

Otro seminarista escribe lo siguiente:

> «Aún no había empezado yo a aprender el difícil arte de aguantarse a sí mismo. ¿Y a quién iba a convertir en chivo expiatorio?

Al P. Nieto. Y allá me fui para ponerle pingando. Le acusé de todo. ¡Cómo me escuchaba el pobrecito, sin rechistar! Me miró como un niño asustado y me dijo:

—Cuando recuerdes mis defectos, anótalos, para que no se te olviden.»

Oigamos finalmente el siguiente hecho, ocurrido con un empleado de la casa:

«Salimos de paseo con el P. Nieto —cuenta un testigo— para platicar de la vida espiritual. Regresamos más tarde de lo previsto y, para que el criado de turno nos diera la merienda, él mismo nos acompañó al refectorio para justificar nuestra tardanza. El criado respondió con una grosería. El Padre no se inmutó y con toda humildad y sosiego le rogó de nuevo que nos diera algo de merienda, lo que el criado, confundido por la actitud del Padre, hizo.»

Su humanismo y su humildad llevaban al P. Nieto a saber soportar bromas que otro no hubiera aguantado. Giraban éstas sobre su somnolencia, su fealdad, etc. Las aceptaba, e incluso las celebraba. Un Hermano de vocación recuerda la reacción del Padre, tan llena de sana hilaridad, cuando le cuentan el dicho de los padres de un seminarista al verlo por primera vez:

—Pero, hijo, si es mucho más feo de lo que tú nos decías.

Así le veía otro jesuita, compañero de comunidad:

«Era colosalmente humano. Yo a veces le gastaba bromas, y jamás se molestó. Cuando le dije que daría muchos besos a su estampa, si introducían su causa, se sonrió. Y cuando añadí que habría que *arreglar* un poquillo la estampa, entonces se rio francamente. Así era.»

Ejemplos de mansedumbre y humildad abundan en la vida del P. Nieto. Todo derivaba de su actitud interna, es decir, de su humildad radical ante Dios, considerándose un pobre pecador. Vivía plenamente el espíritu de la primera semana de los Ejercicios.

Un jesuita que, allá a finales de los sesenta, debía dirigir una tanda de Ejercicios a sacerdotes, consulta al P. Nieto sobre su repugnancia a visitar a los ejercitantes en sus habitaciones. Ante el consejo positivo del P. Nieto, que añadió cómo él lo hacía con gran fruto, el otro le dijo que él podía hacerlo, porque era un santo. Al punto replicó el P. Nieto, lleno de convicción:

—Carísimo, yo soy un pecador.

En carta a su hermano del 22 de junio de 1945 nos deja esta hermosa confesión:

«Muchísimo te agradezco tu petición diaria para la santificación de mi alma, porque lo necesito muchísimo: me parece que ven los hombres en mí lo que no hay. Ante Dios me veo muy vacío y con gran temor, (pero) su misericordia es infinita y confío siempre en El.»

Mientras todos proclamaban su santidad, él se veía vacío ante Dios, aunque con gran confianza en su misericordia infinita.

«Si somos fieles al Señor —escribe también a su hermano en 1951— ya llega el día de vernos todos juntos a su lado y para siempre. ¡Qué impresión tan divina, cuando nos veamos todos allá al lado de Jesús, nuestro hermano mayor, y de nuestra Madre del cielo! Pide mucho por mí, pues muchas veces temo que sea yo el que falte a la cita. Confiemos en la misericordia de Jesús, que (es) infinita.»

Ese mismo año vuelve a insistir:

«Pide mucho por mí, porque cada día me veo más lejos de la santidad, que es mi único ideal, y creo no lo voy a conseguir.»

Al año siguiente, insiste aún en lo mismo:

«Pide mucho por mí, que lo necesito más que tú: quizá te extrañe, pero así es la realidad ante el Señor.»

Nuevamente vuelve a hablarle del tema en otra hermosa carta del año 1954:

«No hay mayor *contento,* que tener a Dios contento, aunque sea con descontento propio. Que se acerca el tiempo de reunirnos todos allá en el cielo, y es menester tener traje comprado y dispuesto... Pide que me prepare, que no tengo aún traje preparado.»

Esta línea de pensamiento es constante hasta su ancianidad. Leamos, si no, lo que escribe once años después:

«No me olvides, que ahora me da miedo de tantos desaciertos y faltas en mi vida. Confío en la misericordia infinita de Dios y en tus oraciones de hermano.»

Si esta sinceridad familiar le lleva a reconocer lo que él creía su propia miseria, ¡qué no pensaría de cara a Dios! En el *Diario* espiritual de los Ejercicios preparatorios de sus últimos votos estampa este juicio sobre sí: «Hasta el presente he sido muy soberbio interior y exteriormente, un verdadero hipócrita.» Y este otro: «Jesús me llama en la

Compañía a ser santo, y hasta el presente no he respondido.» A lo largo de todo el *Diario* hay un rosario de autoinculpaciones, que culminan con este despiadado juicio propio: «He perdido miserablemente los cuarenta y dos años de mi vida en la tierra.»

Casi idénticas expresiones en una oración de medio año más tarde:

> «Me hizo sentir (Jesús) cómo pierdo —o mejor, he perdido— todo el tiempo de mi vida pensando necedades, en mí mismo, en las cosas que los hombres pudieran pensar de mí. ¡Qué vacío tan grande sentí de todo esto!»

En los mismos sentimientos de humildad y contrición abundan todos los apuntes íntimos de los Ejercicios de mes de octubre del año 37. Aunque, como sabemos, se mueve en ellos por las alturas de la mística, tiene muy presente —como todos los místicos— la propia nada, suspirando incesantemente por la purificación del corazón. Basten dos textos:

> «Me has descubierto, Dios mío, las llagas de mi alma. ¡Qué hondas! ¡Qué feas! ¡Qué peligrosas! Jesús mío, vos, mi única medicina. Mi único remedio... No es tan grande el vacío de mi corazón que Vos no le podáis llenar; no son tan ardientes mis pasiones que Vos no las podáis apagar; no son tan graves mis pecados que Vos no los podáis perdonar... Cuerpo de Cristo, *salva me, intra tua vulnera absconde me!*»
>
> «Ya os he rogado, Dios mío, que llenéis mi espíritu, que me purifiquéis perfectamente, y he repetido muchas veces el *Munda cor meum*..., y Vos me dais una confianza grandísima que sí, que me purificaréis... Empecé a pedir con muchas veras, haciendo los tres coloquios que nos enseña Nuestro Santo Padre: así os pedí por mucho rato la perfecta purificación del corazón.»

¿Para qué seguir? Idéntica trayectoria hasta sus últimos años, años de madurez y plenitud espiritual. Uno se emociona al leer lo que escribe en un retiro del 30 de octubre de 1965, que ya conocemos:

> «Toda mi vida no he querido otra cosa más que ser santo, y hasta el presente no hice más que llenar mi vida de pecados e imperfecciones. Yo quiero con toda mi alma que, lo que me reste de vida, sea para llorar los disparates de mi vida pasada...»

De los últimos años también aquel humildísimo texto:

> «... mi egoismo, que desgraciadamente fue el centro de mi vida pasada. Quiero desprenderme de mí mismo, de las criaturas, de mi sensualidad...»

O aquel otro de 1968:

> «Empecé pidiendo a Jesús con fe viva limpiara mi alma de todos mis pecados, como El los ve, que son más de los que yo veo y creo, y que, una vez limpia por sus méritos, viniera El a morar en ella.»

No debe extrañarnos que sea en la madurez del Padre cuando más abundan los textos referidos a sus propios pecados. Avanzar en las vías iluminativa y unitiva supone hacerlo simultáneamente en la purgativa. Lo expresa él muy bien en varias cartas.

No conservamos prácticamente ningún texto de los últimos años en que no aparezca muy resaltado el espíritu de contrición:

> «Como base (de las virtudes teologales) una humildad sencilla y verdadera, teniendo siempre mi nada y mis muchos pecados ante mi vista.»
>
> «Dios mío, concédeme hoy un mayor dolor y aborrecimiento de mis pecados y faltas e imperfecciones morales..., una humildad verdadera y profunda...»
>
> «Humildad verdadera y profunda, contricción sincera y honda de mis muchos pecados, y más aún de mi ordinariez.»

En el que es probablemente el último texto íntimo del P. Nieto, al parecer de enero o febrero de 1973, retorna una y otra vez el tema del propio pecado. He aquí unos extractos:

> «Señor, yo quiero en todas mis visitas y con mucha frecuencia durante el día... pediros perdón de lo mucho que os he ofendido en toda mi vida... Pedir a Dios perdón cada hora —o cuando recuerde— en lo que le hubiere ofendido o disgustado, y pedirle luz y proponer no disgustarle nada en la (hora) siguiente.»

Así vivía el P. Nieto de cara a Dios la vivencia de su propia indignidad, mientras el mundo vociferaba a su alrededor la heroicidad de sus virtudes. Sentimiento, según se ha visto, que nunca separaba de la confianza en la infinita misericordia de Dios.

4. *«Mi carácter asperísimo y duro»*

Uno de los puntos que más hizo sufrir al P. Nieto fue su carácter. Naturalmente impetuoso, corría el peligro de dejar desbordar aquel enorme caudal. Era muy consciente de ello y lo reconocía. De ahí su preocupación constante por el tema en sus Reformas de Ejercicios. Así se expresaba en la primera que conocemos:

> «Caridad, mucha caridad, muchísima caridad. Jamás murmurar ni criticar. Hacer siempre y a todos todo el bien que pueda y con la mayor amabilidad posible; para esto tengo que trabajar con ahinco en reformar de veras mi carácter asperísimo y duro.»

Sobre la crítica y murmuración vuelve también una y otra vez en el *Diario* de los Ejercicios de mes de 1937:

> «No critiques ni te amargues... No murmures, no acrecientes llagas viejas ni las abras nuevas; no suscites amargores ni te deleites en oir resquemores; no paladees defectos de jesuitas...»

Hermosas, sobre todo, las reflexiones sobre las burlas de los soldados en la Pasión. ¡Adivina quién te ha pegado!:

> «No seas tú nunca de esos que dan a Jesús así, cuando está con el velo, en la oscuridad, cuando crees que no lo ve. Odia esos corrillos en que se muerde y se corre el chiste a costa de tu hermano. No seas de esas lenguas que van como lancetillas a clavarse por detrás.»

El tema de la mansedumbre retorna nuevamente en la contemplación de la décima estación del *Viacrucis:*

> «He estado un rato queriendo que mis movimientos de ira se truequen en mansedumbre, y se me han ocurrido las palabras de vuestro apóstol: *la caridad es benigna, la caridad es paciente...* Vos sabéis cómo esta mañana he tenido un movimiento de ira y no he podido ser como Vos, manso. Pero me dais una confianza grandísima que he de alcanzar dominio de mí mismo.»

Conforme a estos sentimientos de la oración, la Reforma no podía menos de insistir en los mismos temas:

> «Más dulzura en mi trato con (los demás). Evitaré toda murmuración o crítica y huiré de ella como de peste contagiosa y mortífera. Desde este momento hago intención universal para siempre de encomendar de un modo singular en la santa Misa y oraciones a todos los que en algo me molestaren, despreciaren o injuriaren y a aquellos que se me hicieren antipáticos, y procuraré actuar esta intención en el momento que esto me hicieren. Ser muy humilde en mi trato con todos.»

La misma preocupación se mantiene en las restantes Reformas.

La preocupación sigue muy presente —quizá más, por razón de las circunstancias— en los últimos años de su vida. Como sabemos, él mis-

mo fue entonces cuestionado, si no en su santidad, sí en sus métodos ascéticos y pastorales. Eso le hizo sufrir mucho. No es extraño que escriba cosas como éstas por esos años:

> «No creerme postergado. No juzgar a nadie». «Defectos a corregir: la lengua. No hablar mal de nadie, ni en desfavor. He faltado mucho en esto... Caridad, mucha caridad, siempre caridad: en mis pensamientos, juicios, conversaciones, obras, contrariedades y sufrimientos. Ver siempre a Dios en todos y todos en Dios». «No quejarme de nada ni de nadie interior o exteriormente, porque lo que molesta es la cruz, y ésta es imprescindible para el cielo. Que todo salga a mi gusto no es ir camino del cielo.»

Se adivina un sufrimiento contenido, transformado en elemento purificador y santificador.

El se recriminaba ante Dios su aspereza y hasta su crítica. Pero, ¿qué pensaban los demás? Oigamos alguna opinión autorizada:

> «Me pareció siempre —escribe el cardenal-arzobispo de Toledo— un hombre recto, leal, enamorado de la verdad, la cual buscaba y confesaba en sus juicios sobre personas y cosas, sin ofender ni herir a nadie. Lo mismo si se trataba de seminaristas, de sacerdotes o de jesuitas, él no se adelantaba a enjuiciar o comentar nada; pero cuando en la conversación salían referencias a unos o a otros, me llamó siempre la atención la enorme sinceridad con que hablaba y decía lo que estimaba debía decir, sin acepción de personas, sin malevolencia ni acritud, con delicada franqueza, como quien está libre de toda sospecha de apasionamiento o ligereza. No era lo que llamábamos murmuraciones o comentarios ligeros, sino observaciones sosegadas y noblemente sinceras. Era extraordinariamente delicado y atento. Su paciencia fue ilimitada. Nunca reñía, siempre exhortaba.»

Por su parte, el arzobispo de Oviedo escribe:

> «El P. Nieto tenía un carácter muy fuerte. Creo que hubiera sido hasta violento sin la moderación de la virtud. Su temperamento era recio y constante, enérgico y suave al mismo tiempo. Sabía dominar sus primeros impulsos, aflorando siempre el dominio de sí mismo, no tanto por la fuerza de su voluntad, como por la total entrega a la voluntad de Dios.»

Si quisiéramos expresar lo que pensaba la mayoría de su trato, nos encontraríamos con una rara unanimidad. Basten algunos ejemplos, espigados de testimonios episcopales:

«Sumamente duro consigo mismo y benigno con los demás» (monseñor Daniel E. Núñez).

«En cuanto a su caridad con los seminaristas y con los pobres, soy testigo de su comprensión por las debilidades humanas y de su delicadeza al ayudar a los necesitados» (monseñor Emilio Benavent).

«Aunque el P. Nieto era duro consigo mismo, era muy comprensivo con los demás.» (monseñor Juan Antonio Flores).

«En su vida la mortificación ocupaba un puesto muy importante, pero no estaba separada del amor. Por eso era al mismo tiempo atrayente. Inculcaba la necesidad de la penitencia, sin embargo en la dirección espiritual era muy indulgente» (monseñor Gabino Díaz Merchán).

«El P. Nieto, singular por su penitencia evangélica, fue siempre humano con todos y comprensivo» (monseñor Juan Antonio del Val).

«Siempre admiré en él la austeridad penitencial, y una humanísima comprensión para todos, animada por una caridad exquisita.» (monseñor José María Cirarda).

Eran famosos sus exabruptos hablando públicamente, su fogosa oratoria llena de exigencias. Incluso es posible que algunas veces abusase un tanto de la rudeza expresiva, sin tener en cuenta la diversidad de temperamentos en un auditorio numeroso. Pero todo cambiaba al bajar de la tribuna. También aquí abundan los testimonios. Veamos dos o tres, entre muchos:

«Hablando en público era sumamente exigente; en cambio, hablando con él en privado era sumamente comprensivo.»

«Era muy exigente en sus meditaciones y pláticas, pero muy humano en su trato individual.»

«La rigurosidad que se apreciaba en su ascética personal y la que exigía en las pláticas comunes, resultaba humanísima comprensión en la dirección espiritual y en el confesonario.»

Y ¿qué opinaban de su trato sus hermanos jesuitas de comunidad? Espiguemos también algunas expresiones de los que convivieron largos años con él:

«En el trato era sumamente amable. Admitía muy bien las bromas que se le daban y respondía a ellas con sumo ingenio. Su trato era siempre muy espiritual. Nunca molestaba, aunque esto no le impedía decir las cosas con toda sinceridad y verdad.»

«Siempre me pareció un modelo de amable sencillez y de abnegada servicialidad. Hombre con sentido del humor, recibía muy bien, aun celebrándolas, cualquier género de bromas que se le gastaran. Bromas que también a otros gastaba el P. Nieto. Duro con su persona, con los demás era comprensivo y humanísimo.

Si raras veces pudo escapársele algo de su genio naturalmente fogoso, se apresuró a reconocerlo y a dar innecesarias satisfacciones.»

«¿Que el P. Nieto era rígido? Pues sí, lo era. Pero con una rigidez que no se proyectaba en actitudes de reprensión para nadie; que encajaba perfectamente en un humanismo amplio, exquisito y comprensivo; que admitía bromas y chistes; que sabía disculpar... Era rígido para sí, pero para los demás era todo naturalidad y humanidad sobrenatural.»

¿Para qué seguir? Todos dicen lo mismo...

Encaja al P. Nieto de maravilla lo que cuenta el P. Ribadeneyra sobre el modo de juzgar la virtud San Ignacio de Loyola: «Nuestro Padre medía la virtud y aprovechamiento —dice— con la fuerza que cada uno se hace a sí y cuidado que pone en vencerse, y no con la natural blandura y modestia aparente exterior.» El P. Nieto carecía de esa «natural blandura», su temperamento era brusco, y alguna vez no lo dominaba. Pero por una vez que fallaba, se vencía doscientas. Y ahí está la virtud.

5. *«No se haga lo que yo quiero...»*

La obediencia religiosa como medio de conocer la voluntad de Dios fue, según sabemos, especialmente valorada por el P. Nieto a la hora de hacerse jesuita. No es, pues, de extrañar que esta virtud le fuera especialmente querida. Y se destacó en su práctica de una manera eminente. «Vivía —escribe el obispo de David— la obediencia religiosa de una manera extraordinaria.»

Quizá fue el destino a Comillas su primera experiencia costosa en el ámbito de la obediencia. Al parecer sus preferencias iban hacia una actividad misionera. Pero, convencido de que Dios le quería formador de sacerdotes, se entregó con alma y vida a la tarea que la obediencia le señalaba.

Las Reformas de vida tenían siempre muy presente la aprobación de los propósitos, bien por el superior, bien por el confesor. Especial sumisión se advierte en lo relativo a las penitencias. El era P. Espiritual de los demás, pero a la vez dirigido. Por eso promete: «Dirección espiritual: bien llevada cada quince días; y, si es posible, mejor todas las semanas.» También él quería hacerse pequeño, para ser guiado con más seguridad por el camino de la perfección. Más de una vez leemos propósitos, tales como «más comunicación con el P. Rector» o «suma claridad y amor para con los Superiores».

Era tan nimio en la petición de permisos, que hubo que decirle que procediera con más autonomía.

El P. Nieto se abrazaba con la obediencia con amor, por imitación a Cristo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. En la cruz descubría él el valor de su entrega jesuítica:

> «¡Oh bendita Compañía de Jesús —escribe—, que naces y vives en ambiente de Calvario! Tú mereces toda la estima de mi entendimiento, todos los amores de mi corazón. Tú, con tus superiores y con tus súbditos, con tus Constituciones y con tus Reglas y tus Ejercicios... ¿No ves que tus más preciados tesoros son la desnudez que padece tu Capitán y la obediencia hasta la muerte que florece al pie de la Cruz?... A esa luz (de la mirada de Cristo en la cruz) ¡cómo leo la fórmula de mis votos y cómo saboreo aquella pobreza divina y aquella castidad angélica y aquella obediencia de juicio como la vuestra, Jesús mío! A la luz de esa mirada, ¡cómo se proyectan en el fondo de mi alma las siluetas de mis superiores, tan padres, tan buenos, tan tuyos.»

Como a padres los amaba efectivamente el P. Nieto, sin haberles causado nunca un problema.

A la vez que practicaba la obediencia, la inculcaba incansablemente a los seminaristas y sacerdotes. El exacto cumplimiento del Reglamento del Seminario y después la sumisión filial a la voluntad del prelado fueron dos constantes en su predicación de muchos años. He aquí esta hermosa anotación del *Diario* de un teólogo:

> «Hoy el P. Nieto nos ha hablado del Reglamento: salimos del Seminario sin haber amado una sola vez el Reglamento. El Reglamento me dice la voluntad de Dios: saber que mañana me levanto a la hora que Dios quiere, me recreo a la hora que Dios quiere..., es lo más grande que puede haber en el mundo.»

Por lo que se refiere a los sacerdotes, la insistencia en el tema de la obediencia se acentuaba especialmente en los Ejercicios de preparación al presbiterado. De estos Ejercicios anota un teólogo tan sólo estas lacónicas palabras, como a modo de resumen de su contenido:

> «Ejercicios. El P. Nieto no para con la humildad, la obediencia, la disponibilidad ante el obispo...»

Sin embargo, la obediencia que inculcaba el P. Nieto era una obediencia adulta: sumisa, pero inteligente. Muchas cartas a sus dirigidos inciden en la representación de las razones contrarias al mandato.

Hasta qué punto tenía metido el sentido de la obediencia queda demostrado en el siguiente hecho. Varios seminaristas bajan con el Padre a celebrar los Oficios de Semana Santa en la capilla del Hospital de Comillas. Uno de ellos hace de maestro de ceremonias y ordena —por

razones de falta de espacio— omitir la genuflexión al Monumento al salir a los Oficios del Viernes Santo. El P. Nieto, que presidía, parece que comentó al diácono y subdiácono que, al menos ellos tres, deberían hacer la genuflexión; pero, a pesar de su gran devoción a la Eucaristía, obedeció sin rechistar.

Otro ejemplo. Bodas de oro en Salamanca de dos Hijas de Jesús, naturales de Santa María de Sando. Invitan al P. Nieto, que había sido párroco del pueblo. Así cuenta la respuesta el P. Herrero, hermano de ambas religiosas:

> «La respuesta del P. Nieto fue en estos términos: No suelo aceptar esas invitaciones; ni a los cincuenta años de sacerdote de mi propio hermano asistí; pero en vista de lo que me dice el P. Provincial, que, *aunque no me manda por obediencia, me indica que procure ir*, saldré de aquí para llegar a Salamanca el 28 de febrero por la tarde, para volver al día siguiente en la primera ocasión que se presente. Así fue. Obediencia ignaciana a la voluntad del superior sin expreso mandamiento.»

La voluntad de Dios se manifiesta al religioso sobre todo en las Constituciones y Reglas de su propio Instituto, aprobadas por la Iglesia. Por eso, el P. Nieto propone:

> «He visto que no puedo ser santo, si no observo fielmente las Reglas, así como el exacto y fiel cumplimiento de ellas me dará la santidad... Por eso, desde hoy viviré como si tuviera hecho voto de guardar las Reglas.»

Si este propósito data de 1937, en 1958 confesaba el P. Rodrigo que, después de su larga convivencia con el P. Nieto, no le había sorprendido en una falta siquiera. En la Reforma de 1946 proponía «dejar la letra comenzada» al ser llamado por la obediencia, conforme a la norma de San Ignacio (*Constituciones*, núms. 435 y 547). Su vida entera habría de ser una obediencia pronta y llevada hasta esas cotas de nimiedad.

Si el P. Nieto se confió totalmente a la obediencia al aceptar el destino de P. Espiritual de los seminaristas, esa misma renuncia a su propia voluntad se advierte en el momento doloroso de retirarse del cargo. Era el curso 1967-68. Cuando llegó el momento del retiro, se limitó a decir: «Me quedaré en Comillas o donde quieran mandarme.» Idéntica actitud cuando llegó el momento de dejar el ministerio del mes de Ejercicios, en el que había puesto alma y vida:

> «El P. Nieto me ha dicho —escribe en 1970 su Rector— que lo deja tranquilamente.»

Y tranquilamente —aunque con dolor— lo dejó, cuando los Superiores le indicaron que su salud y su edad aconsejaban el relevo.

6. *Reconocimiento*

Los Superiores de la Compañía supieron reconocer aquella entrega incondicional. Cuando en 1956 el Rector del Seminario de Covadonga pide al P. Nieto para dirigir unos Ejercicios, el P. Rector de Comillas no duda en responder: «El P. Nieto está dispuesto a todo lo que sea ayudarnos para el servicio de Dios.» Los Superiores sabían de esa su actitud habitual, aunque no lo fueran pregonando por ahí. Pero lo reflejaban en los documentos oficiales.

Su labor con los seminaristas es muy alabada en los *Informes* que cada trienio se remitían a la Sagrada Congregación que han podido localizarse. Ya desde antes de la guerra, o sea desde sus primeros años de Comillas, empieza a reconocerse su ejemplaridad y acertada actividad. Otro tanto hay que decir de las llamadas *Cartas anuales* en que se relatan los principales eventos del curso.

Pero donde más se resalta la virtud del P. Nieto es en las cartas e informes de los Rectores y Provinciales a la Curia Generalicia de la Compañía. Así, por ejemplo, en carta del Rector al P. General de 31 de enero de 1947, se alaba la formación espiritual de los seminaristas, de la que se dice ser tal «sobre todo por el gran influjo de la santidad del P. Manuel García Nieto».

Similares expresiones de reconocimiento en carta del 30 de julio de 1949: «Destacable por todos los conceptos es el prefecto de espíritu de los cursos superiores, P. Manuel García Nieto, que, con todo derecho, goza de una gran fama de santidad.»

En los informes de las visitas canónicas del P. Provincial se destaca también extraordinariamente su virtud con una variada gama de expresiones. Espigamos algunas, traduciendo del latín:

> «El P. Nieto es tenido con todo derecho como hombre de extraordinaria virtud, tanto por los jesuitas como por los no jesuitas... La formación de los seminaristas en piedad y virtudes es excelente, merced principalmente a la extraordinaria virtud y abnegación del P. Nieto... Hombre de eximia virtud, de gran abnegación, espíritu de oración, misericordioso con los pobres, etc. Le faltan otras cualidades naturales, pero por su sola virtud le estiman mucho todos los seminaristas... Es un hombre verdaderamente santo y por esta santidad le estiman mucho y le veneran todos los seminaristas. Según todos la dirección espiritual es lo principal y lo más digno de toda estimación en el Seminario...»

Todo el resto de los informes es similar.

El llamado *Suplemento trienal al Catálogo de las personas* sigue la misma tónica de los otros informes:

> «Tiene fama de santidad, gran espíritu de oración, de mortificación, de misericordia y caridad con los pobres y enfermos... Posee una virtud insigne. Por su dedicación a la oración y penitencia goza de fama de santidad ante los jesuitas y seminaristas... Es hombre verdaderamente insigne en las virtudes religiosas... Goza de fama de santidad, tiene un espíritu de oración y de mortificación verdaderamente extraordinario. Es además el padre de los pobres...»

También desde Roma se respondía con complacencia a tales informaciones. Después de la visita apostólica a Comillas, realizada en 1955 por Monseñor Gúrpide, el Cardenal Pizzardo escribe al P. General de la Compañía para informarle de los resultados. Entre los puntos que merecen su «admiración y aplauso», resalta la carta del cardenal «la ejemplar actividad de los Padres Espirituales del Seminario, que aseguran un admirable clima de fervor, de piedad, de espiritualidad, especialmente por medio del ejemplo personal de una vida verdaderamente digna». Por su parte, el P. Janssens, General de la Compañía, escribía el 16 de enero de 1959 al Rector de la Universidad: «Me siento complacido por lo que me cuenta Vuestra Reverencia de la dedicación de los Profesores y alumnos a sus estudios y del buen espíritu sacerdotal de éstos, que promueve incansablemente el alabado P. Nieto.»

El Padre no fue elegido nunca para miembro de una Congregación Provincial de los jesuitas, sin duda por no preocuparse lo más mínimo de su propia «promoción social». Para la de 1970, a celebrar en Salamanca, fue convocado por el P. Provincial. Así resume el P. Provincial las razones de esta designación del P. Nieto:

> «Puede estar usted cierto, querido P. Nieto, que a su designación no me mueve más que el pensar sinceramente lo mucho positivo que usted puede llevarnos a la Congregación. Su larga vida religiosa vivida con una gran sinceridad dentro del espíritu de San Ignacio, su no menos larga experiencia en el trato de las almas y dirección de tantos y tantos sacerdotes, su práctica en el discernimiento de espíritus, que tanto necesitamos en los momentos presentes, son valores sumamente positivos, y de los que la Congregación Provincial podrá beneficiarse sobradamente.»

Toda la Congregación supo valorar el testimonio de aquella vida ejemplar. He aquí lo que cuenta uno de aquella asamblea:

> «Se hablaba en la Congregación de la vida espiritual. Uno propuso a la mesa: tenemos entre nosotros un hombre experto como pocos en la vida de oración. Aunque él, en su modestia, calla, todos le oiríamos con gusto y provecho. No hizo falta nombrarle. El P. Provincial,

ante la aprobación general, le concedió la palabra. No hubo elocuencia, ni siquiera novedad en lo que dijo entonces el P. Nieto. Pero hubo tal convicción, tal unción, que hasta se vieron lágrimas en algunos ojos. Para muchos fue la mayor de las gracias recibidas durante aquellas sesiones.»

El P. Arrupe, siendo General de la Compañía, escribía al propio P. Nieto ese mismo año 1970, agradeciéndole todos sus servicios en favor de innumerables almas, sobre todo de seminaristas y sacerdotes, y dando gracias a Dios por el don que su persona había supuesto para la Compañía de Jesús.

Así estimaba la Compañía y sus Superiores al P. Nieto. Si durante su vida no hubo ningún exceso de exteriorización, la estima era muy honda, como hemos visto. Pero lo que todos los jesuitas pensaban, empezando por los Superiores, quedó bien patente a su muerte. Ahí está el «elogio» oficial publicado por el P. Provincial entonces. Sólo contadísimos jesuitas han merecido algo similar hace muchos años.

Feb 1937

J.H.S.

Ego Emmanuel García Nieto, Scholasticus approbatus Societatis Jesu, partem cum Christo egeno et paupere habere cupiens, re diligenter considerata coram Domino, plene et irrevocabiliter renuntio bonis meis et juribus quibuscumque, tam quae actu habeo, etiam mihi ignota, quam quae inter hanc renuntiationem et ultima vota ad me forte pervenient, et de his disposo in favorem fratris mei Raymundi, sacerdotis; post ejus vero mortem in favorem Seminarii Aurkitzensis.

Bona hereditaria post ultima vota ad me perventura, ad mentem Collectionis Decretorum n. 179, 2°, simpliciter abdico. Quaecumque vero post eadem vota titulo donationis vel legati, mihi obtingent, ea Societati acquiri et secundum ejusdem Institutum applicanda esse intelligo.

Haec renuntiatio post vota demum valere incipiet.

Omnia autem intelligi volo secundum spiritum Constitutionum Societatis Jesu, quam ut matrem amplexus sum et in religiosa die omnes ut matrem foveto.

Ita me sentire ac disponere sancte testor et mea manu nomen subscribo.

Bilbao die 1 Februarii anno 1937.

Emmanuel García
Nieto S.J.

Fórmula autógrafa de renuncia de los bienes en favor de las Misiones.

Capítulo III

ABRAZADO CON LA CRUZ DE CRISTO

> «Cuanto más me decido a hacerme la guerra, más en paz me encuentro. Cuanto más me renuncio, más me poseo» (P. Nieto, *Ejercicios de mes de 1937*).

Digámoslo de una vez por todas. La gran penitencia del P. Nieto nada tiene que ver con actitudes crucifixionistas o masoquistas. Nada más ajeno a su espiritualidad. Su ascesis llevaba una grandísima carga de amor: era la expresión de su enamoramiento de Cristo crucificado. El solía explicarlo con la siguiente anécdota. Un Hermano de la Doctrina Cristiana francés cuida a un enfermo atacado de viruela. Alguien le dice: Yo no haría eso ni por 100.000 francos. Pues yo —responde el religioso— ni por un millón. Pero lo hago por éste. Y le muestra el Crucifijo.

Cuando le decían que lo que él llevaba no era vida, respondía:

—Cuando conozca un Dios que no haya muerto por mí, seré indulgente conmigo. Pero mientras Cristo esté en una cruz, yo no puedo estar en un lecho de rosas.

Aunque se dan otras motivaciones dogmáticas y ascéticas en su penitencia, es el amor a Cristo crucificado lo que la enmarca mejor. Sólo desde ahí hay que entender lo que diremos a continuación.

1. *Cual otro San Pedro de Alcántara*

He aquí algunas visiones —escogidas casi a voleo entre montones— de la vida de penitencia del P. Nieto:

> «Si digo que el P. Nieto era el último santo decimonónico —escribió un comillés en *Vida Nueva*—, quizá estoy simplificando. Pero algo verdadero digo. Su vida excepcional de oración y penitencia llegaba

a extremos que pueden resultar poco gratos para el hombre de hoy: horas y horas de quietud estática ante el Sagrario, disciplinas de sangre...»

Otro escribió en el *Boletín de la Adoración Nocturna Española* de Valladolid:

«El P. Nieto fue un santo sin pompa ni ufanía, sin oropel alguno, artífice de una piedad sin asombros ni milagros, pero con la tangible y palmaria expresión de una penitencia, oración y fe vividas siempre a tope. En su cuarto siempre recordaremos aquella cama sin colchón ni mantas, con un somier desacompasado, sobre el que se extendía, perfectamente lisa, una colcha uniformemente intocada. ¿Sentado? ¿De rodillas? ¿En el suelo? Dios lo sabe, el P. Nieto pasó noche tras noche durante más de cuarenta años sin un desfallecimiento, sin un paso atrás, sin el más ligero gesto de vanidad o de cansancio.

Gracias a este espíritu de penitencia y a esta capacidad de renuncia pudo eliminar de su ser todo lo que no pudiera convertirse en alma... El mundo de la penitencia tenía matices sobrehumanos. Los cilicios se hacían transparentes en su oscilante caminar a saltos y al sentarse siempre sobre el mismo borde del sillón. En Cuaresma aquel cuerpo se perfilaba y perdía vigor. Todos los seminaristas recordaremos con entrañable veneración y como algo irrepetible aquellas sus pláticas del Viernes Santo... La Pasión del Señor se hacía en él ostensible y se presentía como llaga en carne viva... Plegado sobre la más viva contemplación de los dolores de Cristo, quería que su cuerpo, en mortificación y en penitencia, se asemejase al del Señor:

—¡Qué vergüenza entrar en el cielo con un cuerpo cómodamente cuidado, cuando el de Cristo entró cargado de salibazos, triturado por los dolores y humillado por los insultos!

Esta era una de sus máximas, hecha viva desolladura en su cuerpo doblegado por la penitencia. Al mismo tiempo que brotaba para él esta doliente rigidez, su alma se llenaba en grandiosos cangilones de una paz ancha y sin orillas que traslucían un humanismo dulce, comprensivo y amable.»

Un tercero dejó escrito en la revista dominicana *La Vida Sobrenatural:*

«Llamó poderosamente la atención en él, a lo largo de toda su vida, la austeridad... Para él no existió el confort, ni siquiera una mínima comodidad. Era austero y sumamente mortificado. Parco y nada exigente en la mesa. Sobre un sillón o unas tablas pasaba su corta noche. Su Misa era la primera de la casa: a las cinco de la mañana. Mortificado en el sueño, no daba a su cuerpo más que

el descanso imprescindible, y aun menos. Era también mortificado en sus posturas: ¡Cuántas veces lo vimos largo tiempo de rodillas en el santo suelo, sin reclinatorio ni apoyo alguno, ante el Sagrario! Y aun estando sentado en una silla, en su habitación, siempre le encontrábamos sentado en el borde anterior, y casi sin apoyarse en la mesa. Tenía en su habitación una fábrica de cilicios...»

También leemos lo siguiente en *Unión Fraternal:*

«Si grande y heroico fue su espíritu de oración y trato con el Señor ante el Sagrario, no fue menor su espíritu de mortificación y sacrificio... Dormía siempre en el suelo. Mejor dicho: se postraba de rodillas en su reclinatorio ante el Crucifijo, y a orar; si le rendía el sueño, pues a dormir y a roncar, como le sucedía aun en la capilla; y, cuando por la inercia se caía al suelo, allí seguía durmiendo; y, si despertaba, pues otra vez a rezar y a dormirse y a roncar y a caer y a pasar la noche en sueños cortitos, pero en el reclinatorio o en el suelo. Otra de las penitencias habituales era el zurrarse la badana con una buena disciplina...»

En el mismo número de *Unión Fraternal* escribe otro:

«En mi tiempo decían que sólo dormía dos o tres horas por la noche, y en una silla. Parece que después le obligaron a dormir en cama. Como dormía tan poco, le rendía mucho el tiempo para trabajar y para orar. No tomaba vacaciones... A lo largo de mi vida nunca creí que iba a encontrar un hombre de una vida tan austera y tan penitente, llevada al mismo tiempo con tanta sensillez y normalidad. Sólo tenía algunas mudas de tela corriente, ordinaria. Siempre llevaba ropa muy pobre, aunque decente; sin abrigo para el frío. Así era su habitación y su armario. Cuando el corazón está lleno de amor de Dios, necesita pocas cosas para vivir.»

No son pocos los que relacionan la personalidad espiritual del Padre Nieto con la de San Pedro de Alcántara. Y, en efecto, quien lea el capítulo XXVII de la *Vida,* de Santa Teresa, no puede menos de encontrar grandes puntos de contacto con lo que allí dice la Santa al hablar del santo fraile.

Después de relatar Santa Teresa las características de la gran penitencia del franciscano, añade: «A pesar de tanta y tan continua mortificación, siempre se le encontraba contento. Dios le pagaba bien aquellas sus mortificaciones con una alegría y satisfacción interior, que le salía al exterior.» Este es uno de los aspectos más importantes de la vida de penitencia del P. Nieto. El insistía mucho en que había que tener resuelto en este mundo el problema del dolor. El, al parecer, lo había resuelto, encontrando en la cruz su felicidad.

SEMINARIO DIOCESANO BIBLIOTECA

«Decía —escribe quien lo trató largamente— que quien encontraba gusto en la cruz, tenía resuelto el problema de la felicidad en este mundo, puesto que si lo único que podía contrariarle le era grato, ya nada podía arrebatarle la dicha.»

Oigamos sobre lo mismo a Mons. Díaz Merchán:

«Recordaba con frecuencia la necesidad de abrazarse con la cruz de cada día en el cumplimiento del deber, pero siempre mirando a Cristo crucificado... Por amor a Cristo había que abrazarse con el dolor sin miedo y hacer el gran descubrimiento de que es el mayor tesoro. Una frase muy querida del P. Nieto: El dolor es el tesoro más grande de este mundo; es el gozo más íntimo y divino; es el amor más puro y sincero. El que no renuncia a los gozos humanos, no puede gozar los divinos.

Cuando el P. Nieto recordaba esta enseñanza de la cruz, expresaba lo más íntimo de su vida espiritual: la aceptación de la cruz redentora por amor a Cristo. *Pati et contemni pro te* era otra de las frases paulinas que repetía.»

La razón se resiste a comprender algunos aspectos de la vida penitencial del P. Nieto sin una gracia especial de lo alto. Así, por ejemplo, la resistencia de rodillas en el suelo, a pesar de los derrames sinoviales, las pocas horas de sueño, el aguante del dolor corporal (operaciones sin anestesia, etc.). Pero sobre todo esa actitud interna de gozo en el dolor, la humillación y la persecución.

Podemos aplicarle aquello del Apóstol: «Si los padecimientos de Cristo rebosan sobre nosotros, gracias a Cristo rebosa en proporción igualmente nuestra consolación» (2 Cor 1,5). En un escrito personal nos ha dejado el P. Nieto estas palabras de San Juan Eudes:

«La gracia de las gracias, el mayor favor que, después de incesantes ruegos me ha otorgado Dios, por intercesión de María, es sufrir mucho por El.»

Por esta gracia oraba incensantemente al Señor:

«Señor, que vea la necesidad, utilidad, hermosura de padecer por Ti. Que no vaya a la otra vida sin haber tenido la dicha de sufrir mucho por Ti.»

Quien considera dicha lo que para el común de los mortales es una desgracia ha llegado a la cumbre a que se puede llegar en este mundo. Hay además ciertos indicios de que el P. Nieto, poseído de esa especie de embriaguez sobrenatural, había perdido una cierta sensibilidad en su naturaleza carnal. En una visita al Monasterio de Cóbreces con un

grupo de seminaristas, se ven invadidos de pulgas mientras están en el coro. Los muchachos no aguantan y escapan en seguida. El P. Nieto sigue de rodillas sin moverse, como una estatua, como insensible a las terribles acometidas de aquellos bichos. Otra vez sube la vereda del Seminario con otro grupo. Uno, al pincharse con una hoja punzante del seto, lanza una exclamación. El Padre coge entonces varias hojas con pinchos y, sonriendo, empieza a restregárselas fuertemente con las manos, mientras dice: Pero si esto no es nada...

A raíz de la muerte del P. Nieto un sacerdote escribió —y se publicó en varios periódicos— que este sencillo jesuita era el «fiel reflejo de todos los santos de la edad de oro de la Iglesia española: era un Pedro de Alcántara por su penitencia, un San Juan de Avila por su celo, un Ignacio de Loyola por su obediencia, un San Vicente Paúl por su caridad». Y, comentando el primero de los aspectos, añade: «Su penitencia admirable, no imitable.» Alguno que pretendió imitarle, sucumbió en el empeño. Oigamos su propia narración. Es un muchacho de diecisiete años que llega al Seminario y practica los Ejercicios bajo la dirección del Padre:

> «Nieto —dice— me entusiasmó por la rudeza de su entrega... Comencé la carrera pedestre de identificarme con el Viejo (así llama él al P. Nieto). ¡Qué ingenuidad! Caí reventado. Recuerdo cómo el Hermano (con mayúscula) Castillo me sujetaba la cabeza en mis tres hemoptisis, mientras salpicaba la sangre en aquel caldero. Tonto de mí, había confundido al santo con el faquir.»

2. *«Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús»*

De este manojo de testimonios —muy ampliable— debemos volver la vista a lo que el propio P. Nieto nos ha dejado consignado de sus penitencias. Lo encontramos nuevamente en algunas Reformas de vida.

En la de los Ejercicios de preparación para los últimos votos, aparte de otras penitencias relacionadas con los actos de piedad, como hacer de rodillas los exámenes de conciencia, dice:

> «Más mortificación, especialmente en la vista y gusto. Ayunaré (sin segundo plato por la noche) todos los miércoles, viernes y sábados del año (y) toda la cuaresma, excepto los domingos. (Fuera de cuaresma, si cae alguna fiesta en miércoles, viernes o sábado, puedo anticipar el ayuno al día anterior o dejarlo para el día siguiente). Además todos los días guardaré la forma de ayuno, no tomando nada fuera de las horas de comer, y por la tarde jamás carne.»

Llama la atención que esta Reforma sólo se refiere a las penitencias en la comida. Sabemos que practicaba por entonces otras de otro tipo, pero razones espirituales íntimas le llevaron a consignar tan sólo éstas.

En los Ejercicios de mes de 1937 se especifica más:

> «Abnegación y mortificación: ha de ser el lema de toda mi vida, sin más límites que los que me pongan mis superiores o confesor. Ayuno todos los días, excepto los domingos y fiestas de precepto. Disciplina y cilicio lo que me permitan. Con el don de oración pediré siempre (como arriba queda dicho) el espíritu de abnegación y sacrificio. Carne, dulces y café lo que me digan. He de combatir sin tregua en mí el deseo de ser tenido y estimado, y no menos el respeto humano. Con sumo interés trabajaré en adelante para que mi único deseo y realidad sea parecerme lo más posible (con la ayuda de Dios) a Cristo crucificado, y no tendré en cuenta sino el juicio de Dios Nuestro Señor. Me esmeraré en la modestia, principalmente en la vista para guardar bien mi corazón y poder conseguir del Señor el don de oración. Lo mismo la regla del silencio.»

Es este texto especialmente importante, primero por las penitencias que especifica, pero más aún por las motivaciones y actitudes que deja trasparentar: unión del don de oración con el espíritu de abnegación y sacrificio. Más aún: ese espíritu ha de ser el lema de toda la vida. Y eso, ¿para qué? Para parecerse lo más posible a Cristo crucificado. No buscaba la penitencia con un fin meramente ascético, sino por una identificación en amor con Cristo paciente. Más que asceta era un enamorado.

Conciso, pero exigente, lo que propone al año siguiente:

> «Más mortificación: Ayuno, disciplina y cilicio diarios. Más modestia.»

En la Reforma de 1946 leemos sobre la penitencia:

> «*Comida*: No tomar nada fuera de las horas señaladas, ni merienda, ni fuera de casa. Desayuno sin pan. Jamás carne por la noche. No tomar dulces. Todo esto se entiende, a no ser mandado por el superior. *Disciplinas:* Todos los días, excepto domingos y fiestas de precepto. *Cadenilla ídem,* dos horas como mínimo.»

La Reforma posterior al año 1952 dice:

> «Penitencia diaria externa. Comida: No tomar dulces, ni merienda, ni nada fuera de casa o de las horas en casa, como está mandado. Ser más parco en la cantidad.»

Las otras dos Reformas sin datar también aluden a la penitencia. En una leemos:

«*Penitencia:* Disciplinas diarias. No tomar café ni galletas. No merendar. No tomar pan en desayuno. Por la noche jamás carne. Nada fuera de las comidas. Contra pereza, diligencia, trabajo... Contra ira, paciencia.»

La otra alude solamente a la abnegación interna:

«Abrazar con gozo las humillaciones que tanto me unen con Jesús. Desprendimiento total de lo temporal. Estima suma de lo eterno.»

Hasta aquí las Reformas. En un retiro de 1965 también está presente el tema penitencial:

«Más mortificación. Espíritu de trabajo. Prudencia, justicia, fortaleza, templanza. *Comida:* Desayuno y comida; ni merienda ni cena.»

En una oración de los últimos años propone: «Luchar con denuedo, hasta que llegue el último momento, contra el egoísmo, soberbia, sensualidad.» Hasta el último momento, pues, no dio tregua a la soberbia, al egoísmo, a la sensualidad.

3. *Buscando una interpretación*

Hasta aquí los textos del Padre, sorprendentes sin duda para los que le conocieron. Lo primero que dirán éstos es que la realidad sobrepasaba ampliamente lo de los papeles. Indudablemente. Parece incluso que éstos no rozan siquiera los puntos más salientes de la penitencia del P. Nieto.

En realidad, las Reformas se limitan casi solamente a dos puntos: comida y penitencias corporales de cilicio y disciplina. Lo relacionado con la comida es probable que sea lo más novedoso para muchos. Ni una sola Reforma deja de ocuparse con detalle del tema de la comida. Tampoco el retiro de 1965. ¿Habría que deducir de esto que la gula era la pasión dominante del P. Nieto? No parece ser ése el caso, ni por la trayectoria vital desde su niñez, ni por la experiencia de los compañeros de mesa. Inapetencia casi crónica en la niñez y juventud. Frugalidad en la mesa en sus años de vida parroquial. Total dominio del gusto durante el Noviciado: comía poco y escogía siempre lo peor. Lo que pensaban los seminaristas de Comillas queda reflejado en aquello que escribe un antiguo alumno de la Universidad invitado a compartir circunstancialmente la mesa con la comunidad de jesuitas: «Nunca me había imaginado al P. Nieto ante un plato de sopa; no fue pequeña mi satisfacción al comprobar este punto humano de los santos.»

Los sacerdotes que le vieron comer durante los Ejercicios que les dirigía le recuerdan modesto y frugal en el comedor. Una religiosa que estuvo varios años en la cocina de la casa de Ejercicios de Pedreña, escribe: «Era tremendamente exigente y austero consigo mismo. Nunca le vimos comer carne.» Por su parte, la Priora de las Carmelitas de Alcalá cuenta de los Ejercicios que el Padre les dirigió:

> «Las Hermanas quedaron maravilladas de lo poco que comía. Decían en la comunidad: Este Padre se nos muere. Que comía *poco* es decir demasiado; casi no comía nada.»

Pero, ¿qué decían sus hermanos jesuitas, que compartían la mesa con él diariamente? El P. Desiderio Sánchez, P. Ministro de la casa durante unos años en la postguerra, recuerda que nunca merendaba. El P. Ireneo González, que convivió con él muchos años, cuenta: «Era muy mortificado en la comida. Comía en cantidad suficiente, pero siempre buscaba lo más ordinario; en cambio, se privaba de lo más exquisito.» En la misma línea van los recuerdos de otros jesuitas.

Singular resulta la interpretación de la «compensación metabólica» de un antiguo seminarista, sacerdote y médico:

> «Su proverbial ascetismo penitencial, a lo San Pedro de Alcántara, sorprendía lógicamente —escribe— al contemplar sólo el somier metálico en su aposento. Naturalmente, ante la falta de sueño, su metabolismo se compensaba, como en todos los ascetas que duermen poco, a la hora de la comida.»

Las Reformas, aunque no abarcan todos los años, nos permiten deducir las líneas generales de su penitencia en la comida: insistencia en *no comer nada entre horas*. Se trataba de cumplir una Regla de los jesuitas. Un segundo frente penitencial consistía en la *privación de algunos alimentos*, como dulces, café y, muy especialmente, la carne por la noche o el pan en el desayuno. Un tercer frente es la *supresión de algunas comidas*, o parte de ellas: no merendar; incluso no merendar ni cenar, como se dice en el retiro de 1965. De cualquier modo, la cena estuvo casi siempre sometida al «ayuno», o sea a la supresión del segundo plato. Esta especie de «ayuno» varió de años a años, de menor a mayor exigencia: primero, tres días semanales más la Cuaresma; luego, todos los días, excepto las fiestas; finalmente, todos los días.

Podemos concluir que el P. Nieto se mortificaba mucho en la comida, sin llegar a los extremos de algunos santos. Seguía la línea aconsejada a los seminaristas de tomar lo necesario, pero no levantarse nunca de la mesa sin haber hecho algún sacrificio.

El otro punto abordado en las Reformas es el uso del cilicio y la disciplina. Muchos recuerdan al P. Nieto con su andar cojitranco y su

sentarse al borde de la silla, por efecto del uso del cilicio. Cuando el P. Reino le sustituyó en la dirección del mes de Ejercicios en el verano de 1952, al ser el Padre hospitalizado, encontró en su mesilla de noche ambos instrumentos de penitencia, a pesar de ser tiempo vacacional. A su muerte se le encuentra en su mesilla la disciplina y dos cilicios, uno de muslo y otro de cintura. Algunos testimonios sobre la disciplina. Un antiguo seminarista de Comillas escribe:

> «Antes de retirarme a descansar, hacía una breve visita a la imagen de Cristo Rey que estaba entronizado junto a la habitación del P. Nieto. Entonces comprobaba por el oído los inmisericordes golpes de disciplina que provenían de su habitación.»

Y un P. Jesuita:

> «En el curso 1938-39 viví en Comillas. Mi habitación coincidía justamente debajo de la del P. Nieto. Con asombro y admiración a un tiempo oía los golpes que, muy de mañana, descargaba sobre su cuerpo, tan macerado ya por otras penitencias.»

Las Reformas, un tanto escuetas en este punto, parecen dejar a entender que tomaba disciplina todos los días. Igualmente que usaba cilicio todos los días, dos horas como mínimo. Sin embargo, se sugiere una mayor amplitud, ya que dice: «Disciplina y cilicio, lo que me permitan.»

Su habitación se había convertido en oficina de fabricación y distribución de instrumentos de penitencia:

> «A temporadas durante la siesta —cuenta uno— nos reuníamos con el P. Nieto en su cuarto un grupo pequeño de teólogos. Mientras escuchábamos la lectura espiritual, hacíamos cilicios, cadenillas, cordeles con nudos y otros instrumentos para mortificación corporal. Después él los almacenaba e iba suministrando.»

Como hemos dicho, parece que las Reformas no tocan aspectos fundamentales de la penitencia del P. Nieto. ¿Por qué no se dice una palabra, por ejemplo, del sueño, posturas, vestido, etc.? Lo ignoramos. Pero no por ese silencio podemos menos de ratificar los testimonios antes aducidos y otros muchos en idéntico sentido. Especial atención merece lo referente al sueño. Era *convencimiento general* que el Padre no dormía más de tres horas, y esto no en cama.

En Santa María de Sando, aunque no conste que prescindiera de la cama, consta que pasaba parte de la noche arrodillado en su alcoba. Durante el Noviciado los dormitorios comunes no permitían particularidades llamativas, pero se levantaba antes que el resto de la Comu-

nidad. Sí prescindió de la cama totalmente en varias salidas al pueblo de Terradillos. Esto parece se convirtió en práctica habitual durante muchos años en Comillas. Es un hecho probado que la cama del Padre Nieto carecía de colchón y que estaba permanentemente ocupada por paquetes para los pobres y otros enseres. Las observaciones de esto se extienden a través de muchos años.

También durante las salidas de Comillas pudo observarse idéntico proceder. Así, en su viaje a Macotera en el año 1934. En alguna tanda de Ejercicios en Covadonga y, sobre todo, en Pedreña. Las religiosas que atendían esta casa de Ejercicios confiesan que por las mañanas encontraban su cama intacta, y eso durante todo el tiempo que duraba su estancia en la casa, que era ordinariamente más de un mes.

Todos los datos apuntan a que el P. Nieto dormía en la silla de su despacho, reclinado sobre la mesa de trabajo (y no en el suelo, o entre el reclinatorio y el suelo, como nos decía alguien). El mismo lo confesó ingenuamente en una ocasión. Lo narra Justo Yeregui:

> «Cuando yo estudiaba teología solíamos ir dos o tres a su habitación durante la siesta para hacer cilicios y disciplinas. Mientras trabajábamos, el Padre solía ir a la capilla. Entonces veíamos su «cama»... Un día, en que se creó un clima de confianza, le preguntamos si pasaba toda la noche en la capilla, y nos contestó con naturalidad que acostumbraba a dormir un rato sentado en una silla, apoyando la cabeza en la mesa de trabajo.»

Oigamos ahora lo que cuenta el P. García Garrote, S. J., misionero en Bolivia:

> «Una vez que pasé por (la residencia de los jesuitas de) Santander, pocos meses después del famoso incendio de febrero de 1941, el P. Nieto estaba ocupando un cuartito que se había salvado del incendio. Al saber que yo había llegado de viaje, me cedió su aposento, y luego supe que él se pasó toda la noche sentado en una silla.»

Cuentan que los seminaristas emplearon tretas parecidas a las inventadas por Socorro Flores en Terradillos para adivinar si el Padre usaba o no la cama: uno tiraba disimuladamente al salir algo sobre ella. El pequeño objeto delator continuaba días y días en el mismo sitio.

Concluyamos con algunos testimonios de quienes, por cercanía física, intimidad personal o autoridad, merecen especial crédito. Empecemos por el P. Jesús Muñoz, conocido por su escrupulosidad:

> «Mi habitación —dice— fue varios años (¿serían tres?) contigua a la de él. Mi impresión, por lo que oía a veces a la hora de levan-

tarse, era que el Padre pasaba la noche sentado en el sillón, al lado de la mesa. Por tanto, sin acostarse.»

El P. Francisco Reino convivió muchos años con el P. Nieto e intimó mucho espiritualmente con él. Pues bien, no duda en escribir:

«El P. Nieto no dormía en cama: la utilizaba como pequeño almacén donde solía guardar provisiones para los pobres.»

Cuando en cierta ocasión el P. Desiderio Sánchez le solicitó un libro, el P. Nieto le dijo que lo cogiera él mismo de la alcoba, detrás del biombo. El Padre quedó desconcertado por el espectáculo, y, con su proverbial franqueza, le preguntó al salir:

—Pero usted, ¿dónde duerme?

—Para dormir —le respondió el P. Nieto— no hace falta más que tener sueño.

Monseñor Díaz Merchán, que mantuvo gran intimidad con el P. Nieto, escribe:

«El P. Nieto dormía en la silla de su despacho. No usó cama hasta que, en los últimos años de su vida, le ordenaron los superiores que descansara en ella. Quedé asombrado cuando un día me dijo que tuviera cuidado con el descanso, porque es necesario para la salud. Y añadió:

—Yo abusé hace años un poco.

¡Y me decía esto cuando no se acostaba nunca!»

Como broche de oro oigamos el siguiente párrafo de la *Noticia oficial del P. Provincial de León a toda la Provincia jesuítica* sobre la muerte del P. Nieto, datada el 15 de abril de 1974:

«Austeridad es la palabra que muchos aplicaban y convenía a su estilo de vida. Al descanso concedía pocas horas. No utilizaba la cama para dormir. Cuando la comunidad comenzaba a levantarse, el P. Nieto ya había celebrado Misa. En alguna ocasicón tuvieron que intervenir los superiores para que descansase al menos cinco horas.»

Parece, pues, incontrovertible el hecho de que el P. Nieto no dormía más de tres o cuatro horas diarias, y éstas en la silla de su habitación. Sobre su aparente sueño en la oración y en otras situaciones durante el día se habló en el capítulo dedicado a la vida interior.

No todos, incluso de su misma comunidad, comprendían el tema, quizá por desconocimiento de la realidad.

Tampoco figura una palabra en las Reformas sobre las posturas, principalmente en las largas horas de oración, uno de los aspectos más heroicos e incomprensibles de su penitencia corporal. Ya nos hemos referido a ello al hablar de la oración. Sus rodillas tenían que estar molidas al cabo de tantas horas sobre el duro suelo. Cuando José Marcilla le curó un pie, allá en 1936, ya las tenía imponentes.

Pero, ¿es posible arrodillarse tanto tiempo en esa situación? Oigamos a un seminarista, que acabó sus estudios en 1936:

> «Como los seminaristas todo lo espiábamos, hubo un turno que el Jueves Santo por la noche se organizó para *observar* al P. Nieto. El resultado fue que el Padre estuvo de rodillas ante el Santísimo, hincado en el duro suelo, sin moverse ni apoyarse en nada, como una estatua, desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana.»

Un sacerdote comillés, médico de profesión, exclamó al examinar las rodillas del Padre:

—¡Cómo podrá este hombre aguantar de rodillas ni un cuarto de hora!

Nadie se explicaba tal aguante, pero menos los que conocían el estado de sus rodillas. Mons. Díaz Merchán cuenta, referido a finales de los cuarenta:

> «En cierta ocasión el H. Enfermero me curaba una rodilla que me supuraba: tenía yo una *beata* infectada y caminaba con dificultad... El H. Castillo comentó: ¡Si vieras cómo tiene el P. Nieto las dos piernas! Sin embargo, el Padre hacía su vida normal y permanecía arrodillado largas horas, sin que pudiéramos sospechar lo que le pasaba.»

Un participante en los Ejercicios de mes de 1950 refiere:

> «Un día me llamó para que le curase la rodilla. Tenía una llaga horrible. Le eché un cariñoso rapapolvo, porque todas las noches, en la meditación que hacíamos a media noche con el Santísimo expuesto, se pasaba la hora entera de rodillas delante del altar, sobre la tarima... Me dijo que no le dolía; pero el hecho fue que aquella noche ya no se arrodilló, pasando la hora de pie.»

Algo similar cuenta otro del año siguiente:

> «Hice los Ejercicios de mes en Pedreña, dirigidos por el Padre en agosto de 1951. Pues en dos ocasiones me llamó para que le curase las dos rodillas, que tenía completamente ensangrentadas, como en carne viva, y llagadas, que daba miedo verlas...»

Todavía en el año 1966 se pensaba que había que sajar por enésima vez:

> «Ahora no puedo arrodillarme —escribe para disculparse de no poder dirigir una tanda de Ejercicios—. Llevo un mes con una inflamación que quizá tenga que sajar.»

Si el Señor premia con una gloria accidental a aquellos miembros corporales que más se han ofrendado a El en vida, ¡qué gloria no tendrán en el cielo las rodillas del P. Nieto!

Aunque brevemente, aludamos todavía a otros aspectos penitenciales ya mencionados en otras partes: aguantaba el húmedo frío cantábrico con su sotanilla, sin otra prenda de abrigo. Nadie le hacía poner la dulleta. Tampoco usó guantes, a pesar de sus manos amoratadas. En sus visitas a los pobres soportó tremendas mojaduras, pero nunca aceptó un impermeable. Un paraguas que le regalaron fue a parar a un necesitado.

Sus viajes siempre en la clase inferior, sin otro pertrecho que un humilde maletín y un bocadillo. Nada de viajes de recreo o turismo. ¿Para qué? —decía—. ¿Para ver ladrillos y piedras? No fue a Roma, cuando le invitaron en 1950. No había ido siquiera a Loyola, hasta que en 1961 le hicieron ir desde San Sebastián. En sus viajes —casi exclusivamente para dar Ejercicios— iba de la estación al punto de destino y desde allí otra vez a la estación. Pasó por el mundo sin ver el mundo. ¿Qué ha visto?, le preguntaban los seminaristas al regreso de alguno de sus ministerios.

—Nada, carísimos: De mi cuarto al Sagrario, y del Sagrario a mi cuarto.

La única expansión que se permitía era el paseo con los seminaristas. Entre ellos se encontraba a gusto. Pero, ¿para qué salía con ellos? Para visitar a un enfermo, para celebrar una *pacomia* espiritual o para visitar el sagrario de un pueblo cercano.

Tampoco participaba en casi ninguno de los actos festivos del Seminario: deportes, comedias de Navidad, cine, etc. Los días de vacación de los seminaristas los aprovechaba para orar más largamente y para visitar a los pobres y enfermos. Su verano era un segundo curso, pero intensivo. Esta falta de descanso hizo temer por los años cuarenta que se rompiera su resistencia física y sicológica. Pero superó el bache y continuó hasta el final en la brecha.

4. *Novelando la realidad*

Era quizá la faceta penitencial la que más impresionaba en el P. Nieto. Y, hasta mal interpretada, se prestaba a la caricatura o, cuan-

do menos, al alarde descriptivo. De ahí que la novela *Sin camino...* se recree en la pintura de estos aspectos. Debemos aludir a ello, porque, quizá más que en otros puntos del relato, se esté aquí novelando una realidad, aunque posiblemente no del todo comprendida.

Ya desde la primera aparición del P. Nieto en la trama, el lector queda impresionado por aquella figura que «ni come ni duerme». Pero a lo largo de la narración van amontonándose otros datos de una impresionante penitencia. Se nos dice de él que «va derecho al suplicio y en el suplicio de extasía» y que es «terrible y justiciero consigo mismo». Allá le vemos también «cojeando tristemente el agarrotamiento de los cilicios en sus músculos endurecidos» o «durmiendo en el confesonario el sueño estrangulado de varios días». Y es que «en su celda ni siquiera tiene cama», o lo que por tal pudiera entenderse, ya que «la cama del Padre Espiritual consiste en dos tablas tapadas con una manta cuartelera». Y el resto de la celda dominada por «la desnudez». Pendiendo de la pared, «como instrumentos de un suplicio frío y metódico», las disciplinas y los cilicios. Tenía, sí, «raptos de infantil ternura», pero lo que sobresalía en él era la «fiereza y sadismo ascético».

Es quizá ese «sadismo ascético» lo que parece resaltar la novela en la pintura personal del P. Nieto. Evidentemente es una visión distorsionada de una realidad penitencial incuestionable. La visión se exacerba aún más, si cabe, al referir las máximas ascéticas y consejos del Padre. A la santidad se llega sólo por la tortura de la carne y de toda espontaneidad sentimental. La santidad es la negación total, la anulación humana. De todos modos también aparecen algunos destellos del premio: «Morir con Cristo, habiendo sido fiel, tiene que ser el mayor consuelo...»

Interesa más la visión actual del novelista, que ha tenido a bien completar su visión literaria del P. Nieto cuarenta años más tarde. Quizá siguen los mismos reparos de fondo, las mismas visiones negativas sobre un estilo ascético, pero a la vez hay un sentido de reconocimiento y admiración. Empieza su testimonio reconociendo que «acaso está muy alejado de las posibilidades de comprender a almas tan magnánimas y ambiciosas para la gloria de Dios como la del P. Nieto» y concluye con una súplica: «¡Ojalá él tenga alguna intervención para rogar por los que no hemos sabido seguirle como cadáveres, para que ahora al menos seamos capaces de conservar el temor y el amor de Dios!» He aquí el pensamiento actual del autor de *Sin camino...:*

> «Es cierto que yo, en mi novela *Sin camino,* hago más o menos una estampa de este P. Espiritual de Comillas... Yo siempre vi en él la fuerza de la bondad y cierta ternura espiritual, cualidades que aumentaban por contraste el relieve feroz de su exigencia de santidad, mortificación y sacrificio. Su manera de imponer la santidad

—una santidad que él por supuesto predicaba y practicaba con extremo rigor— era, al menos para mi sensibilidad, excesivamente aniquiladora y hasta un tanto ahuyentadora para personas débiles como yo. Tuve ciertamente en varios momentos voluntad de seguirle, pero era muy difícil para mí... En este sentido, acaso yo tenga cierto reproche para el P. Nieto, por su falta de discernimiento...

Para él sólo existía «Cristo crucificado», como nos decía, y todo lo demás sobraba. Quizá no estaba capacitado —o no quería estarlo— para comprender el mundo de la duda, de la perplejidad, de la indecisión, de las tentaciones. El vivía arañando el cielo y no comprendía —o no quería saber nada— la tragedia de los espíritus más complicados, más débiles, menos seguros... Para los que sentimos la salvación como algo tan complejo y difícil, una actitud como la suya sólo puede causarnos asombro y admiración. No es justamente el concepto de santidad que uno tiene, pero acaso sea la verdadera, o la única, la que supone una aniquilación total del hombre. Este aspecto bronco, férreo y lacerante de su santidad y su manera feroz de imponerla a los demás, es quizá lo que menos me atraía de él; pero, en cambio, recuerdo con gran admiración su espíritu de caridad, cómo no comía por llevar a los pobres del pueblo su propia comida. Esta era para mí su faceta más santa. También su capacidad de mortificación y sacrificio: él no dormía, no tenía cama, dormía en las tablas del suelo, y esto era la causa de uno de los aspectos irrisorios y caricaturescos de su persona, ya que se dormía en la mesa e incluso en el confesonario... De puro milagro no se dormía en la Misa...

Esta es mi confesión sincera sobre el P. Nieto y, por supuesto, a pesar de los reparos de tipo personal, no siento la menor repugnancia moral en que sea beatificado.»

Capítulo IV

«CUANDO FLAQUEO, ENTONCES SOY FUERTE»

«Era yo de complexión muy enfermiza»
(P. Nieto, *Recuerdos de 1937*).

San Pablo sufría aquella tremenda división dentro de sí: para él su vivir era Cristo, y el morir, ganancia. Pero, por otra parte, si el vivir en este mundo contribuía a dar a conocer a Cristo, ¿qué elegir? La misma disyuntiva se le presentó a San Ignacio de Loyola y a otros santos. También al P. Nieto. El había aprendido en los Ejercicios la *indiferencia ignaciana* de no querer más salud que enfermedad, vida larga que corta. Convencido de que su vida era para gastarla en el servicio de Dios y de su Iglesia, vivía por encima de los avatares de la debilidad corporal. Su ilusión era glorificar a Dios en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte.

1. *Sus enfermedades*

Recordando su niñez, decía el P. Nieto:

> «De pequeñito era yo de complexión muy enfermiza; tal vez influyera el mal estado de salud de mi madre... Casi siempre estaba en cama. A los cuatro años tuve una enfermedad que me puso a punto de muerte. Si no me hicieron la caja, poco faltó. Debió ser hidropesía... A pesar de lo mal que me alimentaba, desde que entré en el Seminario no volví a estar enfermo, exceptuando el año 18, cuando la gripe (europea)...»

Estando de párroco en Santa María le volvemos a encontrar enfermo en la Semana Santa de 1923. Tenía que levantarse de la cama para poder oficiar en los actos religiosos de aquellos días. Los feligreses

se admiraban de que en aquella situación predicase con tanta energía.

También conocemos las enfermedades que pasó durante la guerra. Primero sufre una operación de tabique nasal en Santander. En Bilbao contrae una fortísima infección sanguínea, manifestada en una proliferación de granos de pus por todo el cuerpo. Su aguante y fortaleza fueron siempre proverbiales.

En Comillas no es infrecuente ver al P. Nieto aquejado de afonías y gripes. Pero él sigue atendiendo a los seminaristas: no sólo los recibe en privado, sino que les habla en público, aun cuando a veces sea difícil entenderle.

> «Recuerdo un invierno muy frío —escribe Javier Recondo— en que el Padre agarró un gripazo fenomenal, y allí andaba dándonos sus pláticas con fiebre, sin ponerse siquiera una prenda de abrigo sobre la sotana. Todo esto lo hacía para llegar a su ideal: estar unido con Cristo.»

Muchos le recuerdan medio tiritando por la fiebre. Alguna vez se ve obligado a defender su garganta con una bufanda. Pero la dulleta no hay quien se la haga usar. Sus manos amoratadas, con evidentes signos de problemas circulatorios, nunca conocieron los guantes.

Muchos de sus catarros provenían de las mojaduras y del poco abrigo. Oigamos a una beneficiaria de la caridad del Padre durante muchos años:

> «El también estaba enfermo, y era tan grande su mortificación y olvido de sí, que admiraba. Para él no había días malos ni buenos: había que verlo bajar del Seminario lloviendo a mares, con vientos y fríos que azotaban. Pero nada le retenía, pues para él lo principal era llegar donde el enfermo, donde la familia pobre... ¡Qué mojaduras cogía! ¡Había que ver qué sotana empapada de agua llevaba encima! Y nunca quería el paraguas.»

Enfermo y todo salía a visitar a los pobres y enfermos. El 8 de marzo de 1943 se ve forzado a interrumpir la visita, porque su indisposición apenas le permite mantenerse en pie.

En los años de la postguerra su salud se resiente bastante, aunque no acabamos de conocer la calidad de sus dolencias. En setiembre de 1940 le vemos varias veces por Santander consultando a los médicos. Al año siguiente las dolencias crecen, hasta el punto de pensarse en una intervención quirúrgica. Diez o doce días anduvo de médicos. Conservamos algunos análisis de sangre practicados en la *Casa de Salud de Valdecilla* los días 20 y 23 de agosto. El tanto por ciento de hemoglobina (70) y el valor globular (0,72) parecen denotar un cuadro anémico. También la fórmula hemoleucocitaria deja trasparentar cier-

tas anomalías: linfocitosis y monocitosis pronunciadas, que apuntan a una infección crónica.

El trabajo en aquellos años era agotador, pues era él el único P. Espiritual. Los Superiores creyeron que era preciso un paréntesis en su actividad. El *Diario* de la comunidad anota que el 4 de setiembre partió para Carrión de los Condes «para descansar y reponer su salud». Allí debió de permanecer hasta el comienzo del curso en Comillas, aunque tampoco estuvo brazo sobre brazo.

Pero el P. Nieto no se contentaba con lo que Dios le enviaba. Estaba entonces en cama en Carrión el estudiante jesuita Matías Morán, antiguo dirigido espiritual del Padre. Su enfermedad le llevaría pronto a la tumba. Al joven le costaba verse ir irremisiblemente hacia la muerte. El P. Nieto le visita y le exhorta con su fervorosa vehemencia.

—Carísimo, pídale al Señor que me dé a mí esos dolores y enfermedad, y le deje libre a usted.

La escena ante el lecho del joven jesuita se repitió muchas veces durante la vida del P. Nieto.

Era su convencimiento de que la cruz es una predilección de Dios lo que le impulsaba a obrar así. Cuando en 1933 asistió a bien morir al Hermano Marcelino Hernández, escribía a sus padres: «¡Qué dulce es morir como ha muerto vuestro queridísimo hijo! Varias veces le dije que le cambiaba la suerte.»

Los problemas con la salud no terminaban. El 29 de diciembre de 1943, los consultores del P. Rector discuten con él el siguiente punto:

> «¿Conviene dar un descanso, siquiera de seis meses, al P. Nieto? Si afirmativamente, ¿quién le suplirá? Si puede tirar hasta el verano, mejor será; de no poder tirar, sonaron los nombres del P. Encinas, Vega, etc. En todo caso, el P. Teófanes podía coger a los de cuarto para aliviarle.»

Queda claro con esto que el P. Nieto estaba agotado, sin duda por una sobrecarga de trabajo. Conocemos ya la cantidad de alumnado que tenía a su cargo en los años de la postguerra. Por otra parte aquellos cursos fueron enormemente conflictivos por la reintegración a la vida del Seminario de los vueltos de la guerra, por la incorporación a Comillas de seminaristas de otros centros, por la escasez de alimentos, etc.

Pero es que después del curso venían las vacaciones. Y éstas para el Padre no eran más que una prolongación del curso: Ejercicios, correspondencia epistolar, etc. Nada de maravillar que la salud se resintiese y los Superiores pensasen en buscarle un sustituto, al menos por medio año. No ocurrió así, y el P. Nieto siguió desgastando sus fuerzas en aquella ardua tarea. Pero cuando parecía que los achaques pasados se iban superando, vino la gran prueba.

2. *«Como Job en el muladar»*

Oigamos a Mons. Flores, obispo de La Vega en la República Dominicana, que estudiaba entonces teología:

> «En el verano de 1952 el P. Nieto estaba muy enfermo, descolorido. Se le notaba en la cara. Llevaba incluso varios días que no podía eliminar. Pero seguía trabajando y no se acostaba. Aun en esas condiciones se preparaba para dirigir el mes de Ejercicios a los sacerdotes en Pedreña. Decía que había dado el ultimátum al médico: que de todas maneras se iba a dar los Ejercicios. Así se fue. Pero a los pocos días nos llegó la noticia. En la misma capilla había caído al suelo, y lo habían llevado a Valdecilla.»

El doctor Abilio García Barón, que fue el cirujano que le atendió, describe así su estado:

> «El día 4 de agosto de 1952 vi por primera vez al P. García Nieto, quien llevaba enfermo unos cinco meses, aunque trabajando como de costumbre, a pesar de los violentos retortijones de vientre que sufría y su acentuadísimo estreñimiento, con una sola deposición semanal muy dolorosa, y el gran abultamiento del abdomen.»

Alguien podrá pensar que actitudes como éstas merecerían la censura de imprudencia. Es posible que así sea, si las medimos con el rasero de los criterios naturales. Pero los santos actúan con criterios más elevados, que escapan a la lógica natural.

No todos comprenderemos esta lógica, que él resumía en aquello de «reventarse por Cristo». Así exhortaba en unos Ejercicios a los ordenandos:

> «¿Vivo los criterios divinos? Los hombres no hacen penitencia. ¿Por qué? Es verdad que la penitencia debilita el cuerpo, pero fortalece el alma. Hace más un santo con fuerza como cinco, que uno no santo, robusto como cincuenta. Muchos santos tenían una salud débil, e hicieron cosas grandes. ¿Para qué queremos las fuerzas del cuerpo, si no es para gastarlas por Cristo?»

Y en otra ocasión:

> «Señor, ¡qué consuelo poder derramar nuestra sangre por Ti! Mucho mejor que no que se pudra en el sepulcro... Mucho mejor aprovechada.»

Sólo desde esta lógica —desconcertante ciertamente para el común de los mortales— comprenderemos gran parte de la vida del P. Nieto.

Pero volvamos al verano de 1952. El Padre marchó a Pedreña a comenzar el mes de Ejercicios, programado desde el 31 de julio al 31 de agosto. Gran parte de los Ejercitantes —sacerdotes, seminaristas y algún religioso— acudían buscando expresamente la dirección del Padre Nieto. Oigamos a uno de ellos:

> «El arzobispo me dijo que hiciera los Ejercicios. Se lo prometí, a condición de que fuera el P. Nieto quien los dirigiera... Estos empezaron el primero de agosto y éramos, creo, treinta y cuatro. A mí me tocó hacer de ayudante del Padre. En seguida me di cuenta de que estaba muy mal: le daban arcadas y hasta se tenía que tumbar sobre la cama. Sólo pudo resistir hasta el día tres, pues hubo que llevarlo en una ambulancia.»

A partir de entonces sería el P. Reino el encargado de continuar la dirección de la tanda.

Conservamos dos testimonios del doctor García Barón, reproducidos en sustancia a continuación. El primero es una carta a su sobrino Carmelo, recién ordenado sacerdote en Comillas. Dice el doctor:

> «Querido Carmelo: Hace unas tres semanas me vino el P. García Nieto en período de obstrucción crónica de intestino, por un cáncer del colon distal. Primeramente le hice una derivación («puerta de huida»), practicándole una fístula en el mismo colon, por encima del obstáculo. Así le pude vaciar la tripa, que se había abultado tremendamente.
>
> El sábado pasado, ya con la tripa en orden, le extirpé el tumor, más constrictivo que voluminoso. Y, hasta este momento, está bien. Cuando esté resuelto —y Dios quiera que así ocurra— cerraré la fístula que primeramente le hice. Lógicamente el riesgo es mucho mayor en la (pasada) operación del sábado que en la tercera.
>
> Todos me han hablado como tú del P. García Nieto, y me consideraría feliz si pudiera prolongar su vida de apostolado unos años.
>
> ¡Y se acabó de hablar en serio!
>
> El hombre es hijo de las circunstancias (admitámoslo así para no entrar en discusiones). Y tal como vi yo al P. García Nieto, con aquella tripa, y *aquella, esta y la otra cara,* más que un Santo Varón, me parecía un Judas Iscariote. Yo estimo que todos padecéis un error de contraste y compensación: con esa cara, tan plena y sencillamente fea, cualquier alma de artesanía, por modesta que sea, ha de parecer de excelsa hermosura.
>
> A pesar de ello, la Hermana de la sala de operaciones es testigo de que, al operarle, dije a ella y a las señoritas enfermeras que le extirparan trozos de la camisa como recuerdos y futuras reliquias...
>
> Yo he hablado muy poco con él, pues las visitas médicas son muy rápidas y siempre tiene por ahí a su alrededor hombrones con faldas negras. Si cura —y te repito que deseo fervientemente que Dios lo

quiera—, tiempo (habrá) de tener con él amistad y beneficiarse espiritualmente de ella.

Le diré que me has escrito, e igualmente le diré lo que te he contestado. A la vez pondré en su puerta una nota que diga: *La cara no es el espejo del alma...* No me negarás que te escribo largo y tendido... ¡Todo sea por el P. García Nieto!»

En esta carta se transparenta la personalidad del doctor García Barón, a quien muchos alumnos de Comillas han pintado como agnóstico primero, y convertido después gracias al contacto con el P. Nieto. *In medio veritas.*

El trato con el P. Nieto le causó un tremendo impacto, quedando asombrado de su paciencia y, sobre todo, de su fe. De ahí que, a su muerte, testimoniara su santidad con pleno convencimiento. Así daba el pésame por su fallecimiento al Rector de Comillas:

«Me apena mucho el fallecimiento del santo P. Nieto (q. e. p. d.). En este caso bien puede decirse, en vez de *ruego por su alma,* que ruegue él a Dios por la nuestra desde el cielo, donde Dios premiará todas sus ejemplares virtudes.»

Poco después escribía a un Padre de Comillas, refiriéndose a aquel primer encuentro de 1952 y posterior relación:

«Padecía un proceso maligno en la porción terminal del colon. Por encontrarse en obstrucción crónica, le realicé la extirpación en tres tiempos (9 y 30 de agosto y 16 de setiembre). Fue dado de alta, por curación, el día 29 de ese mes de setiembre. No volvió a quejarse de la curada enfermedad.

Como enfermo fue un paciente maravilloso: jamás se quejaba de nada y todo estaba perfectamente bien. Más tarde nos encontrábamos de vez en cuando e intercambiábamos felicitaciones de Navidad. Sus cartas eran exacta expresión de un alma buena, inundada de paz y de cariño, de humildad y de fe. Cuando pensaba en él me decía: El P. Nieto es un santo. Y cuando le tenía ya anestesiado sobre la mesa de operaciones, decía yo a las enfermeras, disfrazando mi convencimiento con una sonrisa: Córtenle trozos del pijama y guárdenlos, porque un día serán reliquias.»

Este hombre, famoso cirujano de la medicina española, no pudo menos de rendirse ante la evidencia, si es que alguna vez dudó de la santidad del P. Nieto.

Pero no podemos abandonar tan pronto aquella habitación del pabellón 17 de Valdecilla, ocupada por el P. Nieto. Encierra demasiados secretos... En torno a ella se han creado incluso algunas idealizaciones, ante las que un biógrafo, que pretenda ser objetivo, se siente un tanto

perplejo. Intentemos una interpretación plausible de los hechos. Empecemos, pues, por algunos testimonios más directos. Así escribe un sacerdote:

> «Fui a visitar al doctor García Barón, un as en cirujía del aparato digestivo. Intimé rápidamente (por haber estado en Thailandia con su sobrino, médico también) y le pregunté:
>
> —¿Es verdad que, cuando usted operó al P. Nieto, no le administró cloroformo, porque él solicitó ser operado con sólo el crucifijo en la mano?
>
> —Mire usted: a mí me pareció muy hermoso y valiente por parte de un creyente como el P. Nieto aguantar la operación sin cloroformo. Pero, como médico, no podía exponerme a una reacción involuntaria y fracasar. Le administré menos. Pero debo añadir lo siguiente: la operación que le hicimos fue *de caballo, muy fuerte*. Tenía que dolerle muchísimo. A pesar de eso, él jamás se quejó de nada. Nunca solicitó un calmante. Jamás llamó al timbre para nada. Aguantó la sed a palo seco. Cuando le preguntábamos qué tal estaba, el respondía invariablemente: Muy bien, muy bien... Pero lo más llamativo sucedió muy a las inmediatas de la operación: sin pedir permiso, se levantó, cogiéndose *el bandullo* con las manos, y se fue a decir Misa. Todos quedamos aterrados. ¡Cómo no se desplomaría y caería muerto! Tal entereza cautivó a todo el personal sanitario. Dio a todos un extraordinario ejemplo de virtud, tanto que la palabra *santo* corría de boca en boca.»

Varía sustancialmente el testimonio de un testigo presencial de algunos hechos aludidos anteriormente. Veamos:

> «Quisiera confirmar un hecho del que fui testigo y que expresa esa heroicidad que, si no es la de un loco, tiene que ser la de un santo... Me contaron que pidió no le administraran anestesia. Pero si de esta petición no fui testigo, de lo que sí fui testigo fue de su petición de celebrar la santa Misa a la mañana siguiente de la operación, cuando el vientre era una enorme, dolorosa y abierta herida. También esta petición, como es obvio, fue denegada.»

No son éstas las únicas versiones existentes sobre el tema de la anestesia y el de la misa. ¡Tantos comilleses han hablado de esto durante años...! La interpretación del que esto escribe —que pasó también por varias operaciones debidas a oclusión intestinal— es que no son pensables intervenciones de tales características sin la anestesia normalmente requerida. Sin embargo, sí creo que el temple del Padre y su amor a Cristo crucificado pudieron ponerle en los labios una petición semejante. Por lo demás, ya sabemos que en la guerra fue operado en la nariz sin anestesia.

¿No habrá que referir el tema de la anestesia a los calmantes postoperatorios? Esa parece ser la interpretación de Mons. Díaz Merchán, quien escribe:

> «Cuando fue operado en Valdecilla, llamó poderosamente la atención su capacidad para superar el dolor físico sin calmantes. Le oí personalmente decir que no necesitaba drogas; que le dejasen coger su crucifijo, y que éste era su mejor calmante.»

Sobre el tema de la misa, dice Monseñor:

> «Tuvo problemas con los médicos por celebrar la Misa muy pocas horas después de la operación. Esta había sido muy grave. Pero el P. Nieto les convenció: El necesitaba la Eucaristía para poder vivir.»

El ansia de celebrar la Eucaristía fue lo que le llevó a «convencer» a los médicos para que le permitieran celebrar prematuramente, quizá adelantando más de lo conveniente la primera celebración. Pero no podemos pensar en una iniciativa del P. Nieto sin contar con los médicos, a quienes la regla jesuítica exige obediencia (Examen General, número 89). Mas una celebración a las inmediatas de las operaciones, o de alguna de ellas, parece fuera de toda duda, aunque nos resulte difícil comprenderlo. El mismo P. Nieto comentó el hecho ante seminaristas y sacerdotes:

—Carísimos, ¿qué mérito tiene que me levantara de la cama para celebrar recién operado? ¿No creemos que la misa vale más que la vida? Si por celebrar pierdo la vida terrenal, gano la vida eterna.

Monseñor Flores, que le visitó varias veces en aquellas semanas, escribe también:

> «Recién operado se levantaba y se iba a la capilla a celebrar la Misa, ante el asombro de los médicos y demás personas. A pesar de esa imprudencia (que a los santos se le permite), no tuvo complicación en la curación.»

Oigamos también al P. Reino, que le visitó en el día de descanso de los Ejercicios:

> «Encontré al P. Nieto despreciando todo lo que a él afectaba. Me acompañó a la capilla y se arrodilló como si no hubiese pasado nada, siendo así que todavía había sido operado en la primera fase y llevaba al lado del vientre un aparato, ya que tenía un ano artificial.»

Otros afirman que celebró la Eucaristía antes de ser operado. Entre otros testimonios, citemos tan sólo el aportado por Mons. del Val, obispo de Santander, en la homilía del funeral por el P. Nieto. Así invitaba el obispo a los participantes a actualizar la fe en la Eucaristía:

> «Aquella fe del P. Nieto cuando, antes de operarse en el Centro Médico de Valdecilla, al ser advertido por el médico que no podría tomar ningún alimento, preguntó a su vez:
> —¿Tampoco celebrar la Misa?
> Ante el gesto dubitativo del doctor, añadió:
> —Es que por una Misa yo doy la vida.
> Y continuaba:
> —¿Qué es la vida? Un caminar con Jesucristo en manos del Padre. ¿Qué es la muerte? El encuentro definitivo con el Padre que nos ama infinitamente.»

En esos parámetros trascendentes se movía el espíritu del P. Nieto, y desde ahí hay que juzgar sus decisiones. La vida natural tenía para él un valor muy relativo. Así escribe un sacerdote:

> «Oí decir al P. Nieto que el doctor García Barón se quedaba admirado de las ganas que tenía de morir para estar con Cristo. Y un compañero, que habló con el doctor, me contaba que éste decía admirado:
> —No he visto a nadie con tanta fe como el P. Nieto. Su ideal estaba por encima del común de los mortales y nada le importaba la vida. Iba a la operación persuadido de que se moría y despertaría en el cielo. Al despertar en la tierra se echó a llorar. He visto a muchos llorar porque se morían; pero a ninguno llorar por no haber muerto.»

Una de las expresiones que le atribuyen en el trance de despertar, al verse rodeado de personas solícitas por él, es la siguiente:

—Cristo muriendo en la cruz, ¡y yo aquí con tantas atenciones!

Pensando en la cruz del Señor —como él mismo diría más tarde— soportó con total paciencia los dolores y molestias de la enfermedad. Más aún, vivió con gozo interior aquella experiencia dolorosa. Alguien recuerda haberle oído: «Nunca fui más feliz que en Valdecilla, sufriendo con Cristo con el crucifijo en la mano.»

Las enfermedades de vientre suelen traer consigo, no sólo dolores, sino humillaciones de todo tipo. También aquí dio el P. Nieto ejemplos admirables de quietud y paz espiritual. Al verse sometido a estas humillaciones, comentaba:

—¡Qué poca cosa somos! ¡Pura podre!

A Alfredo Rueda, comentando la situación de su vientre abultado por las heces retenidas, le decía:

—Yo estaba, como el pobre Job, en el muladar.

Pero además de ser modelo en sobrellevar los propios sufrimientos, el P. Nieto ayudó a otros pacientes a soportar los suyos. Cuenta el P. Ireneo que, a los pocos días de las operaciones, «ya andaba por las salas de enfermos, agarrándose las entrañas, pero consolando a todo el mundo. Los médicos y enfermeras quedaron pasmados de este hombre fuera de serie». Fue el mismo P. Nieto el que refirió a Mons. Díaz Merchán el siguiente caso:

> «Un enfermo, que oyó hablar de él a médicos y enfermeras, le mandó llamar para que le ayudara a aguantar sus insufribles dolores. El P. Nieto fue a visitarle y le habló de Cristo crucificado, muerto por amor a todos nosotros. Con esta perspectiva de fe, aquel enfermo recobró la serenidad.»

En las *Noticias de la Provincia de León* de la Compañía, al darse cuenta a los hermanos jesuitas de las operaciones del Padre, se decía:

> «La enfermedad del Padre ha sido una ocasión en que se ha manifestado lo mucho que se le quiere, como ha podido comprobarse en las conferencias telefónicas y en las visitas al Sanatorio.»

Las cartas de la convalecencia muestran a lo vivo la grandeza de alma del P. Nieto. En una dirigida al sobrino del doctor García Barón, dice lo siguiente, que puede resumir su estado de ánimo:

> «Pide, no la salud, sino que se cumpla en mí la voluntad del Señor.»

El P. Nieto sufrió tres operaciones y no cuatro, como alguien ha escrito; tal como escribía el doctor García Barón, fueron éstas el 9 y 30 de agosto y el 16 de setiembre. La última, que en principio era la más sencilla, pues se trataba solamente de cerrar la fístula, tuvo una pequeña complicación:

> «Me ocasionó —escribe el P. Nieto— tres días de fiebre alta; era natural, por ser la herida que llevaba un mes recibiendo toda la basura.»

No pudo ser dado de alta hasta el 29 de setiembre, después de casi dos meses de permanencia en Valdecilla. Nada más llegar a Comillas comunica a su hermano la llegada:

> «Estoy reponiéndome unos días —le escribe—, para empezar la vida ordinaria. Gracias a Dios he quedado muy bien y el intestino

funciona normalmente. Ayúdame a dar gracias al Señor por este nuevo beneficio y que sepa aprovecharlo para sólo glorificarle.»

El 12 de octubre es la primera vez que el P. Nieto reaparece en público ante los seminaristas, en la solemne inauguración de las actividades de la Congregación Mariana del Teologado. Los teólogos quisieron invitar a su convaleciente director, quien condescendió, acudiendo a presidir el acto en compañía del P. Rector:

«Es recibido —dice el correspondiente acta— con una estruendosa salva de aplausos, símbolo de nuestra alegría, al verle reaparecer entre nosotros, después de haber estado este verano último a las puertas de la muerte.»

Al final, el P. Rector pronuncia unas palabras:

«... quien al terminar se dirige al P. Nieto, para ver si él nos quiere hablar un poco. El P. Nieto se disculpa, diciendo que lo deja para otra ocasión, y nos agradece todas las oraciones que por él hemos ofrecido a Dios para que le concediera la salud, si es que convenía para su mayor gloria. Dice que tal vez nos habría podido ayudar más desde el cielo, pero que muy gustoso ofrece de nuevo su vida para que nos santifiquemos más y más.»

Durante aquellas semanas les dijo más de una vez que su deseo hubiera sido morir, para abrazarse definitivamente con Cristo. El *cupio dissolvi* de San Pablo se manifestaba en frases como éstas:

—¡Buena me la habéis hecho con vuestras oraciones! Me habéis estropeado la ilusión de estar ya con Dios para siempre.

Transcribimos, a continuación, la carta que escribe a su hermano a finales de noviembre. En ella se palpa la hondura espiritual de su vivencia de la enfermedad y su concepción totalmente funcional de la salud y de la vida misma:

«Mi queridísimo hermano: De salud, completamente bien. Cicatrizó la herida y no queda supuración: temían quedara algo por largo tiempo.

No estábamos maduro para el cielo y Dios, en su bondad y misericordia infinita, se ha complacido dándonos tiempo para llorar nuestros pecados y hacer algo bueno. Dios quiera que sea así; de otro modo y para otra cosa no quiero más vida. No obstante, hay que darse prisa y obrar bien, porque el momento de entrar en la eternidad no puede estar muy lejano...»

El Padre supo usar esta experiencia para su propio ministerio. Al hablar del *sitio* de Cristo en la cruz, aludía a la tremenda sed que él

había pasado en Valdecilla. Un sacerdote, que practicó privadamente con el Padre el mes de Ejercicios en 1965, escribe:

> «En estos días de tanta paz y de largas comunicaciones con el P. Nieto me manifestaba cosas de su misma vida espiritual, como confirmación de la doctrina que me explicaba. Así, me hablaba de su tremenda enfermedad y de las operaciones terribles a que fue sometido, de la podredumbre que salía de su cuerpo..., de su ponerse en manos de Dios con pleno abandono.»

3. *A cuestas con el hermano cuerpo*

Oíamos decir al doctor García Barón que el P. Nieto «no volvió a quejarse de la curada enfermedad». Esto no corresponde del todo con la realidad. La extirpación del tumor fue ciertamente un éxito, pero los trastornos intestinales no remitieron plenamente. Sin ir más lejos, el 13 de octubre de 1953 el Padre hubo de visitar de nuevo al doctor Barón. Ese mismo año los Superiores informaban a Roma que se temía una reproducción del tumor.

A raíz de las operaciones de 1952 el vientre le queda permanentemente abultado y un poco ladeado. El fajín se le sube por encima de la prominencia, de modo que su figura adquiere todavía una mayor deformidad.

Casi a perpetuidad ha de ingerir medicinas laxantes y alimentos de idénticas propiedades. En 1959 escribe quejándose de «atonía intestinal, que se acentúa algunas temporadas, sobre todo al salir de casa».

Pero sus achaques no se limitaban a este aspecto intestinal. Oigamos lo que narra el 1 de enero de 1956 el *Diario del Teologado:*

> «Estuvo hoy de días el P. Espiritual, P. Manuel García Nieto, y no le felicitamos por no encontrarlo en el cuarto. ¡Qué Dios le pague tanto como por nosotros hace, dice y sufre! No nos celebró la Misa por la mañana, por tener un brazo afectado por el reuma.»

El 18 de mayo del mismo año contesta el P. Rector a una solicitud, en que se pedía fuera el P. Nieto a dirigir unos Ejercicios:

> «No se puede contar para ninguna de esas fechas con el P. Nieto. El tendrá durante el mes de agosto el mes de Ejercicios, y su salud está cada vez más minada; es un verdadero cargo de conciencia permitírselo.»

Meses más tarde contesta el P. Rector a otra solicitud similar:

> «Por mi parte accedo a que vaya a esa tanda, pero es preciso que haga una advertencia. Durante el mes de agosto el Padre dirigirá

un mes de Ejercicios... La salud del Padre es algo precaria y, si quedara excesivamente cansado, no podría yo en conciencia permitirle un nuevo esfuerzo.»

En enero de 1958 el señor Obispo Auxiliar de Santander y Rector del Seminario pide que vaya el P. Nieto a dirigir los Ejercicios a los ordenandos. La respuesta del P. Rector informa, una vez más, de lo delicado que andaba el P. Nieto:

«Creo mi deber manifestarle que me preocupa vivamente la salud del P. Nieto, que ayer padeció un desvanecimiento que le obligó a decir la Misa desacostumbradamente tarde, y hoy por la noche debería comenzar aquí los Ejercicios de los ordenandos, y dudo mucho si los podrá dar.»

A pesar de su estado, no sólo los dio, sino que simultaneó ese trabajo con alguna otra actividad. Así lo anota el *Diario de los Teólogos:*

«*Día 9, Domingo:* Retiro. A pesar de estar casi sin poder hablar el P. Nieto y estar dando los Ejercicios a los ordenandos, tenemos el retiro. Hacemos las meditaciones por nuestra cuenta, después de darnos él los puntos brevemente.»

Este es el testimonio de uno de aquellos ordenandos:

«Los Ejercicios nos los dirigió el P. Nieto. Pero una gripe se lo puso difícil. Nos dirigió la plática de entrada con una gran afonía. Al despedirse nos anunció que posiblemente nos tendría que dirigir los Ejercicios el P. Reino. A la mañana siguiente apareció de nuevo el P. Nieto con una gruesa bufanda y comenzó a hablar con gran dificultad; pero a lo largo del día se fue entonando y terminó el día con su habitual voz de trueno y *atacando en tromba,* como solía. Tengo un recuerdo muy neto de su alegría al terminar aquellos Ejercicios.»

A finales de noviembre de ese mismo año 1958 volvemos a tener noticia de otra indisposición, que duró más de una semana. Así escribe el bedel de los teólogos el día 25:

«Hace dos o tres días que está enfermo el P. Nieto. Ayer subió a la enfermería y no le deja salir de allí el médico.»

Todos andan preocupados por su salud. Pero él sólo piensa en un descanso: el de la eternidad. Así responde a una petición de finales de 1961:

«Me parece que no permitirá el P. Rector, y el mes de agosto lo tengo todos los años para sacerdotes en Pedreña... Para mí sería

un descanso ir a ésa, pero para descansar ya nos queda una eternidad.»

Por estos años escribe diversas veces que le molestan mucho los viajes. No podemos pensar, conociendo su espíritu de sacrificio, en simple comodidad. Se trataba claramente de una molestia relacionada con su salud quebrantada. En esa línea de disminución de fuerzas físicas llegamos a noviembre de 1964, cuando va a la casa de Ejercicios de Santurde, en La Rioja, a dirigir una tanda. Esta es la impresión que causó a uno de los ejercitantes:

> «Llegó al atardecer. Me impresionó lo desmejorado que estaba. Parecía casi un cadáver de pie. Después ya se repuso. No olvidemos que tenía ya setenta años, los viajes con las molestias consiguientes... Estaba bastante trastornado por la edad y los trabajos. Yo le acompañé en todo momento, casi sin apartarme de su lado. Un día se le cayeron las gafas encima del plato del cocido. Otro día se nos cayó, todo lo que era de largo, en el presbiterio de la capillita. Otro día se nos durmió cuando era la hora de la meditación de la tarde, no ciertamente en la cama, que no la usó ni por la noche... En esta ocasión encontré al P. Nieto muy disminuido de fuerzas, pero muy maduro de juicio (natural y sobrenatural) y muy saturado de amor de Dios.»

Sacaría una impresión falsa de los párrafos anteriores quien se imaginara a un P. Nieto ya acabado, incapaz de trabajar. Lo maravilloso es precisamente eso: que un hombre con unas fuerzas físicas muy mermadas, tuviera todavía arrestos para llevar adelante tantas cosas.

A finales de mayo de 1966 llevaba un mes con una rodilla inflamada, temiendo que hubiera que sajarla. Muy mala debía de estar, cuando no podía arrodillarse. Debió de ser este mismo año, cuando en unos Ejercicios en Pedreña se puso tan malo, que se creyó no podría terminarlos.

Esporádicamente van apareciendo en sus cartas expresiones que denotan el progresivo envejecimiento y merma de fuerzas: «Estuve muy ocupado y cansado.» «A los setenta y cuatro años que cumpliré en abril ya no puede uno ofrecer su persona sino al Señor, para que disponga de ella, cuando y como quiera.» «Estoy un poco indispuesto: pida para que en todo momento cumpla con alegría la voluntad del Señor.»

El desplome de las fuerzas se acentúa hacia el final de los años sesenta y principios de los setenta.

Poco a poco deja de salir de viaje para dar Ejercicios a grupos, pero todavía sigue en Comillas dirigiéndolos a personas aisladas. Eso hasta las vísperas mismas de su muerte. Recordemos su expresión, transcrita más arriba: «Para descansar ya nos queda una eternidad.»

Capítulo V

APOSTOL DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

> «¡Oh, bienaventurado Padre San Ignacio, cuántas alabanzas os debemos por habernos dejado este libro de los Ejercicios, en donde se conoce, se vive, se ama a Cristo, y Cristo sin sentir se mete en nuestras entrañas!» (P. Nieto, *Ejercicios de mes de 1937*).

Es posible que este capítulo resulte especialmente decepcionante para aquellos que practicaron alguna vez los Ejercicios de San Ignacio bajo la dirección del P. Nieto. Era ésta —según múltiples testimonios— una experiencia tan singularmente profunda, que una narración *ab extrinseco* no puede menos de desvirtuarla. «Los Ejercicios del P. Nieto eran él —escribe un ejercitante—, su presencia, su convicción, su fe, su entrega.»

Pero si lo importante es aquello que se nos escapa —la vivencia—, también son de interés los datos externos de la actividad del Padre como director de Ejercicios. El mero aspecto cuantitativo —desgraciadamente incompleto— de las distintas tandas nos deja asombrados, sobre todo si consideramos que la mayoría de ellas tienen lugar en tiempo de verano, o sea en vacaciones. Este ministerio, que en el P. Nieto era añadido a su función primordial de Padre Espiritual de un Seminario, basta por sí solo para perpetuar su memoria de varón verdadaderamente apostólico.

1. *Ejercicios de mes*

Todo lo que sonase a Ejercicios ignacianos cautivaba al P. Nieto. Pero hubo algunas modalidades en las que puso todo el ardor y entrega de

su corazón: así los Ejercicios de mes —los auténticamente ignacianos—, los de preparación para las sagradas órdenes y, en general, los destinados a sacerdotes, religiosos o seminaristas. Empecemos por los de mes.

No es fácil precisar cómo surgió en Comillas la idea del mes de Ejercicios para sacerdotes. Ignoramos si la paternidad de tal iniciativa pastoral le corresponde o no al P. Nieto. Sea de ello lo que quiera, el caso es que muy pronto le vemos embarcado en esta tarea. Aunque tenemos el convencimiento de no haber documentado parte de las tandas de Ejercicios dirigidas por el Padre, debemos referirnos a las que conocemos.

La primera tanda amplia identificada —aunque no de un mes completo— tuvo lugar en Arcas Reales (Valladolid) del 17 de agosto al 6 de setiembre de 1934. Esta tanda de veinte días la practicaron bajo su dirección 29 Hermanos de las Escuelas Cristianas y puede considerarse como el preludio de las numerosas tandas de mes que vinieron después. También conocemos aquella otra tanda memorable del verano de 1936, interrumpida tres días antes de su conclusión por el asalto de los rojos a la Universidad. De ella salieron tres mártires. Estas dos tandas son las únicas conocidas antes de la guerra.

En los primeros años de la postguerra, hasta 1942, no ha podido hallarse rastro alguno de su dedicación a este ministerio. Pero a partir de 1942 resucita el mes con toda su fuerza, recayendo su peso casi exclusivamente sobre los hombros del P. Nieto. Sí podemos afirmar que la iniciativa y organización (al menos en teoría) de los Ejercicios de mes a partir de 1942 dependían de la revista *Sal Terrae,* dirigida por el P. Severiano del Páramo.

Lo que quizá es menos conocido es que las famosas tandas de mes estaban enmarcadas en un principio en un plan pastoral más amplio, pero que no llegó nunca a realizarse, quedando éste reducido al mes de Ejercicios. En el Congreso Nacional de Ejercicios, celebrado en Barcelona en 1941, se abogó por la fundación de Centros en donde los sacerdotes se dedicaran a practicar el mes completo y a estudiar el libro ignaciano. Esta conclusión iba en la línea de la ponencia presentada por el P. Severiano del Páramo, proponiendo la creación de un *Cenáculo espiritual para sacerdotes.*

Si la paternidad oficial de la idea del *Cenáculo* —llamada también posteriormente *Tercera probación sacerdotal*— la asumió el P. Del Páramo, el P. Nieto había planeado ya mucho antes del Congreso de Barcelona algo similar. Recordemos los planes concebidos en 1936 de reunir en una casa de Comillas a seis u ocho recién ordenados para vivir una intensa vida espiritual y dedicarse a la pastoral en los pueblos circunvecinos bajo su dirección. ¿No radica aquí el germen del *Cenáculo* patrocinado en 1941 por el P. Del Páramo?

Pues bien, el caso es que la idea del *Cenáculo,* lanzada desde *Sal Terrae*

en el verano de 1941, encontró férvidas adhesiones. Al año siguiente se reconocía no ser posible llevarla aún a la práctica en su totalidad, pero se anunciaba una tanda de Ejercicios de mes y —posiblemente— un cursillo sobre temas apostólicos. Se ofrecían dos casas de Ejercicios: Pedreña, junto a la bahía de Santander, y Carrión de los Condes, en Palencia.

Fue Carrión la que acogió a 20 sacerdotes ejercitantes desde el 20 de agosto al 20 de setiembre del año 42. En esta ocasión el P. Nieto sería ayudado por el P. Indalecio Llera.

Ya desde esta primera tanda conocida en la postguerra causó gran impresión la espiritualidad del P. Nieto. Pocos sabrán que entonces se decidió la entrada en la Compañía de Jesús del P. Francisco Reino, queridísimo también de tantos comilleses. Para clarificar su vocación acudió a la tanda el Padre, sacerdote secular entonces, que venía tratando el asunto con su Director Espiritual:

> «El P. Nieto me dijo —escribe el P. Reino— que entrase en la Compañía, y así se lo comuniqué al P. Herrera, mi director. Así, pues: a Dios pertenece la obra de la gracia; al P. Herrera la dirección tan llena de luz; y al P. Nieto la determinación, o mejor, consejo tajante de que entrara en la Compañía.
>
> Recuerdo aún la caridad con que nos recibió el P. Nieto, caridad que continuó durante todo el mes. Pero, sobre todo, me impresionaba la unción que tenía en todas sus actuaciones.»

También participó en aquellos Ejercicios don Rafael Alvarez Lara, a punto de ser promovido a la sede episcopal de Guadix-Baza. Tan entusiasmado quedó don Rafael que, en cuanto tomó posesión de su diócesis, su primer cuidado fue enviar a cuantos sacerdotes pudo al mes de Ejercicios del P. Nieto. Más de 25 envió en tres o cuatro años.

Conservamos algunas cartas del P. Nieto a uno de aquellos ejercitantes. Por ellas se patentiza, una vez más, la fuerte exigencia espiritual y los compromisos a los que en estos Ejercicios llegaban los sacerdotes bajo la guía del P. Nieto. Así le escribe el 30 de abril de 1943:

> «Firme en tu vida de intimidad con Jesús. Estás cerca, muy cerca de la santidad; no dejes el camino comenzado. Sigue con tu diario espiritual y enviando el examen mensual. Dios te quiere santo y tienes que serlo. Lo más difícil ya está hecho; falta un poco de perseverancia... Trabaja con fe, ora y sacrifícate... El resultado ponlo en manos de Jesús.»

Meses más tarde vuelve a insistirle en similares recomendaciones, para concluir:

> «Te envió seis cilicios y doce rosarillos (de examen particular). Disciplinas no te envío: necesitamos cuerda (para su confección); si puedes enviarla, te las haremos.»

Podrían añadirse más testimonios del fruto producido en esta tanda carrionense, como el siguiente, con el que concluimos:

> «Mi mes de Ejercicios en agosto de 1942 en Carrión de los Condes, bajo la dirección del P. Nieto, fue decisivo para toda mi vida. Hice un solo propósito: volver a repetir cada diez años una tanda de mes y bajo la dirección del P. Nieto, mientras le durase la vida. Este propósito lo he cumplido.»

Con estas hermosas perspectivas iniciaba el P. Nieto aquel fecundísimo apostolado de los Ejercicios de mes para sacerdotes.

Pero, ¿qué fue de la primitiva idea del *Cenáculo sacerdotal*, donde estaba enmarcado el mes de Ejercicios? De momento no se abandonó, pero su realización chocó con muchas dificultades.

Por eso nada se hizo fuera del mes de Ejercicios. En 1954 vuelve a hablarse de ello en *Sal Terrae*, pero ya como una aspiración poco menos que irrealizable, alegrándose de que al menos lo que se consideraba «más esencial en el *Cenáculo sacerdotal*», el mes de Ejercicios, siguiese adelante.

En 1942 se tuvo, como sabemos, en Carrión de los Condes. Los dos veranos siguientes se celebró en Comillas. Pero a partir de 1945 fue la casa de Pedreña, junto a la bahía santanderina, la que acogió definitivamente hasta los años setenta la tanda de mes. Al menos veintitrés meses de Ejercicios dirigió el P. Nieto en Pedreña, incluyendo en el cómputo el interrumpido en 1952 por su hospitalización. Si a ello añadimos los de Comillas, Carrión y (Arcas Reales) ya conocidos, más otros tres dirigidos en Las Palmas, Covadonga y Palma de Mallorca, son treinta los meses que dirigió. Más de mil ejercitantes —la mayoría sacerdotes seculares— practicaron bajo la dirección del Padre la experiencia ignaciana completa. Se quedaron cortos los periódicos santanderinos que, a la muerte del P. Nieto, hablaban de unos 700.

¿Alguien no dedicado expresamente al ministerio de los Ejercicios —y no lo estaba el Padre— puede contar en su haber algo semejante?

Tan sólo tres de las tandas de Pedreña las dirigieron otras personas: la del año 47 los PP. Sánchez-Céspedes, la del año 49 el P. Pedro Sánchez-Céspedes y la del año 52 el P. Reino. ¿Por qué razón? El primero de los años mencionados debió de obedecer a que en el mes de setiembre atendía el P. Nieto a los seminaristas de primero de filosofía y teología, que practicaban con él en Comillas una especie de Ejercicios de mes mitigados. También conocemos la causa de su falta el año 1952: su enfermedad. Por fin, en 1949 estuvo en Canarias, requerido por Mons. Pildain,

dirigiendo varias tandas a los sacerdotes y seminaristas, entre ellas una del mes completo. Costó acceder a la petición del prelado, pero por no desairarlo se buscó sustituto al P. Nieto para Pedreña, aunque como dijo el P. Provincial, se saliera perdiendo.

En los ejercitantes de mes estuvieron representadas todas las diócesis españolas, aunque en proporciones muy desiguales. Igualmente encontramos cerca de un centenar de seminaristas mayores (o quizá más), procedentes de los más diversos seminarios de España. También vinieron algunos del Pío Latinoamericano de Roma, de Friburgo, de Lovaina, etc. Naturalmente predominan los comilleses.

Pero no podemos olvidar una tanda de mes muy singular: la mencionada de 1949 en Las Palmas de Gran Canaria, destinada a los seminaristas mayores de aquel Seminario. ¿Habrá habido una tanda similar en la historia de los Ejercicios ignacianos en que más de cuarenta seminaristas practican el mes completo?

Aparte de estos Ejercicios de mes dirigió el P. Nieto ese verano en Canarias otras cinco tandas cortas. «El entusiasmo que despertó y la renovación espiritual de entrega incondicional a Cristo en el sacerdocio fue enorme», escribe un sacerdote canario. En el mismo sentido se expresan muchos de ellos en testimonios recogidos por la curia episcopal.

Conservamos dos preciosos textos relacionados con esta estancia canaria del Padre. El primero es una carta o mensaje dirigido a los seminaristas que hicieron el mes completo. Lo envió el P. Nieto desde la Península, al comienzo del curso 1949-50:

> «Mis amadísimos en Cristo Jesús: Al empezar vuestro curso es menester recordar la liberalidad del Señor para con vosotros durante el *mes de Ejercicios* y vuestras promesas para con el Señor. Ha llegado la hora de hacer realidad todos aquellos deseos, promesas y *planes de santidad* escritos junto al Sagrario o ante el Crucifijo con toda sinceridad y tratados con vuestros superiores en aquella magna reunión, habida el día de descanso. En alabar, hacer reverencia y servir a Dios no debe aventajaros un solo Seminario del mundo, ya que seguramente ha sido el primero el vuestro en hacer íntegro el mes de Ejercicios.
>
> Preparad bien todos vuestra meditación, que debéis adaptar al estado de vuestra alma en aquel momento. No olvidéis que más importante que el discurso son los afectos, y más los propósitos, y sobre éstos la súplica o coloquio. Vividla mediante las frecuentes visitas al Sagrario en vuestros recreos.
>
> La caridad ha de ser el vínculo de perfección: *Super omnia charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* Amor inmenso a nuestro *Padre* celestial que tanto nos ama. Amor a *Jesús: Quis nos separabit a charitate Christi?* Amor al *Espíritu Santo,* que es quien nos da este amor. Amor a vuestros superiores. Amor mutuo...»

El segundo texto pudo ir dirigido igual a los seminaristas que a los sacerdotes. Dice así:

> «¿Quieres hacer lo más grande que puedes hacer? Mira a Jesús, la obra más grande de Dios. Imítale. Vive con Jesús en santa comunión, en dulce intimidad. Harás lo más grande que puede hacer el hombre: ser otro Cristo.
>
> Abrázate a Jesús con fe, de modo que El llene tu razón, no solamente a manera de ideal que te muestre los más hermosos principios, sino como una realidad, siendo El tu Dios, tu fin último, tu salvación. Lo que tú necesitas no es (solamente) la doctrina que te hable de El, sino El mismo, tal como vivió, sintió y quiso.»

A los Ejercicios de mes de los sacerdotes se fueron sumando algunos religiosos. Cerca también del centenar han podido contabilizarse, aparte de los que participaron en las tandas expresamente organizadas para ellos: la de 1934 para Hermanos de las Escuelas Cristianas y la de 1967 para franciscanos. Participan agustinos, benedictinos, capuchinos, carmelitas descalzos, cistercienses, escolapios, franciscanos, jesuitas, marianistas, maristas, oblatos, pasionistas, sacramentinos, salesianos, salvatorianos, trinitarios, etc. Entre éstos fueron los capuchinos, franciscanos, pasionistas y trinitarios los más adictos a los Ejercicios de mes.

La misma universalidad se observa en los lugares de procedencia de los ejercitantes. Sacerdotes de todas las diócesis españolas —sin excluir las isleñas—. Pero también de la comunidad hispano-luso-americana. Portugueses de la metrópoli y de las colonias, brasileños, argentinos, colombianos, cubanos, hondureños, mejicanos, panameños, peruanos, salvadoreños, dominicanos, venezolanos... y hasta algún estadounidense. Si no tuviéramos otros muchos títulos que invocar, ya sólo por los Ejercicios de mes deberíamos considerar al P. Nieto un gran bienhechor del clero español e hispánico.

2. *Equilibrios con la peseta*

En un principio la organización de las tandas de mes de Pedreña dependía de *Sal Terrae*. Pero poco a poco todo este enojoso asunto cayó sobre las espaldas del P. Nieto. La casa de Pedreña dependía de la Residencia jesuítica de Santander, cuya *Obra de Ejercicios Espirituales de San Ignacio (O.D.E.S.I.)* cedía durante el mes la casa a la Universidad de Comillas, con ciertas condiciones. Veamos, por ejemplo, las de 1947:

> «Comillas pondrá los Abastos, pagará el Servicio, abonará por cada sacerdote cinco pesetas diarias en concepto de alquiler de la casa, ropa, muebles, lavado y luz. El Servicio se compone de tres

> sirvientas y una cocinera, que tienen de sueldo diario, las tres primeras cuatro pesetas y la última cinco diarias. De ser muy numerosa la tanda, habría que aumentar el servicio, por causa del lavado de la ropa.»

El P. Nieto tenía que atender a las circunstancias personales de muchos ejercitantes, carentes de recursos económicos. Su ilusión era que ninguno se retrajese de dar su nombre por esta causa. Ya en la primera tanda, la de 1942, aparecieron dificultades de este tipo. Se sugiere entonces desde *Sal Terrae* buscar estipendios de misas, conseguir bienhechores que paguen la pensión, y hasta fundar becas perpetuas a tal efecto.

Pronto se encontraron respuestas generosas por parte de varias personas.

El P. Nieto, por su parte, se desvivió por conseguir ayuda para estos sacerdotes necesitados. Oigamos a Urbicio Ortún en su hermosa crónica sobre la tanda de 1946:

> «Para terminar con este tema voy a hablar de la cochina peseta, como la llamaba el P. Otaño... Hay algunos privilegiados de la fortuna que tienen resuelto el problema; y ¿en qué pueden gastar mejor el dinero que en consagrarse un mes plenamente al servicio de Dios y de su alma? A otros les resuelven el problema sus respectivos prelados; y a los que no tienen ni lo uno ni lo otro, que acudan al P. Nieto, que, como especialista en mover los corazones y los bolsillos más empedernidos, les solucionará el problema.»

Para conseguir ayuda en favor de los sacerdotes que deseaban hacer Ejercicios llamaba el P. Nieto a todas las puertas. Igual recurría a don Ricardo Fernández-Hontoria, presidente de «Compañía Electra Madrid, S. A.», que al P. Capuchino de Pittsburg, Cecil Nally, que al Vicario General del Arzobispado de Yucatán, don Domingo Herrera, que a un obispo antiguo alumno, que a una religiosa jesuitina... El recurso a los estipendios de misas dio ordinariamente un excelente resultado. Pronto dispuso el P. Nieto de numerosas intenciones para repartir entre los ejercitantes, con lo que se alivió mucho la situación económica de las tandas.

Pero no siempre pudieron conseguirse las intenciones necesarias. En 1958 el P. Nieto se encontraba en apuros, como demuestra la carta que en vísperas de comenzar la tanda de Pedreña escribía a don Jesús Iribarren:

> «El día 29 —le decía— daré, como años anteriores, una tanda de Ejercicios de mes para sacerdotes. Acudirán unos cuarenta. Les prometí a la mayoría ayuda económica, que me pedían. Todos

> los años me enviaba Misas de estipendio dólar un religioso de Estados Unidos, y el presente me hallo sin tal ayuda; por lo tanto, te ruego ayudes en lo que puedas con Misas... Me da pena que sacerdotes, por pobres, no puedan realizar tan santos deseos.»

Esta petición iba dirigida a Iribarren en cuanto secretario general de la Institución «Arzobispo Claret», obra eclesiástico-social que procuraba ayuda económica y cultural al clero.

Iribarren se hallaba en Bruselas, acompañando al señor Cardenal Primado. A su regreso, se encuentra con la carta del P. Nieto, a quien contesta lamentando no poder ayudar con estipendios elevados, pero ofreciendo algunas misas.

Ese mismo verano de 1958 escribió también el P. Nieto sendas cartas al P. Provincial sobre el tema de los estipendios de misas, que hablan a las claras de lo fino que hilaba en punto a dependencia de los Superiores y de lo dentro que llevaba su solicitud por los necesitados. Merece la pena referirnos a ellas, por la relación con el tema que nos ocupa:

> «Quiero —dice— renovar el permiso para pedir limosna para los pobres y además escribir para conseguir ayuda económica para seminaristas pobres o que necesitan ayuda. A veces me envían Misas de dólar para estos fines: pregunto si puedo darlas a la Procura (o Administración) con el estipendio ordinario y reservar lo restante para los dichos fines. Obraré como V. R. me indique.»

El P. Provincial le renueva naturalmente el permiso para pedir limosnas. Pero sobre la retención para fines benéficos de los excedentes de los estipendios corrientes, le remite al P. Regatillo. Vuelve a escribir el P. Nieto al Provincial, comunicando que el parecer del P. Regatillo es contrario a reservar parte del estipendio, sino que debe darse íntegro al celebrante. Esta lealtad en manifestar un parecer contrario a sus deseos no es óbice para buscar otro camino, que él considera lícito. Por eso añade:

> «Como nuestros estipendios son para la Provincia y V. R. es el administrador general, puede dar como limosna lo que quiera. Este verano, pidiendo ayuda para los sacerdotes, un antiguo alumno me envió cien dólares y me pedía cinco Misas; y otro me envió diez Misas con estipendio de ciento cincuenta pesetas cada una. Si le parece bien a V. R. dejar esto como limosna, me lo dice.»

El P. Provincial hubo de pedir otro dictamen jurídico, que fue nuevamente adverso a las pretensiones del P. Nieto.

Pero si las leyes se le ponían en contra, ya se las arreglaría por otro camino para conseguir los mismos fines. En más de una tanda de Ejercicios puso en el tablón de anuncios un aviso como éste:

> «P. Nieto: Si alguno quiere celebrar alguna Misa a mi intención y dejar el estipendio para los pobres, ponga su nombre y número de Misas.»

La respuesta solía ser masiva, aun de los que habían recibido previamente la ayuda del Padre. Era un modo de devolver algo por lo mucho que el Padre les conseguía. ¡Hermosas artimañas las de un alma llena de celo apostólico!

Lo mismo hacía cuando enviaba intenciones a sacerdotes conocidos: a la vez que ofrecía un cierto número, les añadía a renglón seguido si querían ceder parte para los pobres. ¿Quién se iba a negar, viniendo la petición del P. Nieto?

La economía de las tandas de Ejercicios ocupó mucho tiempo al P. Nieto, que no quería por nada del mundo que la falta de recursos privara a ningún sacerdote de los Ejercicios. El alza del coste de la vida, disparado en los años sesenta, le supuso no pocos quebraderos de cabeza; pero él se las arreglaba para llamar a todas las puertas y salir adelante con su empeño.

A pesar de tantas estrecheces, el Padre no olvidó recompensar a la casa de Pedreña, ayudándola con ornamentos, bancos, etc.

3. «*Cristo se mete en nuestras entrañas*»

Hora es ya de mirar por dentro los Ejercicios dirigidos por el Padre Nieto.

Para él el mes de Ejercicios significaba algo muy hondo. En los Ejercicios —escribe él en 1937— es «en donde se conoce, se vive, se ama a Cristo, y Cristo sin sentir se mete en nuestras entrañas». Eso era sin duda lo más importante para el P. Nieto. En los Ejercicios de 1954 hablaba así a los ordenandos»:

> «No queramos conocer más que a Cristo, y éste crucificado. Por eso, tan pronto como podáis, haced el mes de Ejercicios para conocer a fondo a Cristo.»

Es la invitación que hacía a todo el que se ponía a tiro. Típico, a este respecto, el discreto pero insistente asedio a que sometió a su hermano:

> «Me hallo en Carrión —le escribía en 1942— dando un mes de Ejercicios... A ver si antes de que Dios te llame, también te decides a hacerlo.»

Dos años más tarde vuelve a la carga:

> «No mueras sin hacer el mes de Ejercicios. Te prometo que saldrás transformado en Cristo.»
>
> «Cuida tu salud —le escribe en otra ocasión—, pero aún más tu santificación. Tienes que hacer el mes de Ejercicios. Decían los de este año que no debía de quedar un sacerdote sin hacerlo.»

Otro año, como un nuevo argumento para incitarle, le cuenta que los está haciendo un sacerdote de ochenta y nueve años.

Pero aunque invitase, y hasta insistiese, no quería como ejercitantes a los que veía forzados. Sólo el respeto a la jerarquía le hacía aceptar a algunos mandados por los obispos. Fuera de esta situación —por lo demás excepcional—, el ejercitante había de ir con plena libertad. En ella se apoyaba él para exigir entrega absoluta.

El silencio total era para él fundamental, porque creaba el ámbito de comunicación con Dios. Solía contar cómo, al ir a dar los Ejercicios a los sacerdotes canarios en 1949, le dijeron que tenían la costumbre de hablar mucho y que no los corregiría. La primera noche les dijo:

—Si no guardan silencio, no doy los Ejercicios. Aquí venimos a hablar con Dios, no con los hombres... Hagan voto esta misma noche de no hablar estos días.

Y no hablaron.

Los Ejercicios del P. Nieto eran, pues, en completo retiro; pero, sobre todo, con mucha oración y mucha penitencia, con dedicación a ellos de todo el hombre. Así lo expresa Mons. Díaz Merchán, que los conocía bien por experiencia:

> «Eran ignacianos cien por cien. No había concesiones, ni para la erudición, ni para las anécdotas. Eran una praxis plena de oración y de descernimiento espiritual. El libro de San Ignacio era explicado sobriamente y puesto en práctica, sobre todo en los Ejercicios de mes. En todo caso dejaba amplios espacios para la oración personal.
>
> Era exigente con los ejercitantes. Partiendo del hecho de que estábamos voluntariamente en el mes de Ejercicios, nos pedía y nos exigía la fidelidad al trabajo personal y la observancia del silencio. En el trato individual era sumamente tolerante y comprensivo con todos. Infundía mucha confianza para hablarle con toda claridad de nuestros problemas y estados de ánimo.
>
> Consideraba el P. Nieto a los Ejercicios espirituales como la mejor escuela para la oración y para experimentar la vida interior. Por ello, consagró gran parte de su tiempo a dar tandas de Ejercicios al clero de toda España y de Hispanoamérica...
>
> Cuando hacíamos Ejercicios con él daba preferencia a aquellos temas en los que el ejercitante se encontraba centrado en Dios.

Invitaba a volver sobre los mismos temas de oración en los que nos sentíamos en profundo trato de oración con Dios:

—Aunque estén todos los Ejercicios con el Principio y Fundamento —decía con frecuencia—, si en él encuentran a Dios, no pasen a otra cosa.»

Dentro de esa general intensidad, había algunos temas especialmente hondos y emotivos. Resaltémoslos. En primer lugar, el mencionado Principio y Fundamento. El tema revertía cíclicamente una y otra vez a la boca del P. Nieto, como si no supiese salirse de él. Como él lo sentía tan hondamente, quería contagiar su misma vivencia a los ejercitantes.

Junto a esto, Cristo: el amor de Cristo al hombre y el amor nuestro a Cristo. Aquí su fuerza de contagio era mayor. Inspirado preferentemente en San Pablo, hablaba de ese doble amor con tonos tan arrebatadores, que sus palabras se clavaban en el alma como afilados rejones.

Como una variante de este tema del amor de Cristo o, si se quiere, como su culminación, estaba la contemplación de la pasión y muerte del Señor. En ella desplegaba toda su fuerza y a la vez toda su ternura.

«¡Qué unción —escribe un ejercitante— en aquellas sus meditaciones de la tercera semana de Ejercicios! Para mí eran lo mejor de aquellos días, donde más hondamente dejaba impreso el sello de su personalidad espiritual. Nunca como con él he conseguido el *dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado...* del preámbulo de San Ignacio. Ni con maestros reconocidos de la categoría del P. Segarra y otros. Imposible más sentimiento.»

Otro se expresa más lapidariamente, pero con no menos vigor:

«A nadie después de San Pablo he visto hablar mejor de la cruz de Cristo.»

Se repetía aquí, prolongada a lo largo de toda una semana, aquella singular experiencia de la charla del Viernes Santo a los seminaristas, que a tantos estremecía.

La fuerza de los Ejercicios del P. Nieto no radicaba tanto en el *qué* como en el *cómo*. Lo que el Padre decía no era nada del otro mundo. Pero todos se sentían hondamente impresionados al contacto con aquel hombre lleno de Dios, enamorado locamente de Cristo.

Así pensaban los ejercitantes del ejercitador. Lo tomamos de *Unión Fraternal*, referido a los Ejercicios de mes de 1946:

«Claro que lo principal en los Ejercicios espirituales es la gracia de Dios y las disposiciones del ejercitante... Pero uno de los elementos principales es el director de los Ejercicios. Y aquí sí que

> hemos tenido suerte los de Pedreña, pues nuestro director ha sido el *santo* P. Nieto (le ruego al director de *Unión Fraternal* que no emplee aquí el lápiz rojo, ya que de la palabra *santo*, aplicada al P. Nieto, no sobra ni una letra). Las buenas cualidades, nacidas de su santidad, se dejan sentir en los Ejercicios; y es que el P. Nieto predica mucho..., pero, sobre todo, va delante con el ejemplo.»

Era la santidad de aquel hombre lo que sobre todo cautivaba. Así se expresa otro:

> «Estuve tres o cuatro veces en Pedreña; allá iba — y él me ayudó con estipendios de Misas—, no a percibir la sabiduría de Salomón, ni a oír a un famoso teólogo de la Gregoriana, sino a palpar la santidad. Sus palabras, como espada de dos filos, llegaban a lo profundo del alma. Su figura hablaba. Aquel hombre de rodillas, doblado por sus años y padecimientos, ante el Sagrario, edificaba grandemente. Se le buscaba a veces en su despacho o en la capilla grande. ¿No estaba? Entonces no había más que ir a la capillita de las Hermanas. Allí estaba postrado de hinojos ante el Santísimo.»

¡Cuántos suscribirían estas palabras de un asiduo ejercitante del Padre!:

> «Después de oirle tantas veces —dice—, podía saber con antelación, con matemática exactitud, el tema que iba a desarrollar en la próxima meditación, ya que sus esquemas eran invariables. Pero lo que siempre me sorprendió fue la *nueva vivencia* con que exponía la materia. Llegaba al oído del que le escuchaba con la misma lozanía y novedad que la primera vez, pero siempre con nuevas perspectivas cada vez más dilatadas y profundas.»

El P. Nieto, a la vez que proponía los Ejercicios a otros, los hacía él también. Resulta emocionante lo que dijo en el mes de Covadonga de 1960. Dirigió dos meses aquel verano. Al preguntarle cómo dirigía dos meses, respondió:

—Y lo hago encantado, porque me encanta hablar de cosas que nos van a ocupar por toda la eternidad.

También les dijo que él sentía más fervor dando Ejercicios que recibiéndolos; y que, si ese verano que iba a dirigir dos tandas de mes, no se entregaba totalmente a Dios, ya no lo haría nunca. Al despedirse del Señor, en el Sagrario de Comillas, y al saludarlo ante el de Covadonga, le había dicho:

—Señor, si estos ejercitantes no se aprovechan, que al menos me aproveche yo.

Por eso se imponía durante los Ejercicios tanta oración y tanta penitencia. El H. Benito, que le vio actuar en muchas tandas, le pinta así:

«No dudo que el P. Nieto sea un santo. Si él no, ¿quién? Para mí tenía tres virtudes sobresalientes: oración, mortificación y caridad.

Oración: No tenía un rato libre que no se lo pasase en la capilla. Allí le encontrabas siempre que fueras a buscarle. Y siempre de rodillas y casi siempre sin apoyo.

Mortificación: Estaba bien clara. Cuando tuve que avisarle por algún motivo —a medio día o a media noche—, siempre le encontraba sentado, nunca descansando en la cama o que se le notara que la había usado. El era el primero en la meditación de media noche. Tenía que estar rendido, pues algunas tandas eran de 50 y 60, y visitaba a cada uno por las habitaciones.

Caridad: Se preocupaba por todos y por todo. Proporcionaba estipendios para el pago de la pensión, servía a la mesa, acogía con exquisita delicadeza a alguno que venía a hacer el mes por mandato del obispo a modo de prueba o castigo, etc. Siempre estaba dispuesto para recibir a todo el mundo a cualquier hora del día o de la noche.»

Otro jesuita, que practicó los Ejercicios de mes con él, resalta:

«En los Ejercicios de mes echaba sobre sí un trabajo ímprobo. Daba cuatro veces puntos cada día y una plática. Muchos días había meditación a media noche, a la que siempre asistía. Aparte de este trabajo diario, solía visitar personalmente a todos los ejercitantes.»

Pero hay más: como por el día apenas le dejaban libre, oraba por la noche:

«Nos dejaba en libertad —escribe un testigo— para asistir a la oración de media noche. Pero, ¿quién iba a faltar viendo su ejemplo? Cuando llegábamos, ya estaba él de rodillas pegadito al Sagrario. En esa postura permanecía la hora entera de oración, teniendo de vez en cuando en voz alta un encendido coloquio con el Señor sobre alguna idea básica de las meditaciones del día. Cuando nosotros nos retirábamos a descansar, allí se quedaba él ante el Sagrario; y cuando por la mañana volvíamos a la capilla, allí le encontrábamos nuevamente, después de haber celebrado su Misa, que nunca decía sin un buen rato de preparación.»

En cuanto a la meditación de media noche empleó métodos distintos: a veces avisaba él personalmente a los que querían levantarse. Para saberlo, mandaba atar una toalla a la puerta de la habitación. Recomendaba que no se levantasen los que estaban delicados o preveían que aquello les iba a perjudicar para la actividad del día siguiente. A veces esta actitud moderada se trocó, por razones que él sabría, en otra más exigente.

Insistía, sin embargo, en que nadie hiciese penitencias especiales sin consultarle a él primero, aunque él no se dejaba ganar por ninguno. El cilicio lo aconsejaba mucho.

Monseñor Flores narra lo siguiente:

> «En el verano de 1951 me dijo que le hiciera cicilios para los ejercitantes de Pedreña. Se los hice y se los llevé. A los pocos días ya los había distribuido. Los sacerdotes se los cambiaban por cajas de puros o cigarrillos, dispuestos a dejar de fumar, al menos durante los Ejercicios. Claro que él nunca fumaba ni usaba cosas, fuera de lo indispensable para vivir. Se decía que como le entregaban en Pedreña la cama al comienzo del mes, así, sin tocarla, la dejaba al final.»

Cuando más insistía en la penitencia era durante la contemplación de la pasión de Cristo. Al visitar a un ejercitante uno de esos días, le encontró haciendo la oración sentado:

—Carísimo, ¿te imaginas a Cristo haciendo oración sentado?

El ejercitante aprendió la lección, de modo que en la siguiente visita le encontró de rodillas en el reclinatorio. Pero, cuál no sería su sorpresa, cuando el Padre le dice lo mismo que la vez anterior:

—Carísimo, ¿te imaginas a Cristo arrodillado en un reclinatorio? Cristo en Getsemaní oraba de hinojos en el suelo y puesto en cruz.

Un sacerdote, por el contrario, habla de la suavidad con que a él le condujo en un mes de Ejercicios que hizo mano a mano con el Padre:

> «Iba —dice— con un tanto de miedo ante la fama de hombre duro y austero del P. Nieto. Pero desde el primer momento me cautivó su acogida cordial, bondadosa, su humanidad, reflejada en tantos detalles. Allí no aparecía el rigorismo por ninguna parte. Al contrario: la suavidad y firme bondad con que me iba dirigiendo, contrastaban con la fama de dureza que yo había oído.»

Su oración y penitencia rendían las fortalezas más amuralladas. En una de las últimas tandas que dio a sacerdotes, un joven cura quedó decepcionado al ver al Padre por primera vez:

—Me imagino que este viejo nos prohibirá la televisión. Pues el boxeo de Urtain no lo perderé.

Empezó el P. Nieto a repartir estopa, y aquellos mazazos le hicieron olvidar pronto los directos del boxeador, que se quedaban chiquitos a su lado. Y al final de la tanda decía:

—Lo que dice este viejo es la verdad. Eso es el sacerdocio.

Todos, sin distinción de edad o ideología, salían fuertemente impresionados por la espiritualidad del P. Nieto y profundamente marcados para el futuro. Casos a montones:

«Mi mes de Ejercicios en el verano de 1942 —escribe uno— fue decisivo para toda mi vida... Creo que este Padre con sus tandas de mes, desde 1942 hasta 1970, es el hombre que más bien haya hecho a los curas, y por ellos a toda España. Hombre humildísimo, hombre de oración como el que más y hombre sumamente mortificado: las tres cosas en grado heroico. Como los peregrinos que iban a Ars veían en aquel cura a un cura santo, así nosotros, desde la primera tanda de Carrión, vimos en el P. Nieto a un santo de cuerpo entero.»

Testimonios de esta veneración no escasean, como el transmitido por Monseñor Flores:

«Recuerdo que, al final de unos Ejercicios en Pedreña, en el comedor, un sacerdote, admirado de tanta santidad del P. Nieto, se arrodilló y le besó los pies, a pesar de que él se resistía.»

Durante los Ejercicios el P. Nieto manifestaba su santidad, pero también su experiencia espiritual y su conocimiento de las realidades sacerdotales y pastorales:

«Todos veíamos en él a un gran santazo —escribe un participante en el mes de 1962—, más humilde que la misma tierra; y, sobre esto, con una experiencia pastoral y sacerdotal nada común. Esta su experiencia la iba comunicando constantemente en sus charlas personales, pláticas y puntos de meditación.»

Muchos sacerdotes han resaltado la gran gracia que ha supuesto para ellos el cruzarse en la vida con el P. Nieto. Pues bien, no son menos los que el culmen de esa gracia lo sitúan en sus Ejercicios, y concretamente en los de mes. Así se refería uno a los del año 1947:

«Cuentan que un prelado dijo en Comillas que, después de la gracia bautismal, una de las mayores gracias que podía recibir un cristiano era el practicar durante ocho días los Ejercicios espirituales de San Ignacio. ¿Qué no diría de un mes completo, durante el cual se derrama a torrentes la gracia de Dios sobre el alma...?»

En la misma línea se expresa otro participante en el mes de 1953:

«Habéis oído hablar muchas veces del mes de Ejercicios... Ontológicamente, después de la ordenación sacerdotal, la gracia más extraordinaria y mayor por parte de Dios para mortal... Traicionaría mi conciencia si, por una humildad de garabaro, no pregonara la maravillosa y trascendental virtud del mes de Pedreña...

Quién quiera pasarse el mejor y más feliz mes de su vida, que vaya a Pedreña. Que lo digan aquellos saltos de gozo, aquellas alegrías infinitas y nuevas, aquellas lágrimas de felicidad sin límites.»

Al verano siguiente otros varios ratifican lo anterior:

«Ya hice mis Ejercicios de mes y me convencí de todo lo que afirmó (nuestro compañero el año pasado). Y el que no lo crea, que haga la prueba. Después de la gran gracia de la vocación sacerdotal, yo no he recibido gracia más escogida.»

«Suscribo *da capo* —escribe otro— cuanto decía (nuestro compañero): con él estoy de acuerdo en que el mes de Ejercicios es, después del sacerdocio, la gracia de Dios más extraordinaria.»

Siempre el mismo entusiasmo al final, siempre la misma impresión de algo extraordinario.

Así se expresa uno de la tanda de 1959:

«Del mes en Pedreña con el P. Nieto, ¿qué puedo decirles que no adivinen? Fue un mes de cielo, guiados por la muy santa y muy experta mano de nuestro querido e inolvidable P. Nieto... Quien más, quien menos, todos han hecho con su alma lo más y lo mejor de toda su existencia. ¡Quiera Dios que todos perseveremos y mejoreros de día en día! Del P. Nieto no es precisa apología alguna: de todos es sobradamente conocido.»

Los testimonios en esta línea son interminables. El P. Del Páramo escribía ya en 1954:

«He tenido ocasión de comunicarme con muchos de los ejercitantes y puedo afirmar que todos terminan el mes entusiasmados, llenos de fervor y bríos apostólicos y muy agradecidos a Dios, porque consideran estos Ejercicios como una de las gracias más extraordinarias que han recibido durante toda su vida.»

Para no alargar indefinidamente estos testimonios, concluyamos con una valoración global de un asiduo participante en estos Ejercicios, hecha al final de los de 1963:

«Es ya la tercera vez que paso por Pedreña durante el mes de Ejercicios que da allí el P. Nieto. Este mes creo que es uno de los grandes focos de espiritualidad sacerdotal que tenemos hoy en España. Podemos decir que, lo mismo que Comillas ha sido y es un foco de elevación cultural e intelectual, Pedreña, en este mes de Ejercicios con el P. Nieto, está siendo un foco potente de elevación y de espiritualidad sacerdotal en España.»

Pero, ¿cómo dar continuidad a aquellas ansias de santificación y a aquellos entusiasmos apostólicos, después de «un chaparronazo a lo *nietal*», según expresión de uno de aquellos ejercitantes? Para eso estaba la reforma de vida. Allí quedaba fijada, muchas veces con un voto, la recomendación fundamental que hacía el Padre: la prolongada oración diaria. Allí quedaban también reflejados otros propósitos para prolongar el fruto de los Ejercicios en la vida ordinaria.

Dos eran los medios con que el P. Nieto procuraba mantener el fuego sagrado del mes: la comunicación (epistolar o personal) con el ejercitante y la práctica periódica de los ejercicios de ocho días. Se deja suponer la nueva carga que con esto se echaba sobre sus hombros el P. Nieto. Pero lo daba por bien empleado, con tal de mantener en el fervor primero a los sacerdotes. A través de las cartas a los antiguos ejercitantes podemos nuevamente oír los ecos de la voz de Dios durante aquellas semanas privilegiadas.

A este contacto epistolar —que se completaba, cuando era posible, con algún encuentro personal— añadió el Padre durante años una tanda especial para antiguos ejercitantes de mes, que solía durar ocho días completos (y alguna vez diez). Se pretendía revivir de alguna manera la experiencia del mes, así como asegurar su fruto. Mucho fue el interés que en ello puso el P. Nieto. Al parecer esta tanda surgió a principios de los años sesenta, durando nueve o diez años. Resulta singularmente interesante lo que escribe uno que la hizo en 1962 y 1963:

> «Esta es una tanda fantasma que el P. Nieto se ha inventado después de la de mes, para reventar más por Cristo.
>
> No quiero adelantar acontecimientos, pero cuando nos daba los puntos para la meditación de la muerte, en seguida nos mandaba a la habitación a hacer la hora de oración *seca*, porque decía que él no podía suplir a Dios. Y nos decía que había que seguir ganando almas después de muerto con los santos. Pues bien, yo pensaba con consuelo en el día que muera el P. Nieto; pensaba que inmediatamente el P. Rector clausuraría su habitación y se convertiría en poco tiempo en la capilla más devota, en el corazón de Comillas, donde los antiguos alumnos vayamos a decir la Misa y los actuales puedan prepararse, junto a sus reliquias, para ese sacerdocio-víctima que él explicó en la lección más trabajada y más honradamente vivida de las que se han dado en esa Universidad desde su fundación.»

Ubérrimos frutos de santidad y apostolado cosechó el P. Nieto con su mes de Ejercicios. No pocos afirman que de ellos arranca una nueva etapa mucho más plena en su vida sacerdotal. Los mismos apuntes recogidos entonces, al hilo de las charlas del Padre, sirvieron a muchos como materia de oración durante bastantes años o durante toda la vida.

En Pedreña se plasmaron también muchas renuncias, como expresión de un deseo de imitar más de cerca a Jesús. Por otra parte, el mes de Ejercicios fue motor de múltiples empresas apostólicas y misioneras.

4. *Tandas reducidas*

Sólo por las 30 tandas de mes deberíamos considerar al P. Nieto como un gran apóstol de los Ejercicios ignacianos y bienhechor del clero español e hispánico. Pero a ello hay que añadir innumerables tandas más breves, ordinariamente de ocho días.

Desgraciadamente no ha sido posible recabar información completa de éstas, pudiendo asegurarse que fueron más numerosas de lo que reflejan los datos aquí ofrecidos. Los periódicos *Alerta* y *El Diario Montañés* de Santander se referían a 80 o más tandas de Ejercicios a sacerdotes de diversas diócesis, en la semblanza que del P. Nieto publicaron a raíz de su muerte. La dificultad con que tropezamos para establecer un cómputo medianamente completo puede deducirse de estas observaciones: las llamadas *Cartas Anuales* del curso 1932-33 atribuyen al Padre Nieto nada menos que siete tandas de Ejercicios. Nada más sabemos: ni lugar, ni fecha, ni destinatarios. Por otra parte, en las cartas del Padre figuran con frecuencia expresiones tan vagas como «estuve en Ejercicios» o similares, que no nos permiten siquiera saber si los estaba practicando o dirigiendo. Otras veces habla de tandas, pero sin concretar. Así como el Padre cuidaba la conservación de la mayoría de los datos (listas, fotos, etc.) de las tandas de mes y de ellas hablaba con frecuencia en sus cartas, no ocurre así con las tandas reducidas.

Prescindiendo de *bastantes* tandas a pequeños grupos o personas individuales —y de todo lo relativo a los seminaristas—, se han podido documentar unas setenta tandas breves. La mayoría de ellas fueron de sacerdotes, pero también nos encontramos con algunas de otro tipo: obispos, religiosos, religiosas, cursillistas de cristiandad, maestros, institutos seculares, mujeres, etc.

Así como las tandas de mes tuvieron lugar casi todas en Pedreña, para dirigir las tandas reducidas hubo de recorrer el P. Nieto toda la geografía española: Alcalá de Henares, Burgo de Osma (?), Burlada, Celorio, Ciordia, Ciudad Rodrigo, Covadonga, Gijón, Las Palmas de Gran Canaria, Las Presas, Los Negrales, Madrid, Málaga, Oviedo, Pamplona, Pozuelo de Alarcón, Ronda, Salamanca, Santander, Santurde, Tarragona, Valladolid, Vitoria, etc. Eso, a pesar de que le molestaban mucho los viajes, como reconoce él repetidas veces en sus cartas.

5. *Metía fuego en el alma*

Aun en las tandas reducidas lograba el P. Nieto similares frutos a los conseguidos en los Ejercicios completos. De ahí que muchos de sus ejercitantes de estas tandas coinciden plenamente en sus valoraciones con los de los Ejercicios de mes.

La primera impresión que producía en los ejercitantes que no le conocían solía ser lastimosa. Verle tan poquita cosa, deforme y feo, ronco y destemplado de voz, no podía menos de repeler. Pero desde las primeras charlas la tanda entera estaba ya de vuelta de aquella primera impresión. Así escribe el presidente del Cabildo de Ciudad Rodrigo a propósito de los Ejercicios al clero de aquella diócesis en 1941:

> «Al aparecer el P. Nieto en el comedor, nos causó a todos una pobre impresión. Pero, comenzados los Ejercicios, todos quedamos inmediatamente admirados de su profundidad espiritual. Teníamos la impresión de hallarnos ante un alma llena de Dios.»

Esta solía ser la historia de todas las tandas. Pronto se entregaban todos, aun los más reticentes. Así comenta la hoja *Desde Cardosa* las tandas del verano de 1938:

> «¡Pobres curas de Santander tan edificantes! Dos tandas de veinticinco a los que el P. Nieto ha atizado de firme.
> —Nunca nos han apretado tanto, era el comentario obligado.»

La espiritualidad que transmitía era eminentemente cristocéntrica. Todo encontraba su última y definitiva referencia en Cristo. Así lo expresa un sacerdote:

> «Recuerdo que, empezasen sus consideraciones por la pobreza sacerdotal, por la obediencia, u otro tema cualquiera, derivaban invariablemente hacia Jesús, ideal de la vida sacerdotal y de toda vida cristiana: *porque Cristo..., porque Cristo...*, y en Cristo se quedaba, y nos lo proponía machaconamente como modelo, como estímulo, como gozo de la vida sacerdotal. Alguno de los antiguos alumnos de Comillas que asistía me comentó: durante un curso entero bajé a oirle los puntos de meditación, y siempre lo mismo, siempre lo mismo; Jesús era el centro de su vida y no sabía salirse del tema. El amor de Cristo a nosotros y nuestro amor y entrega a Cristo.»

Otro rasgo fundamental de los Ejercicios del P. Nieto —y en general de todas sus actuaciones— era su insistencia en llegar a la santidad, costase lo que costase. Ante Cristo, en Belén o en el Gólgota, siempre la misma pregunta:

—Y tú, sacerdote, seminarista, religioso, ¿te atreverás a negarle algo a ese Cristo? ¿Te vas a contentar con una medianía? Tienes que decidirte a ser santo.

Lo fundamental en los Ejercicios para el P. Nieto era la oración. Nos lo recordaba anteriormente Mons. Díaz Merchán: «Daba preferencia a aquellos temas en los que el ejercitante se encontraba centrado con Dios... Consideraba los Ejercicios espirituales como la mejor escuela para la oración.» Aunque, llevado de su incontenible ímpetu, se alargaba alguna vez en la exposición de los puntos de meditación, normalmente era sobrio, porque, como decía, su palabra no podía suplir a Dios.

> «No era difuso en sus explanaciones —dice un ejercitante—. Pero si no era prolijo, era tremendamente sólido: lo suyo eran ideas sustancialísimas, que caían como mazazos sobre el alma, por la profunda convicción con que las expresaba. Insistía mucho en la vida de oración del sacerdote, particulamente en su vida de Sagrario. Lo que él aconsejaba era lo que hacía siempre que quedaba libre. En seguida iba a clavarse ante el Tabernáculo.»

Lo principal era introducir al alma en el trato con Dios, como lo demuestra el siguiente hecho. Mucho batallaron los antiguos alumnos de Comillas de la promoción de 1946 para que el P. Nieto les dirigiese los Ejercicios en sus bodas de plata sacerdotales. No pudo ser por su estado de salud. En su lugar iría el P. Máximo Pérez, que cuenta:

> «Antes de ir a Pedreña, me encontré con el P. Nieto, que me dijo:
>
> —Amadísimo: ya sé que va a dar los Ejercicios a los sacerdotes. No tenga miedo. Tenga muy presente lo que dice Nuestro Santo Padre: que hay que dejar al Criador que se comunique directamente con la criatura (v. EE. núm. 15). Eso es lo más importante.»

Si teológicamente ésa era la verdad, no lo era menos que muchos iban a Ejercicios por él. Su participación en ellos estaba condicionada a la presencia del Padre. «Los Ejercicios del P. Nieto son él, su vivencia, su entrega, su fuego», solían decir los ejercitantes. Y eso es lo que iban buscando.

6. *Sus hijos espirituales*

El P. Nieto dirigió también innumerables tandas de Ejercicios a seminaristas, sobre todo a los de Comillas; aunque fue requerido igualmente de otros Seminarios.

Ya hemos mencionado las tandas del verano de 1949 a los seminaristas canarios. También dio Ejercicios en 1954 a los ordenandos de Monte Corbán (Santander) y en 1956 a los de Málaga. Igualmente fue llamado en 1957 al Seminario Hispanoamericano de Madrid, en 1961 al de Tarragona, en 1969 al de Pamplona, etc. Durante varios años nos encontramos con negativas del P. Rector a permitir al P. Nieto acudir a las llamadas de otros Seminarios. Es que la fama del P. Nieto había ya trascendido a otros centros, y era imposible atenderlos sin descuidar el propio.

El trato del Padre con los Obispos y Superiores de Seminarios estaba en la base de muchas de estas solicitudes. En 1956 dirigió una tanda en Covadonga para Superiores de Seminarios: allí se dan cita de los de Ciudad Real, Covadonga, Ibiza, Lugo, Oviedo, Palencia, Pamplona, Santiago, Toro, etc. También actuó como P. Espiritual en 1961 del Segundo Curso para Superiores de Seminarios, celebrado en San Sebastián, en el que tomaron parte unos cien de todas las diócesis de España e incluso de Portugal e Hispanoamérica. ¿Qué extraño tiene que estos Superiores quisieran hacer partícipes a sus seminaristas de su propia experiencia al lado del P. Nieto?

Pero, lógicamente, su tarea primordial era el cultivo espiritual de los comilleses, y a ellos entregó sus mejores energías. Resaltamos algunos aspectos:

a) *Ejercicios del comienzo de curso:* El P. Nieto se estrenó al llegar a Comillas con esta tanda.

Sin embargo, no dirigió muy frecuentemente los Ejercicios de comienzo de curso. Al parecer no pasaron de una docena de veces las que lo hizo. Pero no faltaba nunca en esos días de Comillas, para atender privadamente a los alumnos o para ayudar en confesiones o en alguna plática al que los dirigía.

b) *Ejercicios a los rezagados:* Por una u otra causa siempre había un grupo de chicos que se incorporaban más tarde al curso. Pero no por eso se quedarían sin el alimento espiritual de los Ejercicios. Para eso estaba allí el P. Nieto, aunque tuviera que echarse sobre los hombros esa carga extraordinaria. El se los dirigía en cualquier semana favorable de los primeros meses. Cuando esta tanda *extra* se hacía imposible, los rezagados se unían a los Ejercicios de los ordenandos en Adviento.

c) *Ejercicios a los nuevos filósofos y teólogos:* En otro lugar nos hemos referido a este tema. A mitad de los años cuarenta el P. Nieto dedicó varios meses de setiembre a dirigir unos ejercicios especiales a los que iban a iniciar Filosofía y Teología y a cultivarlos en el espíritu más intensamente durante todo el resto del mes, hasta la llegada de los otros alumnos. La experiencia duró cuatro o cinco veranos.

7. *Los ordenandos*

¿Cuántos Ejercicios de preparación a las sagradas órdenes dirigió? Los hechos que llegan a hacerse ordinarios acaban por no consignarse en ninguna parte. Y eso ocurrió con estas tandas en Comillas: se hizo tan connatural que las dirigiera el P. Nieto, que nadie se preocupó de dejar constancia escrita del hecho.

Un seminarista comillés desde 1930 a 1942 —es decir, desde los primeros pasos del P. Nieto en el Seminario— escribe:

> «Eran especiales los Ejercicios que precedían a nuestras diversas ordenaciones; y siempre los daba él. En aquella capilla doméstica, tan apropiada al recogimiento. ¡Cuántas gracias espirituales nos dio Dios por medio del P. Nieto!»

Si no siempre, como dice este testimonio, sí los dirigió casi siempre él. Y con sumo agrado de los ordenandos. En cierta ocasión el P. Desiderio hubo de suplirle en una meditación. Y preguntó al bedel que había ido a buscarle:

—Pero, ¿no estáis ya aburridos del P. Nieto, después de haberle oído cientos de veces durante toda la carrera?

La respuesta fue fulminante:

—Por nada del mundo querríamos prescindir de él en los Ejercicios de órdenes. Nadie podría hacernos tanto bien como él.

De este modo, el P. Nieto se convirtió en plato obligado para estos Ejercicios. Al final de la tanda de diciembre de 1954 se anota en el *Diario de los Teólogos:* «Esta mañana hemos terminado los Ejercicios espirituales. Los ha dado, *como de costumbre,* el P. Nieto.» Algo similar leemos al año siguiente: «Por la noche, a las ocho, comienzan los Santos Ejercicios de Ordenes. Plática del P. Nieto, *director nato* de estos Ejercicios.»

A pesar de lo dicho, todavía se han podido constatar más de 40 de estas tandas en el Seminario de Comillas dirigidas por el Padre. La primera de ellas, en diciembre de 1930, la dirigió en unión con el P. Olegario Corral. Todavía encontramos otra, diez años después, compartida también con otro ejercitador, el P. Fernando Sánchez. Todo el resto las dirigió él solo. Muchos son los años en que le vemos dirigiendo las tres tandas de los ordenandos: Adviento, Pascua de Resurrección y final de curso. A veces también dio otras tandas especiales a algún ordenando individualmente o a algún pequeño grupo de ellos que iban a ordenarse a otros sitios.

En estos Ejercicios ponía el P. Nieto lo mejor que tenía. Como escribiera Teixeira a su amigo Garro en 1938, los ordenandos eran «como la niña de sus ojos y el afán de sus desvelos».

Sobre los Ejercicios de ese mismo curso, escribe otro de la promoción:

> «Sea por el ambiente de ¡sacerdocio a la vista!, sea, como pienso, más bien por la temperatura espiritual del P. Nieto, el caso es que todos convenímamos en estimar que como aquellos Ejercicios no los habíamos oído jamás. Y eso que materialmente no tenía un minuto libre, por coincidir las fechas con las despedidas del alumnado.»

La novela *Sin camino...* concluye con unas pinceladas —un tanto desenfocadas— de unos Ejercicios de órdenes. Allí vemos al P. Nieto amedrentando a los ejercitantes con clamores apocalípticos al hablar de la muerte, del infierno, etc. Muy distinta es la impresión real —no novelada— de un ordenando de aquellos años de la postguerra:

> «Meditación: Muerte del sacerdote santo... En una actitud de recogimiento profundo y en tono suave iba el P. Nieto desarrollando la meditación. No exponía ideas. Creo que comentaba el *praetiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius.* Lo que a mí me impresionó fue la dulzura de su unción en un tema como la muerte, la efusión de su alma mística... Era el desahogo, la transparencia de una vida sobrenatural riquísima, sellada con los dones del Espíritu Santo... Por eso en ocasiones llegaba a cautivar. Había meditaciones irrepetibles fuera de él.»

Conservamos parte de los Ejercicios de preparación al presbiterado de 1954, tomados en apuntes. Algunos extractos nos demostrarán su fuerza expresiva:

> «Dios se complace más en la Virgen que en todos los ángeles y santos juntos. ¿Por qué? Porque está más unida a Dios. ¿Por qué? Porque la humildad cautiva a Dios. Entre los sacerdotes, no el que más sabe, ni el que tiene la parroquia más grande... Muchas veces el cura más olvidado es el que más gloria da a Dios. Un cura de Ars: seguramente el que más gloria dio a Dios de todos sus condiscípulos; y era el de menos cualidades intelectuales... Un gran talento... ¡y ahí le tienes en la cama, sin poderse mover! Entonces, ¿para qué le dio Dios el talento? Pues para eso, para que se lo sacrificase... La santidad no consiste en trabajos con un mayor o menor número de almas, sino en hacer la voluntad de Dios dondequiera que El nos ponga. Nuestra grandeza está en la unión con Dios, porque sólo Dios es grande y aquel que está unido a El... Al cura de Ars le tendrían lástima sus compañeros. ¡Qué sorpresa el día del juicio!»

Este machaqueo continuo en la disponibilidad para ocupar los puestos humildes era pieza clave de la formación dada por el P. Nieto:

«Cuando entraba en su habitación —escribe uno en *Unión Fraternal*—, empezaba muchas veces el coloquio con estas palabras, sobre todo en los últimos años (del Seminario):

—¿Cuál es la parroquia peor de la Diócesis?

Yo solía indicarle siempre la misma. Y, acto seguido, él me decía:

—Pues a esa tienes que estar dispuesto a ir.

La disponibilidad de los sacerdotes para los cargos más humildes, menos apetecidos, constituía una idea dominante en su formación ascética de los futuros sacerdotes. Recordaré toda la vida los Ejercicios espirituales previos a la ordenación sacerdotal, que él nos dirigió.»

Los Ejercicios de órdenes eran —naturalmente— un baño continuo de Sagrario y de Cruz. Oigamos:

«¡Qué felicidad, un sacerdote que ha trabajado todo el día por Dios, por la noche ante el Sagrario! Es la hora más bella de todo el día. Enseñad a la gente a ir al Sagrario, a consultar con Dios. Verán qué paz les da Dios. ¡Jesús, vengo con el corazón destrozado...! Sí, cuando venga una pena, echad *a correr* al Sagrario. O a la habitación a coger el Crucifijo. No os paréis ni un segundo a considerar el tema humanamente... ¡Reaccionad con Cristo!

La cruz es gozo sobrenatural. Por eso los apóstoles iban gozosos a la muerte. Yo en la guerra cogía el Crucifijo: Señor, tú diste por mí la vida, ¿no voy a dar la mía por ti? Me dices: Si lo hubiera sabido, no me hubiera hecho sacerdote... Entonces, ¿qué buscabas en el sacerdocio? Piensa que el sacerdote es otro Cristo y que El sufrió la cruz. Pídele gracia para amarla, pídele amor al sacrificio, y serás feliz. La cruz es el signo de predilección de Dios: mira cómo Dios se interna en el Huerto con los tres más queridos. A los que ama, los interna más en el Huerto, los interna más en el sacrificio.»

Este era el tono del P. Nieto. Y siempre en orden a suscitar la generosidad:

«Algunos, al hacer la Reforma, dicen: Sí, debería hacer esto, pero como sé que no lo voy a cumplir... ¡Amadísimo: retírate de los Ejercicios y de las órdenes! Cristo no te admitiría. Mira a Dios, mírate a ti, pide gracia. No contemos sólo con la naturaleza. Contemos sobre todo con la gracia. A Cristo en la cruz no podemos negarle nada.»

Ocho días enteros recibiendo este chaparrón, dejaba una huella indeleble en los ordenandos: «Recordaré toda mi vida aquellos Ejercicios»; «Eran un auténtico lavado de cerebro, en el mejor sentido de la palabra»; «Al acabar estábamos todos como un trapo», son algunas de las expresiones de los ejercitantes.

Tanto interés ponía el P. Nieto en que se hicieran bien estos Ejercicios, que siempre estaba dispuesto a dirigirlos, aunque fuera a uno

o dos. Y lo hacía con el mismo entusiasmo que si fueran muchos. En una ocasión se los dio a tres que iban a ordenarse fuera:

> «Nos dirigió a los tres los Ejercicios —dice uno de ellos—, con todas las meditaciones y charlas, como si fuéramos trescientos, con fe, ardor apostólico, piedad, unción, entrega completa. Nunca olvidaré aquellos Ejercicios.»

Como los Ejercicios no acababan de ordinario la víspera de las órdenes, sino algunos días antes, el P. Nieto no podía aguantar que en ese intersticio los ordenandos se disipasen.

Y, como broche de oro de aquella preparación inmediata para el sacerdocio, la hora santa sacerdotal y adoración nocturna de la víspera de la ordenación. Eran invitados el resto de los teólogos, que solían asistir masivamente. Así describe este acto Mons. Flores:

> «¡Cómo ansiaba el P. Nieto encender en el amor de Dios el corazón de los sacerdotes y obispos! Recuerdo como si fuera ahora aquella hora santa sacerdotal que tuvo con nosotros ante Jesús sacramentado la víspera de la ordenación de cuarenta y dos sacerdotes más o menos. Yo entre ellos. No se me borra aquella impresión y aquellas palabras sobre la entrega total y definitiva a Cristo; sobre la necesidad de la oración para la perseverancia y sobre los peligros a evitar. Al otro día, en la ordenación, él me sirvió de padrino y me ató las manos ungidas.»

Durante esa noche los teólogos, por grupos, velaban al Santísimo para orar por los ordenandos. Y al día siguiente las Ordenes.

El P. Nieto ponía sumo empeño en que los actos externos y el barullo del día de las órdenes no distrajesen a los neosacerdotes de lo principal. Ni siquiera la atención a los familiares debía ser razón suficiente para la disipación. No había que omitir la meditación. En todo caso alargarla. Al concluir la ceremonia solía vérsele por la sacristía, yendo de uno en otro:

—Carísimo, ya eres sacerdote de Cristo. Y ahora vete a darle gracias un rato.

Imaginemos la situación: los familiares esperando impacientes para darles los parabienes, y el P. Nieto encauzándolos hacia el Sagrario.

Con el día de la ordenación sacerdotal se culminaba un proceso muy largo. En realidad, toda la formación seminarística la orientaba el P. Nieto al sacerdocio. Pero era en la teología, sobre todo en el último año, donde se extremaban las atenciones espirituales y la referencia sacerdotal. Los meses previos a las órdenes se llevaba a cabo una auténtica campaña de mentalización sobre la trascendencia de aquel momento: murales, octavillas, guiones radiofónicos, horas de oración especiales,

Veni Creator con exposición del Santísimo, la Hora Santa, etc. Y sobre todo los frecuentes fervorines del P. Nieto, siempre que encontraba ocasión propicia. Y a veces sin encontrarla.

Era un machacar siempre en el mismo clavo, y cada vez con más fuerza, a medida que se acercaba el momento. ¡Lástima no poder reproducir aquí las hermosísimas ideas recogidas por los apuntes de varios seminaristas! En ellas se refleja a la maravilla la preparación de aquellos muchachos para el momento más trascendental de su vida a través de aquella predicación insistente de su Padre Espiritual. También la novela *Sin camino* refleja esta situación, siempre con sus ribetes literarios, pero en el fondo atinados.

El P. Nieto tenía con los ordenandos a lo largo del año diversos encuentros: les hablaba a veces en el salón de actos, les proponía puntos de meditación aparte, les hacía un minucioso examen práctico orientado a las órdenes, etc. Conservamos de su puño y letra las 43 preguntas de este examen, que cada uno debía responder privadamente.

Dos exigencias, entre otras, que aparecen en él, eran de gran importancia para el P. Nieto: tener resueltos —como él decía— el problema de la oración y el problema de la pureza. Ambos puntos debían quedar solucionados en la teología, antes de recibir las sagradas órdenes. Mucho insistía en ambos, pero sobre todo en el primero.

En todo este proceso de preparación al sacerdocio lo que en realidad hacía el P. Nieto era trasvasar a los seminaristas su propia manera de vivir el sacerdocio. Así lo expresa el Cardenal-Arzobispo de Toledo:

> «Con el amor a Jesucristo como base y fundamento de toda su espiritualidad, su alma vivió como traspasada por la conciencia viva de que el don supremo que ha hecho el Señor a su Iglesia es su sacerdocio. Vivirlo, santificarse en el ministerio sacerdotal, formar sacerdotes santos: para él no había otro ideal.»

El P. Nieto murió —como quien dice— dando Ejercicios de preparación para las Ordenes. En efecto, el último ministerio de su vida fue la dirección de una tanda de éstas a dos ordenandos del Seminario de Valladolid. No faltaba ni un mes para su muerte.

¡Hermosa manera de poner broche de oro a una vida entregada a preparar almas para el sacerdocio!

8. *Tandas especiales*

Aparte de las tandas de Ejercicios a sacerdotes diocesanos y seminaristas —las contempladas hasta ahora—, merecen también un comentario las que esporádicamente dirigió el P. Nieto a religiosos, religiosas

y otros institutos de perfección o movimientos apostólicos. Tampoco las de esta clase se han identificado totalmente.

Cierta singularidad ofrecen los Ejercicios de veinte días del verano de 1934 para 29 Hermanos de las Escuelas Cristianas en Arcas Reales. Ya los hemos mencionado. En un *Piadoso recuerdo de la tanda,* concebido en forma de tríptico, queda constancia de 30 pensamientos sugeridos por cada uno de los ejercitantes. Estas sugerencias traicionan continuamente su fuente de inspiración, que no era otra que las palabras del director de los Ejercicios: allí se habla del valor supremo de la santidad, de la absoluta necesidad de la oración, del amor a la cruz, de la dicha de poder vivir junto al Sagrario, etc. Ideas todas centrales en la espiritualidad del P. Nieto.

En setiembre de 1935 dirigió el P. Nieto los Ejercicios a los miembros de la *Alianza en Jesús por María* de Comillas. Ningún detalle más conocemos de esta tanda.

Hasta agosto de 1939 no ha podido constatarse una tanda a religiosas, sin poder precisar a cuáles. Al verano siguiente los dirige a las Hijas de San José del Hospital de Comillas, a quienes venía predicando ya desde hacía seis años el retiro mensual. Por estos años dirigió también dos tandas a las Reparadoras.

Se alude ahora a unos Ejercicios dirigidos por el Padre, no a un grupo de perfección, sino a un grupo de mujeres empecinadas en una serie de desviaciones bajo capa de perfección. Este grupo, surgido en Málaga, degeneró pronto en prácticas aberrantes, unidas a una especie de compromiso espiritual de cierto sabor exotérico. El asunto llegó a Roma, que hubo de imponer duras penas canónicas al sacerdote promotor. Pero esto no acabó con el problema, ya que aquellas mujeres perseveraron en su engaño y obstinación. Se pensó entonces en la curia malagueña que sólo una persona de tanta fama de santidad como el P. Nieto, con su fuerza de convicción, sería capaz de hacer dar marcha atrás a aquellas tozudas mujeres. Se le llamó, pues, en 1956 para que dirigiera unos Ejercicios al referido grupo. Pero ni siquiera la encendida palabra del P. Nieto, capaz de conmover a las piedras, logró el éxito apetecido. Muchas lágrimas derramó el P. Nieto a la vera del Sagrario por aquellas infelices. Cuando regresó de Málaga a Comillas, todo se le volvía preguntar a los seminaristas —ignorantes de la razón del viaje— qué había visto en Madrid y en Málaga:

—Nada, amadísimos: De mi cuarto al Sagrario, y del Sagrario a mi cuarto.

En el verano de 1957 dirigió una tanda a jesuitinas en Salamanca. Tiempo llevaba la Superiora tirando de él. Sólo accedió cuando se le hizo ver que su presencia en Salamanca sería muy provechosa espiritualmente para aquella comunidad. Afortunadamente conservamos los apuntes de una de las religiosas participantes. La oración, la mortificación,

el amor a Cristo, el Sagrario, la decisión de ser santos, la cruz, etc., son temas que retornan una y otra vez, llenos de originalidad y de fuerza avasalladora. En estos apuntes faltan íntegramente las meditaciones de la Pasión del Señor, porque, según su autora, le fue imposible escribir una palabra, embelesada por la exposición del Padre, toda llena de unción, ternura y sentimiento. Durante estos días siempre se veían religiosas haciendo cola ante el despacho del P. Nieto, para consultar con él los asuntos de su alma. Todas salieron con la sensación de haber convivido con un santo. Atinadísimas las instrucciones que dictó a la Superiora —celosamente conservadas por ella— para llegar a ser una santa religiosa y superiora.

Después de esta experiencia no es extraño que las jesuitinas hiciesen nuevos esfuerzos en los años sucesivos para lograr que el Padre les dirigiese otras tandas. Sólo en 1966 cedió, pero la inflamación de una rodilla se encargó de echar por tierra el plan.

A la conclusión del mes de Ejercicios de 1959 encontramos al P. Nieto en el Colegio «Maestro Avila» de Salamanca dirigiendo una tanda de ocho días a los Operarios Diocesanos, sus antiguos formadores en el Seminario. Había sido invitado por el Director General de la Hermandad, don Jaime Flores, oriundo como el P. Nieto de Macotera. Don Agustín, hermano de don Jaime, que practicó estos Ejercicios, escribe:

> «Eramos unos cuarenta. Ya de entrada impresionó el P. Nieto por su aspecto tan austero y penitente. Esta primera impresión se fue acentuando a lo largo de los ocho días. Particularmente debo resumir su gran impacto: primero, por su figura ascética, sobrenaturalizada; segundo, por el ejemplo de penitencia y oración continua que nos dio. Siempre que quedaba libre, estaba ante el Sagrario; y tercero, por su machacona insistencia sobre la práctica de la oración.»

En noviembre de 1964 fue el P. Nieto a la Rioja, para dar unos Ejercicios a un grupo de sacerdotes. Las Religiosas del Pilar, que atendían la casa de Ejercicios, no quisieron desaprovechar la ocasión de oír a aquel hombre, y le pidieron que les diera a ellas también Ejercicios. De este modo, el P. Nieto, con bastantes problemas de salud entonces, cargó sobre sí un doble trabajo y simultaneó las dos tandas.

Dos años más tarde las Religiosas Compasionistas insistieron al Padre para que fuera a dirigírselos a ellas en el Noviciado de Ciordia (Navarra). Quedaron maravilladas de su espiritualidad.

Años llevaban también insistiendo las Carmelitas de la Imagen de Alcalá de Henares. Allí estaba de Priora su sobrina Manuela del Santísimo Sacramento, en cuya vocación, como recordamos, tanta parte había tenido el P. Nieto. Pero mientras ella vivió, no se consiguió su ida. Iría en marzo de 1969, años después de la muerte de su sobrina. Toda-

vía hoy se hacen lenguas las religiosas de aquella experiencia espiritual con el P. Nieto:

> «Se escribía muy poco con la Madre Manuela —cuenta la actual priora—, porque decía que había que cortar los lazos de la carne y sangre. Quizá por eso tampoco aceptó venir al convento en vida de la Madre. Aceptó en 1969. Todas quedamos maravilladas de su espiritualidad y de lo poco que comía. No comía prácticamente nada. En la comunidad, decíamos: Este Padre se nos muere. Se pasaba horas y horas pegadito al Sagrario. Las Hermanas le espiaban maravilladas.»

Después de aquellos Ejercicios muchas carmelitas de esta comunidad empezaron a dirigirse espiritualmente con el P. Nieto: 40 cartas suyas conservan en el Convento como una verdadera reliquia.

La última tanda de Ejercicios a religiosas de que tenemos noticia la dio el Padre en Burlada (Navarra) en el verano de 1969; las ejercitantes fueron 57 de 17 congregaciones distintas. Son muchas las que hablan admiradas del ejercitador. Baste por todos el testimonio de la Superiora General de las Esclavas de Cristo Rey, a quienes pertenece la casa de Ejercicios de Burlada:

> «De esta tanda guardamos recuerdo en nuestro corazón, pues la persona del P. Nieto tenía algo espiritual que impresionaba. Para nosotras era una convicción su santidad.»

También dirigió el P. Nieto varios triduos a religiosas. En realidad, eran unos Ejercicios concentrados: tenemos noticia de uno a las Mercedarias de Santander en 1967, de otro a las Clarisas de Gijón en 1970, etcétera.

Otra de las tandas más singulares dirigidas por el P. Nieto fue una de mes completo a que no hemos hecho referencia especial al hablar de estas tandas: la tenida en el Seminario Seráfico de Palma de Mallorca en el verano de 1967 para franciscanos. Entre los 58 ejercitantes se encontraba el P. Provincial de aquella provincia franciscana. Lo acaecido con éste es el mejor comentario que podemos hacer a esta tanda. Había ido con la idea de practicar solamente unos días de Ejercicios, pero, captado por el ambiente que allí se respiraba, decidió continuar hasta el fin, dejando a un lado sus múltiples responsabilidades. Entusiasmado de la experiencia, le dijo al P. Nieto que, en el capítulo que preparaban entonces, iba a proponer que también los franciscanos practicasen, como los jesuitas, dos meses de Ejercicios.

También tuvo relación el P. Nieto desde los años cincuenta con la Cruzada de Santa María, fundada por el P. Tomás Morales, S. J., sobre la base del Hogar del Empleado de Madrid. La Cruzada, erigida en Pía

Unión el 8 de diciembre de 1955, se caracterizó desde el comienzo como un grupo de perfección de fuerte exigencia espiritual de inspiración jesuítica.

A finales de setiembre de 1967 les dio ocho días de Ejercicios en Salamanca. Los chicos recogieron entonces por cinta magnetofónica la palabra del Padre, que aún conservan como una «reliquia de muchísimo aprecio». El estilo recio y exigente del P. Nieto encaja perfectamente con el de aquellos muchachos, que conservan muy vivo aún el recuerdo de aquellos días extraordinarios.

A estas alturas alguien estará preguntándose si el P. Nieto no dirigió Ejercicios espirituales a sus hermanos de vocación. La pregunta es obvia. No lo es tanto la respuesta, ya que hay que decir que casi no dirigió tandas expresamente organizadas para jesuitas. Sí encontramos a algún que otro jesuita en las tandas sacerdotales de Pedreña. Los únicos ejercicios para ellos que han podido confirmarse son los que dirigió en octubre de 1948 a la Comunidad del Colegio Máximo, anejo a la Universidad de Comillas. «Los Ejercicios más profundos que he practicado», confiesa uno de aquellos ejercitantes. Los estudiantes jesuitas de esta casa pretendieron más veces que el Padre se los dirigiera, pero sin resultado. Es más, en 1948 lo hizo por una necesidad de suplencia, simultaneándolos con los de los seminaristas. La razón de esta actitud era que el P. Nieto anteponía siempre la tarea que la obediencia le había confiado, que era la formación del clero secular.

Sin embargo, sí dio el P. Nieto varios triduos de renovación de votos, tanto a la Comunidad jesuítica de la Universidad como a la del Colegio Máximo. La impresión que siempre causaba era la que una vez se anota en el *Diario de la Comunidad de Teólogos:* «Todos quedamos admirados de su sobrenatural elocuencia y de la santidad que rezumaban sus palabras.» O la que otra vez consigna un participante: «Conservo un recuerdo imborrable del fervor hacia la santidad que me hizo sentir. Cuando terminamos pude comprobar que mis compañeros habían sentido lo mismo. A mí me puso en un trance de exigencia seria en mi vida religiosa.»

Parece que, al hablar del P. Nieto, nunca se agotan las tandas de Ejercicios. Efectivamente: podríamos mencionar una a maestros en el verano de 1940, otra a un grupo de antiguas alumnas de las Religiosas «de la Enseñanza», otra en 1966 a 15 caballeros de la Junta de Promotores de Ejercicios de Santander, etc.

Pero todavía hay aspectos novedosos que comentar: la relación del P. Nieto con la Acción Católica y con los Cursillos de Cristiandad.

La relación con la primera la estableció a través del entonces famosísimo Presidente nacional de la J.A.C.E. (Juventud de Acción Católica Española), Manuel Aparici Navarro. Corría el año 1938. Aparici volvía del frente. Ingente había sido la labor de la Acción Católica en las trin-

cheras a través de los famosos *Centros de Vanguardia*, que tanto impulsara Aparici. Manolo —como cariñosamente le llamaban— era el líder indiscutible de la juventud católica de España. Pues bien, deseoso de una dirección espiritual más intensa en aquellos cruciales momentos, se fijó en el P. Nieto, escogiéndole como su Director Espiritual.

Viajó por primera vez a Comillas —casi con aureola de héroe— en la Cuaresma de 1938. También lo haría en los tres años siguientes, hasta su ingreso en el Seminario. En Comillas, Manolo practicaba privadamente los Ejercicios espirituales bajo la dirección del P. Nieto y enardecía a los seminaristas con su palabra de fuego.

Los primeros Ejercicios que Manolo practicó con el Padre comenzaron el día de San José de 1938.

Los de 1941 fueron más largos. En ellos decidió Manolo, en consulta con el P. Nieto, su ingreso en el Seminario, lo que llamaría poderosamente la atención en la opinión pública. La revista *Ecclesia* dedicaría en su número de 1.º de noviembre de aquel año un editorial al hecho.

Si el contacto del Padre con la Acción Católica se produjo en sus primeros años, en su madurez se produciría con otro movimiento apostólico: los Cursillos de Cristiandad. Su fundador, Mons. Hervás, abordaría en una importante carta pastoral de 1957 el tema de las relaciones entre los Cursillos y los Ejercicios de San Ignacio.

El P. Nieto, entusiasmado con los Ejercicios, no pudo menos de percatarse de las apasionadas discusiones que había sobre el tema y quiso conocer por dentro los Cursillos. Por eso en el verano de 1961 participó en Pedreña en uno como un cursillista más. Nada sabemos de la opinión que le mereció esta experiencia. Lo que sí sabemos es que unos años más tarde, en abril de 1965, dirige en Las Presas (Santander) cinco días de Ejercicios ignacianos a 16 dirigentes de Cursillos de Cristiandad, solicitado expresamente por el señor Obispo y Delegado Diocesano de Cursillos. Uno de estos ejercitantes escribe:

> «Me dejó un recuerdo imborrable; se adivinaba que estábamos en presencia de un santo; me llamó mucho la atención la sencillez y la espiritualidad, el tiempo que permanecía de rodillas en el suelo y la paz que sentí cuando me confesé con él.»

Y otro:

> «Fui uno de los afortunados que participé en aquellos Ejercicios con el P. Nieto. Le tengo por un santo que ya estará gozando de la gloria de Dios. Era un hombre que irradiaba santidad en toda su diminuta persona. Oir sus Misas era una verdadera complacencia. Sus predicaciones eran una maravilla: parecía que nos trasladaba al cielo... Aquello fue hace ya bastantes años, y lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Para mí el P. Nieto fue un verdadero santo

en vida, y lo mismo para todos los demás compañeros de aquella feliz tanda de Ejercicios.»

9. *Vacaciones para la eternidad*

Es necesario este breve epígrafe para valorar en su justa medida la labor del P. Nieto en el campo de los Ejercicios espirituales.

¿Cómo era el verano del P. Nieto? Este solía ser, más o menos: se cerraba el curso con las ordenaciones sacerdotales, cuyos intensísimos Ejercicios de preparación dirigía casi siempre él, como ya sabemos. Hasta los Ejercicios de los antiguos alumnos, que acababan para San Ignacio, solía practicar los suyos propios o dirigía la primera tanda. Procuraba reservar las fechas anteriores a San Ignacio para estar disponible a los antiguos alumnos que le reclamaban. La visita al P. Nieto por parte de éstos era obligada en esos días.

Por San Ignacio emprendía viaje a Pedreña, ya que agosto estuvo reservado muchos años para el mes de Ejercicios. Si no había podido hacer sus Ejercicios al comienzo del verano, solía hacerlos a continuación del mes, bien en Pedreña, bien en otro sitio. No contento con esto, todavía acostumbraba a dirigir en setiembre otra u otras dos tandas a sacerdotes, una de ellas destinada a antiguos ejercitantes de mes. Con esto, se había llegado al veintitantos de setiembre: era preciso regresar a Comillas, porque los seminaristas empezaban a llegar.

Algún escéptico pensará que se está exagerando. Pues para salir del asombro, que siga leyendo: dos veranos, los de 1960 y 1967, dirigió dos meses seguidos de Ejercicios y alguna tanda de ocho días. Este fue el verano de 1967, del que tenemos una información más precisa de las fechas: del 23 de junio al 22 de julio, Ejercicios de mes a los franciscanos en Palma de Mallorca. De Palma regresa a Comillas para atender cuatro días a los antiguos alumnos durante sus tradicionales Ejercicios de San Ignacio. Marcha en seguida a Pedreña, para dirigir la segunda tanda de mes a sacerdotes, que dura del 28 de julio al 27 de agosto. Al día siguiente comienza sus propios Ejercicios, que se prolongan hasta el 6 de setiembre, día en que inicia una tanda de ocho días a sacerdotes en el mismo Pedreña. Finalmente, del 23 de setiembre al 30 del mismo mes dirige otros ocho días a La Cruzada de Santa María en Salamanca. Y tenía entonces setenta y tres años...

Pero esto no es todo: aunque eran los Ejercicios su principal ocupación veraniega, dirigía también algunos retiros a los seminaristas, aprovechando algún día libre entre tanda y tanda. En la hoja veraniega *Desde Cardosa* se da cuenta de algunos de estos retiros, resaltando el clima de recogimiento creado por la cálida palabra del P. Espiritual.

Pero aún hay más. La correspondencia epistolar. Muchos miles de cartas salieron de su pluma. Nunca usó máquina de escribir. A semina-

ristas, sacerdotes, religiosos, religiosas, antiguos ejercitantes, personas influyentes, prelados, etc. En otra parte se ha aludido al aluvión de cartas que llegaban a Comillas para él durante las vacaciones, sobre todo de los seminaristas. A todos procuraba contestar, aunque fuese brevemente. ¿Cuándo lo hacía? Pues cuando podía. Parte por el día y parte por la noche, mientras el común de los mortales recupera sus fuerzas en el lecho.

Quizá no ha sido valorado suficientemente el apostolado de la pluma del P. Nieto. Es posible que no desmerezca en nada de su apostolado de la palabra. Desgraciadamente, la mayoría de sus miles —muchos miles— de cartas se han perdido. Unas 700 han podido recogerse hasta el presente, unas en el original, otras en fotocopia, ya que sus dueños se aferran al original como a una reliquia.

Capítulo aparte merecen las cartas y gestiones veraniegas del P. Nieto para recoger fondos y subsistencias con que atender en el curso los Comedores Infantiles y poder socorrer a los pobres.

Este era, pues, el verano del Padre. Se puede resumir en aquella frase suya, en carta a una religiosa: «Para descansar ya nos queda una eternidad.»

10. *Los medios humanos*

Todo lo anterior ha incidido casi monográficamente en el P. Nieto como un *santo* director de Ejercicios. Pero, ¿qué decir de su capacidad técnica, de su preparación humana para el desempeño de esa tarea?

Cuenta un antiguo alumno de Comillas que el gran especialista en los Ejercicios de San Ignacio, P. Calveras, le dijo durante una tanda en Loyola en 1955: «El P. Nieto hace mucho bien porque es santo, pero no forma.» No vamos a discutir tal aseveración, que incluso pudiera ser parcialmente acertada.

Sin embargo, sí conviene dejar muy bien asentado que el P. Nieto se preocupó mucho por asimilar, no solamente el *espíritu* ignaciano, sino también la *técnica* y el conocimiento teórico del libro de los Ejercicios. Sus apuntes privados delatan prolongadas lecturas de múltiples autores, empezando por el propio Calveras, al que extracta en diferentes puntos. Y, junto a Calveras, encontramos extractados de su puño y letra los más afamados comentaristas del libro ignaciano. Los apuntes más amplios están dedicados a quien pasa por el mejor —o uno de los mejores— especialistas del tema: Ignacio Casanovas. También le merecen especial atención Meschler, Espinosa Polit, Calcagno, Roothaan, etc. Tampoco falta alguna referencia al *Directorio*. Hasta el final de su vida siguió leyendo sobre Ejercicios: el día de la muerte se hallaba sobre su mesa de trabajo el libro del P. Clemente Espinosa, *Los Ejercicios de San Ignacio a la luz del Vaticano II*.

Para temas concretos acude el P. Nieto a diversos autores, aunque algunos no los aborden en el marco específico del método ignaciano, sino en un contexto más general de vida espiritual: por ejemplo, Tissot, a Lapide, P. Félix, etc., le ofrecen materia para el Principio y Fundamento. Y así en otros temas. Acude también bastante a los Santos Padres, a los autores clásicos de la espiritualidad y a artículos de revistas (Manresa, *Sal Terrae...*).

Pero gran parte de sus extractos autógrafos necesitan ser identificados en su fuente. Habría que buscarla entre los libros que manejaba sobre Ejercicios, que eran muchos: Arellano, Valensin, Ubillos, Oráa, Ponlevoy, Solanes, etc.

Así pues, el P. Nieto trabajó mucho y empleó los mejores medios para conocer los Ejercicios. Quien le conociera sólo por sus pláticas y meditaciones —en apariencia totalmente personales—, no podría sospechar el abundante trabajo que había detrás. Hasta qué punto todo ese bagaje técnico-científico influía después en sus exposiciones es un punto difícil de calibrar. Parece que influyó relativamente poco.

Algo similar habría que decir sobre la preparación inmediata de cada acto de los Ejercicios. Alguien ha llegado a decir que el P. Nieto no se preparaba para hablar. Esto no es cierto. Lo hacía de una manera precisa, siempre que le era posible, como atestiguan nuevamente infinidad de esquemas que se conservan. Algunos de ellos son incluso textos perfectamente desarrollados, susceptibles de ser leídos al auditorio. Otro problema es que después esos papeles tuvieran su correspondencia en lo dicho en público.

Apenas ha podido documentarse la presencia del P. Nieto en cursillos formativos sobre Ejercicios. No era amigo de reuniones de ese tipo.

Como se dijo antes, participó en un Cursillo de Cristiandad. Nunca se le oyó comentar nada al respecto. El siguió fiel al método ignaciano sin perder nunca la confianza en él. Lo expresó admirablemente Bernardino M. Hernando en la revista *Vida Nueva:*

> «En la polémica, tantas veces reproducida, de *si Ejercicios de San Ignacio adaptados a los tiempos,* el P. Nieto no entraba ni salía: se limitó a *darse* a sí mismo en imborrables lecciones de amor, oración y penitencia... Ni su teología, ni su pedagogía procedían de escuelas selectísimas. Es posible que su figura religiosa sea ya irrepetible; pero de lo que sí estoy seguro es de que dejó tras sí un reguero de hondura religiosa que nadie podrá borrar.»

De ahí que la técnica, posiblemente deficitaria a pesar de todos sus esfuerzos, se viera sobrepasada continuamente por el espíritu que chorreaba por todos los poros de su persona. Y el que fuera a oírle en busca de técnica estaba condenado al fracaso: a los Ejercicios del P. Nieto se iba simplemente a entregarse a Cristo, a identificarse con El. Y ahí era él un gran maestro, por encima de los afamados directores.

Capítulo VI

MAS ALLA DEL SEMINARIO

> «El sacerdote debe ser cada día más sacerdote, hasta que llegue un día en que no sea más que sacerdote» (P. Nieto, *Ejercicios de mes de 1937*).

Cuando el seminarista llegaba a la meta, es decir al presbiterado, se reintegraba a su diócesis de origen para ponerse a las órdenes de su Prelado e iniciar el ejercicio de su ministerio sacerdotal.

Pero detengamos un momento a esos neosacerdotes antes de abandonar el nido del Seminario para echar a volar por el ancho mundo. ¿Cuáles son sus sentimientos en este momento? ¿Cuáles sus más entrañables recuerdos de aquellos años vividos al calor de los muros de la casa de formación?

O abordemos, si no, a uno de aquellos antiguos alumnos de Comillas que vuelve a La Cardosa después de años de trabajo apostólico. ¿Qué le dice todo aquello ahora? ¿Qué pervive aún dentro de él de sus años de seminarista?

1. *Los curas*

Pocos años llevaba el P. Nieto como Director Espiritual de los mayores: corría el curso 1934-35. Un recién ordenado, Jacobo Cueik, de nacionalidad libanesa, se levanta en la velada de despedida y manifiesta su gratitud a Comillas «cuyas características —dice— se condensan en dos hombres: P. Delgado y P. Espiritual». Antonio Garde en 1952 ha simplificado más la simbología comillesa: «Para identificar a Comillas externamente —escribe— tendríais que recurrir a la naturaleza brava de su

alrededor. Comillas en su interior tiene también carácter de naturaleza brava. Ahí está el P. Nieto con el Principio y Fundamento a vueltas.»

Comillas y el P. Nieto son dos cosas inseparables para los curas salidos de aquel Seminario. Un fugaz paso por él bastaba para llevar grabado en el alma el semblante de aquel hombrecillo. Oigamos:

> «Un curso me bastó para comprender la maravillosa riqueza espiritual, científica, pedagógica, etc., que esa Universidad encerraba. Lo primero lo espiritual. El mayor tesoro de Comillas es su P. Espiritual y la aureola de santidad y virtud que a su alrededor difunde y a lo lejos mantiene.»

Otro insiste:

> «Aun los que no tuvimos la dicha de estar mucho tiempo en ese Seminario-Universidad, jamás podremos olvidar la orientación que supieron darnos; y, sobre todo, los flechazos del P. Nieto, que hirieron para siempre nuestro corazón.»

Un recién ordenado llega a su destino. Es el verano de 1947. Desde allí escribe al P. Rector:

> «Mi pensamiento vuela a esa *querida casona* en la que la Compañía de Jesús, como instrumento providencial de Dios, me recibió en el año 1940. Esa santa casa, para mí tan amada, pues en ella he ido recibiendo año tras año la formación sacerdotal, tanto en ciencia como en ejemplar virtud, de todos los Padres, empezando por nuestro querido y admirado P. Nieto, a quien considero como el cimiento más sólido y el baluarte más inexpugnable para la austera y firme formación de mi espíritu sacerdotal. Y lo mismo creo sucederá con todos los teólogos que han pasado por las manos del P. Nieto.»

Si avanzamos diez años, la experiencia sigue repitiéndose:

> «El año 1958, pocos días después de mi ordenación, nos invitaron los alumnos de sexto curso del Seminario Menor a un grupo de diez o doce neosacerdotes; querían hacernos una entrevista:
> —¿Cuál es el mejor recuerdo que os lleváis de Comillas?
> —El P. Nieto —respondió alguien.
> Al momento todos asentimos calurosa y unánimemente.»

De la promoción siguiente, la de 1959, conservamos incluso los testimonios de gratitud al P. Nieto de todos y cada uno de los 49 neosacerdotes. En todos se desborda la gran veneración, transida de cariño, de aquellos jóvenes curas a su P. Espiritual y el deseo de no perder el contacto con él «más allá del Seminario».

Se comprende que estos ardores juveniles no siempre tuvieran continuidad. La misma dispersión hacía prácticamente imposible mantener un contacto continuado con el antiguo P. Espiritual. Sin embargo, se

puede decir que raro fue el antiguo alumno de Comillas que no se comunicó esporádicamente con el P. Nieto. Y una coincidencia casi unánime: al cabo de los años su recuerdo seguía vivo y operante en sus vidas. Incluso agrandado. ¡Qué frecuente oír cosas de esta guisa!:

> «El paso del tiempo no sólo no borra en mí la imagen de su santidad heroica, ejercitada día a día y durante muchos años, sino que la agiganta.»

O también:

> «La figura del P. Nieto crece en mi recuerdo hasta tomar proporciones gigantescas en su dimensión de sacerdote, de religioso y de hombre de Dios. Especialmente los momentos de confusión que nos ha tocado vivir han contribuido a agrandar su figura y a poner en su merecido relieve el valor de su testimonio.»

Más de uno se lamenta por haber roto la relación con el P. Nieto después de salir de Comillas. ¿Por qué? Por lo que dice uno de ellos: Porque

> «Hombres como el P. Nieto son insustituibles y, cuando mueren, dejan un vacío que nadie puede colmar.»

Su mero recuerdo servía a muchos de potente estímulo espiritual para apartarse del peligro o avanzar más por la senda de la santidad:

> «Tengo la convicción —escribe un sacerdote— de que, si alguna vez se abatiera sobre mi alma una tempestad invernal, quizá me olvidase de todo; pero creo que, como los robles viejos en las riadas, lo último que cedería sería la memoria del P. Nieto. Creo que esto no sólo me ocurre a mí. Recuerdo la confesión de un seminarista que, en su ingenuidad, estuvo a punto de hundirse, y me decía asustado, no muy ortodoxamente: me falló Cristo, me falló la gracia, me falló todo; pero, en forma de gracia actual, me acordé del P. Nieto y escapé del peligro a toda velocidad.»

No menos conmovedoras estas otras expresiones:

> «En medio de la agitación que atribula nuestra vida y tortura nuestra fe, cuando más amenazador se presenta el horizonte, asoman a la memoria, como puntales de amarre o como indicadores del rumbo, algunos recuerdos y experiencias importantes. Entre los más consoladores ha figurado siempre el del P. Nieto... De la misma manera que quien ha amado, no puede dudar ya más del amor, quien ha sentido el influjo bienhechor del P. Nieto, no podrá dudar jamás de la santidad.»
>
> «Me ha tocado sufrir muchas tentaciones y persecuciones. La situación en que vine a encontrarme en más de un momento de mi vida sacerdotal hubieran podido explicar para mí un final catastrófico. No fue así, y por todo ello debo dar gracias ante todo a una especial

> providencia de Dios para conmigo y, en segundo lugar, al influjo espiritual que ejercieron sobre mí algunos hombres santos que Dios puso en mi camino. Entre estos hombres santos ocupa un lugar especialísimo el P. Nieto.»

Curtidos sacerdotes y celosos apóstoles descubren en su vida de hoy la benéfica, y a veces determinante, influencia de lejanísimas actuaciones del P. Nieto. Algunos incluso se ven marcados ya definitivamente por su primer contacto con él. «Llevo ya dieciocho años de sacerdocio —confiesa uno— y me oigo a mí mismo repitiendo muchas veces los mismos principios fundamentales que tantas veces nos repetía el P. Nieto.» Un misionero de Bolivia atribuye la perseverancia en su vocación a los primeros Ejercicios que dio el Padre en Comillas el año 1929. Otro sacerdote que hizo sus primeros Ejercicios en Comillas bajo la dirección del P. Nieto, cuando ingresó en el Seminario en 1941, escribe: «Nieto me entusiasmó por la rudeza de su entrega. Siempre he creído que en mis paréntesis, horas bajas, o como quiera llamárselas, he vivido en gran parte de las rentas de aquellos Ejercicios espirituales.»

Expresiones como «vivir de las rentas del P. Nieto» o similares son muy socorridas por los que tuvieron la dicha de tratarle.

El P. Nieto era para los comilleses *lo mejor de Comillas,* lo que permanecía, sin que el tiempo lograra desdibujar sus perfiles:

> «Se me han olvidado muchos esquemas de tesis —confiesa uno—; pero tengo más viva que nunca la lección del P. Nieto, *doctor magnífico* en almas sacerdotales. Para los que le conocimos, como una gracia de Dios, Comillas sin Nieto, no sería Comillas.»
>
> «Para todos los antiguos —añade otro— hablar de Comillas significaba primeramente decir: Aquel P. Nieto era una institución. El era el sostén, el recuerdo, el Padre de verdad a quien todos los problemas llegaban. Mucho le debemos todos y la misma Universidad. Sube de valor este juicio, porque lo comparten con la misma intensidad los que frecuentaron la Universidad pocos años que los que hicimos allí toda la carrera.»
>
> «Suelo repetir a veces, con evidentísima exageración —sentencia un tercero—, que lo único bueno del Seminario de Comillas era el P. Nieto. La único, cierto que no. Pero lo mejor, sí.»

Un canonista, después de sus breves estudios en Comillas, decía:

> «Dios me pedirá cuenta, en el día del juicio, de cómo he aprovechado este don de haber tenido de Padre Espiritual al P. Nieto.»

Comillas era un foco de ciencia dentro del mundo eclesiástico. Pero, al parecer, a la hora de la partida no era el más preciado bagaje el de

la ciencia. Con la confesión de ese canonista coinciden muchos. Entre ellos, Mons. Flores Santana:

> «Doy gracias a Dios —escribe— por haberme dado la oportunidad de estudiar en Comillas, no por los títulos, sino porque así pude conocer y tratar al P. Nieto: un hombre totalmente desprendido de las cosas de la tierra, lleno de fe y de amor de Dios; y, a mi parecer, practicando las virtudes casi permanentemente en grado heroico.»
>
> «Lo de menos —insiste otro antiguo alumno— era la profundidad de la ciencia de los profesores, con ser tan alta. En lo que se fijaban los que a Comillas llegaban, era en la espiritualidad del P. Nieto. El eclipsó la llegada de los grandes filósofos y teólogos de otras Universidades y Centros Eclesiásticos, como Roma, Alemania, etc.»

Su recuerdo ha trascendido las barreras de las ideologías. El P. Nieto era abiertamente tradicional. Pero oigamos lo que escribe uno de los llamados curas «progres»:

> «A pesar de todos los cambios que han sobrevenido a esta época y a todas las evoluciones personales que he atravesado, la persona del P. Nieto sigue siendo para mí punto de referencia y testimonio. Fue para mí un signo claro de la santidad de Dios y la manifestación de una humanidad profundamente entrañable.»

Muchos antiguos alumnos de Comillas suspiran por tenerle a su lado en medio de sus problemas:

> «¡Ah, P. Nieto: Cuántas veces le echamos de menos en esta vida madrileña! Dios nos le quiera conservar muchos años.»

A este testimonio en vida del Padre, añadamos al menos otro de después de su muerte:

> «Despues de treinta años de vida sacerdotal, recuerdo con frecuencia al P. Nieto. ¡Y cuánto desearía tenerlo ahora cerca, para poder consultarle y escuchar su palabra de aliento, de fe, de esperanza! Y para tener delante de mis ojos el ejemplo de su vida.»

Su recuerdo se tornaba más apremiante en la angustia de la enfermedad y de la muerte: El capellán del Sanatorio Antituberculoso «Piñor» visita en el jardín del centro al antiguo comillés Joaquín Teixeira y, para animar al enfermo, le dice:

—¡Qué bien se está aquí! Ni que fuera esto el miramar de Comillas...

Pero Joaquín responde, con la mirada lejana:

—¡Le faltan tantas cosas!: El P. Nieto, los compañeros...

O aquel otro sacerdote, que, al darse cuenta de que su terrible enfermedad le trastorna ya las ideas, exclama:

—Id a buscar al P. Nieto, que ya desvarío...

Quería que su antiguo P. Espiritual le ayudase a dar el último paso, el definitivo.

Don Antonio Gómez López-Hoyos tenía sobre su mesilla muchas frases del P. Nieto, que le servían de meditación y consuelo en su última enfermedad, y se encomendaba mucho a él, recibiendo —según decía— paz y fortaleza.

Muchas cartas de los antiguos alumnos de Comillas publicadas en su revista *Unión Fraternal* se refieren emocionadamente al P. Nieto. Y siempre con idénticos motivos: agradeciendo lo que de él recibieron, recordando alguno de sus principios ascéticos, pidiendo la ayuda de su oración y, por supuesto, testimoniando y admirando su santidad.

Los socios de *Unión Fraternal* celebraban periódicamente sus asambleas regionales. Entonces se revivían viejos recuerdos comilleses. Y, naturalmente, siempre salía a relucir el P. Nieto. Un ejemplo, entre otros:

> «Naturalmente —leemos en la crónica de la asamblea de la región centro de 1964— salieron en nuestra charla los nombres de tantos queridos y recordados Padres y alumnos... No podían faltar los nombres, entre otros, del P. Nieto: éste el primero, y siempre pasa lo mismo.»

Es que de la abundancia del corazón habla la boca.

Los comilleses no se limitaban a hablar entre ellos. Se iban haciendo lenguas del Padre por todas partes, también ante sacerdotes no comilleses. Así se expresa uno de éstos:

> «En los varios Seminarios donde he ejercido el ministerio de educador, he tenido que hablar en muchas ocasiones con antiguos alumnos de Comillas. La conversación derivaba pronto hacia alumnos conocidos, profesores, y muy en particular hacia el P. Espiritual. El testimonio era siempre el mismo: El P. Nieto es un santo. El P. Nieto es el alma de Comillas.»

Tanto le encumbraron, que algunos pudieron extrañarse de tantas alabanzas y signos de veneración, como cuando aquel Superior del Seminario de San Sebastián corre hacia el Padre y, con las dos rodillas en tierra, le besa las manos, ante la extrañeza de un grupo de sacerdotes presentes.

Con estos sentimientos se comprende que muchos, ante la imposibilidad del encuentro personal, recurriesen al contacto epistolar con el Padre. El seguía aconsejando en sus cartas a los sacerdotes lo que siempre les aconsejó de seminaristas: la oración íntima y familiar con Dios, la penitencia, la vida de Sagrario, la sumisión al Prelado, el celo sacrificado por las almas, el amor al pobre. Nada nuevo que no hubieran

oído cientos de veces; pero querían volverlo a revivir por medio de una carta suya. Era como un retornar a las raíces de la propia vocación.

El P. Nieto se las arreglaba para sacar el tiempo de debajo de las piedras —léase, de debajo del colchón— para contestar a tantos hijos espirituales dispersos por el mundo. Aquellas cartas, vulgares quizá, un tanto *standard*, hacían un bien inmenso: unas veces hacían revivir ilusiones perdidas, otras apuntalaban vocaciones vacilantes, las más traían luz y calor. Y los sacerdotes las guardaban «como reliquias, como oro en paño, como tesoros»: todas expresiones literales de sus destinatarios. Años después de su muerte muchos las conservan aún.

Se comprende también que se le buscase para la consulta, para la revisión de vida, para la reconciliación sacramental, para la práctica de los Ejercicios espirituales, para las conmemoraciones jubilares. El P. Nieto, recuerda Mons. Díaz Merchán, «conocía a miles de sacerdotes de toda España y muchos casos difíciles llegaban a él para pedirle consejo». Como cuenta el P. Quijano, el último Rector que tuvo el P. Nieto, en los años aquellos de la abalancha de secularizaciones acudían a consultarle toda clase de sacerdotes: tradicionales y «progres», afirmados en su vocación y problematizados. El era extraordinariamente abierto y acogedor para todos, y de todos hablaba bien, incluso de los problematizados y secularizados, aunque las deserciones le hacían sufrir mucho.

Algunos le buscaban para un rato de conversación y consulta, pero otros llegaban para hacer mano a mano con él un retiro o unos Ejercicios.

Se habló en su lugar de las 30 tandas de Ejercicios de mes dirigidas por el Padre durante el verano. Pero el cupo no está completo. Dirigió también varios meses completos de Ejercicios a personas individuales. Al menos tenemos noticias de los siguientes: a Jerónimo Reixach en junio de 1953, a Agustín Flores en junio-julio de 1965 y a Gregorio Coronado en 1972. He aquí algunas impresiones de don Agustín Flores, Rector entonces del Seminario de Zaragoza:

> «En aquellos días el Padre se manifestó ante mí como un hombre de Dios; un verdadero discípulo de Jesús; sin otra preocupación que la gloria de Dios; liberado totalmente de preocupaciones personales. Trataba de llevarme a Dios preferentemente por el camino del amor, la humildad, la sencillez... Desde la enfermería bajaba yo a la habitación del Padre a comunicar con él y recibir sus orientaciones. Nunca manifestó prisas o impaciencias. Como aún quedaban alumnos, tenía que atenderlos; sin embargo, supo sacar tiempo para mí... Sus exhortaciones y orientaciones iban siempre en esta dirección: amor a Dios, servicio a Dios y al prójimo; no buscarse a sí mismo, sino buscar a Dios, su gloria. Exponía con viveza la bondad y dulzura del trato con Dios. Pero también me previno contra el peligro de dejarse llevar de las dulzuras de la contemplación... La fama de santo

de que gozaba el P. Nieto quedó para mí confirmada en el trato directo con él.»

Hallamos frecuentes referencias a sacerdotes —la mayoría antiguos alumnos de Comillas— que hacían una escapada durante el curso para ir a practicar los Ejercicios anuales con el P. Nieto:

«Mano a mano con él —escribe uno que los practicó así en 1945— se aprovecha de firme. Os aseguro que no hay peligro de distraerse con las florituras del orador. Allí no queda otro remedio que llorar y hacer penitencia, carísimos. Aunque sólo sea para hacer Ejercicios, compensa el viaje a Comillas.»

Hasta los últimos meses y semanas de su vida dirigió el P. Nieto este tipo de Ejercicios individualizados.

Ya se ha aludido a los Ejercicios que, por San Ignacio, celebraban los antiguos alumnos en Comillas. No fueron muchas las veces que se los dirigió el P. Nieto. Pero tampoco fueron muchas las que faltó del Seminario esos días, ya que ésta era la voluntad de los ejercitantes. Todos querían hablar con él. Por eso, salvo compromisos ineludibles, no faltaba nunca. Muchos sacerdotes ponían incluso como condición para participar en estos Ejercicios de San Ignacio, que el P. Nieto estuviera presente, al menos unos días.

«Todos solíamos hacer con él —escribe uno— una reposada revisión de nuestra vida sacerdotal, para concluir con la confesión general del año. Salíamos como nuevos, con la misma ilusión que al dejar el Seminario recién ordenados.»

Las reuniones en Comillas de los sacerdotes jocistas era otra oportunidad para el encuentro de antiguos alumnos con el P. Nieto. El había alentado, como sabemos, este movimiento entre los seminaristas, y seguía alentándolo más allá del Seminario.

La fuerte exigencia espiritual de estos equipos jocistas sacerdotales lleva la inequívoca impronta del P. Nieto. Se pretendía que él siguiera siendo más allá del Seminario su «vivificador, orientador y sostenedor». Como medio, los miembros de los distintos equipos se comprometían a enviar cada mes a su antiguo P. Espiritual el *Boletín de Vida Espiritual*, dando minuciosa cuenta del cumplimiento de las fuertes obligaciones religiosas contraídas.

El P. Nieto estimulaba a estos sacerdotes a que siguieran en comunicación con los seminaristas. El mismo leía a éstos, sobre todo a la sección obrera de la Congregación del Teologado, las cartas en que los sacerdotes contaban sus experiencias apostólicas con los obreros.

El contacto epistolar lo completaban bastantes con las visitas a

Comillas. Los antiguos alumnos jocistas acostumbraban a reunirse en el Seminario por Pascua. Entonces se contactaba nuevamente con el P. Nieto y con los seminaristas. Oigamos cómo se desarrollaban estos encuentros:

> «El lunes y martes de Pascua —leemos, por ejemplo, en 1956— fueron llegando del sur, norte y levante de la Península ex alumnos de los tres últimos cursos, aficionados a la Teología Pastoral obrerista y algunos de ellos dedicados exclusivamente a ella. Y ¿qué hicieron aquí estos días? El primero lo dedicaron a remozar el espíritu con un retiro a fondo, como son los que da el P. Nieto. Otro medio día para tratar de métodos, problemas, soluciones... de la Pastoral obrerista y en general experiencias vividas por los asambleístas. Lo restante del tiempo, charlas con sus antiguos compañeros de Teología.»

Efectivamente, en las Actas de la Congregación Mariana se da cuenta de estos encuentros con los sacerdotes jocistas, «que —según se dice—, con sus experiencias, caldean el alma». Uno de ellos escribe:

> «Todo Comillas vibraba cuando, por Pascua, llegábamos los sacerdotes jocistas. ¡Con qué ilusión íbamos a contarle al P. Nieto nuestras andanzas y cómo gozaba él con nuestros relatos!»

Los integrantes de los equipos jocistas se consagraban a la salvación de esa clase obrera en presencia del P. Nieto ante el Santísimo expuesto, con esta fórmula:

> «Yo..., ante tu presencia, Jesús sacramentado, prometo aspirar todos los días de mi vida a la santidad sacerdotal por mi total consagración a tu Divino Corazón y al de mi Madre la Virgen Santísima, en la vida del equipo. Me comprometo a seguir fielmente, con el auxilio de tu gracia, tu vida de pobreza, obediencia, castidad y amor sacrificado a los hombres, y ofrezco mi vida y mi sacerdocio por la salvación de la clase obrera apartada de Ti.»

Otra ocasión de encuentro de los antiguos alumnos con el P. Nieto eran los jubileos sacerdotales. Alguno posiblemente no le había vuelto a ver desde hacía años, quizá desde la salida del Seminario. Oigamos a los de las bodas de plata de la promoción de 1932:

> «Nos dio puntos para la meditación el P. Nieto. Nos pareció que estaba igual que hace veinticinco años, un poco más torcido, pero más hermoso de alma. Fueron unos puntos muy sentidos y sencillos, que nos hicieron recordar nuestros años de Teólogos.»

Esto era en 1957. Los que celebran las bodas de plata en 1966, aunque hacen los Ejercicios bajo la dirección del P. Quevedo, no quieren tampoco privarse de oír al P. Nieto; por eso le piden una plática, a lo que accede gustoso.

La ilusión de muchos era que el P. Nieto les dirigiera los Ejercicios jubilares, cosa que ordinariamente no podía ser, sobre todo por los compromisos contraídos en Pedreña. Lo intentan los de las bodas de plata de 1970. Lo vuelven a intentar por todos los medios los de 1972. Para entonces su salud ya estaba muy quebrantada y no pudo ser. Todo se quedó en una breve platiquita del Padre, pero que fue suficiente para caldear los ánimos de aquellos maduros sacerdotes. He aquí lo que escribe uno de ellos:

> «No olvidaré las breves, pero inflamadas palabras que nos dirigió en las Bodas de Plata, antes de la concelebración en Comillas. El no había podido darnos los Ejercicios espirituales, como era nuestro deseo, por hallarse un poco enfermo. Pero quiso suplirlo con aquellas palabras, que en todos nosotros levantaron una hoguera, avivada por el recuerdo de tantas charlas y pláticas ardientes que nos dirigiera durante los años de vida de Seminario.»

Así narra una visita de un grupo de sacerdotes al P. Nieto uno de ellos. Es ya al final de su vida:

> «*Mi última entrevista con el P. Nieto: 24 de agosto de 1973.* Estaba en su habitación. Parecía una momia. Se hallaba con muchos achaques, pero entero de espíritu y más cerca de Dios. ¡Cuánto bien nos hizo su charla! Fue como un rejón que se nos metía dentro, en el fondo del alma. ¡Con qué fuego nos hablaba! Nos despedimos de él para ir a comer. Terminada nuestra comida, visitamos la Universidad. Allá, en un séptimo piso, hay una capilla. Entramos a visitar al Señor, y allí estaba el P. Nieto. Al vernos salió, y, en pleno pasillo, nos metió para el cuerpo otro rejón... Lo de menos eran las cosas que dijo: era el gesto, la fuerza con que las decía, hechas vida en sí mismo y animadas por una santidad que brillaba en toda su persona de pies a cabeza. La charla con el P. Nieto me pareció algo así como los sermones del cura de Ars, a quien iban a oír obispos, curas y fieles, y todos ellos volvían a sus destinos dispuestos a poner en práctica aquellas cuatro cosas sencillas y triviales, pero que se te clavaban en el alma.»

—Señor, ¿por qué te dejan tantos sacerdotes? ¿Qué pueden encontrar en otro lado mejor que en Ti?

Era algo que repetía mucho en los últimos tiempos. En la platiquita que él mismo pronunció a la Comunidad antes de recibir el Sacramento de la Unción de los Enfermos volvió sobre la idea:

—Cuando uno ha vivido y tratado con Cristo, no comprende cómo le pueden abandonar tantos sacerdotes y qué pueden encontrar fuera de El.

Los últimos tiempos dirigía los retiros espirituales a los sacerdotes del Arziprestazgo de Comillas. Todavía tres días antes de morir pudo dirigirles unas sentidas palabras.

Fue su último encuentro con los sacerdotes, por los que había gastado su existencia. Todavía en la agonía ofreció su vida y su muerte «por la Iglesia, por la Compañía, por los sacerdotes, por todo el mundo».

2. *Los obispos*

Los visitantes del viejo edificio de la Universidad de Comillas no dejaban nunca de pasar por *el claustro de los obispos*. A lo largo de sus muros se exhibían grandes cuadros con las efigies de los obispos salidos de las aulas comillesas. Resultaba casi pintoresco: españoles, hispanoamericanos, algún filipino...

Estos prelados seguían tratando al P. Nieto con la misma confianza que cuando eran seminaristas. El los tuteaba con gran naturalidad. Ellos, por el contrario, le trataban de «usted», lo que no era una señal de lejanía, sino de reverencial respeto.

Los obispos comilleses también encarecían y encarecen ante sus hermanos en el episcopado la santidad de su antiguo P. Espiritual. Como su fama se extendió entre ellos, en las altas esferas eclesiásticas se pensó en él para dirigir los Ejercicios a los prelados españoles.

Era el verano de 1961. Con su sotana raída y su maletín viejo, llega el P. Nieto a la Casa de Ejercicios de la Concepción y San Pío X de Los Negrales (Madrid). Gran contraste el de la humilde vestimenta del jesuita y los vistosos capisayos de los prelados. Las señoritas encargadas de la casa afirman:

—Llegó como un pobrecito. Pero exhalando aroma de santidad.

Aquel hombrecillo contrahecho había sido requerido por Monseñor Casimiro Morcillo para dirigir los Ejercicios. Y así lo hizo durante seis días completos, desde el 2 al 9 de julio. Su humildad le lleva a ocultar esta tanda en algunas de sus cartas. Tan sólo a su hermano se lo comunica abiertamente, aunque con una sobriedad rayana en el laconismo:

> «En Los Negrales-Madrid, di seis días completos a los señores obispos. Asistieron veintiuno y tres cardenales, porque el de Santiago estaba operado.»

Durante estos días el Cardenal de Tarragona le comprometió para que fuera a dar una tanda de Ejercicios a los seminaristas de su ar-

chidiócesis. Peticiones similares se las hicieron también entonces otros prelados, pero hubo de rechazarlas por imposibilidad material de cumplir tantos compromisos.

Precisamente a principios de ese año nos encontramos con una singular petición del Obispo Auxiliar de Barcelona, Mons. Narciso Jubany, en nombre del señor Arzobispo, que demuestra lo que en las altas esferas del episcopado se pensaba del P. Nieto. Preparaba entonces la archidiócesis de Barcelona una misión general para la gran urbe catalana. Para mejor obtener su fruto se organizó una misión previa destinada a los mismos misioneros, y en general al clero barcelonés. Por considerarle la persona más apropiada, se pensó para esta tarea en el P. Nieto. Por razones que desconocemos estos proyectos no pudieron realizarse, sustituyéndole finalmente don Angel Morta.

Pero volvamos a los Ejercicios a los obispos.

A su regreso de Los Negrales, una familia le lleva en coche de Santander a Comillas. Uno de los acompañantes bromea con él:

—¿Y qué es eso de atreverse a dar Ejercicios a los obispos?

—Carísimos, me dijeron que buscaban uno que les dijera las cosas claras. Y así lo he hecho.

Tan claras como éstas. Transcribimos literalmente de una meditación suya sobre el infierno en unos Ejercicios dados en 1967:

—Yo recuerdo hace seis años fui a dar Ejercicios a los obispos; y, al llegar a esta meditación, dije: Bueno, señores obispos, yo no sé, dicen que ahora no hablan del infierno. Yo voy a hablar. San Ignacio pone una meditación del infierno. Vamos a hacer un acto de fe ustedes y yo aquí ahora: ¡Hay un infierno! Y aunque sean ustedes prelados y cardenales, si murieran en pecado mortal, no vale decir: ¡que yo era cardenal! Nada de eso, que era cardenal... Si mueres en pecado mortal, los títulos que has tenido no te valen para nada. Para tener más infierno. Para tener más infierno. Esta es la verdad. Hagamos un acto de fe: ¡Existe el infierno!

O tan claras como éstas, según escribe Urbicio Ortún:

> «Dio Ejercicios al Episcopado y, al hablar de la cruz de Cristo, les echó en cara el uso de los valiosos pectorales de oro y pedrería:
> —Amadísimos, esa no es la verdadera cruz de Cristo; eso es lujo, ostentación, vanidad. Cristo llevó una cruz de madera, y muy pesada, y en ella derramó su sangre por nosotros.»

Esta santa audacia provenía de su desprecio de todo lo mundano. Recordando él mismo su natural apocado, sobre todo en su juventud, añadió:

—Ahora, como tengo pisoteado el amor propio y el qué dirán, no

tengo ningún miedo. Si ahora mismo me mandan dirigir los Ejercicios a los obispos, lo hago sin experimentar la más mínima inquietud.

Estas palabras, pronunciadas en 1965 en unos Ejercicios privados a un sacerdote, eran un fiel reflejo de lo que había sucedido cuatro años antes en Los Negrales.

Conservamos, autógrafas del Padre, unas *Reflexiones útiles a los obispos*, extractadas de San Alfonso María de Ligorio, que es probable fueran usadas para las pláticas de estos Ejercicios de Los Negrales. El tono de las mismas va en la línea de los ejemplos antes referidos: gran exigencia de santidad y de testimonio de vida ante el propio rebaño.

Pero no creamos que el P. Nieto era irrespetuoso con la jerarquía. Si en algo insistía a los seminaristas y sacerdotes era en la sumisión y disponibilidad total a la voluntad de sus prelados. Cuando en 1956 fue requerido telefónicamente por el Obispo de Málaga para que fuera a dar los Ejercicios a aquel grupo de mujeres descarriadas, cuenta un testigo presencial que el Padre se quitó el bonete para contestar, en señal de respeto. ¡Y estaba hablando por teléfono! Pero no era el suyo un respeto servil, sino profundamente evangélico. La fórmula de despedida que usa en sus cartas a los prelados es una perfecta síntesis de sus actitudes internas: «Con todo cariño y respeto», concluye la mayoría de las veces.

Oigamos a Mons. Díaz Merchán:

> «El respeto que manifestaba a los obispos era profundamente religioso. Pese a la amistad y confianza que tenía conmigo, el P. Nieto tuvo conmigo continuas muestras de respeto, sobre todo al estar en Oviedo como arzobispo, porque se consideraba de alguna manera como súbdito mío.»

Por su parte, Mons. Flores, comentando la correspondencia epistolar del P. Nieto con él, resalta igualmente su delicadeza y respeto con el orden episcopal.

El estilo de elevada espiritualidad, sencillez y tino pastoral de sus cartas a los prelados queda reflejada en este ejemplo. El destinatario, antiguo alumno de Comillas, había sido consagrado el año anterior:

> «Muy amado en Cristo: Tu amor a Dios, ¿va llegando a la plenitud, según el don de Cristo? Medita con frecuencia en tus relaciones con el Señor como Obispo y, como derivadas de éstas, en tus relaciones con la Iglesia, singularmente con esa de [...], en la que El te ha puesto como representante suyo. (Esa) ha de ser para ti la parte más amada de toda la Iglesia; (has de) amarla como Cristo ama a su Iglesia.

Todo obispo que no pueda decir: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi,* como decía el apóstol, carece de lo más importante y necesario para ser eficaz en su gran misión como obispo.

No te canses de trabajar apostólicamente por la salvación de sus almas: *Impedam et superimpendar pro animabus vestris.* San Pablo lo había aprendido del mismo Jesús. No olvides que ocupas el lugar —mejor, eres el Jesús visible— y tienes que dar tu vida a imitación suya, si es necesario en la cruz como El, clavado, escupido, abofeteado... *No hay prueba mayor de amor, que dar la vida por el amado.* Mientras no llegues a eso —si Dios lo quisiera—, es señal de que no amas aún con todo tu corazón a Dios y a las almas que ha puesto en tus manos.

Cuando se ama así —como Jesús, como su fiel imitador San Pablo—, San Agustín dice: *Ubi amatur, non laboratur; et si laboratur, labor ipse amatur.* Así son los santos y, como tú lo quieres ser, trabaja sin descanso, pero amando...»

No ha podido confirmarse la noticia, repetida por algunas personas, de haber dirigido también el P. Nieto una tanda de Ejercicios a los obispos portugueses. Sin embargo, sí consta la participación en el mes de Pedreña de 1962 de un obispo portugués, Mons. Antonio Cardoso Cunha, auxiliar de Beja.

También practicó unos Ejercicios abreviados con el P. Nieto, como preparación a su consagración episcopal, Mons. Emilio Benavent. Fue esto a mediados de enero de 1955.

Ya sabemos que muchos obispos procuraban que el P. Nieto dirigiera Ejercicios a sus seminaristas o al clero. No siempre era posible satisfacerlos. Ellos mismos presidían a veces estas tandas, como hiciera en 1937 Mons. Pla y Deniel. Otro tanto hizo en el verano de 1949 el Obispo de Canarias, Mons. Pildain, quien tenía al P. Nieto por un gran santo. Esta tanda la dirigió el P. Nieto en el Colegio de San Ignacio de Las Palmas desde el 31 de julio al 8 de agosto, y a ella asistieron, junto con el Prelado, medio centenar de sacerdotes. Como el P. Nieto dirigió ese verano varias tandas de Ejercicios en Las Palmas, el obispo tuvo tiempo de departir ampliamente con él. Sobre todo lo hizo en los días de descanso de la tanda de mes de los seminaristas mayores. El mismo Prelado se desplazaba esos días hasta el colegio para encontrarse con el Padre.

También presidió una de las dos tandas al clero tarraconense en setiembre de 1954 el Cardenal-Arzobispo de Tarragona, Mons. Benjamín de Arriba y Castro, que había tenido mucho interés en que fuera el P. Nieto, y por eso había solicitado su ida con ocho meses de antelación. Como ya sabemos, el señor Cardenal volvió a practicar los Ejercicios con el P. Nieto en Los Negrales, comprometiendo entonces al Padre para dirigírselos a sus seminaristas en el curso 1961-62.

Monseñor Benavent le llamó a Málaga para los ordenandos y para el clero; Mons. Doroteo Fernández le llevó a Monte Corbán; Mons. Díaz Merchán le organizó una tanda en Celorio para los sacerdotes asturianos; Mons. Fidel García quiso llevarle a los sacerdotes de La Rioja, aunque no se arregló por razón de fechas; fue su sucesor, Mons. Abilio del Campo, quien finalmente logró que fuese a Logroño en 1964; Monseñor Eugenio Beitia le pidió para los cursillistas de cristiandad, etc. El hombre de Dios atrae irresistiblemente.

Por eso mismo le buscaban tanto los prelados cuando, por cualquier motivo, acudían a Comillas. Cuenta Mariano, tantos años portero en la Universidad, que era raro el Prelado, de los muchos que pasaban por Comillas, que no preguntase por el P. Nieto. Traerían entre manos otros asuntos, pero la visita a la celda del Padre era obligada. Más de un viaje era única y exclusivamente para hablar con él:

> «Una vez atendía yo a la portería —cuenta uno de la comunidad—. Diluviaba. Se me acercan dos sacerdotes: uno era monseñor Torija, obispo auxiliar de Santander. Pregunta por el P. Nieto. Se pasó con él toda la tarde, hasta el regreso a Santander.»

Algo similar se repetía con cierta frecuencia. Y Mons. Torija no era comillés, aunque había practicado con el Padre el mes de Ejercicios en 1958. Como tampoco era comillés Mons. Jaime Flores, y allá se fue para departir con él. Siendo Director General de la Hermandad de Operarios Diocesanos le llevó también a Salamanca para dar Ejercicios a los Operarios.

El criterio iluminado de aquel hombre era lo que buscaban los obispos.

El Cardenal-Arzobispo de Toledo, refiriéndose a estas visitas, sacerdote primero y después obispo, comenta:

> «Me llamó la atención su delicadeza exquisita para no hablar de nada que no le fuese sugerido, su respeto y su veneración al que antaño había conocido como alumno, su estimación de los diversos cargos o ministerios sacerdotales, advirtiendo siempre contra toda tentación de vanagloria, amor propio o posible complacencia en los éxitos personales.»

En efecto, el P. Nieto, a la vez que veneraba las insignias episcopales o la sagrada púrpura, no tenía pelos en la lengua, como vulgarmente se dice, para recordar a sus ilustres interlocutores que ante Dios los títulos e insignias no eran ninguna credencial. Recordemos los Ejercicios de Los Negrales. Al contrario: prevenía continuamente contra los honores mundanos anejos a la dignidad episcopal. Siempre felicitaba a los que conocía, al enterarse de su promoción al episcopado o

de su ascenso en el escalafón eclesiástico, pero a la vez les recordaba que su dignidad les comprometía más con la santidad, a semejanza del buen pastor, Jesucristo.

En el trato con altos dignatarios eclesiásticos el Padre seguía los mismos criterios ascéticos que inculcaba a los seminaristas durante la carrera: nunca ambicionar los honores; más bien buscar los puestos humildes. Como muy bien recuerda Mons. González Martín, «él no daba importancia alguna al hecho de que pudiéramos ser canónigos, profesores, consiliarios distinguidos, obispos. Lo que buscaba es que fuéramos sacerdotes enamorados de Jesucristo, y nada más».

Aunque no se trataba en este caso del episcopado, sino de un beneficio eclesiástico, oigamos lo que escribe a un sacerdote:

> «Mi enhorabuena por la toma de posesión de tu beneficio. Si quieres llégate un día con tus ornamentos a Pedreña, te haré ver la vanidad de todo eso.»

La obediencia, la caridad o algún otro fruto espiritual o apostólico eran los únicos justificantes para hacer oposiciones a dignidades eclesiásticas:

> «Me he dedicado a los pobres —escribe uno desde Soria—. El cargo anejo a la canonjía de director diocesano de obras de caridad fue lo único que justificó ante el P. Nieto mis oposiciones.»

Uno de los que más trató al P. Nieto fue Mons. Díaz Merchán, Arzobispo de Oviedo:

> «Siendo ya obispo —escribe— mantuve trato con el P. Nieto, en quien siempre encontré ayuda, fortaleza y discernimiento espiritual. En el verano de 1969 comencé de nuevo los Ejercicios de mes en Pedreña con el Padre, pero no pude terminarlos, por haber sido nombrado arzobispo de Oviedo en aquellos mismos días. Después de mi traslado de Guadix a Oviedo, mis entrevistas con el Padre fueron muy frecuentes en Comillas...»

Hermosa es la siguiente anécdota, contada también por Mons. Díaz Merchán, donde se ve la delicadeza y respeto del P. Nieto ante un jerarca de la Iglesia:

> «En una de mis últimas visitas, pocos días antes de su muerte, después de haber conversado ampliamente con él, me invitó a merendar. Llegamos al comedor y me sirvió la merienda. El no pensaba tomar bocado. Le dije que me acompañara, pues no me parecía bien tomar nada yo solo. El Padre sonrió y me dijo:

—No me conviene tomar alimentos a estas horas, pero voy a acompañarte.

Se sentó y tomó una taza de leche con pastas con gran cordialidad.»

Aparte de los grandes elogios a la santidad del P. Nieto procedentes de muchos obispos, éstos respondían con muestras de afecto y respeto a los gestos del Padre. Las concretamos en los actos de las bodas de oro sacerdotales del Padre en mayo de 1970, aunque podían acumularse otros ejemplos. A Comillas acudieron, además de una treintena de sacerdotes antiguos alumnos, el Arzobispo de Oviedo, el obispo de Santander y su auxiliar. Oigamos lo que narra el primero:

«Le hicimos presidir la Eucaristía. El se resistía, pero monseñor Cirarda le dijo que era deseo de todos los obispos allí presentes y que particularmente él lo deseaba y se lo mandaba como obispo propio. No hubo más discusión. El P. Nieto actuó de celebrante principal.

José María Cirarda, después de unas palabras de felicitación al P. Nieto, le invitó públicamente a que nos dirigiera la palabra para darnos testimonio de su vocación. El P. Nieto no hizo el menor gesto de contrariedad. Se levantó y acudió al ambón para hablarnos de Dios, de lo mucho que nos ama y de la grandeza de la vocación sacerdotal, como si de sus antiguos tiempos de director espiritual del Seminario se tratara.»

Las muestras de afecto por parte de los obispos no cesaron a lo largo de toda la ceremonia. Monseñor Cirarda ayudó al Padre en la comunión como un simple monaguillo, y lo mismo a lo largo de toda la misa, sosteniendo el misal y el micrófono para que pudiese leer más cómodamente. El mismo Cirarda organizó un familiar besamanos al P. Nieto, una vez terminada la misa.

El mismo respeto, sublimado aún más por el misterio de la muerte, se repitió en sus funerales, el Domingo de Resurrección de 1974. Presidió la Eucaristía y pronunció la homilía el Prelado santanderino, Monseñor Juan Antonio del Val, concelebrando también Mons. Díaz Merchán y Mons. Elías Yanes. Las fechas impidieron a otros varios participar, como ellos mismos lo expresaron pesarosos.

Hermoso testimonio el de este humilde jesuita, formador de tantos obispos españoles e hispanoamericanos, querido, honrado y venerado por ellos como un verdadero santo.

3. *Frutos sazonados de santidad*

Al referirnos aquí brevemente a la gran virtud de algunos antiguos seminaristas de Comillas, hijos espirituales del P. Nieto, en modo alguno se pretende agotar la lista ni emitir juicios que corresponden a la Iglesia. Pero no podemos menos de mencionar *algunas* almas que, de la mano del P. Nieto, alcanzaron cotas muy altas de santidad. Se cumplió así una vez más lo de las «constelaciones de santos» de que nos habla el P. Gar-Mar. En torno al P. Nieto se formó efectivamente una verdadera constelación de almas santas. Miremos hacia algunas de sus estrellas más brillantes.

a) *José Luis Garro Abaroa:*

José Luis cursó cuatro años en Comillas, a partir de 1928. El último de los cursos Jesús *le miró*, según propia expresión; fue el día de la fiesta del Sagrado Corazón de 1932. Con permiso de su Director, el P. Nieto, se pasó todo el día ante el Sagrario. Lo que pasó aquella jornada entre el Señor Sacramentado y aquel alma, nos lo cuenta él mismo en su *Diario Espiritual*, escrito por orden del P. Nieto: «Todo aquel día me lo pasé a los pies del Tabernáculo, gustando las mieles del trato dulcísimo con mi Jesús Sacramentado... Lloré lágrimas dulces de consuelo a los pies del prisionero del Sagrario y le prometí de veras que iba a ser de allí en adelante todo para El y sólo para El, apartado del mundo, abrazado a mi querida Compañía (de Jesús).»

Bajo *la mirada* de Jesús, aquel muchacho inició la ascensión al monte de la perfección. Pero lo haría por veredas muy diversas de las que él imaginaba. El se había ofrecido para la Compañía terrena de Jesús, pero Jesús le admitiría sólo en la celeste, después de ocho años de dura purificación y embellecimiento interior. Una enfermedad nerviosa empezó a descomponer su cuerpo, y hubo de abandonar el Seminario. Marchó a su casa, en Amurrio (Vizcaya), donde poco a poco fue deformándose y paralizándose por completo. Pero ¡qué belleza de alma en medio de tanta miseria corporal!

No abandonó el P. Nieto a José Luis, a quien siguió dirigiendo por carta. Pronto tendría el enfermo que dictar las suyas a los familiares, sus pacientes secretarios, ya que él apenas si podía garabatear su firma al final. Más de una vez dijo el P. Nieto que la pérdida más dolorosa para él a causa de la ocupación de Comillas por los rojos fue la desaparición de las cartas de José Luis. Por fortuna sí conservamos las que le escribiera a partir de mayo de 1937, aunque no las contestaciones del P. Director. Componen una hermosa colección de 76 cartas, que el P. Nieto guardó siempre como un tesoro. Sus páginas destilan un inmenso cariño hacia el P. Espiritual, a la vez que reflejan la belleza espiritual de aquel alma extraordinaria.

A través de este fajo de cartas se vislumbran las coordenadas fundamentales de la dirección espiritual. Aun a riesgo de simplificar, podrían resumirse en éstas: aceptación de la cruz en unión con Cristo crucificado, esperanza en el cielo, confianza y amor sin límites a Dios.

Y junto a las cartas, el *Diario Espiritual.* No tendríamos hoy este preciado tesoro, si el P. Nieto no hubiera mantenido su decisión contra viento y marea, pues José Luis sentía gran repugnancia a cumplir la orden de escribirlo que le diera su Director. Obedeció, incluso en los accidentados ocho meses en que la guerra le hizo perder todo contacto con el Padre. ¡Cuánto suspiró en ese tiempo por su adorado P. Espiritual! No es extraño que cuando se entera, en marzo de 1937, de que el P. Nieto se halla a pocos kilómetros de Amurrio, salte de alegría su corazón. Inmediatamente le escribe a Bilbao y le hace llegar los cuadernos del *Diario.* El último mes del destierro bilbaíno se solazó el P. Nieto leyendo las maravillas que el Señor estaba realizando en el alma de José Luis.

Se extiende el *Diario* desde enero de 1936 hasta escasos días antes de la muerte de José Luis, acaecida el 21 de agosto de 1940. Pocos días después de ésta, escribe el P. Nieto una hermosa carta a los padres del muchacho, donde queda bien patente el juicio que tan edificante vida y muerte le merecen: «Con toda verdad podemos decir: ha muerto un *santo.* Así es... Un hijo santo tenían ustedes en casa... Hoy tienen un hijo santo en la casa de Dios, libre de todo llanto y dolor, lleno de todo gozo y alegría.»

Pronto pensó el P. Nieto en escribir una biografía de José Luis Garro. De ello se hablará en el apartado siguiente. También colaboró, proporcionando material, en la semblanza que sobre Garro escribió Carlos Pardo en *El Mensajero del Corazón de Jesús.* Había que dar a conocer al mundo los ejemplos de tan heroicas virtudes.

Así sintetiza Mons. Cirarda las relaciones entre el P. Nieto y este dirigido espiritual: «Fueron, a mi entender, las de dos almas santas: porque cuantos conocimos al P. Nieto, por santo le tuvimos siempre, y José Luis, purificado por dolorosísima enfermedad, llevada adelante con un amor misionero a la cruz verdaderamente admirable, *expletus in brevi, implevit tempora multa* por los caminos de la santidad.»

Al parecer, Dios les privó a ambos durante más de ocho años de la mutua visión corporal. Tuvieron muy cerca la oportunidad de verse aquel soleado día de junio de 1937, cuando el P. Nieto y Antonio Sánchez llegaron a Amurrio desde Bilbao con las maletas al hombro. Pero ni aun entonces quiso el Señor que se encontraran en la tierra. El les habrá concedido a ambos una eterna compañía.

b) *Joaquín Teixeira Alvarez Salgado:*

Amando Araujo nos ha dejado una hermosa semblanza inédita de Teixeira. En ella hay un epígrafe titulado «El director perfecto y el dirigido santo», o sea el P. Nieto y Joaquín Teixeira.

Joaquín salió del Seminario de Comillas en 1938, siendo destinado al frente como capellán militar. Pronto cayó tuberculoso. Luego unos cuantos años de edificante y fecunda labor apostólica, y finalmente la obligada inactividad hasta el ocaso definitivo en 1948. El P. Nieto siguió también dirigiendo por correspondencia a Joaquín una vez que abandonó Comillas, y bajo esa dirección el joven sacerdote escaló también cimas muy altas de santidad.

En el Seminario había sido Joaquín miembro de la sección de caridad de la Congregación mariana, y como tal acompañaba frecuentemente al P. Nieto a visitar a los enfermos del Hospital y de los remotos caseríos. También ayudaba al Padre en la confección de cilicios y disciplinas.

El curso 1937-38, el último de Joaquín en Comillas, fue muy importante para él, no sólo por ser el de su sacerdocio, sino por su relación personal con el P. Nieto. Todavía cinco años más tarde le recordará con emoción el joven sacerdote aquel «último año tan feliz que pasé al lado de Vuestra Reverencia». En sendas cartas a su paralítico amigo José Luis Garro se hace lenguas Joaquín de la labor del Padre durante aquel curso: «Nuestro santísimo P. Nieto —escribe— nos está metiendo fuego. Está terrible este año, sobre todo para los que vamos a salir sacerdotes. Parece que somos como la niña de sus ojos y el afán de sus desvelos.»

Los Ejercicios de órdenes, dirigidos por el P. Nieto, calaron muy hondo en aquel alma generosa. Entusiasmado escribía a José Luis del ejercitador: «¡Qué Padre éste! Es algo sublime.» En esos Ejercicios trazó Joaquín, con consejo del P. Espiritual, su futuro plan de vida sacerdotal, cuyos efectos perdurarán hasta su muerte. El punto de gravedad era la oración, tan recomendada por el P. Nieto.

Medio centenar de sustanciosas cartas de dirección espiritual conservó siempre el P. Nieto de Joaquín, que abarcan los diez años de su sacerdocio. En ellas se refleja perfectamente su trayectoria espiritual de fidelidad al Señor y de conformidad con su voluntad. Y no menos se refleja la estrecha relación del sacerdote con el P. Nieto. En su Director vuelca su alma por completo y sigue ciegamente todas sus orienciones. Como orientación interior confirmó el P. Nieto a Joaquín en la senda de la infancia espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús. Le contradijo, sin embargo, en la orientación exterior de su vida, apartándole de su inclinación a la Trapa y confirmándole en su sacerdocio

diocesano y parroquial. Joaquín le obedece y se entrega con entusiasmo a su ministerio.

Se deja comprender que si era blanda cera en manos de su Director a estos niveles existenciales profundos, lo era igualmente en otros aspectos más intrascendentes, que también le consultaba.

Así resume Amando Araujo, en la biografía de Teixeira, aquella dirección espiritual: «Conociéndolo a él, y conociendo a su Director..., se llega fácilmente a una explicación satisfactoria de las directrices de su técnica de dirigir: vocación a la santidad del alma sostenida con inflexibilidad, y en los pormenores condescendencia paternal; sobrenaturalismo de humildes voceros del Espíritu Santo; amor a la oración y al sacrificio y a la vida interior.» Y añade: «Tan buen dirigido tuvo la suerte de encontrar *su* Director, el que se merecía, alma gemela de la suya.»

Teixeira estaba convencido de haber encontrado en el P. Nieto al Director providencial: «Mi alma ha hallado en Vuestra Reverencia —le escribe una vez— al director que Jesús quería darme.» El P. Nieto podía decir igualmente que había hallado en Joaquín al dirigido que Jesús le tenía reservado. Y porque conocía su virtud, lo proponía como modelo a los compañeros seminaristas.

Podemos sin duda concluir que si Joaquín escaló altas cimas de santidad se debió, en primer lugar, a su fidelidad a la gracia, pero también al ejemplo y dirección del P. Nieto. Más de una vez reconoció Joaquín que su impulso hacia la santidad partió de su Director.

Pero hemos de volver a mencionar a José Luis Garro, con el que Teixeira mantenía una honda amistad humana y sobrenatural. Bien lo sabía el P. Nieto. Por eso, al morir José Luis, escribe sin tardar a Joaquín, proponiéndole se encargue de escribir una biografía de su amigo. Joaquín, con repugnancia, accede a la petición, deseando que su nombre no aparezca para nada en la empresa.

Se hallaba entonces Joaquín en La Gudiña (Orense) reponiendo sus mermadas fuerzas y empezó a dar los primeros pasos para realizar el proyecto. Pero —por razones que desconocemos— el P. Nieto cambió de plan: la biografía de Garro se escribiría en Comillas. Con la misma prontitud con que puso manos a la obra, dejó Joaquín de trabajar. Cualquier orden o contraorden del P. Nieto era para él como la palabra misma de Jesús. Meses más tarde nos enteramos de que el P. Nieto ha vuelto a solicitar su ayuda. Joaquín se encontraba entonces en Amoroce, su nueva parroquia. ¿Qué dificultades habían surgido en los planes de escribir la biografía de Garro en Comillas? Lo aclara el mismo Joaquín en carta a la madre de José Luis: «Como en Comillas andan muy atareados con el cincuentenario (del Seminario), el P. Nieto me ha enviado los apuntes (de José Luis), para que, junto con mis cartas, pueda hacer algo sobre su vida... Viendo, pues, que las cosas de José

Luis se retardaban, accediendo al sumo interés del P. Nieto de que la vida de José Luis sea luz para muchas almas, ponemos manos a la obra.»

A pesar de su salud quebrantadísima —tanto que el Jueves Santo tuvo un vómito de sangre y a finales de mayo otros tres, que le obligaron a guardar cama el mes de junio—, trabajó Joaquín no poco en la biografía. A finales de setiembre confiaba poder enviar muy pronto el trabajo al P. Nieto. Finalmente, el 12 de diciembre de 1942 le escribe: «Supongo habrá recibido a estas fechas la biografía... Ustedes corrijan, aumenten, supriman... Tal vez lo único digno de alabanza sea el cariño con que la he escrito.»

Es la última noticia que ha podido hallarse sobre este tema. Por dificultades que desconocemos, el P. Nieto no logró dar a luz el manuscrito de Joaquín, que no ha podido encontrarse. Tampoco llegó a ver la luz pública la biografía del propio Teixeira compuesta por Amando Araujo, ésta sí localizada entre los papeles del P. Nieto. Hasta en esto fueron gemelas las vidas de José Luis y Joaquín.

c) *Antonio Garde Enciso:*

El 8 de octubre de 1953 moría en Granada, tras fulgurante enfermedad nerviosa, este antiguo alumno de Comillas, con tan sólo cinco años de sacerdocio. Otro de los hijos espirituales más sobresalientes del P. Nieto.

La semblanza biográfica de Antonio sí vio la luz pública, escrita por Javier Gárriz. Uno de los pocos escritos publicados por el P. Nieto se refiere a esta biografía. Lo encontramos en la revista *Unión Fraternal* en mayo de 1957. En él agradece a los antiguos alumnos la buena acogida de la biografía de Garde que les ha enviado. Aprovecha la ocasión el P. Nieto para sugerir a sus destinatarios un examen de conciencia sobre el propio sacerdocio, tan amado de Garde, animándoles a santificarse cada vez más en él con su ejemplo. Después de expresar votos para la pronta beatificación de Garde, propone el P. Nieto a los sacerdotes tres de sus virtudes más salientes: la humildad, la fe y la devoción y amor a la Virgen María.

Grande era, en efecto, la estima que el P. Nieto tenía de la virtud de Garde. Así leemos en el libro de Gárriz: «Quien rebasa el colmo de satisfacción y no podía disimular su estima y gran veneración al mismo (a Garde) era el P. Espiritual, Manuel García Nieto, S. J., tan comedido siempre y prudente en razón de su cargo y por otra parte tan desmedido en la alabanza de Garde.» Llegó a decir de él que podría ser canonizado como San Juan Berchmans.

El P. Nieto asoció a Garde muy pronto a la Congregación mariana y al Apostolado de la Oración. El sabría unir maravillosamente la devo-

ción a los Corazones de Jesús y de María. Con el tiempo llegaría a ser secretario de la Congregación, fundador y presidente de la sección cordimariana, presidente de la sección de San Juan Berchmans, bibliotecario de la Congregación, etc. Todos cargos de confianza del P. Nieto. Y junto a María, el Corazón de Jesús. Cuando cursaba primero de filosofía tenía ya a su cargo el Apostolado de la Oración. De ahí surgió sin duda aquella especial promesa hecha ante el P. Nieto en la capilla del Hospital de Comillas de luchar por ser santo a través de la devoción al Corazón de Jesús.

Estas dos orientaciones espirituales, fundidas en una, se proyectaban hacia dentro y hacia afuera: y en ambos campos está muy presente el P. Nieto.

Antonio se confesaba con el P. Nieto dos veces por semana y acudía con frecuencia a su habitación a darle cuenta de conciencia. Esta seguía dándosela por carta durante las vacaciones. ¡Qué confianza revelan estas frases de la carta del 16 de agosto de 1943!: «La carta que más fácilmente escribo es la que dirijo a Vuestra Rereverencia, porque empiezo y acabo con lo que sale y además porque siempre está uno dispuesto a hablar del estado de su alma: si está triste, para desahose; y si alegre, para expansionarse con aquel que, después de Dios, más la ama.» Mas no se puede decir.

Una vez salido del Seminario, siguió en esto exactamente igual. Las cartas entonces se hacen más largas, más profundas. El alma navega ya por derroteros inequívocamente místicos. Pero él, a pesar de todo, quiere seguir siendo *discípulo, dirigido.* Todavía en la última carta, a dos meses y medio de su muerte, le recuerda al P. Nieto: «No me olvide, pues todavía sigo bajo su dirección.» Desgraciadamente la pérdida de las cartas del Padre no nos permite conocer las orientaciones de esa dirección. Nos hubiera gustado sobre todo saber las de los últimos tramos, los místicos. Por lo que se vislumbra a través de los textos de Garde, parece que el P. Nieto le apoyaba en dicha dirección, convencido de su autenticidad, aunque no dejaba de aconsejarle el fundamento de la humildad.

Como ocurriera con Garro, también con Garde insistió el P. Nieto para que no abandonara la redacción del *Diario Espiritual.* Se lo urgió aun durante el vicerrectorado del Seminario de Tarazona. Por estos años las notas de su *Diario* se mueven en coordenadas claramente místicas. Otro tanto hay que decir de algunas de las cartas al P. Nieto.

Al igual que Garro y Teixeira, también Garde consultaba todas sus cosas con el P. Espiritual. Lo que debía comer, los horarios que debía guardar, las penitencias que debía hacer... Pero aparte de estas cosas, consultaba especialmente las grandes orientaciones de su vida espiritual. Ya en sexto de latín se cuestionaba Garde si su camino era el sacerdocio diocesano o la vida religiosa en la Compañía de Jesús. El

P. Nieto supo dejar madurar la decisión: hasta el comienzo del tercer curso de teología no le aprobó definitivamente el camino del sacerdocio diocesano. El comportamiento del Padre en este delicado asunto lo contempla así el señor Gárriz: «Quien conozca al P. Espiritual de Comillas habrá sentido su mano suave y prudente que sabe esperar, como Dios, sin prisa, a que el interesado escoja la senda que el Espíritu Santo señale. Gran pulsador de almas, jesuita que fue párroco en tierras que trotó la monja andariega, no es capaz de alucinarse ni con ilusiones vocacionales, porque no aparta ni un momento sus ojos grandes de la eternidad.»

Para prepararse a la ordenación sacerdotal Garde hizo con el Padre Nieto un mes de Ejercicios en Pedreña, en el que trazó, con aprobación del Director, lo que él llama «Orientación de vida». Dos meses y medio antes de su muerte todavía recordaba Antonio al P. Nieto aquella experiencia espiritual.

También Garde sintió, ya desde primero de filosofía, gran atracción por el camino de la infancia espiritual de la santa de Lisieux. Ese camino se consolidó en su alma en teología, siempre con el refrendo del P. Espiritual. La amistad con Teresita se explicitó en siete jugosísimas cartas a ella dirigidas. Todas llevan la aprobación explícita del P. Nieto, y algunas aluden a él.

Mucho soñó Garde con dar forma concreta al impulso que sentía de entregarse al Inmaculado Corazón de María. Después de largas charlas con el P. Nieto, los sueños se concretaron en la fundación de la *Sección del Inmaculado Corazón de María* de la Congregación mariana. Se la llamaría vulgarmente «sección cordimariana». En ella infundió toda una mística muy personal, fuertemente influenciada por el mensaje de Fátima. En su lugar se habló ya de esta sección.

La influencia del P. Nieto sobre Garde fue decisiva para su ascensión a la santidad. El mismo lo reconocía, y tal convicción se le colaba por el subconsciente hasta los sueños, como aquel de mediados de 1945, en que el P. Nieto le bendice y al punto vence a un gran demonio. ¿Sueño, realidad, mezcla de ambas cosas?

También los demás veían en Garde un fruto maduro de la ascética y dirección del P. Nieto. Baste este testimonio de fray Rafael Moya, O.P.: «Su santidad —escribe— es el fruto de su docilidad a las enseñanzas ascéticas de sus directores espirituales; en este aspecto es un ejemplo más de la eficacia de la ascética ignaciana que se vive en Comillas.»

d) *Fructuoso Laita de Mier:*

Unos brevísimos apuntes todavía sobre otro hijo espiritual del Padre Nieto. No hacía un año que había fallecido Garde, cuando el Señor cortaba también esta joven planta del vergel comillés. Ya durante

la filosofía aparecieron los primeros síntomas de una enfermedad misteriosa: esclerosis medular en placas. A duras penas llegó Laita al sacerdocio. A principios de mayo de 1952 hubo de abandonar la Universidad. En casa mejoró algo y el obispo santanderino le nombró ecónomo de Riva de Ruesga. Unos meses bastaron para ganarse al pueblo y ganarse ante el pueblo la fama de santo. La misma que había tenido en el Seminario. Pero pronto hubo de regresar a casa. El ritmo galopante de la enfermedad le inmovilizó pronto, gustando casi año y medio las hieles de la impotencia y del dolor, hasta que llegó el fatal desenlace. No llevaba tres años de sacerdocio.

Laita fue modelo como seminarista. Pero su virtud resplandeció sobre todo en su enfermedad. Más de una vez aludió el P. Nieto al fecundo apostolado del sacerdote tendido en el lecho del dolor. Laita bebió su amor a la cruz de Cristo en las fuentes límpidas de la ascética del P. Nieto. Hermosísima su crónica de la Semana Santa comillesa de 1948, en la que se adivina su alma traspasada por las palabras del P. Espiritual: «La Semana Santa en Comillas es fervor y recogimiento... El P. Nieto, con su voz (de) tormenta y sus arranques de llama voraz, desde mucho tiempo antes, va clavando en las almas el fervor y en las frentes el recogimiento... ¡Qué pláticas y puntos de meditación!... Este ataque certero y continuo llega a su máximo de enconamiento en la plática de Viernes Santo. ¿Quién no recordará siempre con cariño esos fogonazos...?»

¡Qué buen uso haría Laita en su enfermedad de los criterios asimilados a la vera del P. Nieto! Por su presencia clamaba en el último trance:

—Llamad al P. Nieto, que ya desvarío...

Quería que fuese su palabra llena de fe la que le acompañase en ese momento, como le había acompañado a través de toda su formación sacerdotal. El P. Nieto supo valorar su entereza y conformidad y lo proponía como modelo a las enfermeras de Valdecilla, a los seminaristas de Comillas, a los ejercitantes de Pedreña...

Si hemos mencionado estos ejemplos de santidad —Garro, Teixeira, Garde, Laita— no es con la intención de cerrar la lista. Podrían añadirse otros nombres. La santidad fue floreciendo en torno al P. Nieto como las flores en la primavera. Y mucha anda repartida todavía por el mundo...

Capítulo VII

PADRE DE LOS POBRES

> «La religión cristiana no se contenta con compadecer al pobre y socorrerlo. Lo ama, lo ennoblece, lo venera y hace de él un ser sagrado... Faltar a un pobre es entre los cristianos una especie de sacrilegio.» (P. Nieto, del escrito *Grandeza y dignidad del pobre a los ojos de la fe.*)

Un mes después de la muerte del P. Nieto publicaba el P. Páramo un artículo sobre el difunto, titulado como el presente capítulo: *Padre de los pobres.* Era como le llamaban por Comillas y sus alrededores.

Lo fue efectivamente el P. Nieto, no sólo en Comillas, sino ya antes en Cantalapiedra y Santa María de Sando. Pero no es necesario repetir aquí lo dicho sobre su etapa de vida diocesana.

Sin embargo, queda mucho que decir de la etapa comillesa, aun cuando los capítulos precedentes estén esmaltados aquí y allá de esas olorosas florecillas de caridad. ¿Cómo no recordar la atención del P. Nieto a los depauperados obreros del tiempo de la II República o su infatigable solicitud por los seminaristas atrapados por la guerra en Santander y Bilbao y otras cosas por el estilo ya mencionadas?

¡Y cuánto quedará todavía en el tintero al final del recorrido! Porque el P. Nieto daba a fondo perdido, cumpliendo el consejo evangélico de que no supiera la mano izquierda lo que hacía la derecha.

1. *Los primeros, sus hijos*

Es obligado empezar por los seminaristas. El P. Nieto los quería con locura con un doble amor: sobrenatural y humano. Y porque los quería, se sacrificaba por ellos de la mañana a la noche. Bien lo sabían ellos. Lo que leemos en el *Diario de Teólogos* expresa el sentir de

muchas generaciones de seminaristas comilleses: «Que Dios le pague —leemos allí— tanto como por nosotros hace, dice y sufre.»

Obvio suponer que se gastaba sobre todo en la atención espiritual de sus dirigidos a través de Ejercicios espirituales, retiros, pláticas, reuniones y muy especialmente dirección personal. En ello ocupaba su vida de la mañana a la noche, y a veces también durante la noche. El despacho del P. Nieto estaba disponible a cualquier hora.

Pero su amor a ellos no se limitaba a lo espiritual, aunque ahí se centraba su máximo interés. Su amor se extendía también a lo material de la vida del seminarista: su salud, estudios, situación económica, etc.

Como Cristo, velaba porque los suyos descansasen: *Requiescite pusillum!* (Mc 6,31). Después del devastador ciclón que se abatió sobre Comillas en febrero de 1941, el P. Nieto «quiso que los seminaristas se fuesen a sus casas hasta la Semana Santa, para que descansasen, repusiesen sus fuerzas con más y mejores alimentos, ya que escaseaban en el Seminario, y además pudiesen hacerse las reparaciones con más calma y mejor. No lo consiguió. Los seminaristas lo pasaron mal y a la mayoría les quedó un deje de disgusto hacia los Superiores; en cambio, subió el papel, como suele decirse, del P. Nieto».

De la actitud comprensiva hacia los famélicos seminaristas de los años cuarenta ya se ha hablado en otra ocasión. ¡Hasta se gozaba en el fondo de que los robahuevos clandestinos no fueran sorprendidos! Los veía con tanta hambre sobre sus jóvenes carnes... Pero a la vez sabría infundirles criterios evangélicos para hacer frente a la situación. Muchos coinciden en la apreciación de uno de aquellos muchachos:

> «No puedo olvidar en tiempo del hambre (a partir de 1941) el esfuerzo moral del P. Nieto para que la soportáramos sin desasosiego y sin hablar del tema a ser posible; supuso para él una lucha titánica el que no se perdiera la *forma espiritual*, y lo consiguió en gran parte.»

Más de una vez se preocupó de que alguno de sus hijos más debilitado recibiese a su costa sobrealimentación. Como alguien ha dicho con acierto, se preocupaba por la salud de los demás más que por la propia. En resumen, cumplía a la perfección aquello del Concilio Vaticano II: «Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de los discípulos de Cristo» (GS, n. 1).

Pero resta un punto muy importante: las necesidades económicas. Como no podía soportar que ningún sacerdote se quedase sin Ejercicios de mes por no tener para abonar su pensión, menos podía aguantar que un candidato al sacerdocio se viera obligado a abandonar su vocación por falta de recursos económicos.

La extracción de muchas vocaciones sacerdotales de las clases humildes y la crisis económica de los años treinta a cincuenta exigía ayudas para un elevado número de seminaristas. Cientos, quizá miles de cartas escribió en busca de dinero para los alumnos necesitados. Aunque las gestiones de este tipo las llevaba con gran discreción, todos sabían, al menos de un modo general, de sus ayudas a muchos seminaristas. Lo que muchos no llegaron a vislumbrar fue la gran cantidad y el volumen de esas ayudas. Nos quedan por fortuna vestigios de esa labor. No se van a airear aquí nombres concretos, pero podrían formarse interminables listas de seminaristas socorridos por el P. Nieto. Queda constancia. Y, junto al elevado número de ayudas, la abultada cuantía. Muchos miles y miles de pesetas, en un reguero continuo, pasaban del depósito del Padre a la cuenta particular de cada seminarista necesitado. Unas veces les abonaba la pensión o parte de ella, otras les compraba la ropa, otras les pagaba la matrícula o los libros, etc.

En este reguero interminable de ayudas se dieron casos verdaderamente providenciales y bellos. Como el siguiente. Se presenta al Padre un alumno sacerdote que necesita pagar con urgencia los derechos de matrícula, sin disponer de dinero. Respuesta del P. Nieto:

—Vete al Sagrario y ora con fe.

Acto seguido avisan al P. Nieto para ir a asistir a un enfermo. La familia le entrega un sobre cerrado, que el Padre deposita junto al Sagrario. Después se encamina a la habitación del sacerdote:

—Vete al Sagrario, que ya te llegó la respuesta.

El sacerdote abre el sobre. Era la cantidad exacta que precisaba para la matrícula.

Se puede afirmar que, si fueron muchos a quienes el P. Nieto salvó su vocación por su influencia espiritual, no fueron menos a los que se la conservó por su ayuda económica.

¿Cuál era el método para conseguir tanto dinero? Uno, en apariencia sencillo, pero que sólo es capaz de emplear alguien de la talla espiritual y de la libertad de espíritu del P. Nieto. El método del llamado «sablazo». Y casi siempre por carta. No era preciso siquiera el conocimiento personal del corresponsal. Eran los mismos seminaristas los que normalmente le proporcionaban las direcciones postales de los posibles bienhechores. Alguna vez leemos en la hoja veraniega *Desde Cardosa* avisos como el siguiente:

> «Son bastantes los que han logrado despertar la vocación en chicos buenos y listos, pero faltos de recursos económicos. ¡A buscar dinero! Mandad direcciones de personas piadosas y pudientes al P. Espiritual.»

Y manos a la obra. A escribir y escribir solicitando limosna. Sin rodeos de ninguna clase. Con una motivación totalmente sobrenatural:

¿Quiere usted colaborar al logro de una vocación sacerdotal? Dios le devolverá centuplicado en bienes sobrenaturales los materiales que dé.

La delicadeza de conciencia del P. Nieto le llevaba a renovar periódicamente el permiso de sus Superiores para solicitar estas limosnas. Conservamos alguna carta suya al P. Provincial en este sentido.

Pero además de la bendición de la obediencia, sus cartas llevaban la bendición de Jesús sacramentado. Así lo cuenta Mons. Cirarda:

> «Preocupado por la situación grave de muchos pobres en la postguerra, que afectaba también a no pocas familias de seminaristas, solía escribir a personas que sabía pudientes, sin conocerlas. Las cantidades que por tal procedimiento recogía eran muy altas. Y como un día le preguntara yo cómo podrían tener tanto éxito sus cartas, me contestó:
>
> —Es que nunca las echo en correos sin ponerlas ante el Sagrario y encomendar su fruto y a sus destinatarios en muchas horas de oración. Es el sello espiritual que les pongo, que vale menos pesetas que el de Correos, pero es mucho más valioso, como puedes ver por sus frutos...»

Y con estas bendiciones llegaban a veces cantidades más pingües de lo que hubiera podido soñarse. De ahí surgió aquella historia contada a los novatos de que el P. Nieto tenía una pluma de oro, a que ya nos hemos referido.

Para interesar más a los bienhechores solía proponer a seminaristas concretos, procurando escoger a aquellos en que, además de la necesidad, confluían otras cualidades espirituales y una cierta estabilidad vocacional. El contacto personal entre socorrido y bienhechor llegaba a veces con el tiempo a ser intenso y cordial, si bien otras veces la ayuda se mantenía en el anonimato. Dos señoritas, que aportaron grandes cantidades de dinero, cuentan de este modo su relación con el Padre Nieto y con el seminarista socorrido:

> «Nosotras le conocimos cuando él nos propuso, como seminarista (a quien ayudar), a F. E. Le gustó, por ser éste un chico espiritual, que es lo que más le interesaba. Cuando íbamos a Comillas, procurábamos ver al Padre, que siempre fue muy amable y bondadoso con nosotras. Lo apreciábamos mucho. Ya se veía lo que era. F. E. nos hablaba mucho de él. Nos decía que era un verdadero santo. El lo quería mucho.»

Era la fama de santidad del P. Nieto lo que movía los corazones y los bolsillos. Lo expresa muy bien el P. Reino, que tan íntimamente le trató: «Ayudaba —dice— a muchos seminaristas. Para ese fin escribía a personas adineradas para lograr ayuda a seminaristas pobres. Dada su fama de hombre de Dios, la petición del P. Nieto era un aval

para que las personas a cuya puerta había llamado, respondiesen y sufragasen los estudios de seminaristas necesitados.» Y así lo afirma de sí mismo un famoso banquero, que llegó a ostentar, entre otros cargos públicos, el de ministro del Gobierno español: «Yo recuerdo sólo de él, en las pocas veces que tuve la oportunidad de saludarle, que irradiaba santidad y por ello las peticiones que me hacía, no dudaba nunca en atenderlas.» No es el único que lo dice.

Por fortuna conservamos bastante completa la correspondencia entre el Padre y este gran bienhechor. Ella puede servirnos de paradigma para iluminar otras tantas situaciones similares. 37 cartas del Padre entre 1941 y 1964 conserva esta persona como una reliquia. De hecho la relación entre ambos duró prácticamente hasta la misma muerte del Padre Nieto.

En 1940 enviaba ya una beca de 1.500 pesetas para un seminarista de tercer curso, F. L. R. La grave situación alimenticia del Seminario del curso siguiente obligó a subir la pensión. A la vez que se lo comunica el P. Nieto, le añade:

> «Una súplica: si sabe usted de alguna persona que quiera ayudar a algún seminarista, agradecería me lo indicara. Han tenido que marchar algunos por no poder pagar la pensión y quizá tengan que irse más. Es muy triste y doloroso.»

El bienhechor abonó la diferencia de la nueva pensión. Así se lo agradecía el Padre, con una idea muy repetida en sus cartas a los bienhechores:

> «Agradecidísimo a tanta generosidad y bondad, pido a Jesús todos los días pague a usted con largueza en bienes temporales, pero especialmente en bienes espirituales; especialmente le conceda la gracia de no morir sin ser santo.»

El generoso bienhechor seguía enviando al Padre curso tras curso la pensión de su protegido, que iba aumentando paulatinamente. Pronto se establece una relación más personal entre el P. Nieto y su corresponsal: en las cartas empiezan a aparecer datos de la vida del Seminario y de la familia del bienhechor. Será el mismo corresponsal el que, convencido de la santidad del Padre, pida su recuerdo ante el Señor. No quería el P. Nieto otra cosa que situar la mutua relación en ese terreno.

A finales de 1942 le añade el Padre: «Hay en ésta dos niños huérfanos de padre que necesitan ayuda; si sabe de alguna persona que desee ayudarles, le agradecería me avisara.» Bastante explícita la insinuación.

La pensión sigue su ritmo ascendente. La carta de febrero de 1944 muestra, una vez más, la solicitud maternal del P. Nieto por la salud de sus hijos:

> «El seminarista F. L. R. por usted favorecido se halla un poquito delicado, y por eso le he aconsejado tome alguna cosita extraordinaria en la comida. Supongo no tendrá usted inconveniente, si alguna otra pequeña cantidad tuviera que enviar.»

La escasez de alimentos hacía en efecto estragos por aquellos años en la salud de no pocos seminaristas. De nada valió en este caso la sobrealimentación. El chico hubo de marchar enfermo a casa. El Padre suplicó entonces a su bienhechor se hiciera cargo de otro seminarista. De este modo pudo disfrutar de la beca desde 1946 el seminarista V. S. V. Desde entonces, hasta su ordenación sacerdotal en 1952, este bienhechor cargó generosamente con todos sus gastos ordinarios y extraordinarios. De todos va dándole cuenta puntualmente el P. Nieto, que no se cansa nunca de pedir, si es para sus hijos. A cerca de 7.000 pesetas asciende lo abonado a este seminarista el último curso de la carrera. Durante varios cursos se ve obligado el Padre a solicitar el pago de la pensión por adelantado, pues la Administración del Seminario anda apurada.

Pero el P. Nieto no se contenta con que sea él personalmente generoso. Trata de convertirlo en apóstol de tan noble causa. Y lo hace con estos tonos:

> «Si puede hacer algún apostolado entre sus amistades en pro de estas ayudas a seminaristas pobres, no deje de hacerlo. Me parece que es la limosna más grata al Señor, pues con ella se coopera a formar el *alter Christus*, y son varios los necesitados. Dios se lo pagará en la tierra y en el cielo.»

Cuando V. S. V. llegó a la meta del sacerdocio, el Padre le propuso a J. A. R. «que va a cursar primero de Filosofía —le escribe— y cuya vocación parece ya segura». También este nuevo seminarista llegó al sacerdocio.

Los que no conocieron al P. Nieto no entenderán fácilmente que todavía se atreva en 1954 a pedir ayuda a la misma persona para dos subdiáconos que necesitan ropa, breviario, etc. Y siempre con el mismo resultado positivo.

En 1960 el dadivoso bienhechor ostenta el cargo de director nacional de Auxilio Social. El P. Nieto aconseja a otro seminarista solicitarle una beca de dicha entidad benéfica. Como el chico no tiene derecho a disfrutarla, el bueno del director responde al Padre que, si el chico lo merece, está dispuesto a becarlo él personalmente, con tal de ha-

cerlo de modo anónimo a través del P. Nieto. No se llevó a efecto el plan, porque el mismo Padre le disuade, ya que el seminarista en cuestión no era modélico en su conducta. Pero le añade: «El próximo curso quería proponer a usted otro seminarista. Ahora quedan algunos con algún déficit y andan apurados, porque no les permiten examinar, ya que la Universidad tiene unos dos millones de déficit, que va aumentando cada año porque no cubre gastos la pensión, dado el coste de la vida.» En efecto, a comienzos del curso 1960-61 le escribe:

> «Quiero exponer a usted el caso siguiente: F. A., que empieza este año el tercer curso de Teología.., me proponía el otro día interrumpir dos años sus estudios para trabajar y ganar alguna cantidad, con el fin de pagar su pensión. Tiene una beca de 6.000 pesetas. La pensión este año ha sido elevada a 10.500 pesetas. Tiene que hacerse sotana y comprar breviario para sus Ordenes y adquirir libros de texto; el año pasado iba a estudiar a la Biblioteca por no tener ni los libros de texto. Es un seminarista modelo. Escribo a usted pidiendo humildemente quiera ayudarle. El vendrá a necesitar unas 8.000 a 10.000 pesetas. Espero de su generosidad y caridad esta limosna para formar a un ministro del Señor.»

Como otras veces, tampoco en ésta hubo dificultad y a vuelta de correo recibió el P. Nieto el cheque con la beca completa.

Los años siguientes fueron otros teólogos los beneficiarios: J. M. R.; R. M., etc. Así hasta el traslado de los seminaristas mayores a Madrid.

El agradecimiento a los bienhechores era una nota característica del P. Nieto. Ofrecía por ellos algunas misas, les felicitaba el santo y las Pascuas. Y, naturalmente, agradecía por carta cada una de las limosnas. Este mismo agradecimiento lo inculcaba a los favorecidos. Hasta veinticinco años después de la ordenación sacerdotal aconseja a un sobrino suyo escribir y ofrecer misas por su antigua bienhechora de Seminario.

Decíamos que el caso referido era paradigmático para comprender situaciones similares. Naturalmente que la respuesta no era siempre tan espléndida. Si la ayuda de este caritativo bienhechor la tenía asegurada el P. Nieto a perpetuidad, otras veces tenía que ir conquistando palmo a palmo el terreno, con muchísimo trabajo y no tantos resultados, aunque éstos solían ser por lo general consoladores.

Como es lógico, acudía de ordinario a personas ricas. Pero no podía desdeñarse el evangélico óbolo de la viuda. Por eso pedía incluso a los mismos seminaristas para sus compañeros necesitados. Durante algunas Navidades organizó entre ellos una rifa llamada «pro seminarista pobre». Emociona que a un pequeño, beneficiario él mismo de una beca, le escriba un verano: «No dejes de recoger alguna limosna, aun-

que sólo sean 10 pesetas para ayuda de un seminarista pobre; lo que puedas.»

El P. Nieto confiaba mucho en la Providencia divina. Sin caer en la temeridad, solía animar a ir al Seminario, aunque la familia no tuviese recursos suficientes. Ya se conseguirá ayuda, decía. El año 1941 solicitaba a un seminarista direcciones de personas pudientes, para ver si lograba ayuda para otros hermanitos que también querían ser seminaristas. Ante la resistencia de la familia a dar el paso, contesta al seminarista:

> «Siento mucho no puedan venir tus hermanos; pero, como dices son muchas pesetas, desde luego creo que por lo menos para este año sí lograría la pensión, no lo de la ropa. Es decir, que podría —escribiendo— obtener 4.000 pesetas. Hoy ya puedo ofrecerte 2.000 para uno. La seguridad para todos los años no puedo ofrecerte, aunque yo creo que empezando un año, continuarán pagando los siguientes. Tú desde luego puedes venir. Escribiré hoy a esas personas cuya dirección me envías... Empieza esa novena de confianza al Sagrado Corazón para que abra los bolsillos.»

Y se abrieron los bolsillos, y hoy los tres hermanos son unos excelentes ministros del Señor.

Ayudaba a todos cuantos podía; pero tenía muy en cuenta el comportamiento del candidato a la ayuda y su aprovechamiento en los estudios. Había que procurar que los sacrificios de los bienhechores se empleasen en chicos que infundiesen buenas esperanzas. Conocemos el caso de aquel generoso bienhechor a quien el Padre disuadió de becar a un seminarista, que no se portaba bien. Lo mismo ocurría en cuanto al aprovechamiento en los estudios. Así escribía en 1944 a un sacerdote que tenía un hermanito en el Seminario:

> «Respecto a la ayuda económica, si no mejora en sus estudios, será difícil hallarla, porque desean los bienhechores se les envíen las notas; y nadie se presta a ayudar a un niño que no apruebe sus estudios. Si aprobara, yo creo hallaría alguna ayuda.»

A pesar de todo, por complacer al sacerdote, que era antiguo alumno de Comillas, escribió a don Cándido Casanueva Gorjón, antiguo Diputado en Cortes y colaborador de Gil Robles en la Constitución de la C.E.D.A., quien le pagó la pensión de aquel curso. Pero el P. Nieto tenía con don Cándido miras más amplias, pues pensaba proponerle la fundación de una beca.

La respuesta del Padre al sacerdote, que no se atrevía a entrevistarse con el bienhechor de su hermano, refleja a las mil maravillas su talante espiritual:

> «Muere más a ti mismo y al mundo —le dice—. Ese reparo en hablar a don Cándido es una verdadera señal que todavía el mundo hace presión en tu voluntad.»

Tales respetos humanos no contaban en el P. Nieto, si se trataba de la gloria de Dios y el bien de las almas.

Se ha pretendido ilustrar con unos cuantos casos el proceder del Padre en la búsqueda de ayuda económica para los seminaristas pobres. Pero éstos son tan sólo algunos entre mil. Podemos suponer el dispendio de energías, tiempo y descanso personal que esto le costó. Pero todo lo daba por bien empleado por sus queridos seminaristas.

2. *La pedagogía del amor*

Sólo quien da a manos llenas como el P. Nieto está legitimado para pedir y sólo quien ama sin reservas como él es capaz de enseñar a amar. El P. Nieto no sólo amó inmensamente al pobre y al humilde, sino que enseñó a amarlo en una excelente «pedagogía del amor», formó apóstoles del amor.

Cuando aquellos seminaristas de Comillas se ponen a recordar a su antiguo P. Espiritual, en seguida sale a colación la impresión que les ha dejado en el alma esta faceta de la vida del Padre. Así se expresa uno de ellos:

> «Creo que tan importante o más que la acción directa con los pobres, fue la educación y mentalización que con ella realizaba el P. Nieto con los seminaristas, inculcando teórica y prácticamente en nuestra formación sacerdotal el interés y el amor a los pobres por amor a Cristo pobre y como exigencia de la caridad evangélica. Sería imposible medir el fruto de tal labor, pero estoy seguro que gran parte del trabajo pastoral de los numerosos sacerdotes comilleses llevó y lleva la impronta de esta formación.»

Cada uno resalta un aspecto de esta singular pedagogía del amor, coincidiendo todos en el fuerte impacto que causaba en el alma el trato del Padre con los menesterosos.

Esta *pedagogía* empezaba por una mentalización dentro de los muros del Seminario y se completaba con el contacto directo con los pobres. El P. Nieto era el alma de todo el proceso.

Si hojeamos los Diarios de las Comunidades o las Actas de las Congregaciones, nos damos cuenta en seguida de esa labor mentalizadora del Padre. Su palabra vibrante no dejaba escapar ocasión alguna de herir el corazón de aquellos generosos muchachos con un acerado al-

filerazo: los pobres eran los predilectos de Jesús y tenían que serlo también de los pastores de almas.

De una u otra manera, el tema afloraba en toda su actividad como P. Espiritual. Sus pláticas o exhortaciones ordinarias, aunque no tratasen específicamente el tema del amor al pobre, solían aludir a él.

Al menos durante los años de la postguerra se sintió la necesidad de institucionalizar de alguna manera esta catequesis sobre la caridad con los necesitados. Y así vemos al P. Nieto durante esos años dirigirse mensualmente a los seminaristas para hablarles del amor a los pobres. A ese día se le bautizó como «día de la caridad». Así se nos habla de él en una crónica de 1948:

> «El tesón y el amor a los pobres, hecho súplica y práctica en nuestro P. Nieto, es el que da la vida y se infiltra como lluvia benéfica en los corazones... Una vez al mes se celebra el día de la caridad. La oración de la mañana, ya de vísperas, se procura matizar con alguna enseñanza evangélica íntimamente relacionada con el tema de los pobres. Se vive el día entero desgranando un rosario de oraciones y sacrificios por ellos también, y a la tarde, antes que se apague el rescoldo de ese fuego, se recoge (para los pobres).»

De ese modo las cosas no se quedaban en mera teoría. Estas colectas periódicas eran una expresión concreta del espíritu de sacrificio de los seminaristas en favor de los necesitados. Hay que decir, en honor a la verdad, que, sobre todo en los difíciles años de la postguerra, era poco lo que se recolectaba. ¿De dónde lo iban a sacar unos muchachos que eran los primeros necesitados de ayuda, al menos muchos de ellos? Pero sus pesetillas —a veces incluso sus céntimos— tenían sin duda más valor a los ojos de Dios que los millones de otros rumbosos donantes.

Más importantes eran los fondos en especie que el Padre recogía entre los alumnos. ¡Cuántos se privaban del pan y de la fruta, o de parte al menos, para entregárselo al Padre! Más aún, parte de los sabrosos paquetes que bastantes recibían de sus familias, sobre todo en Navidades, también pasaba a engrosar el almacén de provisiones que el Padre tenía en su habitación con destino a los pobres.

Tanta era la generosidad de los chicos, alentada por las palabras del P. Espiritual, que hubo que moderarla, en atención a la ya pobre alimentación de aquellos tiempos. Y esto era lo maravilloso: que tales privaciones no provenían de chicos hartos, sino de chicos hambrientos. En enero de 1945 se acordó por los consultores de la casa lo siguiente: «Restringir en serio el exceso que se ha ido introduciendo y que se dé como antes sólo *las sobras* del cocido, sin que los particulares, sean o no jesuitas, dispongan de lo que para su alimentación personal se les da, en favor de los pobres, por ejemplo, el pan y los postres.»

Los excesos, en efecto, se habían dado.

El P. Nieto sabía valorar los sacrificios de los seminaristas en favor de los pobres. Recuerda uno que «si se quería darle una satisfacción, no se tenía que hacer otra cosa que entregarle algo para sus pobres». Años más tarde defendería él estos gestos de generosidad. Lo narra Abelardo de Armas en una Ponencia presentada al XVI Congreso de Amigos de la Ciudad Católica:

> «Vi un día al famoso jesuita, P. Manuel García Nieto, que ya ha empezado a vivir (está en la eternidad), un santazo, discutir en las Escuelas de Cristo Rey de Valladolid con un sacerdote joven. Este le decía al P. Nieto:
>
> —Hoy la juventud es más auténtica que antes.
>
> Contestó el P. Nieto, que dicen que era tan santo como feo...:
>
> —¿Qué es más auténtica...? Antes venían los seminaristas y decían: P. Nieto, tome usted, que he recibido un paquete de comida, y como tiene usted sus pobres, déselo a ellos... Y eso ocurría en la época del hambre. Ahora hablamos todos de la justicia social, de la igualdad, del amor, de la justicia distributiva. Pero resulta que ahora los seminaristas no me dan nada y se gastan un dineral en tabaco.»

Sus cartas a los seminaristas durante las vacaciones de verano y a los sacerdotes antiguos alumnos no olvidaban tampoco a sus queridos pobres. «Todos los veranos nos escribía —dice uno— para que realizásemos obras de apostolado, como visitas a los enfermos, etc.» Su estilo queda reflejado en este trozo de una carta a un seminarista:

> «No dejes de hacer lo que puedas por la campaña de los pobres, que Dios paga eso muy bien acá y allá. Diles eso a los que les pidas: que es una manera de comprar el cielo a poco precio; por unos pocos garbanzos de los que el Señor les dio pueden comprar un buen puesto en la gloria. Dile a P. y demás de por ahí que trabajen en ello con interés, como si fuera para que pudiera comer este invierno el Niño Jesús.»

La *campaña veraniega* de que aquí se habla tenía como objeto conseguir fondos y alimentos para socorrer a los pobres de Comillas durante el curso siguiente. La tiernísima alusión a la comida del Niño Jesús se relaciona con los comedores infantiles, de los que luego se hablará. También se hablará de la *Campaña de Navidad*, en concreto de la tómbola celebrada en el Seminario. Animaba a los seminaristas a traer a la vuelta de vacaciones algún regalito para ella. A uno de Sevilla le escribe: «Tienes que traer un regalito para la tómbola: algo sevillano.» Y a otro: «Conviene traer ya cosas para la tómbola. Escribid a unos cuantos que se interesen.»

Pero no creamos que el P. Nieto sólo pensaba en «sus» pobres. También estimulaba a los seminaristas a visitar y socorrer a los enfermos y necesitados del sitio en que pasaban las vacaciones. Es frecuente en sus cartas a los alumnos felicitarles por sus visitas a pobres y enfermos:

> «Muy bien por tu apostolado con los enfermos y pobres. Lamento y encomiendo al Señor a esa pobre anciana. Trabaja cuanto puedas por ella y visítala para alentarla a llevar su cruz. El párroco te ayudaría en este asunto; quizá el mismo Prelado o el señor Gobernador. Creo merece la pena informarles.»

Similar era su modo de orientar muchas de sus cartas a los antiguos alumnos. A lo largo de ellas hay una idea muy repetida, que era algo estereotipado en la conciencia del P. Nieto: «Tus predilecciones siempre las de Jesús: pecadores, pobres, enfermos y niños.» A los que más habían colaborado con él en el Seminario en las obras de caridad solía hablarles de la marcha de ellas, lo que era una manera discreta de solicitarles alguna ayuda. Otras veces se la pedía sin ambages, sobre todo en Navidades, al enviarles talonarios de la tómbola. La respuesta era por lo general estimulante.

Otra original fuente de ingresos para los pobres la encontraba el P. Nieto en las intenciones de misas encargadas a antiguos alumnos o antiguos ejercitantes. A la vez que les ofrecía intenciones, les suplicaba que renunciaran a parte de los estipendios en favor de los pobres. Y así lo hacían bastantes.

3. *La sección de caridad*

Valoraba el P. Nieto los donativos materiales de los seminaristas en favor de los pobres. Pero éstos —con ser muy valiosos— no eran suficientes para él. El futuro pastor de almas debía prepararse para su difícil apostolado con el contacto directo con los necesitados. De ahí su gran interés en que le acompañasen en las visitas a los pobres, enfermos y ancianos. Ahí radicaría el secreto principal de su pedagogía del amor. El instrumento principal para ello sería la Congregación Mariana.

Ya se ha hablado de otras secciones de la Congregación. Deliberadamente se ha reservado para este capítulo lo referente a las de caridad y apostolado del mar.

Ante todo conviene aludir a algo interesante. Siendo sin duda la de caridad la de más vitalidad y de más larga duración en la vida de las Congregaciones dirigidas por el P. Nieto, hay una cierta vacilación du-

rante bastantes cursos en cuanto a la conveniencia de mantenerla como algo restringido a un grupo determinado de seminaristas. Y la razón fundamental de ello es que el P. Espiritual tenía sumo interés en que el contacto directo con los pobres y sufrientes fuese un componente esencial en la formación de todos los candidatos al sacerdocio. Por eso se consideraba miembros de la sección a todos los seminaristas, incluso a los del Seminario Menor.

El informe enviado por la Congregación del Teologado al Congreso Internacional de Barcelona en 1947 define de este modo el objetivo de la sección:

> «*a)* Grabar muy hondo en el corazón del futuro sacerdote el último consejo que nos dio el Maestro: Amaos los unos a los otros como yo os he amado; *b)* Practicar este mandato ayudando a nuestros compañeros en cuanto esté a nuestro alcance y a los pobres del pueblo de Comillas.»

Los medios para conseguir este fin, unos eran espirituales y otros materiales. Entre los primeros figuran la hora santa mensual para rogar a Dios por la miseria espiritual y material del mundo, la reunión mensual para tratar temas de caridad, etc. Entre los segundos se enumeran éstos:

> «Colecta mensual entre los sacerdotes y seminaristas para socorrer a los pobres del pueblo, visita todos los jueves y domingos a los enfermos y familias necesitadas, distribuyéndoles alguna ayuda material, reparto diario de pan y comida a un grupo de viudas con sus niños, a quienes se instruye al mismo tiempo en el Catecismo, y recaudación de fondos con los que se da de comer a 200 niños y niñas durante los meses de invierno.»

Muchos han recordado el cuadro verdaderamente evangélico que formaba el P. Nieto rodeado de un grupito de seminaristas realizando estas visitas a los pobres y enfermos de Comillas y pueblos circunvecinos; solía efectuarse esta correría apostólico-benéfica los jueves y domingos por la tarde, aunque también otros días de vacación o asueto. Este hecho lo valora certeramente un jesuita de Comillas cuando escribe: «Las vacaciones y días de descanso que los demás profesores utilizábamos para reponer fuerzas, él los dedicaba a visitar enfermos, dar retiros y ejercicios, facilitar limosnas a los pobres y preparar sus pláticas y actuaciones.»

Se concentraba primero el grupo en la habitación del Padre para aprovisionarse de lo necesario, pues allí estaba el almacén. Y con los amplios bolsos de las sotanas llenos y paquetes en las manos, a visitar al Santísimo. Recuerda uno que en el camino hacia el pueblo o de

vuelta de él la conversación giraba en torno a la formación espiritual y el apostolado.

Nada como las narraciones originales de estas salidas con el Padre para captar el ambiente y los efectos causados en sus acompañantes. Aludamos primero al Seminario Menor. El Padre dirigió la Congregación de los pequeños hasta el curso 1948-49. Pero su relación con ellos continuaría más allá de esa fecha. Precisamente los datos siguientes pertenecen a una época posterior. En las Navidades de 1954 los retóricos organizan una campaña para concienciarse de las necesidades de los pobres y recoger fondos para ayudarles. El dinero y las especies recogidas se entregan al P. Nieto. Al año siguiente invitan al Padre a que hable sobre el tema a la comunidad. También consiguen permiso del P. Prefecto para acompañarle en la visita domiciliaria a los necesitados. Así se anota el efecto de estas visitas:

> «Hoy —se trata del día de Reyes de 1957— hemos bajado al pueblo y todos los de la sección hemos trabajado algo por hacerles un paquete a todos los niños. Se nota después de esto más intimidad.»

Otras veces las impresiones son más fuertes, como en las Navidades siguientes:

> «Nos impresionó el ver gente que no tiene nada que comer y que se lo tienen que dar, y que nosotros despilfarramos o protestamos de la comida que nos dan. Después se contó la visita a un señor que ha estado seis años tuberculoso, y ver la paciencia con que lo lleva, y nosotros, a nada que nos tocan, botamos. Los de sexto que comparen si sus seis años de Seminario han sido llevados con la calma de este buen señor, de esa buena familia.»

En las Navidades siguientes los retóricos bajaron con el Padre todos los días al Hospital a dar de comer a los niños del comedor infantil. Se concedió además bajar los domingos con el Padre a visitar familias.

Baste este leve apunte sobre los pequeños, porque eran las salidas con los mayores las de más contenido. Al fin y al cabo el P. Nieto estaba dedicado a los filósofos y teólogos. Retrocedamos ahora en el tiempo para situarnos en los terribles años del hambre. Los protagonistas van a ser ahora los filósofos. Restablecida la sección de caridad en el curso 1939-40, empieza al punto sus actividades. De los tres primeros cursos disponemos de informaciones muy generales: recogida de ropa, golosinas y dinero durante la campaña de Navidad y reparto, en compañía del Padre, entre los asilados del Hospital regentado por las Hijas de San José o entre diversos pobres y enfermos del pueblo. Vemos al grupo repartir también pan blanco y chorizo y organizar algunas merendolas entre los asilados del Hospital. Sabemos, sí, que el «bajar

a pobres con el P. Nieto», como entonces decían, era una práctica habitual los días de vacación entre los seminaristas mayores, pero no se nos transmiten detalles.

En los dos cursos siguientes, gracias a una feliz iniciativa del P. Nieto, nos enteramos con más detalle de lo que hay detrás de ese «bajar a pobres con el P. Nieto». En un cuaderno en que se relacionan las actividades de la sección de caridad, leemos en una nota previa al curso 1942-43:

> «Por deseo del P. Nieto estas notas de las actividades de la sección se van a llevar este año con más detalle. Quiere el Padre que se haga un fichero de todos los pobres que visitamos en el pueblo, poniendo en cada ficha las cosas más salientes o interesantes de la familia de cada pobre, como número de hijos o hermanos, si es huérfano de padre o madre, necesidades, enfermedades..., calle donde vive. Aquí en este cuaderno se anotarán también las limosnas que se hagan, aunque no con todo detalle.»

Extractemos este estremecedor documento hecho a modo de diario:

25 octubre 1942: Bajan dos filósofos con el P. Nieto al puerto... A la vuelta entran en casa de la viuda de L. Nueve hijos, la mayor tísica grave. El P. Nieto les da cinco pesetas. En la calle da otras cinco a un pobre.

1 noviembre 1942: Requiere el P. Nieto a dos de la sección para que le acompañen a visitar a unos enfermos. Primero van a casa de Póo, carpintero, que vive en Ruibárcena. Pobre y con siete hijos, uno tuberculoso y otro anormal. La mujer enferma. A ella le dan un buen trozo de jamón con pan; a los críos, manzanas. Después visitan a otros enfermos de por allí, repartiendo más jamón y chocolate. De vuelta a casa visitan a un seminarista teólogo enfermo de pleuritis.

7 noviembre 1942: A una pobre de La Revilla que acude al Seminario se le entrega una camiseta, un chaquetón de lana y un par de botas. Marido enfermo del hígado. Cinco hijos.

8 noviembre 1942: Cinco filósofos salen a pobres con el P. Nieto. Pasan primero por casa de Aurelio Póo y le dan dos latas de conserva y un paquete de pasas. Luego, en el Hospital, el P. Nieto da cuatro pesetas a los enfermos. Visitan, a continuación, a una enferma que llaman «la rojilla» y el Padre le da cinco pesetas. Desde allí van a ver al hijo del panadero, que está bastante mal. Necesita ponerse unas inyecciones especiales e ir al Hospital de Santander. El P. Nieto promete solucionarle las dificultades hablando con el señor Buhigas y le da

media libra de chocolate. Finalmente, pasan por la casuca de dos abuelitos, a los que dan pan y manzanas. Los pobres ancianos exultan de alegría: el viejo, no sabiendo cómo expresarla, se pone a palmotear. Impresionado por tanta miseria, el grupo regresa al Seminario planeando potenciar la campaña navideña, a fin de recoger la mayor cantidad posible de alimentos, para que los necesitados puedan celebrar las fiestas de Navidad con algún contento.

11 y 14 noviembre 1942: Se dan varias prendas de ropa a un pobre marinero y a un muchachito que van a solicitar ayuda al Seminario.

29 noviembre 1942: Empiezan a bajar a la visita de enfermos quienes no pertenecen a la sección de caridad, porque —se anota— «es una clase *ad vivum* y muy fructuosa para ver de cerca la realidad».

El P. Nieto, con varios seminaristas, visita a varios enfermos de Ruibárcena, a Aurelio y el Hospital.

8 diciembre 1942: Bajan diez con el Padre. Hospital, casa de Aurelio, a quien dan ropa, higos y galletas, hijo del carpintero, puerto.

Durante las Navidades crecía la actividad, tanto en el Seminario como en el pueblo. Hablaremos de la campaña navideña con más detenimiento.

24 enero 1943: El grupo que acompaña esta vez al Padre es de 10 ó 12. Dan una chocolatada a los asilados del Hospital y reparten entre algunas familias los últimos turrones y mazapanes que quedaban de las Navidades. En Ruibárcena visitan tres enfermos: Aurelio Póo, que ha recaído bastante en su enfermedad, el hijo del panadero y una mujer. A ésta entregan un pedazo grande de pan. Ella, llena de admiración, exclama: ¡Hacía tanto tiempo que no lo veíamos!

Y anota el secretario de la sección: «¡Esto es para meditarlo un poco y agradecer al Señor todo lo mucho que tenemos!» Tales eran las consecuencias que el P. Nieto quería que sacasen sus acompañantes de estas clases *ad vivum.*

11 febrero 1943: Lo anotado este día denota una situación un tanto desesperada: «Fuimos —se dice— a ver algunos enfermos, a pocos, pues los víveres escasean como nunca. Antes de salir decía el P. Nieto que nunca había tenido su cuarto tan vacío de cosas para los pobres. No hay otra solución que, con el dinero que se va recogiendo, ir comprando chocolate, etc.» Junto a algunos enfermos visitados en los meses pasados, acuden también a casa de un marinero. El mismo les ha llamado.

14 febrero 1943: «Uno de los días más fructuosos en la vista de pobres», se dice. El cuadro es verdaderamente patético. Oigamos: «Después de ir a ver a los tres enfermos de Ruibárcena (que siguen lo mismo), fuimos a ver a Aurelio, que continúa con sus vómitos de sangre diarios. Después fuimos a ver al enfermo que nos mandó llamar la vez pasada y que se llama Bueno. Tiene nueve hijos y, aunque podían ir tirando antes, ahora con la pulmonía del padre lo están pasando muy mal. Es una familia "verdaderamente" cristiana, práctica y de corazón. ¡Hay que ver cómo piensa y siente ese padre postrado en el lecho! Para rematar las visitas fuimos a la cuesta de la Coteruca a otra casa en que se juntan trece (nueve hijos, padre y madre y tíos). El padre, que es patrón de un barco, está en cama y la madre también (el padre con pulmonía y ella con una infección). Tienen una miseria de casa, con dos cuartos y la cocina en la planta baja, donde duermen siete personas de todas las edades, y arriba hay un cuarto (¡cómo será!) para los seis restantes. Los mismos chicos le dicen al padre que busque otra casa, porque ésta es inmoral y no quieren seguir en ella. ¿Qué van a hacer si, por ser pobres y tántos de familia, les cierran las puertas en todas las casas? Prefieren los dueños tener desalquiladas las casas a darles albergue. ¡Cuántas cosas se sacan de estos cuadros vivos!»

21 febrero 1943: «Hemos ido a ver a Aurelio, al hijo del panadero, a Bueno y al otro marinero de la cuesta de la Coteruca. El cuadro fue el mismo del domingo pasado. Es increíble la resignación con que esta gente sufre las enfermedades en medio de la pobreza y del desamparo de todos. Nosotros en cada casa solemos dejar media libra de chocolate y cinco pesetas. En algún sitio, en vez de dinero, dejamos dulces o alguna otra cosa. Los fondos de la sección no andan muy bien del todo, aunque la divina Providencia no permitirá que suspendamos nuestras visitas y nuestro apostolado por falta de medios materiales.»

No sólo los alumnos, el P. Nieto está también muy afectado por la miseria que le rodea. Así escribe por aquellos días a su hermano: «Es una miseria tan grande la que vive esta gente, que da pena.» El, por vivirla de cerca y por aliviarla, es capaz de llegar al límite de sus fuerzas materiales. Oigamos, para caer en la cuenta, lo sucedido el día 8 de marzo: Primero baja al puerto con los seminaristas, donde charlan un rato con un marinero. Luego visitan a dos enfermas de una familia venida a menos, por lo que sufren más y no se atreven a pedir. Finalmente, van a casa de Aurelio Póo, que tiene vómitos de pus todas las noches, pero da muestras de una gran resignación. Y se añade: «Volvimos en seguida a casa, pues el P. Nieto estaba enfermo y apenas podía tenerse de pie.»

El 14 de marzo visitan cinco enfermos. Poco es lo que pueden repartir, pues los fondos de la sección están casi agotados. El día de San José obsequian a los asilados con una chocolatada costeada por los *pepes* de la comunidad.

25 marzo 1943: En la acostumbrada visita a los enfermos, primero van a casa de dos tuberculosos de Ruibárcena, un joven y una joven: «La chica —se añade— le decía al P. Nieto que fue el médico a verla y ni siquiera la tomó el pulso; sólo la preguntó si tenía tos, y eso fue todo. ¡Hay que ver qué abandonada está esta pobre gente, nada más que por ser pobre y no tener dinero para pagar lo más indispensable!» Después visitan a otros dos; en una de las casas el cuadro es muy doloroso.

La visita siguiente se dedica al puerto y a los enfermos que caen en camino.

11 abril 1943: Van a visitar a una enferma grave que hay en la barriada cercana al Seminario. Entra sólo el P. Nieto con dos seminaristas, mientras el resto espera fuera. Después todos visitan a los dos jóvenes tuberculosos de Ruibárcena, que siguen cada vez peor. A la chica le dan un paquete de galletas y una botella de Jerez. Al chico, naranjas y chocolate. Y el comentario del cronista: «Debe estar pasando un hambre canina este pueblo, pues sólo les dan un racionamiento al mes de una cantidad irrisoria de arroz, aceite y azúcar. Con los 200 gramos de cada cosa que les dan no pueden vivir. ¿Y los enfermos? El problema es grave, pues dentro de unos años el estado de salud de la juventud será fatal. Estamos en manos del Señor. Que El haga su voluntad, y mientras, nosotros hagamos de nuestra parte lo que podamos con oraciones y obras positivas de caridad.» Al domingo siguiente murió la muchacha tuberculosa.

El 2 y 12 de mayo aparecen nuevos enfermos en el itinerario del grupo. También ha caído en cama en Ruibárcena una hermanita de la joven que murió. La situación de la familia es lamentable. Han tenido que quemar las ropas que usó la difunta y ahora tienen tres sábanas para toda la familia. En otro hogar el cuadro es también deprimente: «Está enferma, mal —se dice— la madre, un chavalín y el padre no gana un perro chico. Y tienen varios pequeños. Esta es otra tragedia de vida.» La impresión que la gira deja en el grupo queda reflejada en esta apostilla: «Es que hay una miseria y un hambre enorme en este pueblo. Si se quiere remediar un poco de lo mucho que tiene cada familia, haría falta un buen capital. Por eso nosotros atendemos especialmente a los muy necesitados y, entre éstos, con predilección a los enfermos.» Era la consigna del P. Nieto.

El 25 de mayo van cuatro seminaristas con el P. Nieto a llevar ropa

al colegito de las Hijas de la Caridad para los niños que van a hacer la Primera Comunión. El Padre anima a la sección de caridad a conseguir más, bien en el Seminario, bien en las propias familias de los seminaristas, para ayudar con ello a las monjas. La recomendación no cayó en saco roto. A mediados de junio entregaron a las religiosas más ropa y dinero, con lo que algo se pudo hacer para vestir a los más pobres el día de la Primera Comunión. Después de la acostumbrada ronda de visitas a los enfermos, regresan al Seminario, en cuya puerta encuentran a un pobre enfermo sentado, al que socorren con chocolate y pan.

Pocos días más tarde visitan a diversos enfermos, entre otros a un chico de doce o trece años con una pierna deshecha. Estaba en cama y, al darle unas golosinas, el chico se vuelve loco de contento.

Así siguen las visitas, siempre en compañía del P. Nieto, hasta final de curso. A propósito de la visita del 10 de junio se dice lo siguiente:

> «En algunas casas el P. Nieto se interesa no sólo por las necesidades materiales, sino que también procura solucionar problemas familiares, facilitando que el hijo pueda entrar en un Hospital o que una familia reciba un beneficio, etc.»

Este era, en realidad, su proceder ordinario. Se preocupaba de los problemas materiales, familiares, morales, etc. En la última salida del curso visitan a varios enfermos en Ruibárcena y después van a otro pueblo cercano, Trasvía, donde ven a otros dos. La situación de este pueblo es mucho más halagüeña que la de Comillas.

No eran éstas todas las visitas domiciliarias que el P. Nieto hacía a pobres y enfermos. Aparte de las que otros días hacía con las otras comunidades no mencionadas en esta relación —retóricos, teólogos, canonistas—, hay que contar las que el Padre hacía por su cuenta, tanto en curso como en vacaciones. En ellas iba conociendo personalmente a las familias y sus necesidades, roturando el terreno para las posteriores visitas con los seminaristas. El, por su parte, repartía también muchas limosnas de las que los seminaristas no llegaban nunca a tener noticia. Y, por supuesto, el dinero que sacaba de las colectas entre los alumnos era una mínima parte de lo que él conseguía por otros conductos y repartía personalmente.

A pesar de los apuros reflejados en algunas expresiones antes transcritas, la bolsa del P. Nieto nunca estuvo en números rojos, ni siquiera en estos años más difíciles. La cuantía de las limosnas en metálico que hemos visto en algunas visitas a los enfermos puede parecernos ridícula; pero ha de interpretarse con relación al valor de la peseta en aquellos años. Como punto de comparación puede verse lo que significaba una limosna de cinco pesetas en 1943, que solía ser la limosna

mínima que daba el P. Nieto a un pobre: con ellas podían comprarse cinco kilogramos de naranjas o tres tabletas de chocolate.

Pero volvamos a los seminaristas y a los trabajos de la sección de caridad de los filósofos. Al curso siguiente las visitas a los pobres y enfermos siguen por los derroteros ya conocidos. De este curso habría que resaltar las grandes nevadas al comienzo de la cuaresma. El domingo de carnaval —primera de las nevadas— vemos al P. Nieto con un grupo de filósofos y teólogos repartiendo comida a la entrada de la finca de la Universidad. Ante la gran nevada del miércoles de ceniza el P. Rector se movió a dar de comer arriba en el Seminario a todos los niños pobres del pueblo durante tres días. También se dió a cada familia —más de 200— una limosna de diez pesetas. A juzgar por la siguiente narración del boletín *Comillas*, el P. Nieto fue el alma de toda esta operación:

> «En los días crudos de la última nevada —dice— que bloquea la miseria y el trabajo, el afán del P. Nieto consigue rehacer el ánimo caído de tantos chiquillos sin lumbre y sin pan... Los padres portan a los hijos en hombros (hasta el Seminario): 150 el primer día, 200 el tercero.»

¿Y cómo iba a dejarse sin comida a las personas mayores? También recibieron su ración. El P. Nieto aprovechó la ocasión de las nevadas para construir un sencillo cobertizo junto al «portalón», a fin de resguardar a los pobres a los que diariamente repartía comida, como veremos después, con un grupo de teólogos.

Los días de la nieve llegaron chicos hasta de Ruiloba y otros pueblos cercanos a recibir comida. Corrida la voz, fueron goteando también bastantes familias, a las que igualmente se socorrió.

El día de Pascua se dio un banquete a los niños a expensas del señor Gobernador de Santander: paella, guisado de carne con patatas, pan y vino. Y de postre, higos y naranjas. En efecto, entre las anotaciones particulares del P. Nieto encontramos en estos meses varios donativos importantes del señor Gobernador, al igual que del señor Obispo, el buenísimo Mons. Eguino y Trecu.

Hemos ilustrado la labor del Padre con los congregantes en dos etapas distintas: primero en los años cincuenta con los pequeños y después con los filósofos en los primeros cuarenta. Pero era la sección de caridad de los teólogos la que se llevaba la palma en cuanto a actividades y vitalidad. Baste este dato: mientras la sección del Filosofado consta a principios de 1943 de unos 15 miembros, la del Teologado se compone de 38. Y en noviembre de ese mismo año son ya 47.

La función principal de la sección se describe así a principios del curso 1943-44: «la visita de pobres y enfermos los jueves y la cateque-

sis y comida a los niños pobres diariamente en el *portalón*». No es necesario abundar en lo primero, ilustrado ya con lo que antecede, pero sí referirnos a lo segundo. Llamaban *portalón* en Comillas a un hermoso pórtico, especie de arco de triunfo, a la entrada de la finca pontificia en la base de la cuesta de La Cardosa que conduce al Seminario. Allí, al cobijo de una casita aneja, repartió el P. Nieto con sus seminaristas durante bastantes lustros comida caliente y pan, sobre todo a las viudas y niños pobres de la villa. Hubo épocas —las de más penuria en el Seminario— en que se repartía el sobrante del cocido servido a los seminaristas. Pero cuando los recursos lo permitieron, el Padre Nieto consiguió se cocinase un cocido expresamente para los pobres del *portalón,* al que acudían con sus pucheros a recibir su ración. Allá bajaban los seminaristas, ordinariamente teólogos, con la famosa perola, y allí acudía también, si algo no se lo impedía, el P. Nieto sujetando la perola o portando un saquillo de pan.

Todavía le recuerdan sus hermanos de comunidad recorriendo las mesas del refectorio después de las comidas, para recoger los mendrugos sobrantes o echándose al bolso su propia ración. Otro tanto hacían los seminaristas en sus propios refectorios. Estos pedazos de pan sobrantes se cortaban cuidadosamente por la parte mordida, guardando el resto para los pobres.

El momento del reparto era aprovechado para impartir una pequeña catequesis. Lo de «pan y catecismo» lo tenía muy grabado el Padre Nieto. Casi siempre dejaba a los teólogos hacer de catequistas, lo que les servía además de entrenamiento. Otras veces no se aguantaba, y él mismo les dirigía la palabra. Se les hablaba escasos minutos, cuando el tiempo lo permitía, pues el reparto se hacía en un pequeño cobijo no muy apto para resguardarse de las inclemencias del tiempo.

Durante la Cuaresma se insistía más en la pequeña plática catequética, como una preparación a la Semana Santa y cumplimiento pascual. A veces se tuvo esta preparación en tres grupos (mujeres, niños y niñas) durante unos quince o veinte días. También en mayo, con menos problemas por parte de la meteorología, se aprovechaba el momento para fomentar la devoción mariana, con el ejercicio de las tradicionales «flores».

Esporádicamente colaboró con el P. Nieto en estos caritativos menesteres algún que otro estudiante jesuita del cercano Colegio Máximo. He aquí un cálido testimonio de uno de ellos, hoy celoso operario apostólico en Brasil:

> «En aquella época yo era filósofo; teníamos una Academia de Asuntos Sociales y nos interesábamos por el trabajo con el pueblo humilde. Aquí fue donde me encontré con el P. Nieto. Tenía un corazón donde cabía todo el mundo... Amaba a Dios y por Dios amaba

> a sus prójimos, especialmente a aquellos donde Dios más se manifiesta: los pobres. Organizó en el *portalón* un salón humilde, puso allí unos bancos y allí se reunía con ellos para platicar y conversar con todos. Después les servía una sopa y de sus bolsos salían mil cositas que ellos apreciaban mucho... Parecía un nuevo San Antonio, del cual se dice que nunca faltaba un pan en su faldriquera para dar a un pobre. Cuando algunos días iba yo en su lugar, me mandaba que les hablase primero de Dios y que rezase algún tiempo con ellos; sólo después de haber hecho esto se distribuía la comida. Los pobres, es fácil de entender, lo amaban como a un Padre.»

Quizá alguno se sienta tentado a mirar con ojos críticos aquellos modos de hacer caridad con la perola conventual. No lo harían así ciertamente las 30, 40 ó 50 personas —cientos o miles al cabo de los años— que vieron calmada su hambre con aquella perola milagrosa, único medio de subsistencia para ellos, que el P. Nieto les preparaba con inmenso cariño.

4. *Los pescadores*

Muy pronto vemos al P. Nieto preocupado por la suerte de los marineros comillanos. Las callejas del barrio de pescadores, sus casas y familias pronto le fueron familiares: ¡cuántos problemas materiales y espirituales!

Ante todo se preocupó por la suerte espiritual de la clase marinera, tradicionalmente abandonada en Comillas. Especial interés desplegó en el cumplimiento pascual de la gente del mar. Oigamos al P. Páramo:

> «Se interesó siempre el P. Nieto por el bien espiritual y temporal de los pescadores de Comillas. En sus mejores años, antes de que la enfermedad comenzase a minar sus fuerzas físicas, organizaba todos los años el segundo día de Pascua de Resurrección el cumplimiento pascual de los hombres del mar y de sus familias en la Iglesia de la Universidad. Presidían este acto piadoso las autoridades del pequeño puerto comillano. Los pescadores más ancianos recuerdan con emoción la fogosa palabra del P. Nieto, que les hablaba antes y después de la comunión, y la caridad con que se interesaba por el bienestar de todos.»

Dos narraciones nos quedan del acto de 1942, calificado por el boletín *Comillas* como verdadera «pesca milagrosa»: «Esto ha sido —leemos allí— la comunión pascual de los marineros. Como culminación o broche de tantos esfuerzos, 115 hombres, la totalidad de los pescadores, co-

mulgó el día 6 de abril en la Iglesia de nuestro Seminario. El acto tuvo significado de acontecimiento local. Los curtidos hombres de mar, con fe sincera y corazón ingenuo, han vuelto a la Iglesia. Todos tienen ahora en sus pechos el escapulario de la Virgen del Carmen.» Otra narración nos habla que la masa de hombres acudió a la Iglesia con gran fervor «previamente preparados con conferencia del P. Nieto, muy querido de todos por su asidua beneficencia a los necesitados. Les predicó un ardoroso fervorín y los acompañó a media mañana a la tradicional misa de los Remedios».

Recordando tan emotivos actos escribía él a los pocos días a un dirigido: «Estos días he hablado a los pescadores de ésta, que estaban muy abandonados y alejados de Dios. Han correspondido muy bien.»

El estilo de su ardorosa oratoria a estos hombres rudos nos ha sido transmitido por un antiguo alumno de Comillas:

> «Estaban reacios a cumplir con Pascua —escribe en *Unión Fraternal*—, a pesar de que en años anteriores habían tenido buenos y celosos predicadores. Empezó a encargarse el P. Nieto y el efecto fue fulminante; todos o casi todos lo hicieron aquel año; y el argumento que les convenció fue el siguiente: Amadísimos —les decía—, si me dicen que va a tocarme el gordo de la lotería, pero que va a quedarse uno sin cumplir con Pascua (para vosotros el gordo); y, en cambio, (si) me dicen que lo vais a hacer todos, pero que me van a quemar vivo, que lo hagan ahora mismo en el centro de la plaza.»

Otro de los puntos de encuentro, tanto espiritual como humano, del P. Nieto con los marineros comillanos era la ermita de los Remedios, donde les presidía la tradicional misa hablándoles en ella con fuego y cariño. Después de misa solía departir con el grupo de los reunidos, organizándoles rifas y otros entretenimientos.

También se preocupó el Padre por la promoción cultural del pescador. Para eso pensó en la organización de una escuela para jóvenes pescadores, en cuyas tareas colaborarían eficazmente los teólogos jesuitas del Colegio Máximo. La idea se hizo por fin realidad en el curso 1942-43. Oigamos lo que se nos dice en las publicaciones de entonces sobre este punto:

> «(Los teólogos jesuitas) —leemos en las *Noticias de la Provincia de León*— ayudan al P. Nieto en la magnífica y necesaria labor de recristianizar a los pescadores de Comillas. Para llegar al elemento marinero, tan abandonado en Comillas, el P. Nieto ha comenzado por los jóvenes de quince a veintidós años. Se anunció la obra con cartelones llamativos en el puerto de Comillas. Se reúnen en el

Círculo Católico de Comillas, donde se les da una instrucción preliminar y, sobre todo, se les procura quitar el horror a la sotana. El primer día se juntaron hasta veintidós jóvenes pescadores, la esperanza de la nueva obra. En ella ayudan eficazmente al P. Nieto los Hermanos Teólogos.»

Por su parte, el boletín *Comillas* habla en estos términos de la labor del P. Nieto y, en concreto, de la Escuela de Pescadores:

«Es un nuevo jalón hacia la conquista del hombre de mar. Llegar hasta aquí costó al P. Nieto largos años de ronda de caridad por los barrios pescadores. Los pobres empezaron a partir de la sotana del P. Nieto, como de la capa de San Martín. A él acudían para todo: desde unos pantalones hasta algo que echar en el puchero. La gracia iba haciendo su obra y empezaron a acudir al P. Nieto también para los apuros del alma... Así el primer resultado fue que la población marinera —casi en su totalidad— cumple con Pascua y no se mueren sin sacramentos.

Grande obra; pero no basta que mueran bien; es menester además que vivan bien. Para conseguirlo se impone una obra de reeducación —incluso humana— del pescador. Y a llenar este cometido, no con la pretensión de solucionarlo, viene la Escuela de Pescadores. Vencidas las primeras dificultades de fundación, hoy funciona en período inicial, pero con normalidad. Treinta muchachos hasta los veintitantos años dejan todos los domingos la partida en el *chigre* y se entregan al celo de los Padres teólogos, para aprender algo de cuentas y conseguir un vale. Y lo bueno es que van aprendiendo a arreglar las que tienen pendientes con Dios, oyen misa en la Iglesia del Seminario, se confiesan, y ellos con todos los demás muchachos que van al mar cumplieron con Pascua el Domingo de Resurrección. Después de misa, el Seminario les obsequió con una suculenta paella.»

No podemos por desgracia informar hoy de la continuidad que tuvo esta iniciativa.

Los problemas laborales de los pescadores preocuparon también mucho al P. Nieto. La escena que se nos narra en octubre de 1942 tuvo lugar docenas de veces:

«Bajan —leemos— dos filósofos con el P. Nieto al puerto a enterarse si los pescadores trabajan o salen a la mar los domingos y a contactar con el ambiente marinero... En un largo rato de charla con los marineros se enteran de que andan mal, pues apenas les dan gas-oil para las barcas ni cebo para pescar.»

En el puerto se enteraba también de muchas necesidades materiales de las familias pescadoras. Con las informaciones allí recogidas, después

vendrían las visitas a domicilio, para ocuparse de cada caso en particular. En este contacto con los pescadores pudo saber el P. Nieto que las condiciones del puertecillo comillano suponían un gran *handicap* para un mayor desarrollo de las actividades pesqueras y la comercialización del producto. De ahí su preocupación por la posibilidad de acometer alguna reforma en el puerto, con muy poco calado y unos bajos muy peligrosos. Por medio del P. Baeza, que tenía bastante trato con algunos ministros del Gobierno, gestionó alguna mejora en el puerto, que lo hiciera más apto para embarcaciones mayores, sin tener que ir éstas a San Vicente de la Barquera. Aunque al fin nada se logró, el P. Baeza comunicó las inquietudes del P. Nieto a algún ministro.

La pobreza y la enfermedad cebada en muchos hogares marineros preocupó hondamente al P. Nieto. Un gran contingente de las visitas domiciliarias que ya conocemos se lo llevaba esta clase de hogares. Entre tantos problemas le angustiaba sobre todo la suerte de muchos niños que, en invierno especialmente, arrastraban su hambre y sus andrajos por las calles de la villa, mientras sus padres veían paralizadas sus faenas pesqueras y con ello sus ganancias. Había que hacer algo por ellos.

Y surgieron los comedores infantiles. Al hablar de ellos nos daremos mejor cuenta de lo que el Padre hizo por estos pobres niños.

Se deja suponer que el ascendiente de que el P. Nieto gozaba entre los pescadores era muy grande. Un sacerdote ha dejado escrito: «Todo el pueblo de Comillas le atribuía fama de santidad, especialmente la cofradía de pescadores del puerto.» Y otro: «Un santo se mete en el bolsillo a todos, como en el bolsillo se ha metido el P. Nieto a los pescadores de Comillas, sin ser un especialista en nada.» Lo que pensaban de él aquellos pobres queda reflejado en la siguiente anécdota mejor que en ningún discurso. Así la cuenta uno, entre los varios que la recuerdan:

> «Se hallaba muy repartido por aquel entonces el libro del P. José Julio Martínez titulado *El drama de Jesús*, que tenía una figura de Jesús en la portada. En la casa de un marinero pobre, después que el P. Nieto depositara su limosna material y la espiritual de su palabra, el marinero, cogiendo el libro y señalando la figura de Jesús, le dijo: Usted es éste. No podía haber mejor elogio en la boca de un marinero. Tal vez sea el más grande que se haya tributado, en lenguaje tan sencillo, al P. Nieto.»

Con él colaboraron en la atención a los marineros pobres, tanto los teólogos jesuitas como los seminaristas de la sección de caridad. Pero en los años cuarenta surgió en el seno de la Congregación mariana que

dirigía el Padre una sección específicamente orientada hacia los problemas de esta gente: la del apostolado del mar. He aquí una síntesis de esta sección, tomada de las *Noticias de la Provincia de León:* Sus miembros —leemos en un número del año 59— «ejercitan el apostolado con los pescadores de Comillas charlando con ellos en los días de paseo, facilitándoles la misa dominical y la frecuencia de sacramentos; ellos particularmente se interesan por la comunión pascual de los pescadores, que tradicionalmente la practican el lunes de Pascua en la Iglesia de la Universidad, siendo a continuación obsequiados con un desayuno. Ellos seleccionan también los doce pescadores para el lavatorio de los pies del Jueves Santo: como coronamiento de este devoto honor, son obsequiados con una comida. Los aquí aspirantes al *Apostolado del Mar,* amén de estudiar ellos entre sí los problemas concernientes y de invitar a conferenciantes especializados, están en comunicación con otros Seminarios costeros mediante una publicación periódica, *Siete Mares,* redactada por ellos; y celebran su fiesta anual el día de San Andrés».

Los teólogos de la sección se esforzaron mucho, de acuerdo con el P. Nieto, en la ayuda espiritual a los pescadores. Ellos se encargaban, presididos por un alumno sacerdote, de la misa dominical organizada en la capilla de Santa Lucía para las familias pescadoras. Allí desplegaron todo su celo pastoral en las misas ordinarias, catequesis y actos especiales de culto. Así, por ejemplo, cuando en 1955 muere un marino de Comillas en la motonave *Covadonga* de la Compañía Trasatlántica, la sección del apostolado del mar organiza en Santa Lucía una misa funeral con asistencia en pleno de los miembros de la sección, que ese año eran 18.

En esta sección templaron sus armas algunos seminaristas que serían después apóstoles pioneros en el apostolado del mar. En 1959 el secretario nacional ejecutivo del Apostolado del Mar y dos capellanes de puerto, uno en Santander y otro en Vigo, eran antiguos miembros de la sección. Con ellos se escribían mucho los de la sección, que así se animaban con las experiencias personales de sus predecesores. ¡Cuántas veces se habló del P. Nieto en los lejanos mares por boca de estos admiradores de su antiguo P. Espiritual!

5. *Los comedores infantiles*

Entre las muchísimas personas que se han referido a las obras de caridad del P. Nieto en favor de los pobres, se cuentan con los dedos de la mano las que han mencionado los comedores. Y conviene decirlo desde el principio: fueron los comedores infantiles la obra benéfica más importante de las emprendidas y sostenidas por el P. Nieto.

El texto de una solicitud de subvención de 1951 parece demostrar que esta meritosísima obra se puso en marcha en el curso 1943-44, pensando, sobre todo, en las necesidades de los pescadores. Dice así:

> «Excmo. Sr.: MANUEL GARCÍA NIETO, sacerdote de la Compañía de Jesús y director espiritual de la Universidad Pontificia de Comillas, en esta provincia de Santander, a V. E. acude y con todo respeto EXPONE:
>
> Que viendo la miseria que pasan los pescadores en los meses de invierno y participando de estas necesidades los niños, los que muchos apenas tenían el alimento necesario, y considerando, después de quince años de práctica experiencia, que todo el trabajo apostólico para la formación en los ideales religiosos y patrióticos de esta sufrida clase marinera era casi nulo, si no se atendía a remediar sus apremiantes necesidades, se organizó un comedor para niños de ambos sexos y ancianos desamparados, el que viene funcionando hace ocho años, acudiendo en la actualidad unos ciento veinte, no contando para su sostenimiento más que con las aportaciones de los seminaristas de este Seminario-Universidad y algunos pequeños donativos de algunas familias veraneantes, y siendo estas aportaciones insuficientes, que no alcanzan nada más que para darles un plato de cocido al día, sin poderles dar ni siquiera pan, y deseando mejorarles esta insuficiente ración diaria, es por lo que el firmante
>
> SOLICITA tenga a bien conceder alguna subvención o donativo, etcétera.»

El destinatario de esta solicitud parece ser el delegado provincial del Ministerio de Educación Nacional.

Poner en marcha una iniciativa tal tuvo que resultar muy difícil al Padre, dada la penuria de medios con que contaba en aquellos años de depresión económica. La colaboración de las religiosas de Comillas sería de incalculable valor. El comedor de los niños se ubicaría en el colegito de las Hijas de la Caridad y el de las niñas en el Hospital de las Hijas de San José. Las monjas les harían la comida y se la servirían. Por su parte, los seminaristas acudirían jueves y domingos a suplir a las religiosas en el servicio a la mesa.

¡Buenos sudores iba a costar al P. Nieto abastecer la despensa, para poder guisar cada día y llenar el estómago de toda la hambrienta chiquillería de Comillas! El cargó sobre sí la responsabilidad económica de los comedores desde que los fundó hasta 1959, en que consiguió que se hiciera cargo de ellos Auxilio Social. Pero aun entonces seguiría llevando su dirección y hasta ayudando algo económicamente.

No se nos alcanza hoy fácilmente lo que significaba en aquellos tiempos tener a punto cada día la comida para un montón de bocas, dispuestas a devorar todo lo que se les echase en el plato. Siempre se

les dio la comida del mediodía, aunque hubo algunas épocas en que se les sirvieron dos diarias. Por un muestreo recogido de ocho cursos, entre 1946 y 1959, se deduce que el promedio de niños alimentados cada año en los comedores fue de un centenar, más o menos mitad niños y mitad niñas. No se trataba, pues, de alimentar a cuatro chiquillos, no, sino a un centenar de bocas hambrientas. El tope máximo de edad era de catorce años, es decir, el de la escuela.

El rancho diario era de plato único, que solía consistir en un sustancioso cocido de legumbres, arroz o patatas con chorizo, costilla u otro aditamento. No siempre pudo dárseles pan. Había, sin embargo, un montón de ocasiones en que se rompía ese ritmo ordinario con comidas especiales, por ejemplo, en Cristo Rey, Todos los Santos, San Estanislao de Kostka, Inmaculada, Nochebuena, Navidad, Año Nuevo, Reyes Magos, Purificación, Día del Papa, San José, Jueves Santo, Pascua de Resurrección, San Antonio y algún otro. Entonces la comida era más variada y exquisita, con otros manjares complementarios, como huevos, carne, leche, fruta, etc.

Se nos conservan las cuentas del comedor de niños (no de niñas) de seis cursos: desde el 1951-52 al 1956-57, oscilando los gastos entre 18.000 pesetas el primero de ellos y 35.000 el último. El gasto mayor se lo llevan, como es natural, las facturas de la compra de alimentos, y más concretamente las de garbanzos, arroz, alubias, patatas, etc., de lo que se gastan bastantes miles de kilogramos. Pero hay otros muchos productos en la lista de las compras, que demuestran los esfuerzos que se hacían, dentro de la escasez de recursos, para proporcionar a los chiquillos una comida lo más completa y variada posible.

Hay que hacer notar que en estas cuentas se incluyen partidas importantes de dinero, que nada tienen que ver con el comedor, pero que el P. Nieto metía aquí por relacionarse con los niños del comedor. Los gastos más importantes son los de ropa, sobre todo de jerseys, que se les repartían por Reyes junto con un paquete de comida.

Al referirse a los comedores en algunas de sus cartas, el P. Nieto afirma imprecisamente que funcionaban los meses de invierno. En una carta de 1955 dice más exactamente que estaban abiertos «durante seis meses». Las cuentas a que nos hemos referido no dejan determinar con exactitud el tiempo de apertura y cierre. Las compras empiezan a aparecer ordinariamente en la segunda quincena de octubre, aunque parece solían inaugurarse el día de Todos los Santos. Ese día se empezaba con una comida extraordinaria, para despedir a los niños, allá por Pascua, con otra buena pitanza. El día de San Antonio, 13 de junio, solía darse a los niños un desayuno especial. De esa manera se honraba al patrono del Seminario.

¿De dónde sacaba el P. Nieto los recursos necesarios para el sostenimiento de esta hermosísima obra benéfica? El texto de la solicitud

arriba transcrita menciona dos fuentes de financiación: «aportaciones de los seminaristas y pequeños donativos de algunas familias veraneantes». En realidad, la procedencia de las ayudas era más varia. El Padre llamaba a todas las puertas, empezando por los Rectores de la Universidad y del Colegio Máximo, que dieron alguna limosna, pero sobre todo ayudaron a conseguir alimentos a bajo precio. De finales de 1946, en que estuvo amenazada la continuidad del curso en el Seminario por dificultades para adquirir alimentos, se nos narra un hecho altamente significativo:

> «El P. Rector —escribe un jesuita—, después de acudir a Dios, acudió también al P. Nieto y le rogó que orase al Señor para conseguir alimentos; para animarle más le prometió que de todo lo que consiguiera le daría para sus pobres el 10 por 100. A partir de entonces el P. Procurador salía con el camión de la Universidad a recorrer los pueblos de Santander, norte de Palencia y León y este de Asturias, y siempre traía el camión lleno de leguminosas casi para un mes y a precios muy tolerables; naturalmente, el P. Rector cumplió su promesa y el P. Nieto contó con abundantes alimentos durante dos años para sus pobres de Comillas.»

La cesión del 10 por 100 de los alimentos adquiridos por la Universidad no ha de entenderse como regalo. Se trataba de facilitar la consecución de alimentos —cosa dificilísima en aquellos años— y hacerlo a bajo precio. Esto supuso una ayuda grandísima para los comedores. Por unas anotaciones personales del P. Nieto, al parecer de los años cuarenta o principios de los cincuenta, nos enteramos de que las patatas adquiridas a través de la Universidad le salían a una peseta el kilo, mientras que las que compraba por otro conducto le salían a una treinta. Se colige el ahorro que le supuso al Padre el aprovecharse de las compras de casa, que le ayudaba también en el almacenaje y transportes.

El Padre recurrió con frecuencia a los organismos públicos en solicitud de ayuda. Las cuentas conservadas nos hablan de donativos del Ayuntamiento de Comillas, Protección de Menores, Auxilio Social, Patronato «Apóstol Santiago», etc. Pero las ayudas más cuantiosas fueron una subvención del Ministerio de Educación Nacional y otra de la Diputación Provincial de Santander.

Allí donde viera un resquicio para poder conseguir algo para sus pobres, allí acudía el P. Nieto. De la Delegación Provincial de Abastecimientos y Transportes también recibió alguna partida de alimentos.

Finalmente, estaba el recurso a los particulares, sobre todo veraneantes ricos, de los muchos que recalaban por entonces en la zona turística comillana a pasar sus vacaciones. Muchas de estas personas le ayudarán con donativos más o menos cuantiosos: Baronesa de Güell, du-

quesa de Almodóvar, conde de Ruiseñada, varios miembros de la familia Correa... y tantos otros. Especialmente espléndidos se mostraron los marqueses de Lamadrid y los condes de Sert. Fue probablemente de esta ilustre familia de la que más recibió el P. Nieto para los comedores. Baste, para demostrarlo, la siguiente carta de julio de 1950 de don Antonio Sert y López al P. Nieto:

> «Muy apreciado y respetado Padre: Como años anteriores, tengo el gusto de remitirle por cheque sobre esa plaza, la cantidad de diez y ocho mil pesetas (18.000) para el sostenimiento de los comedores infantiles que, como Vd. sabe, por partes iguales contribuimos mi madre [doña Genara López y Díaz de Quijano], mi tía doña Carmen [Sert y Badía] y yo.»

Si con todos los bienhechores se mostraba agradecido el P. Nieto, mucho más con tan espléndidos donantes. Como recuerda el P. Hornedo, todos los veranos le pedía el P. Nieto le acompañase para agradecer en persona estas limosnas a la familia del conde de Sert.

Otros bienhechores insignes de los comedores fueron don Alberto Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores, y su esposa.

Bien para los comedores, bien para los pobres en general, recurrió el P. Nieto incluso al mismo Franco, que, según cuentan, dio orden de enviar varias partidas de alimentos. ¿Para qué seguir? Recurrió al famoso torero *Manolete*, que respondió a la solicitud con un generosísimo donativo de 50.000 pesetas; recurrió a...

Pero no creamos que el P. Nieto acudía sólo a apellidos de alto coturno o de fama popular. Se dirigía también a otros muchos menos famosos, que, como suele ocurrir, se mostraban a veces más generosos que los ricos e influyentes. Es ésta una constante evangélica.

6. *Las cartas a su hermano*

Las cartas que conservamos del P. Nieto a su hermano Ramón son ejemplares por muchos conceptos; pero no es el menos encomiable el relativo a los pobres.

La primera referencia a ellos la encontramos en el curso 1941-42. Así le escribe: «También te agradecería alguna cosilla (chorizillo...) para dar una merienda a los pobres del Hospital con un cachillo de pan. Si puedes enviar con Ramón... Todo lo dejo a tu parecer.»

Al verano siguiente vemos al P. Nieto haciendo acopio de productos alimenticios: «Acabo de recibir tu carta. Supongo te habrán entregado la mía. Te decía si podrías conseguirme algunas lentejas y garbanzos para los pobres. Yo creo que si escribieras a algunos de Macotera, fácilmente reunirías una buena cantidad y completar uno o dos sacos,

pagando algo, para distribuir a los pobres: pasan un invierno muertos de hambre y voy a visitarles con los seminaristas.»

Al llegar aquellas Navidades del 42 le pide «un aguinaldo para los pobres». Meses más tarde le habla de doña Celsa, madrina de su primera misa, que tenía un comercio de tejidos: «Pensaba escribir a doña Celsa —le dice— pidiendo me enviara algunas cosas de comercio que no le sirvieran o tuviera retiradas de la venta para los pobres. Es una miseria tan grande la que vive esta gente, que da pena. Envíame la dirección de doña Celsa.»

Al verano siguiente vuelve a pedirle algo, encareciéndole que no deje de enviarlo, si se lo permiten. La dificultad radicaba en que los artículos sujetos a racionamiento no podían expedirse de una provincia a otra sin la preceptiva *guía* de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes (C.A.T.), organismo dependiente de los respectivos Gobiernos civiles. De ahí que en diciembre de 1943 le escriba de nuevo: «El Señor Gobernador actual de ésa es muy bueno y creo fácilmente te concedería *guia* para enviarme algunas lentejas y garbanzos para los pobres.» Al parecer las gestiones de su hermano dieron el resultado apetecido, pues diez días más tarde vuelve a escribirle: «Puedes facturarlo a Cabezón de la Sal (Santander). Es conveniente, como indicas, lo envíes en gran velocidad. Veremos si llega sano y salvo. Avísame al enviarlo, para salir a recogerlo cuanto antes. Si no, peligra.» ¡Buenas andaban las cosas de comer! Eran aquellos «tiempos recios», usando la expresión de Santa Teresa.

En otra carta, al parecer del 18 de agosto de 1944, le dice: «Recibí tu regalo que agradezco muchísimo, por ser para los pobres. Si pudieras conseguirme, aun pagando, algo más, te lo agradecería. Es mucha el hambre que pasan estas pobres gentes, y me parece debemos hacer más por ellos.»

En las Navidades siguientes su hermano vuelve a mandarle algo, cosa que naturalmente agradece el P. Nieto. Durante el verano de 1945 éste le envía varias cartas pidiéndole procure enviarle algo con *guía* por medio de los seminaristas salmantinos al regreso de las vacaciones. «Trabaja cuanto puedas —le insiste en una de ellas— por conseguir la *guía* para enviarme algo para los pobres. Cuanto más, mejor. Ha ido a Tardáguila el P. Polo, quien me tiene conseguido un saco de garbanzos y me conseguirá más. Quizá él mismo pueda hacer algo en cuanto a lo de la *guía*. Le escribo para que hable contigo. Si ves esperanza de conseguirla, escríbeme una tarjeta para avisar a los de Macotera que me consigan alguna cosa.» El P. Polo le procuró durante tres años otros tantos sacos de garbanzos y lentejas, uno de cada cosa por año.

La obtención de la *guía* era un verdadero calvario, y al P. Polo se la negaron. Todavía varios meses más tarde escribe desolado el Padre

Nieto, por no haber recibido nada y le repite que, cuando pueda enviarle algo, lo haga a Cabezón de la Sal.

En noviembre de 1946 le habla por primera vez de la tómbola navideña en favor de los pobres. Y le añade con toda llaneza: «Ya veré si te pido algún regalo para ella.» De aquellas Navidades parece otra interesante carta sin datar: «He oído que el Sr. Gobernador de ésa es bueno. ¿No podrías obtener *guía* y enviarme algunas lentejas para los pobres? Si son baratas, no me importaría traer 500 kilos... ó 1.000. Ya sé que haces cuanto puedes por los pobres de esa tu parroquia, que no son pocos. Sigue amándoles más cada día y haciendo cuanto puedas por ellos. Quise escribir a doña Celsa para ver si podía conseguirme a precio económico telas para ropa con este mismo fin, pero ignoro si ellos tienen parte o no en la fábrica de Béjar.» Tres años más tarde vuelve a escribir sobre este tema: «Te escribo para ver si sería posible conseguir a precio de fábrica telas para niños en Béjar. Yo emplearía gustoso mil o dos mil pesetas para ropas de abrigo o trajes para niños y niñas o para hombres y jóvenes. Aquí hay mucha necesidad.»

Se puede decir que no hay carta de estos años, sobre todo de los veranos, en que no indique a su hermano mire a ver si puede conseguirle lentejas o garbanzos; ¡eran tan apetecibles y nutritivos para sus pobres esos productos de secano de las tierras castellanas!

La primera vez que habla a su hermano de los comedores infantiles es en el verano de 1950. Para ellos le pide 1.000 kilos de lentejas buenas, sin gorgojo, que pagaría hasta a cinco pesetas kilo. «Creo —le añade— te sería fácil a lo menos entre diez o doce personas conocidas, y quizá favorecidas, obtenerlas. El importe te lo remito en el momento que me avises. Facturadas a Torrelavega y avisando a ese Señor D. (ilegible) con los datos que pongo en hoja adjunta, llegarían a ésta bien. Los portes no creo tendrías inconveniente en pagarlos tú. Y si alguna otra cosa pudiera obtenerse... ¿Garbanzos a qué precio los dan en ésa?»

En 1951, en plenos Ejercicios de mes, le habla de la adquisición de tocino y le insiste en la compra de lentejas a buen precio por razón de la buena cosecha del año. Algunas semanas después le da contraorden, pues probablemente se decidirá a comprar en Carrión de los Condes (Palencia). El buscaba por todas partes las condiciones más favorables en precios, transportes, etc.

Al comenzar el curso 1951-52 se interesa especialmente por el precio de la ropa en Salamanca: «En Navidades —escribe— damos a estos niños y niñas pobres un jersey o cazadora o algo de tela para vestido o pantalón. Si no te es molesto..., puedes enviarme precios de estas cosas.»

Como sabemos, durante el verano de 1952 sufrió el P. Nieto varias operaciones graves. De regreso a Comillas del Hospital, vuelve inmediatamente a preocuparse de sus pobres. «Organizamos —dice— una

tómbola para las Navidades en pro de los comedores de niños pobres y enfermos que tenemos. Quizá te pida un jamón para ella, en orden a rifarlo.» Esta era la santa libertad de espíritu con que pedía para los necesitados. Algo similar le dice en la carta siguiente y en otras.

Veamos lo que le escribe al año siguiente. En una carta le insiste sobre el modo de conseguir ropa barata en Béjar. En otra, en que le habla de lo mismo, le añade: «Si alguna persona conocida viniera antes de Navidad, podías enviarme algo para una tómbola que organizan los seminaristas de ésta en pro de los pobres. Quizá un jamón o salchichón.» Las palabras con que le agradece este envío muestran bien a las claras el espíritu que guiaba al P. Nieto: «Recibí tu regalo para la tómbola de los pobres. Dios te lo pagará con generosidad divina. Supongo que estos días (de Navidad) no te cansarás de dar limosna a tantos como tendrás en esa parroquia. Piensa que es lo mejor que puedes hacer con los bienes materiales: darlos a los pobres para adquirir los espirituales, que son los únicos verdaderos y eternos.»

Convencido de ese valor relativo de los bienes materiales, no deja de pedir una y otra vez. En el verano de 1954 le pide envíe lentejas o garbanzos por un seminarista de Macotera, comprando barato a algunos conocidos. «Al seminarista de Macotera Gabriel Sánchez le encargué me recogiera unos garbanzos a mitad de precio para los pobres. Así lo hizo entre las personas conocidas. Podías tú pagárselos y los portes de facturación, y yo te lo giraría después. Abrimos en invierno dos comedores para niños pobres.» Y vuelve a la carga sobre la adquisición de ropa a precio reducido, así como de embutido para días extraordinarios.

Pagó, en efecto, su hermano Ramón la facturación del envío preparado por el seminarista. Y de nuevo aquella libertad de espíritu desconcertante: «Si quieres enviarme un jamón para la tómbola que organizan los seminaristas en favor de los pobres, especialmente para dos comedores de niños, unos 100 que tenemos durante seis meses... Y si quieres ser más generoso, puedes enviar otro, como regalo a los Padres y Hermanos para una merienda en las Navidades... Si alguna otra cosa para la tómbola se te ocurre, te lo agradeceré y pediré al Señor te lo recompense.»

A partir de 1956 remite ostensiblemente la insistencia en pedir a su hermano, quizá porque la situación de pobreza de las familias comillanas empezaba a ceder ligeramente. Las peticiones de los años siguientes, cuando ya los comedores dependían económicamente de Auxilio Social, revelan una gran ternura de corazón en el P. Nieto: pide a su hermano participaciones de Lotería, porque, como le dice, quiere dar esta agradable sorpresa a los niños de los comedores. Y, gracias a su hermano, pudo dársela varios años.

Huelga todo comentario a estas cartas, que son un botón de mues-

tra de otras tantas correspondencias similares mantenidas por el Padre Nieto para hacerse con los recursos necesarios con que socorrer a los necesitados.

7. *La campaña navideña de caridad*

Aunque ya hemos aludido a ella, es preciso ampliar este punto, que tuvo gran importancia para la mentalización de los seminaristas y para la adquisición de recursos para los pobres. La campaña se desarrollaba con especial intensidad durante las Navidades, aunque ya se empezaba a preparar durante las vacaciones de verano y a lo largo de todo el primer trimestre de curso.

No pocos seminaristas traían ya consigo de vacaciones algún regalito para la tómbola, o bien dinero.

La tómbola navideña debió de ser una iniciativa del P. Nieto, y se celebró por lo menos durante quince años con excelentes resultados, siendo una de las principales fuentes de financiación de los comedores infantiles. Probablemente la primera edición fue en las Navidades de 1947.

A partir de entonces la tómbola se hizo algo consustancial a las Navidades del Seminario, por lo menos hasta 1962, en que empezó a permitirse a los alumnos pasar las vacaciones de Navidad con sus familias.

Durante el primer trimestre del curso los de la sección de caridad cursaban abundantes cartas a comercios, casas comerciales y personas pudientes, firmadas por el P. Nieto, en que se solicitaban regalos para los premios de la tómbola. Las dirigidas a las casas comerciales insistían en la promoción que dichos regalos supondrían para los propios productos.

El número de cartas enviadas era abultado, con impar respuesta por parte de los destinatarios. Así, por ejemplo, el 17 de noviembre de 1955 se habían enviado ya 120 de estas cartas. Se puede, pues, calcular que al llegar a las Navidades las misivas se habrían elevado a varios centenares.

El P. Nieto, por su parte, escribía también otra serie de cartas con la misma finalidad. En sus agendas fue él consignando y renovando las direcciones de las casas comerciales a donde recurría solicitando ayuda para la tómbola o para cualquier otra necesidad de los pobres. Por allí desfilan las más variadas firmas, entre ellas algunas muy conocidas, como Ruiz-Mateos, Terry, Garvey, Freixenet, Galerías Preciados, Nestlé, Codorniú, Fontaneda, Radio-Televisión Iberia, Kastell-Televisión, Biblioteca de Autores Cristianos, Seix Barral, etc.

A veces se reunían varios cientos de premios para surtir los anaqueles de la tómbola. De la de 1949 leemos: «Hubo hasta 700 premios; desde botes de mermeladas, hasta el juego de breviarios, pasando por varios tomos de la B.A.C., cortes de sotanas, abrigos, cilicios...» Algún año el número de premios subió del millar, como en la de 1950, en la que colaboró muy meritoriamente Sor Juana, del Colegio de las Hijas de la Caridad, benemérita en el comedor infantil y en otras obras de caridad.

La preparación inmediata para la campaña navideña corría a cargo de los seminaristas en sus aspectos más externos; y en los espirituales del P. Nieto. Empezaba por exhortar al trabajo a la Junta de Congregación. Impulsaba también lo que llamaban en el Seminario «retransmisiones radiofónicas», con el fin de excitar la generosidad de los seminaristas. Se trataba de grabaciones magnetofónicas, que se emitían durante la comida por los servicios de megafonía de los distintos comedores.

Pero donde el P. Nieto echaba el resto, por así decirlo, era en las pláticas y puntos de meditación a las comunidades. La vivencia navideña transida de tierno amor al Niño Jesús y de sacrificio por el pobre, que el P. Nieto supo suscitar en los seminaristas con su palabra, será uno de los recuerdos más emotivos de la vida del Seminario para muchos antiguos alumnos de Comillas.

> «Llegó diciembre —escribe uno—, y con él las Navidades, llenas de frío y miseria en el hogar del pobre. El P. Nieto, vigía atento en su atalaya por el bien de los humildes, nos hace la consabida reflexión: Amad al pobre, entregaos al menesteroso.»

En otra crónica leemos:

> «El día de San Esteban nos dio en llamarlo el *día del pobre* y así fue en realidad. Aunque la tómbola para los pobres de Comillas llevaba ya cuatro días abierta y habíamos tenido incluso emisiones radiofónicas de propaganda en los comedores, quisimos dedicar un día entero a pensar en los pobres. El P. Nieto nos dio los puntos sobre el amor que debemos profesarles; por todas partes aparecieron carteles murales que se sumaron a los de la tómbola y nos invitaban insistentemente a preocuparnos de los hermanos que tienen hambre y frío.»
>
> «Hay un dato —escribe otro seminarista en las Navidades de 1960— que es esencial siempre en nuestra vida de Seminario, sobre todo en estos días. Me refiero al P. Nieto. Todas las noches después del examen venía a calentar nuestro corazón hablándonos del Niño, de María, de la Cueva, del Pobre, de los que sufren... como sólo él puede hacerlo; cada palabra, cada gesto suyo llega al alma. Porque

> van rezumado vida, esa vida que todos le estamos viendo gastar día a día juto al Sagrario... Y termino dejándoos en el paladar el grato recuerdo de nuestro P. Nieto: *Imitatores mei estote...*»

De ahí que, al evocar aquellos días entrañables, escribieran los antiguos alumnos cosas como éstas: «Bien aprovechadas, en Comillas las Navidades dejan huellas imborrables: las hermosísimas y encendidísimas palabras del P. Nieto, el calor de los *Hogares*, etc.»

También organizó el Padre alguna rifa en favor de los pobres en el pueblo de Comillas. Como las obras benéficas del P. Nieto gozaban de gran simpatía, la gente colaboraba. Colocó igualmente algunos cepillos *ad hoc* en diversos comercios de la villa, cuyas limosnas se recogían periódicamente. Incluso llegó a efectuar alguna colecta entre los vecinos del pueblo.

Antes de pasar a otro aspecto de la campaña navideña de caridad, aludamos a los beneficios económicos de la tómbola. De los nueve años que han podido documentarse, los beneficios oscilaron entre 7.000 pesetas en 1949 y 23.000 en 1957.

Pero en la campaña de Navidad en el Seminario se recaudaban bastantes más fondos que los provenientes de la tómbola. Así, por ejemplo, leemos que en la de 1946 se recaudaron 25.000 pesetas, «además de otra no pequeña cantidad que se consiguió por otros medios». Esos otros medios eran, naturalmente, los empleados por el P. Nieto. El estaba en campaña permanente y conseguía cantidades de dinero que los seminaristas intuían, pero nunca llegaron a saber con exactitud. ¿Ejemplos? En 1950 repartió el Padre en metálico 48.000 pesetas, a lo que hay que añadir todos los gastos de los comedores, regalos de Reyes a los niños, reparto de ropas, comida entregada a los enfermos, etc. En el curso 1958-59 repartió solamente en medicinas 70.000 pesetas. Aunque los seminaristas aportaron ciertamente cantidades importantes y, sobre todo, con mucho sacrificio personal, la bolsa del P. Nieto se surtía mucho más de su acción personal: cartas, relaciones personales, etcétera. ¡Qué misterios tan insondables los de la bolsa del P. Nieto! Más de una vez se refirieron a ella en Comillas como a algo auténticamente milagroso. A veces la compararon con la alcuza de aceite de la viuda que recibió al Profeta... que nunca se agotaba.

Pero volvamos a la campaña navideña. Otro de los aspectos más emotivos era el de la preparación de aguinaldos para los pobres. La siguiente narración, de las Navidades de 1944, nos sitúa perfectamente:

> «Filósofos y Teólogos de las secciones de caridad en las respectivas Congregaciones marianas —leemos— han estado muy atareados en las Navidades. El cuarto del P. Nieto, Director de dichas Congregaciones y limosnero de La Cardosa, más que aposento del P. Espiritual, parecía una colosal despensa o almacén de ultramarinos: cajones de higos,

peras, almendras, castañas, latas de conservas, botes de mermelada, turrones, dulces, peladillas, chocolate..., todo se iba recogiendo allí, a título de aguinaldo para los pobres de Comillas. Más de 200 paquetes de comestibles se repartieron por los seminaristas a domicilio, o sea en los propios hogares de marineros y familias necesitadas. Y un día era el frontón de hierro el que se convertía en sala de convite para 150 rapaces. Los filósofos servían el menú: arroz, carne con patatas, fruta, pan y vino. Y el día siguiente eran otras tantas niñas, a las que atendían en el servicio los retóricos. Por fin, el día de Reyes se desbordó la caridad de las Congregaciones. La bolsa del P. Nieto, como la de Dios Nuestro Señor, no tiene cordones. Se rifaron nada menos que 350 lotes de juguetes, ropas, alimentos, cuyo valor oscilaba entre las 5 y las 30 pesetas. Puede decirse que todos los chavales recibieron, según sus necesidades, el regalo apropiado.»

Aquí afloraba en toda su lozanía la inmensa ternura que albergaba el corazón del P. Nieto. Así lo expresa el P. Reino: «La ilusión del Padre Nieto era que en Reyes no quedase ningún niño pobre sin juguetes, y a mí me conmovía ver a aquel hombre, que se movía en las alturas, preocupado de llevar a una pobre mujer unos regalos de Reyes, a fin de que sus niños pudiesen alternar con los vecinos.» Y el P. Páramo: «En su solicitud por atender a los niños más pobres y obsequiarles con rico aguinaldo y juguetes en las alegres fiestas de Navidad, mostraba la ternura de su corazón, que ofrecía cierto contraste con la austeridad de su vida y de sus palabras.»

8. *Los enfermos*

En el cuatrinomio de los predilectos de Jesús incluía siempre el P. Nieto, junto a los pecadores, los pobres y los niños, a los enfermos. Acompañarlos, socorrerlos, consolarlos y ayudarlos espiritualmente fue siempre uno de los grandes carismas suyos.

Y también aquí vale lo dicho en otro contexto: los primeros, sus hijos. ¡Cuánto se preocupó el P. Nieto por la salud de los seminaristas! Si dormían bien, si se cansaban con los estudios, si comían lo suficiente... Cuando alguno estaba enfermo, al punto acudía al Hermano Enfermero y al Prefecto de la salud para que estuviese bien alimentado y no pasase frío. Asombrado quedó un seminarista cierto día que le dijo tuviera cuenta con el debido descanso, porque era necesario para la salud. Y se lo decía cuando él ni siquiera se acostaba.

Sus cartas veraniegas a los alumnos repiten con insistencia la recomendación del cuidado de la salud y del descanso. He aquí un ejemplo típico de su enfoque:

> «Cuida tu salud cuanto puedas, que es necesaria para la gloria de Dios, a no ser que El disponga le glorifiques con la enfermedad; pero eso le toca a El, no a ti decidirlo... Cuida aún más de tu alma, con un trato íntimo y sencillo con El, que más bien ayudará a tu salud que la perjudicará. Jamás puede perjudicar a la salud el trato con Dios.»

Si le era posible, acompañaba a los que por enfermedad se veían obligados a desplazarse a Santander para consultar a los médicos o para hospitalizarse. ¡Y con qué cariño lo hacía! «El 61 me operé en Valdecilla —narra uno—. Extirpación de vesícula, operación grave; pero allí estaba el P. Nieto para darme ánimo y poner todo en las manos del Dr. Barón. Dijo que se iba a celebrar una misa, que durase tanto tiempo como la operación, pidiendo para que todo saliese bien. Efectivamente, todo salió bien, pero él fue como una madre, que estuvo siempre a mi lado durante mi estancia en Valdecilla.» Algo similar cuenta un ejercitante de Pedreña: «Cuando al décimo octavo día (de Ejercicios) pasé toda la noche con un cólico al riñón por una piedrecita, todavía recuerdo la ternura con que acompañó mi dolor en las primeras horas del día y la solicitud con que me llevó al Hospital.» Los casos se repitieron.

Cuando la gravedad ponía en peligro la vida de un hijo espiritual, no se separaba de su cabecera. De la muerte de un retórico, confortado por sus auxilios espirituales, nos ha quedado este hermoso testimonio: «Soportó su enfermedad con verdadera alegría, hablando de la muerte con la mayor naturalidad; no es de extrañar: ¡moría en manos del Padre Nieto!»

Lo mucho que ansiaban sus hijos espirituales su presencia confortante en los duros trances de la enfermedad ha quedado patente ya con anterioridad.

Pero donde más desplegó su celo con los enfermos el P. Nieto fue en el pueblo de Comillas y sus alrededores. Las gentes, que conocían bien el interés del Padre por ellos, acudían a él con frecuencia. «Muchos enfermos más o menos graves —escribe el P. Páramo— solicitaban la visita del P. Nieto, quien acudía solícito a prestar sus auxilios espirituales, unidos con frecuencia a socorros materiales.» ¡Van tantas veces de la mano la enfermedad y la pobreza! Y le llamaban hasta de fuera de Comillas. Cuenta una vecina de Río Turbio que, cuando alguien del pueblo enfermaba, como no había sacerdote, solían llamar al P. Nieto, que sabían estaba siempre dispuesto y nunca fallaba.

Emocionante el caso de aquel joven, conocido por todos como «Bienve», prendido en las redes de la delincuencia. En una ocasión que regresó a Comillas de sus andanzas por el mundo, fue reclamado por la autoridad. Al enterarse pretendió escapar, pero fue retenido

por los agentes y conducido al cuartelillo. En las inmediaciones del puesto de la guardia, sacando una pistola, se volvió para disparar. El agente se le adelantó en el disparo, dejando al chico malherido. Llevado al Hospital del pueblo, reclamó al P. Nieto para reconciliarse. Al punto acudió el Padre, falleciendo a las pocas horas con los auxilios espirituales.

El, que había ayudado a toda la familia del muchacho en sus muchas necesidades, comentaba este caso a los seminaristas: «Es molesto trabajar con el pobre; pero, ahí tenéis el fruto.»

¡Cuántos murieron confortados por los auxilios espirituales del Padre Nieto! Comentando la muerte de un Hermano jesuita que falleció en sus brazos, decía:

> «A mí me gusta mucho asistir a los moribundos. Darles confianza grande en ese momento. Y me gusta, porque se ve cómo el moribundo va desprendiéndose de las cosas de este mundo, y no le queda nada... Suelta uno todo, y no se queda más que con Cristo.»

Tenía, en efecto, un carisma especial para que los enfermos y acongojados aceptasen con pacífica conformidad la cruz. Les hablaba con tal convicción del valor redentor de la cruz, de Cristo crucificado, del cielo, que muchos se sentían tocados por la divina gracia a través de sus palabras. José Marcilla, que compartió con él la persecución roja en 1936, contaba que en cierta ocasión, atendiendo en Santander a una niña enferma, debió hablarle de tal modo del cielo, que la niña no quería curarse, muriendo efectivamente atendida espiritualmente por él.

Lo que inculcaba a los enfermos o sufrientes la estima que debían tener de la cruz, aparece muy bien en el siguiente hecho. En una de sus visitas a los enfermos de Comillas preguntó a una joven inmovilizada en el lecho si no se cambiaría por uno de aquellos seminaristas que le acompañaban. Ella, bien instruida por el Padre sobre el tesoro sobrenatural de su dolor, respondió sin vacilar:

—Ca, Padre, no soy tan tonta.

> «La gente se da cuenta —escribe monseñor Flores— de que el santo es la persona más apta para comprender y para levantar el ánimo. Me acuerdo que en un verano una turista perdió a su esposo ahogado. Estaba desesperada y pidió fuera un Padre a consolarla. El P. Nieto fue y decía, refiriéndose a este caso:
>
> —La gente no sabe consolar; lo que hacen es abrirles más la herida. Lo que hay que hacer es lavantarles el ánimo, infundirles fortaleza.»

Eso es lo que él hacía. Pero siempre desde el plano de los criterios sobrenaturales. Con mucha cercanía humana, sí, pero sin abandonar esos criterios.

> «Tenía el señor Marqués de Comillas —escribe el P. Quijano— la hija pequeña con leucemia. No recuerdo las palabras que le dijo el P. Nieto; lo que sí recuerdo muy bien es el cariño con que le habló. Y la sustancia fue que lo único importante era la voluntad de Dios y la vida definitiva en el cielo; que todo lo demás era secundario. Y recuerdo también la reacción del Marqués, que comentaba que de hombres así es de quien se recibe el verdadero consuelo.»

La carta que conservamos dirigida al señor Marqués en esta situación confirma plenamente lo que dice el P. Quijano.

En Ruiseñada ayudó a bien morir a Amparo Pérez Bracho. El, que la confesó por última vez, contaba que no había encontrado hasta entonces alma más resignada en las manos de Dios, y eso que dejaba siete hijos, y el benjamín de sólo veinte meses. También contaba el ejemplo de aquella humilde mujer, esposa de un pescador, que, cuando arreciaba el dolor, se agarraba al crucifijo como él le había enseñado, y allí encontraba consuelo y paz.

Se deja comprender que a las veces la batalla para conseguir del enfermo la resignación cristiana fuese ardua. Pero la fuerza de su palabra sobrenaturalizada rendía al final todos los bastiones.

Dura fue la batalla con aquella muchacha, «Cuca» para los del pueblo, que padecía un cáncer muy doloroso. Agarrada como una lapa a su sotana, totalmente convencida del valor de su intercesión, le pedía hiciese el milagro de curarla. Muchas visitas costó al P. Nieto el que, a fuerza de hablarle de Cristo y del cielo, aceptase la muchacha la voluntad de Dios.

Había que conformarse evidentemente con los designios de Dios, pero a la vez hacer todo lo posible por combatir la enfermedad y aliviar a los enfermos. Para conseguirlo, el P. Nieto no perdonaba sacrificio alguno. No había vientos, ni lluvias, ni fríos ni calores que le detuvieran. En unos días tormentosos le vemos en un pollino, camino de un pueblo cercano a visitar a una anciana muy grave. Los caminos estaban intransitables y el pollino caía de cuando en cuando. Contaba su acompañante que en las caídas y en los golpes el Padre, lejos de malhumorarse, reía feliz. ¡Es que iba a socorrer a una enfermita!

Enfermo y todo él mismo se pone en camino para poder hallarse a la cabecera de los sufrientes. Recordamos que en una de las salidas con los seminaristas hubo de interrumpir su caritativo recorrido, porque estaba tan enfermo que no podía tenerse de pie.

El testimonio de una enferma es singularmente interesante; aunque extenso, es preciso transcribirlo: «¿Cómo era el P. Nieto? Con bien pocas palabras podría decirse cómo era este hijo de San Ignacio de Loyola: entregado a Dios para el servicio de los pobres y enfermos, a los que mucho dio y a los que mucho amó. Era un alma muy de Dios. Lo conocí

siendo niña: tendría unos seis años. Eran años de mucha pobreza, y había en casa mucha necesidad, ya que las enfermedades no nos dejaban de visitar. Fui la protagonista de estos palos que Jesús envía, y que nunca sabemos por qué. En casa toda la familia tuvo que acudir al P. Nieto. Gracias a tanta ayuda prestada en todos los sentidos, nos lo hacía más llevadero. Conforme pasaban los días, los años, más sentíamos su ayuda material y esa tranquilidad de espíritu que nos proporcionaba con su aliento, con esas palabras tan llenas de fe, de la que tanto nos hablaba. Hubo que acudir a él docenas de veces. Yo era la enferma: tuve que pasar por muchos ingresos en Valdecilla y por varias operaciones. Y en casa no había medios. Siempre teníamos que acudir a él. Era muy recto y fuerte, pero muy noble y de muy gran bondad. Siempre atento a escuchar, siempre acogiendo a todos con los brazos abiertos. Yo lo quise y quiero hoy como a un verdadero padre. Eso es lo que fue. Y no sólo padre, sino también madre: todo a la vez. Y no sólo de casa y mío, sino de muchísimas familias, a las que tanto ayudó en el pueblo de Comillas y fuera de él.

Era incansable. Siempre visitando y pendiente de todo aquello que fuese relacionado con pobres y enfermos, pescadores, etc. Por mis enfermedades tenía que pasarme largas temporadas en la cama, y no deseaba otra cosa tanto como que llegaran los jueves y domingos para recibir la visita de tan santo y caritativo Padre, acompañado siempre de un grupo de seminaristas, a los que él con su ejemplo iba enseñándoles tanto bien. ¡Y qué visitas éstas! ¡Qué generosidad la suya, con tantas cosas buenas para comer, para pagar, mantas para cubrirse, y sobre todo aquellas palabras que tanto bien te hacían y tanto te aliviaban...! Siempre facilitando medicinas, vales de comestibles, ingresos en el Hospital de Comillas, a fin de que estuviésemos cuidados y mejor atendidos. En fin, los pobres y enfermos eran su peso y su dolor.

El también estaba enfermo, y era tan grande su mortificación y olvido de sí, que admiraba. No se cansaba de obrar el bien: los comedores de Comillas fundados por él para niños y niñas, atendidos tantos años, buenas filas de personas mayores en las que siempre estaba presente para ayudar a repartir comida. Para él no había días malos ni buenos: había que verlo bajar del Seminario lloviendo a mares, con vientos y fríos que azotaban. Pero nada le retenía, pues para él lo principal era llegar donde el enfermo, donde la familia pobre, que le esperaba; donde fuera. Todo lo demás no importaba nada. ¡Qué mojaduras cogía! Había que ver qué sotana de agua llevaba encima. Y nunca quería el paraguas. Y sus bolsillos eran portadores de cosas que a todos nos traía...

Los veranos se ausentaba de Comillas e iba a entrevistarse con personas importantes, a exponer a gentes más pudientes las muchas necesidades y penas del pueblo, y así poder reunir unos dineros y seguir

con sus muchas obras de caridad y llenar unas despensas que nos aseguraban unos comedores todo el año a muchas bocas hambrientas.

¡Cuántas veces con su bondad le vi coger de las cunetas a hombres borrachos, que, en agradecimiento, le soltaban una palabrota, que él, tan virtuoso y santo, cambiaría en jaculatoria!

Dejó una huella de Dios por donde pasó. Sirvió, siguiendo el ejemplo de Jesucristo. Fue misericordioso ante el dolor y el sufrimiento. Que desde el cielo nos alcance cuanto necesitamos para hacernos también merecedores de la bienaventuranza.»

Tan bien aprendió esta enferma de su venerado P. Nieto la lección de la conformidad, que hoy no quiere pedir a Dios, por su intercesión, la curación de su total sordera, porque dice que él le enseñaba que con ella podía unirse mejor a Dios, sin el estorbo del bullicio exterior.

Los que acompañaban al Padre en estas visitas a los pobres y enfermos son unánimes en poner de relieve su gran humanidad y su visión profundamente sobrenatural. Era una verdadera madre por su interés, compasión y cariño. Su preocupación se dirigía por igual hacia los problemas del cuerpo y del alma.

Entre los enfermos visitados y socorridos por el P. Nieto hay que hacer una referencia especial a los tuberculosos, tan abundantes en los años del hambre de la postguerra. Un estudio «Sobre la tuberculosis pulmonar en Comillas» en el trienio 1941-43, realizado por el que fuera muchos años médico del pueblo, doctor Meneses, y conservado por el P. Nieto hasta su muerte, incluye esta escalofriante estadística: *Muertes por tuberculosis pulmonar diagnosticada:* 26,8 por 100 en 1941; 14,7 por 100 en 1942; 21,6 por 100 en 1943. *Muertes por procesos del aparato respiratorio de probable etiología tuberculosa:* 44,3 por 100 en 1941; 20,5 por 100 en 1942; 60 por 100 en 1943.

Las visitas del P. Nieto con los seminaristas a los enfermos del pueblo en el curso 1942-43, que ya conocemos, coinciden plenamente con los datos del estudio del doctor Meneses. El P. Nieto les lleva alimentos, les proporciona medicinas —por las Actas de la Congregación sabemos que a veces se proporcionó a este tipo de enfermos estreptomicina—, les facilita el ingreso en el Hospital de Comillas, envía a algunos a Valdecilla, al Sanatorio Antituberculoso de Liencres, a Liébana, a Guadarrama, etc.

Pero no se contentaba con facilitar el ingreso en los Hospitales a estos enfermos. Seguía interesándose por ellos y proporcionándoles ayuda durante su internamiento. La siguiente carta, del 31 de mayo de 1955 a un seminarista recién ordenado, que ha de pasar una temporada en Santander por enfermedad, demuestra su amorosa solicitud por un tuberculoso:

> «¿No podrías llegarte a Valdecilla —le dice— y visitar al tuberculoso Hilario Vega, que está en el pabellón 21? Preguntas a las Religiosas si podrían darle alguna sobrealimentación pagándoles. A ver si logras visitar al señor Gobernador (si quieres te envío una carta para él) y hablarle de este asunto: cómo dicho enfermo estuvo varios años luchando en la Cruzada y fue herido dos veces; ahora muere de hambre. Pedirle ayuda.»

Hasta el final de sus días siguió atendiendo a tuberculosos, a pesar de que para entonces ya se daban pocos casos de éstos. Precisamente en los últimos meses de su vida se preocupó, que sepamos, por dos familias afectadas por este mal: por una de Ruiloba con siete hijos, el padre operado de plastia en el pulmón derecho y, sobre todo, otra de Comillas, con el padre y el hijo mayor de dieciséis años ambos tuberculosos. Sabemos que el P. Nieto no pudo colmar su deseo de dedicarse de por vida a otros enfermos contagiosos, cuales son los leprosos. ¿No sería su preferencia por los tuberculosos una especie de santa revancha? Los seminaristas se daban perfecta cuenta de esta inclinación:

> «En los 39 al 43 —narra uno— íbamos muchas veces un grupo, generalmente de vocaciones tardías, en las tardes de paseo o recreo al Hospitalillo del pueblo. Allí había una sala con cuatro o seis enfermos, casi todos o todos tuberculosos, y el Padre les hablaba uno a uno. Pero donde se detenía más era en una habitación pequeña donde estaba un joven de unos dieciocho años muy grave, también tuberculoso. A éste le hablaba de la muerte y del cielo que le esperaba, de tal modo alegre, sencillo e ingenuo, que el chico rebosaba de alegría.»

Quizá fuera el mismo joven del que otro cuenta lo siguiente: «Visitando un día el P. Nieto a un joven tuberculoso llamado Amador, le decía: ¡Ay, Amador, quién pudiera cambiarse contigo! ¡Qué cielo te estás ganando con tu enfermedad! Y lo decía con un tono de total convencimiento.» Se lo dijo, no sólo a Amador, sino a otros muchos enfermos.

Pero resta aún otro importante capítulo de la actividad del P. Nieto en pro de los enfermos, que es su atención al Hospital de Comillas, fundado por la familia del marqués y regentado, como sabemos, por las Hijas de San José. Ya desde los primeros años de su llegada a Comillas le vemos frecuentando este centro. Esta relación se prolongó hasta los últimos años de vida del Padre. Mientras pudo bajar por su propio pie al pueblo, no dejó de hacerlo. Como en los últimos tiempos su corazón no le permitía realizar el tremendo esfuerzo de la subida de La Cardosa y además se le hinchaban las piernas, el P. Rector le obligaba a tomar un taxi cuando salía a visitar enfermos. Cuando ni eso pudo hacer, enviaba sus limosnas a los necesitados por medio de

su fiel colaboradora Orosia, por una hermana del P. Antonio Sánchez, etcétera.

La presencia del P. Nieto en el Hospital del pueblo se hizo tan connatural, que llega a escribir la Hermana Marcelina: «Aquí venía como a su casa: entraba y salía sin darnos cuenta.»

En el Hospital (y Colegio) tenía el Padre el depósito de comestibles para el servicio del comedor infantil. Pero, además de éste, tenía también allí otro depósito de alimentos, ropas, etc., para los pobres en general, en cuyo reparto colaboraban también las religiosas, conforme a las indicaciones del P. Nieto. Oigamos nuevamente a la Hermana Marcelina:

> «A las familias pobres —dice— les daba en su casa comida seca y leche en polvo. Las que lo necesitaban iban a pedir al P. Nieto, que les hacía un vale; y con él venían aquí al Hospital y les dábamos lo que el vale decía. También pedía a las fábricas mantas y sábanas para los pobres. También de estas cosas tenía aquí el depósito y lo repartíamos nosotras, igual que los comestibles, con los vales que les daba el P. Nieto.»

Esta leche en polvo y otros alimentos provenían de las ayudas que algún tiempo otorgó *Caritas* norteamericana. El Padre consiguió algunas partidas de estos envíos, que repartía en el pueblo por medio de las religiosas y en el Seminario por medio de la sección de caridad. Sobre este particular cuenta Orosia que, mientras duró esta ayuda americana, los pobres de Comillas y alrededores subían al Seminario *a bandadas* a recibir los vales del Padre.

Pero la labor del P. Nieto en el Hospital tenía lógicamente como destinatarios principales a los enfermos y asilados del propio centro. Sabemos ya de sus visitas a los internos. «Su primera visita —dice la Hermana Marcelina— era al Sagrario, donde estaba un buen rato.» A veces tenía con los seminaristas actos especiales de piedad en la capilla del Hospital, como horas santas, etc. Había dos momentos durante el año en los que ponía especial interés: Semana Santa y Navidad. Acompañado de un grupo de seminaristas celebraba con gran solemnidad para las Hermanas y asilados los oficios del Jueves Santo, lavando los pies a 12 pobres, a los que después se agasajaba con una comida. También solemnizaba mucho la misa del Gallo en Nochebuena. Estos actos servían también para ejercitar en sus ministerios a diáconos y subdiáconos. Es la Hermana Marcelina la que habla nuevamente:

> «Por Navidad y Semana Santa nos hacían los seminaristas funciones tan solemnes en la Iglesia del Hospital, que parecía una catedral. Y a las tardes hacían comedias los seminaristas, que con ello hacían pasar un rato agradable a los ancianos; y para terminar les dábamos

una merienda, y todos quedaban tan contentos y satisfechos. Pero ni en las comedias ni en la merienda participaba el P. Nieto.»

Durante estas veladas festivas, igual que en el Seminario, solía ir a la capilla a orar.

Sin embargo, le gustaba deparar estas alegrías a enfermos y asilados. Por eso apoyaba la celebración de meriendas, chocolatadas, etc., y proporcionaba a los ancianos medios de expansión. A su hermano le pide embutido para una merienda con ellos. A veces organiza una colecta entre los seminaristas con el mismo fin. Cuando en 1942 tuvo la suerte de ser agraciado con una gramola japonesa en la tómbola misional, al punto pensó en los ancianitos del Hospital, a quienes se la regaló. ¡Qué alegría la de los asilados con la gramola del P. Nieto! ¿Quién sospecharía cómo pudieron comprarse a los ancianos en 1964 unas estufas de butano? Con la venta de 11.000 kilos de algas que recogieron filósofos y teólogos en la playa de Oyambre. Ese mismo año el P. Nieto les regaló también un aparato de televisión.

¡Con qué ansia esperaban los internos —enfermos o asilados— las visitas del P. Nieto! Se lo oíamos narrar antes a una enferma de aquellas.

Pero hay algo más. Sin la ayuda del P. Nieto muchos enfermos no hubieran podido ser internados en el centro. El corrió con los gastos íntegros o casi íntegros de bastantes, sobre todo en los años del hambre y la tuberculosis. Por fortuna conservamos los datos desde mayo de 1944 hasta finales de 1945. Merece la pena conocerlos y percatarnos del enorme esfuerzo económico que realizaba el Padre en años tan críticos para pagar la pensión de un buen grupo de enfermos:

1. El 25 de mayo de 1944 ingresó en el Hospital *Enrique Santos.* De las 10 pesetas que costaba la pensión, el P. Nieto le pegaba ocho. Pagó por él, por lo menos, año y medio, es decir, todo el tiempo del que conservamos los datos.
2. El 20 de octubre de 1944 ingresaron cuatro enfermos graves, tuberculosos: *Manuel Cortavitate, Jesús Sánchez Valle, Manuel Fernández San Pedro* y *Angel Herrera Butrón.* El Padre corrió con la pensión completa de los cuatro hasta su muerte acaecida los días 4 de enero, 1 de febrero, 2 y 23 de abril de 1945, respectivamente.
3. El 27 de octubre de 1944 ingresó *José Bueno Póo.* También corrió el P. Nieto con el pago de su pensión completa todo el tiempo del que conservamos datos.
4. El 22 de enero de 1945 ingresó *Domingo Herrera Butrón,* también tuberculoso. El P. Nieto le pagó la pensión completa hasta el final.

5. Sólo diez días duró con vida *Manuel Valle Cabadas,* ingresado el 15 de febrero. Por él pagó el Padre seis pesetas diarias.
6. El 2 de marzo ingresó *Cristina Gutiérrez Celis.* El Padre pagó por ella ocho pesetas diarias, por lo menos hasta setiembre.
7. El 1 de mayo ingresó *Paula Fernández Torrealdea,* por la que el Padre empezó pagando ocho pesetas diarias, sin poder precisarse hasta cuándo.
8. *Vicente García Valle,* ingresado el 15 de mayo, duró también solamente diez días hospitalizado. Por él abonó el P. Nieto ocho pesetas diarias.
9. *Fernando Iglesias Fugaredo* ingresó el 1 de junio. El Padre corrió con su pensión íntegra, pero no sabemos hasta cuándo.
10. *Luis Amazarray* ingresó el 14 de junio. Por él pagó el P. Nieto la mitad de la pensión; a finales de año seguía pagando. La otra mitad y las medicinas corrían a cargo de doña Mercedes Güell.
11. *Titi* ingresó el 4 de setiembre, pagando el Padre ocho pesetas diarias por él hasta finales de octubre.
12. *Toñina* —autora del emocionante testimonio arriba transcrito— ingresó el 21 de setiembre. Por ella pagó el Padre ocho pesetas diarias hasta el final.
13. Por otros dos enfermos *mellizos* abonó el Padre ocho pesetas diarias por cada uno medio mes de noviembre.

De 10.000 a 15.000 pesetas anuales pagaba el P. Nieto al Hospital por este tiempo en concepto de pensiones de enfermos, cantidad muy subida para aquellos tiempos. Colaboraba mucho con él en esta tarea don Luis Satrústegui, emparentado con la familia del marqués. Es probable que no siempre aportara tanto el Padre como en estos años, pero todavía en los años sesenta sabemos de frecuentes partidas de 2.000 pesetas con destino al Hospital, abonadas por el P. Nieto para idénticos o similares fines.

Y si alto fue el gasto de pensiones, no menos lo fue el de medicinas. ¿Cuántos miles de pesetas gastaría en ellas, si sólo en el curso 1958-59 fueron unas 70.000? Bien lo saben los dueños de la farmacia Villegas de Comillas. El P. Nieto proporcionaba vales con su firma a los enfermos pobres para que pudieran adquirirlas en la farmacia. De tiempo en tiempo los farmacéuticos pasaban la factura al Padre de todas las medicinas avaladas con su firma —o la de Mariano, el portero de la Universidad, que con su consentimiento firmaba también vales en su ausencia—, y el Padre abonaba el coste.

Efectivamente, podemos repetir con el hermoso testimonio de aquella enferma, *Toñina:* El P. Nieto «fue misericordioso ante el dolor y el sufrimiento». Dios le enriqueció con el carisma de la atención a los

enfermos como pocos lo han poseído. Dios le habrá alegrado con aquel «Venid, benditos, porque estuve enfermo...»

9. *El arte de pedir*

A las cualidades que San Pablo señala para la caridad cristiana, podríamos añadir ésta: la caridad es ingeniosa. El P. Nieto fue un maestro en el arte del ingenio a la hora de pedir para los necesitados.

Sabido es que en Comillas veraneaban muchos altos personajes de la política de entonces, de la nobleza y hasta del espectáculo. No podía desaprovecharse tal coyuntura para conseguir dinero para los pobres. Y allá vemos al P. Nieto codeándose con ministros, condes, marqueses, banqueros, cineastas, etc., para sacarles algunos dinerillos. Lo que leemos en las *Noticias de la Provincia de León* del verano de 1945 resulta verdaderamente antológico para quien conozca el sentir del P. Nieto, tan alejado del mundo del veraneo: «El P. Nieto —se nos dice—, secundado por algunos veraneantes (en particular por Luis Satrústegui), ha promovido, a beneficio de los pobres, comedias y otros festivales.»

Varios se han referido a la labor del P. Nieto con los veraneantes y gente rica de Comillas.

> «Al volver de vacaciones —escribe un antiguo seminarista— nos contaba un verano que había dado Ejercicios a los veraneantes de Comillas y que les había sacado 75.000 pesetas para los pobres y seminaristas necesitados. Esa cifra para aquella época era fabulosa. Y decía riendo: No logré que me acompañaran a ver las chabolas de los pescadores, porque decían que se les partía el alma de pena. Y comentaba: Eso es lo que yo quería, que se les partiera el alma, para que se les abriese el bolsillo.»

«En las vacaciones de verano —escribe el P. Reino— solía reunir a las personas ricas que acostumbraban a veranear en Comillas y les tenía una plática para estimularlos a ayudar a los pobres.» Más aún, llegó a constituir un grupo de señoras a modo de conferencias de San Vicente de Paúl, con las que se reunía en la sacristía de la parroquia para hablarles y programar la ayuda a los necesitados.

Pensando no sólo en estos veraneantes cualificados social o económicamente, sino en toda la gran masa de veraneantes y turistas de aquella zona, se pensó en celebrar una tómbola en el pueblo. Al parecer, la idea partió del P. Carlos Valverde, que colaboraba con el P. Nieto en la atención a los pobres. Se la propuso a éste, el cual la aceptó bien y puso al punto manos a la obra. Escribió muchas cartas a sus bienhechores, para que le enviaran regalos, logrando reunir muchos. «El solo nombre del P. Nieto —escribe una colaboradora en la iniciativa—

abría todas las puertas a la hora de reunir objetos de regalo para llenar las estanterías.» Tenemos noticia de tres de estas tómbolas en el pueblo: los veranos de 1964, 65 y 66. También conocemos los ingresos conseguidos: 33.000, 25.265,90 y 30.000 pesetas, respectivamente.

La organizadora material y responsable del funcionamiento fue María Luisa Val Moro, que supo además rodearse de otras personas que colaboraron con ella. Uno de los años Luisita Val invitó a Débora Kerr, famosa artista de cine que pasaba sus vacaciones en Comillas, a que fuera a la tómbola a vender papeletas. Aceptó ésta, con lo cual no hay que decir que aquel día fue una multitud de gente, aunque no fuera más que por ver a la diva.

De uno de los años conservamos una lista completa de los regalos: desde un par de zapatos *mocasín* de playa hasta un par de botas de fútbol; desde un frasco de «Varón Dandy» hasta una botella de Centenario Terry o de Freixenet; desde unas gafas de pesca submarina hasta una muñeca gitana, etc., etc. Sin faltar, naturalmente, el detalle religioso: Un Nuevo Testamento, un busto de la Virgen, un Niño Jesús en la cuna, etc. El primero de los años se consiguió un regalo muy apetecible en aquellos tiempos: un televisor. Estaba aún en mantillas en España este invento y casi nadie tenía todavía un aparato receptor. Pero terminó la tómbola, y el boleto premiado con el televisor no apareció, quizá por haber correspondido a un extranjero. Algunos del pueblo murmuraban que eso ya se sabía, que lo que querían los curas era quedarse con él. Este es el televisor que el P. Nieto decidió regalar a los ancianos del Hospital.

Muchos de los contactos del P. Nieto con los veraneantes ricos, algunos iniciados en los primeros años, se prolongaron ya durante toda su vida, sobre todo a través de cartas. De ello no se le pegó al P. Nieto ni una mota siquiera de opulencia o mundanidad. Su relación con ellos fue única y exclusivamente de tipo profético: como una llamada a su conciencia. Nada de interés personal, nada de convivencias festivas. El desnudo recuerdo de Dios y del prójimo necesitado.

Otra singular manera de conseguir limosnas, al menos durante los últimos diez años, fue su recurso al llamado *Banco de los Pobres*, del periódico bilbaíno *La Gaceta del Norte*. No menos de 85.000 pesetas se han podido contabilizar entre 1963 y 1973 recibidas por este conducto (aunque es probable que fueran bastantes más). El *Banco de los Pobres* era una sección benéfica del citado periódico, fundada en 1947 por Becerra. En ella se anunciaban casos de gente necesitada, muchos de los cuales pudieron remediarse gracias a los donativos de los lectores. Desde 1962 dirigía el *Banco de los Pobres* don J. Ramón Moronati, hijo del señor Moronati, fundador de *La Gaceta del Norte*. Don J. Ramón no llegó a conocer personalmente al P. Nieto, aunque había oído hablar de su santidad; por eso le ayudó cuanto pudo desde su sección.

convencido de que lo que llegara a sus manos sería bien empleado en favor de los necesitados. Tal confianza tenía en él, que a veces llegó a adelantarle el dinero.

Uno de los aspectos que más preocupó al P. Nieto, como ya ha quedado patente, fue la adquisición de ropa para los pobres, sobre todo ropa de abrigo: jerseys, mantas, etc. Durante los inviernos repartía el Padre gran cantidad de estas prendas. Sus preferencias en este punto eran los niños y los ancianos.

Desplegó muchas energías para conseguir los mejores precios. Recordemos las cartas a su hermano hablándole de la fábrica de tejidos de Béjar. Cuando un empleado de la Universidad se colocó en Palencia, famosa por sus mantas, el Padre le encargó que visitara a alguno de los fabricantes de esta ciudad, con el objeto de conseguir a bajo precio mantas con pequeños defectos de fabricación. Así lo hizo el empleado. Comunicado el precio con el P. Nieto, éste le contestó que no se volviera a preocupar más del asunto, pues las conseguía más baratas en Valencia. Las compró, en efecto, durante bastantes años con buen descuento en la fábrica de tejidos «Industrias Mariola» de Albaida (Valencia). Solamente en el invierno de 1964-65 sabemos que adquirió en esta industria al menos 74 mantas. También recibió bastante ropa de algunos bienhechores de Barcelona y Santander que tenían industria textil.

El P. Nieto fue un eterno pedigüeño. Y por eso pudo estar dando ininterrumpidamente. Alguien le ha calificado como uno de los grandes limosneros de los tiempos modernos de la Iglesia. Ironías de la Divina Providencia sobre la vida de este hombre, quien, al entrar en la Compañía, consignó como uno de los inconvenientes en el test de examen de la vocación religiosa, el no poder hacer limosnas a los pobres en razón del voto de pobreza. Razón tiene Mons. Cirarda cuando afirma del P. Nieto: «Su amor a los pobres, su celo incansable, su fe en la Providencia hizo el milagro de que pasaran por sus manos pobrísimas miles y miles de pesetas.» O Mons. Díaz Merchán: «Las ayudas que repartió solamente Dios puede cuantificarlas.» Se puede hablar sin miedo ninguno a equivocarse de unos cuantos millones de pesetas. Sólo de un bienhechor recibió el P. Nieto en unos diez años más de 200.000 pesetas. ¡Y fueron tántos los que le ayudaron durante varios decenios! ¿Qué tendría su petición que casi siempre conseguía el fin apetecido? Otro carisma sin duda de la gracia divina.

10. *Las fibras del corazón*

Concluyamos este capítulo, estirable como la goma, volviendo nuestra mirada hacia algunas actitudes profundas del alma del P. Nieto.

Algunas ya han ido aflorando aquí y allá. Pero es necesario completar la visión.

No entenderíamos correctamente toda su desbordante actividad en pro de los pobres sin acudir a la clave, que no es otra que la caridad sobrenatural. Sin ella, ni las cosas más costosas y heroicas tienen valor alguno en el cristianismo: «Ya puedo dar en limosnas todo lo que tengo, ya puedo dejarme quemar vivo, que si no tengo amor, de nada me sirve» (1 Cor 13,3). El P. Nieto dio, pero sobre todo se dio a sí mismo, amó.

El amor al pobre que alentaba en su alma derivaba de una gran identificación con Jesucristo. El amaba a los pobres porque ellos eran los preferidos de Jesús. Y ésa era razón suficiente para amarlos sin medida. Y lo consiguió. Recordemos la anécdota relacionada con la portada del libro *El drama de Jesús*. ¡Ese es usted! Los pobres vieron transparentarse, a través de su amor, el amor del mismo Cristo.

Los pobres eran consiguientemente hermanos, hermanos en Cristo Jesús. Lo que se les hiciera a ellos se le hacía a Cristo. En cierta ocasión fue al Ayuntamiento de Comillas a pedir ayuda para ellos. El secretario, en plan de confianza y sin malicia le dice:

—Mire, Padre, déjese de pobres y véngase conmigo a tomar un café.

—Amadísimo —responde al punto el P. Nieto—, ¿sería usted capaz de ir al café con sus amigos, estando muriéndose un hermano suyo? Pues para mí esos pobres son mis hermanos y están casi muriéndose y necesito ayuda para ellos.

De estas actitudes básicas brotaba después un estilo en el trato con los pobres verdaderamente modélico, que llamaba la atención. Lo han consignado muchos de sus acompañantes. Espiguemos algunos testimonios:

—Escuchaba mucho y hablaba poco. Les manifestaba un verdadero cariño humano y espiritual. Todos los pobres le esperaban con ansia. A todos ayudaba con sus limosnas materiales y con su palabra llena de sentido sobrenatural.

—Escuchaba, se interesaba por los enfermos. Yo no vi que dejara nunca a nadie sin remedio. Atrayente entre los niños. Era cercanía a todos, especialmente a los pecadores y a los pobres.

—Era admirable en su trato con los necesitados y pobres. A pesar de ser tan poco agraciado físicamente, su cara se transfiguraba y conseguía hacer sonreír a los enfermos y a los niños con la dulzura de su trato y la generosidad de sus limosnas.

—Merece una mención especial su amor afectivo a los pobres. El P. Nieto conocía directa y personalmente todas las miserias de Comillas y *nominatim* a todos los necesitados.

—Tenía muchísima caridad con los pobres. Su característica era su amor a Cristo; a los pobres los veía como sus encarnaciones.

—Ver al P. Nieto entre y con los pobres, ver a los pobres confiados con el P. Nieto era algo auténticamente evangélico.

Diversas personas, que conocían las circunstancias familiares de algunos pobres socorridos por el P. Nieto, le recriminaron a veces que éstos le engañaban, bien fingiendo necesidades o enfermedades que no existían, bien empleando en vino u otros vicios las limosnas que les daba. Era un tema que sacaba un poco de sus casillas al Padre. No podía ver que se metieran con los pobres, e inmediatamente salía en su defensa con energía, casi con enfado. Siempre respondía que por qué los pobres no iban a tener derecho a tomar un vaso de vino en el bar o a disfrutar de una diversión; que demasiada desgracia tenían con su miseria. Y añadía: Si piden, es porque son necesitados, que a nadie le gusta pedir. En ello mostraba su gran humanidad y su profunda comprensión del drama interior de los pobres, sin que por eso pueda negarse que en ocasiones algunos abusasen de su caridad. También solía decir que lo importante era dar por Dios y dar como si se diera al mismo Dios, aun con el riesgo de equivocarse. Y que prefería ser engañado alguna vez, a dejar sin remediar alguna necesidad verdadera.

De esta profunda identificación con el necesitado procedían aquellas desconcertantes «complicidades» con los robahuevos de los años del hambre a que ya se ha hecho alusión anteriormente o con los ladrones del matadero.

> «Robaron del matadero —narra un seminarista— media vaca, destinada a nuestra cocina. Alguien comentó la noticia en una reunión con el P. Nieto. Y, con la mayor naturalidad, sin darle importancia al acontecimiento, que sin duda conocía, contestó:
> —Ellos tienen más hambre que nosotros.»

Para el P. Nieto el pobre era una especie de sacramento. Oigamos lo que nos ha dejado escrito:

> «La religión cristiana no se contenta con compadecer al pobre y socorrerlo. Lo ama, lo ennoblece, lo venera y hace de él un ser sagrado, de tal manera que faltar a un hombre cualquiera es un pecado contra la caridad y la justicia; pero faltar a un pobre es entre los cristianos un pecado contra la religión, una especie de sacrilegio.»

Desde esta perspectiva comprenderemos algunos detalles de su vida que demuestran hasta qué punto todo lo de los pobres era considerado por él como algo sagrado, intocable.

Alguien le avisó que tenía el dinero de los pobres en un cajón sin cerradura y que incluso marchaba de la habitación sin cerrarla con

llave. La respuesta fue que ya ponía un papel encima del dinero diciendo que aquello era de los pobres. El creía que aquello era más que suficiente para retraer a cualquier ladrón. Sólo con gran insistencia se le hizo cerrar el cuarto cuando salía de él. Entre sus papeles personales se encontró un sobre sellado el 10 de diciembre de 1973 dirigido al Rvdo. P. Nieto con 100 pesetas dentro. En el reverso del sobre había escrito el Padre: «Este dinero es *de* y *para* los pobres. Si lo tomas para ti, Dios te pedirá cuentas, y te castigará. P. Nieto, S. J.» Esto lo llevará él tan escrupulosamente a la práctica como demuestra el siguiente hecho. En los últimos tiempos —debió de ser en el invierno de 1972 ó 1973— recibió como regalo para los pobres 40 mantas. Las tenía en su habitación y por la noche, aunque pasó mucho frío, no quiso tocarlas siquiera. A la mañana siguiente le dijo al Hermano Ropero si podía darle dos mantas, porque había pasado mucho frío. Al contarle el caso, éste le dijo:

—¿Y quién más pobre que usted? ¿Por qué no usó las que tenía?

El Padre se limitó a sonreír.

Efectivamente, el P. Nieto era pobre. Su ilusión era parecerse a Cristo pobre. Y estaba convencido que nada como el trato con los pobres ayudaba para conseguir la pobreza. Lo expresa maravillosamente esta anécdota, narrada por Mons. Antonio Dorado:

> «Nosotros los seminaristas teníamos varios grupos interesados en diversas actividades apostólicas: apostolado del mar, universitarios, apostolado social, etc. En un grupo de los interesados en el apostolado social y preocupados por los pobres, habíamos venido analizando durante el curso toda la problemática social, en cuanto nos era posible. Y un día invitamos al P. Nieto a una de nuestras reuniones. Le contamos lo que habíamos hecho durante el curso, el programa que habíamos desarrollado, los temas que habíamos tratado. El nos escuchó, y al final nos dijo: Amadísimos, ¿queréis ser pobres? Haceos amigos de los pobres, que ellos se encargarán de que lo seáis.»

Estaba reflejando su propia experiencia de pobreza al contacto con los pobres.

No es de extrañar que los pobres correspondieran con afecto a sus desvelos por ellos. Le querían y veneraban, incluso los agnósticos y apartados de la Iglesia. Recordemos cómo el solo nombre del P. Nieto, pronunciado por un seminarista cuando los rojos llevaban presos a Santander a los moradores del Seminario en 1936, fue como una especie de talismán para aplacar las iras de la masa de vociferantes contra los presos. Aquella veneración de los primeros años fue siempre en aumento hasta el final. La siguiente anécdota, bien reciente, refleja el sentir popular mejor que mil discursos:

—¿Es usted rezadora? —se pregunta a una señora a la que se ofrece una estampa.

—No mucho —contesta, con un cierto gesto de rechazo.

—Es que es una estampa para rezar al P. Nieto.

—Ah, de ése sí, de ése sí.

Y al punto alarga la mano para recoger la estampa.

En las páginas anteriores hemos contemplado a un P. Nieto, cual otro buen pastor en busca de sus ovejas. Pero, como a Jesucristo, también las ovejas le buscaban a él. La portería de la Universidad de Comillas fue durante muchos años una especie de santuario al que peregrinaron centenares de pobres y enfermos en busca de ayuda y de consuelo. El camino entre su habitación y el *hall* de la Universidad lo recorrió el P. Nieto miles de veces, reclamado incesantemente por los pobres. Nunca puso disculpa alguna. Siempre acudió solícito, sin protestar por la inoportunidad de la visita. Ocasiones había en que se formaban verdaderas colas de espera para hablar con él. Solía atender a la gente al lado de una columna del *hall* junto al busto del marqués. Con frecuencia ya bajaba dinero o cosas en los bolsos de la sotana. Otras veces volvía a subir a la habitación en busca de alguna cosa. Y, aunque en ocasiones se le veía reacio a la limosna, por alguna duda que le ofreciese el caso —porque tampoco daba a ciegas—, al final siempre claudicaba. Nadie marchaba con las manos vacías.

> «Mil veces —escribe uno de la comunidad— hemos visto salir del cuarto al P. Nieto con un paquete, para entregarlo en la portería a un pobre o a una pobre, acompañado de una pequeña plática, según las necesidades del sujeto.»

¡Cuántos actos de caridad y paciencia enrollados a las columnas de mármol de aquel lujoso *hall* de la Universidad! ¡Y qué contraste entre los habituales visitantes del P. Nieto y otros apuestos clientes de aquellas salas de visitas! Bien sabían los pobres a quién acudían... «¡Ah, de ése sí, de ése sí!»

Muchos le llamaban —como el resto de las personas— el P. Nieto. Pero otros ya le conocían por el sobrenombre: *el Padre de los pobres*. Y cuando murió, todos lloraban desconsoladamente. Habían quedado huérfanos.

¡Qué cosa tan curiosa! Cuando el cura don Manuel se marcha de Santa María de Sando, todo el pueblo llora. Cuando el P. Nieto abandona corporalmente el pueblo de Comillas, todo el mundo llora...

EPILOGO

El Domingo de Resurrección de 1974 se celebraron en la Iglesia de la Universidad Pontificia de Comillas unos solemnes funerales. Extraño día para un acto de estas características. Pero ¡qué a propósito para celebrar la muerte del P. Nieto!

Tampoco era fecha propicia para el desplazamiento de los sacerdotes, ocupados con las tareas pastorales propias de la Semana Santa y fiestas pascuales. Aun así llegaron a Comillas bastantes de Bilbao, Asturias, Santander, etc. La concurrida concelebración eucarística fue presidida por el Obispo de Santander, Mons. Juan Antonio del Val, que pronunció la homilía, el Arzobispo de Oviedo, Mons. Gabino Díaz Merchán, y su Auxiliar y Secretario del Episcopado español, Mons. Elías Yanes.

Hermosa la homilía del Prelado santanderino, antiguo alumno de la Universidad de Comillas. Baste el siguiente párrafo, en que el obispo considera al P. Nieto un verdadero *santo de altar:*

> «Desde ayer todos somos más pobres: nos falta la palabra, el testimonio vivo y presente aquí entre nosotros de un hombre evangélico, el P. Manuel García Nieto, de la Compañía de Jesús... El pueblo de Dios que le ha conocido —sus Hermanos religiosos los jesuitas, todos los antiguos alumnos de Comillas y las personas que le tratamos—, sin prevenir el juicio de la Iglesia, con humilde y universal estimación, le consideramos santo de altar.»

Monseñor Díaz Merchán había preparado también otra homilía, por si hubiera sido precisa su palabra en ese momento. Conserva aún el escrito, del que son estas sentidas frases:

> «Tenemos un santo en el cielo y desde allí seguirá ayudando a Comillas, a los sacerdotes, a los jesuitas, a los pobres y, así lo esperamos, a los que tanto hemos recibido de él en su vida. La muerte

de los santos es un ejemplo para los que aún peregrinamos. La Iglesia canonizará o no al P. Nieto. Los que le hemos tratado durante tantos años, no podemos pensar otra cosa: fue un santo y toda su vida nos ha servido de ejemplo.»

Es lo que pensaban los congregados en torno al altar con los prelados concelebrantes: «Tuve la suerte —escribe uno de ellos— de estar en su entierro aquel día de Resurrección. La opinión de todos era que habíamos asistido al momento solemne de la inhumación de un santo.»

Todos querían llevar el ataúd, al menos por unos metros, a pesar de la lluvia: los jesuitas, unos marineros del pueblo, un matrimonio llegado de Santander, los antiguos alumnos, todos. Y quienes no pudieron desplazarse hasta Comillas, enviaron su condolencia por carta o telegrama: cardenales, ex ministros del Gobierno, condes, obispos, rectores de Seminarios, sacerdotes, seglares... Baste este ejemplo del telegrama del Cardenal Primado de España: «Conocida noticia fallecimiento querido P. Nieto, expreso Rector y Comunidad mi más sentido ofrecimiento oraciones indulgencias. Estoy conmovido al recordar vida tan santa, tan positivo influjo centenares sacerdotes españoles. Pido al Señor que su amor y concepto sacerdocio sean vividos hoy y siempre. Marcelo, Cardenal Primado.»

El mismo Cardenal Primado escribía al P. Provincial: «He rezado y ofrecido la Santa Misa por el P. Nieto. Y me encomiendo a él. Era un santo. Con él y otros se nos va toda una época, que no debiera irse nunca.»

El P. Provincial, al dar noticia de su muerte, hace un gran elogio de sus virtudes. Quizá no se recuerde otro semejante en la historia moderna de la Compañía. Se resaltan, con frase de San Ignacio, «las virtudes sólidas y perfectas» de que el P. Nieto dio muestra a lo largo de su vida. Diversos obispos se hacen eco de este elogio del P. Provincial y contestan emocionados. Entre otros, el Cardenal-Arzobispo de Barcelona escribe: «El P. Nieto era un verdadero santo. Así le consideré toda mi vida... La Compañía ha perdido un santo y ha ganado un intercesor en el cielo...» El Arzobispo de Oviedo, que recuerda su participación en las exequias, añade: «Me permito rogarle que comiencen cuanto antes a gestionar su causa de beatificación. Bien sabe usted que puede contar conmigo, como con tantos obispos españoles, para elevar a la Santa Sede y al señor Obispo de Santander letras suplicatorias.» Y el Obispo de Córdoba: «Supongo que a todos los que le conocieron les pasará lo que a mí: que domina el alma el sentimiento de haber tenido la gracia de conocer y tratar íntimamente a un santo.»

Aunque son los hermanos jesuitas los que, por cierta modestia colectiva, se muestran más comedidos en sus expresiones, no dejan de testimoniar el mismo convencimiento que los demás. Alguno incluso,

a las pocas semanas de su muerte, había compuesto una novena para orar por su intercesión. Fue precisamente el gran canonista, P. Eduardo Fernández Regatillo, quien, a pesar de su avanzada edad, ofrecía su competencia para trabajar en la causa de beatificación del difunto.

Al correr de las semanas se amontonaban sobre la mesa del director de la revista *Unión Fraternal* los testimonios de innumerables antiguos alumnos de Comillas. En un número de la revista se publicó una amplísima selección de ellos. Todos iguales y todos distintos: *era un verdadero santo,* es la frase más repetida. Esta admirable coincidencia podría resumirse en estas frases de Mons. Juan Antonio Flores, Obispo de La Vega (República Dominicana): «Si a éste no lo canonizan, ¿entonces a quién? A mi humilde juicio (siempre lo he creído así) el P. Nieto es canonizable.»

No bastó ese número de *Unión Fraternal.* Siguieron lloviendo testimonios de idéntico talante, y hubo de continuarse la publicación de cartas durante varios números más. Pronto comenzaron a aparecer semblanzas en periódicos y revistas. El canto a las virtudes del P. Nieto alcanza todos los tonos de la emotividad imaginables. Hasta en verso se elogian sus heroicas virtudes.

Pero estas efusiones no son fruto solamente de una cercanía afectiva o temporal. Son convicciones profundas adquiridas a lo largo de muchos años, que se manifiestan ya en vida del Padre y se prolongan en el tiempo muchos años más allá de su muerte. Tampoco son testimonios aislados de tal o cual devoto o de personas de poco criterio. Lo verdaderamente sintomático es la unanimidad a lo largo de muchas generaciones de seminaristas; unanimidad que se prolonga —y hasta se consolida— más allá del Seminario en la madurez del sacerdocio activo o en la responsabilidad jerárquica. Y si es verdad que de la jerarquía y del clero —entre los que se desarrolló la mayor parte de la actividad del P. Nieto— pueden extraerse los testimonios más autorizados en favor de la eximia santidad de su vida, no es menos verdad que la testifica todo el pueblo de Dios: *ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem.* Desde el humilde y pobre peón o pescador de la villa comillana hasta el banquero o industrial que le ayudaban con sus limosnas; desde los feligreses de Santa María de Sando, que le trataron en sus primeras etapas de vida sacerdotal, hasta sus hermanos de comunidad, que le vieron exhalar el último aliento.

En esta serie ininterrumpida de testimonios conviene resaltar algunas circunstancias dignas de atención. Los testimonios recogidos en los primeros capítulos de esta biografía —niñez, juventud, primeros años sacerdotales— han sido aportados por personas que, en su mayoría, habían perdido todo contacto con el P. Nieto desde hacía más de medio siglo. Se puede decir que esta fama de santidad en modo alguno ha sido mantenida por medios humanos, sino única y exclusivamente

por la acción del Espíritu Santo. Algún caso resulta verdaderamente emotivo, como el de aquella anciana que llevaba al cuello una medallita que le regalara don Manuel hacía sesenta años. Como ella, muchas familias de Santa María de Sando conservan libros, medallas, crucifijos, etc., de su santo párroco.

También interesa resaltar un fenómeno singular. No pocos de los testimonios diseminados a lo largo y ancho de estas páginas dan fe de la heroica santidad del P. Nieto en vida de la persona. Y testimonios no solamente orales, sino estampados en letras de molde: ahí están los abundantes números de la revista *Unión Fraternal*, los del boletín *Comillas*, o los de la hoja *Desde Cardosa*. En sus páginas encontramos auténticas «canonizaciones en vida».

Esta fama de santidad no se amortigua con el correr de los años, sino, como no pocos confiesan, se agranda aún más. Sería cuento de nunca acabar transcribir tantos testimonios en este momento. Pero nos resistimos a silenciar los últimos testimonios episcopales, expresados diez o doce años después de la muerte del Padre. Nos vemos obligados a resumirlos, casi hasta reducirlos a su mínima expresión:

Obispo de Vic (18 febrero 1985): «Mirado en su conjunto, de todas las personas que he tratado en mi vida, es la que ha dejado en mí más firme impresión y persuasión de santidad.»

Obispo de David, en Panamá (25 febrero 1985): «Lo canonicen o no, yo siempre lo he considerado un auténtico Santo.»

Arzobispo de Pamplona (3 marzo 1985): «Siempre tuve por santo al P. Nieto; y no sólo no me extraña que se piense en su beatificación, sino que me venía extrañando el que no se hubiera iniciado ya su proceso, pues murió santamente, envuelto en fama de santidad.»

Obispo de La Vega, en la República Dominicana (15 abril 1985): «El P. Nieto era un hombre totalmente desprendido de las cosas de la tierra, lleno de fe y de amor de Dios; a mi parecer, practicando las virtudes casi permanentemente en grado heroico.»

Arzobispo de Oviedo (30 abril 1985): «Sea mi aportación la convicción profunda de que el P. Nieto fue un religioso y sacerdote santo, cuyo proceso de beatificación y de canonización pido a la Iglesia... El ejemplo de sus virtudes fue sobresaliente y en grado heroico... Su exaltación a los altares servirá para que brille más su testimonio y pueda seguir iluminando a la Iglesia en el futuro.»

Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de España (julio 1985): «Desde que empecé a tratar al Padre en mi juventud, tuve la impresión de que me había encontrado con un santo... El tiempo que ha transcurrido desde entonces y el conocimiento de la Iglesia y de los hombres que he ido logrando, no hacen más que confirmarme en esa impresión. En el P. Nieto se dio una auténtica y profunda santidad en grado heroico.»

Monseñor Emilio Benavent, obispo dimisionario (2 octubre 1985): «Para mí no hay duda de la heroicidad de las virtudes del P. Nieto, especialmente de su fe y de su caridad.»

Obispo de Segorbe-Castellón (13 junio 1986): «Dios me envió a Comillas para convivir con un santo... Espero vivamente que la Iglesia reconozca la santidad del P. Nieto.»

Por su parte, el pueblo sencillo empezó pronto a encomendarse al Señor por intercesión del P. Nieto. Ya en el verano de 1974, el año de su muerte, tenemos noticias de peregrinaciones a su humilde sepulcro en Comillas. Junto a la lápida del nicho de su enterramiento aparecían frecuentemente flores que depositaban los fieles que acudían a orar a aquel lugar. Hay noticia de que diversas personas atribuyen favores extraordinarios a su intercesión.

Especialmente vivo es el recuerdo del P. Nieto en el pueblo de Comillas. Lo demostraron también las autoridades civiles de la villa, que acordaron perpetuar su memoria, juntamente con la del P. Páramo, dedicando a ambos una travesía en el casco urbano de la población.

Trasladados a Villagarcía de Campos (Valladolid) la mayoría de los restos mortales de los otros jesuitas inhumados en Comillas, pensaron los superiores que era conveniente trasladar los del P. Nieto a Salamanca, donde en vida pasara la primera etapa de su existencia terrena. Así se hizo, con las formalidades necesarias, los días 23 y 24 de agosto de 1985. Concedió gustoso el obispo salmantino licencia para inhumarlos en un templo, en atención a su fama de santidad y al bien espiritual que ello podría reportar a los fieles.

De este modo, los restos mortales del Padre reposan hoy en un sencillo sepulcro ubicado en la capilla penitencial de la parroquia de San José (*vulgo* «El Milagro»), de Salamanca, regentada por los jesuitas, a donde se acercan a orar privadamente muchos fieles y antiguos alumnos del Seminario y Universidad Pontificia de Comillas. La cartela sepulcral, grabada en mármol verde, resume en pocas palabras lo que fue su vida:

P. MANUEL GARCÍA NIETO, S. J.
Macotera, 5-IV-1894 - Comillas, 13-IV-1974

Vida de continua oración
Penitencia por amor a Cristo
Entrega generosa al pobre
Corazón sacerdotal.

R. I. P.

ILUSTRACIONES

Macotera:
Casa natal del P. Nieto.

Macotera: Parroquia, donde fue bautizado.

PROGRAMA

INTRODUCCIÓN

1.° SINFONÍA DE BEETHOVEN..... Por don José del Moral y don Pedro Sánchez.
2.° DISCURSO PRELIMINAR..... Por don Francisco de Asís González.

Primera Parte

1.° EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA Y SANTO TOMÁS
por don Manuel García Nieto.

2.° O DOCTOR OPTIME
de M. Arnaudas, por la "Schola Cantorum" del Seminario.

3.° ELEVACIONES EUCARÍSTICAS DEL DOCTOR ANGÉLICO
por don Miguel García Conde.

4.° EL ANGEL DE AQUINO.
(poesía), por don Eduardo Benito Cuadrado.

5.° MISIÓN DE SANTO TOMÁS
por don José Sánchez Cobaleda.

6.° CORO POLIFÓNICO
de T. L. de Victoria, por la "Schola Cantorum" del Seminario.

7.° INFLUJO DE LA DOCTRINA TOMISTA
por don Gonzalo Vázquez Barrios.

Segunda Parte

1.° EL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA Y LA FILOSOFÍA TOMISTA
por don Mateo Sánchez Blázquez.

2.° EL AMANECER
de H. Esteve, Orfeón del Seminario.

3.° LITURGIA EUCARÍSTICA DE SANTO TOMÁS
por don Francisco Montes Conde.

4.° UNA VICTORIA DE LA SUMA
(poesía) por don Angel Pascua Moronta.

5.° COENANTIBUS ILLIS
de Haller, por "Schola Cantorum" del Seminario.

6.° HIMNOS EUCARÍSTICOS DEL ANGÉLICO DOCTOR
por don Pelayo Alonso Rodríguez.

7.° EL LIBRO DE SANTO TOMÁS
(poesía) por don José Monge Martínez.

Himno final del P. Arriaga, O. P., por la Schola.

Salamanca: Programa de una velada literario-musical con participación del seminarista Manuel García Nieto.

†
JHS

EL PRESBÍTERO
D. MANUEL GARCIA NIETO,
celebrará (D. m.) por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa en la Iglesia Parroquial de Peñaranda de Bracamonte, el día 26 de Mayo de 1920.

ORADOR SAGRADO,
DR. D. ANGEL TABERNERO BAUTISTA,
Párroco de Macotera.

EL NUEVO SACERDOTE.
Su padrino eclesiástico,
DR. D. ALEJANDRO GORJÓN,
Párroco-Arcipreste de Peñaranda.
Sus padrinos seglares,
D. VENANCIO REDONDO,
y su esposa
Dña. CELSA GÓMEZ,
hermanos, D. Ramón G. Nieto, Presbítero; y la Religiosa Sor Ana María; tíos del celebrante y demás familia, invitan a V. a tan augusta solemnidad.

Peñaranda Mayo 1920.

Aniceto.-Salamanca

Magnificate Dominum mecum
Engrandeced conmigo al Señor
Salmo 33, v. 4

Manuel García Nieto, S.J

BODAS DE ORO SACERDOTALES

1920 - 16 de Mayo - 1970

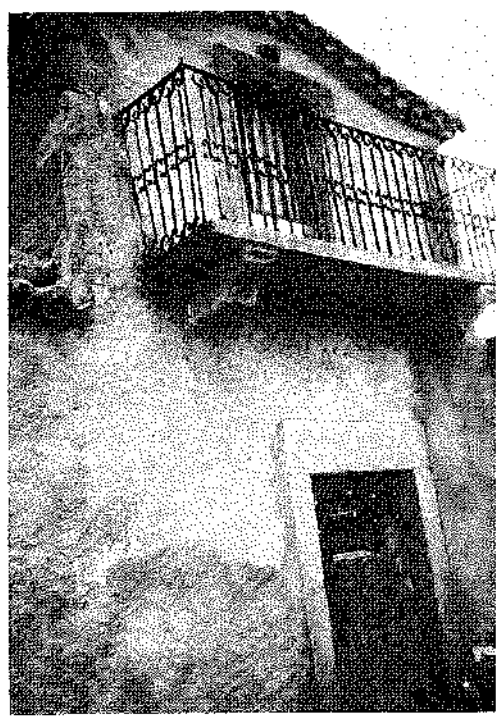
Salamanca — Comillas

Evangeliar, Mitte des 12. Jhdts. Verlag Ettal / 988

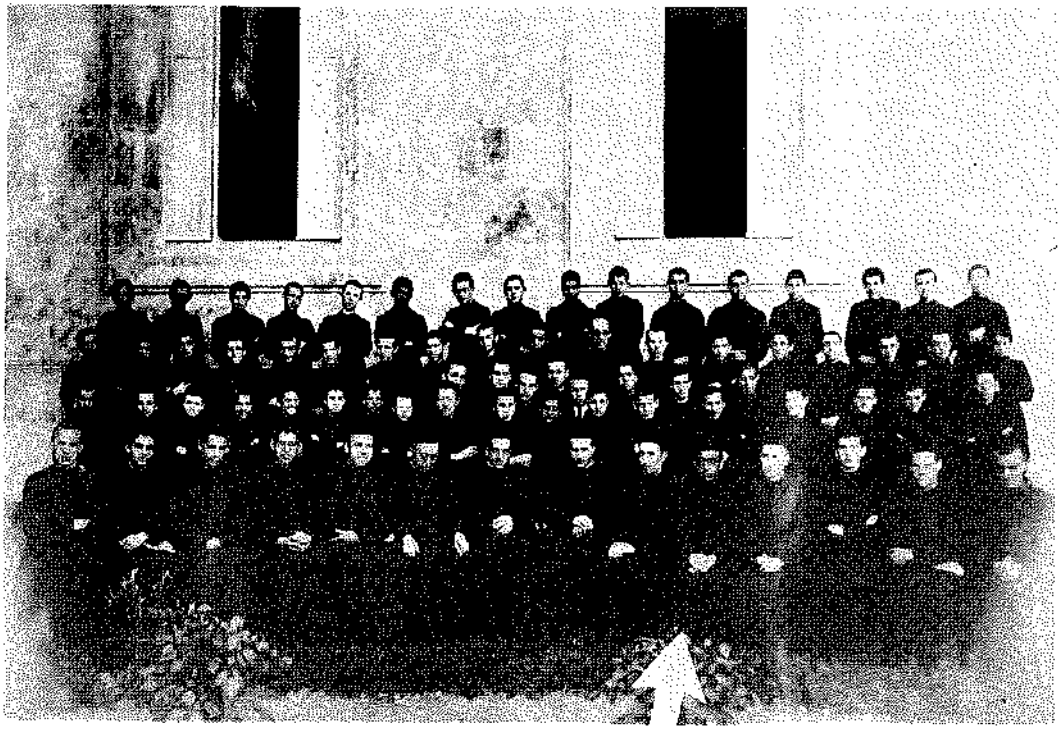
Recordatorios sacerdotales.

Santa María de Sando: Templo donde ejerció "Don Manuel" sus ministerios sacerdotales durante 4 años.

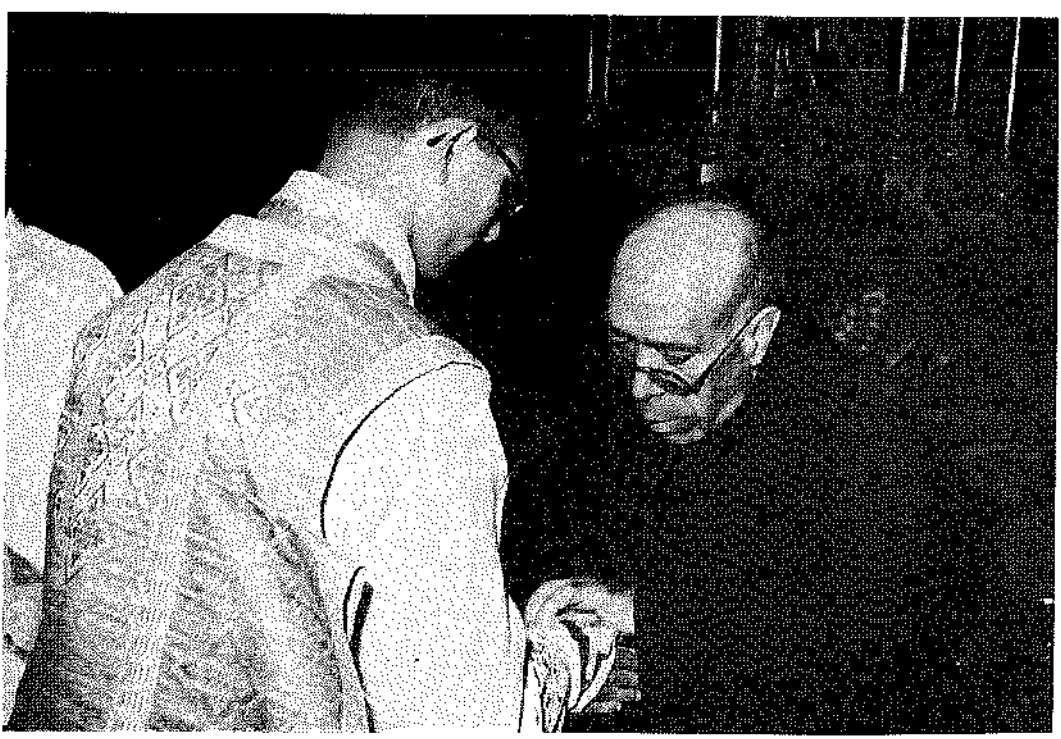
Santa María de Sando: Inmaculada adquirida por "Don Manuel" para la Parroquia.



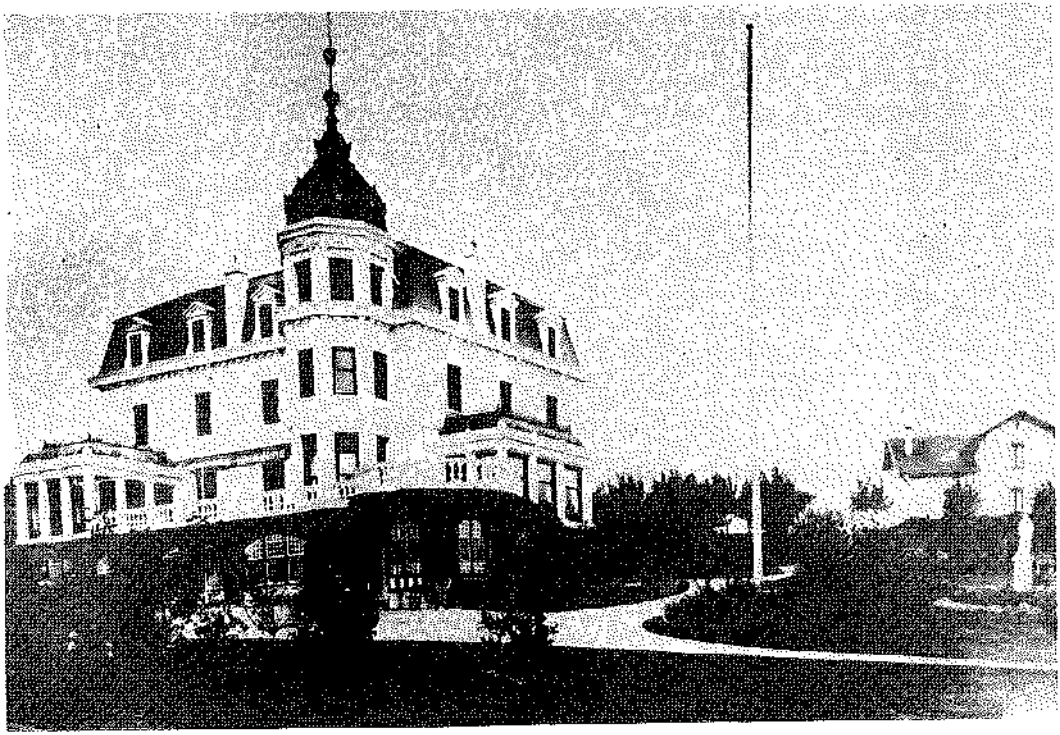
Santa María de Sando: Casa parroquial,



Salamanca: Con sus conmovicios jesuitas.



Comillas: Atando las manos a un neosacerdote.



Negrín: ***Villa San Ignacio****, donde el P. Nieto estuvo refugiado durante la guerra en 1937*

Carrión de los Condes: Primera tanda de Ejercicios de mes (1942).

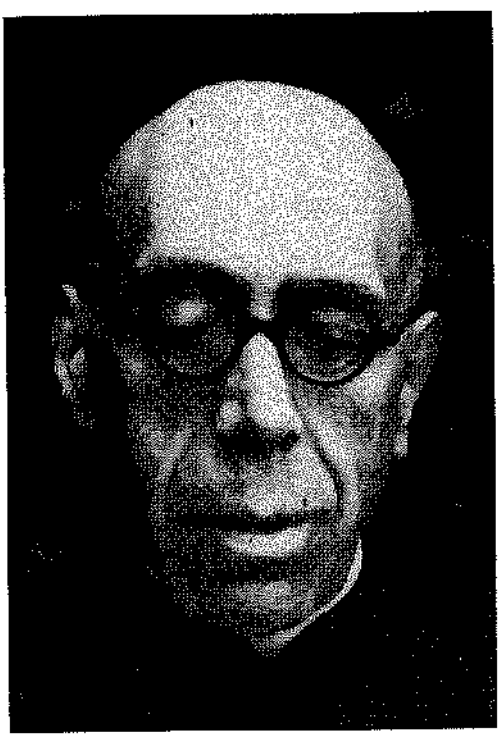
Comillas: Niñas de los Comedores Infantiles del P. Nieto.

Comillas: El P. Nieto con un pobre

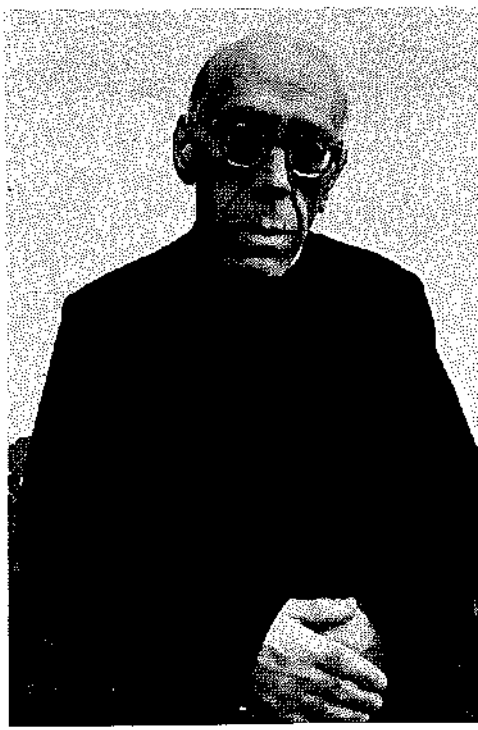
Comillas:
Visitando a los pobres
con los seminaristas.

Siendo novicio (1928).

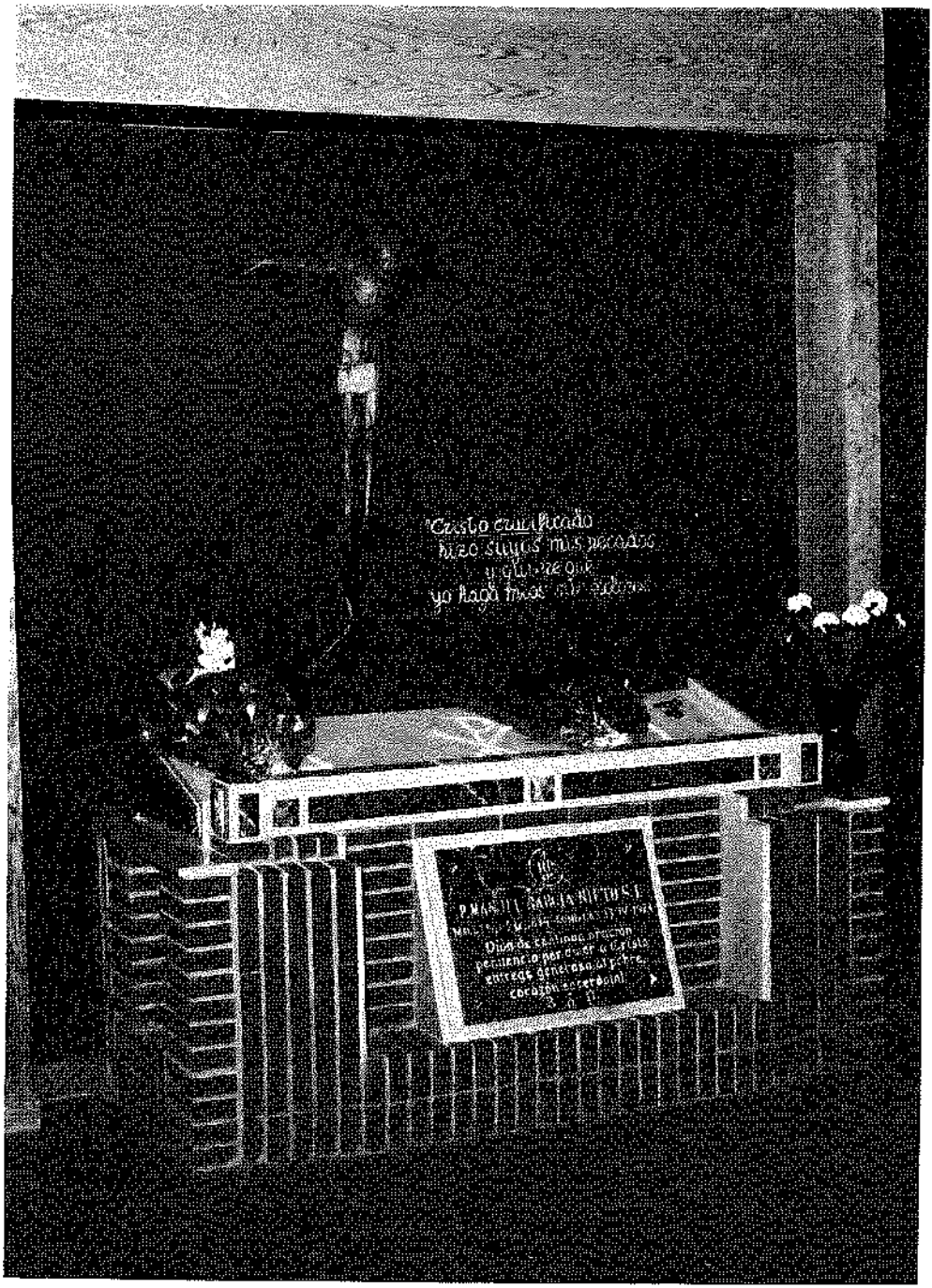
Durante la disolución de la Compañía por la II República.



En la edad madura.



En la ancianidad.



Salamanca (Iglesia de "El Milagro de San José"): Sepulcro del P. Nieto.